

CUENTOS

À MIS AMIGUITAS

ó

TRES MESES EN TURENA

276-
8 x 1.00

J.-N. BOUILLY

CUENTOS
Á MIS AMIGUITAS

ó

TRES MESES EN TURENA

20146.

Versión castellana de D. OMEANY



PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINT-PÈRES, 6

NOTICIA DE LOS EDITORES

Juan Nicolás Bouilli nació en Turena, en ese país que él tanto amó. En medio de sus antiguos amigos, bajo la influencia de sus recuerdos de niño, compuso este tomo por completo. Así es que, el principio de este volumen, parece ser el lugar naturalmente señalado para colocar su biografía.

Se necesitan biografías detalladas para pintar á los hombres de acción; se necesitan informes llenos de hechos para contar las existencias [agitadas y románticas; pero en cuanto á los hombres cuya memoria conservamos, no tanto por sus hechos como por sus ideas, cuya influencia toda ha sido moral é inmaterial, para darlos á conocer, no se trata de escribir su vida, sino de pintar su corazón, y hacer sentir ese fuego del alma esparcido en sus obras, reflejado en su conducta, y que ha hecho que felices ó desgraciados, sean amados y admirados de todos. Por esto creemos que lo mejor que podemos hacer es encabezar esta nueva edición de las Obras de J. N. Bouilly, no con una noticia ordinaria que siempre es algo árida, sino con algunas páginas escritas sobre él por uno de sus amigos más queridos, poco después de su muerte, en el *Domingo de los Niños*. La forma de ese trozo, el momento en que se produjo, la profunda impresión que la dictó, todo nos ha impulsado á elegirlo. El autor ha enlazado en él los acontecimientos más importantes de la vida del interesante cuentista. Así habremos alcanzado un doble objeto : se conocerá á J. N. Bouilly y se le estimará mejor.

El autor se dirige á los niños y á los jóvenes, al mismo día siguiente á la muerte de aquel cuya muerte deploramos.

Á LOS JÓVENES LECTORES

DEL

DOMINGO DE LOS NIÑOS

Amigos míos, si os encontráis en lo mejor de un juego, si corréis bajo los grandes árboles del bosque, en el campo con vuestros parientes, ó en el patio del colegio con vuestros camaradas, si reís al escuchar el relato de algún rasgo malicioso, sobre todo si estáis dispuestos á hacer alguna acción vituperable, tal como decir una falsedad, un ligero fraude, deteneos, suspended vuestro juego, interrumpid vuestra risa, porque os ha acontecido una gran desgracia : ¡ vuestro mejor amigo ha muerto ! Todos os aman queridos niños : ¡ vuestra edad es tan encantadora ! y los rostros más agrios se enternecen al miraros ; pero el amigo que habéis perdido no era solamente de los que os levantan en sus brazos para besaros, os vuelven á poner en el suelo y pasan ; sino que era uno que ha vivido con vosotros, ha trabajado para vosotros, ha estudiado vuestros defectos para corregirlos, vuestros dolores para aliviarlos. Aprendió vuestro lenguaje, y os ha divertido, mejorado é instruído : tarea más difícil de lo que se cree, porque en esta Francia que ha producido tantos grandes poetas, tantos célebres escritores, no ha habido más que dos que hayan sabido hablaros. Berquin y... ya habéis pronunciado su nombre, M. Bouilly : sí, amigos míos, sí, queridas, niñas, él os amaba tanto, y, es él, es M. Bouilly el que ha muerto ! Pues bien, no tenía yo razón de deciros : No sigáis jugando, sus-

pended vuestra risa? ¿Verdad que ya no tenéis gana de divertirlos? ¿No es cierto sobre todo que no os habríais perdonado una mala acción, cometida el día en que vuestro amigo ha muerto? Puesto que no os sentís dispuestos á la alegría, venid cerca de mí que le he conócido, á quien él ha amado, voy á contaros su vida... y él jamás os nabrá dado mejor consejo que esta relación de su vida.

Vuestro amigo nació hace muchísimo tiempo, hace 79 años, en un hermoso país que se le parece, porque es risueño, puro, feliz como él, en un país llamado el jardín de Francia, en la Turena. Descendiente de una familia burguesa, bastante cerca de los niños del pueblo para tomar parte en sus juegos y aliviar sus males, y no muy lejos de los niños de los nobles para dejar de conocerlos, perdió á su padre antes de nacer y quedó sólo con su madre, la cual era tan joven, que parecía su hermana. Pero una madre sabe reemplazarlo todo cerca de su hijo; hizo que él no sufriera por lo que había perdido, redobló sus caricias á su niño, y su amor hacia él fué también doble; y el amable niño encontró medio de corresponderla; su madre fué para él padre y madre, y él fué para ella hijo é hija : tierno como ésta, animado é impetuoso como aquél. Amigos míos, en estos últimos tiempos, quizá habréis visto su retrato, puede ser que algunos de entre vosotros le hayáis hablado, y no podéis creer que ese anciano encorvado, de tembloroso paso, todo arrugado, apoyándose en un bastón para andar, fuése en otro tiempo un niño exactamente como vosotros; lo fué sin embargo. Figuraos al más vivo de entre vosotros, con cabellos algo rubios, ojos oscuros y brillantes, boca muy abierta, siempre riendo; figuraos un joven, un muchacho atrevido, que gana en el colegio todos los primeros premios, y á quien aman todos los que obtuvieron premios inferiores, que jamás rehusa una partida de retozo ni un trabajo, siempre contento cuando en la noche había abrazado á su madre y que ésta le había dicho : *Muy bien Nicolas mío*. Y este Nicolás mío se portó tan bien, que, cuando la joven viuda le dió un padrastro, porque no podía quedar sola, ese padrastro pronto llegó á ser su padre, pues al contrario de todos los hombres que sin cesar piden al cielo hijos que lleven su nombre, éste no deseó más hijo que su pequeño Nicolás Bouilly, diciendo que Dios le había favorecido dándole un

hijo ya formado y educado, y más amable que todo lo que podía nunca haber soñado. He allí pues que se vuelve á completar toda esta familia encantadoia : la madre, ya tranquila al tener un apoyo para su hijo, el padrastro contentísimo de servir de apoyo á ese hijo, el niño llenando de alegría ese hogar con su buen humor de los 12 años, tan cariñoso para la una como para el otro, dando la mitad de su corazón á su padrastro, sin quitar nada á su madre, porque el corazón de los seres buenos es como el pan de Jesucristo, se multiplica con el número de los que debe amar, y en fin, recibiendo, después de haber sido alimentado por una mujer de dulzura y de bondad, recibiendo digo, de la boca de un hombre, el alimento más sustancioso y más sólido, el de la sabiduría y de la firmeza.

Pronto tuvo necesidad de ello. En la juventud, el tiempo marcha con rapidez; esto lo sabréis cuando ya no seáis jóvenes, y vuestro amigo, á través de los peligros de su edad y de los trabajos de la escuela de Derecho, pasó con velocidad cinco años, seis, diez, y un día se encontró, aturdido todavía de esta rápida carrera, delante del acontecimiento más grave y más imponente de los siglos, ¡ delante de la Revolución de 1789 ! Todavía sois muy jóvenes, amigos míos; vuestra edad ignora gracias á Dios, esas cosas llamadas política cuando se están realizando, y que se llaman historia cuando ya se han realizado; pero por muy lejos que os encontréis de ello, esa gran palabra, « *la Revolución* », ha ciertamente tenido eco hasta en vuestros tiernos corazones, y cuando oís pronunciar los nombres de Mirabeau y de Barnave, no preguntáis : ¿ Qué es eso ? En efecto, esa Revolución era al principio un espectáculo lleno de tal grandeza como no encontraréis nada de más bello en los más hermosos libros. Nada más admirable que el impulso de ese pueblo levantándose todo como un solo hombre, con las manos tendidas hacia su rey pidéndole la libertad ! Vuestro amigo era demasiado generoso, demasiado entusiasta, demasiado valiente, demasiado humano, para no unirse y correr con los que gritaban : « *Justicia igual para todos; pan para todos; independencia para Francia.* »

Las palabras que todavía no comprendéis, y que sin embargo son tan grandes que os hacen latir el corazón cuando las escribis en vuestras composiciones de colegio, las palabras

patria y libertad, inflamaron de entusiasmo á vuestro amigo, como os habrían inflamado á vosotros, y ciertamente os conmoveréis, estoy seguro, cuando os diga que esa mano que escribió cuentos para vosotros, ha sido estrechada por la mano de Mirabeau, y que ese gran orador era amigo de vuestro amigo. Pero ¡ ay ! los principios más lindos tienen con frecuencia un fin lóbrego y sombrío, y más de una vez habréis visto una mañana bien despejada y radiante, que de pronto es turbada por terrible tempestad... A la *Revolución* sucedió el *Terror*; al 89 sucedió el 93. No tengo necesidad de deciros : *Tal vez habéis oído hablar de eso...* estoy cierto de antemano que ya lo sabéis.

Hasta aquellos de vosotros que no conocen la Asamblea constituyente, conocen la Convención. Es posible que ignoréis el nombre de Bailly, ¿ pero quién de vosotros no ha oído pronunciar el nombre de Robespierre? Así sucede en este mundo, el mal entra más profundamente que el bien en la memoria del hombre, porque el miedo lo graba. ¿ Qué digo? ¿ el miedo? ¡ Ay de mí ! niños queridos, puede ser el dolor y el duelo los que os lo han enseñado; ¡ quizá hay más de uno entre vosotros que ve llorar á su madre al pronunciar las palabras Termidor y Terror! Pero, me diréis, ¿ qué podía hacer nuestro amigo, tan bueno, tan humano, en medio de esos hombres que no hacían más que degollar, en medio de esa sangre que no cesaba de correr? ¿ Qué hizo? Lo que hizo fué quedarse; sí, se quedó; no fué á buscar asilo en los otros países ni en el ejército : un campo de batalla era entonces un asilo; se quedó en medio de todos esos peligros, porque aunque dulce y humano, era valiente; ó más bien era valiente porque era humano; tenía el valor más bello de todo lo que es intrépido, el valor de la bondad. Permaneció pues en medio de toda esa sangre que corría á torrentes para evitar que siguiera corriendo. Nombrado acusador público en Tours, empleó para salvar gente, ese poder terrible que mataba sin descanso; mientras que en cada una de las ciudades de Francia había en la plaza pública un cadalso siempre húmedo de sangre, gracias á él, en Tours no cayeron más que dos cabezas durante el Terror. Una noche hizo que se escaparan de la cárcel veinte sacerdotes que al día siguiente debían ser guillotinado. Un día corrió á Chateau-Renault y salvó de la matanza á más de cien pri-

sioneros. Otro día, queriendo evitar una ejecución, recibió una lanzada en el cuello. Ya véis que aquél á quien llamaban « *amigo de los niños* », era también amigo de los hombres, y que, por grande que sea vuestro cariño hacia él, mayor aún debe ser vuestra veneración, porque quizá vuestro padre y vuestra madre acaso le debe la vida de una hermana. Sin embargo, esas lóbregas tempestades se alejaron y con ellas desapareció la oportunidad de esas grandes abnegaciones.

Entonces, vuestro amigo, abandonó sin pena esa vida de heroísmo, á donde había subido sin esfuerzo, y entró para siempre en lo que entonces se llamó la República de las letras (aunque todos quisieran ser el rey de esta república), y se entregó enteramente á componer para el teatro. Sus obras se sucedieron con rapidez y su éxito fué completo : el bien que uno hace aprovecha á lo que uno escribe; nada ayuda tanto á tener ingenio como tener corazón. Sus buenas acciones, todo lo que había cultivado de generoso y noble en su alma, ese ardiente amor á la patria que había sacado de tan sublimes y dolorosos espectáculos, se regó en sus producciones, las animó, las fecundizó y les dió un carácter particular. El título de francés había sido un honor para él y á su vez él dió honra á ese título. Su amor á Francia fué su musa dramática. Por una singular disposición, su imaginación no buscó personajes interesantes más que entre los grandes hombres de su país; casi todas sus piezas fueron homenajes á celebridades nacionales : J.-J. Rousseau en sus últimos momentos, René Descartes, M^{me} de Sévigné, el abate de l'Epée, el joven Enrique IV, la corte de Luis XIV, Agnés Sorel inspirando á Carlos VII el valor de la resistencia, hasta Fauchon, la gaitera ó tocadora de viola, todos sus héroes, todas sus heroínas, fueron en diferentes grados, ilustraciones francesas; más aún, el único grande hombre de otro país que introdujo en la escena fué Pedro el Grande, pero le representa en Francia, trabajando en Francia, educado en Francia; permanecía patriota hasta celebrando al extranjero. Saliendo sus obras de un manantial tan fecundo y tan puro, pronto se regaron por todas partes. Bien pronto también ya no le bastó un solo teatro; un día obtuvo dos brillantes éxitos en una sola semana; fué conocido, celebrado, admirado. Lo que vosotros hacéis, amigos míos, con las obras maestras de la antigüedad, lo hizo con lo que él

escribió, se tradujo á las lenguas extranjeras, fué aplaudido en Inglaterra y en Alemania tanto como en Francia, en América tanto como en Europa. En fin, alcanzó la gloria... y aquí es preciso que os detenga un momento, porque él también os detendría si estuviera aquí y que no se tratara de él.

Amigos míos, vuestros padres os han llevado algunas veces al teatro, habéis asistido á éxitos brillantes, y es seguro que en la noche, de vuelta á vuestros colegios, el pensamiento de llegar un día á ser aplaudidos así en una gran sala por miles de manos, ha agitado más de una vez vuestras jóvenes cabezas. ... ¿Qué digo? ¿No habéis vosotros también tenido un éxito en vuestros días de triunfo público? Pues bien, registremos juntos vuestra conciencia; ¿no es verdad que la gloria, porque así es como se llama, que la gloria que produce tanta alegría, tiene también su lado malo y sus peligros? ¿No habéis observado que ella os vuelve menos buenos, menos tratables, mostrando algo de desdén á los que aventajáis, y un poco de envidia á los que os dejan atrás, y que, el día en que volvéis de la Universidad coronados, os parece que lleváis una diadema de príncipe? y no habéis observado también qué difícil es ser amado estando á la cabeza, y que con frecuencia se pierde un amigo al obtener un éxito! Pues bien, si entre vosotros, en el seno de vuestros trabajos infantiles, el triunfo despierta tantos malos sentimientos, en los que los obtienen y en los que sufren á causa de él; ¿qué será pues en el mundo, cuando se tiene á hombres por rivales y á todo un pueblo por juez, cuando los aplausos obtenidos no son estímulos concedidos fácilmente á la juventud, sino que es preciso arrancarlos y conquistarlos, y que la gloria que se alcanza no se apaga en una hora, ahogada en el espacio encerrado de un colegio; vuestro nombre sale de la ciudad, sale de Francia, y va á darse á conocer hasta á gentes que no hablan vuestro idioma ni pueden pronunciarlo? Y en medio de tantas seducciones peligrosas, vuestro amigo no dejó nunca de ser el buen Nicolás de otro tiempo, andaba con suavidad sobre la cabeza de los demás, que parecía haber subido únicamente para ayudarles á subir, y jamás obtuvo un éxito sin pagarlo con alguna buena acción. Con respecto á sus rivales, su única divisa fué; hacer justicia á los que estaban por delante, servir á los que venían por detrás; en cuanto á la envidia, no sola-

mente no la conoció, sino que no la inspiró, y encontró el arte de ser bueno como si fuera un hombre obscuro, y de ser amado como si él no fuera nada.

Su vida parecía bien empleada, ¿no es así amigos míos? Haber sido un buen ciudadano y un célebre autor dramático á los 40 años, parecía que esta existencia no tuviese ya otra cosa que hacer que seguirla invariable, continuando en esta doble vía de honor. Y sin embargo le faltaba la parte más bella.

Tenía una hija. Dios debía dar hijos al que tanto amó á su madre, y esta hija, caro objeto de esperanza, estaba llena de talento, de corazón y de gracia... pero no quería escribir : ¡ no saber escribir la hija de un escritor, era cosa imposible ! No obstante, ningún maestro había logrado nada. « Probaré yo mismo », — dijo el padre. Nada parece más natural que ver á un padre consagrar su tiempo á instruir á su hija, y á pesar de eso, es muy raro; hay deberes, ocupaciones serias, y vosotros mismos con frecuencia, cuando habéis ido á interrumpir á vuestro padre ocupado en algún trabajo, ¿ no habéis sido rechazados con ligera impaciencia? Pues bien, nuestro amigo abandonó sus queridos estudios llenos de gloria, para dedicarse á la tarea en apariencia imposible, de enseñar á su hija la ortografía. En su juventud había vivido en la calle *du Cadran*, con Berquin, y, los consejos, los ejemplos de este *amigo de los niños* le vinieron á la memoria, inventó pequeñas anécdotas que dictó á su hija, y supo hacerlas tan interesantes, que la joven indócil consintió en aprender las palabras que las componían, para conocer el fin de la historia. Cada mañana nacía un nuevo cuento que acarrea un nuevo progreso, y al cabo de algunos meses, el padre había logrado el fin que se proponía, Flavia sabía escribir; pero no era solo eso lo que se proponía la Providencia, que da una espiga por un grano de trigo; resultó de esta buena acción una buena obra. Algunos amigos á los que leyó esos pequeños cuentos, derramaron lágrimas : y allí lo tenéis lanzado en una nueva vía. Compone un segundo tomo, su reputación aumenta; escribe los Consejos á mi hija, cuyo éxito es aún mayor, luego se dirige á los jóvenes, y siempre guiado por su noble amor al país, les habla en los estímulos de la juventud, de las grandes acciones del siglo diez y nueve, para inducirles á imitarlos. Su

círculo se aumenta más todavía, escribe para las jóvenes, para las madres; esto era escribir más para los niños, al grado que su nombre llegó hasta la corte, y que una gran princesa casi reina, madre de un futuro rey, le llamó y le pidió escribiese cuentos para los Niños de Francia... Era un gran honor; ¡pero también era un peligro mayor! Gracias á Dios que no sabéis lo que es la corte y la adulación; no sabéis que en otro tiempo, en ese país singular, había niños ante los cuales los ancianos se inclinaban; niños cuyos maestros se quitaban el sombrero para aplicarles el más leve castigo; y si esos niños zaherían á un compañero de juego, reprendían al insultado diciéndole : — Pida usted perdón á monseñor por haberle encolerizado — y algo quedaba de todo eso cuando vuestro amigo fué llamado á dirigir á esos niños. Qué embarazoso no sería para él, acostumbrado á decirlos sin rodeos cuando hurtáis una fruta, que sois golosos; cuando rompéis un jugulte, que sois iracundos. Y bien, fué tan hábil, que, aunque sin apartarse de la verdad, los niños le amaron, la madre le dió las gracias, los cortesanos le aplaudieron, y nadie se atrevió á recompensarle porque hizo sentir que él era superior á toda recompensa.

Así, poco á poco, de proyecto en proyecto, de idea en idea, llegó á ocupar el lugar de ese Berquin á quien él había amado tanto, y llegó á ser consejero de todas las edades y de todas las clases : así fué que, por un cambio encantador, mientras su hija le debía todo lo que era, tuvo la dicha de deber á sí la mejor y mayor parte. Sin duda sus obras dramáticas vivirán largo tiempo aún en nuestra memoria, y un hombre de genio cuyo nombre conocéis, aun cuando no conozcáis sus obras maestras, el ilustre, el venerable Goethe, ha dicho y escrito : — La pieza de teatro más interesante, mejor inspirada que he leído nunca, es una obra francesa titulada las *Dos Jornadas*. Pero sin embargo, ni las *Dos Jornadas*, á pesar de este voto inmortal, ni el *Abate de l'Epée*, á pesar de su éxito europeo, sonando en los oídos, no borrarán ni aun igualarán á los « *Cuentos á mi hija* », ni á los « *Estímulos de la Juventud* », y el mejor título de vuestro amigo es siempre el de encantador. Es porque efectivamente sólo allí ha puesto y podía poner toda su alma, y en esos cuentos y Estímulos de la Juventud se ha retratado él por completo. Después de él y

según él, muchos ingeniosos escritores, hasta elocuentes, han querido consagrar su pluma; pero todos han querido mostrar demasiado talento, haciendo obras de arte; y todo el arte en obras dedicadas á la infancia, se debe limitar á ser verdadero y lleno de emoción. ¿Porqué vuestro amigo ha sido y será inimitable? Es porque ha escrito lo que su corazón le dictaba; porque tenía siempre su modelo ante los ojos; porque se apoyaba sobre sus más íntimos y profundos sentimientos personales; porque veía á su hija en todos los niños que pintaba, y que en su hija estudiaba á todos los niños; porque en fin se sentía como vuestro padre y os amaba; ¿qué digo? ¿os amaba? él se parecía á vosotros; sí, tenía vuestra ingenuidad, vuestra confianza; para él como para vosotros, todo era encanto y pureza en la vida; creía como vosotros en la buena fe, y como vosotros se enternecía por la más sencilla desgracia; era feliz y benévolo como vosotros: esa expresión de alegría expansiva que embellece vuestros encantadores rostros, está esparcida en todas sus páginas y les da color; y he allí sin duda, porqué se le ama como se os ama; he allí porqué ya hombre, se siente uno siempre conmovido al volverle á leer; parece que se pasea uno de nuevo en los floridos y risueños senderos de la infancia y de la juventud.

El tiempo había marchado durante todos sus éxitos... y con él habían aparecido los pesares y las amargas pérdidas. Queridos míos, es un triste momento en la vida aquel en que comenzamos á dejar en el camino á aquellos que nos son queridos; y lo más cruel de la vejez no es la venida de las arrugas, sino la partida de las personas amadas. Vuestro contador ya había perdido á su madre, dolorosa pérdida que le arrancó muchísimas lágrimas, pero que tuvo el valor de aceptar como una desgracia natural, inevitable y prevista, cuando hace catorce años, Dios, queriendo que nada le faltase, ni aún el dolor, y que tuviese todas las virtudes, hasta la resignación, le envió la más grande, la más terrible de todas las penas: ¡le arrebató á su hija! ¡Si vosotros supieseis lo que es una hija! Habéis estado enfermos algunas veces, quizá más de uno de entre vosotros ha estado á punto de morir, y ha visto á su madre inclinada sobre su lecho llorando, velando, rezando, en la mayor desesperación. ¡Pero una hija, amigos míos, cuando sólo una hija tenemos! una hija que durante tanto

tiempo hemos protegido y que á su vez comienza á protegernos; una hija que nos habría consolado al dejar esta vida!... ¡Ah! si hubieseis visto entonces á vuestros pobre viejo contador, como lo vi yo! si hubierais visto sus ojos, esos ojos que jamás rehusaron una lágrima á la desgracia de los demás, secos y áridos para los suyos, tan grandes se le pusieron; si lo hubierais visto salir del cuarto de su Flavia muerta... diciendo: — ¡He perdido mi apoyo de la vejez! — y preguntando porqué Dios le arrebatava su querida hija á él que tanto bien había hecho á las hijas de los otros padres — habríais derramado lágrimas, estoy cierto, aunque todavía no sabéis lo que es morir y echar de menos. Sólo un consuelo calmó un poco su dolor; no fué el recuerdo de sus éxitos, no fueron sus triunfos en el teatro, ni la memoria de su valor de ciudadano, fué hijos míos, alegraos, fué el pensar en vosotros, en vuestra ternura: sí, ya no encontró en esta vida otro encanto más que la idea de haberos amado y de ser amado de vosotros; y de que os había instruído con provecho vuestro. El amor á su hija, le condujo á ocuparse de vosotros; su amor hacia vosotros le suavizó el dolor de la pérdida de su hija. Ya viejo y muy debilitado, con una sonrisa de placer se oía llamar — el contador de las niñas. — Y así comenzó á descender suavemente la colina de la vida, como él decía, sembrando aún algunas graciosas narraciones á su paso, no hablando más que de vosotros, no escribiendo más que para vosotros, hasta que al fin... hace 15 días, el 24 de Abril... ¡ay amigos míos! vosotros no pensáis nunca en la muerte, ó si se presenta á vuestro pensamiento, es bajo un aspecto tan espantoso, que no os atrevéis á contemplarla, siempre os representáis al hombre que muere, con los rasgos alterados, el rostro verde, hundido, afilado, lanzando gritos, retorciéndose en la agonía; pues bien, venid conmigo, acercaos á esa cama en donde vuestro amigo moribundo reposa; mirad, no tengáis miedo, miradle... ¿verdad que su aspecto no asusta como creáis. Tiene el rostro más pálido, pero; ¡qué tranquilidad! ¡qué calma! sus ojos tienen menos brillo, pero; ¡qué dulzura y bondad hay en ellos! Su respiración es más precipitada, pero sin angustia, sin dolor; es el ádito de un largo viaje á pie cuando se llega al lugar de descanso. Aproximaos y le veréis sonreír; inclinaos hacia su rostro, y os besará.

Preguntadle en donde sufre.. os responderá como á mí durante los últimos días de su enfermedad : ¡ No sufro nada ! Hijos míos, esa es la muerte, que Dios envía al justo; el fin es dulce cuando la vida ha sido pura; grabad esta imagen en vuestros corazones; que este último cuadro del hombre de bien á la hora de la muerte, sea para vosotros como una de las lecciones que vuestro amigo os da, y mostrad reconocimiento por tantos beneficios pasados, haciendo que hasta su misma muerte sea para vosotros un último beneficio.

Ahora, queridos niños, todo ha concluído entre vosotros y él; Dios lo ocupa y lo tiene en su reino. Esa voz tan querida se apagó y ya no la oiremos jamás. ¡ Ya no habrá más cuentos que os hagan llorar, ni narraciones divertidas que os vuelvan mejores ! ¿ Verdad hijos míos, que hasta á vuestra edad la vida tiene sus tristezas, y que este pensamiento os hace derramar lágrimas? Juzgad pues lo que yo debo sentir, yo, para quien él fué no solamente un contador, un amigo, sino también un padre... Yo tenía la edad del más joven de entre vosotros, tenía cinco años cuando quedé huérfano; ¡ojalá no conozcáis nunca ese dolor ! Pues bien, toda la ternura previsoras que vela por vosotros, él me la prodigó, sin interés, sin deberme nada, sin ser pariente ni nada mío, solamente porque él era bueno y yo era desgraciado. Todas esas lecciones de bondad que os conmueven cuando las leís en sus libros, me las dió á mí oralmente : me llamaba su hijo; mi mano es casi la última que él estrechó; su última palabra fué llamando á mis niñitos; lloremosle juntos, lloremosle largo tiempo.

Hay hombres más grandes y más ilustres sin duda, pero no los hay cuya pérdida sea más dolorosa, más sensible; y mi único consuelo es que nos está mirando desde allá arriba; y que en medio de su eterna alegría, y al lado de su hija que ha vuelto á encontrar, nos sonríe por nuestra gratitud y por el dolor que su separación nos causa.

Ernesto LEGOUVÉ.

A MADAME LOISEAU

ANTES MADEMOISELLE MERCIER

Una de las más gratas satisfacciones que la carrera de las letras me haya proporcionado, es, debo confesarlo, la que siento al ofreceros, querida amiga, esta muestra pública de mi cariño y consideración.

Este homenaje os pertenece por más de un título. Son cuentos éstos que fueron dictados en presencia vuestra y escritos por la niña adorable tan digna de perteneceros. Fueron improvisados en esa deliciosa morada de la Plaine, en donde reuníais todo lo que se distingue por el mérito en la comarca, los talentos y esa urbanidad de la que sois el más perfecto modelo.

Pertenecéis, querida Justina, á ese pequeño número de mujeres que el escritor moralista se complace tanto en conocer y se siente feliz de estudiar. En vuestro hogar, todo es decoro y bondad. Allí las reglas de sociedad están embellecidas por una sencillez tal, que al principio parece cubrís — más raras cualidades; pero pronto se advierten á través de la gasa que las cubre; y lo que el cálculo y la dicha de ser amado de todos, vos la obtenéis sin esfuerzo, y hasta sin pensar en ello.

Así, todos desean ser admitidos en vuestra sociedad. Cada cual encuentra en la Plaine todo lo que conviene á sus gustos y á su carácter : y se imagina haber formado la reunión él mismo de las personas que allí encuentra; está uno en su casa. De allí resulta ese abandono, primer encanto de la sociedad; de allí esa indulgencia que jamás censura; de allí en fin ese encantador vínculo social, del que tenéis en la mano cada hilo,

y que dirigís con la habilidad y candidez que exclusivamente os pertenecen.

He ahí, sino me engaño, lo que constituye á la mujer amable y á la mujer de bien. Ya sé que vuestra modestia se alarma al designaros aquí como poseedora de esas dos cualidades; pero acostumbrado desde hace mucho tiempo á pintar con fidelidad á las mujeres, ¿porqué me privaría yo de hacer justicia á la que me pertenece por los vínculos de la sangre y por aquellos no menos sagrados de una inalterable amistad?

BOUILLY.

ADVERTENCIA

Yo estaba lejos de pensar en publicar estos cuentos. Los improvisé el verano último, en las orillas del Loira en las tierras de una de mis parientes. Los dicté sin orden, al acaso, á unas encantadoras niñas á las que me unían los más queridos lazos, mientras loqueaba con ellas, sintiendo la felicidad de volverme niño otra vez. ¿Cómo podía yo pensar entonces que esas improvisaciones pudieran ser dignas de ofrecerse al público? Sin embargo, algunos verdaderos é ilustrados amigos, después de leer esa colección, me aseguraron que podría interesar á la clase media del pueblo, que ellos saben el mucho caso que de ella hago, y que, á mi modo de ver, compone la masa de la nación. Por otra parte, M. Luis Janet, mi librero, guiado menos por un merecido lucro que por el deseo de propagar una moral dulce y pura, habiéndome propuesto reducir el precio de esta obra para ponerla al alcance del mayor número, convine, en la esperanza de ser aún de alguna utilidad al fin de mi carrera, y de guiar por medio de cuadros tomados de la naturaleza, á esa edad de las mujeres en que se forma el carácter y se manifiesta el gusto, y en la cual el alma toma el pliegue que conservará toda la vida.

Un atractivo irresistible se unía á esas consideraciones : el de hablar con frecuencia en esos cuentos, de mi querida patria, de la ciudad de Tours y de sus alrededores. Por todas partes á donde mi imaginación me conducía, encontraba las trazas de mi juventud, el recuerdo tan dulce de la época más bella de mi existencia. La emoción de mi corazón daba calor á mi pensamiento, y más de una vez, al escribir *Mis amiguitas*, dictándoles yo y siguiéndome en esos lindos parajes

de Turena que recorríamos juntos, me hicieron creer que mis pinceles no estaban aún enteramente desprovistos de color y de verdad. Las he visto con frecuencia echarme miradas impacientes, reír y sonrojarse alternativamente de los dardos que yo les lanzaba en chanza, y ciertos cambios que se operaban en ellas, me probaban que había yo dado en el blanco. En la noche, se leía en la sala lo dictado en la mañana, y había entonces el noble valor de divulgar tal ó cual defecto que causaba rubor : lo cual probaba que la lección del viejo contador había sido provechosa, y ésta era mi más dulce recompensa. Al día siguiente yo elogiaba alguna buena cualidad que hacía olvidar la crítica de la víspera. Pasando así del mal al bien y del bien al mal con igual imparcialidad, yo cautivaba la atención de mis amiguitas, que, á su vez, cautivaban la mía con indecible encanto.

¡ Dulce recreo ! ¡ Aproximación deliciosa de la vejez y de la infancia ! ¡ Término medio en donde las dos épocas de la vida se acercan y se confunden para ayudarse mutuamente Precioso cambio de ingenuas confesiones y de prudentes consejos, de risas sinceras y de tierna indulgencia ! Mezcla encantadora de flores primaverales y de frutos del invierno... ¡ Ah ! ¿ porqué no habéis durado más que tres meses ?

He creído indispensable, no obstante, retocar estos cuentos, para darles orden, extensión y la progresión necesaria á su utilidad, en una palabra, hacerlos dignos de la confianza que el público me ha honrado hasta hoy. Mi única ambición es ver pasar mis escritos de manos de los padres á las de sus hijas, y tal es el fin que siempre he tenido en mira al trabajar. ¡ Ojalá que mis jóvenes lectoras, al recorrer estos nuevos cuentos, experimenten una débil parte del placer que yo sentí al dictarlos ; y que entonces al hablar del autor digan : ¡ Y nosotras también somos sus amiguitas !

W

put

EL PADRE DANIEL



Una enorme culebra deslizándose bajo los rosales.

CUENTOS

Á MIS AMIGUITAS

Ó

TRES MESES EN TURENA

EL PADRE DANIEL

Es un grande error y á veces grande injusticia, el juzgar á las personas que encontramos en la sociedad por su aspecto exterior. El ser más obscuro, más contrahecho, menos favorecido por la naturaleza; oculta quizá bajo sus groseros vestidos y ridículas formas, las más raras cualidades que no poseen los que le agobian con su desprecio.

Amelia Dorval habitaba, gran parte del año, la bonita tierra de la Plaine, situada á legua y media de la ciudad de Tours, en las deliciosas orillas del río Loira. Hija única de la más tierna madre, que sin cesar se ocupaba de su educación, ya tenía la gracia y los dulces modales de ésta. Era buena y afable con todos. Jamás desatendía al pobre que imploraba su ayuda, ni desdeñaba á ninguna de las personas que la servían. Se la veía jugar con los niños del jardinero, con sus pe-

queños vecinos, hijos de agricultores ó de honrados obreros, sin hacerles nunca sentir que eran de una clase inferior á la suya. Había aprendido de su excelente madre, que el azar es el único que dispensa á su capricho los favores del nacimiento y de la fortuna ; y que siendo todos iguales á los ojos del Creador, no nos hacemos estimar ni nos damos á querer, más que por la elevación de nuestra alma y por la delicadeza de nuestros sentimientos.

Así es que la joven Amelia era amada y respetada por todos los chiquillos que la rodeaban, para los cuales ella era siempre la misma. Cada cual quería ser el primero en ofrecerla la mejor fruta de las huertas, las más lindas flores de los jardines. Luego que descubrían en el parque un nido de jilgueros, de pardillos, de tortolitas, inmediatamente la señalaban el lugar en que se encontraba. Si al segar las fértiles praderas del Loira, llegaban á coger codornices, ó conejitos ya vigorosos para correr, todo era para la buena Amelia, que había formado una especie de corral con todos los regalos que había recibido.

Entre las personas al servicio de la señora Dorval, había un anciano enfermizo llamado Daniel. A fuerza de cavar la tierra durante ochenta años, se había encorvado; en la cabeza apenas le quedaban unos pocos cabellos blancos á causa del ardor del sol, y la mantenía inclinada hacia los pies cubiertos éstos de callos, y así su andar era lento y vacilante. Sus pobres piernas debilitadas por la fatiga y por la edad, sostenían con pena su descarnado cuerpo, y sus manos temblorosas agarraban con esfuerzo el nudoso palo en que se apoyaba. Pero no tenía ninguna otra enfermedad. Se le veía siempre alegre, trabajando cuando sus fuerzas le permitían y canturreando con trémula voz la vieja canción del país.

Aunque pobre, tenía demasiado orgullo, y no queriendo ser un gravamen para sus amos, todavía encontraba el modo de hacerse útil, sea arrancando las hierbas parásitas que crecían en el parque ó bien rayendo las principales calles de los bosquecillos, podando los más raros arbustos, y con una regadera medio llena, refrescando los rosales y las plantas extranjeras reunidas en el jardín de Amelia. Esta era la ocupación que prefería; nada le causaba más placer que oír á su joven ama, que él llamaba *pequeña señorita*, decir á los que

admiraban lo bien cuidado que estaba su jardín : Es el trabajo del *padre Daniel*. Así le llamaban en toda la comarca, en donde se sorprendían de su aptitud para el trabajo, de su alegría franca y de su genio feliz. Todos los pastorcillos le saludaban con respeto : cada uno de ellos ambicionaba una sonrisa, un apretón de manos del padre Daniel. Tan cierto es que la vejez inspira por todas partes un respeto proporcionado á las virtudes cuyo ejemplo ofrece. Se comprende el gran apego de ese digno anciano á la pequeña señorita que había visto nacer y á cuyo padre y abuelo había servido. Nunca pasaba delante de ella sin quitarse su sombrero remendado y sin darla los más cariñosos buenos días. Amelia, por su parte, tenía el más tierno afecto al padre Daniel. Siempre estaba averiguando si no le faltaba nada, y frecuentemente le conducía ella misma á la repostería para darle una copa del mejor vino, que le reconfortaba; éste lo bebía de muy buena gana, invocando al cielo por la felicidad y conservación de la que sabía tan bien sostener y honrar su vejez.

Entre las jóvenes de la vecindad y de la ciudad de Tours que habitualmente formaban la sociedad de Amelia, y que su previsor madre había admitido como las más dignas de asociarse con su hija y cultivar la dulce efusión de la amistad, estaba Celestina de Montaran, de familia distinguida por servicios militares.

Celestina, bajo un exterior amable y el rostro más seductor, ocultaba un orgullo indomable, y sobre todo un desdén ultrajante hacia todos los que pertenecían á la clase popular. Se imaginaba que estaban formados de una sustancia muy diferente á la suya, que ni su alma, ni su inteligencia ni sus órganos eran semejantes á los de ella. ¡ Qué insensata ! ignoraba que todos estamos hechos por el mismo modelo, con más ó menos perfección; que todos nos encontramos sujetos á las mismas necesidades, á las mismas enfermedades, y que después de haber viajado en este mundo, unos á pie, otros en brillantes carros, nos volvemos á encontrar en el mundo venidero, despojados de todas esas frivolidades de la grandeza y de la opulencia, todos iguales, todos sometidos al juicio de Dios, que no distinguirá más que á aquellos cuya vida no tuvo mancha y que entonces toda su riqueza consistirá en el bien que han hecho....

La vana Celestina sólo conocía el antiguo origen de sus antepasados, no pensaba más que en las fuertes rentas de su madre, viuda de un oficial de marina, que la adoraba como su única esperanza. Poco instruída, únicamente notable por sus talentos de adorno, la joven Montaran hacía consistir la felicidad en el brillo de la riqueza, y sus ojos deslumbrados, miraban á aquellos á quienes la suerte obliga á vivir del trabajo de sus manos, como viles esclavos hechos para arrastrarse por la tierra.

Un día que Amelia y Celestina paseaban juntas por una de las calles del parque, pasó delante de ellas el padre Daniel, pobremente vestido, encorvado y llevando al hombro el instrumento que le servía para adornar el jardín. Saludó á su joven ama, y la dijo con expresión de respeto y del más tierno cariño : ¡ Que Dios os conserve mi pequeña señorita ! — ¡ Cómo ! — dijo Celestina — ¿ Sufres tú que ese pobre te llame su pequeña ? — Es su costumbre — contestó Amelia sonriendo : me ha visto nacer ; es el más antiguo servidor de mi madre ; y el saludo de un octogenario no tiene nada de deshonoroso. — En cuanto á mí, querida, no permito que esa clase de gente se me acerque, y menos todavía que me dirijan la palabra. Hago que mi camarera les socorra, y buen cuidado tengo de no comprometerme dirigiéndoles la menor palabra. — Pero el padre Daniel no es un extraño para mí : es un antiguo jardinero de mi madre, que en recompensa de sus largos servicios, le ha concedido un asilo, que ciertamente no habría aceptado sino hubiera creído merecerlo ; tiene demasiado orgullo para eso ; y tal como le véis, Celestina, no sufriría la menor humillación. — Pero repito, querida mía, á esas gentes se les coloca en un hospicio, y de ese modo se evitan sus fatigantes familiaridades. — ¿ Un hospicio para un digno anciano que ha servido á mi familia durante medio siglo ? Eso sería humillarle, hacerle romper sus queridos hábitos ; sería matarle.

Pasó algún tiempo, durante el cual las dos amiguitas conversaban frecuentemente sobre el pobre anciano. Amelia le seguía tratando siempre como á un fiel y buen servidor, mientras que Celestina no cesaba de mirarle como á un ser inútil sobre la tierra, y de tratarle con desprecio. Jamás respondía á su saludo más que con una mirada despreciativa ; y si alguna vez el padre Daniel la dirigía la palabra, le volvía la

espalda sin responderle. El buen anciano sonreía de lástima, y parecía pedir al cielo en voz baja, le diera la ocasión de probar á la joven orgullosa que, á pesar de su edad, podía aún ser de alguna utilidad.

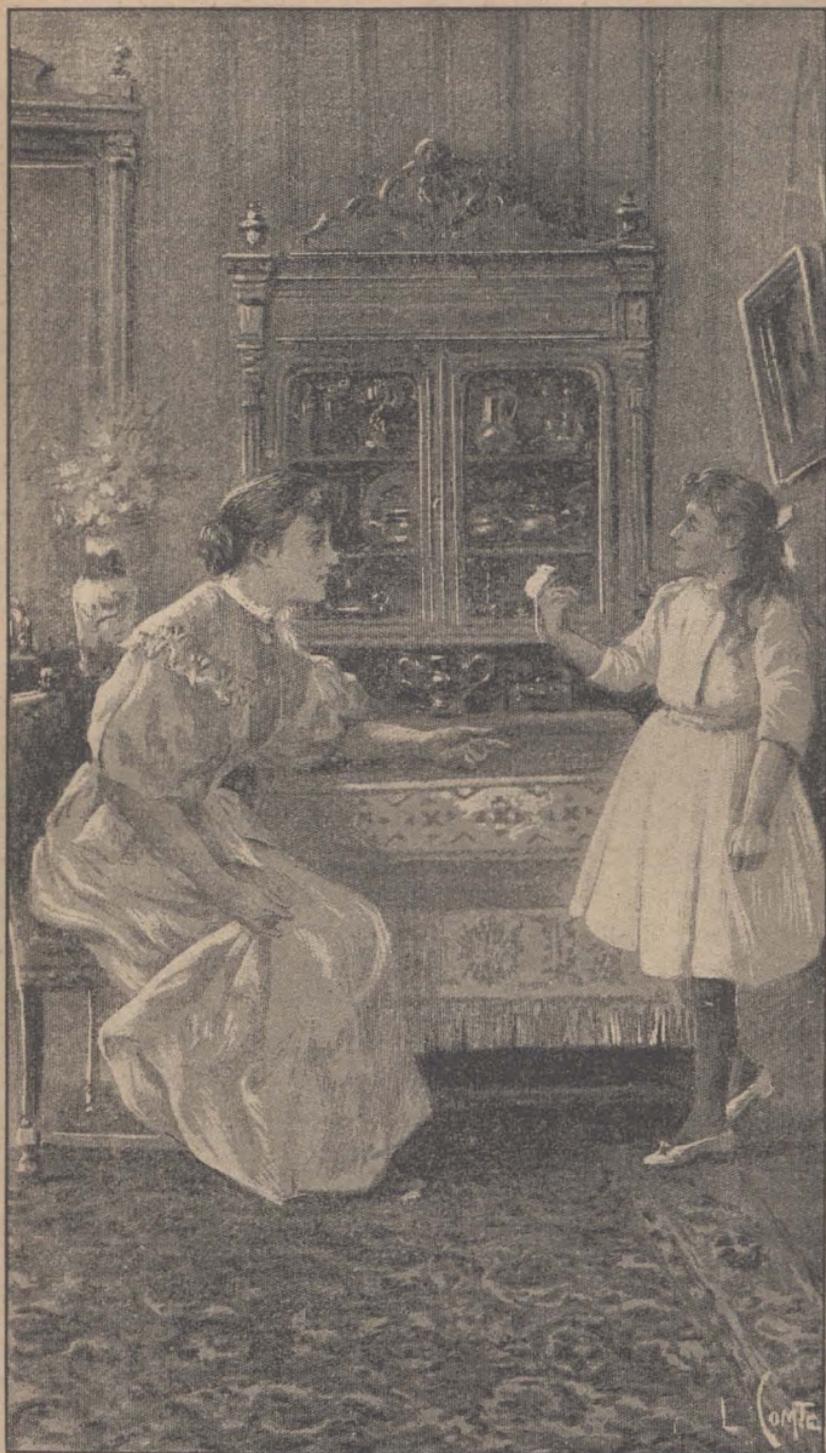
La Providencia le permitió dar á Celestina una lección á la vez fuerte y conmovedora, que debía servir para convencerla que todos tenemos necesidad unos de otros, cualquiera que sea la distancia que la suerte parezca haber puesto entre nosotros. Era el mes de julio; el calor se sentía excesivo. Las dos jóvenes amigas tenían costumbre de ir á respirar el aire fresco á una isla encantadora, sombreada por árboles muy elevados, rodeada de un agua tranquila y corriente, y en ella se había establecido una gruta solitaria frente á un molino de aspecto maravilloso. Un césped espeso esparcía en todo tiempo una frescura saludable; el olor suave de los arbustos en flor, cuyas numerosas y tupidas ramas acariciaran el rostro, parecían atraer el dulce aliento del céfiro, y el ruido del agua agitado por las ruedas del molino, y las diferentes cascadas de que estaba rodeado, formaban un delicioso murmullo que invitaba al encanto de suaves devaneos. Amelia y Celestina iban allí á leer los libros que sus madres las habían elegido; y á veces estudiaban en ese lugar la lección de historia ó de mitología que habían recibido la víspera.

Un día Celestina, animada por la tranquilidad de la mañana, había llegado á la solitaria gruta antes que su amiga, y mientras la esperaba se había puesto á estudiar una lección de inglés; se quedó dormida en un banco de musgo y los sueños más lindos endulzaban su imaginación. Ella no había visto al padre Daniel que, á alguna distancia, estaba oculto componiendo un enverjado de madreselva, de lilas y de oxycantos.

Con mucha frecuencia, en el momento mismo en que soñamos con la felicidad, el mayor peligro nos amenaza. Una enorme culebra deslizándose bajo los rosales, con la boca abierta y el dardo amenazante, se iba acercando, haciendo pliegues al avanzar; hacia la joven dormida, que el animal acababa de descubrir. Ya iba á lanzarse sobre la bella Celestina y á infectarla con el mortal veneno que oculta en sus terribles colmillos, cuando el padre Daniel, que, por milagro de la Providencia, venía á cortar unos juncos para terminar su enrejado, lanza

un agudo grito que despertó á Celestina, é inmediatamente se arroja sobre el horrible reptil y lo ataca con intrepidez. La poca fuerza que le quedaba se le duplicó en este instante y con riesgo de ser víctima de su valor, rompió la cabeza á la serpiente con la pala que tenía en la mano. A los nuevos gritos de espanto que él dió y á la vista del reptil que aún se retorció al morir, Celestina pálida de horror, cayó desmayada en los brazos del valiente anciano. Este también muy asustado, dió gritos pidiendo socorro. En este momento llegó Amelia, y ayudó á Daniel que ya vacilaba sobre sus piernas, á sostener á su amiga, la cual al volver en sí, se encontró apoyada en el hombro del pobre jardinero de quien tantas veces se había burlado. Ella le declara á todas horas su libertador, y no volvió á desdeñar á ese buen padre Daniel, á quien antes ella creía inútil sobre la tierra; ya no teme hoy rebajarse al hablarle. ¡ Con qué embriaguez! ¡ con qué gozo, estrecha en sus delicadas y perfumadas manos las manos negras y callosas de su generoso defensor! En la efusión de su gratitud, hasta llega á colocar sus labios de rosa en la frente calva y arrugada de ese fiel servidor, al cual ha consagrado un profundo cariño que jamás se ha desmentido. Llegó á considerar de su deber el sostener á ese anciano cuando andaba, y sin cesar repetía que le debía la vida. Desde esa época, honró y socorrió á todos los viejos, aun á aquellos de la clase más obscura; y cada vez que veía á las jóvenes de su edad reir de algún agricultor encorvado por el peso de la edad, ó rechazar con desdén á algún indigente que imploraba ayuda, las vituperaba con cólera á su vez, recordando al padre Daniel.

EL RATÓN BLANCO



Al decir esto, adelantó la mano que aún le temblaba, hacia Zizi.

EL RATÓN BLANCO

Laura Melval, de diez años de edad, reunía todo lo que puede llamar la atención en el mundo; una buena educación, un carácter adorable, un genio alegre, una sensibilidad verdadera, y sobre todo, un amor ilimitado á su madre. Jamás la menor impaciencia venía á alterar sus bellas cualidades; y si algunas veces aparecía en su rostro encantador alguna señal de contrariedad, pronto se borraba, como una ligera nube que pronto desaparece bajo un cielo puro y sereno.

Sin embargo, á través de todas esas ventajas con las cuales la naturaleza se había complacido en dotar á Laura, se notaba una debilidad de espíritu que llegaba hasta ser ridícula: era temor pusilánime, un miedo invencible que la causaban los animales más pequeños, hasta los insectos, que por su naturaleza tanto como por su pequeñez no pueden causar el menor mal. Si advertía una mariposa alrededor de la lámpara encendida, lanzaba gritos espantosos, imaginándose que ese tímido insecto, atraído únicamente por el brillo de la luz, la iba á devorar. Pero era mucho peor cuando por casualidad, algún murciélago se introducía en su cuarto: cuando el pobre animal, aunque de figura muy fea, en verdad, no buscara más que una salida para escaparse, la joven miedosa estaba convencida que sólo había llegado hasta ella para agarrarla con sus garras rojas y velludas y llevársela por los aires. En vano la señora Melval hacía observar á su hija que este murciélago, apenas del tamaño de la mitad de su mano, no podía levantar un peso dos mil veces más pesado que él, Laura, pálida y temblorosa, sostenía que ese horrible monstruo, venía del fondo del infierno para arrancarle los ojos, ó por lo menos

las orejas; y, cubriéndose entonces el rostro con las manos, se refugiaba en el seno de su madre, y sólo levantaba la cabeza dudando, cuando la señora Melval había logrado convencerla de que el murciélago se había marchado volando por la ventana. No pasaba día en que la joven supersticiosa no hiciese alguna nueva escena, que daba á su rostro un movimiento convulsivo, á su mirada una expresión vaga y atontada, á su talante una actitud torpe y forzada, y como esto perjudicaba al desarrollo de su inteligencia y al progreso de su educación, causaba profundo pesar y dolorosa inquietud á la señora Melval.

Un día, entre otros, en una hermosa noche de verano, en el momento en que Laura iba á meterse en la cama, levantó la almohada en que debía colocar su preciosa cabeza, y de pronto ve salir de allí un ratón que se le sube al hombro, le pasa por el cuello, desciende á sus brazos y huye espantado; pero este espanto era nada comparado con el horrible terror que Laura experimentó. — Arroja gritos penetrantes, desgarradores, y con voz entrecortada exclama en alaridos : ¡ Socorro !... ¡ me matan !... ¡ estoy perdida !... ¡ me desgarraron la cara ! ... ¡ estoy muerta ! Todos acuden, se precipitan. La madre encuentra á la miedosa al pie de la cama, con el rostro envuelto en las sábanas y en el cobertor, casi sofocada y respirando apenas. — ¡ Vamos ! ¿ donde está el horrible asesino ? — la pregunta la señora Melval mirando á todos lados — ¡ Ah ! mamá... no me preguntéis... ese horrible animal... ese monstruo espantoso.. — Y bien, ¿ qué es ? — Un ratón mamá, sí, un ratón... le brillaban los ojos... con una cola... larga de un metro... me pasó por el cuello, por las orejas, por los brazos... ¡ ah ! estoy perdida ! La señora Melval no pudo menos de soltar una gran carcajada que hizo que Laura levantara la cabeza. Primero ésta se tocó las orejas para asegurarse de si el ratón le había dejado al menos una, después llevó la temblorosa mano al cuello, que se imaginaba ulcerado por el paso del ratón ; por último fijó la ansiosa mirada en los brazos sin poder descubrir la menor mancha roja ni la menor alteración. Reconoció entonces su error y no pudo evitar una sonrisa burlándose de su propia pusilanimidad. A su sorpresa sucedió la confusión, y pronto tomó la resolución de dominar ese miedo infantil y esa debilidad de espíritu, que la habrían hecho objeto de las

burlas más amargas, alterando al mismo tiempo las más bellas cualidades, con las que había sido dotada por la naturaleza. La señora Melval por su lado, se ocupó de corregir á su hija de ese ridículo pavor, de hacerla reflexionar sobre todo lo malo que nos acontece, de darla esa fuerza de carácter sin la cual nos cegamos sobre lo que en realidad puede sernos perjudicial, haciéndonos superiores á esos pueriles temores siempre inherentes á las almas pequeñas y á las personas privadas de educación.

Un día, al venir Laura, según su costumbre, á dar los buenos días á su madre vió un ratón que corría por la habitación. Se la escapó un grito de susto; pero cual fué su sorpresa al ver subir al ratón al regazo de la señora Melval, en seguida á los hombros, á la cabeza, de donde bajó con la rapidez del rayo á ocultarse en la pañoleta del cuello! Laura había observado que este ratón era blanco, con ojos rosados y en el cuello un collarcito de plata con una inscripción grabada. Lo que más confundió á la joven miedosa, fué oír á su madre que se puso á llamarle: ¡Zizí! ¡Zizí! y que inmediatamente el animalito, saliendo del lugar en donde se había escondido, vino á colocarse en la mano de su ama del modo más familiar y más gracioso, haciendo mil cabriolas para apoderarse de un pedacito de azúcar que la señora Melval le enseñaba en la punta de los dedos, y que Zizí tomó con notable precaución. No se limitó á esto el arte al que el ratón blanco estaba acostumbrado: Laura estupefacta y atenta, le vió alternativamente obedecer al mandato de su madre, haciéndose el muerto, de pronto despertarse, y, enderezándose sobre sus patas traseras, tomar con las de delante una escobita, y ponerse á limpiar del modo más hábil y divertido el polvo que había caído en el vestido de su ama. Después volvió á subir á la cabeza de ésta, pasando y repasando como un ligero céfiro por los bucles de la frente. En seguida acariciaba con la cola la barba de la señora Melval, que sonreía, y fué á colocarse en su hombro á esperar sus órdenes. ¡Cómo! — exclamó Laura involuntariamente — esos animalitos que yo encontraba tan feos, y de que tenía tanto miedo, son capaces de domesticarse tan bien!... Al decir esto, adelantó la mano que aun la temblaba, hacia Zizí, retirándola pronto con temor. ¡Oh! si no la hubiera contenido su miedo habría ella presen-

tado un pedazo de azúcar al ratón blanco, y habría visto al precioso animalito colocarse en su mano, en sus brazos, en su cabeza, obedeciendo sus órdenes.

Su mayor curiosidad era saber cuál sería la inscripción grabada en el collarcito de plata; pero las letras eran tan pequeñas, y los movimientos de Zizi tan rápidos y frecuentes, que era imposible leer nada. Por último, después de haber vacilado mucho para acercarse al ratón blanco, Laura poco á poco se fué acostumbrando á sus frecuentes saltos y cabriolas y á los diferentes ejercicios que le habían enseñado: llegó á verle sin espanto dar vueltas alrededor de ella; y una noche, encantada de verle hacer el muerto, exclamó á pesar suyo la palabra: ¡ Zizi! ¡ Zizi! é inmediatamente el ratón subió á su regazo, á su cabeza, la bajó al hombro, en donde se colocó limpiándose el hocico con las patas delanteras, en seguida bajó á la mano en busca del pedazo de azúcar acostumbrado. Entonces fué cuando la miedosa, casi curada, pudo leer la inscripción grabada en el collar del ratón: eran las siguientes palabras:

Pertenezco á Laura.

— Sí, — exclamó ésta con involuntaria alegría, — ya siento que me agradarás tanto cuanto al principio me habías asustado. ¿Cómo he podido ser bastante tonta para temblar, ponerme pálida y estremecerme al aspecto de animalitos tan tímidos ellos también, pero que, á pesar de su pequeñez no temen acercarse á nosotros y tener confianza?... ¡ Oh! mi querido Zizi! — añadió acariciándole por primera vez, — tú me has curado para siempre de la falsa idea que yo me había forjado de los animales de tu especie, y de otros mucho más pequeños, que tenía la debilidad de temer. Veo que nuestra imaginación nos ciega con frecuencia, y nos hace ver peligros donde no los hay. Veo que los más horribles insectos, y hasta los que son venenosos, no nos harían el menor mal si nosotros no los excitáramos, sea con nuestros gritos ó con nuestras amenazas, á ejercer una legítima defensa.

La señora Melval encantada de haber quitado á su hija un ridículo miedo, que habría conservado toda la vida y que, ciertamente, hubiera perjudicado á su reposo y á su felicidad, la confió que se había dirigido á uno de esos hábiles domesticadores de animales de París, conocidos por sus secretos ó su

paciencia para acostumbrar á los ratones blancos á ejecutar ejercicios muy familiares. Esos ratones son raros y parecen dotados de una inteligencia extraordinaria. La dijo que se enseña á esos animalitos á obedecer ciertas órdenes; que hay unos que bailan en una cuerda tirante; otros tocan el tambor; algunos hacen evoluciones militares; y los hay que dan fuego á un cañoncito sin asustarse de la explosión... — Ya ves, querida hija, no hay nada que no venza la costumbre y la educación, hasta en los animales más débiles, más delicados; y tú no me negarás que, cuando un ratoncito tiene la habilidad de hacerse el muerto, de bailar en la cuerda, y sobre todo, tiene el valor de oír sin miedo la detonación de la pólvora, seríamos indignos de la supremacía que el Creador nos ha dado sobre todos los animales, y careceríamos de esa suprema inteligencia que nos envanece tanto, si por una debilidad ridícula por una pura pusilanimidad, nos colocáramos más bajo que esos animales, sobre los que deberíamos reinar.

Laura, convencida de esas claras verdades, se armó de valor y de resignación. No se la vió ya estremecerse y cambiar de color al ver una araña atravesar su cuarto y hasta subirse por su vestido. Las mariposas nocturnas, que venían en la noche á revolotear alrededor de la lámpara, ya no la parecieron los enviados de Lucifer; y los ratones que encontraba, aunque no tuviesen la blancura y la educación de Zizí, no la hicieron ya dar espantosas gritos pidiendo socorro. En una palabra, se acostumbró á mirar los insectos con sangre fría, por más horribles que fuesen; y sin exponerse imprudentemente á los ataques de los animales dañinos, pudo mirarles y hasta aproximarse, y pronto se convenció que, casi siempre el miedo que se siente nos hace mucho más mal que el que pudiera hacernos el objeto que lo causa.

EL COMITÉ DE LAS PASTORAS



... se rompió la cuerda, la jaula cayó al suelo.

EL COMITÉ DE LAS PASTORAS

Es un error creer que en el campo puede uno entregarse, impunemente, á todas las imperfecciones de su carácter. En la ciudad, es uno más circunspecto; se teme ser observado por personas cuya aprobación ambicionamos, y que notarían nuestros defectos; pero en el campo, se acabó la etiqueta, se acabó la sujeción : no hay ningún interés en agradar á los labriegos, á los viñeros, á los jardineros, y fácil es imaginarse que esas buenas gentes, ocupadas en sus trabajos, no son bastante perspicaces para ocuparse de ver el bien ó el mal que hacemos.

Ta era la opinión de Gabriela Dostanges, hija única de un oficial general retirado del servicio. Este, para entregarse completamente á la agricultura, su ocupación favorita, había comprado un terreno á orillas del río Indre, que divide en dos partes iguales el bello jardín de Francia : sitios encantadores en donde la naturaleza parece ostentar con coquetería todo lo que puede ser grato á los ojos é interesar al corazón con tiernos recuerdos.

En el bonito valle de Courçay fué donde el general Dostanges, viudo hacía algún tiempo, había adquirido una tierra y allí pasaba la bella estación. El resto del año lo pasaba en París, ocupándose sin cesar de la educación de su hija; que jamás abandonaba.

Gabriela, sin ser bonita, tenía un rostro interesante é ingenioso; su elegante talle estaba lleno de gracia, y su penetrante mirada anunciaba una viva imaginación y la más feliz disposición natural; pero mimada por su padre, sobre quien hasta sus mismas travesuras ejercían gran imperio, se entregaba á

un atolondramiento continuo, y con frecuencia á tales inconveniencias, que disminuían el vivo interés que al principio inspiraban su franca alegría y sus felices ocurrencias. Unas veces interrumpía bruscamente la conversación de las personas más respetables que reunía el general, y las fastidiaba con frecuencia haciéndolas pueriles preguntas; otras veces se servía ella misma en la mesa, apoderándose de todo lo que podía halagar su golosina ó su capricho; y en ocasiones brindaba por los valientes con los antiguos militares que su padre admitía á su mesa. Más de una vez sus ojos brillantes y su inagotable charla indicaron que su cabeza se resentía un poco de las familiaridades que se atrevía á adoptar.

Pero lo que parecía más extraño, era ver á Gabriela escaparse como un galgo que se suelta de la soga, para correr por el parque, por las orillas del río, sin sombrero, sin pañoleta, exponiéndose al devorante calor de los rayos del sol, ó á la súbita frescura tan peligrosa de una lluvia tempestuosa, y regresando jadeante y bañada de sudor, á donde su padre, quien no podía menos de manifestarla la viva inquietud que su ausencia le había causado. Pero Gabriela, envalentonada por la inalterable bondad del general, le respondía con su acostumbrada ligereza abrazándole: — ¡No te enojés padrecito! en el campo todo es permitido. Tú mismo pasas el día entero con gorra y vestido de cazador y no te afeitas más que cada cuatro ó cinco días, lo cual no me evita besarte. ¡Es tan agradable librarse de la sujeción de la ciudad! Aquí nadie puede observar mis locuras, y á mi edad hay necesidad de correr y divertirse. — El general, tan débil con su hija como sereno con sus soldados, se entregaba á las zalamerías de la seductora Gabriela. Esta, todavía tenía algún recato cuando venían visitas de la ciudad ó de las residencias vecinas; pero tan pronto como se veía sola con su padre, volvía á sus hábitos y se entregaba á todas las extravagancias que su imaginación la sugería y sobre las cuales la cegaba su inexperiencia.

Era la época de la siega del heno: la mayor parte de las fértiles praderas que riega el Indre en su tortuoso curso, estaban despojadas de su adorno, y tan pronto como desaparece el heno, la inmensa superficie de esa bella alfombra verde que la naturaleza presenta á nuestra vista, se cubre de una prodigiosa cantidad de animales de toda especie, que encerrados

en sus establos durante meses enteros, acuden á alimentarse con la nueva hierba. Esas vacas, esas cabras, esos carneros, son cuidados por pastoras de toda edad, que tienen la costumbre de reunirse bajo la primera sombra que encuentran; y allí, hilando ó tejiendo gruesas medias de lana, forman un comité que pasa revista á los diferentes habitantes de los contornos, cuentan anécdotas recientes, aprueban ó vituperan los casamientos hechos ó por hacer, y en una palabra, ejerce una inexorable crítica sobre todos y contra todos.

El mayor placer de Gabriela era ir todas las tardes á escuchar lo que se decía en ese comité, que generalmente se reunía en la parte baja del parque del palacio, en las riberas del río. Oculta bajo un espeso follaje, podía sin ser vista, dar oídos á todo lo que se decía. Ya se hablaba de una boda en la que se habían divertido mucho á costa de las bellas damas de la ciudad, que se imaginaban hacer mucho honor á los jóvenes aldeanos con los cuales se las veía bailar, á falta de otros caballeros; ya se hacía la descripción fiel y conmovedora de la vieja Marta, cuyo hijo, soldado, acababa de obtener su licenciamiento parcial. En fin, no pasaba en la comarca el más pequeño acontecimiento que no fuese contado, comentado y aumentado por el comité de las pastoras.

¡ Cuál no sería la sorpresa de Gabriela, cuando un día oyó que se trataba de ella en la conversación, y que las aldeanas reían de un modo satírico !

Una de ellas decía : — La señorita Dostange es una buena chiquilla, pero es muy atolondrada, demasiado familiar para ser hija de un general. — Otra dijo : — Su padre la deja hacer todo lo que ella quiere : por eso es que la encontramos sola por todas partes, encaramándose á los árboles, montándose en nuestros asnos, espanta á nuestro carneros y hace un alboroto tal como un pilluelo al salir de la escuela. — Una tercera añadía : — No somos nosotras más que simples campesinas; pero tenemos más decoro. — Una cuarta repuso : — No podríamos decir nosotras á nuestro padre lo que ella se atreve á decir al suyo : mi padre al momento me haría saltar para que no volviera á hacerlo, y tendría razón. — Pues bien — dijo otra pastora que parecía la más maligna de todas : — esas señoritas, esas hijas de burgués, de general, se creen más educadas que nosotros; nos miran como si fuésemos gente

grosera, y sin embargo no nos igualan en respeto filial... no, no valen lo que nosotras valemos.

Gabriela, sorprendida y confusa, reconoció entonces que nuestras faltas son observadas en el campo tanto como en la ciudad, y que, entre los buenos y simples labradores, las virtudes domésticas se cultivan tal vez con más rigor que entre las gentes favorecidas por la fortuna y de elevado nacimiento. Pero pronto la viveza de su carácter y su indolencia habitual, la hicieron olvidar esta primera lección. Volvió á su género de vida, y se entregó más que nunca á todas sus inconsecuencias.

Una de las mañanas más lindas de Octubre, arrastrada por su atolondramiento acostumbrado, Gabriela, con la cabeza descubierta, y los cabellos en el mayor desorden, vestida con un traje sucio y desgarrado, los zapatos rotos y destalonados y las medias caídas, jugaba en el extremo de la calle de árboles de la morada de su padre, en el camino real, con varios niñitos de su edad, hijos de honrados obreros de la vecindad; y entre las travesuras que se la ocurrieron, formó una balanza sobre los trozos de madera que limitaban el camino; allí montada en un extremo de una viga con las faldas levantadas por encima de las rodillas, se balanceaba, hacía reír á dos jóvenes aldeanos colocados en el otro extremo del madero, y se entregaba con ellos, á los juegos más estrepitosos y locos de la infancia. Un oficial, compañero de armas del general Dostanges no quiso pasar por Turena sin verle y abrazarle. Se acerca al grupo de loquillos, y dirigiéndose á Gabriela, que toma por la hija de algún obrero á quien la señorita de la mansión ha regalado sus trajes viejos, la pregunta el camino que conduce á la habitación de su antiguo camarada. — La primera calle de árboles á la derecha — responde la joven traviesa — la reja del frente. — Al decir eso, baja de su madero, y con su amabilidad natural, acompaña al extranjero hasta la avenida. Este le pone unos centavos en la mano. Gabriela se sonrojó, y no dudó que el extranjero la tomaba por la hija de algún infeliz obrero. — ¡ Oh ! ¡ cuánto sufrió de esta equivocación ! ¡ Cuánto se arrepintió de haberse descuidado hasta tal punto ! Su confusión aumentó cuando, al presentarse á la mesa, fué reconocida por el extranjero como la chiquilla á quien él había socorrido. El entonces contó con la alegre franqueza

de un militar, lo que había pasado. El general, por primera vez, no pudo menos de hacer á su hija serias reconvenciones. Exigió que durante un mes ella llevara en un rincón del bolsillo, los dos centavos que había recibido, á fin de que recordara hasta qué grado se había expuesto en una balanza formada á la imprevista con maderos de construcción, y que también podía haber estropeado ó herido á los jóvenes campesinos asociados á sus extravagancias. Gabriela obedeció y obtuvo de su padre que esta aventura humillante no se revelara á nadie; pero, pocos días después, cuando fué de nuevo á oír lo que se decía en el Comité de las pastoras, tuvo la dolorosa convicción, que todo lo habían sabido. ¡ Cuántas chanzas mordaces oyó referente á ella! ¡ Qué pesados la parecieron los dos centavos que estaba condenada á llevar á toda hora! ¿ Y qué? ¡ nada puede ocultarse á ese comité de pastoras! — se decía.

Poco tiempo después tuvo una prueba más convincente aún, que la hizo una impresión decisiva y benéfica. Cegada por la excesiva ternura de su padre, Gabriela se entregaba más que nunca á todas sus locuras irreflexivas, y sin que ella lo notara iba adquiriendo una indocilidad deplorable, que durante algún tiempo hizo sufrir al general Dostanges en silencio; pero que al fin le hizo estallar con tal vivacidad, que asustó á su hija, y la hizo sentir que aunque la bondad de un padre es inagotable, la indulgencia á veces tiene límite. Dostanges tenía ojos demasiado perspicaces, y sobre todo, conocía demasiado la sociedad, para no advertir los defectos de su hija. El amor propio de ésta, mucho tiempo contenido por el amor paternal, había estallado al fin por completo.

Gabriela tenía dos canarios que quería mucho; pero demasiado inconstante para cuidarlos ella misma, los confiaba al cuidado particular del ama de llaves, mujer que además de ser servicial y buena, tenía profundo apego y cariño á su joven ama. El par de canarios preparaba su empolladura, y dos huevecitos adornaban ya el nido. La jaula de estos dos pajaritos estaba suspendida del techo del dormitorio de Gabriela, y se bajaba por medio de una garrucha. La cuerda que sostenía esta jaula, comenzaba á gastarse sin que nadie lo echase de ver. Una mañana que la excelente ama de llaves bajó la jaula de los canarios para renovar su alimento acostumbrado, se

rompió la cuerda, el jaula cayó al suelo, y los dos huevecitos, objeto de las más tiernas esperanzas, se rompieron, con gran pesar de la que los cuidaba con tanto celo y asiduidad. Se comprende cual fué el dolor de Gabriela : era legítimo; pero lo que no pareció legítimo á su padre, fueron los lamentos exagerados de su hija. Quería que riñera su padre al ama de llaves, que ninguna culpa tenía de la desgracia, y que perdiera la confianza con que el general la honraba. Las quejas de la joven aturdida fueron tan amargas, y los reproches á la pobre ama de llaves fueron tan agobiadores, que Dostanges, á menudo demasiado indulgente para las mil extravagancias de su hija, pero inexorable para los vicios del corazón, se encolerizó con tal violencia contra Gabriela, que ésta se aterrorizó. Tuvo que huir de la presencia de un padre á quien adoraba, y encerrarse en su cuarto el resto del día, de donde no salió hasta al día siguiente, á fuerza de las súplicas reiteradas de la excelente mujer á quien había tratado con tanta crueldad é injusticia.

Esta aventura hizo profunda impresión en nuestra niña mimada. Se guardó secreta, y Gabriela esperaba que quedara en el olvido; pero la primera vez que fué al bosquecillo solitario cerca del cual se formaba el comité de las pastoras, las oyó que se alegraban á costa suya con las siguientes palabras : — Véis qué injusticia, qué inhumanidad — decía una de ellas — de querer que se despida al ama de llaves del palacio por un pequeño accidente que ella no podía prever ! — Otra decía : — Esa se imagina que estando á su servicio no debe una tropezar... ¡ Querer arruinar á una buena mujer que tantas veces la ha llevado en sus brazos; y todo eso por dos huevos de canario ! — Otra añadía : — Yo nunca hubiera creído que esa niña fuese capaz de hacer eso : ¡ fíese usted en todas esas señoritas ! Ellas la engatusan á usted, se ríen con usted, y luego, por la falta más pequeña la plantan á usted en la puerta. — Una cuarta mujer exclamó : — A pesar de todo, no me disgusta la cosa, porque eso ha hecho que el general abra los ojos sobre los defectos de su hija. Me parece que la ha dado duro, ¡ y ha hecho muy bien ! — La más burlona de todas dijo riendo : — La primera vez que ella venga á hablarnos, la voy á preguntar si ya nacieron sus canarios, y si va á dar una buena recompensa á la mujer que los cuida; y por último, si su

padre sigue divirtiéndose de sus travesuras. — ¡ Sí, sí ! exclamaron casi á un tiempo todas las pastoras — ¡ Eso será divertido ! — Esa conjuración fué seguida de ruidosas carcajadas, que autorizaba la gran familiaridad de Gabriela con todas las jóvenes campesinas de los contornos.

Pero Gabriela supo evitar las preguntas que pensaban hacerla las pastoras reunidas. — Comprendió que si se deben tratar con bondadosa consideración á todos los que trabajan en la agricultura, se puede al mismo tiempo conservar la dignidad y saber respetarse á sí mismo. Se operó en Gabriela un notable cambio : ya no desapareció de repente, ya no dió pasos alocados; ya no hubo balanza en el camino real, lo cual la recordaban los dos centavos que aún llevaba en el bolsillo: no más gritos corriendo tras los muchachitos de la vecindad; no más reconvenciones amargas al ama de llaves, hacia la cual se la vió redoblar su estimación y deferencia. Ella misma cuidó á sus canarios, los cuales pronto tuvieron otra cría que prosperó. En la mesa ya no comió más que lo que su padre la servía, y ya fué muy reservada para mezclarse en los brindis, excepto cuando su padre la hacía brindar por sus antiguos hermanos de armas. En una palabra, Gabriela se volvió tan prudente como antes había sido loca y atolondrada; tan digna, tan decente, como antes se la vió familiar y evaporada; y si á veces se la escapaba alguna ligera falta, se apresuraba á repararla, estando convencida de que pronto sería divulgada por las gentes de su casa, y que promovería la crítica y las vengadoras risas del comité de las pastoras.

EL TRAJE DE TELA DE GUINGAMP



... Y se refugiaron en la cochera para librarse de la lluvia.

EL TRAJE DE TELA DE GUINGAMP ⁽¹⁾

Si se reflexionara bien sobre todas las ventajas que acarrea la urbanidad, todo el encanto que esparce en nuestra vida, y sobre todo si se pensara en las enojosas equivocaciones que nos evita, se tendría como un deber constante el ser afable hacia todos, el no medir las consideraciones que debemos á las personas que se nos acercan, por su aspecto exterior, por su vestido, por sus sencillos modales, que á veces se fingen para ocultar un gran nombre, una alta celebridad. No basta tener una buena educación, talento, ingenio, responder con agudeza; todo eso es nada si no se sabe acompañar de esa dulzura de modales sin adulación, de ese tono obsequioso y digno que atrae todos los votos, subyuga todos los corazones; y, como dijo una mujer célebre, cuyos escritos han llegado á ser un modelo inimitable : — La delicadeza es la gracia de la bondad.

Madame Dastrol, viuda de un ingeniero en jefe de puentes y calzadas, habitaba una casa de campo muy linda, situada en las cercanías de Amboise, cerca del palacio de Chanteloup, notable por los recuerdos históricos que trae á la memoria, y sobre todo, por esa pagoda chinesca de siete pisos de altura, desde la cual se descubren catorce aldeas, dominando el admirable jardín de Francia, regado por el Loira, que se sigue con la vista en las 25 leguas que recorre. Ese punto de vista, uno de los más extensos y de los más ricos de toda la comarca, atrae generalmente á los extranjeros que moran en Turena, y más de una vez su curiosidad satisfecha, la belleza del pa-

(1) Tela de algodón pintada, fabricada en Guingamp pequeña ciudad de Francia.

raje les conduce hasta la bella habitación de M^{me}. Dastrol, que no dista de allí más de media legua.

Esta señora tenía dos hijas : Delfina y Eugenia. Mientras una de ellas era amiga de la ostentación y de los adornos, deseando tener todo lo que la moda podía inventar, la otra era sencilla y poco se esmeraba en sus vestidos. El traje de menos precio, los cabellos levantados con un peine de concha, una pañoleta de gasa lisa y brodequines de tela cruda, era todo el adorno de Eugenia. Delfina al contrario, usaba siempre un traje de tela rara y de nueva invención, á la última moda, y sobrecargada de ornamentos, un corpiño lleno de ricos encajes; y en el sombrero de forma exagerada, se mezclaban blondas, plumas y cintas. Cada día, un nuevo cinturón á la griega, á la escocesa; un gran brazaletе adornado de turquesas, cubría cada uno de sus bonitos brazos, tan apretado, que embarazaba el movimiento de sus manos; y las polainas que le apretaban tanto la parte inferior de la pierna y el pie más encantador, que no podía andar sin sentir vivo dolor; ¿pero qué no se sacrificaría al imperio de la moda?

Fácilmente se comprende, que esta diferencia de gustos y de inclinaciones que existía entre las dos hermanas, influía mucho en sus caracteres y afecciones. Delfina sólo hacía caso de las personas cuyos adornos y apariencia anunciaban un rango elevado, una gran fortuna; Eugenia no daba valor más que á las cualidades del corazón, y sólo juzgaba á los individuos por la expresión de su lenguaje y todo lo que revelaba un alma pura y elevada. Tenía menos amigas que su hermana; pero las pocas que poseía, respondían sinceramente á la efusión de su espíritu y de su corazón.

Un día, en la parte media de setiembre, época del equinoccio, en que frecuentemente caen abundantes lluvias y fuertes tempestades, Delfina y Eugenia acababan de regresar con su madre de un largo paseo, y apenas habían tenido tiempo de librarse de un aguacero, cuando desde las ventanas de la sala vieron á dos extranjeras que atravesaban á pie el gran patio de la casa y se refugiaban en la cochera, para librarse de la lluvia. Una de ellas, parecía tener treinta años; estaba modestamente vestida y llevaba en la cabeza un sombrero de paja sin más adorno que una cinta que rodeaba la copa y venía á amarrarse bajo la barba. La acompañaba una

joven de 12 á 13 años, vestida más sencillamente aún. Su trajecito de *gingamp* sin adornos, estaba atado á la cintura con un cinturón negro; su tocado consistía en un sombrerito de tafetán verde cuyo color parecía algo alterado por el sol; un pañuelo de seda atado al cuello y zapatos negros, formaban la *toilette* de la joven desconocida.

Como la violencia de la tempestad aumentaba y la lluvia no cesaba, M^{me}. Dastrol, que tenía un alma muy noble, para faltar en ese momento á los deberes de la hospitalidad, hizo invitar á las dos damas á pasar á la sala. Estas aceptaron, y mientras el ama de la casa salió á su encuentro, sus dos hijas estudiaban á las extranjeras, y principalmente á la joven que parecía poco más ó menos de la edad de ellas. Delfina, á la primera ojeada, al ver el traje de *gingamp* y el tocado verde, se convenció que la que así vestía, no era ni rica ni de distinguido rango. Por cuyo motivo, la acogió de un modo frío y reservado. Eugenia, al contrario, desde las primeras palabras que la joven extranjera pronunció, viendo su talante, sus graciosos ademanes y la noble expresión de su rostro, la juzgó digna del más vivo interés y de toda consideración.

M^{me} Dastrol recibió con urbanidad á las dos desconocidas. Más acostumbrada que sus hijas á juzgar á las personas á primera vista, estudió por su lado á la dama que servía de guía á la joven, y la encontró mujer de mérito, quizá encargada de la educación de su joven compañera. — « Nos hemos dejado atraer por el encanto del paseo — dijo esta señora mirando á su joven discípula, y haciéndola una señal de discreción — y aunque solas y á pie, nos alejamos de nuestra casa mucho más de lo que yo creía. Estos parajes de Turena arrastran á usted á pesar suyo... « Debéis estar sumamente fatigada querida Isabel » — añadió de una manera precisa — si estas señoras tienen la bondad de permitirnoslo, descansaremos aquí algunos instantes.

— Me atrevo á exigir más — repuso M^{me}. Dastrol — la lluvia está lejos de aplacarse; son las cuatro y media; sírvanse ustedes aceptar una comida de familia que les ofrezco á ustedes sin ceremonia; y si ustedes temen que en su casa se inquieten de una prolongada ausencia, puedo enviar á una de mis gentes.

— Es inútil — respondió la joven — nosotras generalmente

comemos á las dos; y luego que hemos acabado, tenemos la costumbre, mi buena amiga y yo, de consagrar el resto de la tarde á largos paseos, en los cuales, tenemos gusto de estudiar la naturaleza y de conversar con todos los buenos agricultores.

Esta revelación de las dos extranjeras, que comían todos los días á las dos, hizo creer á Delfina que eran de esa clase media del pueblo que hace cuatro comidas al día, y que pertenecían á algún honrado obrero, á algún simple artesano. La bella Isabel, por su lado, estudiaba á M^{me}. Dastrol con la mayor sencillez. Hasta afectaba pertenecer á la clase de que la creía la mayor de las dos hermanas; pero la menor, parecía descubrir el hábil velo con que se cubría la encantadora desconocida; y cuanto más ésta trataba de rebajarse, más la buena y perspicaz Eugenia redoblada sus atenciones y cuidados.

— Si continúa el mal tiempo — dijo la dama — permaneceremos con ustedes muy gustosas; pero con la condición que no trastornaremos la hora de vuestra comida, y que nos permitiréis aceptar solamente algunas frutas cuando se sirvan los postres.

Todo se ejecutó como habían convenido. M^{me}. Dastrol, animada por la extremada sencillez de sus dos huéspedes, cuya conversación tenía sin embargo una soltura y un encanto indecible, no tuvo escrúpulo de sentarse á la mesa con sus hijas. Delfina no cesaba de tratar á la joven Isabel con un tono de protección. Esta, sin dejar de cumplir hacia ella con los pequeños deberes de sociedad con tierna modestia, dirigía la palabra con más frecuencia á la encantadora Eugenia, tratando de establecer con ella esa dulce comunicación de dos jóvenes corazones que se prueban y se convienen.

Por fin sirvieron los postres. Eugenia aprovechó esta ocasión para entregarse á la dulce atracción que la inspiraba la desconocida : la ofreció con mucho interés las mejores frutas de la estación, lacticinios frescos y pastelillos que ella misma había hecho por la mañana. Acompañó esas ofertas con todo lo que el ingenio puede presentar de más gracioso, de todo lo que el corazón tiene de más conmovedor. Delfina reía disimuladamente de la deferencia de su hermana, y se decía que muy engañada estaba y era muy tonta de manifestar tantas atenciones á un traje de *guingamp*, á un tocado verde marchito,

y sobre todo á genticillas que comen á las dos. Apenas se levantaron de la mesa, la noche comenzaba á obscurecer el horizonte; y la lluvia, tan frecuente en esta estación, continuaba cayendo.

— ¿ Hay mucha distancia de aquí á la casa de ustedes? — preguntó M^{me}. Dastrol á sus dos convidadas.

Unos tres cuartos de legua — respondió la de más edad.

— Habitamos el palacio de Amboise — respondió ingenuamente la más joven, á quien su guía hizo una seña para que fuera prudente.

— En ese caso — repuso M^{me}. Dastrol, — voy á que las conduzcan á ustedes en mi carretela cerrada; ustedes no podrían, con este horrible tiempo ir á su morada sin exponerse á caer enfermas.

Delfina no pudo evitar una irónica sonrisa; y observando la satisfacción que manifestaba la joven Isabel por la propuesta de su madre, dijo á su hermana, en voz bastante alta para que la joven desconocida pudiese oirla :

— Apostaría que es la primera vez que el traje de *gingamp* va á ir en coche.

Las órdenes de M^{me}. Dastrol fueron ejecutadas; y ella misma condujo hasta la puerta del vestíbulo á las dos extranjeras, que la dirigieron los más afectuosos agradecimientos. La joven Isabel al subir al carruaje, estrechó la mano de Eugenia, diciéndola que esperaba renovar una entrevista que debía á la más feliz casualidad. Hizo á Delfina un saludo de pura cortesía, que ésta contestó con aire de protección, de lo cual la joven desconocida no pudo evitar una sonrisa.

— Son muy amables — dijo M^{me} Dastrol.

— Se conducen bastante bien para ser genticillas — contestó Delfina. — Eugenia añadió :

— Sea lo que fuere la joven, me sentiría feliz y ufana de su amistad. He observado que á través de su modesta sencillez, había cierta dignidad que impone y al mismo tiempo atrae. Delfina contestó alegremente :

— No por eso, en los postres, dejó de tragar dos grandes duraznos, una docena de higos, tres pastelitos y medio plato de uvas... ¡ Esas genticillas devoran !

— ¿ Y porqué razón — exclamó Eugenia con viveza — no podría ella comer con gusto lo que la ofrecíamos con tan bue-

na voluntad? Cuando nosotras recorremos las cercanías y que después de un largo paseo entramos en la habitación de uno de nuestros arrendatarios, también devoramos su fruta y lacticinios, con gran contento de ellos.

— Porque nuestra presencia les lisonjea, hermana; pero estoy lejos de creer que las dos extranjeras hayan creído lisonjarnos con su presencia, y todo me prueba que pertenecen á una clase muy obscura.

Mientras hablaban así, se oyó que la carretela entraba en el patio exterior, y en seguida el cochero de M^{me}. Dastrol, vino á informarlas que apenas había caminado unos 200 pasos con las dos señoras, cuando encontró á dos lacayos montados, con la librea del príncipe real, que venían á todo escape y le preguntaron si no había encontrado á una señora de cierta edad acompañada de una joven de unos 12 años, y que de pronto, viéndolas en la carretela, se habían descubierto con gran respeto informándolas de la inquietud de la augusta madre de la señorita, á causa del horrible tiempo que hacía tres horas duraba, y que Su Alteza Real les había ordenado ir á su encuentro. En ese momento, — añadió el cochero — llegó una berlina con cuatro caballos, y en ella subieron la joven princesa y su digna institutriz, después de ponerme en la mano dos monedas de oro y de darme las gracias del modo más afable por mi trabajo de conducir las.

— ¡ Cómo ! — dijo Eugenia — esa señorita tan sencilla y tan modesta, es una princesa de sangre real ; ya yo sospechaba que era una persona distinguida; pero nunca me habría imaginado que era de un rango tan elevado.

— ¿ Quien podía suponer semejante cosa ? — observó Delfina estupefacta de lo que acababa de saber. Pero cuando una es princesa, ¿ porqué venir á nuestra casa con traje de *guingamp*? y traje nada fresco, con mangas á la antigua y gorrita de tafetán marchito?

— Eso no me admira — les contestó M^{me}. Dastrol. — La joven princesa Isabel tiene una madre tan perfecta, de gustos tan sencillos y que hace tan poco caso del fausto exterior. Su felicidad, su ocupación incesante la hace consistir en educar á sus hijas en esa sencillez de costumbres que prueba á los príncipes que se hacen notar menos por el brillo de su nacimiento y vestidos que por la feliz costumbre de confundirse,

con noble moderación, entre las clases útiles de la sociedad.

Se supo en efecto, por todo el país, que las augustas propietarias del palacio de Amboise se habían detenido allí la víspera, al regresar de visitar los Pirineos, y que no permanecerían más de dos días en dicho palacio.

— ¡Qué lástima — exclamó Eugenia : — ya no veré á la encantadora princesa Isabel; ya no oiré hablar de ella...

Se engañaba. A la mañana siguiente, en el momento en que M^{me}. Dastrol almorzaba con sus hijas, hablando de la extraña aventura que las había acontecido, entró en el patio de su habitación uno de los lacayos montados que el cochero había encontrado la víspera, con una cesta cubierta con tafetán verde. Entra y dice que le envía su Alteza Real para entregar á las señoritas una manifestación de su agradecimiento. Se apresuran éstas á abrir la canasta. Contenía dos esquelas, escritas por la joven princesa: una de ellas dirigida á Eugenia, á la cual su Alteza Real enviaba un riquísimo brazalete de gran valor, adornado de brillantes y con su retrato en traje de princesa, encerrado en una preciosa cajita de marroquí rojo. La expresaba su agradecimiento, con afecto y gracia, por las atenciones que la había manifestado sin fijarse en sus sencillos vestidos. Delfina á su vez, creyó encontrar un obsequio de la encantadora princesa : abre precipitadamente el otro billete dirigido á ella, y lee lo siguiente : —Estoy tan avergonzada, señorita, de haber tenido el atrevimiento de presentarme en casa de usted con un traje que la hizo juzgarme mal, que he creído que no podía reparar mejor mi falta que rasgando ese traje que me privó de la dicha de interesar y agradar á usted... Cada vez que usted quiera echarle una ojeada, dígase : La persona que he tratado con desdén, se ha reído mucho; ella no ha sufrido más que de mi indiferencia.

Delfina abrió el paquete destinado para ella, y encontró el traje cortado en pedacitos. Se sonrojó de confusión, quizá de arrepentimiento y no pudo jamás, al encontrar en la sociedad á alguna joven en traje de *gingamp*, dejar de recordar la lección que había recibido y que tan bien había merecido.

EL JOVEN PESCADOR DE LAS RIBERAS
DEL LOIRA



No pudieron resistir al deseo de entrar en la cabaña.

EL JOVEN PESCADOR DE LAS RIBERAS DEL LOIRA

Entre los parajes de Turena que con tanta propiedad se llama el jardín de Francia, los más ricos y risueños son las riberas del Loira, desde Tours hasta Saumur. Se diría que el Creador tuvo gusto en reunir allí todo lo que puede encantar la vista; se creería que la historia ha querido acumular allí los más variados recuerdos y los más interesantes. En este lugar se levanta la famosa torre de Guise, en donde el *Balafré*, Carlos de Lorena, expió con una larga prisión, la revuelta que había excitado contra su soberano legítimo. De este lado y cerca de la ciudad de Tours, se encuentran los vestigios de ese castillo de horrible memoria, de ese *Plessis*, en donde Luis XI entregaba al ejecutor de sus bárbaras órdenes, hasta aquellos de sus más caros confidentes que le inspiraban la menor sospecha. Enfrente, del otro lado del río, aparece en una eminencia, el memorable lugar en donde se reconciliaron Enrique III y el joven rey de Navarra, que ya hacía prever lo que sería para los franceses la feliz influencia de su nombre y de su espada. A corta distancia está el castillo de Luynes, en donde yacen los huesos de ese condestable que murió víctima de su ridícula ambición. Un poco más abajo y en la misma costa, se descubre la fuente de *Cinq-Mars*, que recuerda el fin trágico de un guerrero famoso, decapitado con sus cuatro hijos, y dando una elocuente lección á los crédulos favoritos de los reyes. Enfrente del lado de allá del río, está el lugar en donde nació el poeta *Nericault Destouches*, desde donde se descubren á lo lejos, las torrecillas del castillo gótico en donde

nació la célebre M^{me}. Dacier. Eso es lo que en el espacio de algunos miles de años, ofrecen á la vista y á la imaginación las admirables riberas del Loira.

Un país tan delicioso, t^{an} fértil, casi siempre embellecido con un cielo puro y sereno, fecundado por suave temperatura, presenta un dulce encanto y deliciosa tranquilidad. La única idea que allí se tiene, es pasar la vida en paz y cooperar á la felicidad de nuestros semejantes. En ninguna parte se ejerce la hospitalidad con más benevolencia y franqueza; en ninguna parte se siente más vivo el goce de una buena acción; allí se considera muy natural hacer que los otros tomen parte de la dicha que sentimos.

Carolina de Theil, hija de un rico banquero de París, había venido á pasar parte del verano á casa de su joven amiga Pamela de Mericourt, cuya madre, viuda de un receptor general, poseía un vasto y hermoso dominio en la ribera derecha del Loira, entre Luynes y Langeais, casi frente á la isla Berthenay, tan notable por su fertilidad, por encontrarse en la reunión de los ríos Cher y Loira.

Había entre esas dos jóvenes una perfecta analogía de gustos é inclinaciones. El mayor placer de las dos jóvenes amigas era hacerse amar de cuantos las trataban ó se aproximaban á ellas y principalmente de los sencillos agricultores; derramar socorros y consuelos en las familias necesitadas, ocultando en lo posible los beneficios que hacían; esto se había vuelto una agradable costumbre para ellas. Todos los días se las veía dirigir sus paseos á las aldeas vecinas, en donde las habitaciones cubiertas de paja las atraían de preferencia. Más de una vez dejaban allí lo que habían recibido como obsequio de sus padres, y las privaciones que se imponían se volvían para ellas un tesoro.

Esta asociación de beneficencia las atraía el cariño y la consideración de los habitantes de toda la comarca, al grado que no podían mostrarse ni en la más pequeña aldea sin recibir conmovedoras bendiciones. No se hablaba por todos los caseríos y aldeas más que de las buenas amiguitas : los hombres, las mujeres, los ancianos y los niños, todos las señalaban con el dedo en sus paseos, y las deseaban de todo corazón la felicidad que merecían.

Un día que recorrían las orillas del Loira, á lo largo de cuyas

riberas se extienden los muros del palacio de M^{me}. de Mericourt, oyeron gemidos que salían de una humilde cabaña de pescador : se detuvieron, se aproximaron y escucharon con atención. Las siguientes palabras llegaron á sus oídos excitando su interés y su curiosidad :

— ¡ Pobre pequeñito ! pronto ya no tendrás padre... Se marcha para ir muy lejos, muy lejos... ¡ nunca le volveremos á ver !... ¡ Oh ! hijo mío ! ¿ cómo haré para alimentarte?... ¡ Ah ! ¡ para qué te he dado la vida !... Esas palabras pronunciadas con el acento de la desesperación, conmovieron profundamente á Carolina y á Pamela. No pudieron resistir al deseo de entrar en la cabaña, en donde encontraron á una mujer joven, de 18 á 20 años, de rostro interesante, bañada en lágrimas, y dando de mamar á un débil niño cuya sonrisa inocente, demostraba que aún no podía ni comprender ni tomar parte en el dolor de su madre. Esta, á las numerosas preguntas de las dos inseparables sobre lo que causaba su pesar, las informó que ella era esposa de un joven pescador llamado Juan Pedro, el cual, creyéndose libre de la conscripción de la marina militar, porque en la visita de examen médico que le hicieron fué declarado demasiado débil para el servicio marítimo, se había casado confiando en esa declaración ; pero á los quince meses de vivir en la más feliz unión con su esposa, y en el momento en que su oficio de pescador comenzaba á producirle, acababa de recibir la orden de presentarse en Brest para servir como marinero.

— ¿ Y cómo dijeron las dos amiguitas — que no ha hecho uso de su licenciamiento ?

— Imposible conseguirlo, mis buenas señoritas : — las oficinas de la marina que antes estaban establecidas en Tours han sido trasladadas á no sé qué otra ciudad, y mi pobre Juan Pedro debe marcharse pasado mañana. ¡ Si al menos yo pudiera acompañarle ! ¡ pero este niño que sería preciso llevar en los brazos, y mi padre que está enfermo en Berthenay en donde habita, y cuyo único apoyo soy yo... ¡ No, no, ¡ Dios así lo quiere, es preciso separarnos para siempre ! ¡ Con tal de que el dolor no me seque la leche, y que yo pueda seguir alimentando á mi hijo ! eso al menos sería un consuelo...

Este relato conmovió muchísimo á Carolina y á Pamela ; ya no pensaron más que en el modo de impedir que Juan-

Pedro se alejara de su esposa y de su niño. ¿ Pero cómo conseguirlo? ¡ Semejantes obstáculos son tan difíciles de allanar ! y es dentro de dos días cuando el joven pescador debe partir... La casualidad respondió á las benéficas intenciones de las dos amiguitas. Entre las personas distinguidas que visitaban á M^{me}. de Méricourt, había un oficial general cubierto de honrosas cicatrices y que, en toda la Turena gozaba de la más alta consideración. Unía á las cualidades del verdadero valiente, esa suave urbanidad de la alta sociedad, y, en varias circunstancias había probado el interés que tomaba por todos los que sufrían. Carolina y Pamela resolvieron dirigirse á él para el logro de su empeño; y la Providencia quiso que al día siguiente mismo, el general, que acababa de volver de su visita departamental, viniera á comer al palacio. ¡ Oh ! ¡ cuántas consideraciones y atenciones tuvieron esas niñas con el excelente general ! El no sabía á qué atribuir tantas frases lisonjeras que le dirigían las dos amiguitas, y por último comprendió que tenían un secreto que comunicarle. Consideró pues de su deber el provocar la revelación, y prometió emplear todo su crédito para obtener el rescate del joven pescador. Varios días pasaron sin que se pudiese tener la menor noticia, y Juan Pedro, por autorización del general, había permanecido en su cabaña hasta que se tomase una resolución sobre su suerte. ¡ Cuántas inquietudes ! ¡ Cuántos tormentos experimentaron Carolina y Pamela ! Pero no eran nada en comparación de las angustias mortales que se sentían en la humilde cabaña del pescador. En la justicia militar hay esas dilaciones indispensables, ó más bien, de esas precauciones imperiosas que se han ordenado y que no se pueden quebrantar. Al fin, después de unos 15 días, desde las ventanas del palacio, se vió llegar al general á todo galope; le seguía un simple dragón. La alegría le brillaba en el rostro. Entró en el salón y sin decir una palabra, entregó á las dos amiguitas la excepción formal de su protegido. Imposible expresar la alegría de Pamela y Carolina : se lanzaron á los brazos del general, le besaron como á un tierno padre, y sin perder un instante, volaron á la cabaña del pescador y le entregaron el precioso escrito, que le devolvía la libertad, la felicidad y la vida. El padre y la madre del niño, se echaron á los pies de sus jóvenes protectoras. La emoción que sintieron les impidió hablar,

apenas respiraban, y con las manos levantadas al cielo, invocaron á Dios con el pensamiento para que conservara dichas á aquellas á quienes debían una felicidad tan inesperada.

— ¡ Permaneceré pues al lado de mi esposa ! — exclamó al fin Juan Pedro en el delirio de la alegría. ¡ Ya podré trabajar para atender á las necesidades de su anciano padre, y al alimento de nuestro querido hijo !

— ¡ Pobre pequeñito ! — dijo á su vez la joven madre, ¡ ya no serás huérfano ; ¡ no tendré que ir á implorar la piedad del público para poderte criar ! Y á ti, padre mío, no te faltará nada hasta tu último día... ¡ nos han devuelto á Juan Pedro ! — Tomando luego al niño que se despertaba, le presentó á sus bienhechoras, á quienes la criatura inocente parecía sonreír con la dulce sonrisa de la gratitud.

Pasó algún tiempo ; las dos amigas no iban ya con tanta frecuencia á la cabaña del pescador : habría sido casi exigir de parte de esta pobre familia nuevas muestras de gratitud ; pero cada vez que las encontraba Juan Pedro ó su esposa, no podían sustraerse á la viva expresión de sus sentimientos de gratitud. La Providencia ofreció á estas honradas gentes al fin, una oportunidad de recompensar lo que Carolina y Pamela habían hecho por ellos, y la aprovecharon con tal prontitud y empeño que merecen describirse, y que prueba que una buena acción arrastra siempre tras sí la recompensa.

Era á mediados del Otoño ; M^{me}. du Theil poseía en la isla de Berthenay una granja considerable, que iba con frecuencia á visitar. Para ésto tenía que atravesar el Loira en una especie de barca ó lancha pública, en la cual pasaban los numerosos agricultores que se dirigían á sus trabajos con sus animales de carga. Carolina y Pamela, al hacer esta travesía, reconocieron á Juan Pedro ocupado en la pesca, el cual, con ademanes y voces las manifestó el gran placer que sentía al verlas. Permaneció con su gorra en la mano sin desprenderlas los ojos hasta que las perdió de vista. Las bellas riberas del Loira estaban ese día cubiertas con una espesa niebla que velaba toda su extensión y su espléndida belleza. Sin duda la previsora madre habría podido elegir un día más sereno ; pero había en su granja una fiesta de boda que daba el administrador, cuyo hijo mayor acababa de casarse con la hija de un rico agricultor vecino. La reunión era numerosa ;

y la presencia de M^{me} du Theil, de Carolina y de Pamela aumentó la alegría de esas buenas gentes. Al festín siguió la danza, en la cual todos solicitaron el honor de ser compañeros de las dos inseparables : ellas tomaron una parte tan viva en la alegría que las rodeaba, que pasaron allí gran parte de la noche. Para regresar, fué preciso despertar á los dos barqueros que dirigían la lancha, los cuales, medio dormidos, agobiados de fatiga, descuidaron tomar las precauciones necesarias para la seguridad de la travesía.

Las aguas del río estaban muy crecidas, lo cual hizo que los barqueros se extraviaran de las corrientes acostumbradas. De repente se rompe la gran cuerda; los remos de los lancheros eran demasiado cortos para tocar el fondo y hacer resistencia á la corriente; y á pesar de todos sus esfuerzos, la lancha es arrastrada por la fuerza de las aguas. Los gritos de espanto en vano llegan hasta la ribera, nadie llega á socorrer. La niebla, que se ha vuelto más espesa, aumenta la peligrosa posición de las diez ó doce personas de la barca, que con las manos levantadas al cielo, imploran la misericordia divina. M^{me} du Theil tenía á Carolina y á Pamela estrechadas contra su seno. Estas, á fin de no asustarla más de lo que estaba, guardaban un melancólico silencio. Ya la barca girando sobre sí misma había varias veces chocado contra bancos de arena. Cerca había un abismo imposible de notar, y en algunos instantes más, la barca iba á ser engullida. Por último, llega una barquita de pescador dirigida, á fuerza de remos, por un hombre y una mujer atraídos por los lamentables gritos que habían oído, entre los cuales habían creído distinguir los de M^{me} du Theil. Eran Juan Pedro y su fiel compañera. A los desgarradores gritos de una madre, repetidos por las personas que la rodeaban, gritos que habían llegado hasta la cabaña del pescador, éste se había despertado sobresaltado, y recordando haber visto pasar á sus dos jóvenes bienhechoras, secundado por su esposa, tan deseosa como él de socorrerlas, venían á salvarlas ó á sumergirse con ellas en el abismo. Era tiempo, la lancha no distaba ya más de 20 brazadas del abismo. Carolina y Pamela reconocen á Juan Pedro y ceden á sus vivas instancias. Pasaron de los brazos de M^{me} du Theil á los de Juan Pedro. Las tres, acompañadas de varias otras personas de su sociedad, fueron conducidas á la ribera y las demás se

salvaron á nado en momentos en que la lancha se hundía. Sólo los dos barqueros se ahogaron, víctimas de sus esfuerzos y de su audacia.

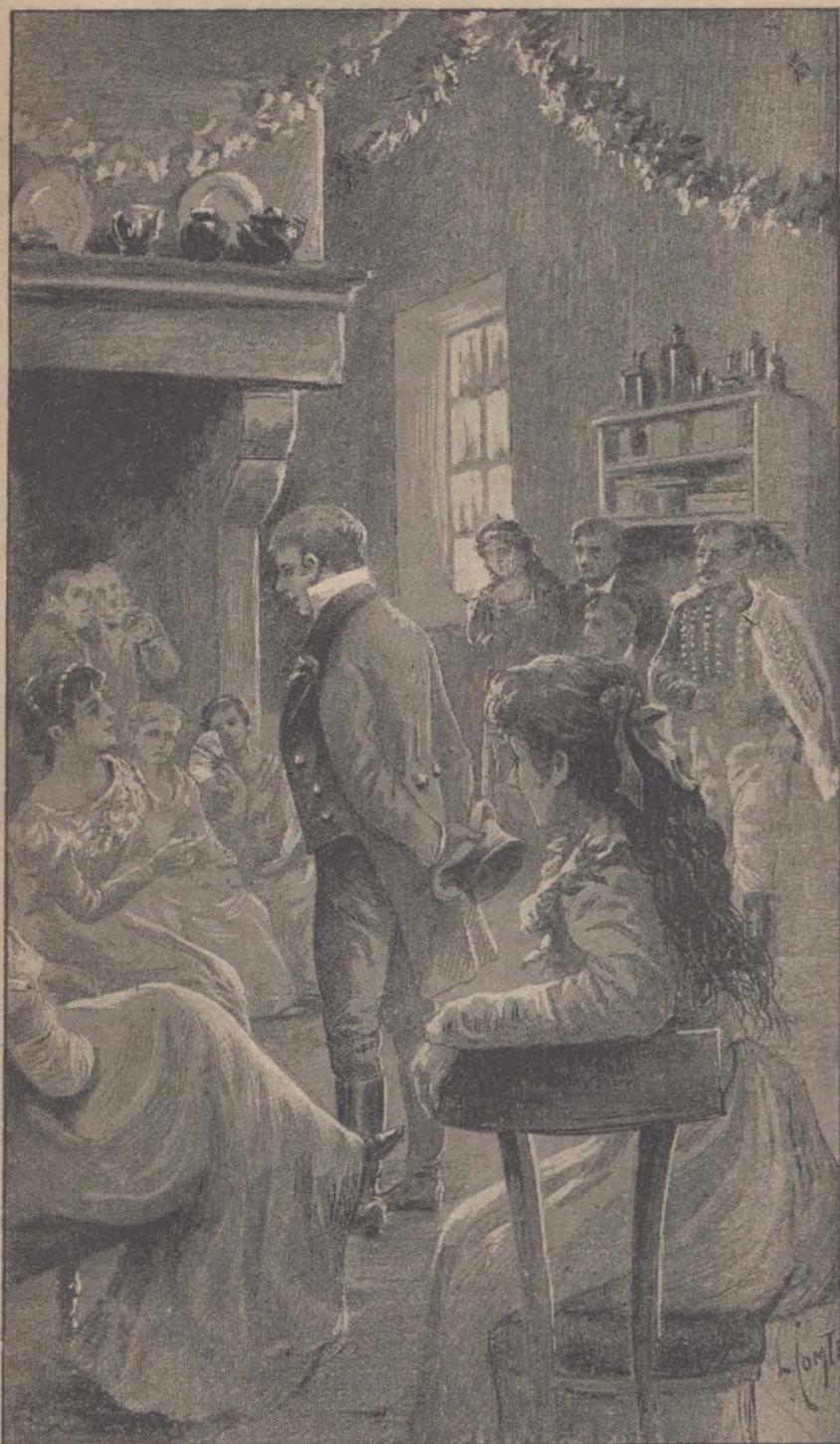
¡Qué entusiasmo experimentaron el pescador y su esposa, al ver salvada á la honorable familia y especialmente á las dos bienhechoras á quienes debían la felicidad! ¡Con qué empeño hicieron secar sus vestidos! A fuerza de besos las calentaron sus manos heladas de miedo, y las prepararon una bebida para calmar su agitación! El agradecimiento se prueba mejor con acciones que con palabras; pero las gentes pobres tienen un modo de manifestarlo que conmueve y penetra en el corazón. Juan Pedro exclamó :

— El cielo ha permitido que podamos, no pagar nuestra deuda, porque eso es imposible, pero al menos nos ha permitido dar pruebas de nuestro respetuoso cariño y gratitud. La esposa dijo :

— ¡Cómo nos hemos estremecido al oír vuestros gritos quejumbrosos! ¡Esas voces tan queridas que al momento reconocimos! Al instante dejamos á nuestro niño al amparo de Dios para volar á vuestro socorro, decididos á salvaros ó á perecer con vosotras!

Carolina y Pamela se afectaron mucho de la abnegación, del heroico arrojo de esas buenas gentes. Más que nunca se felicitaron de haber podido serles útiles, y se convencieron de que el bien que se hace, aun á la clase más oscura del pueblo, no se borra nunca de su memoria, se propaga poco á poco y nos atrae la consideración pública, que puede contribuir en las eventualidades de la vida, á nuestra salvación y á nuestra conservación.

LA BODA DE ALDEA



Al fin vió presentarse á un joven de aspecto bastante jovial.

LA BODA DE ALDEA

Hay costumbres antiguas que todas las clases de la sociedad deben respetar. Cada estado tiene su culto particular, sus prerrogativas, sus viejas costumbres; infringirlas, es faltar á la fe jurada y trasmitada de familia á familia; es burlarse, es insultar á las buenas gentes que consideran un deber observarlas; es exponerse á justas represalias que á veces nos vuelven el juguete de aquellos que habíamos desdeñado.

Hortensia y Celina de San Marcos, hijas de un coronel de ingenieros, habitaban una tierra cerca de Monthazon, á tres leguas de la capital de Turena. Criadas ambas en conformidad con los principios de la igualdad, habituadas desde su infancia, por su digno padre, á honrar todas las profesiones útiles, á estimar sinceramente al agricultor que tanto contribuye á la prosperidad de la patria regando con sú sudor el campo que cultiva, al guerrero que la defiende derramando su sangre por ella, Hortensia y Celina se hacían notar por una ingenua dulzura de modales, por la acogida tierna y graciosa que indistintamente hacían á todos los habitantes de la comarea.

No sucedía lo mismo á Adriana de Fontenelle, hija única de un director general de los víveres, que poseía á media legua del terreno del coronel de San Marcos, una magnífica habitación en donde se encontraba reunido cuanto se puede desear en lujo y opulencia. M^{me} de Fontenelle tenía toda la tiesura de la mujer enriquecida que se imagina que la fortuna ocupa el primer rango en la sociedad, y que en esta sólo se adquiere una consideración proporcionada al gasto que se puede hacer. En conformidad con ese fiel retrato, bien se comprende que la encantadora Adriana hubiese sido edu-

cada en principios enteramente contrarios á los que recibieron las hijas del coronel. Mientras éstas eran sencillas en sus adornos y de trato afable y comunicativo, su brillante vecina parecía esmerada en su *toilette*, desdeñosa y afectada. Se creía formada de una substancia completamente divina, y rara vez sus bellos ojos se dignaban mirar á los habitantes del campo, que ella consideraba como una raza bruta y degenerada, que la Providencia había arrojado á la tierra para que allí trabajara humillándose ante ellos.

Esta diferencia de opiniones, hacía muy distinta la existencia social de las jóvenes vecinas. Sus gustos y ocupaciones no tenían ninguna analogía. Brillar, deslumbrar, humillar, era un goce para la una; instruirse, divertirse alegremente y darse á querer, era el hábito y la divisa de las otras. No obstante, las dos familias se veían con bastante frecuencia. Al venir el señor y la señora de Fontenelle á casa del coronel de San Marcos, en un suntuoso equipaje, se veían obligados á rebajar algo de su vanidad. El verdadero valiente no humilla á nadie; pero tampoco sufre que se emplee con él un tono altanero. Y cuando el director general, cuyo principal mérito consistía en conocer el precio de los granos de los mercados del departamento, quería en la conversación, luchar con un militar muy instruído, sentía que el verdadero mérito es superior al oro, que sólo proporciona goces efímeros cuando únicamente se le emplea en satisfacer una tonta vanidad.

Por este motivo, Adriana se veía obligada, á ejemplo de sus padres, á tratar á M^{me} de San Marcos con una igualdad fingida y un cariño que no podía emanar del corazón; pero Hortensia y Celina no eran engañadas por esa apariencia estudiada, por esa ternura forzada. Tan ingeniosas como buenas, echaban de ver el hábil manejo de su joven vecina. Por más que ésta pretendía ser su amiga más íntima, ellas sabían dar su verdadero valor á todas esas protestas de un orgullo disimulado, á todas esas expresiones melosas, tales como mi querida... ángel mío... hermosa mía... etc. Y con frecuencia esto las divertía en secreto.

Había un casamiento en proyecto de mucho tiempo atrás, entre la muchacha que cuidaba las gallinas del palacio de M^{me} de San Marcos y el hijo de uno de los principales viñeros del director general. Esos dos jóvenes se amaban desde su

infancia; y ambos dotados de las cualidades análogas á su condición, perteneciendo á honradas familias de agricultores, que se habían vuelto muy numerosas, estaban obligados á reunir en la boda considerable número de convidados. A este fin se había establecido el lugar del festín en una espaciosa granja perteneciente al coronel, que consideró un deber y asistió muy gustoso con sus dos hijas á esta fiesta campestre. El había regalado á la novia su traje de boda, y las dos hermanas la obsequiaron una gorra adornada de encajes y una riquísima pañoleta bordada. Así ataviada, debía ser conducida al templo por el señor San Marcos en persona : quería hacer ver en esta circunstancia, toda la consideración que tenía hacia los agricultores.

Adriana, invitada á esta boda lo mismo que sus padres, no obsequió con nada á los futuros esposos; pensó que era bastante favor el que les hacía honrándoles con su presencia. Llegó ese día tan deseado. Jamás se había visto allí un casamiento más alegre ni más generalmente aprobado. La costumbre del país exigía que en medio del festín, las jóvenes de la aldea presentasen á la casada un regalo, que generalmente consistía en una jarra de plata, de porcelana, llena de flores y rodeada de pastelitos que formarían parte de los postres. Entre los buenos agricultores, hasta sus diversiones tienen siempre un fin de utilidad. Las damas de honor que son generalmente señoritas de próximo parentesco, ó las mejores amigas de la novia, hacen con este fin una colecta entre las jóvenes campesinas invitadas.

Hortensia y Célina, quisieron contribuir también, pero proporcionalmente con todas las aldeanas, haciéndose un deber el descender al nivel de éstas. El alegre grupo las designó para que se pusieran á la cabeza de la comitiva. Propusieron secretamente las hijas del coronel á la orgullosa Adriana que las acompañara, pero ésta rehusó confundirse entre las aldeanas, pretendiendo que el aliento de las campesinas la revolvió el estómago, y que sus groseros movimientos, la hacían temer, decía, quedar estropeada por haberse metido entre ellas. Las dos hermanas no insistieron, y dejaron á la gazmoña que se mantuviera aparte y conservara á su gusto toda su dignidad.

Se observó el antiguo ceremonial. Al son de los instrumentos

que ejecutaban una marcha del tiempo del rey Dagoberto, se adelantaron más de 30 jóvenes vestidas de blanco con un ramillete en el seno y los ojos bajos, probando por su actitud, que el pudor es de todos los estados. La comitiva desfiló en medio de las largas mesas ocupadas por más de ciento cincuenta convidados. Hortensia y Cecilia llevaban cada una las extremidades del velo blanco que cubría el regalo. Esta ofrenda fué precedida de una canción conocida en toda la Tureña desde tiempo inmemorial, en la cual las jóvenes cambian con la novia consejos llenos de una moralidad alegre y sentimental; y las señoritas San Marcos repetían con sus compañeras de un modo festivo el antiguo y jovial estribillo. Estas, mostrándose muy lisonjeadas y honradas de la amable condescendencia de dichas señoritas. Pero mientras dirigían á las dos preciosas hermanas sus tiernos homenajes, echaban ojeadas á cada instante á la bella Adriana, que retirada en un rincón vestida con la más rica *toilette*, decía á su madre con sonrisa de desprecio :

— ¿ Cómo es posible que las señoritas de San Marcos, hijas de un coronel de ingenieros, se rebajen al grado de mezclarse con las campesinas, tocarlas sus manos negras y rajadas, respirar su aliento hediondo á ajo, dejarse apretar por esos brazos ennegrecidos por el sol que deben ensuciar los trajes y cinturones?... Lo que es yo, jamás me rebajaré hasta ese punto : demasiado sé lo que me debo á mí misma.

— Una de las jóvenes aldeanas dijo :

— ¡ Eh ! mira á esa que se cree rebajada con nosotras ! ¡ porque es rica se cree de primera clase !

Otra aldeana añadió :

— Eso hace reir de lástima. Ya verán ustedes que esa nos mira como animales que no tienen ni corazón ni sentimientos; pero ya la probaré que en cuanto á eso, valemos tanto como ella.

En toda la concurrencia de la boda había un murmullo que debió haber abierto los ojos de la desdeñosa, y sobre todo los de su madre, á quien cegaban su estúpida vanidad y su excesivo cariño á su hija.

El general, descontento del murmullo que inspiraba Adriana durante el festín, todavía aumentó más durante el baile que siguió á ese alegre banquete. En vano los jóvenes más aven-

tajados de esta numerosa reunión la fueron á solicitar que les hiciera el honor de bailar con ellos; la gazmoña respondió que ese ejercicio la desagradaba y la fatigaba. Pero poco después de haberse rehusado muchas veces á esas invitaciones, varios señores de la ciudad, atraídos por las risas de esta animada reunión, se mezclaron entre los danzantes, y de repente se vió á Adriana que, olvidando haberse negado á las respetuosas invitaciones de los jóvenes labriegos, aceptaba la mano de uno de los extranjeros que llevaba una cinta roja en el ojal, y se presentó con él en una contradanza. ¡Pero cuántas pullas, cuántos chistes se dijeron contra ella de parte de los campesinos á quienes había desdeñado!

Uno de ellos dijo :

— Ya veo que es preciso llevar una condecoración para tener el honor de bailar con la señorita. Soy de parecer sin embargo, que yo no deshollaría sus manitas blancas puesto que tengo guantes.

Otro añadía :

— Cuando ella es tan orgullosa, habría debido quedarse en su casa y no venir á injuriar á gentes honradas que se divierten entre ellos.

Un tercero añadió alegremente :

— Por más que se haga la importante, cuando está perchada como pájaro sobre los sacos de escudos de su padre, no es más alta que yo cuando estoy encaramado en nuestros haces de trigo.

Esta comparación hizo reir á todos los del grupo : abochornaron á Adriana, y la probaron, demasiado tarde, que jamás se insulta impunemente á aquellos á quienes se considera inferiores; que en las fiestas de aldea todos son iguales; y que sólo puede uno hacerse notar por esa urbanidad, por esa justa deferencia hacia toda persona estimable y útil; y en una palabra, por ese feliz sistema de igualdad humana que nos mantiene en el puesto que ocupamos, porque no despreciamos á nadie.

Tal era la opinión de M^{me}. de San Marcos, que en un baile de aldeanos no había dejado de bailar con el más insignificante pastor, lo mismo que con el más pobre arrendatario; ellas se mezclaban en todos los grupos, dejaban que los bailarines más rústicos las tomaran la mano y se reían con ellos de las

jocosas ocurrencias de todas esas buenas gentes. Así es que recibieron tantas invitaciones, que las fué imposible bailar con los bellos señores de la ciudad, á los cuales preferían ese día los buenos habitantes del campo; y mientras su brillante vecina era víctima de la crítica más mordaz, ellas no oían á su rededor más que lisonjeras alabanzas y las más vivas protestas de la más respetuosa abnegación.

— Ellas nos desprecian á los pequeños — decía un anciano aun verde y de humor jovial : — no temen comprometerse divirtiéndose con nosotros. Un joven testigo de la boda, observaba :

— Nos dan la mano ni más ni menos como si fuésemos sus iguales : ¡ por eso temo apretarlas demasiado sus deditos ! El hijo del guardabosque exclamó :

— ¡ Bien se ve que son hijas de un valiente que quiere y estima á todas las gentes honradas ! Todos los agricultores repetían á un tiempo : — El padre y las hijas pueden contar con nosotros; para siempre hasta la muerte ! Si alguna vez tienen necesidad de nosotros, no tienen más que decirlo, nuestros brazos, nuestros corazones, les pertenecen.

Pasaron algunos meses. En la misma aldea tuvo lugar otra boda; la de la hermana de un joven arrendatario de M. de Fontenelle con el hijo menor de un rico molinero. El mayor de los hijos de éste habiendo partido al ejército como simple quinto, había ascendido al grado de teniente de cazadores montados, y en la última campaña había merecido la cruz de honor por un notable rasgo de valor. Obtuvo un permiso de dos meses para asistir al casamiento de su hermano Charlot, y creyó de su deber presentarse en la boda en gran uniforme. Adriana, á pesar de su repugnancia de mezclarse entre los aldeanos, no pudo menos de asistir con sus padres. Sus dos jóvenes vecinas fueron invitadas : eran demasiado queridas de los agricultores de todas las cercanías, para que pudieran escapar á su cariño. Volvieron á tener gusto en reunirse á las jóvenes de la aldea para presentar á la desposada el obsequio acostumbrado por la señorita de Fontenelle. Al banquete siguió la danza, en la que tomó parte Adriana, la cual había sido invitada á bailar por el hermano del novio, que, como militar condecorado, fué acogido favorablemente.

Hortensia y Celina bailaron, según su costumbre, con los

dos testigos de la boda, que no cesaron de manifestarlas las más respetuosas consideraciones. Después de la primera danza, el teniente de cazadores quiso presentar sus respetos á las hijas del coronel; bailó varios vales con las dos encantadoras hermanas. Era el baile favorito de Adriana, en el cual billaba por una gracia y soltura admiradas de todos. Pero ninguno de los agricultores fué á invitarla; y pasó más de una hora sin que se moviera de su silla, en donde en vano ostentaba su traje de tul bordado, adornado de flores y muy elegante. Lo que venía también á agravar su penosa posición, era que observaba las irónicas miradas de los jóvenes fijadas en ella, y que por diferentes lados oía los sarcasmos que los más burlescos campesinos lanzaban contra ella, lo cual probaba el rencor que les había inspirado la conducta de esta desdeñosa belleza en la última boda á la que había asistido.

Al fin vió presentarse á un joven de aspecto bastante común, pero jovial; de talante torpe, pero sin pretensión. Vestía un frac corto y pantalón de pliegues. Llevaba en una mano un sombrero gris y en la otra un látigo. Parecía de unos veinte á veintidós años de edad; y una cinta roja que llevaba en el ojal, hacía ver que era militar de alto rango. La presuntuosa Adriana se imaginó ver en él á un pariente próximo ó ayudante de campo de un mariscal. Se apresuró pues á aceptar la invitación para un valse que él la hizo; y contenta de salir de la humillante quietud en que la habían dejado todos los jóvenes danzantes, se abandonó con gusto á su nueva pareja.

Pero pronto descubrió que los movimientos del extranjero eran tiesos sin llevar el compás. La pareció sentir bajo los guantes de gamuza de su danzante, una mano gruesa y callosa que la apretaba la suya con notable familiaridad. En uno de los numerosos círculos que recorrían juntos, el bailarín, sin duda algo aturdido, desgarró el traje de tul bordado de su dama, y hasta por poco traba el pie izquierdo que enlazaba demasiado en la pierna de la señorita; pero ésta no dijo nada: ¡era un hombre condecorado! Algunos instantes después, al apoyar él el brazo en el elegante talle de Adriana, desató por descuido, su cinturón á la escocesa que cayó, y sobre el cual él puso el pie. Lo recogió sonriendo y lo entregó á la señorita; que tampoco dijo nada: ¡era un hombre condecorado! En fin, cuando en su rápida carrera encontraban varias parejas contra las

que chocaban, Adriana notó que su caballero daba fuertes golpes de cadera, á todos los aldeanos que pasaban cerca, y éstos le devolvían los golpes : ella misma recibió uno que la habría derribado sino la hubiera sostenido su vigorosa pareja, apretándola en sus brazos hasta quitarle la respiración. Pero ¿ qué se podía decir?... ¡ era un hombre condecorado ! Pero cual sería la sorpresa y humillación de la gazmoña, cuando penas reconducida á su lugar por el pretendido ayudante de campo de un mariscal de Francia, supo, en medio de las carcajadas de todos los concurrentes, que era Perico, el artesano trabajador de chanclos de la aldea, que se había puesto el frac del teniente de cazadores para engañar á la bella desdñosa y tener el honor de bailar con ella. Hizo su papel con toda la inteligencia de que era capaz; sin embargo, no obstante todas sus precauciones, no pudo librar á su pareja de todos los pequeños accidentes que le acontecieron.

Adriana se retiró avergonzada y herida hasta el fondo del corazón. Su madre, cuya vanidad no tenía límites, se ahogaba de cólera. El coronel San Marcos no podía contener la inextinguible risa que le causaba esta jocosa escena. Hortensia y Celina, encontrándose así ampliamente vengadas de las amargas bromas que con frecuencia las dirigía su orgullosa vecina, no pudieron evitar el reír á su vez de la picardía del joven trabajador de chanclos; y éste, enseñando al teniente de cazadores la cinta que se había puesto en el ojal, le dijo alegremente estrechándole la mano :

— Dispéñeme usted mi valiente, si nos hemos hecho Caballero de la Legión de Honor; pero queríamos vengar á las buenas gentes que me dieron el ser y probar á esa bella señorita, que cuando se desprecia á los agricultores y se atreve uno á presentarse en una boda de aldea, hay á veces el peligro de hacer reír á costa suya.

EL RECURSO EN SÍ MISMO



... Hacia las cuatro de la mañana el vestido de baile estuvo enteramente terminado.

EL RECURSO EN SÍ MISMO

La fortuna caprichosa en sus dones como en sus rigores, aleja frecuentemente á los miembros de una misma familia. Eso nos prueba que debemos resignarnos con valor á los golpes de la suerte, y jamás envidiar las ventajas que concede á nuestros parientes, á nuestros amigos. Uno puede ser tan feliz en una condición obscura como en una posición brillante cuando se tiene el contento de sí mismo y el poder de satisfacer sus necesidades, sea por su trabajo ó por su economía y entonces se repiten alegremente las admirables palabras de un antiguo poeta latino que había hecho un profundo estudio de la verdadera felicidad :

— *¿Qué me importa bogar en la vida en un barco grande ó en uno pequeño? estoy bogando y eso me basta.*

Octavia, hija de M. Darmont, rico negociante en Tours, era el ídolo de sus padres. Único objeto de su ternura, heredera de una gran fortuna, había sido criada en un total olvido de lo que se refiere al interior de una casa, ignorando completamente todas las necesidades de la vida. Rodeada de numerosos criados, teniendo á sus órdenes particulares una camarera aunque apenas tenía 14 años, Octavia miraba todas las necesidades de su existencia como previstas de antemano por el destino, que tan bien la había favorecido.

Sentada perezosamente en un canapé, indecisa en sus gustos, limitaba sus estudios á leer los *Cuentos de brujas*, y ejercitaba su talento en trazar al lápiz un dibujo de bordado, ó en acompañar con el arpa cantando el romance del día. Luego, pronto la entraba el fastidio, y con frecuencia se dormía hasta el momento en que venían á avisarla que la comida estaba servida. Despertándose entonces sobresaltada, y agitán-

dose un poco por primera vez en el día, se arreglaba apresuradamente sus bellos cabellos rubios, se ponía un elegante traje y bajaba á la sala.

La señora Durmont tenía una hermana, viuda de un negociante, en otro tiempo célebre en la ciudad de Tours, en donde hacía vivir á más de cincuenta familias; pero arruinado por falsas especulaciones, engañado por infieles corresponsales, había muerto de pesar, dejando á su esposa y á su hija única de unos 13 años, una módica suma para vivir. Fanni du Cange, menos bella que su prima Octavia, pero más viva, más graciosa, tenía por madre á una de esas mujeres de mérito, que bajo principios austeros, ocultaba el más verdadero amor maternal y el más previsor. La señora du Cange, habiendo pasado de la opulencia á la más estricta medianía, había soportado ese cambio con un noble valor; pero alumbrada por la experiencia, pretendía que una joven debía conocer todos los detalles de la administración de una casa; que era el único medio de manejar bien un día la suya, de no ser engañada por sus gentes, y de bastarse á sí misma en los diferentes sucesos de la suerte, en todos los acontecimientos de la vida. Así, desde la edad de diez años, Fanni sabía arreglar la ropa blanca; y pronto no hubo ningún objeto perteneciente á su *toilette* que no fuese capaz de hacer con tanta habilidad como presteza. Para conducir á su hija á esa preciosa y rara superioridad, M^{me} du Cange había exigido, que, cada año, el día del cumpleaños de Fanni, ésta se presentara ante ella vestida completamente con el trabajo de sus manos. — Esa es — la decía esta excelente madre — la mayor prueba de cariño que puedes darme; es el modo más seguro de hacerme amar tiernamente el día en que tuve la dicha de darte la vida.

Aunque la habitación de M. Darmont fué el lugar de reunión de las personas más distinguidas de la ciudad, la señora du Cange la frecuentaba bastante. La sincera afeción que sentía por su hermana, cuyo carácter parecía del todo diferente al suyo, la hacía vencer esos sufrimientos secretos, esas humillaciones renovadas sin cesar, que la distancia de las fortunas siempre produce. Las dos jóvenes primas se amaban igualmente, aunque no tuviesen los mismos gustos ni las mismas costumbres. Se veía á Fanni trabajar con frecuencia en la habitación de Octavia, cambiando las cintas de un

sombrero, dando otra forma á los adornos de un traje, reparando lo desgarrado del tejido de una blonda. Octavia, que jamás había manejado la aguja, ignorando hasta el modo de hacer un remiendo, ó el sencillo repulgo de un pañuelo, estaba muellemente extendida en un canapé, como un autó-mata que espera, para moverse, que se dé cuerda al resorte que produce el movimiento. Era, en una palabra, una bella indolente, para la cual era preciso, por decir así, preparar el aire que debía respirar, y cuya monótona existencia, por ese motivo, estaba á discreción de todas las personas que la rodeaban. De modo que no había día que no experimentase mil contrariedades : unas veces una torpe camarera la había puesto su bata de la mañana con los adornos estirados por delante, produciendo un efecto detestable y ocultando el pie más bonito del mundo; pero la diestra y buena Fanni pronto calmaba ese movimiento de mal humor, y dando algunas puntadas con la aguja, con la velocidad del rayo, todo quedaba reparado. Otras veces era el peluquero que había olvidado á Octavia, invitada á un delicioso almuerzo en donde debían reunirse las jóvenes más elegantes : imposible presentarse ante ellas sin estar peinada á la última moda... La condescendiente Fanni pronto se apoderaba de los bellos cabellos de su prima, y en menos de un cuarto de hora, había victoriosamente reemplazado al hábil peluquero. Ya en fin, era un sombrero de exquisita clase, que Octavia había encargado para un paseo en carretela; pero ¡qué sorpresa! ¡qué dolor! ese sombrero resultaba de una forma demasiado baja, los bullones mal formados; las flores malísimamente colocadas; ¡y es preciso partir dentro de una hora! ¡Oh! maldita modista! ¡Jamás se volverá á comprar nada en tu casa! Pero felizmente, en ese momento entra Fanni donde su prima; y siempre buena y atenta, toma el sombrero, justa causa de tanta desesperación, y le da una nueva forma que sienta admirablemente al rostro encantador de Octavia, y la proporciona el inexpresable goce de ir á mostrarse en los bulevares que rodean á la ciudad y atraerse todas las miradas.

Tanta habilidad, tantos servicios hechos por Fanni, siempre riendo y sin la menor pretensión, llenaron á Octavia de tal reconocimiento y admiración, que la hicieron nacer el deseo de poder imitar á su prima. No pudo menos, á pesar de

su indolencia invencible, que envidiar esa preciosa actividad que frecuentemente había antes criticado, ese hábito feliz de bastarse á sí misma, con el cual se podía desafiarse al olvido del peluquero, y al descuido de la modista. Pero arrastrada por el torbellino de la alta sociedad, asustada de un laborioso aprendizaje, la joven perezosa permaneció en su completa ignorancia, resignándose á todas las contrariedades que sufría, las cuales con frecuencia la agriaban el carácter y perjudicaban á su feliz y natural disposición.

Debía verificarse un casamiento en la familia de las señoras du Cange y Darmont. La hija de uno de sus próximos parientes propietario de una rica manufactura establecida en las riberas del río Indre, debía casarse con el hijo único de uno de los más grandes propietarios del país. Esa boda que realizaba la esperanza de dos honorables familias, reuniría á los principales habitantes de las pequeñas ciudades circunvecinas. Era uno de esos grandes acontecimientos de que se habla á varias leguas al contorno, y que forman una época en la provincia. Cada cual tenía la pretensión de ser invitado y se disponía á ostentar los más ricos adornos, los encajes heredados y los diamantes de la familia.

M. de Sorlis, padre de la joven novia, había venido á Tours á hacer las compras necesarias para el matrimonio de su querida Estela. Debía conducir á la señora du Cange y á Fanni en una berlina muy cómoda, que podía fácilmente contener á cinco personas. M. Darmont se había visto obligado á partir en su coche y con sus caballos, para la venta de una selva muy extensa, situada á diez leguas de Tours, y de la que deseaba adquirir una gran parte. El Sr. Sorlis se apresuró á ofrecer á su parienta conducirla con su querida Octavia : la cual aceptó. Así fué decidido con gran pesar de ésta, que no se llevarían camareras. El cariño que Fanni tenía á su tía, su habilidad y amable previsión, decidieron á M^{me} Darmont á esta privación momentánea. Octavia, aunque también contase con la bondad de su prima, pareció por la primera vez salir de su adormecimiento y se ocupó de lo que debía componer su doble *toilette*; porque no solamente quería presentarse con brillo en la celebración del casamiento, sino que se proponía eclipsarlas á todas en el baile que debía efectuarse, con un vestido de crepón de Italia guarnecido de volubilis, el cual

tenía que producir un efecto maravilloso. Fanni, sin ser insensible al placer de estar bien vestida, no abrigaba las pretensiones de su prima; ella misma habíase hecho dos trajes nuevos : uno de percal con un sencillo bordado, y el otro de gasa ó muselina, guarnecido de rosas veraneras, sus flores favoritas, y todas fabricadas por sus manos. Ingenuamente confesaba que tenía gusto en sostener la alta idea que en las pequeñas ciudades tienen de la elegancia de las señoras de la capital de la provincia, y añadía riendo, que era de su deber representarlas dignamente.

Llega al fin el día del viaje proyectado : era la víspera del casamiento. M. de Sorlis desde por la mañana hizo llevar su carruaje donde la señora Darmont á fin de que ésta pudiese aprovechar una parte del lugar cubierto arriba del carruaje, que estaba vacío, y colocar allí los diferentes objetos de *toilette* de esas señoras. Se colocó allí la ropa blanca y todos los vestidos que podían arrugarse; pero no era posible meter allí los trajes adornados con blondes y flores. Se cerró pues ese toldo sobre cual se colocó una gran caja de cartón conteniendo los sombreros y los diferentes chales de las cuatro viajeras; y detrás del coche se colocó una caja cubierta de tela encerada, en donde iban los trajes que exigían más precauciones. Las señoras du Cange y Darmont ocuparon el fondo de la berlina, y M. de Sorlis se sentó en la delantera con Octavia y Fanni.

Era el equinoccio, á principios del otoño, y aunque M. de Sorlis no necesitaba emplear más de siete horas para llegar á su manufactura, situada entre Loches y Chatillon, deseaba partir inmediatamente después del almuerzo, á fin de poder hacer descansar sus caballos á medio camino, y llegar bastante temprano para vigilar personalmente los preparativos de la ceremonia del día siguiente. Pero la salida de cuatro mujeres poco acostumbradas á viajar, y la mitad de las cuales tenía pretensiones, está sujeta á muchos retardos. De modo que, en vano M. de Sorlis á medio día en punto, entró en su coche tirado por cuatro vigorosos caballos manejados por un hábil cochero, M^{me} Darmont, en casa de la cual se debían reunir, no había acabado con sus precauciones y preparativos; y su querida Octavia temía tanto olvidar la menor cosa necesaria á su *toilette*, que á pesar de las reiteradas instancias de M. de Sorlis, y de la justa impaciencia que manifestaba, no

podieron marcharse antes de las dos, y por consiguiente, llegaron á la manufactura á las nueve, en donde nuestros viajeros fueron recibidos con la más viva alegría.

Alegría pronto turbada por la noticia que se esparció en la habitación, de que los criados, que se apresuraron á descargar el carruaje, no habían encontrado detrás de éste más que las correas que detenían la caja, la cual probablemente había sido robada en la obscuridad de la noche.

Las viajeras se desesperaron de este acontecimiento. La señora Darmont perdía el más bello adorno de encajes que poseía en todo su guardarropa : lo que la consolaba un poco, es que la quedaban los cachemiras que había colocado en la gran caja de cartón atada arriba sobre la tela embreada, en donde felizmente ella había puesto un traje de terciopelo prendido con alfileres, en verdad, sin adornos; pero de bastante apariencia para presentarse decentemente en la boda. La señora du Cange no había puesto nada en la caja y no sentía ninguna privación; pero Octavia y Fanni se veían despojadas de sus trajes adornados; no las quedaba más que sencillos vestidos de la mañana, con los cuales era imposible presentarse en la boda entre tantas señoras que se disputarían el estar mejor vestidas. En efecto, en toda la manufactura había un movimiento, una agitación, que hacían ver los grandes preparativos que todos los convidados hacían para presentarse en la boda con todos el brillo de que podían disponer. En las pequeñas ciudades, la vanidad es más ambiciosa que en las capitales. En las primeras, todo se critica, se compara, se denigra con un rigor recíproco, con el que todos se arman sin piedad.

Las dos jóvenes primas no tenían siquiera el recurso de pedir prestado el menor vestido á la desposada. Sin contar que ésta podía tener el doble de la edad de ellas, era de una estatura y robustez, que no les permitía recurrir á su guardarropa. Se pensó al principio, en mandar á un criado á todo escape á Tours, para traer nuevos trajes á esas señoras; pero en esos caminos que no eran más que atajos, la posta estaba mal organizada; y era imposible que el mismo caballo pudiese andar cerca de 25 leguas en una sola noche y regresar al día siguiente á las 11 de la mañana en punto, que era la hora señalada para la bendición nupcial por el cura del lugar, que era

de edad muy avanzada. En seguida se pensó en recurrir á las costureras de Loches ó de Chatillon, las cuales con algunas varas de gasa ó de linón, habrían podido, sino para la misa del casamiento, al menos para el gran baile de la noche, hacer apresuradamente dos trajes para Octavia y para Fanni; pero esas obreras modistas de las pequeñas ciudades tienen aún más pretensiones que las de los grandes centros; habría sido preciso conformarse con su rutina y verse disfrazadas á la moda del país : esta idea era insoportable... En fin, el reloj de la sala dió las doce de la noche; y la fatiga del viaje haciendo sentir la necesidad de reposo, se dejó para la mañana siguiente el tomar la resolución que pareciese más conveniente. La señora Darmont se retiró con su querida Octavia al alojamiento que se las había preparado; su indolencia habitual las hizo arrostrar la contrariedad que sentían y que un profundo sueño alejó de sus pensamientos. Octavia fué la primera que se durmió, repitiendo varias veces las siguientes palabras : — ¡ Dos trajes tan bonitos !... ¡ Oh ! mis queridos volubilis ! os sentiré mucho tiempo.

La señora du Cange y Fanni fueron alojadas en una habitación compuesta de dos cuartos contiguos, que formaban el primer piso de un pabellón separado de la gran vivienda. La modesta madre no echaba de menos nada para sí; y pronto se abandonó á un profundo sueño. No sucedió lo mismo á Fanni. Los recursos que uno encuentra en sí mismo reaniman el valor y despiertan la imaginación. Se decide á bajar las escaleras con precaución, y, dirigiéndose á una anciana camarera que había criado á la novia, y que felizmente encontró en un corredor, la preguntó si no había en la cesta de su prima Estela algunas piezas de gasa ó de linón, cintas blancas y flores artificiales. La excelente criada tan despierta como inteligente, respondió que su joven ama había recibido un ajuar considerable, en donde se encontraban en abundancia todos los objetos que la señorita necesitaba.

— ¡ Ah ! — respondió Fanni echándose en sus brazos — si usted fuera bastante bondadosa para ayudarme, yo podría reparar la pérdida que he tenido.

— ¡ Con todo mi corazón, encantadora señorita; usted me parece tan hábil, tan al cabo de todo !... Vuelvo al instante.

Al decir eso sale y poco después se reúne á Fanni en su

habitación. Esta, mientras miraba al cuarto en donde descansaba su madre, se quita el sombrero, su vestido de viaje y su pañoleta, se levanta apresuradamente sus bellos cabellos negros en la coronilla de la cabeza y se dispone á aprovechar su habilidad. Llega la anciana camarera, con una gran caja de cartón que cabalmente contenía una pieza de muselina y varios adornos de flores artificiales, entre las cuales había rosas veraneras. Acercan con precaución una gran mesa velador poniéndola en medio del cuarto, y Fanni, con las tijeras en la mano, corta con tanta destreza como vivacidad los paños de una basquiña y todos los pedazos que componen el talle. La costumbre que tenía de trabajar para sí y el indecible deseo de presentarse bien vestida en el baile, hicieron que su trabajo adelantara mucho más de lo que esperaba; y perfectamente secundada por la vieja criada llena de emulación, logró en el espacio de dos horas, terminar la enagua de su vestido; sólo los adornos y el corpiño exigieron algo de más tiempo; pero cada puntada que daba Fanni era tan rápida como el relámpago; y cómo en semejante caso es permitido coser á grandes puntadas, hacia las cuatro de la mañana, el vestido de baile estuvo enteramente terminado. Fanni lo suspendió entonces de una de las cortinas de la ventana para que se conservara fresco y de forma elegante, dió las gracias á la buena mujer que la había ayudado con tanto celo, y se echó en la cama en donde se entregó á un sueño reparador.

Desde las ocho de la mañana, los patios y jardines de M. de Sorlis resonaron con los gritos de alegría de los numerosos obreros de su manufactura, con el ruido de los tambores de la guardia nacional, que mandaba este hombre respetable, y poco después se oyeron los melodiosos cantos de todas las jóvenes del cantón, que venían á presentar á la desposada la corona de flores, que la costumbre del país las concedía presentar ellas mismas. Este ruido despertó á Octavia, que todavía se repetía : ¡ Oh ! mis encantadores volubilis ! ¡ os echo de menos más que nunca ! Se levantó triste y apesurada; y, después de haber hecho el oficio de camarera cerca de su indolente madre, pues no habían podido traer á la que las servía como tal, se dirigió donde su prima que aún dormitaba. Al ver el lindo vestido suspendido de las cortinas de la ventana, se imagina que se ha encontrado la caja perdida, da un grito

de alegría, de sorpresa, recuerda á Fanni y hace venir á la señora du Cange del cuarto vecino. Esta al echar una ojeada al vestido nuevo y al observar todos los pedacitos de muselina y de gasa esparcidos sobre la mesa velador, todos los restos de cintas y de flores artificiales, adivina al momento lo que su hija ha hecho durante la noche, y estrechándola tiernamente en sus brazos, se felicita de haberla acostumbrado á bastarse á sí misma. Octavia unió sus felicitaciones á las de su tía, pero no pudo menos de envidiar la destreza y la felicidad de su amable prima.

Pasaron al departamento de la señora Darmont, incapaz de preparar algo para su *toilette*. Fanni, mientras hacía á su tía los servicios más precisos, la contó la feliz inspiración que había tenido de tomar prestado á la joven desposada, lo necesario para reparar el accidente de la caja. — Pero yo — dijo Octavia — ¿ con qué vestido voy á presentarme en la bendición nupcial? — Su tía la respondió :

— He colocado sobre el carruaje dos trajes de percal, bordados con sencillez : si uno de ellos puede convenirte, querida amiga...

— Pero tía, el talle podría contenernos á mi prima y á mí.

— Déjame arreglarle — dijo Fanni — con dos ó tres fuertes repulgos ocultos bajo el largo cachemira de tu madre, y de dos buenas alforzas abajo, salvaremos las apariencias.

Era el único partido que se podía tomar en este instante, fué preciso tomarlo. Fanni, la infatigable Fanni, después de haber ayudado á su tía á arreglarse una rica *toilette*, y á Octavia á ocultar cuanto era posible lo ridículo de la suya, fué á ponerse el traje que había fabricado, y se dirigió al salón con su madre, en donde ya estaban reunidas todas las damas de los contornos, cargadas de adornos. La señora Darmont deslumbró por la riqueza de su traje moderno y por el brillo de sus diamantes. Fanni pareció divina y reunió todos los sufragios y simpatías. Octavia estuvo torpe y de mal humor. Empacada en el cachemira de su madre, no se atrevía á hacer el menor movimiento en el temor de descubrir su visible talle. No cesó de ser severamente criticada. — ¡ Qué postura grave y tiesa ! — decía la esposa del sub-prefecto — es una muñeca que sólo se mueve por un resorte oculto.

La mujer del alcalde decía :

— No ve usted que no tiene talle y trata de disimularlo; pero en el campo se ve tan claro como en la ciudad de Tours...

Octavia estaba martirizada : hasta pensaba ya dar por pretexto una indisposición y subir á su habitación, cuando un joven testigo de la boda vino á darla la mano para conducirla á la iglesia con toda la comitiva. Allí, nuevos sarcasmos, nuevas murmuraciones.

Octavia decía á Fanni :

— ¿ Oyes cómo me tratan? ¡ Qué feliz eres de poder bastarte á ti misma.

— Ten valor mi pobre prima; me viene una idea que puede volverte todos tus encantos y vengarte de las más injustas prevenciones.

En efecto, al regresar de la iglesia, Fanni eligió entre las jóvenes que habían presentado á la desposada la corona de flores, á aquellas acostumbradas á la costura y que podían secundarla en su proyecto. Las condujo á su habitación, cortó de la pieza de muselina de gasa un vestido semejante al que ella había hecho por la noche, y se colocó en medio de las jóvenes obreras que no tenían otra cosa que hacer que ir cosiendo lo que ella les ordenaba. Octavia pronto vino á reunirse á las trabajadoras, trayendo un rico adorno, no de volubilis, sino de flores blancas que la novia le había prestado de su cesta. Trató de ayudar á las jóvenes obreras á coser para ganar tiempo; pero se picó los dedos y manchó varios pedazos del traje.

Fanni entonces la dijo :

— Déjanos, cada oficio exige un aprendizaje.

El taller de costura dirigido por Fanni, hizo maravillas, y al cabo de dos horas apenas, tuvo el gusto de vestir á Octavia con un traje precioso, y de acompañarla al banquete, en donde todos admiraron la dignidad de su porte y la elegancia de su talle. Redujeron al silencio las críticas más severas. Octavia, saliendo de repente de su indolencia acostumbrada, pareció casi tan ingeniosa y tan amable como Fanni : ya no se habló más que de las dos primas. Las citaron como perfectos modelos de gracia, de candidez y de buen tono.

Pero si una de ellas estaba encantada de haberse mostrado con todas sus ventajas, la otra se sentía mucho más feliz de haber podido, por su habilidad y su trabajo, evitar un pesar

á la amiga de su infancia. Fanni, en ese momento fué la más rica; y su prima arrojándose en sus brazos, la dijo con la expresión de un grande reconocimiento :

Querida amiga, te debo mucho, y quiero deberte más todavía. Enséñame, te ruego, á hacer yo misma todo lo que compone la *toilette* de una mujer; haz de modo que yo pueda también, el día de mi cumpleaños, presentarme vestida completamente por el trabajo de mis manos ! Encontrarás en mí la aprendiz más sumisa y más activa. ¡ Ah ! tú me has hecho conocer una verdad que jamás se borrará de mi memoria. Sí, cualesquiera que sean la situación y la fortuna que una posee en el mundo, cualesquiera que sean los favores con los cuales la naturaleza ha querido colmarnos, la mayor felicidad en todo tiempo, en todo lugar, á toda edad... es tener un recurso en sí misma.

LA LECHE DE BURRA



MARGOT, la burra, parecía conocer lo útil que era á su pobre ama.

LA LECHE DE BURRA

Con frecuencia un momento de alegría, la broma más sencilla, pueden tener enojosas consecuencias y causarnos arrepentimientos que la sola reflexión nos habría evitado. Eso prueba que jamás debemos hacer nada sin pensar en el efecto que nuestra acción debe producir, y no abandonarnos sin reflexionar á todo lo que puede divertirnos.

La vieja Marta, viuda de un pobre viñero, no tenía familia, ni apoyo ninguno sobre la tierra. Todo su haber consistía en una casucha con un pequeño jardín que no podía bastar para su existencia. Para proveer á sus necesidades, hacía mandados á los diferentes habitantes de su aldea, entre los cuales había varios propietarios de importantes dominios, entre otros, el de la antigua Abadía de Vallière, á dos leguas de Tours en el camino de Nantes. Esta deliciosa habitación, notable por su posición, desde donde á pérdida de vista se sigue el curso de los ríos Loira y Cher, pertenecía á M^{me} de Courcelles, viuda de un intendente militar, el cual, mientras se hacía estimar de los oficiales generales y querer del soldado, había adquirido bastante fortuna para dejar al morir lo suficiente á su esposa y á su querida Celia, para que vivieran con comodidad. Celia era el único fruto de la más feliz unión.

M^{me} de Courcelle, notable por el bien que hacía en el país, lo mismo que por las elevadas cualidades que la distinguían, era de un carácter alegre y franco, comunicativa, y de inalterable jovialidad. A esas felices prendas naturales debía la resignación que mostró á la muerte de un esposo que adoraba; y su hija, cuya educación ella misma dirigía, parecía haber heredado la misma propensión, el mismo carácter. Dotada de

imaginación viva, frecuentemente irreflexiva, Celia se dejaba llevar con demasiada facilidad á todas las impresiones que recibía, cometiendo así frecuentes indiscreciones y faltas graves, de las cuales su tierno corazón y su buena índole la hacían arrepentirse pronto. No había día que no hiciese alguna jugarreta á las gentes de la casa de su madre, burlas que al principio las hacían reir, pero que á veces concluían por desagradar y fatigarlas. No hay nada, en efecto, más molesto que esa manía de hacer burlas á todo el mundo, de bromear sobre las cosas más serias y volverlo todo broma. El exceso de alegría se vuelve con frecuencia peor que la misma tristeza; y se huye de todos esos burlones de profesión, que comienzan por divertirnos algunos instantes, y concluyen de repente por causarnos el más insoportable fastidio.

Celia había hecho más de una jugarreta á la vieja Marta, que vivía á la entrada de la calle de árboles de la Abadía. Se la veía ir donde ella, en sus momentos de recreación para hacerla cantar algunas antiguas canciones del país, ó para que refiriese alguno de esos cuentos de brujas y de espantos ó aparecidos, en lo que todavía creen los sencillos habitantes del campo, y que hacían reir á Celia á carcajadas, divirtiéndose como joven instruída, libre de falsas preocupaciones.

Las excursiones de Celia donde la buena Marta, se volvieron aún más frecuentes por la llegada de Rosina Berard, su amiga íntima, y por lo menos tan traviesa como nuestra atolondrada. Rosina había sido traída de París por su madre, la cual debiendo ir á tomar los baños de Barége, rogó á M^{me} de Courcelle se encargara de su hija, lo que ésta hizo con gusto, en el deseo de servir á una de las mujeres que más quería y estimaba, y al mismo tiempo procuraba á su adorada Celia una compañera digna de todas sus locuras.

¡ Oh ! ¡ cuántas picardías tuvo entonces que sufrir la pobre Marta de parte de las dos inseparables ! Es verdad que estaba ampliamente indemnizada por mil regalitos y por los numerosos mandados de que la encargaban Celia y Rosina, pagándola muy bien ; pero lo que más la agradaba, era la brillante charla, la inagotable alegría y las hazañas de toda clase de las dos amiguitas : ¡ esto la recordaba deliciosamente el dichoso tiempo de su juventud ! Marta, para ir todas las mañanas á la ciudad de Tours á hacer las comisiones que la encargaban, tenía una

burra muy dócil á sus menores deseos, la ayudaba en sus trabajos y contribuía á hacerla merecer la confianza de todos los habitantes. *Margot*, la burra, parecía conocer lo útil que era á su pobre ama : jamás tropezaba, se contentaba con un escaso alimento, y diariamente iba á la ciudad, cargada de enormes paquetes, deteniéndose á la puerta de cada habitación en donde sabía que había comisiones que recibir ó entregar, y se aproximaba en seguida con la mayor docilidad, al primer lugar á propósito para que pudiese montar la pobre anciana agobiada de fatiga. Así es que Marta amaba á su fiel burra como á una compañera, como á una amiga. Era el único ser en el mundo á quien tuviese derecho de mandar. Pero *Margot*, un día tuvo un bonito borriquillo negro, y se vió en la necesidad de permanecer dos semanas enteras en el establo. Este acontecimiento evitó que Marta, durante ese tiempo, pudiese ganar lo necesario para vivir, y sin algunos restos de las cocinas de la Abadía, que Rosina y Celia, tan buenas como alocadas, tuvieron el cuidado de traer ellas mismas á la pobre Marta, ésta no habría podido resistir la falta de trabajo durante tanto tiempo. Pero pronto *Margot*, amamantando abundantemente á su borrico, estuvo en estado de volver á emprender su servicio, y la sorprendente actividad de su ama, su empeño en cumplir con exactitud las diferentes comisiones que la confiaban, repararon el tiempo perdido.

Un acontecimiento imprevisto vino aún á aumentar la satisfacción de Marta y á añadir un poco de más comodidad á su suerte. M^{me} de Harneville, pariente cercana de M^{me} de Courcelle, esposa de un célebre abogado en la Corte real de París, acababa de sufrir una enfermedad de pecho, que por poco le arrebató á su familia. Por consejo de su médico había venido á pasar el verano en el campo, á fin de tomar leche de burra, lo único que podía acabar de restablecerla. Apenas llegó á la propiedad de M^{me} de Courcelle, en donde ya gozaba del aire puro y delicioso de la Turena, tomó los informes necesarios para conseguir el brebaje reparador que tanto necesitaba, y le indicaron la burra de la vieja Marta, que daba leche de primer parto y que tenía todas las condiciones necesarias. Se hizo pues venir á la pobre mujer, y se convino con ella, que se la compraría un asno para sus comisiones, á las que por nada habría renunciado; y que, por el alquiler de su

burra, que sería mantenida en la residencia lo mismo que su borrico, recibiría de M^{me} d'Harneville treinta francos al mes, con la esperanza de recibir además una recompensa satisfactoria, en el caso de que la leche de su burra acabase de restablecer la salud de la convaleciente, tan cara á sus numerosos amigos, debido á las raras cualidades que poseía.

¡Qué buena fortuna para Marta! Treinta francos al mes, además de sus comisiones, y á mayor abundancia, un asno á sus órdenes! Pero era preciso separarse momentáneamente de *Margot*, tan dócil, tan dulce! Esta idea atormentaba á la buena Marta. Lo único que la decidió, fué la certeza y la necesidad de hacer algunas economías para el invierno. Durante el buen tiempo no le faltaba trabajo ni comisiones; pero tan pronto como la primera escarcha venía á despojar de sus hojas á los árboles y á entristecer la naturaleza, casi todos los propietarios ricos se retiraban á la ciudad; no quedaban en el campo más que los agricultores, que no podían proporcionar á la vieja comisionista, lo necesario para ganarse la vida. ¡Oh! ¡qué valiosa se volvía la burra á sus ojos por el precio inesperado que daban á su leche!

La pobre Marta se decía :

— ¡Ya no me veré obligada á implorar, durante la rigurosa estación los socorros de mis vecinos, ni las limosnas del cura! ¡podré hacer mis pequeñas provisiones de leña y de harina, llenar mi salero, y quizá, comprarme una nueva enagua de lana, para reemplazar la antigua, tan vieja, tan remendada! Así fué que, tan pronto como regresaba de la ciudad y que sus comisiones la dejaban un instante tranquila, corría á la Abadía á visitar á su querida *Margot*, que al verla se ponía á rebuznar, y parecía manifestarla todo el placer que su presencia la hacía sentir. El pobre animal, con su reiterado rebuzno, pedía al mismo tiempo á Marta, que la acercara y la dejara contemplar á su borrico, del cual la separaban gran parte del día para que no se mamara la leche : y la excelente mujer conmovida de este natural instinto, tan vivamente manifestado hasta entre los animales, desataba, al borrico, que al momento corría á alimentarse de la leche nutritiva que la naturaleza le destinaba; pero apenas habia dado algunos tragos y recibido las tiernas caricias de su madre, que desapiadadamente se le volvía á conducir á su establo se-

parado, en donde para indemnizarle del robo que se le hacía sufrir, encontraba salvado mojado en abundancia, leche cortada y hierba fresca. Nada se descuidaba para que el joven animal sufriese lo menos posible de las privaciones que era indispensable imponerle.

La burra realizó así los ardientes deseos de su pobre ama : su leche, tan pura como abundante, era llevada mañana y tarde á M^{me} d'Harneville, cuya salud se restableció como por encanto. Dos meses habían pasado, y Marta había ya recibido tres monedas de oro, que conservaba con el cuidado de un avaro para su tesoro. Jamás había poseído una suma tan considerable; y ya iba á vencerse el tercer mes, cuando una picardía de Celia y de Rosina, que estaban lejos de comprender toda la importancia de lo que hacían, estuvo á punto de privar á la desgraciada mujer del justo fruto de sus sacrificios y de una retribución tan necesaria á sus necesidades.

Era indispensable, como se ha visto, separar á *Margot* de su borrico, que no se soltaba del lugar en donde estaba detenido, antes que se hubiese llenado el jarro de la leche destinada á M^{me} d'Harneville.

Hacia medio día, era solamente cuando el pobre animal podía dar de mamar á su hijo, y gozar de las inexpresables dulzuras del amor maternal, sentimiento tan vivo y tan fuertemente expresado por una burra como lo es entre los seres mejor organizados. Una tarde en que *Margot*, tan bien cuidada, había pastado como de costumbre, Marta se preparaba á ordeñar y sacar la leche que ella misma tenía el honor de llevar á su generosa convaleciente, ¡ cuál no fué su sorpresa al ver que no podía sacar más que unas gotas ! Su sorpresa fué mayor todavía, cuando, al querer hacer una nueva tentativa, la burra, generalmente tan dócil y tan mansa, se agita y se aleja bruscamente. En vano la pobre mujer quiere acariciar á *Margot*, á su querida *Margot*; en vano le presenta en una cesta avena mezclada con afrecho, le pasa por el lomo la mano cariñosa; tan pronto como quiere ordeñarla, el animal se pone á dar coces, amenazándola con ojos brillantes de cólera. Por primera vez en dos meses enteros, M^{me} d'Harneville, con gran pesar suyo se vió privada de su brebaje que era ya su principal alimento. — Sin duda — se

dijo — no es más que un capricho, un momento de obstinación de la burra que no quiere dar su leche; es preciso resignarse!

En efecto, á la mañana siguiente recibió su jarro acostumbrado rebosando de leche; pero en la tarde, nueva privación: la burra estuvo tan estéril como la víspera. Marta se sintió muy inquieta de este extraño acontecimiento, cuya causa estaba lejos de adivinar. No podía imaginarse que la traviesa Celia, ayudada por Rosina Berard, se divertían, tan pronto como la burra regresaba del campo, y que las muchachas de corral se ocupaban de los trabajos que las habían dado, en soltar al borrico, sacándole del establo en donde se mantenía encerrado, y hacerle mamar toda la leche que podía, y ésto sin que nadie supiera nada. Las dos atolondradas se divertían mucho al ver la sorpresa y los apuros de la vieja Marta, cuando llegaba con el jarro de porcelana en la mano, á ordeñar su burra, que la recibía á coces. Ocultas en un rincón del gallinero, reían disimuladamente, y se aplaudían en secreto de la buena broma que hacían á la pobre vieja, sin pensar en el hondo pesar que sentiría de la irreparable pérdida que sufriría por causa de ellas.

Hay imaginaciones vivas, irreflexivas, que sólo ven lo que lisonjea su deseo, el éxito de un ciego proyecto que las parece chistoso, sin fijarse en las tristes consecuencias que puede acarrear. Tan cierto es que siempre se debe pensar en si el placer momentáneo de una farsa no costará bien caro, pagándolo con dolorosa pena en el porvenir.

En efecto, M^{me} d'Herneville, obligada por su salud á tomar leche dos veces al día, se ocupó sin descanso en conseguir otra burra. Marta, profundamente afligida, se veía privada de una retribución que debía darla el desahogo que tanto deseaba. Hasta llegó á creer que *Margot* se había vuelto estéril, de difícil acceso, y se disponía á venderla á cualquier precio; pero si la vendía, ¿tendría los medios para comprar algún otro asno que la sirviera para sus comisiones? y si no podía hacerlas, se vería reducida á pedir limosna, á concluir sus días en un hospital... ¡Oh! ¡cuántos males resultan por la más leve causa!

Rosina y Celina comprendieron entonces toda la importancia y gravedad de la falta que habían cometido: no pudie-

ron soportar la idea de ser causa de la ruina y desgracia de la pobre mujer á quien tanto querían. La vergüenza momentánea de confesarlo todo, no era nada comparada con el agudo pesar y remordimiento que se preparaban si guardaban un culpable silencio. Se decidieron á revelar su secreto, y descubrieron el medio que inventaron para engañar á Marta, sin pensar en todo el mal que su locura podía producir. Fueron vivamente exhortadas y reñidas por sus madres. M^{me} de Courcelle sobre todo, que era tan severa é inexorable por las faltas del corazón, como indulgente por las sencillas travesuras, hizo comprender á Celia, cuánto la había herido en el alma por la pérfida broma que había hecho á la vieja Marta. Sólo la perdonó con la condición que entregaría á esta pobre mujer un trimestre de lo que recibía para sus pequeños antojos. M^{me} Bernard, que acababa de regresar de los baños de Barège, impuso el mismo castigo de reparación á Rosina.

En la misma tarde, la burra, cuya leche no había sido ya agotada en secreto, dió á Marta la alegría de presentar á M^{me} d'Harneville el jarro lleno de leche acostumbrado. La salud de esta señora se restableció por completo, y Marta recibió, además de los 30 francos al mes, cinco monedas de oro, que con sus economías, y las multas impuestas á Celia y Rosina por sus madres, formaron un pequeño capital á la buena anciana, y la proporcionaron un desahogo que estuvo á punto de perder por una simple broma. De aquí resulta que cuando las dos jóvenes bromistas, arrastradas por su carácter natural y viva imaginación, hacían alguna jugarreta á las gentes de la mansión ó á los habitantes de la vecindad, reflexionaban primero sobre las consecuencias que pudieran resultar, y hasta loqueando se decían : No olvidemos la leche de la burra.

LA BARCA DE SAINT-CYR
Ó EL PERRO DE GRANJA



Pronto se desata el chal y arroja un extremo al perro.

LA BARCA DE SAINT-CYR

Ó EL PERRO DE GRANJA

Después de haber probado que una simple locura podía tener enojosas consecuencias y causar amargos pesares, tratemos de hacer conocer, por una narración histórica, los goces y el provecho personal que á veces ocasiona un solo movimiento de dulce piedad. Eso nos probará que todo está compensado en la naturaleza, y que jamás se debe contener la impulsión del corazón que nos induce á socorrer á un ser que sufre, cualquiera que sea.

A media legua de la ciudad de Tours, en la risueña calzada que conduce á Saumur, hay una aldea arrimada á los ricos ribazos del Loira, llamada Saint-Cyr, lugar notable por las deliciosas habitaciones que contiene, por la belleza de sus frutas y la exquisita calidad de sus vinos.

Abajo de ese fértil ribazo tan afamado y frente á la bella manufactura de alfombras establecida en Santa Ana, en la ribera opuesta del río, existe desde tiempo inmemorial, una barca que pasa y repasa á los numerosos habitantes de la ciudad y del campo. Generalmente la conduce un solo barquero, que no emplea más que remos más ó menos largos, según la altura de las aguas del Loira. Como esa travesía, ordinariamente bastante rápida, evita mucho camino á las personas que se dirigen á la parte occidental de la ciudad, esa barca es muy frecuentada durante todas las estaciones del año, principalmente en el buen tiempo.

Agatina Bertrand, huérfana y sin fortuna, vivía de los favores de su tío materno, propietario de una manufactura de ladrillos de barro quemado, situada cerca del puente de la Mothe, en las riberas del río. Este excelente hombre, viudo y sin hijos, había concentrado todas sus afecciones en Agatina, su ahijada, y, deseando establecerla de un modo conveniente en relación con la honrada fortuna que había hecho con su industria y su trabajo, había colocado á la huérfana en una de las mejores pensiones de la ciudad, en donde se distinguía por sus aptitudes y raras disposiciones. Tan diestra en el manejo de la aguja, como instruída en el idioma, en la historia y en la geografía, Agatina, apenas de trece años de edad, acababa de ganar en el concurso del año, el premio de costura y sobre todo el de buena conducta, lo cual siempre anuncia un feliz carácter y el don de darse á querer. Ese doble éxito conmovió vivamente á su tío, y quiso absolutamente probarla su satisfacción. Era la época de una de las brillantes ferias establecidas en la ciudad de Tours; había llegado el mes de Agosto. Agatina conducida por su padre adoptivo á las más bellas tiendas que adornaban los terrados pegados á los muros de la ciudad, recibió como recompensa del honorífico premio que había obtenido, la libertad de escoger lo que más la gustara; la joven colegiala, tan sencilla en sus gustos como modesta por su carácter, estaba vestida en ese momento con un traje de percal blanco sin adornos y un sombrero de paja con una cinta rosada, y al cuello llevaba un pequeño madrás de cuadros azules y blancos. Su tío esperaba que ella elegiría algún objeto de valor, y seguía el movimiento y la expresión de sus ojos para saber lo que podría agradaarla. Ninguna tela moderna, ningún bordado, ninguna alhaja atrajeron las miradas de la joven; pero al pasar por un almacén de novedades, en donde flotaban al viento varios chales de colores matizados, Agatina se detuvo y exclamó :

— ¡ Oh ! ¡ qué bonito !... parece el arco iris que brilla después de una tempestad.

Al instante el excelente tío compra el chal poniéndole en el cuello de la nueva Iris. Esta se sonrojó primero de gusto, después de modestia. Pretendió que este adorno no se adaptaba á la sencillez de su vestido, y que no la gustaba parecer de un modo superior á su condición; pero el tío persistió en que

lo tomara, diciendo que su hija adoptiva que acababa de obtener el premio de buena conducta, debía distinguirse de sus rivales.

— Es precisamente, querido tío — respondió la amable Agatina — para mostrarme digna de ese premio tan lisonjero, por lo que siempre debo ser sencilla en mis adornos; si yo hiciera lo que usted dice, tomaría el tono y el vestido de las primeras señoritas de la ciudad, y haría que se burlaran de mí. He retenido entre los principios que he recibido, que no se debe nunca adoptar más que el tono que pertenece á la condición que una ocupa en el mundo.

— Pero, hija mía, yo tengo medios, y sólo tú eres mi heredera; después de todo, mi profesión de manufacturero no me coloca ni encima ni debajo de nadie; y la educación que has recibido bien te da el derecho de llevar un chal. ¡ Te queda tan bien! ¡ y tengo tanto gusto de verte adornada con él!

Fué preciso ceder á tan tiernas instancias, y aunque la modesta Agatina usase gran sencillez en todo su vestido, no pudo dejar de ser sensible, al placer de ponerse el elegante chal, que le recordaba su premio de buena conducta y la generosa bondad de su tío.

Cada vez que éste reunía á algunos amigos en la manufactura, principalmente los domingos, enviaba por Agatina á su pensión á una antigua criada que la había visto nacer; y las dos, después de haber recorrido los muelles sembrados de árboles, con los que se ha embellecido la parte septentrional de la ciudad de Tours, tomaban la barca de Saint-Cyr y desembarcaban en la orilla del frente, á corta distancia de la manufactura.

La joven pensionista no dejaba nunca, cuando hacía buen tiempo, de adornarse con el chal que había recibido de su tío, por cuyo motivo le conservaba con el mayor cuidado.

Un domingo, á principios de setiembre, en que ella atravesaba el río Loira acompañada de la criada en la barca de Saint-Cyr, se oyen los gritos de varios aldeanitos que caminaban á lo largo de la orilla del agua y se regocijaban del cruel espectáculo de un gran perro de granja al que habían atado una piedra al cuello, y el cual á pesar de todos sus esfuerzos, lo arrastraba la corriente y ya estaba medio ahogado. A veces, sin embargo, todavía sacaba con trabajo la cabeza

fuera del agua, y parecía evitar la muerte que le amenazaba. Pasaba á poca distancia de la barca, hacia la cual echaba miradas casi apagadas y que parecían pedir socorro. El barquero, creyendo abreviar la agonía del pobre animal, levantó su gran remo con la intención de darle un golpe mortal en la cabeza. Agatina gritó :

— ¡ Deténgase usted ! ¡ eh ! ¿ qué mal ha hecho á ustedes este pobre perro ?

... Pronto se desata el chal que le es tan querido y arroja un extremo al perro : éste le agarra con la boca, empleando las pocas fuerzas que le quedan ; con el otro extremo del chal, Agatina le atrae á la orilla de la barca ; se corta la cuerda que sostenía la piedra cuyo peso le estaba haciendo sucumbir ; y con la ayuda de varios pasajeros, y del mismo barquero conmovido del generoso impulso de la joven, levantan al perro y lo extienden en la barca, en donde permanece algunos instantes sin aliento y como aniquilado ; pero reanimándose poco á poco, se arrastra hacia su joven libertadora y lame sus pies. Ella trata de librar su vestido de percal : el animal la lame la mano ; y apoyando su enorme cabeza sobre sus rodillas, la mira con una expresión que parece decirle : Os agradezco el haberme salvado la vida. — La barca llega á la otra ribera del río. Agatina sale con su acompañante, y echa de ver que el perro la sigue por detrás : ella se detiene y le hace seña de que vaya á buscar á su amo ; el pobre animal se echa á sus pies y la mira con un aire que claramente decía : — Me doy á usted. — Fué imposible evitar que siguiera á Agatina hasta la casa de su tío, á quien ella se apresuró á contar su aventura :

— Mi chal está algo desgarrado, pero el perro vive — dijo ella.

A estas palabras, el perro meneaba la cola en señal de alegría, y vuelve á lamer las manos de su salvadora.

— Pero quizás es un perro enfermo — dijo el tío.

— ¡ Oh ! no, — respondió Agatina, es demasiado cariñoso, es demasiado expresivo : vea usted la tranquilidad y la bondad de su mirada ; por otra parte, es fácil asegurarse. — Presentan pronto un pedazo de pan al animal, que lo devora : en un instante volvió á su vivacidad natural, dió brincos de alegría, ladró con voz sonora, retumbante, y en seguida se

acostó como antes á los pies de Agatina, de la que era imposible separarle. La sigue por todas partes, y no desprende los ojos de los suyos, obedeciendo á la menor señal que ella le hace; y durante toda la noche que ella pasó en la manufactura, estuvo acostado en la puerta del cuarto, gruñendo amenazante á los que querían hacerle retirar, y tomando posesión del terreno en donde parecía establecerse como centinela vigilante. Al día siguiente, tan pronto como Agatina abrió su puerta, fué á lamerla las manos, después salió y fué á esperarla en el patio, en donde hace entrar en razón á los perros de la manufactura que querían turbarle en su servicio, y contrariarle la firme resolución que había tomado. Agatina se separó de su tío y se dirige á la barca de Saint-Cyr; el perro la sigue. El barquero se opone á que acompañe á su nueva ama; se echó á nado y se juntó con ella en la otra orilla; la acompañó hasta la pensión, en donde no se atrevió á entrar; se quedó echado en el umbral de la puerta, de donde nadie pudo quitarle. Al notar lo Agatina, hizo le dieran de comer. No abandonaba la entrada de la pensión, y aprovechando la entrada del aguador que traía el agua de costumbre, entró furtivamente tras él, penetró en la gran clase en donde se encontraba Agatina, y temblando fué á lamerla los zapatos y á echarse cerca de ella. Imposible resistir á tan conmovedoras muestras de cariño y gratitud! Agatina no pudo menos que adoptar á este excelente animal, y le hizo seña para que fuera al patio de la pensión y de retirarse á la leñera, en donde logró que le pusieran paja : obedeció y ya no vino más á importunar á su joven ama, excepto cuando ella le llamaba. El domingo siguiente, ella volvió á casa de su tío : el perro la siguió, atravesó de nuevo el Loira á nado, mientras ella lo pasaba en la barca de Saint-Cyr, y fué con ella á la manufactura, en donde ejecutó otros mil rasgos de cariño y fidelidad.

Habiéndose tomado informes sobre el dueño del perro, se descubrió que pertenecía á un rico arrendatario de los contornos de Tours; que habiendo llevado al perro á un mesón, éste quiso defender la maleta de su amo amarrada en la grupa de su caballo; algunos mozos de la caballeriza á quienes había mordido al cumplir con su deber de guarda fiel, habían conseguido agarrotarle, y después de haberle atado una

enorme piedra al cuello, le habían ido á arrojar al río, de donde le había salvado la joven pensionista, de la que ya no quería separarse. En vano el arrendatario venía á buscarle á la manufactura y se le llevaba atado á la cola de su caballo; tan pronto como el animal se veía libre, regresaba á la manufactura ó á la pensión de Agatina, encontrando siempre el medio de llegar hasta ella. Acabó por establecer una correspondencia entre ella y su tío, correspondencia notable y conmovedora. El tío tuvo una enfermedad, que aunque no ponía en peligro sus días, le hizo guardar cama mucho tiempo. Agatina ardía del deseo de tener diariamente noticias de su padre adoptivo; y el infatigable *Dragón*, como le llamaba el arrendatario á quien el perro iba frecuentemente á visitar, el infatigable *Dragón* se constituyó emisario entre el tío y la sobrina. Por medio de un saquito de cuero que se añadió á su collar, iba de la manufactura á la ciudad, llevando noticias del querido enfermo que escribía unas pocas palabras de su mano para su querida Agatina, de la cual recibía media hora después la respuesta y las gracias. Algunas veces, sin embargo, *Dragón* ponía un poco de más tiempo en cumplir con su encargo, porque cuando la barca de Saint-Cyr, en donde ahora el barquero le recibía gratis, estaba del otro lado del río, el perro partía á lo largo de la ribera, llegaba al puente de Tours que es uno de los más hermosos de Europa, y en veinte minutos se encontraba en la pensión, en donde siempre se le daba un gran pedazo de pan, y lamía la generosa mano que se lo presentaba.

Cuando volvió el buen tiempo, *Dragón* redobló su celo y actividad. Habiendo llegado á ser muy querido del tío, llevaba cada mañana á Agatina en una cestita cubierta, cuya asa estaba envuelta en una tela muy suave para que no le maltratará el hocico, las flores más frescas y las frutas más hermosas. Ya no esperaba *Dragón* en la puerta de la pensión, había adquirido entrada libre. Tan pronto como ladraba en la calle, cada cual se apresuraba á introducirle. Volviendo entonces á tomar su cesta con los dientes, iba á depositarla meneando la cola, á los pies de su joven ama, presentándola así un aumento para su almuerzo y el de sus queridas compañeras. Habiendo cumplido con su encargo, el perro regresaba á la manufactura, pero ya sin apresurarse. Se le veía con frecuencia en las ribe-

ras del Loira esperando que la barca llegase á donde él estaba para pasarle, evitándole la gran vuelta.

Tanto instinto, tanto celo y tan diferentes servicios, hicieron que *Dragón* adquiriese gran fama por todo el país; se le citaba como un modelo de la más rara inteligencia. Agatina al ponerle la mano cariñosamente en su cabezota peluda, que él inclinaba con humildad, se felicitaba sin cesar de haberle salvado la vida; y su tío ya no le llamaba *Dragón*, sino *Fiel*. Este título le mereció aún más este animal, á causa de un inesperado acontecimiento que tengo gusto de referir aquí.

Agatina ya no estaba en la pensión; habitaba la casa de su tío, del cual no debía separarse más, y se encargó del gobierno de la casa como de un deber que la llenaba de gusto. Se complacía en dar paseos por las risueñas praderas que riega el pequeño río del valle « *Choisille* », delicioso valle que parece realizar la idea de los Campos Elíseos descritos en la Mitología. *Dragón* la acompañaba siempre, porque no podía dar un paso sin que este excelente animal corriese tras ella, á menos que con un ademán ó una sola mirada su ama le prohibiese seguirla; en éste caso obedecía mirándola con tristeza mientras no desaparecía de su vista. *Dragón* había adquirido una fuerza prodigiosa; cuando estaba excitado, nada podía escaparse de sus terribles dientes; pero muy rara vez se le presentaba la ocasión de desplegar su fuerza : gozaba de una suerte tan dulce y tranquila en la manufactura, en donde todos le querían y le acariciaban, en donde todos los otros perros le temían y le parecían sometidos. Eran los últimos días de Agosto, época en la cual los ganados de toda especie vienen á las praderas á pastar la nueva hierba. Agatina, acompañada de su tío y seguida del fiel animal, caminaba á lo largo de las riberas del riachuelo, subiendo hasta el molino de *Charcenay*. Estaba sencillamente vestida y se cubría con un amplio chal de merino colorado, para preservarse del sereno de la tarde, generalmente muy abundante al fin del verano. De repente oye gritar á los pastores : ¡ Cuidado señorita !... ¡ tenga cuidado !

... Ella se vuelve y ve á un toro joven que alarmado por el color rojo de su chal, corría tras ella dando horribles mugidos. El tío de Agatina quiere defenderla con su bastón de esta peligrosa embestida; pero una cornada le derriba, que felizmente no le causó más que una ligera herida en el brazo.

Agatina huye desatinada por la pradera, y el toro más furioso que nunca, está ya para alcanzarla, cuando *Dragón* todo erizado, con los ojos brillantes y encendidos de cólera, se lanza al costado del furioso bruto haciéndole una herida enorme que le detiene en su carrera; pero la fiera redobla sus mugidos de rabia; el perro, cuyos ataques son rápidos como el rayo, evita sus coces y cornadas, le salta al cuello, se abraza con él, caen ambos y se revuelcan en el polvo. Después de mil saltos y de los mayores esfuerzos, queda el toro tendido sin movimiento y sin vida. Pronto regresa al lado de su joven ama desmayada en los brazos de su tío y de algunos pastores, la lame los pies, las manos, la frente, y parece manifestar con sus caricias la alegría que siente.

Agatina, habiendo vuelto en sí, acaricia agradecida al intrépido *Dragón*; pero al pasarle la mano por la cabeza cubierta de espuma y de polvo, echa de ver que el perro hace un movimiento de dolor, y descubre una profunda herida recibida en el combate : una cornada le había herido detrás de la oreja y la sangre le salía con abundancia. ¡ Con qué prontitud, con qué cuidado y empeño trató de curar ella misma esta preciosa herida ! primero se la lavó en el río, en seguida le aplicó un apósito con su pañuelo y le envolvió con ese chal que estuvo á punto de ser causa de su muerte. Volviendo después con su tío á la manufactura se renovaron los cuidados con el libertador de la joven. Se consultó al veterinario, el cual declaró, que la herida del perro, aunque profunda, no era mortal; y cada vez que Agatina misma renovaba el apósito, le repetía emocionada : — ¡ Mi buen *Dragón* te debo la vida ! Y con vergüenza de tantos ingratos que se ven entre los hombres, el fiel perro la miraba con ojos en los que brillaba la más viva alegría y parecía decirla : No he hecho más que pagar mi deuda.

EL CUADRO DE FENELÓN
Ó LA SELVA DE VILLANDRY



... Aparecen en los lindes del bosque conduciendo cada una una cabra.

EL CUADRO DE FENELÓN

Ó LA SELVA DE VILLANDRY

Nada queda más profundamente grabado en nuestra memoria, que un hecho histórico que la pintura presenta á nuestra vista. Vemos el lugar de la escena; nos identificamos con los personajes; tomamos parte en la acción. Así es que no podemos tener demasiado cuidado en la elección de los cuadros ó grabados que se presentan á los ojos de la juventud; influyen más de lo que se cree en sus gustos é inclinaciones.

M. Germont, uno de los más distinguidos abogados de Turena, hombre tan modesto como ilustrado, tenía dos hijas, Theonia y Clara, nacidas con un año de diferencia una de otra, y apenas de doce á trece años de edad, se hacían ya notar por su instrucción, por sus modales á la vez sencillos y distinguidos, y sobre todo por ese generoso impulso del corazón que por todas partes busca á hacer algún bien. Habían adquirido esta dichosa costumbre debido á los modelos que sus dignos padres las presentaban, y á las vivas impresiones que las hacían sentir los diferentes cuadros que siempre tenían ante los ojos en la casa paterna : todos las ofrecían rasgos conmovedores de beneficencia y de caridad. Allá, San Vicente Paúl recoge en su manto á un niño recién nacido y casi desnudo, que encuentra en un montón de paja, en una calle de París, al anochecer, durante un riguroso invierno. Aquí, *Sofía de Isenbourg*, princesa de Suabia, presenta el seno al niño de una pobre viuda, cuya miseria y el hambre la habían agotado la leche para alimentarle. Más allá, Enrique IV deja

pasar víveres á los habitantes de París, que sitiaba para conquistar la corona. Aquí cerca, Molière expira entre los brazos de dos hermanas de la caridad, que prodigan al autor de *Tartufo*, todos los socorros de la tolerancia y de la religión. En fin, entre varios asuntos de la misma clase, están colgados dos bellos grabados, uno de los cuales representa á Fenelón en la batalla de Malplaquet, curando él mismo á los soldados heridos, que llevaba á su palacio, transformado por sus piadosos cuidados en hospital militar; y el otro trae á la memoria aquel bello rasgo de caridad, tan conocido en el pueblo, en el cual, el ilustre autor del *Telémaco*, cuya inagotable bondad no podía ser comparada más que á su genio inmortal, conduce él mismo á una vaca extraviada que había encontrado en uno de sus solitarios paseos, y que se apresura á devolver á una familia de pastores de la que era el único recurso para vivir.

Ese rasgo de beneficencia y de humildad cristiana era, entre todos los asuntos históricos presentados á la vista de las dos jóvenes hermanas, el que más vivamente las impresionaba y las llenaba el alma de la más respetuosa admiración.

— ¡Cómo! — exclamaba Theonia, — ¡es posible que un arzobispo se humille hasta el grado de conducir él mismo una vaca extraviada, y de acompañarla lentamente con la cuerda en la mano! M. Germont la respondía :

— Lejos de que esa acción le rebajara, nunca fué Fenelón más grande, y jamás adquirió tanto derecho á la inmortalidad.

— ¡Oh! — dijo Clara á su vez — ¡qué encantados deben haber estado esos buenos pastores, y qué admirados al ver á su arzobispo conducirles al pobre animal que tanto sentían perder!

Su padre la replicó :

— Su alegría fué grande, sin duda, pero no mayor que la del virtuoso prelado. El que hace el bien goza mucho más que el que le recibe. Pero pensad, hijas mías, ¡cuál sería la inquietud de las gentes de Cambrai! Un gran número de habitantes se pusieron á buscar á su ilustre pastor, á quien pronto vieron llevado en brazos de los aldeanos que había favorecido. Fenelón había andado tanto, que su calzado estaba hecho pedazos y él, agobiado de fatiga. ¡Qué lección de caridad! ¡Qué

enternecimiento el de todos sus diocesanos que le amaban como á un padre!

— Ya no nos admiramos — repusieron las dos hermanas — que se hable de él con tanta veneración; y jamás encontraremos en nuestros paseos una vaca extraviada, sin pensar en Fenelón.

Generalmente, ellas iban á pasar con su padre, una parte del otoño, á una habitación cómoda, sin lujo, pero importante, por lo que esos terrenos producían; estaba situada en un sitio encantador, cerca de la selva de Villandry, en el camino principal que conduce de Tours á Chinon. Allí, entre las buenas lecturas que su padre las permitía, leían con delicia las *Aventuras de Telémaco*, y no podían concebir cómo esa obra admirable había podido producir á su autor calumnias y persecuciones. Su padre entonces las informó, que es preciso armarse de gran valor, y hasta cierto punto hacer completa abnegación de sí mismo, para atreverse á proferir en la corte el lenguaje de la verdad, sobre todo para dirigir la instrucción de los hijos de los reyes.

El otoño es el tiempo de la gran caza : en Turena ofrece buen éxito á los partidarios de este ejercicio. A alguna distancia de la humilde habitación de M. Germont, estaba el palacio de Villandry, uno de los mejor situados de Turena, encontrándose en la confluencia de los ríos Indra y Cher, los cuales cerca de allí, se echan en el Loira. Nada más pintoresco, más rico y más delicioso, que la reunión de esos tres ríos y el aspecto de las risueñas y numerosas islas que rodean. En ninguna parte mejor que en esa bella mansión, se puede admirar la obra maestra de la creación. El propietario de ese magnífico palacio, uno de los banqueros más afamados de la capital, ostentaba un gran lujo : había sobre todo establecido en esas tierras un tren de caza que podía rivalizar con el de un príncipe y hasta con el de un soberano. Nombrado *lowetier* (propietario obligado á costear los aperos para cazar lobos) del departamento, hacía batidas en la bella selva de Villandry, tanto por deber como por gusto; poniéndose de acuerdo con los grandes propietarios de las cercanías, debía perseguir varios lobos que, desde hacía mucho tiempo causaban espantosos estragos en el país. Theonia y Clara obtuvieron que su padre las permitiese ir con Germán, su antiguo criado, á

ver pasar la comitiva de cazadores reunidos, por el camino de Chinon. Ya se imaginaban con alegría oír el ruido de los cuernos de caza, los gritos de los picadores, el ladrido de la numerosa jauría de galgos, ver ese movimiento continuo de hombres, de caballos y de perros recorriendo todas las sinuosidades de un inmenso bosque, para en seguida volverse á encontrar en el lugar indicado para hacer alto. El antiguo criado acompañó á las dos jóvenes hermanas. Cinco lobos enormes, que llenaban de terror á los apriscos de las cercanías cobraron los cazadores. Nunca hubo un *hursa* más alegre y jamás una parada más brillante.

Pero ya la noche, que en esta época era tan larga como el día, comenzaba á obscurecer el horizonte; poco después, los cazadores se dispersaron y se dirigieron á sus habitaciones respectivas. El fiel Germán regresaba á la de M. Germont, con sus dos jóvenes amas, cuando al acercarse á los límites de la selva, oyeron gritos quejumbrosos; se acercaron y de pronto divisan, en la orilla del camino real á una anciana labriega sentada, con el rostro oculto en las manos, sus lágrimas corrían en abundancia por entre sus dedos descarnados; y en medio de sus sollozos invocaba al cielo, que en ese momento mismo venía á su socorro, haciendo pasar por delante de ella á esos dos ángeles de bondad.

— ¿Porqué lloráis así? — la preguntaron á un tiempo Theonía y Clara.

— ¡Ay de mí! mis buenas señoritas, he perdido todo lo que poseía en el mundo.

Las dos hermanas la invitan á que se explicase; y la anciana, animada por aquellas voces tan compasivas, y siendo además propensa á charlar, las hace saber que, ella era una pobre viuda sin hijos, y por consiguiente, privada de todo apoyo; en seguida las cuenta que, después de haber estado economizando durante varios años, reduciendo lo necesario para las necesidades de su vida al ir separando una suma muy módica, logró reunir lo necesario para comprar dos cabritas blancas, las cuales, á fuerza de cuidados y sacrificios, se habían vuelto las más bellas cabras de cantón. — Las llevé — añadió — á pastar en la maleza á la orilla del bosque, y estaba ocupada en hilar con mi rueca, cuando de repente, mis cabras asustadas por esa caza de lobos que acaba de efectuarse, y perse-

guidas por esos horribles perrotos de la jauría, que las habrían tragado de un bocado, huyeron á través del bosque : las seguí cuanto mis fuerzas me permitieron, llamándolas á gritos, pero las he perdido de vista y estoy segura que no las volveré á ver.

— ¿ Porqué no? — replicó vivamente la mayor de las dos hermanas : Fenelón bien supo encontrar la vaca de los pastores; nosotras también sabremos traerlas vuestras dos cabras.

— Una de ellas se llama *Gogo* y la otra *Baby*; ellas llegan tan pronto como una las llama, y comen en la mano; y luego, la más fuerte, lleva un cascabel al cuello, de modo que se las puede oír de lejos en el bosque. ¡ Ah! ¡ si ustedes pudiesen traérmelas otra vez, cuánto pediría á Dios por ustedes!.. pero ¡ ya están tan lejos... tan lejos!... y quien sabe también si á estas horas los perros las hayan devorado... Apenas la pobre viuda acababa de pronunciar esas palabras, cuando las dos hermanas desaparecieron en la espesura del bosque con el viejo Germán, que ya estaba quejándose entre dientes de la correría que le obligaban á hacer. En efecto, Theonia y Clara anduvieron mucho y dieron muchas vueltas y rodeos, ya deteniéndose á escuchar con atención, ó llamando á gritos : ¡ *Gogo* ! ¡ *Baby* !... nada respondía á sus voces, nada las alentaba en su penoso empeño. Querían penetrar más adentro en la parte del bosque más frecuentada; pero las contuvo su fiel sirviente, haciéndolas observar que, si se internaban más tan inconsideradamente por entre los árboles, se extraviarían sin la menor duda, y no podrían en toda la noche salir de la selva.

La obscuridad comenzaba poco á poco á invadirlo todo; ya no quedaba más que un débil crepúsculo que apenas permitía distinguir los objetos. La anciana, siempre en el mismo lugar, escuchaba con toda la atención de que era capaz, y no oía más que el estremecimiento de las hojas y los lúgubres gritos de los pájaros nocturnos saliendo de sus guaridas. Unas veces la pobre cabrera se arrodillaba á rezar pidiendo por sus jóvenes bienhechoras; otras veces se imaginaba... ¡ se desconfía tanto en la desgracia!... que esas dos señoritas sólo querían divertirse á costa suya y hacerla estar esperando para nada, y que quizá habían regresado á su casa á reirse de la credulidad de una pobre mujer que las espera. Ya comen-

zaba á murmurar entre dientes y se disponía á volver á su cabaña, cuando divisó á un hombre que se la acercó y muy agitado é inquieto la preguntó si no habría visto pasar á dos jovencitas de doce á trece años, sencillamente vestidas y acompañadas de un criado viejo. — Sí, — contestó la viuda — me hicieron creer que iban á buscar mis cabras en la selva; pero ya veo que se han burlado de mí, y que lo que querían era hacerme pasar la noche esperándolas en campo raso. — Son incapaces de hacer eso — dijo el desconocido que no era otro que M. Germont; — nunca los desgraciados las han inspirado más que el deseo de servirles.

En seguida hizo varias preguntas á la anciana, y ésta le cuenta todo lo que había pasado.

— Ya veo — dijo para sí M. Germont — que están impresionadas con el rasgo conmovedor de Fenelón... pero sin duda se han extraviado en ese bosque : aprovechemos el crepúsculo que aun dura, para ir á su socorro

Inmediatamente entró en una gran calle de árboles de la selva que recorrió á rienda suelta, desapareciendo á su vez.

Poco después, la vieja Cabrera cree oír gritos de alegría que repiten los ecos lejanos y que se van aproximando lentamente. En seguida cree reconocer la voz de una de las dos desconocidas, que exclamaba : — ¡Allí están! ¡allí están!... Por último oye muy distintamente el cascabel que *Gogo* llevaba al cuello, cuyo sonido hace latir de alegría el oprimido corazón de la pobre mujer.

— ¿ No me había engañado? — se dijo — ¿ y esas dos señoritas me vuelven á traer mis preciosos animales? A esas palabras aparecen en los lindes del bosque Theonia y Clara, cubiertas de sudor y conduciendo cada una una cabra atada fuertemente por los cuernos con un pañuelo. Sus vestidos estaban desgarrados por las espinas y las ramas de los árboles, y sus zapatos tan maltratados, que apenas podían evitar que se les sostuvieran en los pies; pero sus rostros brillaban de la inexpresable alegría que produce una buena acción. Detrás de ellas venía el viejo Germán, arrastrando los pies con trabajo y tocando á los dos animales con una varilla de avellano que había recogido en la selva. El habría querido reñir á sus jóvenes amas por su imprudencia y por la inquietud que de-

bían causar á su digno padre volviendo tan tarde; pero el éxito de su empeño le cerró la boca.

Imposible expresar el gozo de la anciana al volver á ver á sus cabras, único sostén de su existencia. Las tocó la cabeza para asegurarse que eran ellas; y los pobres animales daban balidos de contento al volverla á ver, y lamían la mano que tantos cuidados las había prodigado; las manos de Theonia y de Clara, fueron regadas con las lágrimas de agradecimiento de la cabrera. Los pastores al recibir su vaca por manos de su arzobispo, no dieron á Dios más fervorosas gracias que la cabrera por los dos ángeles que la habían socorrido con tanta abnegación y valor.

M. Germont, atraído por los gritos de alegría que había oído, volvió sobre sus pasos y no pudo menos de conmovirse vivamente por el cuadro que se presentó á sus ojos. Quiso entonces por su parte contribuir al bienestar de la cabrera, y la propuso el cargo de vigilar su corral, generalmente lleno de animales domésticos de toda clase. La buena anciana aceptó este empleo tan á propósito para sus hábitos y que la aseguraba la dicha para todo el tiempo de su vida. Theonia y Clara se felicitaron más todavía de lo que habían hecho por esta pobre mujer; desde este día no cesaron de aprobar la influencia de la pintura sobre las costumbres, y toda su vida conservaron el conmovedor recuerdo del cuadro de Fene-lón.

EL CASTILLO DE CHENONCEAUX
Ó LOS RETRATOS HISTÓRICOS



El general y sus hijas habían pasado varias veces por delante de ellas sin observarlas.

EL CASTILLO DE CHENONCEAUX

Ó LOS RETRATOS HISTORICOS

Entre todas las bellas habitaciones que se observan en Turena y que nos ofrecen interesantes recuerdos, no hay ninguna comparable al palacio ó castillo de Chenonceaux. Figurémonos un vasto edificio á la vez gótico y moderno, que se eleva sobre un puente construído encima del río Cher! ¡ representémonos una sala de baños y reposterías contruídas en los espolones que separan las arcadas del puente, una biblioteca y un salón bajo cuyo entarimado pasan numerosas barcas que van, á diez leguas de allí, á echarse en el Loira! En una palabra, que se invente con la imaginación todo lo que la naturaleza y hasta la magia pudieran formar de más encantador, de más romántico, de más variado en sus detalles; y ese sueño maravilloso, está, por decir así, realizado en ese lugar de delicias, que unos después de otros, han cantado los más célebres poetas, y han citado en sus escritos gran número de historiadores; y que cada día reproducen con sus pinceles los pintores ávidos de lo bello en el arte y en la naturaleza.

Agreguemos á ese prestigio irresistible el no menos poderoso de los grandes nombres que recuerda esta antigua mansión de los reyes, y digamos: Allí era donde Francisco I conversaba con Bayard sobre la felicidad y la gloria de Francia... En ese locutorio era en donde el monarca amigo de las letras, recibía en su intimidad á Ronsard y á Clemente Marot... Bajo esa sombra fué en donde María Estuardo y Ana Bolena, entonces brillantes de juventud y de belleza, pasaron sus dulces sueños... En ese misterioso oratorio rezó tantas veces

Claudia de Francia, hija de Luis XII. Allí están esos subterráneos en donde, cuando la conjuración de Amboise, Diana de Poitiers arrebató la flor de los caballeros franceses á la rabia de Catalina de Médicis... En fin, en esas bellas riberas del Cher, Delille escribió fragmentos de su poema de los *Jardines*; Thomas escribió algunos de sus elogios históricos; Marmontel, sus más bonitos cuentos morales; Barthelemy, la introducción de su *Anacharsis*. Y allí está esa deliciosa calle de árboles de Sylvia, de la que habla con embriaguez J.-J. Rousseau, que tanto se complacía en meditar allí, y todo hace creer que allí fué en donde puso los fundamentos de su obra inmortal sobre la *Educación*.

Así es que, no hay un solo habitante de Turena que no vaya á saludar á ese monumento de tantas celebridades; y no hay ningún extranjero que no se apresure á ir á buscar allí nobles inspiraciones. Lo que sobre todo aumentó durante mucho tiempo el número de visitantes de esa bella mansión, fué la amable acogida de la distinguida mujer á quien pertenecía. La señora Dupin parecía haber heredado las buenas cualidades de Diana de Poitiers; sabía esparcir por Chenonceaux todo lo que la gracia, el ingenio y la bondad tienen de tierno, de brillante y de encantador. Atraía á ese lugar á todas las personas que habían adquirido un nombre en las letras, en las artes, ó que honraban á Francia por sus hechos de armas ó por la gloria de sus antepasados. Se puede decir, que allí daba nueva vida á esa brillante corte de Francisco I, de la cual á cada paso encontramos trazas, cifras y armas. Se creería uno transportado á los primeros tiempos del siglo XVI, gozando al mismo tiempo de los progresos de la civilización del siglo XVIII. Jamás el bello jardín de Francia, que dió la vida á tantas mujeres célebres, ha poseído una más amable y más digna de elogios que la señora Dupin. Yo era todavía joven cuando fuí presentado á ella; y el encanto de su mirada, el timbre de su voz penetrante, la gracia de toda su persona, han quedado grabados en mi memoria. La idea que me dió de su sexo, me deslumbró, me llenó el corazón de un profundo sentimiento; y quizá debo á esta primera impresión la adhesión respetuosa é inalterable que he consagrado á las mujeres á quienes debo mis éxitos más lisonjeros.

Este homenaje, que me es tan dulce rendir á la memoria

de una persona que por largo tiempo fué el ornamento de mi bella patria, me conduce naturalmente al que merece hoy la mujer que la ha sucedido, cuya seductora urbanidad acoge indistintamente á todos los extranjeros que llegan á Chenonceaux.

Para mayor encanto de todos los recuerdos que ofrece ese lugar encantador, la señora Condesa de V., cuyo buen gusto iguala á su instrucción, se ha ocupado en reunir en una sala del palacio, los retratos de los más notables personajes del reinado de Francisco I. Esta galería histórica clasificada con el mayor cuidado, produce un efecto mágico en ese mismo lugar en donde el Padre de las letras sentía diariamente que esas imágenes eran el más bello florón de su corona. En efecto, parece que al aspecto de esos fieles retratos de celebridades de esa época, es uno admitido en la corte del vencedor de Marignan, y que participa de los placeres y del brillo con que rodeaba su trono.

Pero para ser admitido en ese Museo del siglo xvi, debe uno escribir su nombre, su país y profesión en un registro que el portero presenta; y hasta después que esos informes han sido presentados á la dama del palacio, no es uno admitido en los aposentos. Un hermoso día del mes de Mayo, cuando la naturaleza se reviste de todos sus atavíos, varios carruajes entraron en la avenida plantada de árboles antiguos, y en seguida, unos treinta extranjeros, cuyos trajes anunciaban opulencia y un elevado nacimiento, fueron introducidos en la sala de armas del piso bajo, y de allí á la capilla, perfectamente conservada, y por último á la inmensa galería que atraviesa el río Cher, y en cuyos muros hay gran número de inscripciones en diferentes lenguas. El portero, según costumbre, hace escribir á cada individuo los informes exigidos, que luego presenta á la condesa. Esta al ver los nombres de las familias más honorables de las cercanías, entre otros el de un teniente general de ejército, acompañado de sus dos hijas, envió al portero á invitar á las personas que visitaban la galería, á que pasasen al salón azul, cuyos cortinajes llevan las iniciales de Francisco I y en donde se encuentran reunidos los retratos de los más ilustres contemporáneos del monarca.

Entre los visitantes que leían con interés y curiosidad las inscripciones de la galería, había varios habitantes de la

pequeña ciudad de Bleré, situada á una legua de Chenonceaux. Siempre bien recibidos por la condesa, habían llevado á dos niñas, modestamente vestidas, y cuyo exterior anunciaba una honrada obscuridad. Estas, tomaban notas al lápiz, y parecían tomar algunos datos históricos. En el registro habían firmado : Cecilia y Susana de la Tour, hijas de militar y oriundas de Nancy. El general y sus hijas habían pasado varias veces por delante de ellas sin observarlas. Su exterior era tan mezquino, con los ojos bajos, su actitud tan embarazada, tímida, que hacían ver la poca experiencia que tenían. Sin embargo, siguieron á los visitantes, y fueron admitidas en el salón azul, que no tenían menos deseos que los otros de conocer y de estudiar. Humildemente retiradas en un rincón, permaneciendo de pie, contemplaban con mucho interés los retratos que se ofrecían á sus miradas y escuchaban con atención todo lo que decían las diferentes personas admitidas como ellas en ese rico salón. No tardaron en advertir que las hijas del general hablaban con pretensión de los más célebres personajes que figuraban en esta imponente colección, y que afectaban ostentar una gran instrucción. Hasta sucedió que varias veces, al hablar con una locuacidad que probaba lo versadas que estaban en la ciencia de la historia, echaban una ojeada á Cecilia y á Susana que parecía decir: ¡Pobres chiquillas, vosotras no podéis comprendernos, y probablemente no tenéis más mérito que el trabajar con la aguja. — Las dos jóvenes hermanas bajaban entonces los ojos observadores, y su sonrojo, en apariencia, confirmaba todo lo que pensaban de ellas las dos señoritas tan envanecidas de su erudición.

Pero algunos anacronismos que se les escaparon, algunos errores sobre el carácter y los altos hechos de los grandes personajes contemporáneos de Francisco I; produjeron una muy notable escena, probando que uno se expone á inesperados chascos si tiene la manía de citar hechos á tontas y á locas para mostrar instrucción, teniendo en cuenta que el verdadero mérito se cubre siempre con el velo de la modestia.

Uno de los retratos más notables era el de Francisco I, hecho por el Ticiano. Al ver ese rostro franco, abierto, esa graciosa sonrisa, no se puede menos de confesar que la corona de Francia no estuvo nunca colocada sobre una cabeza más hermosa. El uno pretende que Luis XII no podía tener un

sucesor más digno; el otro, menos instruído en cronología, se imagina que Francisco I era hijo del Padre del pueblo; pronto la hija mayor del general corrige este error sosteniendo que era hijo de Carlos de Orleáns, conde de Angulema; y que cuando la asamblea celebrada en Tours, se había desposado con la hija de Luis XII, llamada.....

— Claudia de Francia, hija de Ana de Bretaña — dijo bajando los ojos, y como á pesar suyo, Susana de la Tour, sobre la cual se fijaron todas las miradas. Entre los retratos de mujeres, estaba el de la bella Valentina de Milán, que murió de dolor sobre la tumba de su marido.

— Al verla, se diría, exclamó la hija menor del general, que todavía está pronunciando estas palabras tan tiernas : *Ya nada me es querido; nada me es querido ya.*

— Su nieto — añadió la hermana mayor — estaba lejos de esperar subir al trono, porque entre ella y él, es decir, desde Carlos VI, hasta su reinado, ha habido, creo... tres reyes de Francia.

— Cuatro, sino me engaño, señorita: Carlos VII, Luis XI, Carlos VIII y Luis XII, — dijo Cecilia de la Tour.

— Usted tiene razón — repuso la sabia pretenciosa, sonrojándose de su error. En fin, todas las miradas se dirigieron á dos grandes retratos de pie, colocados uno al lado del otro, y que inspiraban á los espectadores sentimientos diversos. Uno de ellos representaba al caballero Bayard, sin miedo ni mancilla; el otro, al condestable de Borbón, que traicionó á su rey para servir á Carlos V, cuya hermana deseaba por esposa.

— ¡Qué contraste! — decían; — Allá, todo lo que el heroísmo y la fidelidad pueden inspirar de veneración; aquí, todos los remordimientos de la ambición engañada. — ¿ No fué en la batalla de Marignan — dijo la hija mayor del general, — donde Bayard fué muerto?

— No querida — la contestó su hermana — fué en el sitio de Pamplona.

— Me parece que fué en Italia — repuso con timidez Susana de la Tour.

— Sí, sin duda — añadió Cecilia — en la retirada de Romagnano, fué derribado por un disparo de mosquete, y besando la cruz de su espada pidió le colocaran bajo un árbol

con el rostro vuelto hacia el enemigo; por que — dijo — no habiéndole jamás vuelto la espalda, no quería comenzar á hacerlo en mis últimos momentos.

— Entonces fué — añadió Susana — cuando se presentó ante él el condestable de Borbón manifestándole cuánto le compadecía.

— *No es á mí á quien debéis compadecer* — repuso Bayard — *sino á vos mismo que portáis armas contra vuestro rey y vuestra patria, y vuestro juramento.* Tales fueron las últimas palabras de ese grande hombre.

Todas las personas presentes, y principalmente las hijas del general, no pudieron ocultar su admiración de dos jóvenes señoritas, que, bajo un exterior tan modesto escondían tanto saber, y sobre todo, que se expresaban con tanta facilidad. Pero la sorpresa llegó al colmo cuando Cecilia y Susana, excitadas por las numerosas preguntas que las hacían, y, por decir así, obligadas á mostrar su instrucción, probaron que estaban versadas no solamente en la historia de su país, sino en la de todos los poderes extranjeros. Recorriendo la galería de los numerosos retratos que veían, hicieron uno tras otro, el elogio histórico del papa León X, llamado el *Padre de las musas*; de Enmanuel, cuyo reinado se llamó el Siglo de oro de Portugal; de Gustavo Vasa, que después de haber conquistado su reino con la punta de la espada, afirmó el poder de Suecia. En seguida variando el colorido, pintaron con fidelidad á ese Carlos V, que basó su poder sobre la astucia y la doblez; á ese Enrique VIII, cuyo fanatismo, el orgullo y las crueldades fueron la desgracia y la vergüenza de Inglaterra, á ese Cristiano II, llamado el *Tirano del Norte*, el cual, echado fuera por sus súbditos, terminó en las cadenas su odiosa existencia. Pasando después á nombres célebres en las letras, en las artes, en la magistratura, analizaron con tanta fidelidad como encanto, la gloria inmortal de Erasmo, de Copérnico, de Tomás Morus, de Rafael y de los más grandes hombres contemporáneos de Francisco I. Se observaba sobre todo la viva impresión que se pintaba en los rostros de las dos hermanas, cuando hablaban de los guerreros muertos por su país. Mirándose entonces con los ojos llenos de lágrimas y estrechándose la mano, se traslucía en sus rasgos un noble orgullo y parecían resignarse á los golpes de la fortuna.

— Vamos, y ¿quienes sois, señoritas? — las preguntó el general, vivamente conmovido de todo lo que acababa de oír.

— Somos las hijas de un militar — respondió la mayor — que al morir no nos ha dejado más que un poco de gloria ganada en el campo del honor, y la instrucción que él mismo nos dió; fué el único maestro que hemos tenido.

— ¿Y en qué cuerpo servía vuestro digno padre?

— En la artillería ligera — respondió Susana suspirando.

— ¿Qué grado tenía?

— Era capitán.

— ¿Y su nombre?

— De la Tour.

— ¡De la Tour!... ¿Tenía la muñeca izquierda deshecha por un casco de bomba?

— Exactamente.

— ¿Cinco sablazos en la cabeza?

— Uno de ellos le había hendido la cara desde la frente hasta la barba.

— ¡Ese sablazo lo recibió al salvarme la vida! — exclamó el general. — ¡Caras y nobles hijas de mi libertador! Doy gracias al cielo de poder conoceros y estrecharos en mis brazos!... Sí, yo mandaba la artillería, en la batalla, que se dió bajo los muros de la Fère: en una salida que hice para conservar la plaza, fui rodeado por un escuadrón de húsares, ya iba á sucumbir por el número, cuando de repente el intrépido La Tour atraviesa las filas enemigas á la cabeza de su compañía, me salva, y yo le pierdo de vista en la refriega; tomo informes y se me asegura que había quedado en el campo de batalla.

En efecto, había sido dejado por muerto durante cinco horas — dijo Cecilia — pero volviendo en sí y aprovechando la obscuridad de la noche, llegó no sin esfuerzo, á una cabaña en donde unos pobres agricultores le acogieron con prontitud y empeño, le reanimaron sus agotadas fuerzas y durmieron en el suelo para acostarle en un cómodo lecho; con la poca ropa blanca que tenían, hicieron vendas y apósitos para sus heridas; y al cabo de seis semanas, nuestro desgraciado padre vino á reunirse con nosotras en Nancy. Allí, reducido á la más módica pensión, y habiendo perdido á nuestra excelente madre, á quien mató la noticia de su muerte,

aprovechó su talento, dando lecciones de matemáticas y de fortificación. Estimado y querido por todos los habitantes de la ciudad, había logrado hacerse una posición honrosa é independiente. Mi hermana y yo, aunque todavía muy jóvenes, atendíamos á los cuidados de la casa. El trabajo y la economía nos habían proporcionado alguna comodidad, y entonces nuestro excelente padre no descuidó nada para darnos una educación que nos pusiese al abrigo de los rigores de la suerte. Todo prosperaba á nuestro rededor, todo sonreía á nuestra esperanza, cuando una herida que el capitán había recibido en el pecho, se abrió de repente y nos privó del único apoyo que teníamos en el mundo.

— Os queda uno en aquel á quien vuestro padre salvó la vida — repuso el general con el impulso de un alma franca y generosa. — Yo tenía dos hijas, pues bien, ahora tengo cuatro. Venid á la tierra que poseo en las riberas del Loira : seréis las profesoras de vuestras nuevas hermanas, porque sabéis más que ellas, y acabaréis de probarlas que el saber y el verdadero mérito, jamás brillan tanto como cuando los oculta la modestia. ¡Encancadoras jóvenes, venid, yo os adopto, y este día es para mí el más hermoso de mi vida.

— Y de la nuestra — añadieron las dos hijas del general, estrechando con fuerza y cariño las manos de Cecilia y de Susana.

— Pero estas, señalando á una anciana, que parecía temblando de miedo de que aceptasen, respondieron que jamás abandonarían á su tía, en cuya casa vinieron á refugiarse á la muerte del capitán.

— Estamos llenas de reconocimiento — dijo Susana — de la oferta y del honor que usted se digna hacernos; pero no podemos separarnos de nuestra madre adoptiva, que hace ya dos años divide con nosotras lo poco que posee.

— Comenzamos — dijo á su vez Cecilia — á poner en práctica las lecciones que nos dió nuestro padre : ya los principales habitantes de la pequeña ciudad de Bléré, nos confían la primera educación de sus hijas; dentro de algún tiempo, podremos formar un colegio que quizá nos haga adquirir la estimación pública y nos proporcione lo que tanto nos recomendó aquél á quien lloramos, la dicha de no pertenecer más que á nosotras mismas y de no deber más que á nuestro

trabajo una existencia honrada... Sea usted nuestro juez, general: ¿podemos olvidar lo que al morir nos ordenó el que tuvo el honor de exponerse por usted? y cuando ya todo sonríe á nuestros esfuerzos, ¿no sería turbar su reposo y falta de respeto á su memoria el olvidar sus últimas palabras?

— Tenéis razón — respondió el general fijando sus miradas con admiración en las dos huérfanas; — sí, debéis quedar dignas del valiente que os dió la vida : seguid en vuestra carrera, que, después de todo, tiene sus goces. Creedme, tomaré por vuestro establecimiento todo el interés que merecéis... Pero si estoy privado de la inexpresable dicha de albergaros en el palacio que habito, espero que no rehusaréis el venir algunas veces á visitar á aquel, á quien vuestro digno padre socorrió con tanto valor.

Cecilia y Susana prometieron satisfacer sus vivas instancias mostrándose dignas. Iban con frecuencia á la propiedad del general, en donde siempre fueron recibidas con gran distinción sin atender á su traje. Las hijas del general las acogían como á hermanas, y mucho ganaron con esta amistad. No solamente adquirieron más instrucción y se perfeccionaron en la ciencia de la cronología, sino que se curaron para siempre de la insoportable costumbre de citar á cada momento tal ó cual gran autor, con la ridícula manía de ostentar lo que sabían, y con frecuencia lo que creían saber. Conservaron en sociedad ese modesto recato que da el derecho de observar sin que se note, y de sacar provecho de todo sin arriesgar nada de lo que se posee, en fin, esa modestia que preserva de ese pedantismo insoportable, azote de la sociedad, del cual un solo error ó la menor equivocación, hace á costa nuestra reir á aquellos mismos á quienes creíamos humillar.

LAS DOS HUÉRFANAS Ó LA DISCRECIÓN



... Y derriba el hermoso busto, que cae al suelo haciéndose pedazos.

LAS DOS HUÉRFANAS Ó LA DISCRECIÓN

M. de Sainténe, respetable magistrado, por su mérito y por la noble austeridad de su carácter, probaba diariamente, que pertenecía á la familia de Lamoignon de Malesherbes. No tuvo hijos de su casamiento con la mujer que, durante veinte años, embelleció su destino. Privados ambos de verse revivir en seres formados de su sangre, resolvieron adoptar una huérfana cada uno, que pertenecieran á sus familias respectivas, para apoyo de su vejez. M^{me} de Sainténe escogió á Isaura Beival, de edad de diez años, nacida en Amboise, de honrados negociantes, pero sin fortuna; y todo pareció legitimar esa elección : nada era más sensato, más amoroso ni más discreto que Isaura. Jamás se ocupaba de los demás sino era para complacerles. No abría la boca más que para evitar un reproche ó calmar una disputa, y siempre tenía el mayor cuidado de evitar la murmuración ; así es que era la niña querida de M^{me} de Sainténe que la llamaba su ángel.

La elección del presidente, aunque seductora á primera vista, no era tan perfecta. Celina Martel, de edad de once años, criada en la pequeña ciudad de Beaulieu, cerca de Loches, é hija de un fabricante de paños, que hacía seis meses había muerto, era de un carácter jovial, de espíritu vivo y con frecuencia expresaba picantes agudezas; pero curiosa, frívola, repetía sin reflexión todo lo que oía decir, y á veces le añadía frases de su invención, sin prever el peligro posible. Su padre adoptivo, á quien ella sola podía hacer desarrugar el ceño severo, la amaba mucho y la llamaba su diablillo.

Para los criados de la casa, nuestra pequeña atolondrada era principalmente terrible. Les malquistaba entre ellos, di-

ciendo á unos lo que habían dicho los otros. Todo lo que les oía decir de sus amos, como observaciones muy sencillas, era inmediatamente repetido, comentado y aumentado por la inagotable habladora. De allí resultaban severas reprimendas á antiguos sirvientes, los cuales por su lado, instruídos por la gaceta ambulante, de las quejas de sus amos, disminuían su celo por aquellos que hasta entonces les habían dado pruebas de estima y de satisfacción.

Un día, entre otros, el ayuda de cámara del presidente, se quejó á su amo de que éste parecía descontento de su servicio, y le preguntó la causa con la franqueza de un hombre honrado que se cree irreprochable.

M. de Sainténe le aseguró que nunca había expresado la menor queja de él. El anciano dijo que la señorita Celina le había informado de tales y tales observaciones contra él.

El presidente, siempre dispuesto á hacer brillar la justicia, hace venir á la joven indiscreta; ésta se sonrojó, balbuceó, y confiesa que al contar á su madre adoptiva las palabras que había oído, quizá había interpretado mal el sentido y expresado mal la intención.

— ¡ Que ésta sea la última vez ! — la dijo M. de Sainténe con voz fuerte, y reprimiendo con dificultad un movimiento de cólera : ya he creído notar que usted estaba propensa á la vil y peligrosa manía de repetir á los unos lo que ha oído decir á los otros. Es un oficio despreciable hasta entre la última clase del pueblo. Juzgue usted de la opinión que tendrían de usted en el mundo : habría que huir de usted como de uno de esos animales dañinos que van por todas partes produciendo desorden y espanto. Pronto me verá obligado á volver á enviar á usted donde aquellos que la cuidaron en la infancia; entonces, sin padres, sin apoyo en el mundo, ¿ cuál será su suerte de usted? reflexione usted bien; y mientras tanto pida perdón á ese digno anciano á quien injustamente he atormentado tanto. Soy indulgente para las picardías de vuestra edad, hasta me divierten con frecuencia; pero jamás toleraré las propensiones viles y degradantes del corazón.

A estas palabras, el austero presidente sale, dejando estupefacta á Celina, bañada en lágrimas y haciendo el firme propósito de no volverse á entregar á esa funesta manía que la acarrearía semejantes dolores y tanta humillación.

Pero á los doce años, las resoluciones no son siempre irrevocables, y la pícara Celina quizá habría vuelto á sus funestos hábitos, si un acontecimiento que impresionó su joven alma, y la hizo ver de qué heroísmo es capaz un noble corazón que siente toda su dignidad, debido á la discreción.

Las dos huérfanas tratadas como hijas por M. y M^{me} de Sainténe, sintieron mutuamente ese tierno apego que une á los seres formados de la misma sangre. Celina amaba á Isaura con todas las demostraciones del alma vivamente inspirada; y su cariño estaba mezclado de una especie de admiración de su dulzura angelical, de ese espíritu obsequioso, de ese tacto delicado de decencia que ya poseía.

Isaura, quizá menos expresiva, pero de una sensibilidad igualmente viva, correspondía al tierno afecto de su hermana adoptiva con dulces atenciones, con esos cuidados de cada momento, y con esos consejos que jamás hieren cuando se reciben, porque prueban el gran interés por la felicidad de la persona á quien se dan. Ambas se habían vuelto inseparables; trabajos, recreos, penas, placeres, todo entre ellas era una asociación continua. Celina estaba contenta, y hacía mucho tiempo que ninguna expresión inconsiderada, ninguna queja nueva, habían venido á turbar su reposo, ni á menoscabar el cariño particular que la tenía el presidente de Sainténe.

Este unía á su conocida austeridad una desconfianza inquieta, y la costumbre de no dejar que se penetrara en el fondo de su pensamiento. Había prohibido á las dos jóvenes huérfanas la entrada en su gabinete de trabajo, en donde sus funciones le obligaban á dejar á la vista sobre su escritorio, papeles de familia de la mayor importancia. Esta precaución, indispensable para el magistrado depositario de grandes secretos, no había hecho más que irritar la curiosidad natural de Celina. Había sabido por el viejo ayuda de cámara del presidente, el único de todos los criados que tenía derecho de entrar en el misterioso gabinete en ausencia de su amo, que contenía varios cuadros de mérito y de precio, retratos de los magistrados más célebres de Francia, y sobre todo, un busto de estuco admirablemente parecido, del ilustre Lamoignon de Malesherbes. Cien veces Celina había estado á punto de colarse furtivamente en ese pequeño museo, y cien veces el temor la había contenido de desobedecer á su padre adoptivo

tan inexorable cuando se atrevían á infringir sus órdenes.

Pero una mañana que el presidente estaba en el Palacio de Justicia, y que el viejo ayuda de cámara hacía comisiones en la ciudad, Celina, al volar un volante, con una vaqueta en el corredor, advirtió que la puerta del gabinete estaba entreabierta. Eso no sucedía casi nunca. No puede resistir á la curiosidad que la empujaba, y penetra en el lugar prohibido. Pronto su vista quedó satisfecha de los diversos objetos que la llamaren la atención; y arrastrada por su atolondramiento natural, quiere volar su volante en el bello gabinete de techo elevado, y cuyas cortinas color carmesí esparcen por todas partes un color rosado que la encanta. Pero ¡oh dolor! ¡qué desgraciá irreparable! la joven alocada, al querer evitar que el volante caiga sobre el tintero del escritorio, adelanta imprudentemente su vaqueta, y derriba el hermoso busto de Lamoignon de Malesherbes, que cae al suelo haciéndose mil pedazos.

A los gritos de la desgraciada, acude su hermana adoptiva, que por casualidad pasaba por el corredor. Al ver los restos de un objeto tan precioso, trata en vano de consolar, de confortar á la culpable. Esta repite sin cesar: ¡Estoy perdida... jamás, no, jamás me perdonará! ¡Oh funesta curiosidad! ¡qué caro me vas á costar! Esos justos temores aumentaron cuando á través de los vidrios de una ventana, Celina casi sin respiración, ve entrar al presidente.

— Vete, y déjame obrar á mí— la dijo Isaura con viveza y con aire de inspiración. — Lo único que te pido es que guardes el más profundo silencio. Celina salió huyendo y dejó á su hermana adoptiva recogiendo los pedazos del busto esparcidos por todos lados.

Isaura oye con espanto á M. de Sainténe abrir la gran puerta de entrada de su gabinete; y conociendo lo severo que es, calcula los peligros á que la expone el proyecto que ha concebido, y se torna pálida y temblorosa.

El presidente, á la vista de Isaura, cuya postura es de súplica, y cuya voz alterada no puede pronunciar más que estas palabras :

— ¡Perdón!... ¡perdón Padre mío! se convence que ella es la que le ha privado del objeto más precioso, deese busto, que, joven aún, había recibido de manos del célebre Lamoi-

gnon, su pariente; cediendo á su despecho, á su cólera, no puede tampoco pronunciar más que estas palabras con voz terrible :

— ¡ Sal de aquí, desgraciada!... ¡ Fuera de aquí!... ¡ no vuelvas jamás á mi presencia!...

Isaura obedece echándole una mirada llena de expresión, y sin quejarse, se somete al castigo que la impone.

Durante cinco días enteros, sufre la sentencia que M. de Sainténe había pronunciado. Permaneció en su habitación, en donde fácilmente se comprende, Celina tuvo los más tiernos cuidados con ella. Ya podemos imaginarnos el embarazo y la emoción de ésta, cada vez que su madre adoptiva venía á ver á su querida Isaura, cuya desobediencia y atolondramiento no podía comprender. ¡ Oh ! ¡ cuántas veces estuvo vivamente tentada de echarse encima la pesada carga con la cual se dejaba abrumar por ella su admirable hermana ! ¡ y revelarlo todo ! Lo que más confundía á M^{me} de Sainténe, era la heroica resignación de Isaura, que no la pedía la menor ayuda de su parte para aplacar la cólera del presidente. Este, no estaba menos asombrado del silencio de la supuesta culpable; y quizá comenzaba ya acusar de ingratitud y de frialdad al corazón más amante y generoso. En efecto, á Isaura no la parecía pagar demasiado caro la dicha de evitar que Celina fuese de nuevo hundida en la condición obscura de donde la habían sacado, renunciando á la brillante suerte que ya tenía asegurada.

Pero al mismo tiempo, ¡ qué lección fuerte y conmovedora para nuestra alocada, el ver lo que su hermana sufría, obligada á permanecer en su cuarto, á no presentarse en la mesa, en la sala, ni aun en el jardín, á ser considerada por todas las personas de la casa, como una curiosa indiscreta, ella que, en toda su vida no había cometido ninguna falta de esa especie... Al fin se esperaba que el presidente se conmoviera; y á la vista del ayuda de cámara que entra furtivamente á donde estaba Celina, Isaura supone que por fin su tormento va á concluir; pero cuál no sería la sorpresa de las dos huérfanas, al saber que M. de Sainténe, ofendido de ver que la desterrada no había hecho ninguna tentativa para obtener su perdón, y suponiendo á causa de esta extraña conducta, que no sentía ningún arrepentimiento, exigía que continuara una semana entera más sin presentarse ante él.

— ¡ Yo no sufriré eso ! — exclamó Celina, — é inmediatamente se lanzó, al gabinete del presidente, se arrojó á sus pies y le reveló toda la verdad.

— Yo soy — le dijo derramando lágrimas en abundancia — yo soy la que he sido bastante desgraciada para romper ese precioso busto que usted estimaba tanto. Isaura ha querido salvarme del justo castigo que yo merecía, haciendo creer á usted que ella era la causa de ese funesto accidente... ya sé muy bien que me expongo á perder el apoyo de usted para siempre, su amistad que me es tan preciosa; pero no puedo soportar por más tiempo que mi hermana adoptiva sea víctima de su abnegación y de su admirable discreción... écheme usted de aquí, señor, arrójeme á la obscuridad de donde me había sacado; pero devuelva usted su ternura y estimación á la que tanto lo mercee, y que se ha mostrado aún más digna con lo que ha hecho por mí.

El presidente sorprendido y vivamente enternecido, vuela á la habitación de Isaura cerca de la cual se encontraba M^{me} de Sainténe tratando en vano de descubrir su secreto, estrecha en sus brazos á la proscrita, diciéndola :

— ¡ Cómo es posible que yo te haya creído culpable !... ¡ é interpretar tan mal tu generoso silencio !

— ¡ Ah ! si usted supiera — le responde Isaura, adivinando á la vista de Celina, que ésta lo ha revelado todo ; — si usted supiera cuánto me ha costado estar cinco días sin ver á usted ! pero le confieso, que cuanto más sacrificios me costaba mi resignación, más fuerzas encontraba para soportarlos.

— Y yo — dijo Celina — sentía más remordimiento.

— ¡ Pues bien ! — repuso M. de Sainténe, echándola una mirada que la anunciaba su perdón ; — compara lo que tus locuras te han hecho ya sufrir, con la recompensa que en este momento obtiene tu hermana adoptiva; y juzga tú misma cuán importante es la discreción... no olvides jamás, hija mía, que la discreción es un deber para toda persona depositaria de un secreto; pero que se vuelve una virtud, origen de todos los goces, cuando uno se expone á peligros para ser útil á sus semejantes.

EL PRODUCTO DE UNA GAVILLA DE TRIGO



— Pues, señor barón, dos largos de cadena de medir ; doce medidas por fanega,
es la regla.

EL PRODUCTO DE UNA GAVILLA
DE TRIGO

Rosal
una c
lebra

El barón de Brevanne, sabio naturalista y miembro de varias academias, dividía su tiempo y sus afecciones entre el estudio y los cuidados que daba á Leontina, su hija única, cuya educación él dirigía. Desgraciadamente, todo lo que hacía este padre excelente, lo destruía M^{me}. de Brevanne, que se burlaba de la ciencia y no concebía cómo se podía tener en la mano un libro sin caer dormida, aunque fuese el *Diario de la Moda* ó una nueva novela de Wálter Scott. Era una de esas mujeres gruesas que hacen profesión de reir, que no piensan más que en vivir bien, en divertirse, y pasar la vida sin calcular lo presente y sin prever el porvenir. Había traído una buena fortuna al barón, y no sufría que se la molestara en nada, dejando plena libertad al barón de entregarse á sus gustos agrícolas, á todos sus experimentos químicos, físicos, agronómicos; pero sin dejar de tener para él el cariño de la mejor de las mujeres.

Hacia algunos años que habían adquirido una propiedad encantadora en Turena, en las riberas del río Cher, tan notables por su fertilidad y por la variedad de sus productos. El barón iba á pasar allí la bella estación para entregarse á sus especulaciones rurales y á todos sus sueños de dicha. Leontina, que participaba de los gustos de su madre, con frecuencia se burlaba con ella de los ensayos á veces infructuosos que hacía el barón; insensiblemente había llegado á ver con desdén todo lo que se refería á las producciones de la tierra. Vanamente su padre se esforzaba por vencer esa total ignorancia de todo lo que puede ser bueno, útil y con frecuencia indispensable á las necesidades de la vida; la joven incrédula reía

de todas sus observaciones, y se imaginaba que era una tontera agitarse y trabajar tanto para cosas que nacían solas. Estaba convencida de que la agricultura no servía más que para dar empleo á un gran número de desgraciados, y que por todas partes se encuentra abundancia con el oro.

La tierra del barón no distaba más de media legua del castillo de Gramont, construído en frente de la avenida que conduce á la ciudad de Tours; esta soberbia avenida que atraviesa el Cher, pasando por inmensas praderas y por los fértiles campos llamados *las Varennes*, es en donde la agricultura ha alcanzado el más alto grado de perfección. Ese castillo de Gramont, cuya situación es encantadora dominando el lindo jardín de Francia, había siempre pertenecido á los personajes más notables de la comarca; y los que ahora lo poseen atraen durante el verano á gran número de visitantes.

Había gran reunión en esa linda morada, y el barón de Brevanne había sido invitado con su esposa é hija. Para las dos era una fiesta asistir á ese palacio; pero la baronesa desgraciadamente se había torcido un pie en su parque; y por este motivo, convinieron en que el barón iría con Leonina al castillo de Gramont.

Por consiguiente, Leonina prepara una *toilette* escogida, imaginándose que irían en coche; pero como era la tarde de un lindo día del mes de agosto, y que M. de Bravanne deseaba atravesar á pie esos campos cubiertos de mieses que comenzaban á cosechar, y que no encontraba nada más encantador que ese cuadro de todos los agricultores recogiendo el fruto de sus trabajos, propuso á Leonina ir al castillo paseando, para respirar mejor la frescura de la tarde y hacer un saludable ejercicio. La joven desdeñosa acepta con la condición que les seguiría un criado para llevarle un calzado sin ajar, y que la carretela vendría á media noche para llevarles de regreso á su morada; lo cual fué aceptado.

Habían caminado unas tres cuartas partes de la distancia que tenían que andar, y ya no les faltaban más que quinientos pasos para llegar al castillo de Gramont, cuando el barón propuso á su hija descansar unos instantes bajo uno de los hermosos árboles que adornan el camino principal. Leontina se sienta con su padre en una pequeña elevación de terreno, y se cubre los hombros con un viejo chal de cachemira, de

su madre, que ésta la había obligado á llevar para preservarse del sereno de la tarde y para que se envolviera al regresar en el coche. Apenas se habían sentado, cuando ven pasar á una pequeña espigadora repitiendo una cancioncilla, y tratando de aligerar el peso de una gavilla bastante pesada compuesta de los rebuscos que había hecho durante el día en las ricas dehesas de Saint-Sauveur. Esta rebuscadora va á apoyar su carga sobre un mojón con el número 121, y momentáneamente aliviada, enjuga con la punta de su pañuelo el sudor que la baña sus gruesas mejillas obscurecidas por el sol. El rostro de esta joven revelaba franqueza y bondad.

— Parece — dijo M. de Brevanne, que esta rebuscadora no ha perdido su tiempo, y por eso parece contenta de su día de trabajo.

— Vaya — respondió Leontina, es uno de esos autómatas que yo no creo susceptibles de pena ni de placer.

— Tú quieres decir, hija mía, que son menos sensibles que nosotros al trabajo porque están acostumbrados; pero en cambio, sienten más vivamente los placeres de la vida, porque los acostumbran menos que nosotros. Mira á esa aldeana; examina la sonrisa que vaga por sus labios; ella es quizás más feliz y más orgullosa de la gavilla que lleva á la espalda que tú del chal de cachemira que te cubre.

— ¡ Cómo! ¿ podría usted comparar este cachemira, por viejo que esté, á esas miserables espigas?

— Hija mía, todo lo que se reproduce en la naturaleza, por pequeño que sea, vale más que lo que inventa la opulencia, y que cada día va perdiendo su valor. Con tiempo y paciencia podría probarte que el tesoro de la rebuscadora es más precioso que el tuyo.

— ¡ Si yo me atreviera á desafiar á usted, padre mío! — apostaríamos.

— Bueno; pero con la condición que tú me secundarás en el proyecto que he concebido.

— Se lo prometo á usted.

— En ese caso vamos á comenzar.

Al decir esto, se levanta, se acerca á la recogedora y la dice :

— ¿ Cuánto trigo cree usted que puede contener esa enorme gavilla que usted lleva?

— ¡ Mi vida! á juzgar por lo que me pesa en las espaldas —

responde ingenuamente la joven — creo que por lo menos tenemos dos medidas de trigo; no es por gusto que una hace eso, cuando no tiene más que sus brazos y una pobre madre enferma... felizmente tenemos la fuerza y el valor.

— ¿Cómo se llama usted?

— Margarita Lefranc, de la aldea des Coudriers, á cien pasos del palacio de usted. ¡ Oh! yo conozco á usted bien, señor barón.

— ¿ Quiere usted venderme esa gavilla? le doy veinte francos por ella.

— El señor barón quiere burlarse de mí.

— De ningún modo, tome usted esta moneda de oro : usted entregará esos rebuscos á mi portero, recomandándole que me los ponga en mi gabinete de trabajo.

— ¡ Sí, señor barón!

— Adiós, cuide usted bien á su madre.

— Ella rogará á Dios por usted, se lo aseguro.

— Y cuando ya no encuentre usted que buscar, venga á pedirme trabajo á mi morada.

— Así lo haré, señor barón.

Al decir esas palabras se alejó, echando miradas muy expresivas al padre y á la hija y se dirigió á la mansión del Sr. de Brevanne, en donde se ejecutaron fielmente las órdenes que había dado.

Leontina, por todo el camino que les quedaba que andar, no cesó de bromear sobre el trato ó apuesta que su padre había hecho; pero cuando llegaron al castillo de Gramont, en medio de tan brillante reunión, olvidó pronto el encuentro de la rebuscadora y la apuesta que se había atrevido á hacer con el sabio naturalista. No regresaron hasta la una de la mañana, y durante el camino reiteró los chistes más alocados, á los cuales el barón sólo respondió con estas palabras :

— Te repito, hija mía, que todo lo que se reproduce tiene un valor inestimable.

Al día siguiente, tan pronto como Leontina despertó, se apresuró á ir á contar á su madre la aventura de la rebuscadora y la compra de la gavilla; y las dos muertas de risa, se dirigieron al gabinete de trabajo del barón, que ya estaba ocupado en desgranar la gavilla de Margarita con mucho cuidado para no perder un solo grano. Produjo poco más ó menos, dos

medidas de trigo, que puso en un saco sobre cuya abertura aplicó tres sellos marcándolos con una piedra antigua adherida á la redecilla de oro que detenía los cabellos de Leontina.

Pronto llegó el tiempo de las siembras; el barón paseando una tarde con su familia, encuentra al hijo mayor de Ricardo, uno de sus arrendatarios, que volvía de la labranza, y le pregunta cuánto terreno se necesitaba para sembrar dos medidas de trigo.

— Pues, señor barón, dos largos de cadena de medir; doce medidas por fanega, es la regla.

— Bien, vas á decir á tu padre que le ruego me deje disponer de esa cantidad de terreno en el lugar que le parezca más fértil, y que tú mismo sembrarás en mi presencia. Tengo curiosidad de saber lo que mis dos medidas de trigo me producirán en la próxima cosecha.

— Es fácil decir eso á usted : si el año es bueno, usted puede contar con diez tantos ó diez veces la semilla.

— ¡ Diez veces ! — exclamó Leontina admirada.

— Sí, señorita y hasta doce; eso depende del abono y de la labor.

— Mi buen Carlos, te recomiendo que no descuides nada para hacer prosperar mi ensayo rural, y te recompensaré por tus cuidados.

En efecto, Carlos preparó la porción de terreno necesaria, y cuando estuvo bien cercada por el jardinero del palacio, para distinguirla de las otras porciones y evitar la entrada, M. de Brevanne fué con su hija á ver sembrar el producto de la gavilla de Margarita, y á ésta se la encargó que velara el pequeño cercado, y que arrancara la hierba parásita. El barón al entregarla la llave del enverjado, la recomendó particularmente este ensayo, diciéndola que podía ser útil á los dos.

El otoño estaba para concluir : la familia Brevanne se retiró á París. Durante el invierno, no pasaba un solo día sin que el naturalista dejase de pensar en su pequeño cercado sobre el cual formaba mil proyectos y preveía gran contento. En cuanto á Leontina, distraída en el torbellino de la sociedad á donde su madre la conducía, olvidó completamente el campo de trigo y el rebusco, y hasta á la pobre Margarita.

Volvió la primavera; y el 1.º de Mayo, el barón regresó con

las dos damas á sus tierras. Entonces Leontina pensó en el pequeño cercado; á pesar de las bromas de su madre, tuvo curiosidad de saber si prosperaba. Al día siguiente mismo de su llegada, fué con su padre al lugar : encontraron á Margarita ocupada en destruir las plantas nocivas. Esta se dirigió á su encuentro con la franca alegría que la caracterizaba, y les dijo que Dios parecía haber bendecido sus rebuscos, y que jamás se había visto en el país espigas más hermosas. — Es verdad — añadió — que no pasa día en que yo no venga á ayudar un poco, y que pierda yo mi nombre de muchacha honrada, si se puede encontrar una brizna de mala hierba ó el menor cardo.

— ¡ Oh ! yo estaba seguro — dijo M. de Brevanne — que mi ensayo rural estaba en buenas manos... ¿ Cómo está vuestra madre ?

— Más impotente que nunca, señor barón : ya no puede hacer uso de sus pies ni de sus brazos, ya no la quedan más que los míos, que, á Dios gracias, son sólidos y no la faltarán nunca. Leontina, por primera vez, miró con interés á esta excelente joven, mirada que no escapó al ojo vigilante de su padre.

Durante todo el verano, no pasó un solo día sin que M. de Brevanne y su hija fuesen á visitar el pequeño cercado, y cuando el día de la cosecha llegó, se convino que se reuniría en gavillas el producto de la gavilla de la rebuscadora. Carlos hizo esta cosecha en presencia de la familia Brevanne. El resultado fué mayor de lo que se esperaba; las gavillas transportadas en presencia de las personas presentes y colocadas en el suelo, habiendo sido apaleadas algunos días después, produjeron veinticinco medidas del más hermoso trigo. Es verdad que Margarita añadió el pequeño rebusco que fué haciendo detrás de Carlos, tanto era el interés que tenía por que el resultado fuése bueno.

Esas 25 medidas fueron también encerradas en dos grandes sacos, en cuya abertura, M. de Brevanne hizo que Leontina pusiera un sello con su piedra antigua. Poco tiempo después se sembraron con las 25 medidas dos fanegas y media de terreno en la parte reservada para [el barón. Alrededor de este terreno hizo colocar mojones para conocer su extensión en la próxima cosecha.

Leontina decía :

— Si dos medidas de trigo han producido 25, estas producirán...

— Poco más ó menos trescientas, — la contestó su padre — pero ya te he dicho que se necesita trabajo y paciencia; ya no te pido más que un año, hija mía, y entonces conocerás todo mi proyecto.

Leontina reflexionó mucho sobre ese producto de una sola gavilla. Ya no se la oía burlarse de la agricultura, y durante todo el invierno que pasó en París, se informaba con notable interés si los trigos del terreno reservado anunciaban ser bellos, si Margarita continuaba cuidándolos con empeño. En fin, al acercarse el 1.º de Mayo. Leontina ya no manifestó como antes el pesar de alejarse de la capital para ir á enterrarse en el campo durante todo un verano. Confesaba que la vida del campo tiene sus encantos y que allí se puede encontrar la felicidad. Fué la primera que habló del día en que debían partir, y entre los libros que componían su pequeña biblioteca en el campo, el barón se sorprendió muy contento, de encontrar los *Estudios de la naturaleza* y la *Casa rústica*.

Al llegar á Turena, Leontina no fué á encerrarse en el gabinete de su madre, como lo había hecho en los viajes anteriores. Acompañó á su padre en todos sus paseos, recorrió con él las diferentes granjas y las cabañas de los pobres, á quienes socorría, hasta quiso ir á la cabaña de Margarita, en donde encontró á esta excelente joven arrastrando en un viejo sillón á su madre, que se había vuelto enteramente paralítica, para llevarla á que se calentara al sol. Ese cuadro conmovedor hizo mucha impresión en la joven incrédula, probándola que las virtudes se encuentran tanto en las cabañas como en las ricas mansiones.

Pero lo que no encantó menos á la nueva iniciada en los prodigios de la naturaleza, fué esa capa de espigas aún verdes que cubrían el terreno reservado. ¡ Con qué impaciencia esperaba la cosecha ! ¿ Cuál sería el proyecto de su padre ? Pronto llegó la época de esta revelación que tanto deseaba. Leontina quiso asistir con su padre á la cosecha que debían producir las dos fanegas y media que provenían de la primera gavilla.

Ambos pasaron en esto un día entero.

Comieron sobre la hierba, á la sombra de una vieja encina,

rodeados de los cosechadores y de las rebuscadoras que no cesaban de expresar con gritos de alegría el placer que sentían al verse, por decir así, admitidos á la mesa del barón de Brevanne, tan querido y respetado por todos los agricultores. Leontina confesó que esa comida campestre era la más deliciosa que había tenido en su vida.

Por último se cargan los carros con las numerosas gavillas cosechadas en el lugar reservado, y que Leontina cuenta ella misma. Se depositan en el naranjal del palacio, y apaleadas varios días seguidos, producen más de trescientas medidas de trigo que se ponen en treinta sacos que fueron cerrados y sellados con el mismo sello que se había empleado antes.

— ¡ Cómo ! — exclamaba Leontina — ¡ esos treinta sacos provienen de aquella gavilla que yo despreciaba tanto ! En un año más, respondió el padre esas trescientas medidas de trigo podrían producir tres mil : veamos ahora lo que podrá valer entonces el cachemira que llevabas cuando encontramos á la joven rebuscadora abajo del castillo de Gramont. Ya medio gastado en esa época, tu madre habrá hecho un vestido con él ; dentro de unos meses pasará á su camarera, la que pronto lo venderá por siete ú ocho monedas de oro... Mientras que yo con el producto de mi gavilla, voy á sembrar todo mi terreno reservado, cuya cosecha podrá alimentar á todos los indigentes del cantón. Considera ahora la inmensidad de las riquezas agrícolas ; admira conmigo los prodigios de la reproducción y confiesa, hija mía, que tuvo razón el sabio que dijo que no hay *nadas* en la naturaleza ; y que el Creador, al lado de los males que ha derramado sobre los mortales para probarlos, ha puesto todos los bienes que pueden suavizar sus males.

— ¡ Oh ! padre mío ; — responde Leontina arrojándose en sus brazos ; — ¡ cuánto te agradezco esta admirable lección ! Te debo la vida, y voy á deberte más aún, porque mis gustos van á ser los tuyos.

Luego que el lugar reservado del barón fué sembrado, dijo á su hija que le acompañase á casa de Ricardo, á la hora en que la comida reunía á toda la familia del arrendatario, lo mismo que á los jornaleros que empleaba, en cuyo número estaba Margarita, que trabajaba en el corral :

— Ricardo, — dijo M. de Brevanne, — usted me ha

manifestado su intención de ceder su granja á Carlos : yo no me opongo. Pero, ante todo es preciso casarle, y vengo á proponer á usted un partido que creo ventajoso.

— Presentada por usted, señor barón, la futura esposa está aceptada con el mayor gusto.

— Reune todo lo bueno de una mujer, la fuerza, la salud, la costumbre del trabajo y el mejor carácter. Llena de consideraciones hacia sus padres, las tendrá también hacia los padres de su marido. En una palabra, es querida y estimada de todos los que la conocen, y esta novia... es Margarita.

— ¡ Yo ! — exclamó ésta ruborizándose — el señor barón quiere divertirse. El patrón Ricardo es demasiado buen padre para casar á Carlos con una pobre muchacha que no posee nada.

— Ella tiene la cosecha de 30 fanegas de trigo — replicó vivamente el barón, y el monto del primer año de arrendamiento con que yo la doto.

Leontina añadió :

— Tiene además 600 francos de ajuar que mi madre y yo la damos.

— ¡ Es posible todo eso ! — exclama Margarita, con los ojos llenos de lágrimas y respirando apenas.

— En ese caso, — dijo Ricardo — la aceptamos por mi nuera... si, en todo caso, usted agrada á mi hijo.

Carlos dijo á su vez :

— Yo no veo donde podríamos encontrar una mejor y más simpática... Deme su mano buena Margarita y estamos desposados.

— ¡ No, no ! — respondió ésta con voz alterada por la emoción — no puedo casarme mientras exista mi pobre madre que está tan achacosa !

— Y bien — dijo Ricardo — usted la traerá á la granja, y la cuidaremos. ¿ Rehusarías tú Carlos, si por desgracia yo estuviera paralítico? ¿ Le evitaría usted Margarita á Carlos una vez su mujer, que me cuidara en mi vejez?

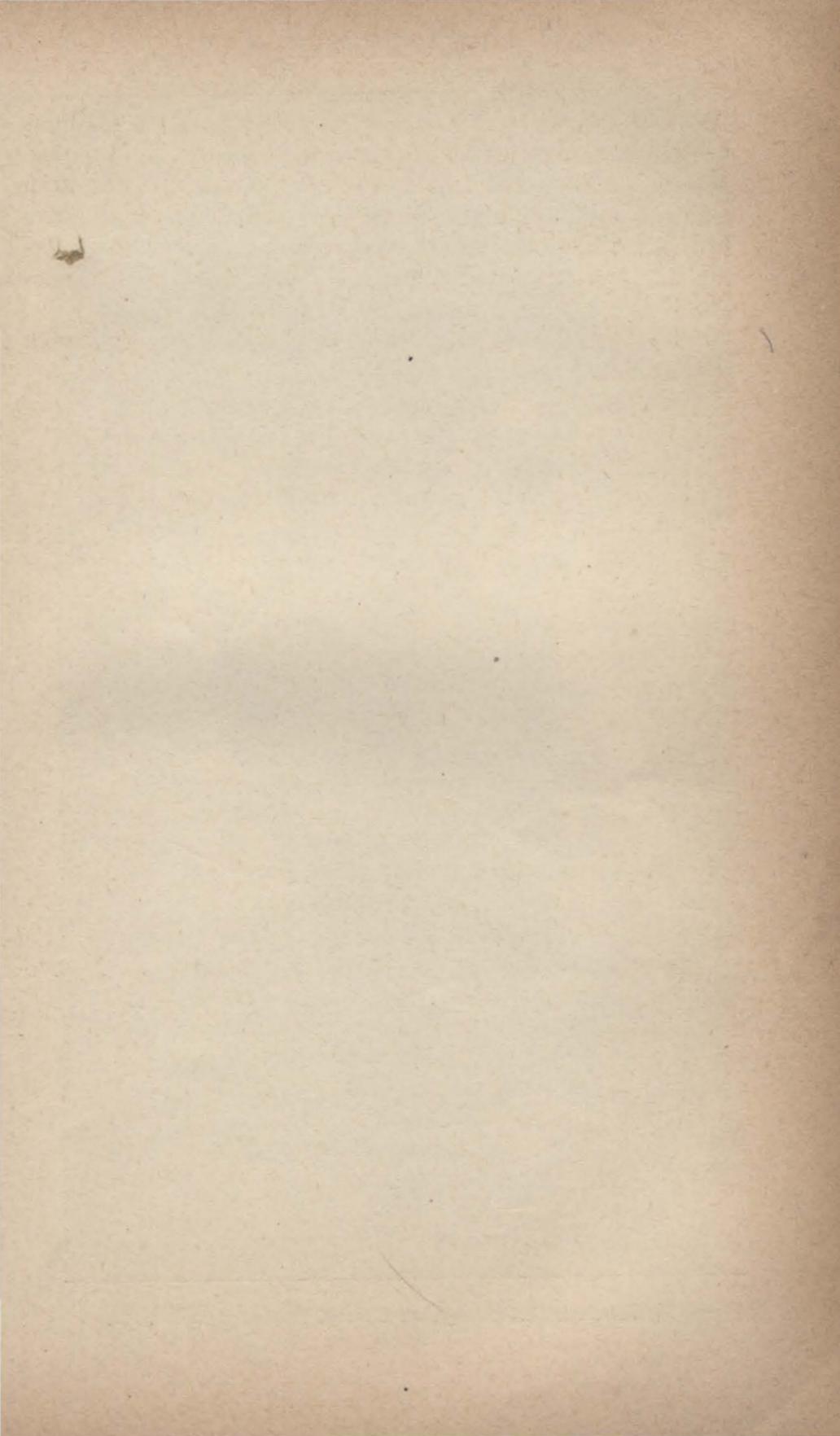
— ¡ Oh ! muy al contrario, usted no encontraría en mí otra cosa que una hija más, patrón Ricardo.

— Vamos, llamadme padre, y hay que abrazarme.

A esas palabras, Margarita se echó en los brazos del arrendatario, que se apresura á ponerla la mano en la de su hijo. Los jóvenes de la granja y todos los jornaleros felicitan á

Carlos de su elección. La buena Margarita, á quien las hijas de Ricardo llaman ya hermana, va á ser la esposa de Carlos. De todos lados parten gritos de alegría. Todos los ojos están llenos de lágrimas, hasta los de Leontina. El barón la estrecha contra su corazón y la dice, señalando á todas aquellas buenas gentes que les rodean y le dan nuestras de reconocimiento :

¡ He ahí pues, hija mía, he ahí el producto de una gavilla de trigo.



UNA MADRE



— Dispénseme usted, señorita, que me atreva á interrumpir su lectura...

UNA MADRE

¿Quién nos ha dado la vida? Una madre... ¿Quién con frecuencia pierde la suya al dárnosla? Una madre... ¿Quién es la que vela sin cesar por nuestras primeras necesidades, la que sostiene nuestros vacilantes pasos, sufre nuestros caprichos, calma todos los males de nuestra infancia? Una madre... ¿Quién nos preserva de los peligros de la inexperiencia, nos da las primeras impresiones del bien, dirige nuestras inclinaciones, forma nuestro carácter y prepara nuestro porvenir? Una madre, siempre una madre.

Si consultamos la historia, una madre es la que hace que Coriolano vuelva al sagrado deber que la patria impone; la que alumbra la justicia de Salomón; una madre la que salva á Moisés de la barbarie de un rey de Egipto; es una madre la que, para preservar la vida de Astyanax, se sacrifica á un himeneo precursor de la muerte; una madre preserva á Ifigenia de la perfidia de Calchas y del orgullo de Agamenón. Así, ¿qué es lo que se ofrece en los templos á la veneración de los mortales, como origen de todas las gracias, patrona de los ángeles, estrella de la esperanza y apoyo de los desgraciados?... ¡Una madre!

¿Cómo es posible que después de todas esas verdades, de esos ejemplos y de esos hechos históricos, no se corresponda á la ternura de la que nos ha dado el ser, con todo el afecto de nuestra alma y el ímpetu de nuestro pensamiento? ¡Oh! qué culpable, qué digna de lástima, sobre todo, es la joven que descuida tributar á su madre ese profundo amor, esas atenciones de todos los instantes, ese retorno siempre insuficiente del amor maternal! En vano puede uno estar dotado de las

más amables cualidades, de las más raras disposiciones, de esas ventajas tan apreciadas y solicitadas en la sociedad; todo eso es nada si falta el amor tierno, respetuoso, inalterable que debemos á nuestra madre.

A la entrada del camino principal que conduce de la ruta de Nantes á la aldea de Fondettes, hay una linda habitación llamada *les Tourelles*. Domina la parte más bella del jardín de Francia, y durante cerca de quince leguas no se pierden de vista los ríos Cher y Loira, que serpentean de un modo pintoresco por inmensas praderas, por valles é islas de todo tamaño y de encantadora variedad. Sobre todo durante la primavera y el otoño, cuando soplan los vientos del equinoccio haciendo la navegación favorable, esta habitación tan afamada presenta un delicioso aspecto. En el fondo del horizonte, en cada río, se ve una prodigiosa cantidad de velas que llevan los productos del comercio marítimo formando como flotas que desaparecen de la vista, para presentarse de nuevo á través de los frondosos árboles de las diferentes islas.

Esta bella habitación cuyo propietario es un hábil y rico especulador, que en París hace un noble empleo de su fortuna, estaba habitada por una familia extranjera, que había venido á Turena á perfeccionarse en el idioma francés, á gozar de ese inexpresable encanto, y á respirar ese aire tan suave y penetrante que sólo se encuentra en ese admirable clima. El jefe de esta familia, M. Kistenn, hombre amable, instruído y benéfico, atraía á este lindo retiro á las personas de las cercanías que juzgaba dignas de formar su sociedad habitual. Su esposa, dulce, modesta y todavía hermosa, le había dado tres hijos, dos varones que se educaban en el colegio de Vendôme, y una niña llamada Erliska, que idolatraba, y que apenas tenía catorce años. Su madre era la única que dirigía su educación, de la cual se ocupaba incesantemente, y todo anunciaba en M^{me}. Kistenn, instrucción, notable talento, y sobre todo inagotable bondad.

Erliska, de bello rostro y atrevida vivacidad, había sido criada demasiado bien para desconocer los sagrados deberes del amor filial. Tenía á su madre una adhesión sin límites; no podía separarse de ella, y cuanto más estudiaba á la sociedad, más buenas cualidades descubría en la que le había dado el ser, y más feliz y ufana se sentía de pertenecerla. Sin em-

bargo, sea por una vivacidad natural, ó bien por un olvido de la buena crianza, á cada instante y sin darse cuenta, había tomado la funesta costumbre de hacer repetir varias veces á su madre las órdenes que ésta la daba, y de responderla en un tono que claramente demostraba que obedecía contra toda su voluntad. Si M^{me}. Kirtenn la llevaba al piano para guiarla en su inexperiencia, Erliska murmuraba siempre, y se sentaba de mal humor, ejecutando muy mal los compases que iba recorriendo.

La madre, demasiado complaciente, no decía nada; esperaba con inalterable paciencia que se disipara el mal humor. Cuando conducía á su hija á su mesa de trabajo, en donde la hacía escribir preciosos análisis de gramática, de geografía y de historia, Erliska hacía multitud de pueriles observaciones, propias para desviar la atención de su guía é impacientarla; pero la tierna madre esperaba aún que después de la tempestad viniese la calma. En fin, á todo lo que la niña mimada decía para sustraerse al estudio indispensable, M^{me} Kistenn nunca respondía más que con el irresistible acento de la razón; y con frecuencia, deseando evitar la menor discusión con su hija, se la veía ceder contra su autoridad.

Este exceso de amor maternal daba armas á Erliska y casi siempre abusaba de él. Llegó al grado que á la más sencilla observación de su guía, se atrevía á responder con aspereza; y á veces hasta empleaba expresiones aventuradas que podían hacer creer que no tenía por la mejor de las madres más que una adhesión de cálculo y de egoísmo. Tan cierto es que, cuando nuestros labios obedecen las órdenes de nuestros caprichos, no siempre son fieles intérpretes de nuestro corazón.

Habiendo llegado Erliska á la edad en que el alma tiene necesidad de explayarse, había observado entre las jóvenes de su edad recibidas en casa de su padre, á una que parecía en todo designada como digna de su primer cariño. Era la hija de un literato conocido por sus numerosas obras. Tenía catorce años, se llamaba Virginia Saint-Ange, y reunía á prendas naturales las ventajas de una perfecta educación; pero criada por una madre á la vez tierna y severa, estaba acostumbrada desde su infancia, á ejecutar las órdenes que recibía sin hacer jamás la menor observación ni proferir el más pequeño murmullo. Virginia, convencida que su madre

tenía mucha más experiencia que ella, y que no se ocupaba más que de su felicidad, la obedecía ciegamente. Un ademán, una ojeada, bastaban para que ella comprendiese y ejecutase en el acto lo que la mandaban, sin experimentar sufrimiento ni contrariedad. Cuanto menos se resiste uno á obedecer, más suave se siente la sumisión, hasta se vuelve insensible, como la rueda de una gran máquina que sigue el movimiento imperceptible, que recibe de una fuerza superior.

Erliska y Virginia se unieron por una íntima amistad. No pasaba un día sin que se vieran y hablaran sobre sus planes de estudio, sus proyectos de sociedad y sus lecturas preferidas. Se las veía por todas partes, ya cambiando una flor, una joya, ya leyendo en el mismo libro y comunicándose mutuamente sus pensamientos, sus reflexiones. Erliska encontraba en esa dulce comunicación un gran placer y mucho provecho. Virginia, dirigida por su padre, había adquirido profunda instrucción, buen sentido é imperturbable discreción; pero tenía buen cuidado de no hacer sentir á su amiga lo mucho que la aventajaba, sabía descender á su nivel, de modo á no herir su delicadeza y que su amor propio no sufriese.

Sin embargo, Erliska, creyó notar que su joven amiga no tenía ya la misma confianza, ni los mismos desahogos con ella. Había aún en ella esa amenidad que la hacía tan encantadora; pero ya no eran los mismos impulsos del alma: cierto encogimiento, una turbación secreta, se notaban en los ademanes y en la voz de Virginia, sus bellos ojos no se fijaban ya tanto en los de Erliska. Esta, cuya susceptibilidad respondía á la petulancia de su imaginación, se imaginó que su joven compañera había encontrado en la sociedad á alguna persona más digna de su amistad, y, desdeñando explicarse con franqueza, prefirió romper con ella, y trató de hacerse de otra amiga íntima que pudiese compensarla de la amiga que perdía y de la que había estado tan ufana.

Entre las jóvenes señoritas que venían á la casa de su padre, se fijó en la hija de un rico capitalista, que poseía una gran propiedad á corta distancia de Tourelles; y la circunstancia de ser vecinas, y de poder verse diariamente, hizo que Erliska se inclinase hacia la joven Eudoxia de Tréneuil, cuyos padres eran mucho más ricos que los de Virginia; y esta ostentación de lujo y opulencia, comienza por deslumbrar la vista, pero

no siempre satisface las necesidades del corazón. Erliska lo supo por experiencia : no encontró en Eudoxia más que un espíritu incisivo y sardónico y esa jactancia de los enriquecidos, que miden el mérito de las personas por la figura que hacen en la sociedad. No era ya ese tierno pudor, esos desahogos del alma más delicada y amorosa, que hacían tan deliciosa su intimidad con la tímida y modesta Virginia. No tardó mucho en nacer la más fría indiferencia entre las nuevas amigas; y la brillante Eudoxia fué abandonada sin pesar, del mismo modo que trabó amistad sin reflexión.

Sin embargo, Erliska no quería parecer aislada en la sociedad, especialmente á los ojos de Virginia, con la cual á veces se encontraba : porque ésta habría podido imaginarse que sólo con ella tenía encantos la amistad. Erliska sintió pues una predilección secreta por la hija única del conde de Saint-Far, que ocupaba uno de los primeros puestos en la nobleza de la provincia.

La joven Palmira tenía cerca de quince años, y todo en ella anunciaba un alma elevada, un espíritu cultivado. Su actitud era graciosa é imponente; llevaba la cabeza levantada, y su mirada recorría con noble aplomo todo lo que parecía estar á su altura; pero cuando se dignaba bajar su bella mirada hacia las personas que sabía no tenían título, se la notaba en los labios un movimiento de desdén, y en sus rasgos una contracción que indicaba claramente que el sentimiento que la dominaba era el orgullo del nacimiento. Como la familia Kistenn era extranjera, la bella Palmira no creyó rebajarse viendo con frecuencia á Erliska; y ésta, lisonjeada de tal condescendencia, creyó haber encontrado la amiga que su corazón deseaba.

Pero ¡ cuánto tuvo que sufrir con estas nuevas relaciones ! Palmira no hablaba más que de sus antepasados, de la antigüedad de su raza, que, según ella, remontaba hasta Carlomagno. Las ciencias, las artes y las letras, no eran nada á sus ojos al lado de un cuartel de nobleza que ella tenía más que tal ó cual gran casa; los mismos bienhechores de la humanidad, los laboriosos autores de los más bellos descubrimientos necesarios para la prosperidad del Estado, no inspiraban ninguna consideración á Palmira : eso no era más que pueblo. Erliska, educada por su padre en los principios de la igualdad, habi-

tuada desde su infancia á respetar los grandes nombres, y al mismo tiempo á honrar al verdadero mérito, y los servicios de toda clase hechos á la patria, no pudo doblegarse mucho tiempo al excesivo orgullo de su tercera amiga; y observando también que ésta por su parte se iba enfriando para con ella, rompió las amistades como había hecho con las dos primeras.

Así fué que trató de unirse con hijas de magistrados, de financieros, de negociantes, entre las cuales, con el corazón atormentado por la necesidad de amar, encontró varias de ellas dignas de su estimación y amistad. Sucesivamente formó vínculos que creyó duraderos; pero apenas se había aficionado y unido seriamente á las que la presentaban más probabilidades de una feliz reciprocidad, las veía separarse de ella. Esto llegó á tal grado, que en las grandes reuniones á donde su madre la llevaba, no recibía de las jóvenes de su edad más que atenciones forzadas, las urbanidades acostumbradas, sin una sola palabra afectuosa, ni una mirada amistosa, ni siquiera un apretón de manos.

Erlirka se decía entonces :

— ¿ Qué es lo que he hecho para atraerme esta especie de reprobación con que me agobian? Sin embargo tengo el alma pura y amorosa; jamás ha manchado mis labios la menor calumnia; nunca he sido la primera en romper amistades. Ellas son las que me han cruelmente abandonado... ¿ Habrá Virginia propalado alguna calumnia contra mí? No, no, es incapaz de hacer eso... ¿ pero porqué se ha alejado de mí? ¡ Es tan buena, tan modesta, y me mostraba tan tierno cariño !... Es absolutamente necesario que yo tenga una explicación con ella, y que yo salga de esta incertidumbre que me hace sufrir tanto.

La casualidad vino á favorecer á Erlirka. Una mañana que salía de su habitación y que subía los bosquecillos que conducen de la morada *des Tourelles* á la colina de Enrique IV, tan afamada en el país, divisó á Virginia con un libro en la mano, acompañada de su aya, y subiendo sin dejar de leer, á la cumbre de esa colina coronada de antiguos olmos, desde donde se domina la ciudad de Tours y sus cercanías, que es uno de los más admirables puntos de vista de Francia y quizá de toda Europa. Apenas Virginia y su fiel compañera se sentaron en un banco, Erlirka se dirige á ellas temblando, y acercán-

dose á Virginia la dice con una voz alterada por la viva emoción que sentía.

— Dispéñseme usted, señorita, que me atreva á interrumpir su lectura; pero tengo el alma profundamente oprimida... y he visto á usted tan frecuentemente socorrer á los seres que sufren, que he creído que usted no rechazaría mi súplica.

— Hable usted, mi querida Erliska, — respondió Virginia en tono lleno de bondad, y haciéndola sentarse á su lado, la toma la mano que estrecha entre las suyas y añade :

— Adivino el tormento de usted y me confirma lo que yo pensaba : usted ignora la causa del cruel aislamiento en que usted se encuentra... No lo atribuya más que á sí misma.

— ¡ Atribuirlo á mí ! no comprendo á usted.

— La dulzura angelical de vuestra madre, su indulgencia demasiado grande, es lo que la hace parecer á usted culpable á los ojos de la sociedad.

— ¿ Culpable? ¿ y de qué?

— De ser indiferente hacia la persona que la dió la vida.

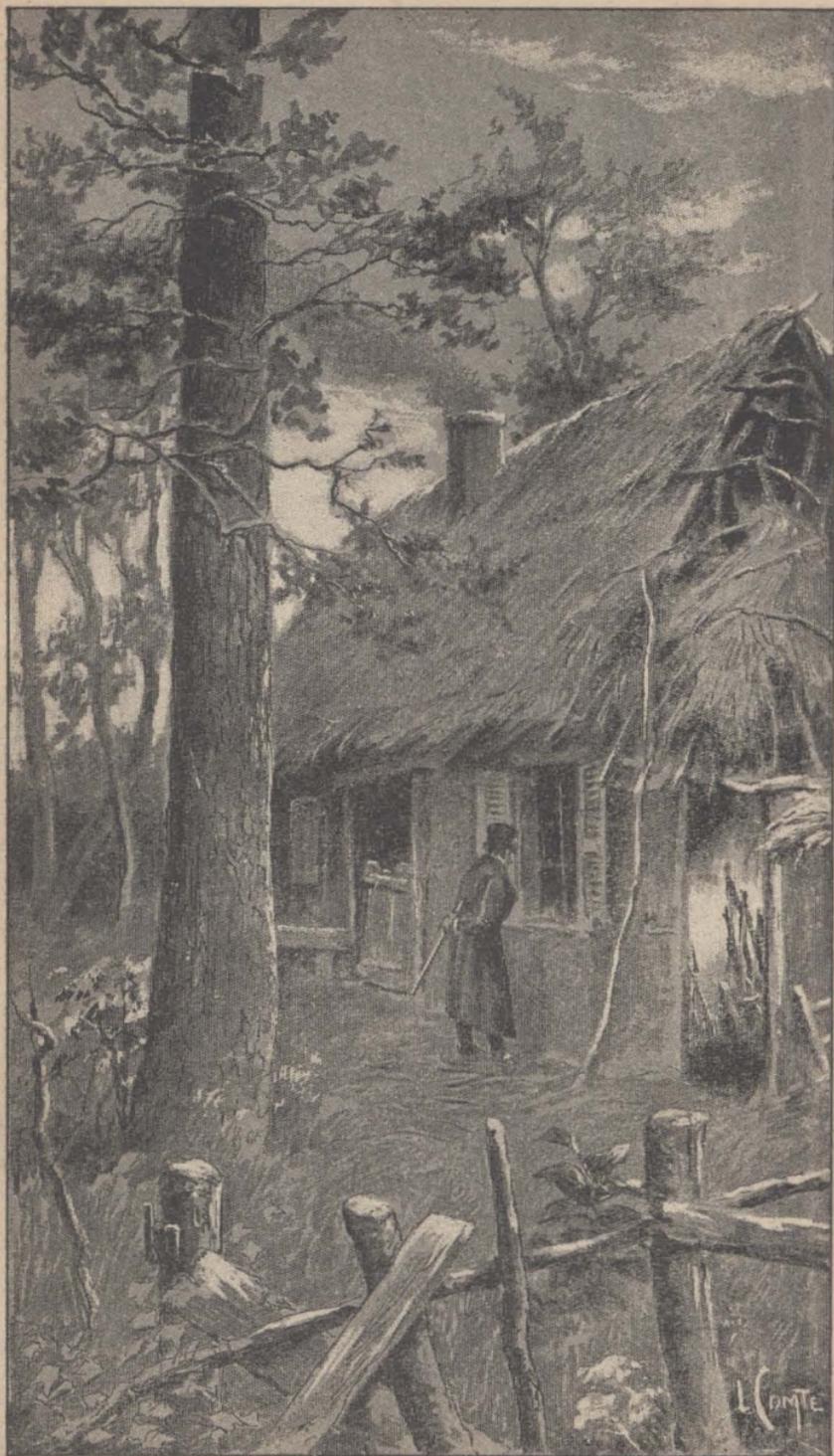
— ¡ Yo ! ¡ no amar á mi madre ! ¡ Ah ! por ella daría mi sangre, mi vida...

— ¿ Y porqué pues la trata usted con tan poca consideración? ¿ Porqué no obedecer á sus órdenes si no es siempre murmurando y tratar de eludirlas de un modo inconveniente. Por un exceso de cariño ella finge no quedar herida; pero las personas que os rodean tienen en qué fundarse para creer que usted no la mira más que como simple celadora, que usted no tiene más que sentimientos fríos hacia ella, calculados por la necesidad que usted tiene de su madre. Eso es lo que ha privado á usted de las diferentes amistades que usted ha querido formarse. Eso es lo que la ha hecho perder la confianza y consideración de sus jóvenes compañeras. Han temido unirse á la que descuidaba á tal grado los derechos sagrados de la sangre. Yo soy la primera que me alejé de usted diciéndome : ¿ Cómo puede una contar con un corazón que se rebela contra la voz de la naturaleza? La hija indiferente á la ternura de su madre no puede nunca ser una fiel amiga.

Esta revelación produjo en Erliska un efecto terrible, pero muy saludable. Bañada en lágrimas deploró su error, confesó su culpable costumbre, á la cual renunció para siempre. Avida de estimación y de afecto, mostró desde entonces á su

madre una sumisión respetuosa, asiduos cuidados é inalterable ternura. Poco á poco volvió á adquirir lo que había perdido : la satisfacción de sí misma y los favores de la opinión pública. Pero el principal de todos esos dones, el tesoro que más ambicionaba, fué la amistad de Virginia. Esta la hizo volver á sus deberes, y cada día la hacía sentir el encanto de la piedad filial, y la elevaba el alma haciéndola honrar al origen de su existencia. En una palabra, la hizo conocer lo que vale... una madre.

LA CABAÑA DE LA VIUDA



.. Divisó á través de una ventanita el cuadro más conmovedor...

LA CABAÑA DE LA VIUDA

En las encantadoras riberas del río Cher, se encuentra la aldea de *Saint-Avertin*, afamada por su fertilidad para la viña, por la belleza de su situación y por el número considerable de las habitaciones que la forman. La más linda de todas es el castillo de *Cange*, construído en la cumbre de la colina meridional del río que baña sus jardines bajos y sus vastas praderas. No se podría encontrar en Turena un punto de vista más rico y más variado que el que ofrece esta deliciosa y admirable morada. Se diría que la naturaleza quiso reunir aquí todo lo que puede dar una idea de su magnificencia. A la derecha, se descubre la ciudad de Amboise, y en la línea horizontal, el castillo de Blois; á la izquierda, la ciudad de Tours, más abajo las de Luynes, de Langeais, y ocho leguas más lejos, las torrecillas de la fortaleza de Saumur. En frente se elevan los ricos ribazos del Loira, que corre á media legua de las riberas del Cher, regando juntos un inmenso valle de cerca de treinta leguas de largo, lindamente cultivado y cubierto de ochenta aldeas que fácilmente se distinguen con un anteojo. Por eso el abate Barthelemy, á quien llevé allí un día, al ver este aspecto maravilloso, exclamó: — ¡Ah! esto es una segunda creación!

Este castillo pertenece ahora á uno de los más ricos fabricantes de telas de seda de la ciudad de Tours; tiene parentesco con mi familia. La acogida que hace á los extranjeros que visitan esta bella mansión, añade ventajas á lo que la naturaleza ha reunido allí. Nunca voy de nuevo á ver ese país que me vió nacer, sin que mis miradas sean atraídas hacia ese castillo de Cagé, en donde, cuando joven, fuí bien recibido

frecuentemente por la honorable familia de *Sevelinges*, cuyo recuerdo se conserva en el país.

Durante mi último viaje á este lugar, tuve la dicha de abrazar al viejo cura de la aldea, llamado *Nivet*, en otro tiempo profesor mío de tercer año en el colegio real de Tours. De él supe una anécdota, que si no me engaño, debe interesar á mis amiguitas.

Abajo del ribazo de San Miguel, contiguo á la aldea de Saint-Avertin, hay una humilde cabaña, ocupada por una viuda enfermiza, cuyo marido y dos hijos, quedaron muertos en la famosa campaña de Mosco. Sola, sin parientes, sin apoyo, esta pobre mujer que llaman la Madre Durand, vivía del trabajo de sus manos; pasaba todo su tiempo devanando seda para las fábricas de la ciudad de Tours, lo cual, trabajando desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, puede producir á la obrera unos diez ó doce sueldos al día. Naturalmente alegre y resignada á los golpes de la suerte, la madre Durand encontraba el modo de cultivar ella misma su jardín, y con el producto de sus desvelos hacía cavar y cuidar un pequeño cercado de vid que poseía en lo alto del ribazo de San Miguel, y que produce el mejor vino del cantón.

Pero pronto el exceso de trabajo y el penoso aislamiento en que se encontraba esta desgraciada viuda, disminuyeron sus fuerzas y alteraron su salud. Paralizada del brazo izquierdo, ya no estuvo en estado de ganarse la vida; y los principales habitantes de la aldea trataron de ponerla en un hospicio. Pero eso habría sido matarla; la sola idea de abandonar su cabaña en donde había nacido, en donde había tenido la dicha de ser esposa y madre, en donde hacía sesenta años gozaba de la dulzura de la independencia, la ponía fuera de sí; y sin cesar repetía á sus vecinos que, el día en que se viera obligada á abandonar su humilde morada, sería el último de su existencia.

En esta época, el castillo de Cangé estaba habitado por una familia opulenta, que después de haber recorrido con dicha las eventualidades del comercio, en las cuatro partes del mundo, había venido á establecerse y á descansar de sus largos trabajos al bello jardín de Francia tan digno de su celebridad. Uno de los jefes de esta honorable familia, era capitán de marina, y padre de dos niñas, Celina y Luisa. La Mayor tenía

doce años, y la manor era solamente un año más joven que su hermana. La casualidad las condujo á la cabaña de la viuda, la cual las contó sus desgracias y la cruel necesidad en que se encontraba de ir á morir á un hospicio.

— ¡ Y qué ! — dijo Celina — ¡ la viuda y madre de tres militares muertos en el campo del honor, se vería obligada á abandonar su pacífico hogar ! No lo sufriremos.

— No, no, — dijo á su vez Luisa — conservaremos á esta respetable enferma su cabaña y sus queridas costumbres. Prometámonos dirigir nuestros paseos de la mañana por este lado, y la excelente aya que nos ha criado, nos secundará en el proyecto que he concebido. Tenga usted valor, madre Durand, nosotras no la abandonaremos; y desde mañana comenzaremos nuestro servicio cerca de usted.

— ¡ Su servicio, mis buenas señoritas ! ¡ Ah ! ¡ yo soy la que sería tan feliz de servir á ustedes ! si tuviera bastantes fuerzas para eso; pero es preciso someterse á la voluntad del cielo, y respetar hasta los rigores con que nos abruma : es necesario creer, como nos ha dicho nuestro buen cura, que los males con que nos agobia son una expiación por nuestras faltas, y nos aseguran mejor suerte en el otro mundo.

Las dos jóvenes hermanas se conmovieron de la piadosa resignación de la viuda; y después de haberla ayudado en los cuidados de su pequeño hogar, se alejaron volviendo el rostro varias veces para mirar á la venerable inválida que también siguió con ojos agradecidos á los dos ángeles que el cielo enviaba á su socorro, hasta que las perdió de vista.

Al día siguiente por la mañana, cuando su familia reposaba aún en el castillo, Celina y Luisa, escoltadas por su fiel aya, se dirigieron á la cabaña de la viuda, á la que encontraron ya levantada y haciendo sus oraciones, dando gracias á Dios como si se viera colmada de sus bendiciones. Mientras el aya se ocupa de hacer la cama de la madre Durand, las dos señoritas se apresuran á ayudarla á vestirse y la preparan un frugal almuerzo, pero sano, con vino añejo, azúcar y un excelente pan que habían traído. Parecía esta buena mujer la abuela de las dos preciosas criaturas que la rodeaban. Una de ellas frota el brazo paralizado de la anciana con un linimento, y ésta se imagina que su sangre vuelve á circular debido á la suave y benéfica mano que la acaricia; la otra enciende el fuego con

dos tizones que por casualidad, se encontraban aún en la chimenea, y calentando un pedazo de franela, la hace una fricción, que poco á poco, hace penetrar un calor vivificante en el brazo entorpecido de la enferma, permitiéndola mover un poco los dedos, lo cual hacía mucho tiempo no había podido hacer. En fin, una vez concluídos todos esos deberes de la caridad, se ocupan en devanar varias madejas de seda que algunos fabricantes de la ciudad todavía confiaban á esta pobre viuda. Celina, Luisa y el aya, cada cual con una devanadera en la mano, agitan con viveza una broca que se va llenando de seda; en este trabajo son dirigidas por la madre Durand, que sonríe al ver el empeño de sus tres aprendizas.

Se había recomendado el mayor secreto á la buena anciana, y, durante todo el mes de junio y la mitad de julio, desde que alumbraba el sol, tuvo lugar ese piadoso peregrinaje á la cabaña de la viuda, cuya puerta se cerraba cuidadosamente. Solamente como á las diez, cuando la campana del castillo llamaba al almuerzo, las tres regresaban apresuradas con el aspecto de haber hecho un delicioso paseo.

Los vecinos de la madre Durand no cesaban de admirar la alegría que renacía en esos rasgos que la desgracia había marchitado. No podían comprender cómo era posible que no pudiendo emplear más que el brazo derecho, pudiese ocuparse en sus negocios y satisfacer sus necesidades.

— Vamos — les respondía ella — ¿no sabéis acaso que Dios no abandona jamás á los que creen en su justicia y confían en su bondad? Cada día va desapareciendo mi parálisis, y desde hace seis semanas sobre todo, he empleado cierto remedio que pronto me devolverá mis pobres miembros, y me evitará la desgracia de abandonar mi cabaña.

Sin embargo, el padre de Celina y de Luisa había advertido que se ausentaban todas las mañanas, y notando que había un misterio en su conducta, resolvió descubrirle.

En vano había hecho varias preguntas sobre esto á la discreta aya; ésta, aunque le tranquilizaba sobre los motivos de los paseos secretos de sus hijas, había declarado que por nada divulgaría el secreto que ellas la habían confiado.

No obstante, el capitán quiso asegurarse por sí mismo de lo que sus hijas hacían. Una mañana, antes que saliera el sol, las precede á la aldea de san Miguel, las sigue en su peregrinaje

acostumbrado, y las ve entrar en una cabaña situada en las riberas del río Cher. Celina llevaba una cestita de junco, que parecía contener provisiones. Luisa tenía en la mano un paquete de ropa blanca, y el aya que las acompañaba, llevaba bajo el brazo unas veinte rucas llenas de seda, atadas todas con un cordón. El bueno del marino luego sospechó que se trataba de una buena acción, de lo cual pronto se convenció. Apenas se había deslizado del lado del jardín de la cabaña, cuando divisó á través de una ventanita con algunos vidrios, el cuadro conmovedor que voy á tratar de describir.

Celina tenía asido el brazo izquierdo de la viuda, y le echaba un agua espirituosa, mientras Luisa frotaba con un pedazo de franela que el aya renovaba de vez en cuando con otro pedazo semejante calentado en la chimenea; y la madre Durand, con los ojos hacia el cielo, parecía pedir á Dios que derramara sus bendiciones sobre las dos jóvenes hermanas. En seguida, por la conversación que entablaron, supo el capitán, que hacía unas seis semanas que sus hijas prodigaban cuidados á esta digna mujer; y que, no contentas con proporcionarla todo lo que podía suavizar su cruel posición, reparaban la falta de trabajo á que estaba reducida la pobre enferma, devanando con el aya, en su habitación del castillo, la seda confiada á la madre Durand, trabajo fastidioso, pero que era su único recurso. Conmovido al ver esa generosa abnegación, que le explicaba la causa de los paseos de la mañana, y esa especie de retiro al que Celina y Luisa parecían querer condenarse, el oficial de marina confió ese rasgo de beneficencia al digno cura, que me lo refirió, y cuya piadosa filantropía se aprovechó de él para atraer hacia la viuda el interés y la consideración de todos los habitantes de la comarca.

La fiesta patronal de la aldea había reunido gran número de personas en el Castillo de Cangé, cuyos propietarios habían preparado un baile en el parque para la juventud de las cercanías. La madre Durand casi curada de su enfermedad, asistió invitada por sus dos bienhechoras, que creían que su secreto sería ignorado, en atención á que la buena anciana les había prometido no revelar nada. En medio de la multitud se dirigieron á ella varios fabricantes de tejidos de seda que la daban trabajo, y que se admiraban que con un brazo en cabestrillo pudiese corresponder á su confianza con tanta

exactitud. La pobre mujer se sonrojó y balbuceó. Con los ojos vueltos en aquel momento á donde estaban Celina y Luisa, parecía decirles : No temáis, no os haré traición. Pero el venerable cura, que aprovechaba todas las oportunidades para excitar la caridad cristiana, señala á los que le rodean á las dos encantadoras hermanas como los ángeles tutelares de la madre Durand, y divulga todo lo que habían hecho para socorrerla.

Esta revelación produjo el efecto que se esperaba el digno anciano. Las jóvenes aldeanas de las cercanías mientras aplaudían el rasgo de beneficencia de las dos señoritas del castillo, se reprochaban haberse dejado anticipar, y se prometieron aprovechar el ejemplo que ellas las daban. Convinieron en que, por turnos, dos de entre ellas harían el servicio de una semana cerca de la respetable viuda y la ayudarían en todos sus trabajos. Cada domingo, á la salida de misa, todas las jóvenes echarían suertes, y aquellas á quienes el azar hubiese designado, irían á establecerse en la cabaña de la viuda para ayudarla y cuidarla como á una tierna madre. Jamás se había devanado la seda con tanta prontitud ni había producido tantas utilidades. Pero lo que vino á colmar la dicha de la pobre mujer, ya restablecida por completo de su enfermedad, fué que los jóvenes viñeros del lugar, quisieron á su vez mostrar abnegación á la esposa, á la digna madre de los que habían derramado su sangre por su país. Igualmente convinieron en que cada mes, dos de entre ellos, elegidos por la suerte, se encargarían por turnos de cultivar el jardín de la viuda, y sobre todo su cercado de vid, que había estado dos años sin cultivo. Ese pacto ejecutado con empeño y exactitud, desde el primer año produjo á la madre Durand, una cosecha de vino superior, cuya venta le trajo la comodidad y una vida asegurada en el porvenir. Ella no se avergonzaba de recibir los servicios de esta brillante juventud que había visto nacer, y se decía que, su marido y sus hijos habiendo muerto en el campo del honor, era justo que el humilde campo que poseía fuese cultivado por aquellos á quienes su esposo é hijos habían representado bajo los pabellones franceses. La sangre de los unos estaba de algún modo, expiada con el sudor de los otros, y este cambio cívico probaba que el guerrero que cae en los combates no muere por completo, y

deja un recuerdo honroso que, tarde ó temprano se refleja sobre su familia.

La madre Durand existe todavía, cuidada y honrada por todos los habitantes de su aldea. No ha abandonado el lugar en donde nació. A veces se la ve ocupada en devanar seda en la puerta de su habitación; de allí mira con enternecimiento el castillo de Cangé; y todos los extranjeros que van á visitar esa linda mansión, instruidos de ese hecho histórico tan digno de los buenos agricultores del jardín de Francia, piden con interés se les enseñe *la cabaña de la viuda*.

LOS JARDINES DE VERNOU
Ó LA INVENTORA DE CUENTOS



... á sus labios la bella mano de Cornelia dándola el beso mas respetuoso,

LOS JARDINES DE VERNOU

Ó LA INVENTORA DE CUENTOS

A tres leguas de la ciudad de Tours hay una preciosa habitación llamada Vernou, cuyos jardines tienen fama de ser los más ricos, mejor trazados y más curiosos de cuantos puede visitar el naturalista. Los prestigios del arte en ese lugar encantado, están en tan perfecta armonía con las bellezas de la naturaleza, que á la primera impresión, se creería que todo es obra de ésta; pero pronto se descubre que el gusto más exquisito y todos los secretos de la ciencia agronómica han presidido uno tras otro á este conjunto asombroso que encanta, deslumbra y comunica al alma la felicidad de existir, el dulce olvido de las penas de la vida.

Por todas partes se han distribuído construcciones pintorescas. Son monumentos levantados á los dioses de las artes, á los grandes hombres del siglo, á los bienhechores de la patria, á las musas, á la amistad. Allí se presentan á vuestra vista vastas praderas y risueños valles regados á voluntad, por numerosas irrigaciones procedentes de un río que serpentea en ese nuevo Edén. Aquí se ven puentes elegantes sobre profundos barrancos y reuniendo varias fértiles colinas. Allá se levantan inmensas rocas coronadas de árboles seculares, y bajo las cuales se han cavado varios senderos que conducen sea á un templo de rica arquitectura, ya á una habitación rústica en donde vive una familia feliz, ó bien á un hospicio en donde los enfermos é indigentes del cantón reciben socorros y piadosas limosnas, ó ya en fin, por insensibles pendientes

y bajo glorietas de verdura, á la habitación del dichoso propietario de tan deliciosa residencia. No se ven torrecillas ni almenas, ningún puente levadizo hay á la entrada que mira al gran camino de la aldea, y no tiene más defensa que el amor y respeto de los habitantes. En una palabra, es el asilo de la paz y de la independencia, no ofreciendo al exterior más que un retiro cómodo, pero en donde se encuentran reunidos todos los goces de la opulencia, todos los atributos de la más noble hospitalidad. La acogida que diariamente se hace á los extranjeros y á los curiosos que van á visitar ese maravilloso lugar, es á la vez tan amable y tan conmovedora, que cada cual puede imaginarse que se le esperaba. Uno cree estar en su familia, y cuando se saluda al honorable anciano que os recibe, el brillo de sus cabellos blancos, la gracia esparcida en todos esos rasgos llenos aún de expresión, la soltura de sus modales, el encanto de sus palabras, todo se reúne para haceros dueño y señor al lado de ese perfecto modelo de la urbanidad francesa.

Fácilmente se comprende, que, una numerosa y escogida sociedad venga aún á embellecer este delicioso retiro.

Se puede decir que es el lugar de cita de todo lo que la ciudad de Tours contiene de hombres distinguidos y de mujeres amables. El funcionario público, el literato, el célebre abogado, el afamado negociante, tan pronto como tienen algunos momentos libres que desean consagrar al recreo, se dicen :

— Vamos á Vernou. — El gran señor, el sabio extranjero, el artista viajero, que se detienen un poco de tiempo en el Jardín de Francia, y se informan de lo que hay de más curioso en sus cercanías, reciben la respuesta: Vaya usted á Vernou. Siempre hay la seguridad de encontrar allí buena sociedad, mesa abundante, y sobre todo, ese inapreciable atractivo de una franca libertad, que da á cada invitado el derecho de mostrarse tal como es, y la seguridad de ser apreciado por lo que vale.

Una honorable familia de París, hacía algunos días, había venido á establecerse allí. El señor de Montbel, consejero de Estado, antiguo amigo del propietario de Vernou, al regresar de la Bretaña con su esposa y su hija única llamada Cornelia, tuvo deseo de conocer esa mansión tan afamada y al mismo tiempo estrechar unos vínculos que le eran caros. Entregado

por completo á sus altas funciones, no había podido ocuparse de la educación de su querida Cornelia, á quien su madre había criado en medio de las distracciones de la alta sociedad y de los goces que proporcionan el nacimiento y la fortuna. La joven de Montbel, apenas de quince años de edad, reunía sin embargo todo lo que hace brillar en una reunión; una imaginación viva y fecunda, una instrucción variada, agudezas picantes, y sobre todo una facilidad de elocución que encantaba á todos los que ella atraía á su alrededor. Esas brillantes ventajas, insensiblemente la habían conducido á esa necesidad de narrar, á esa extraña costumbre de mezclarse en la conversación y dominar por mil narraciones que fatigan á las gentes sensatas, y no hacen reír más que á los necios. Pero esa cruel necesidad de hablar, no siempre se limita á hechos históricos: agotada la memoria, la imaginación con frecuencia la reemplaza, y lo que se inventa no siempre es conforme á la decencia. Cornelia, aunque buena en el fondo, cansada de repetir siempre lo mismo, y dotada de fecunda imaginación, se había convertido en una inventora de cuentos, de esas que hablando á tontas y á locas, concluyen por comprometer la reputación de tal ó cual persona, por malquistar á amigos, y llegar así á ser el azote de la sociedad. Demasiado joven aún para sentir el peligro de tan funesta propensión, Cornelia no veía más que el placer de brillar y de hacer que se aplaudiera su admirable facilidad. Su madre, cuyo amor propio su hija halagaba así, no era menos ciega, pero el señor de Montbel, que, á las más raras cualidades unía el decoro de las gentes de corte, había notado que Cornelia, en los círculos que frecuentaba, había cometido indiscreciones que la hacían temible. Más de una vez la había hecho severas reconvenciones á ese respecto, y la inventora de cuentos, había prometido á su padre estar alerta sobre sí misma y aprovechar sus consejos.

¿ Pero cómo renunciar al delicioso placer de interesar á un círculo numeroso y de excitar el entusiasmo de los habitantes de la provincia? ¿ Cómo era posible que con la reputación de ser un prodigio de ingenio y de imaginación, Cornelia no sostuviese semejante fama? El acaso parecía favorecer su ambición. Se encontraba en Vernou rodeada de las jóvenes más distinguidas de la comarca, todas solicitando con empeño una conversación, una confidencia; todas haciendo mil pre-

guntas á la brillante Parisiense sobre sus relaciones, sus gustos, sus placeres, sobre todas esas encantadoras frivolidades que sólo se encuentran en la capital de Francia ¡ Oh ! ¡ cuántas narraciones tuvo que hacer nuestra inventa-cuentos ! ¡ Con qué avidez mezclada de admiración las buenas y crédulas provincianas escuchaban todo lo que profería esa boca expresiva !

En la *cabaña de Delille*, establecida en uno de los más bellos sitios del parque de Vernou, era donde ordinariamente tenían lugar esas conversaciones tan buscadas; bajo el busto de ese gran poeta, coronado de espigas y de flores, era donde la ingeniosa Cornelia se entregaba á toda su fantasía de narradora. Unas veces describía con cierta fidelidad, el encanto y esplendidez de los tertulias de París, el atractivo de los teatros, los paseos al Bosque de Bolonia; otras veces representaba pomposamente los bailes en casa de los ministros, en donde la señora tal había ostentado brillantes cuyo precio, decían, era superior á la fortuna conocida de su marido; en donde la señorita tal, que pretendía tener los más lindos cabellos, al bailar con un coronel de cazadores, se le habían trabado las largas trenzas en las charreteras de su pareja, cayendo al suelo y haciendo ver una cabeza calva, embellecida por el arte de su peluquero. A veces también, pasando de la realidad á la ficción, la inagotable Cornelia, se abandonaba á los sueños de su fecunda imaginación, asegurando que en la última representación de la corte, en donde á causa del puesto de su padre, ella había sido admitida, el joven duque de Chartres no había cesado de mirarla con el más vivo interés; que el príncipe de Joinville, su hermano, lindo como un ángel, la había besado la mano; que la duquesa de Berry, la había honrado con el más gracioso saludo; y que, el mismo rey, había llevado su bondad hasta hacer que la sirvieran un helado. En una palabra, no había historias más ó menos verosímiles, ni cuentos aventurados que no hiciese Cornelia á las jóvenes que la escuchaban, y todas envidiaban la suerte de la hija del consejero de Estado, y los pretendidos honores que, decía, la habían hecho.

Pero entre las provincianas que ingenuamente creían todo lo que las contaba la joven parisiense, se encontraban las dos hijas de un rico manufacturero de la ciudad de Tours: Albertina

y Cecilia Hortensia, perfectamente educadas, uniendo á una encantadora ingenuidad mucha instrucción. Estas, habían comenzado por escuchar con mucha atención las narraciones picantes de la *cuenta-cuentos*; pero pronto creyeron notar que se divertía á costa de las oyentes.

Albertina dijo :

— Que el duque de Chartres la haya mirado con interés, y que la duquesa de Berry la haya saludado, no hay en eso nada de admirable : la urbanidad es dote que pertenece al de posición elevada ; pero que el príncipe de Joinville, que apenas tiene nueve años, la haya besado la mano, y que el rey se haya ocupado de ella hasta el punto de hacer la sirvieran helados, son cosas que no podría yo creer.

— Mi hermana tiene razón — dijo Cecilia, ¡ y ya no me engaña la cuenta-cuentos, por seductora que sea !

Albertina, que era ingeniosa para inventar y para hacer picardías inofensivas, añadió :

— ¡ Oh ! ¡ si pudiéramos tomar nuestro desquite ! Esas Parisienses se imaginan, que se nos puede hacer creer cuanto se quiera, porque en la Provincia todo se puede aventurar. ¿ No podríamos, por nuestro lado, hacer algunas historias á la hija del Consejero de Estado, para probarlá que si nos mostramos francas y confiadas, no somos siempre tan crédulas como se cree, y que á veces sabemos vengarnos de aquellas que consideran divertido abusar de nuestra buena fe ?

— Sería preciso — repuso Cecilia — engañar á la Parisiense sobre las personas más respetables de nuestra sociedad, lo cual podría producir errores muy divertidos, y tal vez sería una lección provechosa para la cuenta-cuentos.

— Yo me encargo de eso — dijo Albertina. — Ustedes saben que en mi infancia yo era bastante habladora, y que tenía el defecto de inventar mil extravagancias. Me he corregido á tiempo, ¡ gracias á Dios ! pero fácilmente volveré á encontrar mi habilidad. Secúndenme ustedes conservando la mayor sangre fría, y mucho me engaño, si la bella presuntuosa, no cae á su vez en los errores en que se complace en hacer caer á los demás.

Desde el día siguiente, cuando según costumbre, se reunieron todas en la cabaña de Delille, nuestras jóvenes provincianas rogaron de nuevo á Cornelia que ostentaba los recursos

de su imaginación, y, fingiendo tomar al pie de la letra todo lo que ella las contaba, la persuadieron más que nunca, que nada podía resistir al encanto de sus narraciones. Se hizo rodar la conversación con destreza sobre las personas que componían las tertulias de Vernou; se comenzó por el conde de Rosan, antiguo oficial de marina, amable anciano de trato encantador. El más bello espectáculo para este excelente hombre, era ver una numerosa juventud entregada á los placeres de la bella edad, y su mayor gusto era proporcionárselos. Siempre de una alegría comunicativa, de muy buen tono, su presencia inspiraba gozo y urbanidad. En una palabra, era el digno émulo en cortesía del venerable propietario de Vernou, y por eso mismo, uno de sus mejores amigos. — ¡Oh! yo le juzgué de la primera ojeada —dijo Cornelia —no hay modales más nobles, ni expresiones mejor elegidas; se creería que es un personaje de la corte.

— Es lástima — añadió Albertina — que en sus viajes de ultramar, haya contraído la costumbre...

— De fumar, ¿ verdad ? A mí me gusta muchísimo el olor del tabaco.

— No es eso, señorita... Antiguo marino, frecuentemente arrojado á islas desiertas, ó entre hordas salvajes, se ha visto reducido á vivir de los animales que mataba en la caza, y desde esa época, generalmente no come más que carne cruda.

— ¡ Oh! ¡ que asco! ¡ qué horror! — exclamó la Parisiense — ¡ quién creería al ver ese rostro tan dulce y tan venerable, que es la cara de un antropófago?

— Eso confunde á todos los que le conocen — repuso Albertina; pero le perdonaría una esa manía, si á veces no tuviera consecuencias peligrosas... El otro día, nada menos, en la gran fiesta de San Luis, que se celebró en casa del prefecto, tomó la mano de una joven dama, tan bella como modesta, y estoy muy segura que su intención era besarla con sus labios septuagenarios y con el mayor respeto... Pero esta funesta costumbre de comer carne cruda fresca, le extravió de tal modo, que entierra los dientes en la mano que estrecha entre las suyas, la desgraciada víctima lanza un grito agudo, que de pronto le hizo salir de su error.

— ¡Qué aventura tan extraña! —dijo Cornelia — ¡y yo que ya sentía un tierno interés por ese bello anciano!... ¡ fíese usted en las apariencias !

Albertina prosiguió con imperturbable sangre fría :

— Es como esa baronesa de Rostange, viuda de un médico del rey, inficionada con las opiniones de su marido, ¿ no se la metió en la cabeza la idea que no se puede cuidar demasiado el estómago de las jóvenes? Por eso es que siempre tiene su cajita de anises llena de pastillas de diferentes colores, que se creería al verlas son de limón, de piña, de frambuesa, y no hay tal, son enteramente de ipecacuana; y tan pronto como se han comido dos ó tres...

— ¿ Está loca esa mujer?— respondió la crédula Cornelia— yo me ofendería mucho que ella me atrapara de ese modo : la ipecacuana me causa convulsiones, un horrible espasmo que me pone á las puertas de la muerte. ¡ Cuánto agradezco á usted, señorita, que me haya advertido !

En fin Albertina y su hermana secundadas por las personas que componían su sociedad habitual, que deseaban divertirse á costa de la inventora de cuentos, la contaron mil ridiculeces que atribuían á tal ó cual habitante de las cercanías, que hicieron morir de risa á Cornelia, prometiéndose allá para sí aumentar con ellas su colección para contarlas al regresar á París. Pero los diferentes errores en que la habían hecho caer las picardías de provincia, no tardaron en producir su efecto, dando lugar á las más extrañas escenas. La fiesta de la aldea de Vernou había atraído un gran concurso de gente á esa deliciosa morada. El conde de Rosan y la baronesa de Rostange llegaron también. Fueron recibidos con esa acogida que merecen los ancianos, amigos de la juventud. Apenas fueron introducidos en el salón, los jóvenes de ambos sexos les rodearon con reverencias y homenajes, manifestándoles cuánta felicidad les causaba su presencia. Les presentaron á la señorita de Montbel, que les miró con desconfianza, admirada de que se tuvieran tantas atenciones con un comedor de carne cruda y con una vieja loca que pretendía medicinar todos los estómagos. Se aproximó á ellos llena de temor, prometiéndose no exponerse á ser víctima de sus peligrosas manías.

En seguida, la buena señora de Rostange saca de su saco de trabajo forrado de terciopelo carmesí, una rica cajita de bombones adornada con un retrato rodeado de brillantes, y ofrece pastillas á las señoritas, con la bondad natural de la mejor de las mujeres. Albertina y su hermana toman algunos

bombones y fingen arrojarlos al suelo haciendo una señal de inteligencia á Cornelia. De repente, varias jóvenes que no estaban en el secreto, aceptan también algunas pastillas de la excelente baronesa y las comen apresuradamente en toda confianza.

— Pobrecitas, — dijo para sí Cornelia — dentro de diez minutos vomitarán hasta las tripas.

Pasan los diez minutos, y ninguna de ellas, ni las más golosas parecen indispuestas.

— Evidentemente — pensó Cornelia — están acostumbradas, ó bien la viuda del viejo doctor ha disminuído la dosis.

Algunos instantes después, se hace saber que la comida está servida. Cada caballero se apresura á dar la mano á la dama que se encuentra cerca de él. El venerable conde de Rosan, que, en ese mismo momento dirigía la palabra á la señorita de Montbel con toda la cortesía lisonjera que pueden inspirar un bonito rostro y una gracia seductora, la toma la mano con la noble urbanidad de un antiguo caballero francés y la conduce al comedor. Su lugar se había señalado cerca de la encantadora parisiense, de lo cual él se felicita con sincera satisfacción : su rostro se anima y sus ojos brillan con un fuego sorprendente á su edad. Arrastrado por el placer que experimenta y cediendo á la franca cordialidad de un antiguo marino, lleva de repente á sus labios la bella mano de Cornelia dándola el beso más respetuoso.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! — grita Cornelia huyendo á un rincón de la sala, pálida y casi desmayada. Todos los numerosos convidados fijan en ella miradas inquietas. El señor y la señora de Montbel se lanzan hacia su hija, la sostienen en sus brazos y la preguntan la causa de ese súbito terror. El honorable anciano, inmóvil, sobrecogido, y ruborizado como un niño, no sabe á qué atribuir tan brusca inconveniencia.

— ¡ Ah ! ¡ perdóneme, señor conde... le pido mil perdones ! — le dijo sorprendida, confusa y temblando la asustada Cornelia, frotándose repetidas veces con la otra mano la que el conde había besado con tanto entusiasmo — creí que usted me había mordido.

— ¡ Yo ! ¡ morder á usted ! — la responde riendo el amable septuagenario — ¡ yo, desgarrar sus bellas manos !... ¡ Ah ! señorita, ¡ ya no tengo dientes !

A esas palabras, una risa general estalla en todos los concurrentes. Se preguntan cuál puede ser la causa de semejante error. El viejo marino que desea conservar su reputación de caballero cortés, quiso absolutamente saber á lo que debe semejante imputación. Cornelia para excusarse, le confiesa ingenuamente que la costumbre que él tenía de no comer más que carne cruda, y el mordisco que últimamente había dado en la mano á una joven dama... A estas palabras, las risas redoblan. La inventora de cuentos fácilmente adivina por las carcajadas de las señoritas Hortensia y por las sonrisas irónicas que de todas partes la lanzaban, que se habían burlado de su credulidad, y que ella misma era víctima de esa manía de contar miles de extravagancias. Profundamente picada de la venganza ejercida sobre ella por las jóvenes provincianas, á costa de las cuales había querido divertirse, se volvió al principio seria, tímida; pero pronto después volviendo á sus agudezas y recordando la graciosa urbanidad que la caracterizaba, fué la primera en revelar las locuras con que habían impresionado su imaginación. Dió satisfacción al conde Rosan, el cual, durante la comida, la probó que no comía carne cruda, y que al contrario, sólo se alimentaba con frutas y legumbres. Ella le dió la mano á besar sin temer ya las marcas que dejarían sus labios septuagenarios. En efecto, el púdico beso de un anciano es una especie de bendición paternal. Tampoco dejó Cornelia de excusarse con la baronesa de Rostange de las sospechas que su cajita de confites la había inspirado, cajita tan terrible á sus ojos, como la caja de Pandora; y la pidió permiso de expiar su error comiéndose varias pastillas, que no la causaron bascas ni convulsiones. Yendo en seguida á echarse en los brazos de Albertina, la agradeció la lección que había recibido y tuvo por ella la más sincera amistad. Reconoció que las señoritas provincianas pueden tener tanta malicia é imaginación como las presumidas niñas de la capital. Renunció para siempre á la funesta costumbre de hablar sin reflexión, de charlar sin cesar, contando é inventando mil fábulas y poniendo en ridículo á las personas más irreprochables; en una palabra, se volvió tan sensata, tan medida en sus palabras, como antes había sido ligera, imprudente; y comprendió la distancia que hay entre la mujer de ingenio y la cuenta-cuentos inventados.

LOS DEBERES DE LA HOSPITALIDAD



Al pie del paisaje, el padre de Estela había escrito estas palabras: «Mi hija no puede ser amiga de quien no supo respetar la hospitalidad»

LOS DEBERES DE LA HOSPITALIDAD

En los siglos más remotos, en todas las naciones, en el palacio de los reyes como en la cabaña del pastor, la hospitalidad ha sido un deber, una especie de culto que se ha observado con respeto. Las Santas Escrituras, los poetas de la antigüedad, los historiadores de todos los tiempos, de todos países y lugares, describen con fidelidad la acogida conmovedora que constantemente se hizo á la amistad, á la desgracia, á las altas virtudes, al solo título de hombre. En nuestros disturbios civiles, se han visto proscritos encontrar asilo en casa de aquellos cuya vida ponían en peligro; y cuando la victoria se cansó de favorecer á nuestras armas, un gran número de nuestros valientes defensores debieron el alivio de sus males, y con frecuencia hasta la conservación de sus vidas, á ese noble y antiguo hábito de admitir en el hogar al extranjero extraviado en su camino, al desgraciado cuyo sufrimiento y fatiga han aniquilado sus fuerzas.

Estela Mornand, de edad de quince años, y Melania Valcour, que no tenía más que unos catorce, educadas en la misma pensión, sentían un mutuo cariño que las indemnizaba de la ausencia de sus padres. Estela era hija de un jefe de escuadrón, que debido á heridas graves, se había visto obligado á retirarse del servicio. Melania era hija única de un rico habitante de la ciudad de Tours, que poseía una de las tierras más agradables del jardín de Francia, situada en las riberas del río Vienne, en las cercanías de Chinon. Las dos jóvenes pensionistas, unidas por las dulces simpatías de los gustos é inclinaciones que tantísimo imperio ejercen en las almas

nuevas, no podían vivir separadas. Cuando Melania iba á la tierra de sus padres, se establecía entre ellas una correspondencia seguida, manifestándose los tormentos de la ausencia; y cuando Estela se veía obligada á permanecer al lado de su padre, ya viudo, y cuyas heridas exigían asiduos cuidados, Melania obtenía que su madre la dejase ir á pasar al lado de su querida compañera todo el tiempo que podía quitar al estudio. Se citaba por todas partes á las dos jóvenes pensionistas como modelo de la más perfecta amistad.

No obstante, la diferencia de fortuna producía en las dos inseparables más ó menos aplicación al trabajo. Melania, única heredera de un padre opulento que la adoraba, y de una madre cuya indulgencia igualaba su ternura, no obtenía el mismo éxito en sus estudios que su amigueta. La primera, segura de obtener todas las ventajas de la opulencia y de ser solicitada por las familias más distinguidas, no poseía más que esos medianos talentos de sociedad, y la suficiente instrucción para saber presentarse en las reuniones. La segunda, cuyo único recurso era la pensión de retiro de que gozaba su padre y algunas módicas economías que había podido hacer, se entregaba con ardor á las lecciones de toda especie que recibía en la honrosa casa en donde había pasado su infancia. Unía la más vasta instrucción á las habilidades y dones naturales que llevaba hasta la perfección. Pintaba paisajes con notable facilidad, los cuales animaba con figuras de admirable naturalidad. Dotada de una voz flexible y penetrante, se acompañaba al piano. Hasta llegó á ejecutar sin vacilación todo lo que los grandes maestros componían con más talento y genio. Así había ganado los primeros premios en música y pintura, mientras que su joven compañera no había podido merecer más que una segunda aproximación al premio, y eso porque la amable Estela la excitaba sin cesar á vencer su indolencia y la hacía hacer estudios privados con todo el celo de una hermana mayor, y con el noble deseo de elevar hasta ella al objeto de su tierno cariño.

Mientras esta superioridad en todo no se mostró más que en la pensión, el amor propio de Melania no sufrió nada. Hasta encontraba cierto triunfo en ser la inseparable de la encantadora Estela, que reunía todos los sufragios y ganaba todas las coronas. La primera amistad, ese sentimiento tan

vivo y tan dulce, es una deliciosa asociación en donde todo lo nivela el corazón, en donde no se reconoce ninguna prerrogativa, ninguna supremacía. El éxito de la que se ama se vuelve hasta cierto punto personal, y se identifica uno con ella hasta creer que la mitad de los elogios que ha merecido nos pertenecen lo mismo que las recompensas que obtiene. ¿ Pero sucede lo mismo en el mundo?. Esto es lo que nos demostrará la anécdota presente, que yo presencié, y que considero un deber contar á mis amiguitas, para precaverlas de los ataques del amor propio que nos ciega y nos aleja por grados de lo que tanto amábamos antes.

Había llegado el tiempo de las vacaciones. El señor y la señora Valcour se disponían á llevar á Melania á la tierra que poseían en la riberas del río Vienne; pero ésta, más apegada que nunca á su querida Estela, rogó á su padre y á su madre que la permitieran hacerse acompañar de su amiga, cuya salud se había alterado por el exceso de trabajo, y que al mismo tiempo que se restablecería, sería para ella una sociedad muy agradable y muy útil.

No tuvo mucho trabajo Melania para obtener de sus padres el permiso que reclamaba; y el valiente Mornand, obligado á ir á tomar baños para acabar de cicatrizar sus heridas, se alegró que, en su ausencia, su hija fuese á respirar el aire del campo bajo los auspicios de la amistad.

Allí tenemos á nuestras dos pensionistas establecidas en un palacio muy lindo, en medio de vastos jardines y de bosques deliciosos, y en las riberas de un río que regaba por todas partes la frescura y la fecundidad. ¡ Oh! ¡ cuántos paseos sobre el agua! ¡ cuántas excursiones en coche! ¡ cuántos alegres recreos en las cercanías! Lo que especialmente encantaba á nuestras dos pensionistas, era la vecindad de la ciudad de Chinon y de numerosas y bellas habitaciones, cuyos propietarios formaban una sociedad selecta. Cada día se renovaba una gran reunión, y con frecuencia, en el seno de esta dichosa libertad que la vida del campo autoriza, se encontraban el encanto y las ventajas de una gran ciudad. Unas veces era un concierto arreglado á la imprevista, que por eso mismo se hacía más atractivo; otras veces se representaban comedias improvisadas, á cuya alegría decente é ingenio sin pretensión, hacían nacer escenas muy divertidas, inspirando finas agude

zas; ó bien era un baile campestre, una fiesta de aldea, en donde los ricos propietarios, estaban confundidos entre los buenos y joviales agricultores, lo que probaba que el placer no conoce rangos ni distancias.

Se comprende que en esas diversas reuniones, nuestras dos jóvenes amigas no tardaron en hacerse distinguir. Melania bailaba muy bien, pero con pretensión; Estela bailaba con más sencillez; su actitud y todos sus movimientos tenían una gracia natural. La primera, excitaba la curiosidad, y se atraía las alabanzas de los más hábiles danzantes. La segunda, por su buen humor tan amable, por esa seductora comunicación decente, se veía rodeada de una multitud de caballeros que se disputaban el honor de figurar con ella. Si se ocupaban de música, Melania admiraba á los que la oían, con un canto lleno de dificultades, de trinos y de floreos, que su joven compañera la había hecho repetir; pero ésta en una canción llena de expresión, penetró en todos los corazones, excitando un verdadero entusiasmo. Lo que sobre todo daba á Estela una gran ventaja sobre Melania, era que se acompañaba en el piano con una seguridad, un aplomo, que hacía resaltar más los dones que había recibido de la naturaleza, y que un constante trabajo había perfeccionado.

Pero sobre todo, en las pequeñas comedias improvisadas; era donde la ingeniosa Estela mostraba todo lo que el talento y la instrucción pueden tener de seductor. No buscaba representar los primeros papeles, sino aquellos que al hacer brillar á los demás, exigían una sucesión ordenada en las ideas, un delicado tacto y una imaginación de primer orden. Cuando representaba una joven aldeana torpe y tímida, una criada de posada activa y alegre, ó una sirvienta hábil y astuta, tomaba tan bien el aspecto, el lenguaje y la actitud de esos diversos personajes, que se imaginaba uno verlos y oírlos. Así es que, tan pronto como ella salía al tablado recibía de todos los espectadores una entusiasta acogida de aplausos, señalándola como la primera actriz de la compañía. También Melania obtenía algunos aplausos por su actitud imponente y por el tono afectado que sabía tomar; pero estaba lejos de tener el numen, la exactitud y la aguda réplica de su joven compañera... Pronto la envidia, ese reptil venenoso que se desliza imperceptible hasta en la pacífica mansión de la

amistad, vino á derramar su tósigo sobre las dos amigas, cuyos sagrados lazos habría roto, si la previsora Estela no hubiese puesto en práctica lo que en semejante caso la dictaba su delicadeza é inalterable cariño á Melania. Trató pues de ir gradualmente dando menos expresión á todo lo que decía, á detener en sus labios las palabras acertadas que la venían al pensamiento. Llevó su generosa resignación hasta mostrar menos superioridad en los diversos talentos que poseía. El piano, bajo sus dedos mágicos, no producía ya tanta armonía; la canción que cantaba, ya no parecía convenir á su voz, que cada día iba perdiendo brillo y frescura. Los paisajes que pintaba, ya no presentaban ese reflejo de la naturaleza, esa variedad de detalles que se admiraban en sus obras anteriores. En fin, en las comedias improvisadas, en las que todavía tomaba parte, no mostraba más que una inteligencia ordinaria y se limitaba á lo necesario.

La familia Valcour y toda la sociedad que ella atraía, atribuyeron ese extraño cambio á la falta de trabajo, á la disipación permitida en el campo, y que, insensiblemente, hace perder el fruto de una educación esmerada. Se ignoraba que ese cambio de Estela era un cálculo de la inteligencia más penetrante y del alma más elevada para halagar el amor propio herido de una rival y sustraerse á los secretos sufrimientos que ésta hacía sentir, hacía algún tiempo á su primera amiga, á su compañera de pensión.

En efecto, Melania ya no tenía por Estela más que atenciones medidas y forzadas. Rara vez detenía sus ojos en los de ella; la respondía con una seriedad que trataba de hacer digna. Estela al estrechar la mano de su querida compañera, no encontraba más que dedos flojos é inmóviles. A ese impulso de dos corazones habituados á explayarse, á esas confianzas de cada instante, á ese tuteamiento que entre pensionistas se consagra por la vida, Melania había sustituido una cortesía estudiada, una reserva continua, y hasta con frecuencia un tratamiento de *usted* desesperante, que la expresión de *señorita* hacía más ultrajante aún. ¡ Oh! ¡ cuánto tuvo que sufrir nuestra amable huérfana! ¡ qué largas y penosas le parecían las mañanas que pasaba sola en su aposento! ¡ qué golpes desgarradores sufría su noble corazón cada vez que encontraba en el salón á su indiferente compañera! ¡ Con qué prontitud

habría huído de ese palacio, en donde todo para ella se había vuelto embarazoso, sufrimiento y humillación !... Pero su padre estaba ausente, y la había confiado á los tiernos cuidados de la señora Valcour, que hacía las veces de madre. El revelar á esta dama todo el mal que su hija la hacía sufrir, habría sido hacer caer sobre ésta justas reconvenciones y romper con ella para siempre. Estela todavía amaba á Melania; no perdía la esperanza de recuperar su corazón y de hacer que se arrepintiera de haber desconocido á tal grado los sagrados deberes de la hospitalidad. Se armó de nuevas fuerzas, y resolvió sacrificar lo que más quería, lo que en su posición social podía quizás llegar á ser su único recurso, es decir, ese derecho tan lisonjero y tan legítimo de brillar por su saber y sus talentos, de hacerse distinguir por las cualidades del espíritu y del corazón. Comenzó por pretextar un trastorno en su salud, se aisló constantemente en medio de los numerosos círculos que diariamente la rodeaban, y pronto dejó á la ambiciosa Melania que ostentara á su gusto todas las ventajas que poseía y recibiera los aplausos de un círculo numeroso y escogido.

Varios meses pasaron sin que la generosa Estela viese disminuir su pesar. Melania, que no podía sospechar un sacrificio que ella era incapaz de hacer, aprovechó la especie de inercia en que su rival parecía haber caído para eclipsarla por completo. Ella creía indemnizarla ampliamente tuteándola aún algunas veces, teniendo con ella algunas atenciones estudiadas que su amiga recibía en todo tiempo con gusto, esperando siempre hacerla volver á los sentimientos que su noble corazón necesitaba.

El buen Mornand regresó de los baños, casi enteramente curado de sus heridas. Se apresuró á ir á la tierra de la familia Valcour y reunirse á su querida Estela, que hacía mucho tiempo no veía. A pesar de la alegría que esta tierna hija sintió á la vista de su padre, y á pesar de los esfuerzos que hacía para disipar la nube que cubría su bonito rostro, éste fácilmente observó que una pena secreta la atormentaba. Pero en vano la hizo mil preguntas sobre esto, ella no confesó nada de su oculto sufrimiento, y atribuyó la alteración de sus rasgos al invencible dolor de estar separada del mejor de los padres.

Algunos días después tuvo lugar la reunión formada por

los propietarios de los contornos en el palacio del señor y de la señora Valcour. El padre de Estela notó con sorpresa, la extremada sencillez de la *toilette* de su hija. Aunque ésta no hubiese nunca mostrado la menor coquetería, tenía costumbre de hacerse distinguir por una elegancia sin ostentación y un gusto perfecto. Ejecutaron música. Estela tocó el piano con su aplomo acostumbrado; pero nada extraordinario en su ejecución, poco antes tan brillante, tan expresiva. En fin, obligada á cantar algo á su elección, cantó casi á media voz un sencillo nocturno, y sólo obtuvo esos vanos aplausos de cortesía, cuando antes extasiaba á todos los que la oían, haciendo vibrar las cuerdas del corazón por el poder y la extensión de sus acordes. El jefe de escuadrón estaba desesperado, y únicamente atribuía un cambio tan completo al pesar que su hija había sentido por su ausencia, prometiéndose no volver á separarse jamás de ella.

Por último, se representaron comedias improvisadas. Nuestro valiente militar esperaba que su querida Estela se desquitaría recobrando lo perdido con su modo franco y natural, con sus picantes agudezas que tantas veces le habían encantado; ¡pero cuál no sería su desconsuelo al ver á su hija desempeñar papeles de pura complacencia, limitándose á dar algunas respuestas á sus interlocutores con el fin único de hacerlos brillar! El señor Mornand creyó soñar y se sumergió en una profunda tristeza que Estela notó. Le era doloroso sin duda hacer sufrir al mejor de los padres; pero estaba resuelta á todo: prefería anonadarse que volver á tomar una superioridad que la cerraría para siempre el corazón de su joven amiga. Esta, mientras tanto, aprovechaba ampliamente el campo libre que la dejaba su rival, y no desperdiciaba las ocasiones que se presentaban para eclipsarla. El jefe de escuadrón, agraviado en su amor propio, creyó por último haber adivinado el motivo secreto de su hija para reducirse á tan extraña nulidad condenándose voluntariamente á una abnegación que tanto la hacía sufrir. La piedad filial no pudo resistir á las vivas instancias, á la autoridad de su padre. Estela le confesó el sacrificio que había hecho en la esperanza de conservar el corazón de su amiga. — El señor Mornand la dijo

— En vano lo esperas, la envidia y el absurdo orgullo han

consumido en su alma todo sentimiento generoso; serías víctima de una unión tan desacorde : es preciso renunciar á ella. No quiero sin embargo que te separes de esa falsa amiga, de esa envidiosa egoísta, antes de volver á usar de tus derechos y de darla la lección que merece. Así, espero que sigas punto por punto el plan de conducta que voy á trazarte, durante los pocos días que permaneceremos en este palacio.

Estela prometió obedecer; pero se leía en su rostro cuánto sufriría su noble, amante y generoso corazón en esta obediencia.

Al día siguiente mismo, Estela tuvo más cuidado con su *toilette*; la sonrisa volvió á animar sus labios. Se presentó de nuevo en el salón con su gracia ingenua y su amable jovialidad. La presencia y la cura de su padre parecían autorizar este dichoso cambio. Pocos días después, se verificó la reunión acostumbrada. Estela, más esmerada que nunca en sus adornos hizo brillar todas sus ventajas; en la comida entusiasmó á los diversos convidados, con sus picantes agudezas, con ese ascendiente irresistible de un alma elevada y de un espíritu cultivado. En la noche se ocuparon de música : ganó todos los sufragios acompañándose en el piano y cantando con voz dulce, poderosa y expresiva. Lo que más impresión produjo fué un romance en el cual se describía la amistad en toda su pureza. Cantó con una expresión tan penetrante, que la misma Melania se conmovió y le pareció observar en las tiernas miradas de Estela un reproche merecido. Pero reanimada por su insaciable ambición, probó á entrar en la liza con ella, y la propuso cantar juntas el admirable dúo de *Romeo y Julieta*, en el cual, ésta última confía sus pesares en el seno de una amiga. Estela vacila y no se atreve á comenzar una lucha en que todo le anuncia que ganará la victoria; pero una mirada de su padre la ordena de aceptar el desafío de la presuntuosa y de tratarla sin ninguna consideración. Pronto paraliza los brillantes trinos de su rival con su poderosa voz y con el encanto arrobador de su ejecución. Melania, obligada á ceder á la superioridad de un talento que ella creía debilitado; trató de balbucear algunos elogios que Estela supo eludir con habilidad. Todo el resto de la veíada fué un triunfo para ésta : jamás había estado más brillante, más ingeniosa. En cualquiera otra circunstancia se habría sin duda criticado esta ostentación de saber y de talento, siempre vituperable en

una joven; pero las miradas que sin cesar Estela echaba á Melania, indicaban con suficiente claridad que contra toda su voluntad la agobiaba con su preeminencia sobre ella, y que, al volver á apoderarse de la victoria no hacía más que obedecer á las imperiosas órdenes de su padre.

Melania conoció entonces que había herido el corazón más sensible. Interpretando fácilmente la generosa nulidad á la que se había condenado su joven compañera, comprendió lo que debía haber sufrido. Al día siguiente, tan pronto como se levantó de la cama, resolvió ir á confesar sus faltas á su querida Estela, muy segura de obtener el olvido; pero ya no era tiempo. Mornand y su hija se habían marchado al amanecer, dejando una carta para el señor y la señora Valcour, dándoles las gracias por todas sus bondades. Cuando Melania, persuadida que volvería á ganarse el corazón de su amiga de infancia, entró en el aposento que ésta ocupaba, encuentra en un caballete un nuevo paisaje que Estela había pintado secretamente durante su soledad. Representaba las riberas del río Vienne y uno de los sitios más deliciosos abajo de la bella habitación de la familia Valcour, que se veía á mitad de la costa. En el segundo plan, se veía á un jefe de escuadrón llevándose á una joven, cuyas miradas se dirigían hacia el palacio, y parecían decir un último adiós á la que había amado tanto. Era la misma Estela obedeciendo á la autoridad paternal, y rompiendo con el corazón desgarrado, los dulces vínculos de su infancia. Al pie de ese paisaje, de una verdad tan patente, el padre de Estela había escrito estas palabras :
Mi hija no puede ya ser amiga de la que no supo respetar los deberes de la hospitalidad.

LA SEÑORITA TÓCALO-TODO



... y el importante escrito lanzado hacia la chimenea, fué reducido á cenizas.

LA SEÑORITA TÓCALO-TODO

Nada prueba tanto la pequeñez de espíritu y la falta de educación, como la ridícula manía de algunas jóvenes de tocar todo lo que se encuentra al alcance de sus manos, todo lo que se las presenta á la visita. Es una inquisición que fatiga y una indiscreción que ofende. No hay defecto más común, y que quizá exponga á más humillaciones y responsabilidades. He visto varios ejemplos patentes, que creo de mi deber presentar á mis amiguitas, para precaverlas de las enojosas consecuencias de este hábito, al que se entregan sin fijarse en ello, y para hacer que conserven siempre una prudencia de todos los instantes, y ese recato y moderación que la naturaleza impone á su sexo, y sin lo cual una joven, por bien nacida que sea, por interesante que pudiese ser, pierde lo más precioso que tenía en el mundo, sus derechos á la consideración pública.

Melina de Montbreuil, desde la más tierna edad, se vió privada de la mujer de bien que la dió el ser. Su padre, con un cariño ciego por su hija, se veía obligado á separarse de ella con frecuencia debido á las altas funciones que ocupaba en la magistratura. Tuvo que confiarla á los cuidados y vigilancia de una anciana aya demasiado indulgente con su pupila, la cual había contraído varios malos hábitos que las conveniencias sociales reprueban, entre otros, el de tocar con mano indiscreta todo lo que veía y excitaba su curiosidad. Si entraba en un aposento, levantaba las jarras de alabastro ó de porcelana colocadas en consolas ó sobre la chimenea; tocaba las agujas de un péndulo sin fijarse en que detenía el movimiento; destapaba los frascos que veía de un lado ó de

otro, manifestando el agrado ó desagrado que experimentaba al olerlos. Cuando se encontraba en una biblioteca, tomaba uno tras otro los libros cuya pasta le agradaba más, leía el título, examinaba los grabados, y los ponía en cualquiera parte, en cualquier estante, en donde se perdía el orden que tenían : lo cual obligaba á los encargados del trabajo á volverlos á colocar en orden. Si veía en algún bastidor de bordar algún trabajo, fruto de una larga paciencia, trataba de dar varias puntadas, y la que bordaba se veía obligada á deshacer y á comenzar de nuevo. Si una dama conocida, ó alguna de sus amiguitas, se presentaba con un nuevo collar de pedrería, luego lo manoseaba con los dedos sucios y le hacía perder el brillo. En la mesa, tocaba todos los platos que podía alcanzar, y con el pretexto de escoger una fruta, maltrataba y desarreglaba con su contacto indiscreto toda la que había en la cesta; por estas indelicadezas desagradaba á sus vecinos. Si entraba en algún almacén de modas ó de objetos de arte para comprar algo, lo trastornaba todo, y más de una vez, su irresistible manía, la había hecho arruinar varias mercaderías importantes que había tenido que pagar. Así es que, en todas las reuniones que frecuentaba, en todas las casas en donde la admitían, la habían dado el nombre de la señorita *Tócalo-Todo*, nombre muy en armonía con la mala costumbre que no podía vencer, y con la pretensión que tenía de hablar con frecuencia el inglés, aunque jamás pudo pronunciar una palabra.

El señor de Monbreuil no se libraba más que los otros de las indiscreciones de la señorita *Tócalo-Todo*. Unas veces se apoderaba de los cabellos de su padre, con el pretexto de darles mejor forma, mejor y más á propósito para su rostro venerable; otras veces le manoseaba la pechera para marcar mejor los pliegues; le desataba y le ataba de nuevo la corbata, para hacerle un nudo á la inglesa; á veces, en fin, en lugar de su cadena de reloj le ponía un cordón anudado que renovaba todos los meses, pero varias veces olvidó atarle la llave, que su padre buscaba en vano por la noche y que no se encontraba más. El célebre magistrado sufría con paciencia todas esas familiaridades y las contrariedades que solían resultarle : él atribuía al amor filial lo que en Melina no era más que una invencible manía.

Pero por grande que fuese su indulgencia, no podía desconocer que su hija se volvería cada día más insoportable en las diferentes reuniones en donde la presentaba. Á cada instante oía repetir : Miss *Tócalo-Todo* acaba de desgarrar el velo de Inglaterra de la señora tal.— Ha roto la cajita de confites de la señora cual. Ha dejado caer los catalejos de fulano. Miss *Tócalo-Todo* le borró un ojo al retrato en miniatura de la señorita fulana, pasándole el dedo lleno de tinta. Miss *Tócalo-Todo* derramó un tintero sobre un trozo de música escrito por el mismo Boieldieu; era de la señorita Anais que está llorando de cólera... En fin no había ningún contratiempo, ningún acontecimiento desagradable, que no fuese causado por la funesta costumbre de la joven de Montbreuil. A tal grado se temía su llegada ó su presencia en una reunión, que todas las señoritas que tenían chales de valor, sombreros nuevos ó bandas flamantes, se apresuraban á despojarse tan pronto como sabían que había llegado Miss *Tócalo-Todo*, á fin de librarse de los ataques de sus manos torpes. Pero ésta se vengaba en el cinturón de ésta, en los anillos de aquélla, en el peine á la española de una tercera, en los brazaletes á la griega de una cuarta. No había nadie que pudiese sustraerse á la obsesión de Melina.

El señor de Montbreuil resolvió poner término á ese defecto, que hasta cierto punto, se volvía una calamidad pública. A pesar de la importancia de sus funciones y de la austeridad de su carácter, concibió el proyecto de hacer de modo que la enojosa costumbre de su hija se tornase contra ella misma, y de que fuéese víctima á su vez, de esa ridícula manía que necesariamente tendría que conducirla á cometer alguna gran torpeza.

Había observado que Melina, durante su ausencia, venía á registrarlo todo en su gabinete de trabajo, y que, con el pretexto de ponerlo todo en orden, manoseaba los objetos más preciosos. Al perfume llamado agua de Portugal contenido en uno de los frascos de cristal colocados en la chimenea, sustituyó una mezcla de álcali y de asafétida, sabiendo que Melina no dejaba nunca de destapar ese frasco cuando venía por la mañana á dar los buenos días á su padre. Esperaba que este primer ensayo haría alguna impresión en su hija, y la impediría en lo sucesivo tocar todos los frascos que se encon-

traba á su alcance. En efecto, la incurable maníaca, entra en el gabinete de su padre, abraza á éste con la mayor ternura filial; toca todas las estatuas y objetos de bronce y de mármol que se encontraban en su escritorio, toma una tras otra cinco ó seis plumas que prueba maquinalmente en un pedazo de papel, se mancha los dedos de tinta, se pone á jugar con la arena azul, de la que una parte cae en el tintero; de allí, va á la chimenea, destapa un frasco de agua de Colonia que respira con delicia; destapa el segundo frasco, y creyendo respirar el agua de Portugal se siente sofocar de pronto y se le revuelve el estómago. Sin embargo no dice una palabra, no se queja de ese cambio de olor, que atribuye á los licores de espíritu de vino que su padre usaba para aliviar la tensión nerviosa que le producían sus altas funciones. Este fingió no advertir el chasco de su hija, y se propuso someterla á otra prueba.

Melina sentía profunda aversión por las arañas. A esos animales de un instinto tan notable, susceptibles de ser domesticados hasta un grado sorprendente, tenía la locura de mirarlos como monstruos infectados de un mortal veneno cuya picada era incurable. No pasaba día sin que ella arrojase agudos gritos al ver uno de esos ingeniosos insectos trabajando su tela para coger los animalillos con que se alimenta, ó bajando del cielo raso por un hilo que va levantando con las patas con una habilidad y rapidez indescriptibles, volviendo á subir á su retiro con celeridad por el mismo hilo. En vano el señor de Montbreuil había tratado de probar á Melina que esos insectos en vez de hacer el menor mal, son susceptibles de un fiel apego y de extraordinaria sensibilidad. La citaba á ese respecto el ejemplo de un desgraciado prisionero de Estado, que murió de dolor al ver que el carcelero, al entrar en su calabozo, había aplastado una gruesa araña que, desde hacía varios años, era la única sociedad, el único consuelo de este desgraciado. La araña venía cuando él la llamaba, se le subía á los hombros, á las rodillas, y tomaba de su mano las migas de pan que él había separado para ella, de sus escasos alimentos. El señor de Montbreuil añadía á ese hecho histórico los que refieren varios otros naturalistas, que con frecuencia habían atraído á muchas arañas con los dulces sonidos de un instrumento, sobre el cual las arañas descendían, se estremecían

y parecían caer en éxtasis quedando sin fuerzas ni defensa. Pero por interesantes que fuesen esas fieles narraciones, Melina no había podido vencer su antipatía; y su padre, deseando curarla de esa debilidad y al mismo tiempo hacerla que abandonase la insoportable manía que la convertía en el espanto de la sociedad que frecuentaba, encerró en una tabaquera de concha, que ponía cerca de él en su escritorio, la araña más grande que pudo conseguir. Melina, según su costumbre, después de haber levantado los mármoles que pesaban sobre varios papeles en el escritorio de su padre, después de leer los títulos de diferentes gruesos libros que la rodeaban, coge distraída la tabaquera, y á la vista del insecto que huye, lanza un agudo grito. El señor de Montbreuil finge no oír nada, y continúa examinando las piezas de un proceso sometido á su juicio, y para el cual su inmutable imparcialidad le prescribía tomar todos los informes que pudiesen esclarecerle. Ese silencio fingido de un padre tan tierno, convenció fácilmente á Miss *Tócalo-Todo* que él mismo había arreglado esta nueva prueba, y que, cansado de reconvenirla sobre su insaciable manía, se había propuesto curarla por medio de emociones fuertes que quedasen grabadas en su memoria. Lejos de proferir la menor queja sobre el susto que había tenido, se arroja á los brazos de su padre, rompe á llorar, y con la más expresiva mirada, le manifiesta la firme resolución de corregirse que ha tomado.

En efecto desde el día de este ensayo, Melina pareció haber renunciado para siempre á esa enojosa necesidad de tocarlo todo.

Las tabaqueras y los frascos de cristal, eran los que la inspiraban la más invencible aversión. Ya se comenzaba á notar que era menos indiscreta que de costumbre, y que, con frecuencia, arrastrada por esta manía de la infancia, tan difícil de vencer, se detenía de repente, y lograba, no sin esfuerzos, reprimirla. Su padre estaba encantado de esta cura, que creía incurable; y aunque le hubiese costado exponer á su hija á la presencia del insecto que más la asustaba, y de haberla causado un ahogo por haber cambiado el agua de Portugal del frasco, se aplaudía de sus ensayos, y durante algún tiempo gozó del éxito que había obtenido.

Pero una propensión adquirida en la infancia, es como una

planta venenosa, que insensiblemente retoña bajo las flores que la cubren. Eso nos hace ver que no podríamos extirpar demasiado temprano los gérmenes de nuestras malas inclinaciones, y que cuanto más tardamos, más se arraigan en nuestros corazones, y entonces sólo podemos arrancarlas empleando violentos sacudimientos que frecuentemente influyen en toda nuestra existencia.

Melina, hija única de un excelente padre, de un magistrado justamente honrado, única heredera de una regular fortuna, dotada de amables cualidades, y sin más que un solo defecto del que parecía corregida, veía brillar ante ella el más risueño porvenir, y la certeza de verse colocada en el mundo de un modo análogo á sus gustos. Algunos años más, y uniría su suerte á la de algún joven magistrado ó de algún abogado célebre que la colocaría en esa clase social en donde se goza de las ventajas del bienestar y de distinguida consideración. Pero ¡ ay ! se necesita tan poco para hacer girar la rueda de la fortuna, y las faltas en apariencia más insignificantes, tienen á veces resultados tan enojosos.

Melina, aunque al parecer curada de ese hábito que la había hecho adquirir el feo sobrenombre de Miss *Tócalo-Todo*, se abandonaba á él á veces en privado. El señor de Montbreuil había advertido hacía algún tiempo, que habían desarreglado los papeles que estaban en su escritorio. Le pareció también que las pastillas de yerbabuena encerradas en su cajita de confites, habían singularmente disminuído. En una palabra, se convenció que su hija, que había logrado reprimir á los ojos del mundo su ridícula manía, la practicaba en secreto, y que estaba lejos de encontrarse curada. — Me será pues preciso decía ese excelente padre — recurrir á los fuertes ensayos, impresionar los sentidos de Melina con vivas emociones. ¡ Oh ! ¡ cuánto me repugna, me desespera eso ! ¡ y cuánto me arrepiento no haber tratado con todo rigor desde el principio esa propensión quizá ya incurable ! ¡ Ah ! lo veo, pero demasiado tarde, el exceso de indulgencia es una grave falta, y los padres son responsables del mal que sus hijos hacen, porque no tuvieron la fuerza de destruir el primer germen.

Se sometió á la decisión del tribunal que presidía el señor Montbreuil un proceso de alta importancia. Se trataba de una suma de ciento sesenta mil francos, que un agente de

negocios muy afamado, pretendía haber pagado á uno de sus clientes, honrado negociante, padre de familia, y cuya cantidad era casi toda su fortuna. Este negaba haber recibido la suma, aunque el agente presentaba un recibo de forma muy equívoca. El negociante pretendía que su adversario le había arrancado ese recibo por sorpresa, lo cual parecía militar en su favor. Los más célebres abogados habían mostrado en ese debate todo lo que tienen de persuasivo el talento y la instrucción. Los jueces que debían fallar estaban divididos en opinión. Unos á causa de la reputación de probidad que siempre había tenido el negociante, querían hacerle triunfar y contentarse con su juramento de no haber recibido la suma; los otros, rigurosos observadores de la ley, pretendían que el recibo presentado por el hombre de negocios, no siendo tachado de falsificación, debía inclinar la balanza de la justicia en favor de éste. En estas circunstancias, el voto del presidente debía decidir la cuestión, y el señor de Montbreuil, queriendo dar á esta causa todas las luces de la imparcialidad que le caracterizaba, ordenó para pronunciar la sentencia definitiva, una moratoria de quince días.

Durante ese tiempo, un feliz acaso, permitió que el abogado del negociante descubriese un escrito particular de mano del hombre de negocios, que claramente probaba la imposibilidad en que se había encontrado hasta entonces de pagar los ciento sesenta mil francos. Este importante documento fué confiado al señor de Montbreuil, quien debía hacer un nuevo resumen del proceso, y se había encargado de presentar él mismo el documento á los jueces para aclarar su conciencia. Era la mitad del invierno entonces. El digno magistrado, la víspera del día en que se debía fallar la sentencia, había examinado de nuevo las piezas que le habían sido comunicadas, de las cuales la primera del legajo era el escrito que, según él, debía arrojar una gran claridad en esta causa. Después de haber tomado todas las notas necesarias para apoyar su opinión y de haberse penetrado bien de los medios respectivos de los dos adversarios, coloca sobre su escritorio ese legajo bastante voluminoso, y pone encima un bronce que representaba el busto de Aguesseau, que hacía pocos días había comprado.

Melina, según su costumbre, entra y viene á dar á su padre el saludo de la mañana : el busto la llama la atención, y ce-

diendo á su ridícula propensión, le toma y admira el trabajo. En ese mismo momento, un criado abre bruscamente la puerta; el viento, que sopla con violencia, hace volar varios papeles, y el importante escrito lanzado hacia la chimenea, fué en un instante reducido á cenizas.

— ¡ Qué has hecho, desgraciada! — grita el señor de Montbreuil á su hija, que todavía tiene en la mano el busto que admiraba.

— ¿ Qué hay, padre mío?

— Tu indomable manía es causa de un mal irreparable que quizá va á causar la ruina de una honrada familia. — La explica lo que contenía el papel que el fuego acababa de consumir, y se abandona á todo el dolor que le hace experimentar ese fatal acontecimiento.

En vano Melina trata de excusarse culpando la entrada inesperada del criado y la corriente de aire que produjo al entrar. Se vió obligada á confesar que la maldita costumbre de poner la mano en todo lo que la llama la atención la hizo levantar el busto de Aguesseau, cuya sombra tutelar parecía aun tomar la defensa del oprimido. Ella por fin reconoció que había puesto á su padre en la posición más crítica en que puede encontrarse un primer magistrado. Desea tomar parte del sufrimiento de su padre; pero una señal imperiosa la ordena retirarse. Regresa á su aposento inquieta, fuera de sí, y se entrega á todas las reflexiones sugeridas por tan penosa circunstancia.

La fué imposible acercarse á su padre durante todo el día. Al siguiente en la mañana, quiso ir á abrazarle como de costumbre; pero se la prohibió la entrada al gabinete. Supo por el mismo criado, cómplice inocente de la desgracia acaecida la víspera, que el señor de Montbreuil había pasado la noche en la más viva agitación, y que de sus labios temblorosos se le escapaban las siguientes palabras : ¡ No poder ya entregar el depósito que se me había confiado! ¡ Causar la ruina, la desesperación de una honrada familia!... ¡ Melina... Melina! ¡ Cuánto mal me haces! Esas palabras, fielmente trasmitidas por el sirviente, causaron á Miss *Tócalo-Todo*, el más profundo abatimiento. ¡ Oh! ¡ qué cambio se hizo en ella! ¡ Con qué resolución se prometió romper para siempre con esa manía que ponía á su padre en un embarazo tan cruel! Pero ya no era

tiempo: el mal que ella había hecho iba á caer sobre ella misma.

Sin embargo, la solemne audiencia va á verificarse. Una numerosa reunión de gente se ha formado muy temprano en el palacio de justicia. El honrado negociante colocado detrás de su abogado, revela en su rostro la seguridad y la buena fe, la certeza de triunfar. Su adversario está más inquieto, más agitado. Todas las miradas se dirigen al uno ó al otro; pero sobre el primero parecen detenerse las del interés público. Hay siempre en las causas importantes, una especie de juicio precursor que venga á la inocencia oprimida; y por eso es que se ha dicho : *La voz del pueblo es la voz de Dios.*

Después de una larga deliberación, en la cual había tenido lugar un violento choque de opiniones, los jueces vuelven á ocupar sus lugares. El señor de Montbreuil está pálido, con la mirada que parece extraviada. Se hace un gran silencio, y ese magistrado tan universalmente respetado, pronuncia con voz débil y temblorosa la sentencia que condena al negociante, y absuelve al agente de negocios del pago de los ciento sesenta mil francos. Un murmullo sordo y desaprobador se deja oír en el pretorio. Lo que sorprende y confunde al abogado del condenado, es que el presidente, en los diversos considerandos sobre los que la sentencia está basada, no haya hablado del importante escrito que se le había confiado y que debía ser de un peso tan inmenso en la balanza de la justicia. El negociante no sabe él mismo á qué atribuir semejante silencio; y como la desgracia produce desconfianza y sospecha, ya iba á acusar en alta voz al honorable magistrado, cuando un ujier vino á anunciarle que el señor Presidente le espera con su abogado en su gabinete. Los dos se dirigen allá. Al presentarse, el señor de Montbreuil dijo al condenado estrechándole la mano con expresión de dolor y de profunda estimación : Señor, acabo de desempeñar el deber sagrado de un magistrado sometido al imperio de la ley; me queda otro no menos importante que me impone la probidad : espero á usted mañana á las diez con su digno defensor, que sin duda está como usted sorprendido de mi conducta; quizá ya no la vituperará usted cuando conozca el motivo.

El señor de Montbreuil se dirige á su casa, embebido en su proyecto. En vano Melina le hace preguntas sobre la suerte del honrado negociante, no la responde más que con un dolo-

roso suspiro y miradas de conmiseración. En la comida, no puede tomar el menor alimento, se ausenta durante toda la velada y vuelve á casa sumamente tarde. Su hija le esperaba con impaciencia é inquietud. Ella le encuentra menos sombrío; hasta siente que la estrecha la mano. Al fin la dice con voz penetrante y en tono paternal :

— Mañana por la mañana, á las diez, sabrás todo el misterio.

A la hora indicada fué al gabinete de su padre, quien la recibió con un beso en cambio del que ella depositó en su frente venerable. Poco después fué introducido el condenado de la víspera, acompañado de su abogado. El magistrado les hace sentar y ordena á su hija que cuente fielmente el efecto de su fatal imprudencia. Melina, con voz alterada y aire confuso, informa al negociante porqué extraño acontecimiento, el importante escrito, el único que podía hacerle triunfar, había sido presa de las llamas. Entonces el magistrado añade con dignidad : ¿ Qué podía yo hacer, señores, en semejante circunstancia? Revelar la indiscreción de mi hija y la destrucción del escrito, habría sido llenarme de ridículo sin operar una convicción legal; un título, en justicia, no puede ser combatido más que con otro título. He preferido conformarme con la austeridad de la ley, y he tenido el doloroso valor de condenar á un hombre de buena fe... Pero como el escrito destruído os habría ganado un gran número de sufragios, y que ese título único ha sido destruído por mi culpa ó por la de mi hija, yo restituyo á usted, señor, la suma que le pertenece. He aquí ciento sesenta billetes de banco de á mil, más dos por los gastos del proceso en el cual usted fué condenado. Rehazarlos sería hacer la desgracia de toda mi vida; sería desconocer el carácter de un magistrado, que se haría indigno de reprimir los agravios de sus justiciables no sabiendo reparar los suyos.

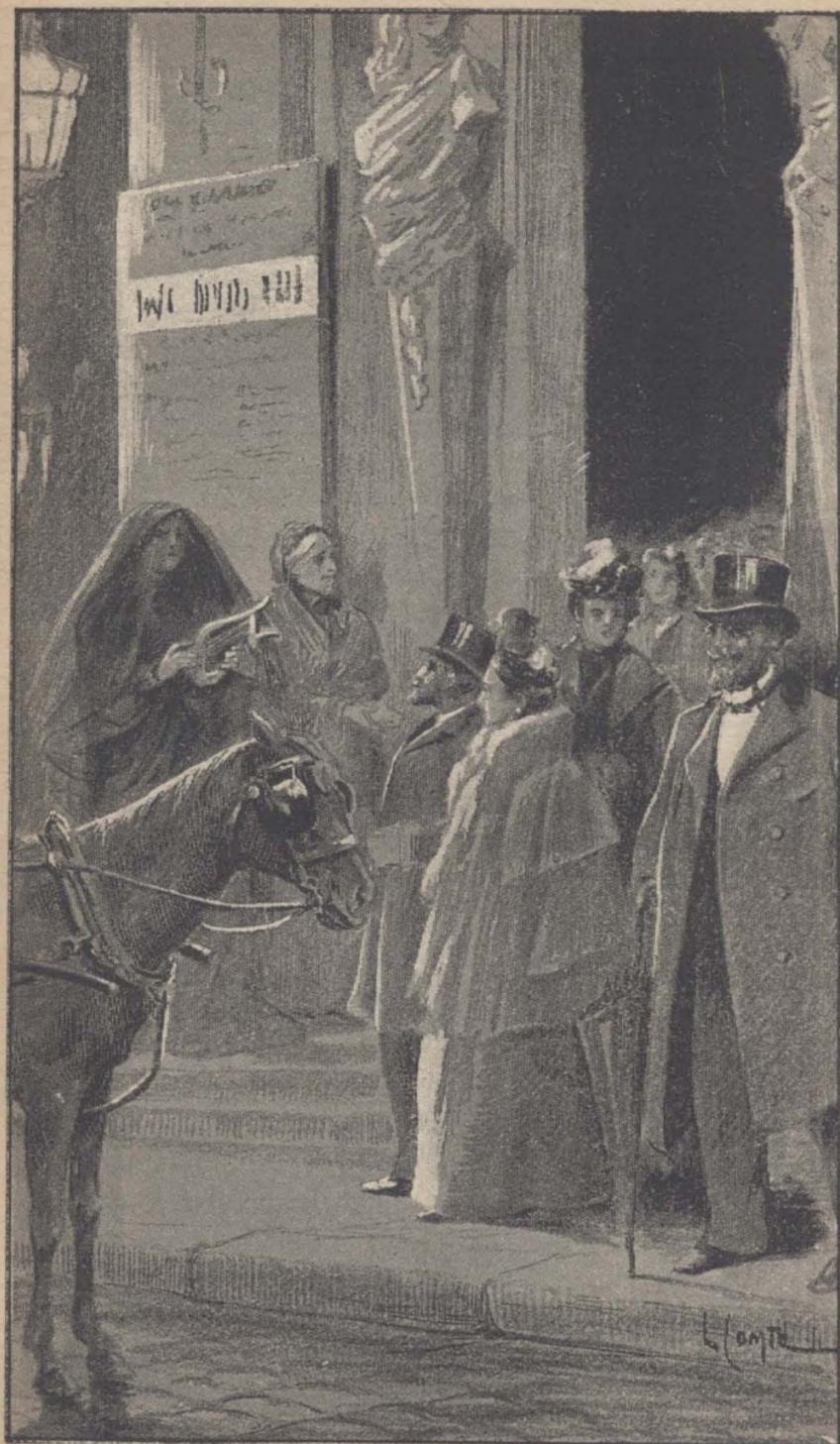
El abogado y su cliente se retiraron, después de expresar su reconocimiento y admiración al respetable presidente. Este ya solo con su hija, recibió de ésta la más viva aprobación por el sacrificio que acababa de hacer. Pero ella todavía no alcanzaba á medir toda la extensión. En efecto, esos ciento sesenta mil francos, absorbían toda la fortuna del señor de Montbreuil; ya no quedaba á Melina más que la fortuna de su madre, muy disminuída á causa de pérdidas imprevistas.

Fué pues necesario imponerse penosas privaciones. El señor de Montbreuil para sostener su puesto de primer magistrado, se vió obligado á hacer grandes reformas en su casa. Melina ya no tuvo camarera, y se encontró en la necesidad de ocuparse ella misma de la ropa blanca y de todo lo que se refería á su *toilette*. Ya no hubo maestro de inglés ni de arpa ni de dibujo. Se acabaron los ricos adornos y el coche á sus órdenes. Tuvo que ir á pie y presentarse sencillamente vestida en las numerosas reuniones en donde siempre había estado tan brillante. Ofendida por la frialdad de los unos, herida por las mordientes bromas de los otros, se retiró enteramente de la sociedad, y se vió reducida á un aislamiento del que su amor propio tuvo mucho que sufrir.

Entonces fué cuando llegó á conocer toda la enormidad de su falta, y que sintió lo peligroso y funesto que puede volverse un defecto que nos parecía tan ligero en apariencia y del que descuidamos corregirnos.

Vosotras jóvenes, que no creéis que la más sencilla manía pueda tener resultados enojosos, y que reís de lástima cuando os hacen observaciones, ved á la pobre Melina, de buen fondo, pero aturdida, vedla casi arruinada, no teniendo más que lo estrictamente necesario á la muerte de su padre, aislada, roída por el remordimiento y quizá sin consuelo... No olvidéis á Miss *Tócalo-Todo*!

LA CANTORA VELADA



... en la puerta del teatro cantando diferentes canciones..

LA CANTORA VELADA

Mostrándose la indigencia bajo mil formas diferentes, produce por esa causa, diferentes impresiones en las personas más dispuestas á aliviarla. Hay en el acento del desgraciado que pide socorro, un cierto poder que nos encanta ó nos rechaza. No se puede negar, sin embargo, que á veces y con frecuencia, cedemos á las engañosas apariencias, y que, la pereza, la intriga, el engaño, reciben socorros que creíamos dar al infortunio honrado. Pero este error es involuntario en el que da, el culpable es solamente el que recibe. Demos pues siempre que nuestros medios nos lo permitan; y si la astucia y el vicio nos arrancan lo que destinábamos para la buena fe, para la virtud desgraciada, consolémonos al pensar que un exceso de desconfianza nos impediría colocar bien lo que damos. Es mejor ser engañado que exponerse á arrepentirse.

M. Delmare, célebre abogado de la Corte real de París, hacía algún tiempo había venido á habitar la ciudad de Tours, á fin de restablecer su salud alterada por un trabajo excesivo. Viudo y concentrando todas sus afecciones en Eugenia, su hija única, apenas en la adolescencia, no había querido que tuviese otro profesor que él. Esta, que encontraba gran instrucción en el autor de sus días, y un método para enseñar que sólo podía ser inspirado por el amor paternal, correspondía á los solícitos cuidados de su precioso guía y ya iba reuniendo las ventajas de una educación distinguida. No había espíritu más adornado, imaginación más brillante, á lo que se unía una modestia y candidez naturales. Eugenia, habituada á no elevarse nunca encima de las demás, hacía creer al principio,

que no poseía más que lo que constituye una instrucción ordinaria; pero pronto, á través del velo que cubría sus raras cualidades, se descubría un lenguaje, una gracia y un aplomo que daban una idea justa de su mérito.

Las honorables familias de la ciudad de Tours ansiaban recibirla. Las madres la citaban como un modelo á sus hijas. No había joven que no deseara tenerla de amiga; pero Eugenia Delmare era tan reservada, tan previsora en sus amistades, que no se entregaba al encanto que sentía por tal ó cual señorita de su edad, hasta después de haberla estudiado y de haberse asegurado de su índole y de su carácter.

Entre aquellas que le parecieron dignas de su elección, distinguió á Berta Marmont, hija de un fabricante ó manufacturero de paños y cortinajes, empleando en sus talleres más de trescientas personas y haciendo vivir, él solo, á ochenta familias. Es una profesión que contribuye á la comodidad del pueblo, á la prosperidad de una gran ciudad, y que nunca puede ser suficientemente honrada y venerada.

Berta no había salido nunca de su provincia : no tenía ese barniz de educación, ese conjunto de cualidades distinguidas que se admiraban en Eugenia; pero dirigida por una mujer de mucho mérito, la joven Marmont se hacía notar por una alegría viva y franca, por un carácter naturalmente feliz, en una palabra, por [todo lo que un día debía hacer una mujer amable y una mujer de bien. Lo que más agradaba en ella era una sensibilidad verdadera, que se distinguía á través de su amable locura. Pasaba de repente de la conversación más alocada á la más imponente seriedad. Su primer instinto era divertirse y divertir á los demás, y ésta era su constante ocupación; pero si se presentaba á su vista algún joven desgraciado, una madre mendiga, un militar herido, un pobre anciano enfermizo, vaciaba su bolsillo y hasta se despojaba de una parte de sus vestidos para cubrir á la tímida indigencia.

Ese noble impulso del corazón, esa inagotable bondad fué lo que inspiró á Eugenia Delmare, tanto apego por su joven amiga. No pasaba día en que no descubriese en ella alguna nueva prueba de generosidad : no había ningún operario de M. Marmont, aunque numerosos, que no hubiese experimentado los efectos de su bondad. Eugenia era más brillante, más sensata; Berta tenía más efusión de alma, y sin advertirlo

se conciliaba todos los corazones. La una podía enseñar á la otra de qué modo se brilla en la sociedad; pero Berta podía enseñar á su amiga de qué manera se hace una bendecir y amar.

Una compañía de cómicos, dirigidos por un hábil director, hacía algunos meses atraía un gran número de personas al teatro de la ciudad de Tours. M. Delmare y la familia Marmont asistían constantemente á las representaciones de esos artistas que se recomendaban por su celo y su talento. Eugenia, hábil en la música, y que hacía poco había llegado de la capital de las artes, sentía mucho placer en ese teatro, y no era de esos críticos sin piedad que se imaginan que sólo en París se puede encontrar ese conjunto que da valor á las obras dramáticas. Ella confesaba que se podía encontrar en ciertas ciudades de Francia, en donde se cultiva con predilección la música y las obras de recreo.

Eugenia y Berta, al salir del teatro, habían observado hacía varios días, á una joven que se mantenía cerca de la puerta de entrada, cantando diferentes canciones con penetrante expresión, acompañándose con una lira.

Un velo muy espeso la cubría el rostro; y su exterior hacía suponer que era una indigente avergonzada. Una señora anciana la acompañaba, ésta tenía los rasgos alterados por el pesar, según parecía, y sin pedir nada, tenía en la mano una bolsa vieja y marchita de terciopelo verde, en donde cada cual podía echar su ofrenda. Las dos jóvenes amigas habían socorrido varias veces á la desconocida, de la cual se hablaba mucho en la ciudad. Su voz expresiva, el buen gusto, la admirable pureza de su canto, lo precioso de su pronunciación, cierta dignidad en toda su persona, y la notable riqueza de su lira, todo daba lugar á mil suposiciones y todo excitaba la más viva curiosidad. Lo que vino aún á aumentar el interés que inspiraba la cantora del velo, fué que se advirtió que estaba protegida por los oficiales de policía, los cuales parecían mostrarla deferencia y respeto.

Era entonces el principio del otoño. Una dama llamada de Saint-Père, que regresaba de Burdeos con su hija, fué á parar en Tours en casa de M. Delmare, para pasar allí algún tiempo. El marido de esta dama era un agente de cambio en la Bolsa de París. Engañado en sus especulaciones había hecho ban-

carrota de varios millones, y había huído á Inglaterra para escapar á la persecución de sus acreedores. Su esposa, vana y brillante, era pariente de M. Delmare, y éste había empleado su talento y su crédito para salvar al ambicioso agente de cambio de la condena que había merecido por una bancarrota fraudulenta.

Madama de Saint-Père, aunque se decía arruinada, viajaba en carruaje de posta con su hija Telesila, de edad de catorce años, un lacayo y una camarera. Era una de esas elegantes del día que lo sacrifican todo á la satisfacción de aparentar, y cuyos gastos excesivos, y el insaciable lujo, no habían contribuido poco á la ruina de su marido. Hija de un rico negociante de Burdeos, acababa de recibir una herencia considerable, que, unida al dote de cuatrocientos mil francos que había extraído del balance general depositado por Saint-Père, la daban una renta de unas cuarenta mil libras, mientras que varias familias honorables, víctimas de las locas especulaciones del agente de cambio, habían pasado de una vida de gran comodidad á la miseria más cruel. Con el fin de sustraerse á las numerosas víctimas y á los reproches tan bien merecidos, la madre y la hija resolvieron recorrer las diferentes capitales de los departamentos de Francia y formaron el proyecto de permanecer algunos meses en Turena, en donde el otoño ofrece á sus habitantes, una temperatura suave, frutas abundantes y deliciosas, una sociedad escogida, y por consiguiente, frecuentes ocasiones de brillar en ella.

Madame de Saint-Père, que había tomado el nombre de Madama de Saint-Marc, mientras se arreglasen los negocios de su marido, no tardó en hacerse notar en la ciudad de Tours, cuyos habitantes se apresuran á acoger á los extranjeros con la amable cordialidad que los distingue. Presentada por el abogado Delmare en las reuniones más notables, fué festejada y honrada. Se admiraba en ella el brillante conjunto de una mujer á la moda y el hábito de la sociedad, todo lo cual con frecuencia no es más, que un rico adorno hecho en una tela ligera. La joven Telesila tuvo el mismo éxito que su madre, y se comprende que á primera vista la simpática Berta fué deslumbrada. Pero no tardó en descubrir que, bajo ese relumbrón de oropel de gracias, de adornos, de soltura en el lenguaje y modales, y en las acertadas frases fielmente recogidas,

no había más que vanidad, un corazón vacío, un egoísmo repugnante. Eugenia Delmare se veía obligada á confesarlo, y aunque fuese pariente de la seductora Telesila, prefería á ella la ingenua y franca provinciana, en la cual su alma amante, expansiva, encontraba el alimento que necesitaba.

Las tres jóvenes no tardaron en reunirse en el teatro, cuya representación Telesila encontraba detestable. En vano Berta defendía á los cómicos que eran los mejores que había visto en su vida; en vano Eugenia pretendía que tenían un celo y una armonía que bien merecían ser estimulados, la desdeñosa extranjera los trataba de viles bufones, y sostenía que eran inferiores á los que diariamente atraen al pueblo bajo en los arrabales de París.

Una noche, después de la representación de la *Dama blanca*, que había sido representada á satisfacción de numerosos espectadores, y que hasta Telesila había encontrado casi pasadera, ella y sus dos jóvenes compañeras encuentran á la cantora velada, que se mantenía cerca de la puerta del teatro, acompañada siempre de su anciana criada, y cantando con su lira, una canción que repetía este estribillo :

Para salvar la vida á una madre
Mendiguemos sin sonrojo.

Al proferir esas palabras, la voz de la cantora era tan tierna, que Berta y Eugenia echaron en la bolsa de la vieja todo el dinero que tenían.

— ¡ Qué bobas son ustedes, — las dijo Telesila — de comoverse por esa desconocida ! Es una de esas mendigas de profesión, de esas intrigantas que, valiéndose de la mediana habilidad que tienen, seducen á las personas bastante crédulas para imaginarse que, bajo un espeso velo está oculta la virtud desgraciada. Esas gentes, se encuentran en todas las esquinas de las calles de París, y nadie les hace el menor caso.

— Lo que es yo, — dijo Berta — no puedo resistir á esa abnegación de amor filial, y se me figura que la desconocida es una joven bien educada.

— Esa es mi opinión — añadió Eugenia : no se puede tener esa pureza de lenguaje, ese acento irresistible de la miseria honrada, esa actitud noble y decente, sin haber recibido educación.

— Diga usted más bien que ha recibido lecciones de estafa : ya no se deja una coger con el anzuelo de esas gentes.

— Pero en fin — replicó Berta con calor — no es imposible que la joven cantora tenga una madre inválida, enferma; que esa madre se encuentre en un estado de indigencia que desearía ocultar, y que su hija, cubierta con un velo espeso, venga á mendigar para socorrerla : en su lugar, yo haría lo mismo. Cuanto más se humilla uno en semejante caso, más se eleva á sus propios ojos.

— He allí — responde Telesila con tono sarcástico — ¡ he allí la credulidad de estas buenas provincianas, que sólo juzgan por las apariencias! Y bien, yo apostaría á que si se hiciere seguir á la cantora, se descubriría que es de la familia de algún charlatán, de algún diestro titiritero que la ha aleccionado así para excitar la piedad pública de la que saca provecho.

Esta digresión fué interrumpida por la separación de las tres jóvenes, que se alejaron con sus padres hacia sus respectivas habitaciones. Berta soñó toda la noche con la joven del velo que había defendido tan calurosamente; cierta voz secreta la decía que, dándola todo lo que su bolsillo contenía, había colocado bien su dinero. Eugenia también se aplaudió de lo que había hecho, y no cesó de disputar con Telesila sobre la cantora desconocida.

Pocos días después, las tres jóvenes se volvieron á reunir en el teatro, en donde se representaba *Ædipe á Colone*. La piadosa abnegación de *Antígona*, conmovió vivamente á Berta y á Eugenia, que se decían. ¿ Porqué nuestra joven protegida no tendría por su madre los cuidados y la ternura que la hija del rey de Tebas muestra por su desgraciado padre? ¿ No pertenece á todas las condiciones el amor filial? y el pobre en su humilde cabaña ¿ es menos respetado y consolado por sus hijos, que el monarca en su palacio? Parece, al contrario, que el vínculo sagrado de las familias se estrecha más en proporción á las necesidades que sienten, á los golpes de la suerte que reciben. Telesila veía en todos esos grandes sentimientos, en todas esas máximas morales, y sostenía con obstinación, que la desconocida, á pesar de su voz expresiva y de su correcta elocución, no era más que una aventurera.

Al salir del teatro, volvieron á encontrar á la cantora del

velo, acompañada por la vieja, que tenía en la mano la bolsa de terciopelo, en la cual Eugenia echó con Berta una moneda de cinco francos, la mitad de cada una : era todo lo que las quedaba. En el momento en que la joven hacía este don, la desconocida la tomó la mano y la llevó á sus labios bajo el velo, bañándola de lágrimas. Eugenia se estremeció y no pudo menos que estrechar la mano de la cantora, la cual pronto continuó su querida canción y recibió abundantes limosnas. Eugenia confesó la viva emoción que acabada de experimentar, y lo mismo que Berta, estuvo más convencida que nunca que el velo de la cantora ocultaba el rostro de una verdadera Antígona. Nuevas bromas de Telesila: vivas disputas entre ambas partes. Al fin convinieron en hacer todo lo posible para descubrir la verdad. El viejo camarero de M. Delmare fué encargado por su amo de seguir á la desconocida, de descubrir el lugar en que vivía y de tomar cuantos informes pudiera sobre ella.

Descubrió que la cantora habitaba en el fondo de una calle obscura, en el arrabal de San Esteban, un humilde retiro compuesto de dos cuartos : el primero ocupado por ella y por su anciana aya, que nunca había querido separarse de ella; la segunda, por una dama inválida de edad muy avanzada, que se mantenía en un sillón de ruedas, de donde sus dos enfermeras la llevaban á su cama y la velaban por turnos. Se añadía á esas revelaciones, que la joven, apenas de quince años de edad, y de rostro encantador, no salía más que de noche; y que todo el tiempo que podía sustraer á los asiduos cuidados que daba á la anciana dama, lo empleaba en coser y principalmente en remendar, en blanquear encajes con su fiel compañera, cuyo antiguo oficio era ese; que, en fin, en el barrio sólo se conocía al aya, llamada madama Bonnefonds, inquilina principal de los dos cuartos; y que, cuando ésta acompañaba á la señorita del velo á la puerta del teatro, una vecina servicial permanecía cerca de la anciana inválida.

Todos esos informes eran propios para excitar la curiosidad de las tres jóvenes. Berta y Eugenia manifestaron á sus padres un deseo tan vivo de socorrer á la cantora, que obtuvieron el permiso de seguirla y de entrar en su retiro, para llevarla los socorros de que tendría necesidad. M. Delmare se ofreció á acompañarlas. La misma noche después del teatro, y cuando

la cantora hubo recibido lo que algunos espectadores la dieron, fué seguida de lejos por la comitiva inquisidora. En el momento en que, escoltada por su aya, tocaba la puerta de un pasadizo sombrío, Eugenia, con la expresión de una benevolencia marcada, la pidió permiso de hablarla. La cantora, que reconoció en la señorita á la que pocos días antes había besado la mano generosa, la introdujo con las personas que la acompañaban, á un primer cuarto del piso bajo, que daba á un pequeño patio, y amueblado con lo más estrictamente necesario para las necesidades de la vida; pero todo notable por una extremada limpieza, y por el orden que reinaba hasta en los menores detalles. Apenas M. Delmare y sus acompañantes son introducidos, que se oyó una voz débil y quejumbrosa que salía del otro cuarto cuya puerta estaba entreabierta, que decía :

— ¿ Eres tú, mi Blanca, mi ángel tutelar?

— Sí, mi buena mamá — respondió la cantora levantándose el velo y descubriendo el rostro más amable y la más penetrante mirada.

— Excúsenme ustedes — dijo Blanca á las tres señoritas, pero debo ante todo dar cuenta á mi abuelita del resultado de mi velada. — Al decir esas palabras, pasa al otro cuarto y deja á M. Delmare y á las jóvenes con la anciana Madama Bonnefonds, á quien hacen mil preguntas sobre la cantora. Supieron que, habiendo perdido á su padre y á su madre cuando aun era de muy tierna edad, había sido criada por su abuela, viuda de un oficial de marina que gozaba de una regular fortuna; pero que esta dama, arruinada en edad muy avanzada, por un pariente que había abusado de su confianza, se había retirado á Tours al lado de su hermano, antiguo oficial de artillería, que no poseía más que su sueldo de retiro; y que, habiendo muerto ese hermano, hacía seis meses, esas señoras se encontraron en tal pobreza y desamparo que la joven armándose de noble valor, y deseando, con su trabajo, compensar á su abuela lo que había recibido de ella en su infancia, la secundaba, acompañada de su antigua aya, en las más penosas ocupaciones.

— Pero nuestros desvelos y nuestros trabajos — añade Madama Bonnefonds — no podían darnos más que lo muy necesario; mi pobre ama habiéndose vuelto paralítica, necesitaba socorros que nosotras no podíamos proporcionarla : eso

es lo que decidió á mi joven discípula á sacar fruto del notable talento que posee, yendo cubierta con un velo y en mi compañía, á excitar la conmiseración de las personas sensibles á la voz de la desgracia. Su abuela comenzó por oponerse, diciéndola que eso era confundirse con esas aventureras que engañan á la credulidad de los transeuntes; pero nada podía intimidar á ese modelo de piedad filial : las sospechas, el desprecio, todo lo ha arrostrado ese ángel para socorrer á su abuelita, que hoy, no puede menos que aprobar la abnegación admirable de su nieta... En cuanto á mí , yo no las abandonaré jamás. Si me encontré bien cuando ellas estuvieron en la abundancia, debo ayudarlas á hacer frente al infortunio por todos los medios á mi alcance.

Esa narración conmovió profundamente á Eugenia y á Berta; se felicitaban de haber adivinado tan bien á la cantora y se dispusieron á manifestarla toda la consideración que las inspiraba. En cuanto á Telesila, se reía disimuladamente, de ver á las dos jóvenes amigas, abandonarse ingenuamente al interés que despertaba en sus almas la vieja aya. No pudo evitar llamarlas aparte mientras ésta seguía conversando con M. Delmare, y las dijo con la amarga sonrisa del egoísmo y de la incredulidad :

— La criada hace muy bien su oficio : recita perfectamente su lección. Apostaría que la pretendida paralítica no es más que otra vieja astuta parlanchina encargada de representar el papel de madre noble...

Al acabar de decir esas palabras, la puerta del segundo cuarto se abre, y se presenta de repente, en un sillón de ruedas que Blanca empuja por detrás, una dama cuyo rostro está surcado por la edad y la desgracia. Su mirada ha conservado una notable expresión, y en toda su persona se descubre un resto de dignidad.

— ¡ Cielos ! ¿ qué veo ? exclama Telesila, reconociéndola; — ¡ no me engaño, es Madama de Montigny, es la tía de mi padre ! — Al decir eso, palidece y una extremada confusión se pinta en todos sus rasgos. Baja los ojos, é inclinándose con respeto, guarda un fúnebre silencio.

— ¡ Cómo ! ¿ es vuestra tía ? — la dijo Eugenia. — ¡ Oh ! ¡ cuánto debéis sufrir !

— Usted se imaginaba — añadió Berta — que esta señora

era una falsa paralítica, encargada de representar los papeles de madre noble. — ¡ Oh! ¡ qué grande debe ser la confusión de usted!

— Puede suceder—dijo Blanca á su vez, echando á Telesila la mirada más conmovedora — puede suceder que sea mi joven prima con la que tanto he jugado en mi infancia! La opulencia nos había separado mucho tiempo ha, ¿ sería posible que la miseria nos reuniera?

— ¡ La miseria! — exclama M. Delmare con tono de arrepentimiento; no, no, la madre de vuestra prima, la esposa del tío de usted, nada en la opulencia, mientras que su sobrina se ve reducida á mendigar para su venerable abuela... ¡ Oh! ¡ cuánto tengo que vituperarme. Yo, por mis consejos y valiéndome de amigos poderosos, salvé á Saint-Père del abismo en donde su ciega ambición le había precipitado. Yo he sido el que aprovechando el texto de la ley, he conservado á su esposa una dote cuya extracción ha causado la pérdida de sus acreedores. ¡ Esa mujer vana y brillante, ostenta, bajo un nombre supuesto, el fausto de la fortuna, y la madre adoptiva de su marido, la que respondió por él para que obtuviera su cargo, languidece en el miserable lecho de la indigencia!... Póstrese usted á sus pies, incrédula Telesila; dé usted pública satisfacción á su bienhechora arruinada por el padre de usted! ¡ Reconozca usted, en esta virtuosa Blanca que usted agobiaba de insultantes sospechas, la más próxima pariente de usted, la amiga de vuestra infancia. Apresúrese usted á reparar sus faltas hacia esas dos víctimas!... ¡y cuando al pasar, usted oiga el grito de la indigencia implorando vuestra piedad... recuerde usted siempre á la cantora velada!

LA PRIMERA COMUNIÓN



.. cuál no sería su sorpresa al ver á sus pies un saquito de seda verde !

LA PRIMERA COMUNIÓN

¿Quién ha podido nunca ver sin una viva emoción y piadoso recogimiento, la conmovedora ceremonia de una primera comunión? Ese concurso de jóvenes vírgenes, cuya candidez es el mejor adorno, las cuales con los ojos bajos, parecen evitar todas las distracciones de la tierra para elevarse al cielo que las adopta; esas largas hileras de adolescentes sustituyendo á los impetuosos movimientos, á la vivacidad de su edad, esa postura tímida y modesta, ese religioso silencio de jóvenes almas contemplativas, que miden la distancia que tienen que atravesar para acercarse al autor inmortal de todo lo que existe; ese numeroso concurso de parientes, cada uno de ellos fijando su mirada enternecida sobre el ser de su misma sangre y pidiendo al cielo derrame sus dones sobre esa cabecita, heredera de su nombre, esperanza de su vejez; el interés paternal de esos ministros tolerantes, de esos primeros confidentes de la infancia, cubriendo con sus alas tutelares á los nuevos iniciados á la mesa celeste; esa inmensa cantidad de luces, cuya viva claridad parece anunciar la presencia de Dios vivo; esos perfumes que se exhalan de todas partes; esos cánticos repetidos de boca en boca; esa imponente armonía; ese orden admirable en la marcha, en las sagradas evoluciones; esa preciosa mezcla de todas las posiciones, de todas las fortunas; y la bendición de un pastor septuagenario, cuya dulce exhortación penetra al fondo de los corazones y moja todos los ojos con las mismas lágrimas que se escapan de los suyos? ¡Qué espectáculo encantador, qué admirable cuadro de todas las edades reunidas para adorar al Eterno!

Uno de los más venerables pastores de la ciudad de Tours, aquel que quizá ha dejado en todas las clases del pueblo el más caro y más respetado recuerdo, el cura *Simón*, cuyo nombre no es jamás pronunciado sin una tierna veneración, estaba dotado por la naturaleza con todo lo que da el derecho de instruir y de convencer. Un rostro á la vez noble, imponente, una estatura majestuosa, una voz penetrante, y sobre todo, una mirada que parecía decir; creed y seréis feliz... Todo estaba reunido en ese venerable apóstol del Evangelio. Procedente de una honorable familia y dueño de una regular fortuna, no empleaba su crédito y su dinero más que en aliviar á la humanidad doliente; en sus buenas obras, no distinguía la profesión, ni las preocupaciones de secta, ni las querellas de partido. Jamás olvidaré haberle visto subir al triste aposentillo de un cómico anciano, padre de familia, inválido y reducido á la miseria. Lejos de hacerle la menor observación sobre su oficio, lejos de ocuparse del anatema lanzado contra los intérpretes de Racine y de Molière, se sienta á la cabecera de la cama del enfermo, le calienta la mano helada con las suyas, le exhorta á que tenga confianza en Dios para que pueda soportar sus males con valor, y piadosamente deja en un rincón de la chimenea la suma necesaria para sostener á este hombre artista y apresurar su curación. Ese rasgo, uno de los más bellos de la caridad cristiana, y digno de Vicente de Paúl y de Fenelón, se ha grabado demasiado profundamente en mi pensamiento para que yo no aproveche la ocasión de rendir un homenaje público al pastor filántropo cuya imagen venerada adorna hoy la tienducha del más pobre mercader lo mismo que el salón dorado del primer magistrado, el gabinete de estudio del cómico, el oratorio del arzobispo y la celda del cenobita.

El cura Simón había establecido en la catedral de Tours una costumbre probando que todos somos iguales á los ojos del Eterno, y que la oración del pobre le es tan cara como la del opulento. Este excelente hombre exigía que, el niño del habitante principal de la ciudad, al acercarse por primera vez á la santa mesa, tuviese por acólito al hijo ó á la hija de un jornalero ó del más obscuro artesano. Eso obligaba á los ricos á ostentar menos lujo en los adornos de sus hijos, ó bien á dar á aquellos de los indigentes que se presentaban

al lado de los suyos, lo necesario para que la diferencia no chocara y fuera menos penosa, menos notable. Por ese medio, el orgullo se rebajaba, y el pobre ya no era humillado.

Estefanía Lambert, hija única del más rico manufacturero de la ciudad, debía hacer su primera comunión.

Su compañera, ó más bien su hermana en esta imponente ceremonia, era Genoveva Froissard, hija de un aserrador de madera, que hacía seis meses no se levantaba de miserable lecho, todos sus miembros tullidos á causa de un trabajo excesivo. Genoveva ayudaba á su madre á cardar lana, y no obstante la gran actividad de ambas, apenas lograban dar al enfermo los socorros más indispensables. La joven era de rostro interesante y muy pálido á causa de las privaciones que se imponía para aliviar á su padre, pero su mirada era llena de expresión. En los exámenes que se habían efectuado, ella demostró ser una de las más instruidas, y el digno pastor, á quien nada se escapaba tratándose de caridad cristiana, la había unido á la joven Lambert, cuyo feliz carácter y excelente educación, hacían esperar que haría algo en favor de su joven compañera.

Estefanía, en efecto, informó á sus padres que deseaba mostrarse en la imponente ceremonia con un vestido absolutamente igual al de su hermana adoptiva, y sus padres prometieron secundarla. Ella pidió que se las preparara dos trajes blancos de percal, sin el menor adorno, zapatos de tela de lana y medias de algodón lisas, una pañoleta de batista, y para la cabeza, un velo de muselina ordinaria, sin el menor bordado. Envió uno de esos modestos vestidos á Genoveva, con un cirio de regular tamaño sin empuñadura de terciopelo, semejante al que ella había elegido para sí; además, un par de guantes blancos, con un libro de oraciones exactamente como el suyo.

Al día siguiente, Estefanía se presentó en la iglesia con un vestido igual al de la pobre Genoveva.

Las jóvenes de la clase de ésta, la encontraban vestida de un modo superior á su condición; mientras que las señoritas que gozaban de la misma fortuna que la joven Lambert, se admiraban de verla con un traje tan mezquino. Ni una flor, ni el menor encaje, ni el más sencillo bordado, ¡ ella, que en la sociedad se presentaba vestida con la mayor elegancia!

Pero tan pronto como se hubo colocado al lado de su joven compañera, cuya mano estrechó con tierno cariño, todos, al ver la perfecta semejanza de los dos vestidos, comprendieron al momento, que la encantadora Estefanía había querido descender al obscuro nivel de su camarada, elevándola al mismo tiempo al suyo, y que el vestido de la hija del aserrador de maderas era un obsequio de su hermana de comunión. Todas las miradas se dirigieron á ésta, que se atrajo la admiración pública, muy superior al velo de Inglaterra, á la pañoleta de punto de Alençon, al vestido de tul bordado, á las medias de seda caladas y á los zapatos de raso blanco, que ella no quiso adoptar.

En la exhortación pastoral, que el cura Simón hizo á todos los nuevos iniciados, les aseguró que casi siempre Dios escuchaba la oración que se le hacía al recibir por primera vez el pan de los ángeles. Estefanía, en el seno de la opulencia, rodeada de una dicha inalterable, se contentó con pedir al cielo largos días para sus dignos padres; pero Genevava hizo una petición más urgente, más extensa: pidió á la Providencia que, al conservar la los autores de sus días, la concediese la fuerza suficiente para ganar con su trabajo, lo necesario para hacer vivir á su pobre padre inválido, y la diese los remedios necesarios para ponerle en estado de trabajar. Hizo esta oración con un fervor tan verdadero, y la profirió con tan conmovedora expresión, acompañándola con tantas lágrimas, que Estefanía arrodillada á su lado, se estremeció y se creyó encargada por el cielo de atender á los votos del amor filial. Pero no quiso confiar su secreto á nadie: una sola palabra á su padre, el hombre mejor y más generoso, habría al instante realizado la predicción del venerable pastor; pero cuanto más sacrificios exige una buena acción, más la apreciamos y nos hace desear conservar toda la vida el goce de haberla hecho. Estefanía, de regreso á casa de sus padres, después de la ceremonia de la mañana, no habló una palabra del proyecto que había concebido; tuvo bastante qué contar, manifestando la felicidad que había sentido bajo su humilde vestido por las honrosas felicitaciones que había recibido. En la tarde, la costumbre y el deber, la hicieron volver á la iglesia para dar acciones de gracias al Eterno. Así es que la joven Lambert se encontró de nuevo al lado de la pobre Genoveva, quien con

una dulce sonrisa, la manifestó cuán feliz y ufana se sentía de ser compañera suya. Hubo la misma igualdad social, la misma semejanza de trajes, durante la solemne procesión y las oraciones acostumbradas. En fin, en el momento en que el digno pastor extendiendo sus manos paternales sobre su numeroso rebaño, invoca para él las bendiciones del cielo, Genoveva repite la oración que había hecho en la mañana, y la más viva fe brilla en su rostro. Se entrega con tanto fervor á la esperanza que la anima, que permanece prosternada sobre el enlosado de la iglesia, mientras va desapareciendo la numerosa concurrencia. Siendo la última que quedaba, se levanta para dirigirse á su obscura habitación ; ¡ pero cuál no sería su sorpresa al ver á sus pies un saquito de terciopelo verde, cuyo peso la hace suponer que contiene una suma bastante considerable ! Se apresura á buscar al venerable pastor y le revela su extraña aventura. El cura Simón abre la bolsa, en donde encuentra diez y ocho monedas de oro y doce de cinco francos, con un papel escrito con lápiz con estas palabras : « Tu oración ha sido atendida : Dios te envía con qué cuidar á tu padre. » La joven se estremece de alegría, y su primer movimiento es de dar ávidas miradas á este oro que podría dar la salud á su padre, lo mismo que la comodidad y la dicha ; pero su delicadeza y timidez la evitan aceptar esta ofrenda sin conocer la mano generosa que se la hacía en nombre del cielo. Si no hubieran sido más que una ó dos monedas de oro, sus sospechas se dirigirían al momento á su joven acólita, á su generosa Estefanía, que ya la había obsequiado con el traje que tenía puesto ; pero ¡ más de 400 francos ! ¿Cómo había conseguido semejante suma ? ¿Habría hecho la confidencia á sus padres ? Ante todo, es preciso dirigirse á estos, sea para manifestarles la más viva gratitud, si en efecto son ellos los autores de esta piadosa ayuda, ó bien para informarles que su hija, tan digna de ellos, llevaba la beneficencia hasta la prodigalidad.

Tal fué también el consejo del cura Simón. Se encarga de la bolsa como depositario, y recomienda á Genoveva que al día siguiente, venga por él en la mañana para ir juntos á casa de M. Lambert y descubrir así este importante misterio.

En momentos en que el rico manufacturero almorzaba con su esposa y Estefanía, cuyo rostro expresivo había embellecido más por la alegría secreta de una buena acción, un criado

anuncia al venerable pastor. Entra éste teniendo en una mano la misteriosa bolsa y conduciendo con la otra á la pobre joven con los pobres vestidos de su condición, los ojos bajos, y en su pálido rostro, agitado, se lee la expresión del temor y al mismo tiempo del reconocimiento.

A su aspecto, Estefanía se sonroja y reprime un movimiento involuntario, que el cura advierte, acostumbrado como estaba, á leer en el fondo de los corazones. Se dirige directamente á M. Lambert, y le dice que, la joven, habiendo encontrado la víspera, en el templo, esa bolsa al pie del sitio que ocupaba, no lejos de su querida Estefanía, venía á restituirla. M. Lambert examina la bolsa y declara que no le pertenece.

— Quizá es de la señora — dice el pastor presentándola á Madama Lambert. Esta niega como su marido que sea de ella.

— En ese caso — continúa el venerable Simón — no nos queda más remedio que conocer la mano benéfica que ha escrito estas palabras: *Tu oración ha sido atendida: Dios te envía con qué cuidar á tu padre.*

— ¡ Es la letra de Estefanía ! — dice M. Lambert. — Y todo se explica.

La señorita Lambert, no pudiendo ya sustraerse á la evidencia, confiesa que, se había conmovido tan vivamente de la petición á Dios de su querida compañera, que no había podido resistir al placer de contribuir á la realización de sus votos, reuniendo en la bolsa que había depositado á sus pies, todas sus economías de seis años.

— No podéis rehusarlas mi buena Genoveva — añade Estefanía estrechando contra su corazón una mano de la joven, es una orden que he recibido del cielo en el momento en que las dos le implorábamos : usted, para socorrer á sus padres, y yo, para conservar largo tiempo á los míos. La alianza que hemos hecho al pie del altar, no se borrará jamás de mi memoria; hemos sido bendecidas como dos hermanas; es un título sagrado, y me apresuraré á cumplir con los deberes que impone.

Genoveva quiso arrojarse á los pies de Estefanía, para expresarla la dicha que sentía, pero la señorita Lambert apresurándose á enlazarla en sus brazos, la hizo sentir que la mano que da, es mucho más feliz que la que recibe. El pobre

aserrador de madera se restableció y recobró ese dichoso hábito del trabajo que bastaba á su existencia. Genoveva ya no pasó todo su tiempo cardando lana con su madre, oficio penoso y lleno de fastidio. La familia Lambert la puso como aprendiz donde una costurera, en donde pronto se hizo notar por su destreza y empeño. Al cabo de algunos años, Genoveva trabajó por su cuenta. Su primera cliente fué la buena Estefanía, que sucesivamente obtuvo para ella la confianza de las jóvenes de su sociedad. Esta no tardó en contraer un matrimonio digno de su mérito y de su opulencia. Genoveva, que se había vuelto la señorita Froissard, la modista, hizo todos los trajes de esta boda brillante. Y cada año, las dos acólitas celebraban el día de su iniciación á la mesa celeste, viniendo á recibir, vestidas del mismo modo, vestidos que Estefanía costaba, la bendición del pastor, que más que nunca se aplaudía de la costumbre que había establecido en su iglesia, ejemplo precioso digno de ser imitado, pues ha probado la igualdad de los derechos de cada uno de nosotros al maná del cielo. Ejemplo que propongo á aquellas de mis amiguitas, que, favorecidas por la fortuna, quisieran consagrar con una buena obra el primer hermoso día de su vida.

LA MADRINA



... entra con su calesa en el patio, después de convencer al portero que es hermana del dueño de la casa.

LA MADRINA

Es envilecerse á sí mismo, es ultrajar á la naturaleza y á la sociedad, tratar con desprecio á aquellos que nos pertenecen por los sagrados vínculos de la sangre. Debemos amarlos y honrarlos, sea que la fortuna les haya favorecido menos que á nosotros, sea que más prudentes y quizá más felices, hayan conservado la obscuridad de su origen y la sencillez de sus costumbres, mientras que nosotros habremos llegado á un límite que á veces pagamos con el reposo y la felicidad de la vida. Con tal que el origen de nuestro ser sea puro, ¿ qué importa que la suerte nos eleve ó nos rebaje? ¡ No olvidemos jamás de donde hemos salido ! es un consuelo en los reveses y una lección en la prosperidad.

Marcelo Crepin era hijo de honrados cultivadores de la isla de Brehemont, uno de los cantones más fértiles de Turena. Su padre, simple arrendatario, después de haberle hecho instruir por el cura de su aldea, le había puesto en el colegio de Tours, en donde se distinguió por su inteligencia y su aptitud para el trabajo. Desde su infancia, Marcelo Crepin, mimado por sus padres, había mostrado el deseo de elevarse por encima de ellos: no dejaba escapar ninguna ocasión de captarse la benevolencia de sus maestros y de ganarse el apego de sus camaradas. Se ligó en amistad muy estrechamente con el hijo de un banquero de París, que poseía tierras considerables en las cercanías de Langeis ; y con frecuencia Marcelo iba á pasar allí el tiempo de las vacaciones, que empleaba en hacerse útil y sobre todo en darse á querer. Llegó al grado que,

una vez terminados sus estudios, fué llevado á la capital por el padre de su amigo, en calidad de dependiente. Poco á poco llegó á dirigir la casa de banca y pronto hizo negocios de bolsa por su propia cuenta. Todo le salía bien : su inteligencia y actividad le pusieron en situación de comprar un cargo de agente de cambio, una profesión que ordinariamente conduce á la fortuna.

A veces iba á Turena á visitar el humilde techo en donde había nacido. Habiéndole faltado su padre y su madre, no le quedaba más que una hermana llamada Denise, mayor que él, seis años. Era una de esas aldeanas francas é ingenuas, que, como dice el pueblo tienen la verdad en la boca y el corazón en la mano. Denise á pesar de las solicitudes de su hermano, no había querido nunca abandonar su pacífica morada y sus fértiles campos, para seguir á Marcelo á París á manejarle su casa. Aunque de rostro agradable y de rara inteligencia, la repugnaba volverse de repente una señora, cuyo lenguaje y modales no podía tomar, á pesar de que su hermano la aseguraba que eso pronto se aprendía en París. Habituada á los trabajos de la agricultura, buena, activa y de un carácter decidido, se había casado con Martín Le Rond, uno de los mejores cultivadores del cantón. Al cabo de siete años de la más perfecta unión, su esposo había muerto sin hijos, legándola todos su bienes. Así es que vivía con mucho desahogo. Mientras Marcelo prosperaba en París, todo contribuía á hacer que Denise fuera del número de los más ricos habitantes de Bréhémont.

Fácilmente se comprende que, viuda á los treinta y seis años, fresca aún y de un andar asegurado, querida y estimada por todos sus vecinos, fué varias veces solicitada para contraer nuevos lazos; pero sea cariño y respeto á la memoria de su marido, sea temor de darse un amo, rehusó siempre los partidos más ventajosos, decidida á conservar su viudez toda su vida.

Marcelo, cuyo crédito aumentaba diariamente en la capital, contrajo por su lado, una unión de acuerdo con la ambición que le atormentaba. Se casó con la hija de un proveedor del ejército que le traía una dote de seiscientos mil francos, y por consiguiente el amor al lujo y el gusto de grandes gastos. Denise Crepin, viuda de Martín Le Rond, fué requerida por

su hermano para asistir á su casamiento: se presentó con su vestido de campesina, y encantó á todos los convidados por su ingenua alegría, sus expresiones acertadas, y por esa charla de naturalidad é independencia que la hacían tan picante y tan notable en medio de todas las bellezas perfumadas y pretenciosas que la rodeaban. Lo que la sorprendía y la afligía en secreto era oír que todos llamaban á su hermano Marcelo Crepin, señor de la Crepiniera. No comprendía el atrevimiento de cambiar el nombre de sus padres, cuando ella y su hermano habían nacido de gente honrada; pero el agente de cambio la hizo comprender, que, para tener éxito en el mundo, había ciertas precauciones y conveniencias indispensables. Denise Le Rond tuvo que prometer no contrariar á su hermano á quien tanto quería, y se contentó con llamarle ella sencillamente Marcelo, como estaba acostumbrada á llamarle desde su infancia.

Habiendo terminado esa brillante boda, Denise Le Rond dejó á los nuevos esposos y regresó á su habitación campestre, en donde se encontraba más libre y más feliz que en los deslumbradores círculos de los financieros. Le parecía que acababa de ver fuegos artificiales, ó que había tenido un hermoso sueño. Cuando comparaba á aquel Marcelito que tantas veces había llevado en los brazos y mecido en su regazo, con ese gordo señor de la Crepiniera, que sin embargo, la había recibido cordialmente, no podía menos de reír de la vanidad de los opulentos del día y de las tonterías que esa vanidad les hace hacer.

Pronto supo que Madama de la Crepiniera, su cuñada, había dado á luz una niña; y ella, como la parienta más cercana del lado paterno, fué elegida para madrina de la niña. Denise Le Rond volvió pues á alejarse de su rica granja con gran dolor de su corazón. Toma la diligencia y llega á la mansión del señor de la Crepiniera. Estrecha en sus brazos á su querido Marcelo, dándole una docena de besos, y recibe una acogida bastante cordial, pero algo embarazada. En seguida, entra al cuarto de la recién parida, á la que abraza varias veces, llamándola mi queridita, mi mujercita, madrecita mía... esto hace que la bella dama haga un gesto bastante desdeñoso, que no deja de notar la perspicaz aldeana.

¡ Ah! á propósito; — dijo ésta con su natural efusión —

¿ á quien me va usted á dar por (padrino) compadre ? Si es uno de esos pedantes que creen comprometerse al lado de una aldeana, por honrada que sea, le advierto á usted que le pondremos en su lugar como merece, y nos reiremos de él. Pero si es una de esas buenas gentes que hacen caso de los agricultores, y que no temen que al estrecharles la mano les desollemos su fina piel, encontrará en su comadre quien le pague en la misma moneda. En cuanto á usted, mujercita, presentamos á usted como obsequio, esta escudilla de plata que mi finado padre ganó en otro tiempo como premio de nuestra aldea. Bebió en ella la víspera de su muerte, el pobrecito, y deseamos que su nuera beba en ella á cada nuevo niño que nos dé; porque á usted, madrecita toca perpetuar la familia, que vale la pena de ser perpetuada. Pero como no conocemos los usos de las grandes señoras, y como ignoramos completamente lo qué podría agradarla más, hemos puesto en el fondo de la escudilla un rollo de cincuenta escudos para que se compre las baratijas que puedan agradarla. Dispénsese usted, cuñada si no sabemos adornar nuestra ofrenda con bellas palabras; pero en cambio de no poder expresarnos como quisiéramos, sentimos exactamente lo mismo que vosotros; usted lo puede ver en la emoción que siento al estrecharla en mis brazos.

Esa efusión de la naturaleza, esa simpática mezcla de palabras bruscas y de bondad, conmovieron á la bella dama de la Crepiniera, á tal grado que devolvió á Denise Le Rond uno de sus besos, con tanto afecto que se llenaron de lágrimas los ojos de esta excelente mujer. En ese momento entra el compadre que la habían destinado. Era el hermano de la parida : un elegante del día, cuidadosamente vestido, lleno de las mil bagatelas que la moda inventa en sus efímeros caprichos. Habiendo sabido quien era la madrina que él iba á acompañar como padrino, se imaginaba que se iba á divertir haciéndola burla; pero pronto fué desarmado por esos golpes rectos que parten del corazón y desconciertan al más intrépido burlón. Se vió obligado á limitarse á una cortesía verdadera, para escapar á las pullas con que se veía abrumado. Obrando ya con seriedad, hizo una seña al criado para que presentara á su comadre el obsequio acostumbrado. Era una gran cesta de tafetán rosado, bordado con flores y con iniciales

de lentejuelas de plata. Denise Le Rond se apresura á abrirla imaginándose que contiene un rico regalo, que ya había resuelto para sí, entregar á su cuñada; pero cual sería su sorpresa al no encontrar más que ¡un ramillete de flores artificiales, un abanico de madera de sándalo y una docena de pares de guantes!... ¡ Eh! — se dijo Denise — lo de encima vale más que lo de adentro : es todo lo contrario en nuestra aldea. — Pone el ramillete al lado suyo, se clava el abanico en el cinturón de su delantal de seda tornasolada, y trata de ponerse un par de guantes, que hace pedazos al primer tirón; prueba otro par : Apenas cabe la punta de sus dedos. Vamos, compadre, ¿ ha elegido usted eso para manos de muñeca? Debía haber tomado guantes de hombre para mí, buen hombre, y aún así, no habría sido sino muy cabal. Felizmente tengo allí mis mitones ó guantes sin dedos, mitones de hilo blanco. Al decir esas palabras, se los pone, toma el brazo del padrino, y seguida de su hermano, de la partera y de la nodriza, llega á la iglesia, en donde se hizo el bautismo con toda la pompa usada por los ricos y de alta distinción. Pero Denise sólo se ocupa de la niña, del destino que la costaría; y se la oye invocar las bendiciones del cielo, con un fervor que conmueve, prometiendo á Dios ser una madre para su ahijada, si fuese necesario. Lo que más la agradó en esta ceremonia, fué que, en los registros del estado civil, la niña fué inscrita con los nombres de Marcelina-Denise-Pamela Crepin.

— Vamos, vamos, — se dijo entonces la madrina — ya que Marcelo no ha olvidado su verdadero nombre, dejémosle tapujarse á su gusto con el título de señor de la Crepiniera, y figurar en el mundo como hombre de ilustre nacimiento, como noble, puesto que es preciso eso para echar polvo en los ojos, para deslumbrar.

Por graciosas que fuesen al principio las ingenuidades de la buena aldeana, no tardó en echar de ver que hería la vanidad de ciertas gentes. Su hermano la hizo, á este respecto, varias observaciones, que hicieron conocer á Denise Le Rond, que el fastuoso agente de cambio comenzaba á sufrir con la presencia de su hermana. Se convenció también que Madama de la Crepiniera deseaba que se marchara. Se apresuró pues á partir; y con el pretexto de importantes ocupaciones que la

esperaban en el Bréhémont, regreso allá, recapitulando en todas las extravagancias que produce el amor al lujo, y rogando á Dios que su querido Marcelo no acabase por ser víctima de él.

Sus votos parecieron ser atendidos : M. de la Crepiniera llegó á ser una de las fuertes cabezas de la bolsa de París. Poco después vendió su cargo de Agente de Cambio por cerca de un millón de francos, y se dedicó á la banca; lo cual le puso en relación con las primeras plazas de Europa, con los grandes señores y con los más ricos capitalistas. Su morada se volvió un palacio, y arreglado con un tono análogo á su nueva existencia. Madama de la Crepiniera tuvo lacayos y carruaje, de cólera de no tener derecho de poner librea á sus criados, los llenó de galones. Cada semana daba una comida de treinta cubiertos, en donde reunía á los primeros banqueros y á los más grandes señores. Después dió á luz otra hija, que se llamó Leonia, de notable belleza, y cuya inteligencia, que diariamente se desarrollaba como por milagro, anunciaba que sería una mujer tan distinguida, por el ingenio como por los dotes de la naturaleza.

Se había informado á Denise Le Rond, que tenía otra sobrina; pero la carta que su hermano la hizo escribir con este motivo por su secretario, no contenía ninguna invitación de venir á tomar parte de la alegría de la familia. Hasta creyó Denise notar cierta circunspección, por no decir frialdad, que parecía informarla que no era más que cumplir hacia ella con un deber indispensable. Su excelente corazón sufrió de eso; pero no sintió librarse de un viaje, que quizá la habría expuesto á nuevas humillaciones.

Pasaron varios años : Denise Le Rond, tenía entonces cuarenta y seis años; su ahijada tenía diez : no la olvidaba un momento. Todas sus utilidades, todas sus economías, las destinaba á dotar un día á su pequeña Denise, que decían era encantadora, bien criada, y la cual la había ya escrito dos bonitas cartas que cada día volvía á leer, y que siempre llevaba consigo para hacerlas admirar á sus vecinos. La joven Leonia tendría también una parte en su testamento; fortuna que cada año aumentaba; pero la mayor parte pertenecía por derecho á su ahijada, á su hija adoptiva, que se prometía ir á ver á la primera ocasión favorable. No esperó mucho tiempo;

llegó la época en que la señorita de la Crepiniera debía nacer su primera comunión; su madrina, quiso, en esta circunstancia mostrarse digna de un título tan sagrado.

La Providencia pareció secundar sus designios; hacía mucho tiempo que no había tenido una cosecha tan abundante; y sin que la hiciera falta, podía disponer de cien escudos que había economizado para la ejecución de su proyecto. Instruída por su hermano del día solemne, pues la escribía de vez en cuando, partió en su calesa enganchada á dos vigorosos caballos, manejados por su primer mozo de granja, y después de cinco días de camino, llegó á París, paró en una casa de huéspedes, amoblada, y rogó á la dueña, de dirigirla en las compras que deseaba hacer.

En poco tiempo arregló una cesta de raso blanco, conteniendo el vestido completo para una primera comunión. Habiendo descubierto el nombre y las señas de la costurera de su ahijada, hizo hacer para ella, un traje de tul bordado, con los más ricos adornos, y los más modernos. A este traje añadió un velo análogo, y todo lo que componía la *toilette* de una joven de la más elevada posición. Encargó á uno de los mozos del hotel que tomara prestada una librea y llevara la cesta á casa de su hermano, en la noche, á las ocho en punto; haciéndole prometer que no diría el nombre de la persona que le mandaba.

— Soy de opinión — decía Denise Le Rond viendo, que esa cesta vale bien la que me dió aquel chisgarabís, cuando fui madrina; no me disgustaría hacerle un gesto de burla. Pero sobre todo, tengamos sangre fría, y vamos donde mi hermano en mi calesa: todos creerán que llegó de Brehemont, y no podrían imaginarse que la cesta presentada á mi ahijada, sea una jugada de su madrina. ¡ Oh ! ¡ qué gusto ! ¡ qué alegría para mí, sorprenderlos á todos en el momento de la comida, abrazar á Marcelo, estrechar en mi seno palpitante de gozo á esa bonita chiquilla, ¡ que es la primera que he presentado á Dios en mis brazos !

A las seis se dirige al palacio de M. de la Crepiniera, entra con su calesa en el patio, después de haber, con trabajo, convencido al portero, que ella era hermana del amo de la casa. Sube al primer piso, en donde dos lacayos cubiertos de galones, la dicen que el señor, sólo por la mañana recibe á sus arrendatarios, y que no se la permite la entrada.

Entra sin embargo, da su nombre y se ríe de la consigna, atraviesa un vasto comedor en donde se han preparado veinte ó treinta cubiertos; en la puerta del salón encuentra á un tercer lacayo, que también quiere evitarla la entrada : se burla de él, da vuelta al botón dorado de la cerradura, y de pronto se encuentra en medio de un brillante círculo ; sin desconcertarse, recorre la reunión con la mirada en busca de su hermano, éste se adelanta hacia ella muy sorprendido y confuso : con su cordial naturalidad Denise abraza, recibiendo en cambio una acogida glacial y un reproche de venir á sorprenderle de ese modo.

— Zorro mío, — responde Denise, con una franqueza mezclada de altivez — hasta ahora habíamos creído que una hermana era siempre bienvenida. — Al decir estas palabras, todas las miradas de los invitados se fijan en ella : unos la miran de pies á cabeza sorprendidos; otros parecen mirarla con el más vivo interés; pero la persona más abrumada por la repentina aparición de la aldeana fué Madama de la Crepiniera, su cuñada. Encendida de despecho y confusión, obligada á levantarse de su canapé para ir al encuentro de Denise Le Rond, su actitud, su modo de andar, su voz alterada, sus ojos bajos, todo demostraba lo que sufría. Al fin, volviendo en sí, encuentra la fuerza de decir á Denise :

— ¡ Vamos ! ¿ y qué negocio importante la trae á usted á París?

— Ninguno, madrecita, excepto el deseo de ver y de abrazar á mi ahijadita. Ahora debe estar hecha una bella señorita : ¿ en dónde está ahora ? queremos estrecharla contra nuestro corazón...

— Hela aquí — contesta Madama de la Crepiniera, presentándola : — Hija mía, ¡ saluda á tu madrina !

— ¡ Saludarme, dice usted !... ¡ ah ! ¡ ven, más bien, ven á mis brazos, hijita mía !... ¡ Voto á tal ! ¡ qué bonita es ! ¡ qué agraciada !... ¡ Ah ! ¡ dé ame que te abrace otra vez ! ¡ no podemos saciarnos !... ¡ mi Denisita !

— Pero yo no me llamo Denise, señora : mi nombre es Pamela — la responde la señorita toda sofocada por los vigorosos abrazos de su madrina, y en seguida, se limpia con su pañuelo bordado los besos que ha recibido.

— ¡ Eh ! ¡ ya se hace la remilgada ! Te advierto hijita,

que eso no pega conmigo. Que tu madre te llame Pamela es su nombre: nada más justo; pero yo, no te llamaré nunca más que Denise, por que entre nosotros la costumbre es tomar el nombre de su madrina... Perdonen, excúsenme, caballeros y damas, si de paso, doy esta lección á esta jovencita; pero en cuanto al respeto por sus parientes somos muy severas : ¿ has oído ? recuerda bien esto, mi Denise... Y tu hermana, ¿dónde está? ¡ quiero abrazarla á su turno !... en el supuesto que la señorita me lo permita.

Madama de la Crepiniera le presenta á Leonia, que se aproxima toda avergonzada, y recibe los dos besos que la da su tía, á quien nada se escapá, y que trata de disimular con su franca alegría, es sufrimiento que siente por la acogida que se la hace.

Se anuncia que la comida está servida.

— ¡ Buena noticia ! — exclama Denise Le Rond; — hemos andado diez lèguas sin parar, y sentimos un apetito de aldea; eso es decirlo todo.

Al concluir esas palabras, se engancha en el brazo de su hermano, que parece excesivamente contrariado, y se sienta á la mesa á su derecha, diciéndole intencionalmente : Si tú vinieras á mi casa, te sentarías en el lugar de honor : yo lo tomo en tu casa, y por tanto, estamos en paz.

Marcelo no respondió á esta familiaridad más que con un silencio que parecía expresar al mortal embarazo en que se encontraba : de lo cual, la mayor parte de sus convidados envidiosos de su elevación, se divertían en secreto. Este embarazo lo tenían también Madama de la Crepiniera y sus dos hijas. Pamela no se atrevía á levantar los ojos hacia su madrina. Su madre, durante toda la comida, no dirigió una palabra á su cuñada : apenas tenía fuerzas para hacer los honores de la mesa, mientras que Denise Le Rond, que advertía su confusión y quería castigarla, dominaba la conversación y hacía desternillarse de risa á los más alegres convidados con sus narraciones picantes y naturales. Pero cuanto más se animaba, mayor era el suplicio de la bella dama. Así es que apenas se sirvieron los postres, se levantó de su asiento, y todos pasaron al salón á tomar el café.

Mientras se forman diferentes grupos, Denise Le Rond se apodera de Pamela, y la dice :

— Tú eres, hija mía, la causa de mi viaje : supimos que dentro de dos días harías tu primera comunión; y habríamos creído faltar á nuestro deber, no viniendo á unir nuestras oraciones á las de la familia.

— Agradezco á usted mucho, señora.

— ¡ Otra vez señora!... Llámame Denise, ó mejor, mi madrina, eso no te desollará la boca, y ¡ me dará tanto gusto!

Pamela sólo respondió sonrojándose á este impulso del corazón...

En fin, el péndulo da las ocho; y vienen á avisar que un viejo lacayo con librea, es enviado para entregar una cesta á la señorita Pamela. Le hacen entrar, y coloca sobre un aparador el rico obsequio preparado por Denise, retirándose al instante en conformidad con las órdenes que había recibido. Se abre la cesta, y lo primero que se encuentra es un papel en donde había escrito : A la señorita de la Crepiniera, la mayor, de parte de una persona tiernamente adherida á su familia.

— Si yo hubiera firmado Denise Crepin — se dijo en voz baja la madrina abandonada en un rincón del salón — pronto sabrían que soy yo : ¡ Veamos lo que va á resultar!

Pamela se apresura á sacar de la cesta todo lo que contiene; y su sorpresa es tan grande como su alegría, al examinar los diferentes objetos que parecían haberse hecho á su medida.

Todo es de muy buen gusto y de una frescura admirable. Pero lo que lisonjea su vanidad, es un velo de Inglaterra, que calcularon debía haber costado por lo menos cincuenta escudos.

Nada falta á esa rica *toilette*, y la señorita Pamela considera una gran fiesta vestirse tan ricamente para la augusta ceremonia del día siguiente. Entonces se pone á buscar en su pensamiento quién podía ser la generosa persona que había podido hacerla semejante regalo. Sus sospechas se dirigen á tal ó cual persona de alta posición, cuyos fondos y fortuna son administrados por su padre. El señor de la Crepiniera está persuadido que ha sido la Embajadora de España, á la cual él ha hecho importantes servicios; Madama de la Crepiniera cree más bien que ha sido la mujer del banquero de la corte de Berlín, á la cual ella ha enviado con regularidad todo lo que la moda inventa en París. Cada cual manifiesta sus dudas, su opinión, cada uno se imagina que la rica cesta es un obsequio hecho por una mano opulenta y de la más elevada

situación, mientras que la humilde madrina, retirada aparte, se decía riéndose de esas diferentes suposiciones.

— Si supieran, que es Denise Le Rond á quien reciben con tanta frialdad, y de la que parecen avergonzarse tanto, eso les probaría que valemos tanto como todos ellos, y que no se necesita más que oro para elevarse á su altura.

Pero el corazón de Denise tuvo que sufrir más duras pruebas. Entre las diversas conversaciones que se traban alrededor de ella y de las que no pierde una palabra, oye á varias personas de condición compadecer á M. de la Crepiniera de verse obligado á recibir en su mesa á esa mujer palurda, llena de desenfado, que dice ser su hermana.

— Hermana de leche solamente responde el gordo banquero, sonrojándose. — Esas gentes se imaginan que tienen sobre nosotros los derechos de consanguinidad : son de esas cargas aplastadoras, que de repente le caen á uno en la nuca y que hay que soportar... Pero desde mañana mismo espero desembarazarme de esa fulana.

Denise se pone pálida al escuchar esas ultrajantes palabras, la tiemblan las piernas. En el primer arrebato quiso desmascarar á Marcelo Crepin y tratarle como merecía; pero temió hacerle daño en la opinión de esos grandes personajes que había reunido; y para no ceder á la comezón que sintió de hablar, á la indignación que la ahogaba, se retiró sin que nadie lo notara, bajó á las cocinas, y dió orden á su mozo de granja de enganchar los caballos á su calesa. Pronto sube al coche, echando la última mirada á las ventanas del salón, y se dirige á la posada, en donde había parado pocos días antes, prometiéndose, bien decidida, no volver á ver al ingrato, al insensato á quien la opulencia, frecuentemente pasajera, había hecho olvidar hasta el deber más sagrado de la naturaleza.

Cuando todos se hubieron retirado, M. de la Crepiniera buscó á su hermana, y pregunta en qué departamento de su palacio la habían alojado. Ninguno de sus sirvientes puede darle razón. Al fin, por el portero sabe que su hermana se había marchado en su calesa, suspirando y con los ojos llenos de lágrimas, y que decía á su mozo de granja :

— Apresúrate Jaime á sacarme de aquí; el aire que respiro me desgarrá el corazón. ¡Oh! ¡Marcelo, Marcelo! ¡es posible que reniegues de tu sangre!

Esas palabras repetidas fielmente, causaron una viva emoción al banquero. Reconoció, pero demasiado tarde, que había ultrajado á la mejor de las mujeres, á la amiga de su infancia. Su primera idea fué que corrieran á alcanzarla; pero su vanidad le habló en voz baja diciéndole que sería comprometerse y dar á Denise Le Rond una importancia de la que ciertamente abusaría. Sin embargo, en toda la noche no pudo encontrar un momento de reposo. Denise Le Rond huyendo de su palacio no se borraba de su imaginación, y su portero refirió las siguientes palabras que le había oído como si penosamente le salieran del fondo del alma: — ¡ Marcelo ! ¡ Marcelo ! ¡ puede uno renegar de su sangre !

Fué no obstante distraído de ese pasajero disturbio por sus importantes ocupaciones, y sobre todo por Madama de la Crepiniera y por sus dos hijas, que en alta voz vituperaban la brusca partida de Denise, pero de la que se alegraban estar desembarazadas. Decían que nada era tan insoportable como esas gentes de aldea, que siempre se imaginan ser desdeñadas. Marcelo sin embargo, creyó deber escribir á su hermana de su puño y letra, muy convencido de que fácilmente obtendría el olvido de todo lo que había pasado. Recibió la siguiente respuesta :

— « Señor banquero, porque ahora ya no podemos llamarle mi hermano... Nos apresuramos á responder á la carta con que usted nos honra. »

« Soy demasiado franca para ocultar á usted, que tú ya no eres nada para mí... En vano trataría de volver á colocarte en un corazón donde tú ocupabas el primer lugar. Tú le has de tal modo desgarrado, que tu nombre pasaría del otro lado sin dejar el menor rastro en él... Lo que más me duele en todo eso, es que tú debes sufrir aún más que yo, á pesar de tener yo una buena dosis de dolor. Jamás me volverá á ver el señor banquero en su palacio... No iremos más á que reniegue de su propia hermana... Madama de la Crepiniera que no es más que una Crepin, ya no se sonrojará de la tía, de la madrina de su hija... ¡ Adiós Marcelo !... ¡ Adiós señor !... me ahogo... Y sobre esto, rogamos á Dios que no os castigue por haber despreciado á tus parientes. »

Este desahogo de un alma herida y á la vez altiva, produjo en M. de la Crepiniera una especie de anatema que no pudo evitar. Escribió varias cartas á su hermana sin obtener respuesta. Esta ruptura le ocupaba el pensamiento y le atormentaba la razón. Resolvió hacer un viaje á Bréhémont, é ir en persona á obtener el perdón de sus faltas; pero se lo impidió un primer revés de fortuna, que sufrió á causa de los acontecimientos políticos. Quiso reparar este fracaso por medio de altas especulaciones sobre la Bolsa de París : la suerte le fué de nuevo desfavorable. Arrastrado por la fatalidad, comprometió la dote de su esposa, para quien los mayores sacrificios no costaban nada para satisfacer su insaciable deseo de brillar en el mundo. Insensiblemente, una de las casas más acreditadas de París, fué completamente arruinada. El banquero perdió la cabeza. Privado de sus últimos recursos, abandonado por aquellos á quienes creía sus amigos, se entrega á la desesperación y va á arrojarle al Sena, dejando en la miseria á su esposa, acostumbrada á la opulencia y á sus dos hijas, de quince y diez y seis años, criadas en el fausto y en las ilusiones de una gran casa. Se vendió todo en el suntuoso palacio de M. de la Crepiniera. Sus numerosos acreedores engañados y reducidos á la décima parte de sus capitales, no tuvieron piedad é hicieron que se declarara fraudulenta esa bancarrota. La viuda, tan vana como desesperada, murió de pesar. Pamela y Leonia se refugiaron en casa de la familia de su madre. Pronto notaron que se habían vuelto allí una pesada carga, y tuvieron mucho que sufrir en su amor propio.

Un día que trataban de ponerse de acuerdo sobre los medios á adoptar para hacer cesar su cruel posición, entró en su modesto gabinete, un viejo criado con librea, que Pamela conoció era quien le había llevado la rica cesta en la época de su primera comunión. El discreto emisario las hace saber que le envía la misma persona que había sabido sus desgracias, para ofrecerlas un asilo y todo lo que pudiera indemnizarlas de las crueles pérdidas que habían sufrido. Pamela pregunta :

— ¡ Ah! ¿ y quién es esa persona tan generosa y tan previsora? No he podido conservar más que su cesta, de la que no me separaré mientras viva.

— Seguramente es una dama de alta posición — añade

Leonia con respetuoso interés. — ¡ Oh ! ¡ qué deseos tengo de conocerla pronto !

— Se me ha prohibido decir su nombre; — repuso el viejo servidor — pero si las señoritas tienen confianza en mí para ir en mi compañía donde mi buena ama, que las espera, hay un coche en la puerta y tendré el honor de acompañarlas.

Las dos huérfanas se miran, y mutuamente leen en los ojos de su hermana, el deseo de conocer el anónimo, cuya manera de conducirse y la riqueza del regalo que la cesta contenía, parecen colocarla en la clase más elevada de la sociedad. La librea del viejo lacayo, su rostro abierto y franco, y la necesidad de salir del estado humillante á que estaban reducidas, no las permiten vacilar. Siguen al viejo emisario, suben al carruaje de alquiler y llegan al hotel de la calle Croix-des-Petits-Champs. Allí se las introduce en un aposento bastante espacioso. El lacayo pasa á una segunda pieza, y, en el momento en que la imaginación de Pamela y de Leonia las hace creer que va á presentarse ante ellas alguna persona de elevada posición, se arroja sobre ellas Denise-Le Rond, con los brazos abiertos, llena de alegría y tan profundamente emocionada que no puede pronunciar una palabra.

— ¡ Es nuestra tía ! — dice Leonia.

— ¡ Es mi madrina ! — añade Pamela.

— ¡ Ah ! ¡ repite ese nombre ! — responde Denise — y me consuelo de todo lo que he sufrido... Sí, es tu tía, tu madrina... ó más bien, es la madre de las dos, que os adopta y os estrecha contra su corazón ! ¿ Habéis podido pensar que informada de vuestra desgraciada suerte, yo habría tenido la inhumanidad de abandonaros.

— ¡ Ah ! ¡ tía mía ! ¡ usted había sido tan cruelmente ultrajada en nuestra última entrevista !...

— ¡ Y es en el momento mismo en que yo me sonrojaba de mi madrina, — dijo Pamela con alterada voz — que ella me colmaba con sus obsequios !

— Convengo en que fué cosa dura, y me comía la lengua por revelaros vuestra equivocación; pero eso hubiera sido humillaros á mi vez, y me faltó el valor de hacerlo... En todo eso no ha habido más que un verdadero culpable : ¡ Dios lo castiga cruelmente !... ¡ Que eso os sirva de lección ! No olvidéis queridas niñas, que si, entre las ramas que salen

del mismo tronco, hay unas que se elevan sobre las otras, están por eso mismo, más expuestas á la tempestad... Pero ya no hablemos de eso. Mañana mismo partimos para Bréhémont, en donde no podré ofreceros todo lo que os halagaba en este París; pero encontraréis gentes honradas, buenas; á veces el bienestar, la paz del alma, y sobre todo ninguna humillación... Es sin embargo con la condición — añade Denise abrazando á Pamela, que no se limpiará nadie con su pañuelo, los besos de su madrina : sería demasiado trabajo siendo tantos... Es con la condición — añadió abrazando á Leonia contra su corazón, que ya no se harán á su tía Denise Le Rond, esos gestecitos de desdén que rechazan, por mucho que sea el cariño que una tenga.

— ¡ No ! ¡ no ! — respondieron á un tiempo las dos huérfanas — seremos vuestras hijas sumisas, obedientes; y para convencer á usted, no queremos mostrarnos en su casa más que con vestidos de aldeanas.

— De ningún modo, señoritas, exijo que ustedes no cambien sus vestidos ni sus costumbres. Si los míos han desagradado á ustedes, los de ustedes me convienen. Es preciso que cada cual permanezca en su lugar.

Denise y sus dos sobrinas, partieron en efecto el día siguiente en la calesa conducida por el mozo de granja, la cual las sacudía un poco. Después de varios días de camino, llegaron á la entrada de una habitación rural, en donde todo anunciaba la abundancia y el amor al trabajo. Las dos huérfanas fueron recibidas por los jornaleros y pastores con aclamaciones de la más viva alegría : se había podido creer que entraban en su propiedad. Introducidas en una gran pieza en el piso bajo, en donde brillaban los muebles encerados, y numerosos platos de estaño, no podían cansarse de admirar el orden y la limpieza que reinaban por todas partes.

Después de una excelente comida, la madrina las dijo con la sonrisa de una alegría secreta :

— ¡ Vaya ! mis queridas chiquillas, no podríais dormir en esta parte de mi habitación que da á los gallineros : os he preparado, en una antigua torre cuadrada, encima de mi lechería, un rinconcito en donde estaréis más á gusto, en donde podríais ocuparos según vuestros gustos y costumbres. Al decir esas palabras, las condujo, por un muy bonito jardín, lleno

de flores, á un edificio separado, las hizo subir á un primer piso, abrió una puerta que daba á una antecámara, en donde estaba una antigua criada encargada de la ropa blanca de la granja, de allí por una segunda puerta pintada color de caoba, las condujo á un cuarto con dos camas, enteramente igual al que ocupaban las dos huérfanas en el palacio de su padre.

Denise había comprado todos los muebles del palacio en la venta que tuvo lugar; de suerte que Pamela y Leonia volvieron á encontrar todo lo que era de su uso : una, su piano; la otra, su arpa, su colección de música, el péndulo y las jarras de alabastro que adornaban la chimenea; los cofrecillos, los cristales, el bastidor de bordar, en una palabra, todo lo que tanto las había encantado en su infancia y que tanto habían sentido perder. Pero lo que causó más viva impresión á las dos huérfanas, fué el retrato de su padre, admirablemente pintado por un célebre artista, de un parecido extraordinario. El rico banquero lo había mandado hacer, poco antes de su desastre. Arrojaron ambas un grito de sorpresa y emoción, y al pie del marco dorado, leen estas palabras que Denise Le Rond había hecho grabar, y que el original parecía dirigir á las dos huérfanas : *¡ No despreciéis jamás á vuestros parientes !*

— ¡ Jamás ! — exclamaron Leonia y Pamela cayendo de rodillas á los pies de Denise, cubriendo de besos sus benéficas manos ! — ¡ Jamás ! ¡ Oh ! ¡ mi buena tía ! ¡ mi digna amiga ! ¡ Jamás ! ¡ Oh ! mi excelente madrina !

LA PROFESORA



Un día paseaban las dos por el parque del antiguo castillo.

LA PROFESORA

Después de haber probado lo que debemos á nuestros parientes, cualquiera que sea la condición en que la suerte les haya colocado, y sea la que fuese la distancia que la casualidad se haya complacido en establecer entre ellos y nosotros, tratemos, con un ejemplo tomado también en la sociedad, de indicar los derechos que tienen aquellos que se esfuerzan por formarnos el corazón, aquellas personas que se consagran tanto por gusto como por deber, á dar luz á nuestra inteligencia. Si los que nos han dado la vida tienen adquiridos nuestro respeto y amor, también debemos adhesión sin límites y eterno agradecimiento á aquellos que nos han dado lo más precioso después de la vida : la instrucción, la elevación del alma, los talentos que doblan el brillo de la riqueza y son un recurso en la desgracia; en una palabra, esa existencia moral, tesoro de todos los tiempos, patrimonio indestructible, origen inapreciable de nuestros pensamientos, de nuestras acciones y de la dignidad de nuestro ser.

Alfonsina, hija única, heredera del barón de Moncontour, antiguo intendente general de los ejércitos, había sido acostumbrada desde su infancia, al orgullo del nacimiento, á la ridícula tiesura de los advenedizos. Su padre, de una clase obscura, y cuyo nombre de familia era Fremont, había servido, siendo joven, en la administración de los convoyes militares. Su celo, su inteligencia, y la rápida ejecución de las órdenes recibidas, le habían hecho distinguir de sus jefes, y le habían elevado al primer grado.

Después de haberse distinguido por brillantes servicios,

tuvo el honor de salvar una parte de nuestras tropas en una memorable retirada; y para esta grande operación, había sacrificado no solamente todos los fondos de que era depositario, sino también el dinero que le pertenecía en particular. Esa abnegación cívica le hizo adquirir el título de barón, que él deseó fuese de la tierra de Montcontour, de la cual fué propietario, y le valió el reconocimiento del ejército y la consideración pública.

Enrique Frémont, convertido en barón de Montcontour, se casó con una rica heredera alemana, en la época en que nuestros ejércitos victoriosos penetraron en Alemania. Esta dama, infatuada de su nacimiento, y pretendiendo descender de una antigua familia de Helvecia, no tenía menos vanidad que su esposo. Para ella, sólo las personas con título tenían valor; se puede decir, que no se podía llegar á ella más que llevando en la mano su propia genealogía. Como esta ridícula manía estaba apoyada por una gran fortuna, la mayor parte de los habitantes de la ciudad de Tours la sufrían en silencio; pero también había gran número de personas de carácter independiente y de buena posición social, que la criticaban y no podían soportarla. Remontaban al origen de Enrique Fremont, y la antigua nobleza del país, colocaba al barón de Montcontour solamente entre los advenedizos.

Se comprende que la joven Alfonsina se imaginase que la baronía de su padre remontaba á la mayor antigüedad, y por tanto, participaba de la tiesura de sus padres. Acababa de cumplir doce años de edad. Hasta entonces, su educación únicamente había sido dirigida por su madre, que no entendía nada de eso, y por su padre que, fuera de la administración militar, no tenía más que el sentido común necesario para manejar su fortuna y mantener su casa. Así, Alfonsina tenía necesidad de un guía, de un aya, y entre las personas de mérito propuestas á la baronesa de Montcontour, eligió á una señorita Maigret, que privada de sus padres, obligados á expatriarse debido á los disturbios políticos, había regresado á Francia, y buscaba el modo de hacer un noble uso de sus talentos. Aceptó la oferta de los padres de Alfonsina y se encargó de la educación de su hija, cuyas disposiciones intelectuales igualaban á la viva expresión de su rostro y á la gracia de toda su persona.

La señorita Maigret, era una de esas mujercitas en las cuales la naturaleza parece haber querido encerrar, en poco espacio, todo lo que el alma tiene de grande y generoso, todo lo que el pensamiento tiene de más brillante y característico. No había género de literatura que no la fuese familiar, ninguna ciencia que no hubiese profundizado; pero ocultaba su raro mérito bajo una modestia tan verdadera, que ni los tontos echaban de ver su superioridad. Buena, expansiva, no pensando más que en la felicidad de los demás sin ocuparse de la suya, consagraba al placer de instruir y de ser útil, todo el tiempo que podía sustraer la estudio. En público, tímida y silenciosa, pero observando todos los movimientos del corazón humano; en la conversación privada, era agradablemente comunicativa, y de un atractivo irresistible. Llamaba la atención y la fijaba por su saber; interesaba y atraía por el encanto de su ingenio y la fuerza de sus razonamientos.

Según ese fiel retrato, no puede sorprender el gran placer que sintió Alfonsina al principio, de encontrarse bajo la tutela de semejante institutriz. En poco tiempo hizo rápidos progresos. Estos fueron tan notables, que el barón no cesaba de manifestar á la señorita Maigret, toda su satisfacción y gratitud. Hasta quiso doblar sus honorarios; pero ésta rehusó que se aumentara el precio convenido, y se contentó con la pensión de retiro que se la había asegurado, cuando su discípula hubiese ocupado en el mundo el puesto que debía darla un matrimonio ya proyectado.

La baronesa también expresaba, aunque con menos entusiasmo, toda su satisfacción por el mérito y los cuidados del aya, que ella llamaba con afectada pompa, *El Aya de mi hija*. Hasta llegaba á veces á confundirla con sus sirvientes.

Un día que se vió obligada á escribir una carta de recomendación á una persona de la alta sociedad y de reconocido mérito, encargó á la señorita Maigret, que corrigiera las faltas de ortografía que se la habían escapado. El aya se apresuró á obedecer á la madre de su discípula, cooperando en hacer este servicio importante. Recorrió la carta y la encontró tan llena de faltas contra la gramática, que se vió obligada á copiarla toda. Esta amabilidad encantó á la baronesa, que no teniendo más que firmar al pie de la carta, la pareció tener un secretario. Pero al día siguiente, escribió un sencillo billete

á la condesa D... pidiéndola un asiento en su palco en el teatro; y tomando como un deber la amabilidad de la profesora, la encargó de nuevo la limpiará su misiva. La señorita Maigret previendo la fastidiosa ocupación con que diariamente sería abrumada, se limitó á corregir unas treinta faltas de estilo y de ortografía en los seis renglones del billete, y se lo entregó á la baronesa. Esta, conoció su indiscreción, pero en secreto se consideró herida de que una simple aya se hubiera copiado sus cartas.

Desde este momento la baronesa de Montcontour ya no tuvo las mismas consideraciones con la profesora, y como nada choca tanto á los tontos orgullosos, como la noble altivez que encuentran, la señorita Maigret fué el blanco de pequeñas persecuciones que tuvo la destreza de eludir. La conducta de la madre, naturalmente influía en la de la hija, la cual fué disminuyendo paulatinamente el tierno apego y grande estimación que antes tenía á su guía querida. Comenzó por ser menos dócil á sus consejos, menos aplicada en sus lecciones, y pronto perdió lo que había adquirido, esa facilidad de elocución, esa elección de palabras propias que la hacían distinguir en las reuniones que frecuentaba, y que tanto envanecía á su padre. Este se quejó á la señorita Maigret, que respondió que no podía hacer más que dar todo su tiempo y empeño á su hija; pero que no la era posible forzarla á la aplicación y obligarla á la confianza.

Por primera vez Alfonsina fué serevamente reñida por su padre; y aunque la profesora no hubiese hecho más que justificarse revelando el cambio que se operaba en su hija y lo mucho que ésta descuidaba sus estudios, la señorita de Montcontour, quedó tan resentida, que cada día hacía sentir á su profesora los efectos de su cólera. Al principio, á las cariñosas expresiones de « Mi buena amiga, mi guía querida, mi ángel tutelar » había sucedido la seca y reservada expresión de « señorita ». En seguida los besos afectuosos que la profesora recibía mañana y tarde de su querida discípula, fueron reemplazados por una reverencia tiesa y desdeñosa. Al fin concluyó por tratar de fatigar la paciencia y la bondad de la mejor de las mujeres, fingiendo no comprender sus explicacionese tan sumamente claras y ordenadas; de ese modo cruel la obligaba á comenzar de nuevo, lo que hacía con una inagotable paciencia.

Hay que confesar — decía entonces Alfonsina de mal humor — que esta lengua francesa es muy difícil y muy fastidiosa... No conozco nada más pesado que esa historia antigua y esa historia romana; y nada más insoportable que esa geografía con sus desiertos y sus regiones lejanas en donde jamás pondré el pie; y esa mitología que me llena la cabeza de nombres fabulosos y de hechos falsos que no me pueden interesar... Toda esa superabundancia de ciencia sólo es buena para ustedes, para personas que se ven obligadas á hacer una profesión de todo eso; pero cuando se posee una posición y fortuna, la instrucción debe limitarse á saber leer, escribir y algunos talentos de recreo para brillar en la sociedad.

— Pero querida Alfonsina — la replicaba la profesora con una dulzura mezclada de cierta dignidad — ese posición esa opulencia de que usted habla, no siempre nos ponen al abrigo de los golpes de la suerte. Se han visto personas del nacimiento más elevado, gemir en el destierro, y, fatigadas de implorar socorros de los demás, verse condenados á las más duras privaciones, y á veces hasta á los sufrimientos de la miseria. En cuanto á la fortuna, con frecuencia se disipa con mucha más rapidez que la que hubo para adquirirla. ¡ La venda que cubre los ojos de la Fortuna, la vuelve tan extraña y caprichosa en sus dones, y tan cruel en sus rigores! Lo que da con una mano, de pronto lo retira con la otra. No podríamos nunca ponernos demasiado al abrigo de esos reveses tan horribles, que nos pueden alcanzar en el seno de la más feliz seguridad, de esos desastres imprevistos, de los que diariamente vemos tantos ejemplos, y que sobre todo atacan la posición y la opulencia de que usted está tan ufana... Preparémonos pues sin cesar, á encontrar en nosotros mismos un refugio contra los peligros de que siempre estamos rodeados. Adquiramos en la prosperidad la instrucción que dé á nuestra alma la fuerza de sobrellevar nuestros reveses, y sobre todo el hábito del trabajo, cuyos incalculables productos nos conducen invariablemente á una suerte mejor.

Yo soy la prueba convincente. Privada de mis padres, huérfana en tierra extraña, encontré en la educación que había recibido, la inapreciable ventaja de no ser una carga para nadie, de encontrar los medios de regresar á mi querida patria, de bastarme á mí misma y de conservar toda mi dignidad.

Ese lenguaje, lleno á la vez de encanto y de verdad, domó por algún tiempo á la joven orgullosa y la hizo reflexionar sobre sí misma. Escuchó entonces á la profesora con algo de docilidad; pero pronto su excesiva vanidad, la hizo imaginarse una gran distancia entre las dos, y repentinamente volvía á su indolencia, á la repugnancia del trabajo y especialmente á sus desdenes, que cada día se hacían más insupportables. Llegaron á tal extremo, que la profesora resolvió emplear el único medio que la quedaba para corregir tanta presunción, revelándola quién era esta modesta persona, que en sus vanas ilusiones, ella parecía confundir con los criados del palacio de Montcontour.

Un día que paseaban las dos por el terrado del antiguo castillo, construído en la ribera derecha del Loira, en la cumbre de rocas escarpadas, y desde donde se descubre la ciudad de Amboise, la señorita Maigret dirigía la vista hacia esta antigua morada de nuestros reyes; un suspiro involuntario se exhala de su pecho. Alfonsina, menos por interés que por curiosidad, la pregunta porqué suspiraba.

— Allí es donde reposan mis antepasados — responde la profesora: — ¿Cómo es posible no echar una mirada filial sobre sus tumbas?

— ¿Sus antepasados de usted, señorita Maigret?... usted quiere decir sus padres... ¿habitan acaso esta pequeña ciudad?

— Mi tatarabuelo fué gobernador de ella bajo Luis XIV, poco después de la conquista de Flandes.

— ¡Gobernador! dice usted... ¿era hidalgo?

— Era el conde Maigret de Vausan, que se cubrió de gloria en el sitio de Tournai, á la vista del rey: fué recompensado con el gobierno del castillo de Amboise. Mi bisabuelo le sucedió; pero mi abuelo, que prefería la residencia de la corte, fué nombrado por Luis XIV teniente de sus guardias. Creo que fué en esa época cuando se casó con la hija única del propietario de ese castillo.

— ¿Entonces usted conocía Montcontour antes de venir á mi lado?

— Allí nací, y allí pasé los primeros diez años de mi vida, los más felices que el cielo me haya concedido. El abuelo de usted también habitaba Montcontour... me parece que le estoy viendo...

— ¿ Mi abuelo? ¿ y qué era mi abuelo pues?

— Ayuda de cámara del mío, señorita... se llamaba Frémont, hermoso anciano y el mejor entre los hombres... muy frecuentemente me llevaba en los brazos, acompañando á mi excelente madre en este mismo terrado. Bien lejos estaba él entonces de pensar que su hijo Enrique sería un día propietario del castillo de Montcontour... y que yo sería un día el aya de su nieta. Tal es lo que producen los disturbios políticos : hacen girar de tal manera la rueda de la fortuna, que los que se encuentran honorablemente colocados son derribados bajo sus rayos, mientras que otros... Pero yo no murmuro de eso. Enrique Fremont, el padre de usted, ha servido valientemente á su país : él sólo salvó á más de veinte mil guerreros franceses, merecía su título y su opulencia. Hasta debo confesar que siento una especie de consuelo al ver el dominio de mi familia en manos de un hombre honrado, de un valiente... Y nada tendría que echar de menos en el mundo, si mi querida discípula, reflexionando sobre lo que la acabo de revelar, reconociese conmigo que, el primero de los bienes y el tesoro más seguro que se puede poseer sobre la tierra, son las cualidades del corazón, las ventajas de la instrucción... En este momento sobre todo, estoy viendo la prueba, puesto que experimento el secreto goce de encontrarme de nuevo en el lugar que me vió nacer, con un título que me honra á mis ojos, y de formar un joven corazón que corresponderá, estoy segura, á las vigiliass que la consagro, á los cuidados que la prometo, al inalterable interés que la dedica su dichosa profesora.

¿ Cómo describir lo que sintió la orgullosa Alfonsina durante esas revelaciones históricas, y esa efusión del alma más noble, del espíritu más delicado? ¿ Cómo pintar ese abatimiento del orgullo humillado, esos ojos bajos mirando al suelo, esa inmovilidad producida por la confusión, por el pesar de haber ultrajado á una señorita cuyo origen estaba muy por encima del barón de Montcontour?

— ¡ Cómo! — dijo Alfonsina echando á la profesora una mirada llena de respeto y admiración, — ¡ Cómo! mi abuelo era el ayuda de cámara del de usted!... ¡ y usted ha podido sin murmurar, soportar el desdén de la hija de uno de vuestros antiguos sirvientes! ¡ Y yo he podido ¡ tanto nos ciega la vanidad! ¡ he podido desconocer tanta grandeza de alma,

tanta resignación sublime!... ¡ Ah! perdone usted á una insensata, que jamás tuvo tanta necesidad de usted, y mire á sus pies á esta joven orgullosa...

— ¡ Venga usted á mis brazos, venga contra mi corazón! — exclama la profesora levantándola. Sí, me consagro á la instrucción de usted, á su felicidad... Pero con la condición que usted respetará, no mi nacimiento, sino el cargo que desempeño cerca de usted... Sobre todo pongo por condición que usted no dirá á sus padres la revelación que me he visto obligada á hacerla. La madre de usted al saber que he nacido por lo menos su igual, perdería el derecho que cree tener de mandarme, y quizá pronto nos separaríamos. El barón, su padre, informado de que soy hija de sus antiguos amos, sentiría tal humillación, que mi presencia le sería insoportable... Déjeme usted bajo el velo que me cubre á los ojos de ellos : si eso me produce algunos pasajeros desdenes, una sola palabra de usted, una mirada, un apretón de mano, me hará olvidarlos. He derramado en su alma de usted una primera idea de lo que una se debe á sí misma ¡ permítame que concluya mi obra! Sea usted la hija adoptiva de mi corazón, y me consolaré de lo que he perdido en la escena del mundo, al ver cada día todo lo que usted gana en él.

La predicción de la profesora se realizó : su discípula llegó á ser una mujer perfecta. El ejemplo que constantemente tenía delante, la habituó por grados á esa noble resignación á ese refugio en sí misma, único asilo de un alma elevada y valiente. Alfonsina guardó el más profundo secreto sobre el nacimiento de la señorita de Vausan, por la cual su gran cariño y veneración, hicieron que fué estimada de sus padres y respetada de todas las personas del castillo.

Llegó la época proyectada por el barón de Montcontour. Su hija, una de las más ricas herederas de Turena, se casó con el hijo mayor de un par de Francia y fué marquesa. Hasta la víspera de ese brillante himeneo, al firmar el contrato de matrimonio de su querida Alfonsina, fué cuando la buena y modesta señorita Maigret se dió á conocer como hija del conde de Vausan, último vástago de una ilustre familia. El barón de Montcontour, pensando en ese mismo momento en su primer origen, se sonrojó y tuvo que saludar á la honorable persona, á quien más de una vez había hecho sufrir su alta-

nería y brusquedad. La baronesa no comprendía la respetuosa sumisión de su marido; pero Alfonsina señalando á la noble hija del conde de Vausan como á su bienhechora, como á su segunda madre, probó que el arte de instruir es el que da más derechos á la gratitud, y que, entre las mujeres, hasta de posición elevada, las hay que tienen á gloria reunir los talentos y desempeñar los deberes de un aya.

LA CAPILLA DE ROUGEMONT
Ó LA JOVEN HIPÓCRITA



De pronto toma una postura teatral y declama los siguientes versos.

LA CAPILLA DE ROUGEMONT

Ó LA JOVEN HIPÓCRITA

¿ No ha encontrado usted algunas veces en el mundo á esas jóvenes de mirada torva, de actitud tiesa y entonada, que no se atreven á mover el pie ó la mano, temerosas de cometer una indecencia; que hablan levantando los ojos al cielo, y, dando un profundo suspiro por los errores humanos, que ni ríen ni se afligen de los acontecimientos de la vida, refiriéndolo todo hasta el mal que ellas hacen, á la voluntad de Dios; que siempre vestidas con una sencillez calculada, pero con arte esmerado, llevan una amplia pañoleta atada bajo la barba con un gran alfiler; que miran como graves faltas los inocentes recreos del espíritu y el reposo del trabajo; como profanaciones los impulsos de una natural alegría; como crímenes, el olvido de los más simples deberes; que huyen de las jóvenes de su edad, pretendiendo vivir sin afectos, sin placeres, y que apenas se atreven á respirar de miedo de contraer un hábito mundano?

Tal es retrato fiel de una joven hipócrita, de la que más de una vez me he divertido estudiando el carácter, siguiéndola la pista hasta descubrir toda su falsedad. Se llamaba Angelina Delcombe y tenía unos quince ó diez y seis años. Sus rasgos, bastante regulares y muy pronunciados, llevaban la señal de un alma ardiente bajo una frialdad estudiada. Su boca de expresión apasionada, parecía cerrada con esfuerzo, sus labios secos, descoloridos, casi nunca habían sentido el

encanto de una sonrisa. Su incomprensible carácter cedía, en apariencia á todas las contrariedades que ella sentía, pero un ligero movimiento convulsivo, y especialmente una amarga ironía, revelaban su secreto sufrimiento. En una reunión, se mantenía siempre inmóvil, sin tomar parte en ninguna conversación alrededor de ella, pareciendo hacer á Dios el sacrificio de sus hábitos, y únicamente por obediencia seguía á su madre, que se obstinaba en llevarla á las reuniones de sociedad.

En efecto, Madama Delcombe, viuda de un director de propiedades nacionales, sufría al ver á su hija única, esperanza de su vejez, abandonarse á esta rigurosa austeridad de conducta, á esa truhanería de una exagerada devoción. Mujer amable y madre tierna, Madama Delcombe hacía consistir la verdadera piedad en esa noble candidez que no se espanta de una honrada distracción, de una efusión legítima; en esa suave indulgencia que sólo cree en el bien y siempre duda del mal; en esa seguridad de sí mismo, justo premio de la virtud; en esa confianza ciega en la bondad divina, que, no habiendo querido crearnos sin algunos defectos, sin duda nos los perdonará, cuando habiendo hecho todos nuestros esfuerzos para corregirnos de ellos, los habremos expiado con el arrepentimiento.

Madama Delcombe y su hija, habían venido á pasar algún tiempo en la bella habitación de Rougemont, situada en la ribera derecha del Loira, á una media legua de la ciudad de Tours. Esta vasta y deliciosa morada, formaba en otro tiempo parte de la Abadía de *Marmonliers*, abadía principal de la orden de los Benedictinos, que ha dado tantos ilustres sabios á Francia. Rougemont era el lugar de reposo de esos opulentos cenobitas; allí iban á descansar de sus asiduos trabajos y de sus ejercicios religiosos. Hoy ese delicioso lugar está habitado por una honorable familia de la comarca; su producto de cultivo tan rico como variado, alimenta á gran número de agricultores; y los pobres del país dudan que los jefes de la orden de los Benedictinos, por caritativos que fuesen, hayan nunca distribuido más limosnas y esparcido más beneficios, que los que hace desde unos cuarenta años, el actual propietario de esas bellas tierras.

Entre las numerosas construcciones que ha hecho levantar,

hay una capilla muy notable, edificada sobre una antigua torre del monasterio contigua á las rocas. En el país se considera, como el punto central de la fundación de esta célebre orden, que tuvo lugar á fines del siglo XIII, fundada por San Martín, primer obispo de Tours, el cual unía á la dignidad de un prelado la humildad y pureza de un anacoreta. Según una antigua leyenda del país, en esta torre fué en donde durmieron, durante varios siglos, siete piadosos peregrinos que, conducidos por un ángel, vinieron á extender en el jardín de Francia, los beneficios de la fe: lo que hizo se construyera, al pie de este antiguo monumento, una capilla, en donde cada año, se efectuaban numerosas peregrinaciones, y la llamaban la *capilla de los siete durmientes*.

Esas antiguas tradiciones, dan todavía hoy cierta celebridad á la capilla de Rougemont; su recuerdo atrae cada domingo un gran concurso de gente para asistir á los oficios que con regularidad hace celebrar el digno propietario de esa vieja morada.

Se comprende fácilmente que, Angelina Delcombe hubiese mirado esta capilla con gran veneración. No pasaba día que no fuera á ella para entregarse á sus meditaciones. Todo, en ese santo lugar, parecía haberse reunido para exaltar su alma y élevarla hacia el autor del universo. Un rico altar, cuadros de nuestros más célebres artistas, una media claridad producida por los vidrios de colores, una lámpara perpetua, un delicioso perfume que exhalan las flores alrededor del edificio, y el encantador aspecto de la parte más bella de Turena, regada por los ríos Cher y Loira, y cuya inmensa extensión parece añadir atractivos á la soledad; ¡ cómo es posible no entregarse á la contemplación, á los profundos pensamientos que inspira el amor de Dios! Así es que nuestra joven inspirada, iba á pasar allí todo el tiempo que podía sustraer á sus ocupaciones profanas.

Su madre tenía mucho trabajo para detenerla á su lado, á fin de atender á todos esos pequeños deberes de sociedad, y hasta para los de la piedad social que, con demasiada frecuencia, descuidaba Angelina. Madama Delcombe permanecía sola casi toda la mañana en su aposento, mientras su hija pasaba horas enteras en la capilla. Apenas se la veía al almuerzo, y cuando venía no comía más que pan y no bebía

más que agua; se persignaba al sentarse á la mesa, y en seguida, guardaba el más fúnebre silencio. Nada en el mundo, ni siquiera la que la había dado el ser, parecían dignos de ocupar sus pensamientos. Si se formaba en la sala una reunión de jóvenes señoritas distinguidas por la más perfecta educación, las huía y parecía echarlas una mirada de lástima. Si proponían algún paseo, tomaba bajo el brazo un gran misal ó la santa Biblia, é iba á refugiarse á la capilla. Cuando el tiempo se nublabá, si se veía en el vasto horizonte una nube tempestuosa y si la lluvia caía en abundancia, nada podía contener el celo aparente de la falsa devota: se dirigía al templo con tanta mayor prontitud, cuanto que sabía muy bien que nadie iría á distraerla allí.

Tanto amo yo y honro la verdadera piedad, la virtud modesta, como desconfío y soy enemigo de esas austeridades fingidas, de esas exageraciones religiosas, que casi siempre, no son más que hipocresía y pretensión.

Admitido en las reuniones de Rougemont, cuyo propietario me es conocido desde hace mucho tiempo y se digna concederme su amistad, observé la conducta, la mirada y todos los rasgos de Angelina Delcombe. Acostumbrado, á causa de la clase de mi trabajo, á estudiar á las jóvenes, me dediqué particularmente á seguir la pista de ésta. El acaso me presentó la oportunidad.

Un domingo asistía yo á misa con todos los habitantes de Rougemont, y me entregaba á mis oraciones, con tanto más celo por cuanto que el sacerdote era uno de mis amigos de colegio, hombre amable, ministro tolerante y digno pastor. Estábamos todos arrodillados en las sillas: unos con un libro en la mano, los otros repitiendo en el pensamiento, las palabras sacramentales del oficiante. Eché de ver cerca de mí á la devota Angelina, que se había arrodillado en las baldosas de la capilla, teniendo en la mano un gran devocionario, y le leía con un fervor ejemplar. El movimiento precipitado de sus labios anuncia que profiere en voz baja una ardiente oración. Colocándome de pie cerca y detrás de ella, me inclino suavemente sobre su hombro, y con gran sorpresa, descubro que tiene el libro vuelto al revés. Lo que más me confunde, es que da vuelta á las páginas una tras otra sin advertir que las letras están patas arriba y sin dejar de mover con rapidez y

mucha expresión los labios, lo cual me parece no ser más que una mojiganga habitual y el modo engañoso de manejarse de una hipócrita. Guardé el secreto de este extraño descubrimiento, y me prometí continuar mi examen con todo el empeño é imparcialidad de un escritor moralista que estudia el corazón humano.

Al día siguiente, obtuve una segunda prueba que me confirmó en mis sospechas. Se daba una representación en el teatro de la ciudad de Tours á beneficio de una familia arruinada por un incendio. Cada habitante se apresuraba á llevar su socorro, y el propietario de Rougemont, siempre uno de los primeros en responder al llamamiento cuando se trataba del bien público, había tomado dos palcos para su numerosa familia. En vano proponen á la austera Angelina que asista á esa representación, que era en realidad un acto de caridad. La falsa devota se niega con sonrisa de indignación, diciendo, que jamás se presentaría en esas reuniones proscritas por la piedad y que sólo tienden á seducir el espíritu y á corromper el corazón. A esas palabras, toma la gran Biblia en 8.º, y se dirige á la capilla, distante unos quinientos pasos de la habitación principal. La divisé desde un bosquecillo en donde yo estaba leyendo una de las obras maestras de Moliere. Me excuso de acompañar al teatro á la familia del propietario de Rougemont : sigo los pasos de la joven hipócrita, leyendo ó más bien devorando el *Tar'ufó*, que parecía prepararme á la extraña escena de que iba á ser testigo. Tan pronto como Angelina ha cerrado la puerta de la Capilla, la ausencia de toda la gente, con la seguridad que nadie vendría á interrumpirla, me deslizo, agachándome, á un gran balcón exterior alrededor de la capilla, y miro á través de la vidriera: descubro á la joven reclusa, que ya había reemplazado la Biblia, que ostensiblemente había traído, con un bonito tomo pequeño empastado de marroquín y de canto dorado, en el cual fijaba la mirada sin cesar, repitiendo varios pasajes de memoria. La ancha pañoleta ordinariamente atada bajo la barba, había sido arrojada con descuido en un reclinatorio, al pie del cual había caído la Biblia entreabierta. El bonito cuello y parte de los hombros los tenía descubiertos. Sus cabellos la caían en largas trenzas sobre su elegante talle. Sus movimientos eran rápidos y su mirada parecía muy expresiva. De

pronto toma una postura teatral y declama los siguientes versos :

Apenas unida al hijo de Egeo,
 Por las leyes de Himeneo subyugada,
 Mi reposo, mi honor parecían afianzados,
 Atenas me muestra á mi bello enemigo,
 Le veo, me sonrojo, y pálida me pongo,
 Nace el disturbio en mi alma enamorada,
 Ya mis ojos no ven... hablar no puedo,
 Sentí en todo mi cuerpo frío y calor!

Conozco el estilo admirable de Racine, y ya no dudo que la hipócrita que piadosamente acababa de rehusar el acompañar á su madre al teatro de la ciudad, abandonaba de repente las regiones celestes para entregarse en la tierra á los errores de los mortales, y que estaba recitando el papel de *Fedra*. Redoblo la atención, y en efecto, oigo á la artista dramática animarse y declamar la escena entera, leyendo sin embargo el papel de *Hippolyte*, y dándose las respuestas necesarias en el entusiasmo de su representación, la más ridícula y exagerada que jamás había visto. Guardé por algún tiempo aún el mayor secreto sobre este nuevo descubrimiento, prometiéndome aprovecharlo y preparar á la falsa devota la lección que merecía.

Al domingo siguiente, la misma concurrencia en la capilla de Rougemont, la misma falsedad de Angelina. Estaba prosternada en el mismo lugar en que la víspera había declamado la confesión más profana. Al menos, esta vez, su libro de oraciones no estaba al revés, y podía cualquiera equivocarse al ver el rápido movimiento de sus labios, sus señales de cruz, los *mea culpa*, con los cuales se habría podido creer que se magullaba el pecho. Su desgraciada madre, al rezar con más buena fe, sin duda pedía á Dios que curara á su hija de esa exgeración que no exige de las almas puras, y de hacerla volver á esa verdadera piedad, cuya humilde oración sube más directamente hacia él. Esta excelente madre, mujer amable y mujer de bien, me conmovió tanto, que resolví ejecutar el proyecto que había concebido, y que se volvía un deber sagrado que la moral y la religión ultrajadas me ordenaban realizar.

Se había reunido en Rougemont una juventud numerosa y brillante.

Después del oficio y del espléndido almuerzo que siempre sigue, se juega al billar, se hace música, ó se conversa. Angelina aprovecha el momento en que todos parecen ocupados, y con la Biblia bajo el brazo, regresa á la capilla. Su madre la sigue con la vista, y demasiado tierna, ó quizá demasiado débil, para oponerse á esa ridícula manía, da un doloroso suspiro, diciendo en voz baja :

— ¡ Mi hija está perdida para mí !

— ¿ Quiere usted señora, — la digo yo al oído — secundarme con su autoridad maternal, y la prometo curar para siempre á su hija Angélica, no de una devoción austera, sino de una hipocresía combinada con arte, y que, pronto se volvería un ser peligroso su hija, que ha nacido para la felicidad de usted y de todos aquellos á quienes debe pertenecer?

La excelente madre, admirada de mi propuesta, comienza por vacilar, y en seguida acepta. La conduzco al gran balcón de la capilla con una docena de personas que creí debían ser testigos de lo que yo iba á revelar. Colocados todos delante de las vidrieras, oímos á la nueva *Fedra* entregarse á su funesta locura, y en la más extravagante actitud y con el tono más enfático, declama los versos de una reina apasionada cuyo sentido es el siguiente :

« *Soy yo, príncipe, soy yo, cuyo útil socorro. — Os habría del laberinto mostrado las vueltas. — ¡ Cuántos cuidados me habría costado esa cabeza encantadora ! — Un hilo que os guiara habría tranquilizado lo suficiente á vuestra amante, — Compañera del peligro que os era preciso buscar, — Yo misma por delante habría querido marchar, — Y Fedra, al laberinto con vos descendida, — Se habría con vos salvado ó perdido. »*

En el momento en que Angelina va á leer en el pequeño volumen que tiene en la mano la respuesta del salvaje Hipólito, un joven colocado cerca de mí, que sabía de memoria esta escena, imitando la sorpresa é indignación del hijo de Teseo, la grita esta respuesta :

— ¡ Dioses ! ¿ qué es lo que oigo?... Señora olvida usted que Teseo es mi padre, y que él es vuestro esposo?...

Esas palabras que resuenan en las bóvedas de la capilla, el tono lleno de expresión con que son pronunciadas, el

silencio que sigue y la obscuridad que ya va invadiendo ese santo lugar, todo produce en la joven exaltada una impresión difícil de describir. Se lanza fuera de sí por los diversos circuitos del templo, recorre sus miradas agitadas, inquietas por todos lados, y en su ilusión cree, que un nuevo Hipólito responde á su voz; pero pronto recobrando el sentido, ya no duda que ha sido escuchada por algún indiscreto, y se arroja hacia las vidrieras, recorriendo con las miradas el balcón exterior, de donde ya nos habíamos retirado para reunirnos á la sociedad en el salón.

La noche obligó á la hipócrita Angelina á reunirse con nosotros. Volvió con su libro de oraciones bajo el brazo, con los ojos bajos, pareciendo salir de una larga y santa meditación. Se propone jugar á juegos de prendas en los cuales me apresuro á tomar parte, y me mandan para retirar una prenda, que declame algunos versos á mi antojo. Respondo que no conozco versos más hermosos que los de Racine, y propongo recitar la declaración de *Fedra*. Pero no puedo encargarme más que del papel de Hipólito — añadí intencionalmente — y si alguna de esas señoras tuviera la bondad, de hacer el papel de la hija de Minos... Necesitaríamos el libro en donde se encuentra esa obra maestra — responde la hija del dueño de la casa, joven tan notable por su ingenio como por la gracia de su persona.

— No es imposible que alguna de esas señoras sepa de memoria ese monumento de nuestro teatro francés... y quizás la señorita retirada aparte, que parece hacer su ocupación favorita del estudio.

— ¿Yo, señor?— responde turbada y tiesa la joven hipócrita á quien yo me dirigía. — Confieso que ignoro lo que puede atraerme tan extraña preferencia...

— El talento reconocido de usted, señorita. Se asegura que usted declama los versos de Racine con una expresión...

— ¿Quién puede asegurarlo mejor que yo? — añade el joven que había contestado á sus versos en la capilla y cuya voz ella conoce. — Hace poco — añade sonriendo — la señorita y yo declamábamos en la capilla un trozo de esta bella escena.

— ¡Dios mío! — exclama Angelina — ¡se ha descubierto todo!... ¡En dónde me esconderé!... ¡Adónde huir!...

— Huye á los brazos de tu madre, — la dice madama Delcombe estrechándola contra su pecho; — yo formaba parte de la conspiración, hija mía y veo en la viva emoción que sientes, y en las lágrimas que derramas, cuánto debo felicitarme de haber seguido el consejo y de haber autorizado el proyecto.

— En efecto, señorita, ha sido el viejo contador, cuyos trabajos se han consagrado á la felicidad de vuestro sexo, en cambio de la dicha que á él debe.

— Sí, he sido yo, que, compadecido del dolor de vuestra digna madre, y con su autorización, dirigí la escena de la capilla. Ojalá no se borre nunca de vuestra memoria; y ojalá os convenza, que con tantas perfecciones como poseéis, es una falta, un delito contra Dios, echar á perder su obra más bella con austeridades que él no manda, con apariencias exageradas que él condena! ¡ Orad con la calma y sencillez de un corazón puro! ¡ Volved hacia vuestras compañeras, y gozad de los placeres decentes permitidos á la juventud! No huyáis de la felicidad que os rodea: y que ¡ ay! tan pronto pasa!... Y sobre todo, no olvidéis que el cielo os ha encargado de embellecer la vida, y de pagar, con una buena conducta, los tiernos cuidados de la que os dió el ser!

— En lo sucesivo ese será mi único estudio, mi único empeño — responde Angelina con voz alterada; y echándose de pronto á los pies de madama Delcombe, cuyas manos estrecha, añade con el tono más expresivo y más conmovedor:

— Madre mía, sólo con usted rezaré en adelante... y seguiré á usted por todas partes.

EL REGRESO AL HOGAR



¡ Yo no encontrarme bien al lado de ustedes!... ¡ Ah! mi buena madre.

EL REGRESO AL HOGAR

Las costumbres de nuestra juventud ejercen un gran poder sobre nosotros — ha dicho un poeta célebre de la antigüedad. Debemos pues hacer que se adapten á nuestra posición social, á fin de que no sean origen de pesares y privaciones. La joven que, privada de los favores de la fortuna, no se ha separado de sus padres, es más feliz, puesto que no hace comparaciones, que aquella que, colocada temprano en la mansión de la opulencia, habituada gradualmente á todos los goces que acarrea, al regresar al lugar donde nació, encuentra mil inconvenientes que no había notado, siente mil necesidades que la hacen mirar con dolor el origen de su ser. ¡ Es tan fácil que el amor propio se extravíe! ¡ La vanidad es á veces tan crédula!

Germana Blanchard, hija del preceptor de contribuciones de una aldea en las cercanías de Tours, había sido criada por sus padres en la modesta existencia que sus pocos recursos exigían. M. Blanchard, antiguo militar, de familia honorable, no tenía más bienes que su pensión como caballero de la Legión de Honor, y el humilde empleo que le proporcionaba la satisfacción de dar á su hija única lo que él más deseaba : una educación que pudiese ponerla en estado de hacer frente al infortunio y de mostrarse digna de las personas honradas que la habían dado el ser. Estando él versado en los conocimientos más útiles, por haber en otro tiempo hecho buenos estudios, este excelente padre, de sesenta y cinco años de edad, había dirigido la primera educación de Germana. ¡ Son tan largas las veladas de invierno en la aldea! El, las hacía más cortas y más agradables comunicando á su hija todo lo que la edad y las fatigas de la guerra le habían dejado en la memoria. Luego que Germana aprendió la historia, la

geografía y especialmente su idioma, separó él de sus economías la suma necesaria para colocarla en una buena casa de educación, en donde, al perfeccionar los estudios que había recibido, podría añadir algunos conocimientos de adorno que facilitan el acceso en la sociedad, y los medios de tener éxito en ella.

Germana, en efecto, á la edad de catorce años, era tan notable por las cualidades del espíritu como por esos pequeños adornos de recreo que tanto agradan en la sociedad. Cantaba muy bien y tocaba el piano con gracia y expresión; pintaba flores en porcelana, bordaba con perfección; reunía todo lo que da el derecho de interesar y de ser útil. De regreso á casa de sus padres, se encontró al principio aislada en la aldea que habitaba, y aunque se ocupaba en ayudar á su madre en los quehaceres de la casa, y que lo demás del tiempo lo empleaba en estudiar, el fastidio venía á veces á alterar su natural alegría; y faltándola la ocasión de emplear con provecho las habilidades que poseía, habría quizá concluído por descuidarlas, si una feliz casualidad no hubiese venido á su socorro, presentándola una joven compañera que, unía á todas las ventajas que adornaban á Germana, las de un bello y célebre nombre y de una fortuna independiente.

El conde de Mairán, antiguo oficial general de ingenieros, inspector divisionario y par de Francia, deseando descansar de sus numerosas campañas y de sus largos trabajos administrativos, acababa de comprar la bonita tierra de Leugny, situada en las riberas del río Cher, á tres leguas de la ciudad de Tours. Renovó conocimiento con el valiente Blanchard, que había servido bajo sus órdenes, y que cabalmente era receptor del cantón en donde el general había elegido su lugar de retiro.

A pesar de la diferencia social y de la fortuna que creaba una distancia entre esos dos militares, sentían gran gusto en recordar sus combates, sus peligros, sus victorias. Fuera del campo, hay entre los valientes una comunión de recuerdos que les atrae y les une estrechamente. El par de Francia recibió con franca cordialidad al humilde receptor del cantón rural; y, las numerosas cicatrices de éste, la cruz de la Legión de honor que brillaba en su pecho, le habían dado libre entrada en la casa del general.

La condesa de Mairán, mujer de gran mérito, vino poco después á reunirse con su marido. La acompañaba Noemí, su hija, de edad de diez y seis años, que acababa de salir de una de las primeras casas de educación de París, y cuyas amables cualidades hacían el encanto y la felicidad de su familia. Desde la primera vez que se vieron la joven de Mairán y Germana Blanchard, se estableció entre las dos esa dulce simpatía de los corazones que se atraen. El tono, la gracia natural, y sobre todo la inapreciable bondad de Germana, estaban tan directamente de acuerdo con el carácter y los gustos de Noemí, que mutuamente sintieron ese profundo apego que destruye todas las distancias.

La hija del general iba á ver á su nueva amiga á su humilde vivienda, con tanta prontitud y placer, como ésta tenía al ir al placio de Leugny.

¡ Qué feliz casualidad para la señorita de Mairán, encontrar en la hija de un antiguo valiente, una joven encantadora y bien educada, en la cual, cada día y á cada momento, podía desahogar su alma amorosa, ocuparse de música y pintar flores, su ocupación favorita !

Al mismo tiempo, para Germana Blanchard, ¡ qué bendición del cielo, qué felicidad inesperada el tener á corta distancia de su aldea, una amable compañera, sin orgullo, sin preocupaciones, á pesar de verse favorecida por la fortuna ! ¡ en una palabra, una verdadera amiga, que quizá podría proporcionarla la oportunidad de darse á conocer y de sacar ventajas de los talentos que poseía !

Pero ese seductor encanto tan irresistible, no estuvo exento de algunas nubes. Madama Blanchard, mujer excelente, pero severa, que siempre decía francamente lo que pensaba, pretendía que las ausencias demasiado frecuentes de Germana, la dejaban cargar sola con todos los cuidados de la casa. Era una buena madre, pero no admitía que se faltara á sus deberes. Así es que hasta después de haber limpiado y puesto todo en orden, la impaciente Germana no podía correr al palacio de Leugny de donde no regresaba hasta por la noche, acompañada de un viejo doméstico.

Entonces contaba con embriaguez la acogida que se la había hecho en el palacio del par de Francia; el efecto que había producido una sonata á cuatro manos ejecutada con su que-

rida Noemí; los elogios que ella había recibido de una brillante reunión; los agradecimientos del general y de la condesa...

— Todo eso está muy bien — replicaba madama Blanchard; pero yo, mientras tanto tengo que hacer sola todos los oficios de la casa, y eso ya me va cansando. Deseo pues, y pretendo, que no te quedés á comer en casa del general más que los domingos.

En vano el viejo Blanchard quiso que su esposa tuviese más indulgencia, haciendo observar cuán útil semejante amistad podía ser para Germana. En vano ésta unió sus ruegos á los de su padre : la madre de familia fué inexorable. Hasta pretendió que esta intimidad con la hija del conde de Mairán, por honorable que fuese, habituaría á Germana á todos esos goces del lujo y de la alta sociedad, lo cual pronto la haría encontrar más triste y quizá insoportable el hogar de la casa paterna.

— ¡ Yo! — exclamó al momento Germana con una expresión conmovedora — ¡ yo, no encontrarme bien al lado de ustedes! ¡ Ah! mi buena madre, usted olvida todo lo que debo á ustedes! Eso me haría indigna de la amistad de mi querida Noemí, sería indigna de su amistad desde el instante mismo en que dejara de amar, de honrar, de cuidar á mis padres. ¡ Si usted supiera qué amor y qué respeto ella tiene por los suyos! ¡ Ah! créame, que en el palacio de Leugny, lo mismo que en nuestra humilde casa, la piedad filial es á la vez el primer deber y el placer más dulce.

Ese impulso del corazón, esas tiernas expresiones, conmovieron profundamente al viejo Blanchard, el cual haciendo ver las ventajas que él mismo encontraba en la sociedad del conde, obtuvo de su esposa, tan difícil de convencer, que Germana fuera cada dos días á comer á casa de su amiga, después que hubiese en la mañana atendido á los quehaceres de la casa, y que él mismo la acompañaría de regreso después de haber conversado de batallas con el general y de haber jugado al ajedrez.

Este convenio fué puntualmente ejecutado, y no sufrió ninguna traba mientras duró el buen tiempo; pero cuando el verano y el otoño pasaron y que llegó el invierno á entristecerlo todo, las entrevistas de las dos amigas se hicieron más difíciles. Noemí, siempre buena y previsora, obtenía algunas veces que

fueran á traer á Germana en coche, para librarla de la lluvia, de la nieve y de los rigores de la estación; pero con frecuencia los caballos del general estaban ocupados en otra parte, y la amable compañera de Noemí, permanecía en su humilde hogar, mirando con ávidos ojos hacia el lado donde estaba su amiga, con marcada expresión de desconsuelo. Germana, cuando esto sucedía, quizá sin advertirlo, dejaba ver en su rostro una nube de dolor que no escapaba á los penetrantes ojos de su madre. Germana se sumía en profunda reflexión: su costura se le escapaba de las manos y ya no atendía á sus deberes domésticos sin una sonrisa fingida, y con una torpe distracción. Entonces la señora Blanchard la decía:

— Ya lo ves hija mía, tu persona está con nosotros, pero tu pensamiento y tu corazón están en el palacio de Leugny! Créeme querida mía, permanece en donde la suerte te ha colocado! Recuerda siempre que no hay palacio que valga el hogar de la familia, y que en ninguna parte está una niña mejor que en los brazos de su madre. Al decir eso, la excelente mujer estrechaba á Germana contra su corazón; y ésta correspondiendo á este impulso del amor maternal, se encontraba ampliamente indemnizada de estar separada de su querida Noemí.

Sin embargo, tan pronto como brillaba un hermoso día, y que el sol lanzaba sus rayos á través de sombrías nubes, las dos jóvenes amigas se reunían; y el placer que sentían de volverse á reunir era tanto más vivo, cuanto más tiempo habían estado separadas. Sentían entonces que una á otra eran mutuamente indispensables; y Noemí, que ejercía mucha influencia sobre sus padres, obtuvo de ellos que Germana viviera constantemente con ella, encargándose de que no la faltara nada y de asegurar su porvenir.

El conde y la condesa de Mairán que veían en esta unión un vínculo seguro para su hija, y que ésta tendría ocasión de ejercer una continua y delicada beneficencia, consintieron. Hablaron á M. Blanchard de esto, y no tuvieron trabajo de obtener su consentimiento. Ese buen hombre encontraba en esa honorable propuesta el medio y la esperanza de lanzar á su hija en la sociedad; y por último el inexpresable placer de acercarse más al general y de charlar con él gran parte de sus veladas. Pero no sucedió lo mismo con la austera madama

Blanchard : declaró que nada en el mundo podría separarla de su hija; que el cielo, al dársela, había querido que fuéese su alegría, su consuelo, su apoyo en la vejez. — ¿Qué te falta en nuestra casa? — la preguntaba ella con un tono que partía del corazón: querida de los tuyos, estimada de los habitantes del país, cuidada por tu madre, que te mantiene en esas antiguas virtudes de la familia, en la preciosa costumbre de bastarse á sí misma; idolatrada por tu viejo padre, á quien un solo beso tuyo le rejuvenece diez años, ¿podrías tú abandonarnos, dejarnos aislados hacia el fin de nuestra vida, á nosotros que no hemos cesado de rodear tu cuna con nuestros desvelos y con nuestra ternura!... ¿Porqué teniendo tu hogar en donde no obedeces más que á tus padres, porqué ponerse bajo la dependencia de esos grandes que pronto se sacian de nuestras consideraciones, cuya familiaridad nos embaraza, cuya prodigalidad nos humilla, y cuyo cariño nos crea celosos? No, no, yo no te he dado el ser para que seas una esclava: respira aquí el aire que nosotros respiramos, es tan saludable y quizás más puro que bajo artesones dorados. Créeme, hija mía, la paz del corazón y la dulce independencia de la honrada medianía, valen más que el estruendo de la clase elevada y los tormentos secretos de los que se dicen los felices de la tierra.

Este enérgico desahogo de la mujer más sensata y la mejor de las madres, produjo en Germana un efecto irresistible. Amable y buena, pero altiva y delicada, Germana creyó volverse para la hija del conde de Mairán una complaciente subordinada, y temió se la confundiese entre los sirvientes pagados. Estuvo vacilando algún tiempo antes de responder á las generosas propuestas de Noemí; y quizá habría tenido el valor de persistir en su negativa, si de repente una circunstancia de fuerza mayor, no la hubiese amenazado de arrebatlarla para mucho tiempo á aquella cuya agradable sociedad había llegado á ser una necesidad de su corazón.

Los altos hechos y el reconocido mérito del conde de Mairán, hicieron que fuéese llamado por el ministro de la guerra para la dirección general de la ingeniería militar; lo cual le obligó á volver á París y á abandonar el delicioso retiro, en donde todo contribuía á hacerle gozar de un reposo que tanto había deseado. Pero hay deberes sagrados que el interés de la patria

exige, y á los cuales un antiguo valiente no podría nunca resistir. El general hizo pues saber á su esposa que iba á la capital á hacerse de nuevo cargo de honorables funciones, y que esperaba que ella no tardaría en ir á reunirse con él llevando á su querida Noemí, de la que no podía vivir separado. Pocos días después se marchó, y la condesa de Mairán hizo sus preparativos para ir á su lado lo más pronto posible. Era el fin de la primavera. Germana y Noemí se veían constantemente; y ésta para evitar á su amiga las reconvenciones de su madre, iba con frecuencia á verla á su aldea. Se presentaba siempre allí con una urbanidad tan atractiva, trataba á su joven compañera con tales consideraciones, que madama Blanchard, por austera que fué no pudo menos de sentir por la hija del par de Francia el vivo interés que inspiraba y la confianza que parecía imponer. Esta, observando que por grados iba dominando á esta alma fuerte tan maternal, se insinuó tan bien, que llegó á tener el derecho de atacar sus preocupaciones y convencerla que había en la vida sacrificios que se debían hacer en bien de las personas que se aman.

— La amable hija de usted — la decía — está segura de encontrar al lado de usted una felicidad que no pretendo poderla dar llamándola á mi lado, ni aun colmándola de toda la ternura de una hermana adoptiva, porque en adelante es el único título que debe existir entre nosotras... Pero si el destino la privara de su excelente padre, ¿cuál sería su suerte y la de usted? Privados de la pensión del honorable M. Blanchard y del empleo que ahora tiene, ustedes sentirían no digo necesidades, mi madre y yo estaríamos allí siempre; pero sentiría ese embarazo cuyo dolor lo ocultaría su altivez, esas privaciones que la dignidad se impone sin quejarse... ¿ Y cree usted que entonces no tendría algo de pesar de haberse opuesto á la felicidad de Germana? ¡ Ah! ¡ déjela usted que nos acompañe á París! Mis padres la adoran como si fuese hija de ellos; la amistad me une á ella : deme usted el gusto de cumplir con los deberes que esa amistad impone tratando de facilitarla la suerte que tanto merece... Todos los años la traeremos para que pase varios meses con usted. En París tomará ese tono indispensable ; perfeccionará los conocimientos que tiene; y pronto apreciada por amigos poderosos, llegará á una situación que la permitirá devolver á usted

en su vejez, lo que usted hizo por ella en su infancia... Hablo á usted en nombre de mi madre... ¡ Ah! no rechace usted su ruego, el mío, el de Germana, cuyo silencio es elocuente. No separéis á dos jóvenes corazones unidos por una conformidad de edad, de gustos, de inclinaciones; ¡ no resistáis á nuestra solicitud!

Madama Blanchard profundamente conmovida por este ataque vivo y ardiente, cedió, no tanto por el deseo que su hija brillase en el mundo, como por el temor de la posibilidad de perder á su marido, viejo ya y cubierto de heridas. Las instancias de Noemí, las observaciones del buen Blanchard, que pretendía que se debía amar á los hijos para su propio bien, todo contribuyó á luchar contra la pobre madre, y la hizo consentir con gran esfuerzo en que Germana acompañase á la señorita de Mairán durante su permanencia en París; hasta creyó de su deber ir á entregarla á la condesa, la cual le prometió ser una madre para Germana.

Pasó cerca de un año. Germana, en las frecuentes cartas que escribía á sus padres, no cesaba de expresar cuán feliz era al aldo de su querida Noemí, de hablar del cariño que el conde y la condesa de Mairán la manifestaban, y del respeto hacia ella de todos los sirvientes del palacio. Ocupaba el mismo aposento que su amiga; seguía los mismos estudios, participaba de sus distracciones y de toda su existencia. Cada día descubría nuevas prendas en su hermana adoptiva; cada día recibía de ella pruebas del más honroso afecto; nada la faltaba para su felicidad exceptuando la presencia de sus padres, en quienes no dejaba de pensar un momento. El viejo Blanchard se enternecía á la lectura de esos detalles, y más que nunca se felicitaba del sacrificio que había hecho. En cuanto á la madre de Germana, no veía en esa correspondencia más que una joven deslumbrada con los prestigios que la rodeaban, y no cesaba de manifestar sus temores que su hija contrajese, en el rico palacio que habitaba y en medio de las personas que frecuentaba, el funesto hábito de la opulencia, para la cual el destino no la había hecho nacer, y que un día experimentarase privaciones que la hiciesen pagar caro la felicidad pasajera que ahora la embriagaba.

En la primavera siguiente, la familia de Mairán regresó á Turená, y Germana tuvo la dicha de volver á ver y de

abrazar á sus padres. Encontró á su padre algo envejecido, la ausencia de su hija le afligía más de lo que se atrevía á decir. Madama Blanchard, siempre la misma: activa, severa, riñendo sin cesar; pero la mejor de las mujeres. Estrechó con efusión varias veces contra su corazón á la recién llegada. Pero de repente se detenía en sus caricias al observar el cambio extraño que se había operado en Germana, ahora de diez y seis años, cuyo tono, traje y hasta el modo de hablar, eran de una persona de nacimiento elevadísimo.

El traje de indiana, el de percal sin adornos, había sido reemplazado por otros de muselina ó de seda, delicadamente bordados ó adornados con el mayor cuidado y de la forma más moderna.

La gorra de gasa, á la cual, por inocente coquetería se agregaba el domingo una sencilla flor campestre, se había convertido en un elegante sombrero con flores ó plumas.

Los zapatos negros de piel, se habían metamorfoseado en brodequines admirablemente trabajados por el zapatero á la moda.

Al modesto chal de madrás, que apenas la cubría los hombros, había sustituido uno de cachemira ó una banda de crespón de China. En fin, en vez de la cinta negra de donde pendía una sencilla cruz de esmalte, llevaba una rica cadena de oro esmaltada y cincelada. En vez del paso tímido y ojos bajos, la actitud más noble y una mirada llena de aplomo y á la voz temblorosa de una joven provinciana, había reemplazado la elocución fácil, imponente, de la dama de la corte en sus propiedades. Así es que madama Blanchard decía á su hija :

— No podría yo negar que ese atavío te sienta maravillosamente; pero á mí me molesta, me contraría, no me atrevo á abrazarte... como yo quisiera, y me cuesta trabajo encontrar en ti á Germanita. — En cuanto al viejo Blanchard, estaba encantado; y contemplando á su hija de pies á cabeza, decía para sí embriagado: ¡ Quién diría que soy el padre de esta admirable criatura !

El mismo día, la señorita de Mairán fué á ver á los padres de su inseparable; y su traje, su calzado, su sombrero, sus joyas, todo era tan semejante á lo de Germana, que fácilmente se comprendía que tenían costumbre de vestirse exactamente

del mismo modo; lo que hacía se las creyera hermanas. La condesa de Mairán las había impuesto vestirse iguales; y esta honrosa deferencia conmovió vivamente al padre Blanchard; mientras que su esposa, volvía la cabeza diciendo entre dientes:

— No me gusta verla volar tan alto; es una necesidad adornarse con las plumas del pavo real.

Pero, por brillante, por bien ataviada que Germana estuviese, cuando venía á pasar varios días á casa de sus padres, la señora Blanchard no tenía inconveniente en dejarla que la ayudase en los quehaceres domésticos. Hasta encontraba cierta satisfacción en ver á su hija quitarse el sombrero, la pañoleta, hacer la cama de su padre y de su madre, poner la mesa, y en una palabra, preparar todo lo que se refería al servicio de la casa.

— No hay mal — se decía la madre Blanchard — no hay mal en mantener á la juventud en las costumbres de su casa: no sabemos lo que puede suceder...

No obstante, Germana, al desempeñar todos esos deberes con el impulso del amor filial, no tenía ya esa libertad, esa alegría que en otro tiempo se observaba en ella. Sea por temor de manchar su elegante traje, ó sea por haber olvidado todos esos detalles del servicio interior, frecuentemente la faltaba la destreza y la previsión. Había siempre empeño y abnegación en ella; pero ya no era esa actividad en el trabajo, ese gusto en las atenciones. Germana, á pesar suyo, medía la distancia que había entre su obscura habitación y el suntuoso palacio del conde de Mairán; comparaba esa comitiva de cortesanos, ese concurso de iniciados y de numerosos sirvientes, con este aislamiento de un anciano y de una mujer anticuada, acostumbrados á servirse á sí mismos: ¡qué mezquina le parecía esta mesita de nogal, con unos pocos platos de loza encima, y la frugal comida, comparado todo con la rica vajilla, las porcelanas, los cristales y las espléndidas comidas en el palacio del director general!... Pero volvía á encontrar su hogar natal; y la embriaguez de placer que se leía en el rostro de su digno padre, hasta las bromas de su madre, siempre verde y cáustica, la hacían sentir ese contento del corazón, esos dulces recuerdos de la infancia, que nada puede reemplazar, y que consuelan de las más duras privaciones.

Pronto pasaron los dos meses que el general había venido á descansar en sus tierras. ¡Huye con tanta velocidad el tiempo de reposo é independencia que uno disfruta lejos del estruendo de la alta sociedad y de los deberes que las elevadas funciones imponen! El conde de Mairán regresó á París con su familia. y Germana volvió á alejarse de sus padres. El padre Blanchard no cesaba de hacer el elogio de su hija y de citar á todo el mundo la conducta que había observado con ellos. Nadie podía ser más cuidadosa, más atenta, nadie podía tener más consideraciones con sus padres.

— Convengo en ello; decía la madre — sí, el corazón es siempre excelente; pero parecía condescender con cierto esfuerzo á nuestra vida privada; ya no era aquella bonita Germana, cantando una cancioncilla al barrer y limpiar los muebles; era la señorita Blanchard, obligada á volver á sus primeras costumbres al lado nuestro, y en secreto únicamente aspirando á regresar á casa de los grandes que la han deslumbrado. ¡ Ojalá no sea la víctima de ellos!

— Tú nunca estás contenta, amiga mía, decía el tierno padre de Germana — y tu carácter desconfiado te hace verlo todo negro. Felicitémonos más bien, de ver á nuestra querida hija lanzada en la alta sociedad, en donde, dentro de algunos años, gozará de una posición que nosotros no podíamos proporcionarla, sea dirigiendo la educación de alguna joven de elevada posición ó bien casándose con algún protegido del conde, que la haga feliz.

— Lo deseo — respondía la madre Blanchard — pero me cuesta más de lo que puedo expresar, estar separada de mi hija, y no asegurarla yo misma su destino.

Esas pequeñas querellas se renovaban con frecuencia entre esas buenas gentes ; pero pronto se calmaban con la correspondencia que les llegaba de Germana. Les comunicaba detalles tan lisonjeros sobre la fiel y tierna Noemí, sobre los esfuerzos que ésta hacía para hacer que su compañera tuviese la suerte que merecía; sobre la reputación que Germana cada día iba adquiriendo entre las personas opulentas y nobles que frecuentaban el palacio del director general, que no era posible dudar que la joven Blanchard había llegado á la época más feliz de su vida, y que pronto sus padres serían indemnizados del sacrificio que habían hecho.

Pero con frecuencia las conjeturas mejor fundadas se convierten en ilusiones. La ciega fortuna, en el momento mismo en que con una mano derrama sobre nosotros sus favores, los retira con la otra, y su golpe es tanto más fuerte, cuanto más ciertos estábamos de sus dones. El conde de Mairán, encargado de funciones honrosas, pero demasiado laboriosas para su edad, sucumbió bajo el peso de los deberes que asiduamente desempeñaba, y con él desaparecieron las pensiones y los honorarios del alto puesto á donde su mérito y sus servicios le habían elevado. Noemí, perdiendo al mejor de los padres, se vió pronto reducida á llevar con su madre una existencia modesta y sin ningún fausto. Las fué preciso abandonar el gran palacio de la dirección general de ingenieros, y refugiarse en una habitación análoga á su nueva posición. Se acabó el gran tren de palacio, el crédito en la corte, concluyeron los suntuosos banquetes, y por consiguiente, no hubo ya cortesanos, ni amigos diligentes ni aduladores. La condesa de Mairán que conocía bien la sociedad, no se sorprendió; sufrió sin murmurar la suerte de las grandezas caídas, y concentró en su hija todos sus afectos. Germana participó del dolor que sufrían, y experimentó con ellas la gran reforma que se hizo indispensable; pero lo que más sensiblemente la afligió, fué que la viuda del conde de Mairán se vió en la necesidad de vender la tierra que este oficial general había comprado en Turena, á fin de pagar algunas deudas de honor contraídas para sostener el brillo de su situación.

Para Germana fué un golpe mortal. Ya no podría ir cada año á ver, á abrazar á sus padres; su padre llegaba á una edad muy avanzada, y el carácter colérico de su madre aumentaba cada día. Noemí no sintió menos que su amiga esa fatal circunstancia; echaba de menos la deliciosa residencia de Leugny, las riberas del Cher, el aire saludable que se respira allí, el aspecto de esas risueñas colinas adornadas con bellas habitaciones y coronadas por la selva de Amboise. La condesa de Mairán no sentía menos la vecindad de la tierra de Beauvais, cuyo propietario, par de Francia, era uno de los ancianos más honorables de la comarca, uno de los conservadores de esa antigua é inimitable urbanidad francesa que á todos encanta, excelente hombre, amigo seguro y fiel, ciudadano incorruptible y padre de los pobres, llorado por

toda la población de numerosas aldeas, y cuya tumba me es á la vez penoso y dulce saludar honrando un instante su memoria.

Pero el dolor de Germana y el pesar de la condesa y de su hija, no eran nada en comparación de la profunda aflicción de Blanchard y de su esposa. Una barrera insuperable parecía haberse levantado entre ellos y su hija. Bien conocían que Germana no podría separarse de su amiga; pero ¡ no volverla á ver, no estrecharla más en sus brazos, era una idea que les abrumaba. Ese buen padre exclamaba que no sobreviviría á semejante separación; y su esposa con los ojos brillantes y en una continua agitación, quería marcharse aunque fuera á pie, para ir á reunirse con su hija y llevarla el consuelo que necesitaba.

Pero pronto fueron tranquilizados por una carta de Germana anunciándoles que la señorita de Mairán, tan pronto como pasara el tiempo de su duelo, iba á casarse con el hijo de un embajador que la llevaría consigo á una corte extranjera; la condesa de Mairán se proponía acompañar á su hija, y Germana, á pesar de las vivas instancias que la hacía Noemí para que fuera con ellas, no escuchaba más que al amor filial. Desencantada de una intimidad, cuyo encanto iba á ser usurpado por el himeneo, cansada de la alta sociedad cuya ingratitud y futilidad había conocido, y quizá temiendo volverse una pesada carga para la condesa de Mairán, había resuelto regresar al hogar paterno. Demasiado joven aún, apenas diez y siete años, para esperar que la confiasen una joven discípula; demasiado prudente para tratar de ejercer sus conocimientos en la capital, y sobre todo demasiado altiva y demasiado acostumbrada al tono de igualdad que había siempre tenido con ella la señorita de Mairán, para ser la protegida, la persona complaciente de alguna gran dama, dispuso todo, sin que su amiga lo supiese, para su separación.

Pocos días después del casamiento de Noemí, llegó Madama Blanchard, que quiso venir personalmente á recibir á su hija de manos de la condesa de Mairán, á quien dió las gracias por sus bondades. Tuvo mucho trabajo para arrancarla de los brazos de su hermana adoptiva; pero ni las más vivas súplicas ni los lamentos más sinceros, no pudieron hacer vacilar un solo instante el noble corazón de Germana para hacerla

abandonar el deber que la imponía el amor filial. Su padre había sufrido mucho por su ausencia; y su vista, que se le iba debilitando, le hacía indispensable la ayuda de su hija en el ejercicio de su empleo, necesario para vivir. La misma Madama Blanchard, aunque vivaz aún y muy fuerte en apariencia, había tenido algunos ligeros ataques de apoplejía que exigían los mayores cuidados.

Quizá Germana encontraría lecciones que podría dar de música, de pintura de flores en las cercanías de la aldea que habitaba. En todo caso, compondría algunas romanzas ó algunos dibujos que mandaría vender á la ciudad, y que darían algún desahogo á sus padres. En fin, la idea de hacerse una posición independiente, el deseo de volver á ver el jardín de Francia, en donde había pasado tan agradablemente la primavera de su vida, la necesidad urgente, irresistible, de abrazar y de cuidar á su inválido padre, que tanto deseaba la presencia de su hija, todo contribuyó á dar á ésta la fuerza y el valor de separarse de una amiga tan digna de ese bello título, pero que, en su noble corazón, ya no ofrecía más que el segundo lugar á la amistad.

Tenemos pues á Germana de regreso al hogar paternal, á la edad de diez y siete años, bonita, instruída y con varias habilidades que había llevado hasta la perfección; pero sin fortuna, acostumbrada á la sociedad más elevada, á las delicias de la opulencia, que sin duda, ella desdeñaba, pero que siempre dejan en nuestra memoria rastros indelebles. Durante los primeros meses que pasó en casa de sus padres, todo fué felicidad y goce para ella. Es verdad que su viejo padre no hacía más que acariciarla, y que su madre, naturalmente tan brusca y tan despierta, no la reñía nunca. Se había despojado de su traje de señorita opulenta, vistiéndose de nuevo con la ropa que usaba antes de salir de su aldea. Ella sola en nombre de su padre, anotaba las entradas de los impuestos del cantón; y cada contribuyente al encontrar en la oficina un rostro tan bonito y los más simpáticos modales, se volvía más exacto en sus pagos.

Germana empleó el valor de las numerosas joyas que su amiga la había regalado, en la compra de buenos libros, que volvía á leer en sus momentos de reposo, y hasta un piano, cuyos acordes atraían frente á su humilde morada todas las

tardes á un gran número de cultivadores al volver de su trabajo. También pintaba flores, de las cuales el jardín de Francia le ofrecía los modelos más hermosos. Parecía desafiar al enemigo de penetrar en su feliz y pacífico retiro.

Su padre, casi ciego, estaba encantado : Germana había hecho el sacrificio de proyectos quizá demasiado ambiciosos, para venir al lado de sus padres ; y el buen anciano decía que Dios la recompensaba haciéndola encontrar cerca de ellos, la paz del alma y la más dulce felicidad : Pero la madre Blanchard, que veía claro y á quien nada escapaba, había ya más de una vez sorprendido á Germana pensativa y solitaria. La recapitulación del pasado, parecía entristecerla el presente é inquietarla por el porvenir. En medio de los cuidados de la casa que atendía con empeño, parecía buscar á Noemí. Sus ojos tan expresivos, se levantaban entonces hacia el cielo, y solamente apoderándose precipitadamente de sus libros ó de sus lápices, lograba volver á un contento fingido, y se presentaba ante su padre, á quien sostenía en su andar vacilante, ó ante su madre tomando parte con ella en los trabajos domésticos, repitiendo la cancioncilla que tanto gustaba á ésta, creyendo de este modo ocultarla todo lo que pasaba en su corazón... Pero no es fácil engañar á una madre. Madama Blanchard, de apariencia brusca y severa, tenía en realidad un alma tierna y un espíritu observador. Siguió todos los movimientos de su hija sin que ésta pudiese notarlo, y no tardó en adquirir la funesta convicción que todo lo que había temido, todo lo que había previsto, estaba realizado.

El invierno que comenzó, fué riguroso, ya no permitió á esta excelente madre equivocarse sobre los abrasadores pesares y los dolores secretos que agobiaban á la pobre Germana. Un día en que su padre se había quedado dormido en un sillón, y que madama Blanchard había ido á desenterrar de entre la nieve algunas legumbres en el jardín, la joven, triste, creyéndose sola cerca del anciano, y no creyendo que pudiesen oirla, exclamó su corazón enfermo diciendo: ¡ Reposa tranquilo, padre mío !... ¡ Ah ! tengo necesidad de ese conmovedor espectáculo para soportar el pesar que me oprime... Yo no creía que se pudiesen echar de menos á tal grado, los encantos de la amistad... Esta humilde soledad, la naturaleza entristecida, las necesidades que ella aumenta, la inutilidad

de mis conocimientos, la irresistible comparación que hago... ¡ Oh ! ¡ cuánto sufro !... Pero tú no sabrás jamás nada : creíste hacer mi felicidad al consentir que me alejaba de ti, no destruiré tu error; no turbaré el fin de tu carrera : hasta me esforzaré por parecer tranquila á tus ojos, resignada á mi suerte... ¡ Descansa, padre mío ! tengo mucha necesidad de este espectáculo conmovedor para vencer el pesar que me oprime.

La madre Blanchard, al volver del jardín, había escuchado lo que su hija había dicho. Con el corazón desgarrado por este natural desahogo no pudo contener un doloroso suspiro, y á su vez exclamó : ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! tú nos castigas en nuestra hija... lo hemos merecido. — Germana, que en ese momento estaba besando la mano de su anciano padre, reconoce la voz, y se lanza á un cuarto contigo, en donde encuentra á su madre echada sobre un viejo sillón y bañada en lágrimas; eran las primeras lágrimas que Germana la había visto derramar jamás. Se arroja en sus brazos y trata de calmar su desesperación. — ¡ Pobre niña ! ¡ pobre niña ! exclama la madre Blanchard con voz entrecortada, si te hubieras quedado al lado nuestro todavía serías feliz... ¡ Oh funesta ambición ! ¿ no dejarás nunca de extraviar á los padres para hacer que quieran elevar á sus hijos por encima de ellos ?

— Cállese usted, madre mía, yo me acostumbraré á nuestra soledad.

— ¡ Jamás, hija mía, jamás !

— ¡ El amor filial es capaz de todo !

— Excepto de borrar la huella que dejan los brillantes recuerdos.

— Madre mía, todo lo olvidaré al lado de usted.

— Di que lo fingirás, y ¡ juzga lo que sufro !

— Y bien, sí, — repuso entonces Germana con la más tierna naturalidad sí, es cierto que hasta en vuestros brazos, falta un alimento á mi alma, á mi imaginación. ¡ Ah ! bien veo que no ha sido culpa de usted; usted quería oponerse á que yo me marchara; es culpa mía; es ese insaciable deseo de brillar, de lanzarme en la sociedad... ¡ Cuán poco merece esa sociedad los sacrificios que se hacen por ella !... ¡ Oh ! usted, á quien la dulce amistad atrae como á mí, no estreche sus vínculos más que con las de su misma condición ! ¡ aleje

de sí las engañosas ilusiones de un puesto elevado, los seductores hábitos del lujo y de la opulencia !... ¡ Hijas bien nacidas y amadas de vuestros padres, no os separéis jamás de ellos ! Cualesquiera que sean los embriagadores placeres con que quieran rodearos lejos de ellos, recordad siempre que los más ciertos, los más duraderos son los que se encuentran en el hogar paterno !

LOS MATICES DE LA EDAD



.. diariamente se la veía acompañar á su padre á los diferentes talleres de la marina.

LOS MATICES DE LA EDAD

Albertina Rostanges, á la edad de seis años, tuvo la pérdida más grande que se puede sufrir : la muerte la privó de su madre. Al separarla de la mujer que la dió el ser, la arrebató la más verdadera amiga, un guía protector, una profesora que á una vasta erudición reunía un perfecto conocimiento del corazón humano.

Albertina, demasiado joven aún para sentir toda la extensión de esta pérdida, se encontró bajo el cuidado y la autoridad de M. de Rostanges, su padre, capitán de buque, gran cazador, amigo de la buena mesa, alegre contador, y que tenía por principio que la juventud debía entregarse á sí misma, fiándose en la naturaleza. Albertina, llena de ingenio, pronto se hizo notar por sus picantes agudezas, su brillante locuacidad é inagotable jovialidad, lo cual hacía el encanto de M. de Rostanges, imaginándose que nada podía compararse á su hija : que ninguna joven de su edad era capaz, como ella de raciocinar y de criticar con más exactitud, más gracia y más amable locura.

Albertina siempre se encontraba entre los hombres que frecuentaban la sociedad de M. de Rostanges, hablaba indistintamente sobre cualquier asunto, adoptaba tal ó cual opinión emitida al acaso, imitaba el tono suelto y decisivo de cada interlocutor, se empeñaba principalmente en contar las anécdotas más alegres que su padre refería adornándolas á su modo; en una palabra, á los diez años, era un pequeño prodigio de ciencia, de charla y de ingenuidad, que no podía uno menos de admirar, y de ello se hablaba en todo París.

Mientras Albertina conservó la estatura, los rasgos, y la

voz de la primera edad, las expresiones más imprudentes que en la inocencia se la escapaban, no podían ofender á nadie. Hay una época en la vida en que la candidez no puede alterarse con las expresiones más extrañas que llegan á manchar á ingenuos labios. Esta profanación sólo se mira como el efecto de una memoria demasiado fácil. Causa risa la inocencia que profiere palabras reprobadas por el pudor; pero en secreto se vitupera el peligroso origen de donde la inexperiencia las tomó.

Nuestra joven contadora no cesaba de mezclarse entre todas aquellas gentes que sólo se ocupan de alegrar á una tertulia con su cuota de frivolidades contadas con originalidad. Animada por el placer que brillaba en los ojos de su padre, por la inmoderada risa que excitaba y por las felicitaciones de todas las bellas relaciones de simplezas que la rodeaban, ella añadía siempre alguna frase, repetía las agudezas buenas ó malas que había podido recoger, y se volvía, por decir así, la crónica de todas las sociedades en donde la recibían.

M. de Rostanges, cuyos talentos y servicios no escapaban á las miradas observadoras del jefe supremo del Estado, recibió la honrosa misión de inspeccionar las construcciones que se hacían en todos los puertos de Francia, y debido á ese nombramiento, se vió obligado á ausentarse de París durante varios años. Albertina, que en esta época tenía cerca de doce años no quiso nunca separarse de su padre : y éste, por su parte, no podía separarse de su hija única, de su querida discípula. Ella no tuvo dificultad de obtener el permiso de acompañarle; y aunque la capital de Francia tuviese muchos encantos para ella, á causa de la especie de celebridad que había adquirido, se marchó con M. de Rostanges y habitó una después de otra, las ciudades de Brest, Anveres, Lorient, Tolón, Marsella, y los diferentes puertos de Holanda.

Fácilmente se comprende que, el trato social continuo de Albertina con oficiales, marinos, constructores y marineros, no hizo más que aumentar su gusto natural por las agudezas y por las narraciones anecdóticas. Su corazón franco y generoso, encontraba al mismo tiempo el alimento que necesitaba; diariamente se la veía acompañar á su padre á los diferentes talleres de la marina, animar á los obreros, socorrer á aquellos que se encontraban en la necesidad, reir de los juramentos de

éstos, hacer cantar á aquellos canciones que ella repetía en seguida á su padre y á todas las personas que éste reunía en su casa. En una palabra, tomó el tono, imitó los modales y recogió las ocurrencias de los marinos con tanto empeño y fidelidad, como empleaba en París para copiar las ridículas y repetir las simplezas de los tontos á la moda y de los elegantes del día.

Este hábito tan poco compatible con el pudor y la reserva, que son las primeras cualidades que se exigen de una mujer, hizo adquirir á Albertina en las diferentes ciudades que recorría, una reputación muy superior á la que se había hecho en París. Todos se imaginaban que su charla y su jactancia eran el supremo buen tono de la capital, reían á carcajadas tan pronto como ella hablaba, tomando sus arriesgadas bromas por ingenua alegría, y citaban los chistes que ella repetía, como prodigios de ingenio y fruto de una educación distinguida. Se disputaban el recibir, el festejar á la hija del señor inspector de la marina, el cual, más ciego que nunca sobre el mérito de Albertina, redoblaba hacia ella su ternura y admiración, y no cesaba de repetir esta falsa máxima que había adoptado como divisa : *Es preciso entregar á la juventud á sí misma y confiarse por completo en la naturaleza.*

La felicidad de que gozaba Albertina, sus via es en los diferentes puertos de mar, no tardaron en desarrollar sus rasgos y su estatura tan ventajosamente, que su padre se imaginaba que su carácter se formaba. Apenas de diez y seis años de edad, era de estatura elevada, y sus rasgos al formarse, habían tomado una regularidad que se añadía al brillo de sus ojos, y á la frescura de su tez. Quizá habría sido de desear más dulzura en su mirada, más reserva y gracia en su actitud; pero si no podía uno verla sin admirarla, tampoco se la podía oír hablar sin verse en la necesidad de reír.

Al cabo del tiempo prescrito á las operaciones de M. de Rostanges, habiendo concluído su misión, fué llamado á la capital. Los nuevos servicios que, acababa de hacer, le granjearon la benevolencia del soberano, y le hicieron aún más querido de sus amigos y de todas las tertulias que frecuentaba antes de su partida.

A cada instante recibía pruebas de estimación y honrosas felicitaciones; pero su mayor felicidad consistía en presentar

por todas partes á su querida discípula, á su bella y brillante Albertina que, según él, debía deslumbrar á todo el mundo, trastornar todas las cabezas, reunir todos los sufragios.

En efecto, tan luego como la bella viajera se presentaba en una reunión, pronto atraía todas las miradas é inspiraba el más vivo interés al contemplar su rostro encantador; deslumbraba por su locuacidad, por su mirada y por la vivacidad de sus modales; pero pronto este entusiasmo del primer momento, se disipaba como ligera sombra. Albertina veía todos los rostros que la rodeaban cubrirse de una nube que ella parecía obscurecer cada vez que hablaba. Al principio cree que es efecto de su ausencia de la capital, y teme haber perdido en sus viajes, los usos y el buen tono: redobla su celo, cuenta las anécdotas más picantes, refiere aventuras de toda especie, y hace desternillarse de risa á varios atolondrados y á algunas mujercillas que forman círculo á su alrededor. Pero á través de ese éxito que no alcanza á satisfacer su amor propio, advierte que la masa imponente de las gentes sensatas, y sobre todo las madres de familia, fruncen el ceño, se hablan al oído mirándola, y parecen criticar todos los esfuerzos que ella hace para agradarlas. Sorprendida y confusa, Albertina no sabe á qué atribuir el extraño cambio que observa en todas las personas para quienes en otro tiempo era la diversión y el encanto.

— Es preciso — decía á M. Rostanges — que el espíritu y las costumbres de París hayan cambiado mucho desde que nos alejamos de aquí. ¿Has observado, padre mío, cómo toman á mal todo lo que digo, todo lo que hago? y sin embargo, no creo ser ni más tonta ni más torpe que ahora cuatro años. Tú te acuerdas que en esa época en que apenas tenía yo doce años, gracias á ti, era yo festejada y solicitada. Yo hacía sola, el adorno de una tertulia; me animaban á que contase algo, alababan mi gentileza, acogían con gusto mis agudezas... Ahora se diría que quieren hacerme pagar el éxito de mi infancia. Las mismas anécdotas, las mismas ocurrencias, que antes escuchaban con tanto placer, parecen ahora desagradar y hasta indisponer contra mí á los mismos que se divertían con ellas y que con tanto empeño me las hacían repetir.

— ¿No ves, hija mía — la respondía M. de Rostanges, á quien siempre cegaba su ternura hacia ella y su falso sis

tema — que eso es efecto de los celos de unos y de la inferioridad de los otros? Después de cuatro años de ausencia, regresas más bella que nunca, reuniendo todo lo que puede causar las más vivas impresiones; ¿ cómo no quieres que te teman? y te sorprende que sufran en secreto cuando comparan contigo á las jóvenes señoritas de tu edad, las cuales, casi todas criadas con rigidez y severidad; no tienen ni tu alegría ni tu gracia ni tu mérito? Debemos arrostrar la crítica y las humoradas de esas madres que jamás ríen, de esos guías austeros que no son más que los tiranos de la juventud, y debes vengarte brillando lo más que puedas, con esas raras cualidades que te distinguen.

Albertina animada, extraviada por esos elogios de un padre entusiasta y sistemático, siguió ciegamente el plan que él le había trazado, y con el cual creía obtener el éxito más completo. No se presentaba en ninguna reunión sin ostentar todo lo que presumía debía hacerla distinguir; y cuanto más sorpresa y desaprobación causaban sus desvíos, más redoblaba ella su charla y risas inmoderadas.

Sin embargo, su amor propio y su natural sensibilidad fueron un día puestos á tal prueba, que no tuvo la fuerza suficiente para soportarla. Se encontraba en una numerosa reunión, en donde la mira principal había sido festejar á varias damas extranjeras. Albertina, que tenía costumbre de dominar la conversación, quiso en esta circunstancia, hacer brillar todas sus dotes.

No se pronunciaba una frase sin que ella pusiera algo de su parte; no se citaba un hecho sin que ella le adaptara alguna anécdota; pero en ese torbellino de palabras y de locura, describió cuadros tan poco á propósito para su edad, con expresiones tan raras, que todas las madres de familia, alejando á sus hijas de la bella contadora, la dejaron sola en medio de todos los hombres, que reían de sus chistes y que en secreto los desaprobaban Albertina al verse así separada de las jóvenes que asistían á esta bella reunión, quiso acercarse á ellas; pero todas, á la señal que hacían las madres atentas y vigilantes, se apartaban poco á poco de la contadora de paparruchas y no se atrevían á mirarla. En fin, hay un asiento desocupado al lado de una bonita joven; Albertina lo ocupa y quiere entablar conversación. La jovencita, demasiado

tímida ó demasiado buena para causar desagrado á nadie, ni aún para obedecer, comienza por sonrojarse, vacila, responde una palabra y concluye por reír, á pesar suyo de las bromas de la inagotable contadora, cuando de repente la madre de esta señorita viene á tomarla de la mano, y se la lleva diciéndola mientras lanzaba una terrible mirada á Albertina:

— ¿ Quieres acaso, hija mía, perder tu reputación?...

Esas palabras fueron para Albertina un golpe mortal. Quiso pedir explicación; pero su orgullo y su sensibilidad habían sufrido tan fuerte conmoción, que no pudo pronunciar una sola palabra. Pasando así de la palabrería más extravagante al más fúnebre silencio, fué á sentarse en un rincón del salón y se entregó á todas las reflexiones que tan cruel aventura había hecho nacer en ella.

M. de Rostanges no sabiendo á qué atribuir la súbita tristeza y el extraordinario silencio de su hija, se apresuró á preguntarla cuál era el motivo. Esta, aún muy turbada por el choque que acababa de experimentar, y temiendo informar á su padre cuya extremada vivacidad conocía y temía, pretextó una indisposición y salió de la brillante reunión en donde poco antes se había convencido que no inspiraba más que desprecio. Pasó la noche en la más penosa agitación. Al día siguiente, su bonito rostro parecía enteramente alterado; su padre la hizo preguntas con tanta instancia que no pudo ocultarle por más tiempo la causa de su dolor; le repitió palabra por palabra la expresión ultrajante que la habían dirigido.

— ¡ Tú hacer perder á nadie su reputación! — exclamó M. Rostanges sofocado de cólera — semejante ultraje no puede ser tolerado; ven conmigo, hija mía, quiero hacer que obtengas la más formal reparación.

Albertina acompaña á su padre donde la dama, la cual comenzó por dar mil excusas sintiendo que las expresiones que había empleado hubiesen sido oídas por la señorita de Rostanges. Explicándose en seguida con la franqueza y sensibilidad de una mujer de mérito y de una tierna madre, creyó de su deber abrir los ojos del padre, y hacer conocer á la hija la extensión de sus inconsecuencias, aclarándola sobre la peligrosa reputación que se estaba creando en París.

— La boca de una joven de la edad de usted — continuó esta respetable dama, no es más que el órgano de su corazón.

Juzgue usted, señorita lo que deben pensar de usted al oír (perdóneme la expresión) las extravagancias que usted refiere sin cesar. Una de dos: ó usted ignora la importancia, y entonces no pueden considerar á usted más que como una insensata, ó usted siente el alcance de lo que dice, y en este caso tiene que sublevar á todas las madres de familia... No atribuya usted, la ruego, la severidad de mi lenguaje más que al vivo interés que usted me inspira, que al pesar que una siente al ver tantos encantos, tanto ingenio natural, alterados por relatos que el pudor desapruueba, por expresiones que de ningún modo pertenecen á nuestro sexo, y por ese hábito de hablar sin descanso, expresando al acaso todo lo que la viene á la imaginación. No olvide usted jamás, que no nos basta ser puras en nuestras acciones, debemos igualmente serlo en nuestras palabras.

Esta lección produjo en Albertina el efecto más feliz. Comprendió que, si la indulgencia excusa en una tierna edad una charla arriesgada y expresiones sin reflexión, se vuelven intolerables en la época en que las mujeres adquieren los primeros derechos de agradar y de darse á querer.

M. Rostanges no quedó menos impresionado que su hija por esa verdad. Con el mismo afán con que había tenido gusto de hacer repetir á su hija las inconsecuencias que él llamaba felices ocurrencias, con igual empeño se propuso no dejarla proferir más que lo que la decencia y hasta la austeridad podían aprobar. Insensiblemente Albertina volvió á adquirir la estimación general, que había estado á punto de perder para siempre. Hablando poco, pero siempre á propósito y con el encanto atrayente del pudor, se vió más solicitada á los diez y siete años que lo que había sido en su infancia. Conservó la más viva gratitud á la dama, de la que creía haber sido cruelmente ultrajada; y con frecuencia esta digna y verdadera amiga, al estrecharla en sus brazos, la repetía este saludable consejo. La decencia para la mujer, es como una onda cristalina, que el menor manantial impuro altera; y así como hay flores para cada estación, lo mismo hay matices para cada edad.

LA ROMANZA DE DALAYRAC



... y acompañándose con el arpa, en la inspiración del amor filial y del más vivo dolor, canta la primera estrofa.

LA ROMANZA DE DALAYRAC

M. de Saint-Marc vivió soltero mucho tiempo. Antiguo guardia del rey en la corte de Francia, había trabado estrecha amistad con Dalayrac, uno de sus camaradas, entonces joven y que ya anunciaba la brillante carrera que ha recorrido en la música dramática. M. de Saint-Marc había sido dotado por la naturaleza de una profunda sensibilidad, que sólo las personas que vivían en su intimidad observaban. El timbre varonil de su voz, sus imperiosos rasgos y sus bruscos modales, ocultaban las cualidades de su alma amorosa; y en el momento mismo en que trataba de acariciar ó que se proponía decir alguna expresión amable, se sentía uno más dispuesto á temblar y á salir huyendo, que á dejarse subyugar por una ternura que no se le podía suponer. Era uno de esos notables contrastes que ya atraen y ya rechazan, una extraña mezcla de dulzura y de aspereza, de naturalidad y de misantropía, de paciencia y de arrebató. El honor y las artes eran sus queridas divinidades. Estoico en apariencia, jamás desarrugó su frente la menor sonrisa; jamás derramaron lágrimas sus ojos, sombreados por espesas cejas... Pero tampoco M. de Saint-Marc dejó nunca de enjugar las que veía correr de otros.

La música ejercía sobre él un imperio irresistible: sobre todo en las primeras representaciones de las obras de Dalayrac era más curioso verle, sea que la amistad que sentía por el autor dispusiese su alma á la necesidad de explayarse, ó sea que los cantos tan puros, las tonadas tan ingenuas, las romanzas tan conmovedoras de su amigo, le hiciesen tomar parte en las vivas emociones de todos los espectadores, no podía entonces ocultar lo que pasaba en todo su ser, y á pesar suyo,

salía de esa impasibilidad que no era más que la engañosa cubierta del gusto más puro, del corazón más sensible.

Recuerdo haberme encontrado cerca de él durante las primeras representaciones de *Camille*, que se puede considerar una de las obras maestras de Dalayrac. En el momento en que la inimitable actriz cantaba la bella romanza del tercer acto y profería estas palabras :

No hay males que no se borren
En el beso dado á un hijo...

todos arrebatados por el encanto de la música y por la fuerza de la situación manifestaban su viva emoción con mil aplausos mezclados de dulces lágrimas. M. de Saint-Marc, inmóvil y silencioso, notando que yo tenía los ojos llenos de lágrimas, me toma la mano, la estrecha con fuerza y me dice con voz terrible : « — ¡ Qué feliz es usted de poder llorar !... yo me ahogo... y me marchó. » — Al instante se aleja, sale del teatro, permanece bajo el peristilo hasta el fin de la representación, espera á Dalayrac, á la salida se lanza sobre él y le felicita... del mal que le ha hecho sentir.

Otra noche se representaba: *Los dos pequeños Saboyardos*, preciosa obra en la cual el talento de los dos autores se puede decir que se ha identificado. El tono de los montañeses, que Dalayrac había pintado tan fielmente, lo alegre é ingenuo de las cancioncillas de Saboya, excitaban en el auditorio una jovialidad unánime. Todos palmoteaban y reían á carcajadas. M. de Saint-Marc, cuya seriedad é inmovilidad llamaban la atención de todos los que le rodeaban, exclama con retumbante voz : « Ahí tienen ustedes á dos pequeños saboyardos que desenloderarán por mucho tiempo á la Opera-Cómica.

Esta aparente impasibilidad es bastante común entre los hombres que, dotados de extraordinaria fuerza física y de constante reflexión, parecen sonrojarse de mostrar su sensibilidad : pero bajo esta ruda y repugnante corteza, ocultan á veces todas las virtudes que constituyen al hombre de bien, y con frecuencia todas las cualidades del hombre amable.

Tal era M. de Saint-Marc, que por mucho tiempo se desconoció en las más brillantes reuniones de París, y que supo apreciar una joven dama, viuda sin hijos, cuya belleza, talento y nacimiento, hacían que fuese solicitada por los hombres del día y por los partidos más distinguidos de la

capital. Prefirió á M. de Saint-Marc, porque estaba segura de encontrar en él un alma franca, un afecto verdadero, y un carácter á toda prueba. La misma rudeza de este oficial, tenía encantos para ella, porque veía á través el presagio de la más feliz unión.

No se engañó en lo que esperaba. Jamás el hombre más afable, el más fiel esposo, tuvo tantas consideraciones, tantos cuidados, tanta ternura como M. de Saint-Marc para con ella, cuyo destino había puesto en su manos. La preferencia que ella le dió sobre todos sus rivales, la hizo tan cara á su corazón, que no creía que bastaría toda su vida para probarla su gratitud.

De este matrimonio nació una hija que se llamó Isaura. Viva imagen de su madre, tuvo su belleza, su gracia y su dulzura. Pronto embelleció esas raras ventajas con los conocimientos que proporciona una buena educación. Lo que hacía aún más notable á Isaura, era el acendrado amor que tenía á su padre. ¡ Cuántos cuidados tenía para agradarle, para anticiparse á sus antojos, para suavizar la aparente austeridad que le caracterizaba, empleando los medios más delicados y sin que él lo echara de ver ! Ella no exigía de él ni caricias ni tiernos desahogos ; una sola ojeada, un apretón de mano la bastaban.

Mientras duraron los disturbios civiles, M. de Saint-Marc había renunciado á todo servicio. Vivía retirado en una tierra situada en Turena, en donde la sencillez de sus gustos, la franqueza de su carácter, y la urbanidad de los buenos habitantes del Jardín de Francia, le pusieron al abrigo de los estragos de la anarquía.

Allí, entregado por completo á los encantos de la agricultura, y sobre todo á los cuidados que exigía la educación de su querida Isaura, pasaba una vida tranquila. Privado de una partè de sus antiguos amigos y de casi todos sus hermanos de armas, concentraba todas sus afecciones en su familia, y trataba de distraerse del doloroso aspecto del pasado por el cuadro consolador del porvenir. Isaura, de edad de unos quince años, era un perfecto modelo de lo que puede hacerse amar. Su facultad moral, dirigida por su padre, había tomado un aplomo que daba mayor dignidad á sus encantos. Los desahogos de su bella alma y los beneficios que esparcía en

todo lo que la rodeaba habían establecido su reputación de tal modo, que no podía salir del palacio de Saint-Marc, sin recibir las más honrosas felicitaciones, sin oír las bendiciones de todos los indigentes que había socorrido, de todos los felices que había hecho.

M. de Saint-Marc no era menos sensible que cualquiera otro á los goces que su hija experimentaba, pero no dejaba traslucir nada al exterior, no la dirigía nunca la menor felicitación, sólo se limitaba á dirigirla una mirada que parecía decirle : « No has hecho más que tu deber.

Sin embargo, los horribles nubarrones que por mucho tiempo habían agitado á Francia, se habían enteramente disipado. Todo aquel que tenía un corazón francés y que conservaba el recuerdo de honrosos servicios, se apresuraba á colocarse bajo los pabellones del genio y del valor. Saint-Marc fué uno de los primeros. Animado con la idea de volver á dar á su patria su antiguo esplendor, cansado de una ociosidad inútil, y sintiendo que se despertaba en él todo el fuego de la juventud y el honor de los valientes, volvió de nuevo á su carrera militar, y no tardó en hacerse distinguir en ella por su talento, su experiencia y su infatigable celo.

Isaura entraba entonces en sus diez y seis años ; regresó á París con su madre, la cual, aunque había ella misma excitado á M. Saint-Marc á presentarse en las filas del ejército francés, sufría en secreto de las frecuentes ausencias de su adorado esposo ; pero adicta como él á la gloria de su país, disimuló lo que su alma sentía, no pensó más que en proporcionar á su hija todos los goces de su edad, tratando de no rodearla más que de personas estimables y de trato seguro.

M. de Saint-Marc, que en esta época había ascendido al grado de comandante de artillería, venía á pasar con regularidad en París ó en su tierra de Turena, todo el tiempo que su servicio le dejaba libre. Los espesos bigotes que llevaba, aumentaban la austeridad de su mirada y la dureza de sus rasgos. La permanencia en los campamentos y la costumbre de los combates habían dado á su voz un tono más varonil y más imponente aún ; pero nada había podido cambiarle el corazón. La felicidad de volver á ver á una esposa adorada, el inexpresable encanto que sentía en los brazos de su hija, que no podía saciarse de su presencia, todo llenaba el alma

de este excelente hombre del más dulce arrobamiento y le daba la digna recompensa del guerrero que regresa á su hogar.

Las cualidades que adornaban á Isaura y su notable belleza que aumentaba su valor, la atraían todos los homenajes, y á su alrededor se formaba una corte de adoradores, la mayor parte de los cuales se atrevieron á solicitar una alianza. Madama de Saint-Marc, sea por un secreto presentimiento que su carrera no se prolongaría mucho tiempo, sea por el deseo tan agradable para una madre, de asegurar la suerte de su hija única, con frecuencia pedía á su esposo que hiciese una elección entre los más ventajosos partidos que se presentaban. Pero éste, que prefería la carrera militar á todas las otras, rehusaba como yernos á los jóvenes mejor nacidos y más opulentos; y por una predilección muy legítima, se había impuesto á sí mismo la obligación de no conceder la mano de su hija más que á uno de sus hermanos de armas que se distinguiese en el campo del honor.

Pero después de permanecer algunos meses en su familia, M. de Saint-Marc recibió la orden de regresar á su cuerpo, y de prepararse á una importante campaña de lo que dependía el destino de Francia. Jamás se había separado de su esposa con tanto pesar. Esta, que por su parte, hacía tiempo que tenía la funesta idea de un fin próximo, se despidió de él con una expresión tan conmovedora, que su esposo involuntariamente se estremeció y por primera vez de su vida, pareció conmoverse también :

— ¡ Cuánto siento, — decía llorando madama de Saint-Marc — que no hayas tenido tiempo de elegir para Isaura el esposo que debē hacer su felicidad y la nuestra ! ¡ Qué sería de ella si percieses en los combates, ó si yo... sucumbiera durante tu ausencia... en fin, si yo te estuviera abrazando por última vez !

Al acabar de hablar así, madama de Saint-Marc, cayó casi desmayada en los brazos del comandante, el cual, creyendo que este abatimiento no era más que el natural dolor de una larga separación, tranquilizó á su esposa, consoló á su querida Isaura que se encontraba emocionada por esta escena conmovedora, y furtivamente se arrancó de los brazos de ambas, para que no viesen la profunda desesperación que él sentía, y que temía no poder dominar.

Los presentimientos de madama de Saint-Marc estaban muy bien fundados. Poco tiempo después de la partida de su marido, una enfermedad de languidez se apoderó de ella, que cada día ponía su vida en un nuevo peligro. Los cuidados y la ternura de Isaura, secundados por los recursos del arte, retardaron los progresos de ese mal incurable, pero no pudieron evitar el desenlace. Al cabo de algunos meses, madama de Saint-Marc, con los ojos fijos en su hija é invocando el cielo para que la reemplazara dignamente en la tierra, expiró en sus brazos, dejándola lejos de su padre, en medio de todas las seducciones que rodean á la belleza, de todos los peligros que amenazan á la juventud y á la inexperiencia.

M. de Saint-Marc, que por todos los correos recibía noticias de su esposa, de la cual le habían ocultado la peligrosa situación en que se encontraba, estaba lejos de esperar una pérdida tan espantosa.

Aturdido con el estrépito de las armas, ocupado sin tregua por un servicio activo y, por trabajos importantes, respondía apresuradamente á las cartas de su hija, en las cuales madama de Saint-Marc tenía siempre cuidado de escribir algunos renglones, á fin de tranquilizarle sin distraerle de las imperiosas circunstancias en que se encontraba. ¿Cómo pintar el terrible golpe que recibió este hombre sensible, la abrir una carta cuya letra apenas reconoció, y en la que leyó estas palabras escritas por Isaura :

— Ya no tenéis esposa... y yo ya no tengo madre...

Inmóvil, respirando con dificultad, y por decir así, estúpido de sorpresa y de dolor, leyó tres veces seguidas esa cruel sentencia del destino, conservando siempre la misma inmovilidad, cuando uno de sus compañeros de armas entra en su tienda de campaña y le llama : él no responde. Le llama de nuevo, el mismo silencio. Por último su amigo le toma la mano, le interroga, y por toda respuesta, el desgraciado le presenta el fatal escrito, haciéndole seña que le es imposible hablar. Este amigo que tantas veces había oído á Saint-Marc hacer el elogio de su esposa, citándola como su más valioso tesoro, como el modelo de todas las virtudes unidas, comprende entonces la causa de semejante aniquilamiento y se apresura á darle los consuelos de que tanta necesidad tiene.

— No espere usted aliviar mi sufrimiento — dijo por fin

Saint-Marc exhalando un largo suspiro. — ¡Jamás, no, nada podrá jamás reparar la pérdida que he sufrido!... ¡ Y mi hija! — añadió en la mayor agitación ¡ mi querida Isaura!... sola... ¡ abandonada en medio de París!... ¡ Caballos, caballos! y parto al instante.

— Usted no puede hacer eso — le responde su amigo — Yo venía á informar á usted, que el enemigo avanza, y que mañana ataca al amanecer.

— Tiene usted razón — respondió Saint-Marc — el estallido del cañón del enemigo que amenaza es más fuerte aún que el grito de la naturaleza : una hora, nada más que una hora, y me dirijo á mi puesto.

— Permítame Saint-Marc que yo no me separe de usted.

— ¿ Para qué? soy fuerte; y estoy con calma y resignado.

Al pronunciar esas palabras, un sudor frío le bañaba el rostro.

— ¡ Quisiera Dios que fuesen lágrimas! ¡ pero imposible! ¡ todo va al corazón!

— ¡ Saint-Marc, usted me desgarrá el alma! Permítame que me quede á su lado.

— Pues bien, sea así, quédese usted... quiero, ante todo, contestar á mi hija, tranquilizar á mi querida Isaura, decirle que ese rayo no me ha matado ¡ tendrá dificultad en creerlo!

Inmediatamente se pone á escribir una larga carta que frecuentemente interrumpe con profundos suspiros y con ese devaneo estúpido que produce el dolor del alma; da un beso al sello de la carta, la entrega á aquel de sus criados que le muestra más abnegación, le ordena que la lleve él mismo á todo correr y que la entregue á su hija. En seguida toma sus armas, acepta el brazo de su amigo, coloca contra su corazón el fatal escrito, y se dirige á donde le llaman el deber y el honor.

Durante ese tiempo, Isaura, guiada por una amiga respetable, á quien su madre la había recomendado al morir, se ocupó de que se cumplieran sus últimas voluntades. Hizo transportar su venerados restos á la capilla de su propiedad de Turena, que su madre había designado para su lugar de reposo. Isaura misma tuvo el piadoso valor de adornar ese último asilo de la mejor de las madres, como se lo prescribió M. de Saint-Marc en la carta que ella recibió y que fué su

primer consuelo. Hizo esculpir á la entrada, dos figuras : una de ellas representaba á Himeneo llorando y dejando caer su antorcha ya apagada. Al pie estaban grabadas estas palabras :

Mi dicha se apagó para siempre. La otra figura representaba al dios Marte, triste y abatido, teniendo en una mano la corona de la victoria, y en la otra una rama de ciprés. Abajo se leía :

Los más brillantes laureles no aplacan el dolor.

La tumba en donde reposaba madama de Saint-Marc, era de mármol negro. La parte superior estaba adornada con una armadura egipcia que su esposo había arrebatado á un jefe árabe, al salvar la vida á un príncipe francés que combatía en la refriega. La parte baja de la tumba, formando varias gradas estaba cubierta de flores naturales que se renovaban diariamente en cada estación. Las paredes cubiertas de negro, estaban adornadas con diferentes cuadros, todos representando hechos históricos del amor conyugal. Jamás penetraba la luz del día en ese templo del dolor, en medio del cual, una lámpara sepulcral esparcía una luz pálida y perpetua. Isaura había seguido al pie de la letra todo lo que su padre había imaginado para honrar á los manes de su esposa, y se impuso el deber de no añadir nada á esa idea.

Los buenos y numerosos resultados y las brillantes victorias del ejército francés, en las cuales M. de Saint-Marc se distinguió con prodigios de valor, dieron por resultado al fin los preliminares de una paz tan ardientemente deseada, lo que permitió á ese valiente oficial regresar á su hogar. La prontitud con que se dirigió á su propiedad fué tan grande como la que empleaba en otro tiempo, cuando, después de gloriosas campañas, llevaba á madama de Saint-Marc sus nuevos laureles. Viajó sin detenerse, llegó á su palacio como á las siete de la noche, momento funesto y memorable en que sabía, que la compañera de su vida había exhalado el último suspiro. Baja del carruaje con la rapidez del relámpago, y, sin decir una palabra á ninguno de los sirvientes que le rodeaban y qendecían su regreso, entra en el vestíbulo, atraviesa los diferentes aposentos; y llegando con rapidez hasta la capilla, se encierra varias horas en ella; quizá no habría salido de allí nunca si la voz y las súplicas de Isaura no le hubiesen des-

perado del doloroso abatimiento en que estaba sumergido.

Esta, que no esperaba al viajero antes del día siguiente, se encontraba á su llegada, en el interior de los jardines, pensando en el mejor modo de consolar á su padre adorado, ofreciéndole su ternura como una débil compensación de la pérdida que había sufrido. Informada por un criado de la súbita llegada del comandante, corrió sobrecogida y sin aliento buscando por todas partes al amado autor de sus días, siente no haber sido ella la primera en presentarse á su vista, atraviesa una vasta galería que conduce á la capilla, y al ver la puerta cerrada, no duda que su padre se ha apresurado á cumplir con el primer deber que su corazón le dictaba. No se atreve á interrumpirle, comienza por escuchar en respetuoso silencio, esforzándose por reprimir el deseo que siente de volver á ver y de abrazar al único objeto de todas sus afecciones. Pasa media hora, medio siglo para ella; Isaura continúa escuchando atenta; cree distinguir largos gemidos : y temiendo por su padre, cuya profunda sensibilidad conoce, dice su nombre, le llama, toca la puerta, ninguna voz la responde, ningún ruido se deja oír. Asustada, da golpes con todas sus fuerzas, y exclama con el tono más desgarrador : « ¡ Padre mío !... ¡ Oh, padre mío !... ¡ usted ha regresado y no estoy en sus brazos !... ¡ Es su Isaura ! ¡ ceda usted á su justa impaciencia !... ¡ No la prive usted más tiempo del único bien que la queda sobre la tierra !...

Al acabar de decir esas palabras, M. de Saint-Marc se presenta de repente en la puerta de la capilla, que cierra guardando la llave. Su hija arroja un grito de alegría, se echa en sus brazos y le cubre de besos; pero él con la mirada fija, la boca entreabierta, pálido como la muerte y con paso vacilante, no siente las caricias de Isaura; y echando una mirada alrededor con ojos secos, extraviados, parece buscar á su hija que tiene en sus brazos. Al fin, saliendo paulatinamente de este dolor letárgico, reconoce á Isaura, da un formidable grito y la estrecha contra su corazón; en seguida, separándose de ella y reculando algunos pasos, exclama á su vez con acento desgarrador: « ¡ Sí, ella es... son sus rasgos... es su voz... parecido querido y fatal !

— ¡ Y qué ! — repuso Isaura con voz dulce y angelical — estos rasgos que he recibido de la más tierna de las madres,

¿serían capaces de aumentar su dolor de usted, de hacer más grande su desesperación?

— ¡Perdóname, hija mía, perdóname ese movimiento que no he podido reprimir, ese efecto irresistible de una imagen tan patente y tan querida!... ¡Ven, ah, ven á reanimar este corazón abatido ¡sostén esta cabeza desatinada, fuera de sí, aniquilada!... Pero te suplico, trata de mirarme lo menos que puedas; que oiga tu voz la más rara vez posible, esa voz cuya dulzura me desgarrá el corazón, cuya expresión me oprime y me mata!... ¡Oh Isaura mía! ¡jamás podrás concebir todo lo que sufre tu desgraciado padre!

Desde ese momento á la vez tan cruel y tan dulce, Isaura no se atrevía á levantar los ojos hacia M. de Saint-Marc, ni siquiera á dirigirle una palabra. Cada vez que su amor filial la atraía hacia su desgraciado padre, le veía estremecerse: una espantosa palidez cubría su rostro; y á pesar de todos sus esfuerzos para no herir la sensibilidad de su hija, no podía dominarse ni ocultarla lo que sufría.

Tantas sacudidas, tantos combates, alteraron la salud de M. de Saint-Marc, á tal grado, que se temió por su vida. No tomaba ningún alimento; jamás venía el sueño á refrescarle sus ardientes párpados. Una continua opresión, una delgadez espantosa, y sobre todo una incesante fiebre, eran indicios seguros de una desorganización total y de un próximo fin. Isaura en vano redoblaba sus cuidados y atenciones; nada podía sacarle de su abatimiento. Cuantas veces ella le dirigía la menor palabra, no obtenía por toda respuesta más que estas tan abrumadoras: ¡Querida y fatal semejanza!

Los temores de Isaura aumentaban diariamente con el mal de su padre. Se atrevió á proponerle salir de Turena é ir á París á consultar con los médicos y emplear allí los recursos del arte para lograr su cura.

— ¡Alejarme de esta residencia! contesto él en tono amenazador. — ¡Y quien vendría cada día á conversar con ella, á poner flores en su tumba, á rendir á sus adorados manes los tiernos y respetuosos homenajes que se les debe? No, no, no saldré de este asilo en donde ella reposa, más que para ir á reunirme con ella: allá al menos, ya no temeremos los golpes de la suerte, y ni la misma eternidad podrá separarnos.

Isaura, agobiada por una resolución tan formal, creyó deber

abstenerse de toda queja y de toda observación. Encerrando en su alma el sufrimiento que el estado de su padre la hacía sentir, sólo pensó en distraerle con el atractivo de la música, y resolvió someterle á una prueba que miraba como su último recurso. Entre las habilidades que poseía, se acompañaba en el arpa con una expresión muy notable. Con frecuencia había visto al comandante detenerse y escuchar con mucha atención las romanzas de Dalayrac, que ella cantaba de preferencia, sea por el encanto y la verdad que ofrecían, ó bien para hacer penetrar en el corazón de su padre el dulce recuerdo de la amistad. Los médicos con quienes había consultado, la habían asegurado que el único medio de volver á la vida á M. de Saint-Marc, era hacerle desahogar el pesar que le devoraba el alma, y que sólo las lágrimas podían aliviarle. Preocupada incesantemente con esta idea, Isaura eligió, y probó á ejecutar en el arpa las romanzas de Dalayrac que la parecieron más á propósito para su proyecto ; pero las producciones de ese célebre compositor, son tan numerosas, son de un encanto tan embriagador, y de una expresión tan verdadera, que la joven artista pasó algún tiempo antes de hacer su elección. Al fin creyó haber encontrado en la romanza de Renaud d'Ast la melancolía y sencillez que deseaba expresar en sus cantos. Dirigiéndose en seguida á un literato, amigo de M. de Saint-Marc, le comunicó su designio, y le rogó adaptara á la deliciosa canción que había escogido, las palabras que pudiesen hacer en su padre todo el efecto que ella esperaba.

Como se necesitaba más alma que ingenio, y una verdad conmovedora despojada de todo adorno extraño, el literato, igualmente arrastrado por la idea de salvar á un amigo y de secundar á su interesante hija, empleó á su vez algún tiempo en componer esta romanza que con tanta impaciencia se esperaba. Unas veces temía no haber expresado bien todo lo que pasaba en el corazón de Isaura ; otras veces dudaba el haber empleado expresiones rebuscadas y que el sentimiento y lo natural proscriben. Nada más difícil que conmover sin hacer sufrir, nada más raro que tocar el corazón sin fatigar el oído.

Mientras tanto, Saint-Marc cada día se sumergía más en un anonadamiento profundo ; su cabeza, siempre tan fuertemente organizada, comenzaba á veces á extraviarse debido al insom-

nio y á la falta de alimento. Isaura, que seguía con activa inquietud los progresos de la enfermedad, creyó no deber diferir más tiempo; y sin dar lugar al amigo de su padre para que corrigiera las palabras que debían decidir de su suerte, resolvió hacer la prueba el día mismo. Por la tarde fué á la galería contigua á la capilla, en donde el comandante no dejaba nunca de encerrarse á las siete en punto, pasando allí gran parte de la noche. Era á mediados de setiembre, época del equinoccio. Un débil crepúsculo aclaraba esta galería cuya elevada bóveda la hacía vasta y sonora. Tan pronto como Saint-Marc fué á encerrarse cerca de la tumba de su esposa, Isaura, vestida de negro, con los cabellos sueltos, y en la actitud más noble é impresionante, se coloca frente á la puerta de la capilla, de manera á presentarse de perfil, y acompañándose con el arpa, en la inspiración del amor filial y del más vivo dolor, canta esta primera estrofa :

Vi apagarse en mis brazos
A la que me dió la vida.
¡ Ah ! para una hija querida
Es morir más de una vez,
Al llorar tan tierna madre
Siempre presente en mi ser,
Me repetía en mi dolor
Te queda un padre, ten valor.

Isaura suspendió un instante sus lúgubres acentos, y volviendo los ojos á la capilla, cree oír un ligero ruido : era en efecto M. de Saint-Marc que, sorprendido, atraído por esa voz melodiosa, por esa canción tan tierna y melancólica, había suavemente entreabierto la puerta del pequeño templo en donde se mantenía encerrado, y ponía la mayor atención. Su hija, animada con ese primer éxito, vuelve á su primera actitud y canta lo siguiente :

Vuelvo á ver al autor de mis días,
Y, esperando calmar su dolor,
Le presento la fiel semejanza
De aquella á quien siempre le amó.
Y esos rasgos de que estaba ufana
No son ya más que un peso fatal;
Tiemblo solo el pensar que los tengo
Que su vista á mi padre hace mal.

M. de Saint-Marc atraído á pesar suyo por esas quejas conmovedoras, pone más atención aún y se coloca detrás de Isaura, la cual finge no verle, se entrega á todo el impulso

de su alma y trata de comunicar, á la de su padre una última emoción que pueda en fin devolverle á su hija y conservarle á su amor.

Canta esta última estrofa :

¡ Quién no lamentara mi suerte,
Al ver que el apoyo que aún me queda,
Cediendo á su horrible dolor
Me evita, y sólo la muerte espera!
Voy pues á gemir en la tierra,
Y llorando al autor de mis días,
En mi desgracia excluiré
Por su pena olvidó que era padre.

— ¡ Yo olvidarlo! — exclamó M. de Saint-Marc estrechándola contra su corazón. ¡ Olvidarlo! ¡ Ah! yo sería el más culpable de los padres... Tú has ganado hija mía : ¡ cómo es posible resistir á ese acento de la naturaleza tan bien secundado por la amistad!... Sí, siento correr mis lágrimas... son las primeras de mi vida... y lejos de sonrojarme, siento un alivio, una embriaguez... ¡ Ah! déjalas que se mezclen á las tuyas, y que en lo sucesivo tú no seas la única que bañes de lágrimas la tumba de tu madre! Al acabar de decir estas palabras el comandante fuera de sí se echa á los pies de Isaura, que encantada, se apodera de su venerable cabeza en donde por grados parece volver el conocimiento. Quería hacer que su padre cambiara esa postura que la humillaba y á su vez arrojarle á los pies del comandante; pero temió turbar esa tan preciosa emoción. Tiene el temor que se contengan las abundantes lágrimas que le corren de esos ojos que por tanto tiempo estuvieron secos, y que, ahora, fijos en los suyos, parecían decirle : — Tu padre te debe la vida, acabas de pagar la que me debes.

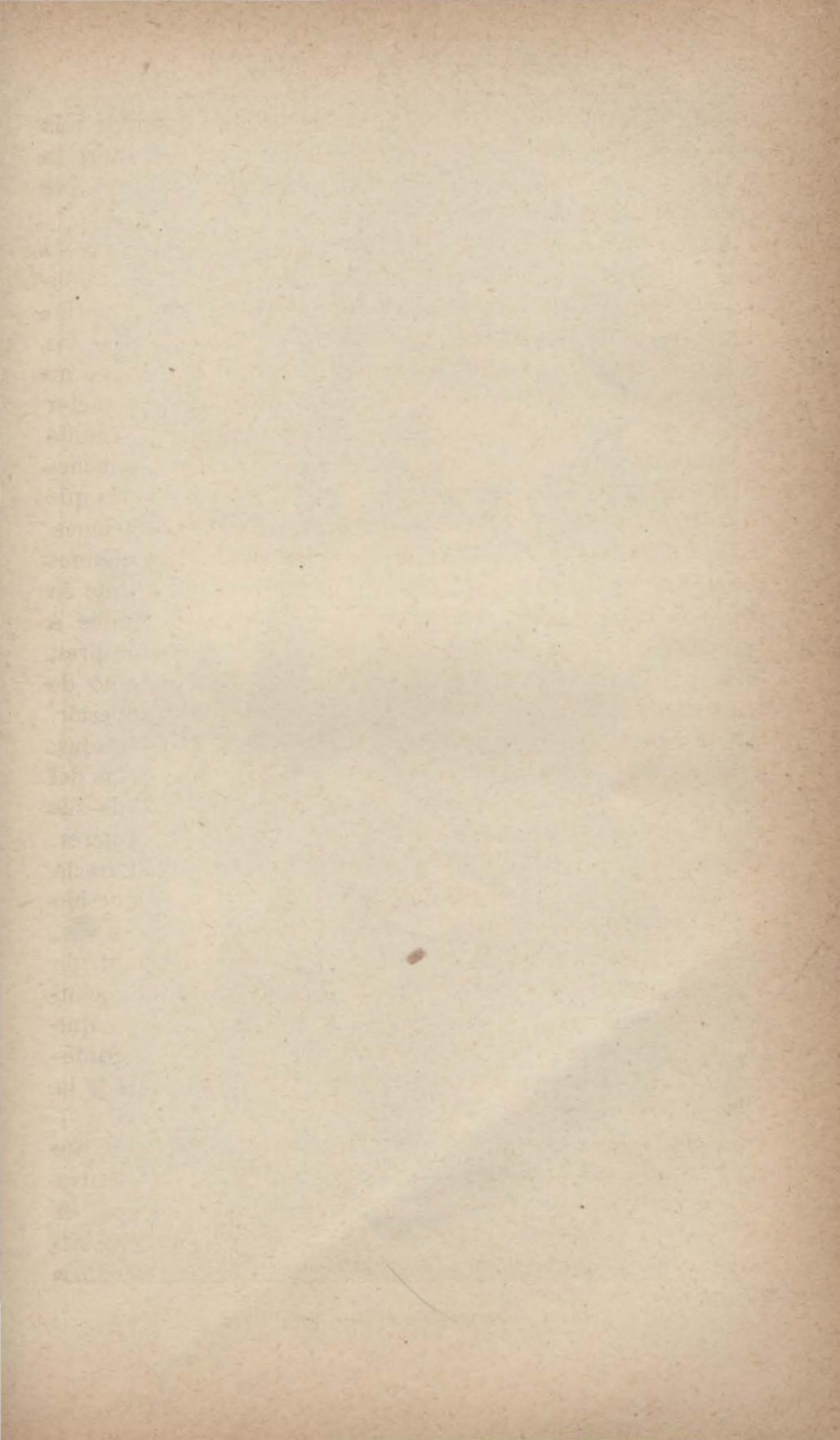
Esta escena, imposible de describir, produjo todo el efecto que Isaura deseaba. M. de Saint-Marc, acordándose de todo lo que había hecho sufrir á ese modelo de amor filial, no cesaba de repetirla : Sí, viviré para amarte; sí, tendré cuidado de mi vida, que ya no me pertenece, es tu obra y será tu recompensa.

— ¡ Oh! ¡ qué felicidad inexpresable! — repuso Isaura, que no había aun tenido la fuerza de hablar. ¿ Es de veras que usted tiene el deseo de conservarse para mí! He vuelto á

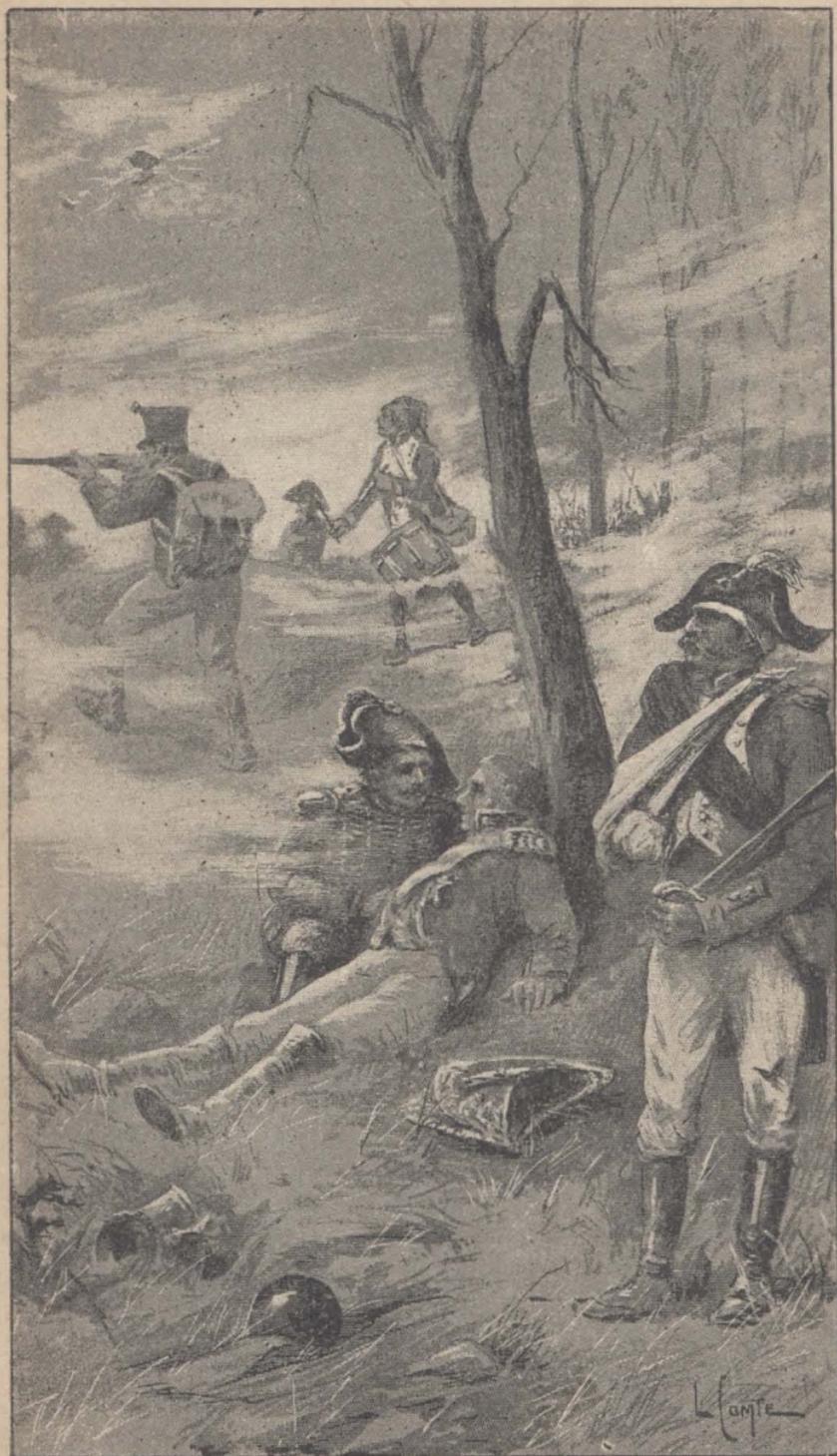
encontrar á mi padre, y el cielo se ha dignado bendecir mis esfuerzos... Vamos, le ruego, vamos á darle gracias sobre la tumba de aquella que, desde la feliz morada que habita, me inspiró el único medio de salvar á usted...

A esas palabras, el comandante, siempre apoyado en su hija, la sigue á la capilla, en donde, á la vista de la tumba de su esposa y de la tierna piedad de Isaura, derrama un nuevo torrente de lágrimas, mucho menos ardientes que las primeras, y en las cuales encuentra un encanto del que no puede saciarse. La dulce y previsora Isaura, le hizo prometer ante todo, que jamás volvería solo á esa tumba. En seguida logró que no visitara ese monumento más que todas las noches á la hora acostumbrada y que no permanecería en él más que el tiempo necesario para renovar las flores y hacer sus oraciones. Insensiblemente llegó á obtener que su padre hiciera algunos paseos por el parque, después en las cercanías y por último en las mansiones vecinas, en donde se apresuraban todos á festejarle y á distraerle. Supo hacerle volver á sus costumbres, á ocuparse de las artes y de la sociedad. Pronto tomó de nuevo su puesto en el ejército y alcanzó un grado superior. Isaura, cuya gracia y bondad eran sus menores ventajas, unió su suerte á uno de los jóvenes compañeros de armas del comandante. En esta unión encontró la recompensa de sus virtudes, y como su madre, fué la más feliz de las mujeres. M. de Saint-Marc, llegó á una edad muy avanzada. Parecía que el cielo, al conservarle la fuerza y la salud, hubiese querido dar á su hija el justo premio de sus cuidados. Isaura á su vez, fué madre de varios niños que hacían las delicias de M. de Saint-Marc. Cuando los tenía en su regazo se sentía rejuvenecido por sus caricias. Les contaba con frecuencia esta historia, que prueba que cuanto más profundo es un dolor, más consideraciones merece, y que no hay nada que la paciencia y la dulzura no puedan vencer.

Estrechando en seguida á sus nietos contra su corazón, ese digno anciano exclamaba : ¡ Oh ! si llegara día en que vuestra madre sintiese uno de esos dolores que hacen pedazos el corazón y no dejan llorar, tratad de descubrir una voz tan conmovedora como la suya, y hacedla pronto oír una romanza de Dalayrac.



EL ENCANTO DE LA VOZ



Muero contento: deixo un hijo digno de mí.

EL ENCANTO DE LA VOZ

El joven Arturo de Weymar, uno de los discípulos más distinguidos de la escuela militar de Saint-Cyr, había sido nombrado subteniente de un regimiento de caballería, en donde se hizo notar por su valentía y por su exactitud en cumplir con todos los deberes de la disciplina. Había sabido merecer la estimación y confianza de sus jefes, y en particular del conde de San Géran, oficial general, que lo eligió como uno de su ayudantes de campo. Arturo, entusiasmado con ese nuevo grado, y sobre todo con las pruebas del más tierno cariño que sin cesar le daba el conde, se distinguía con prodigios de valor, y en varias ocasiones se mostró como digno discípulo de la célebre escuela en donde había aprendido el oficio de las armas. En uno de esos memorables combates que deciden á la vez de la suerte de los Estados y de la gloria de los soberanos, Arturo, apenas de diez y ocho años de edad, combatió en la refriega al lado del conde de San Géran. En el momento en que varios soldados enemigos acababan de rodear á ese general y se disponían á hacerle prisionero, el joven ayudante se lanza en medio de ellos, derriba á muchos, y logra salvar al conde del furor que les anima; pero éste, cuyo caballo acababa de ser muerto bajo de él, y encontrándose gravemente herido, ya no tiene bastante fuerza para acabar de sustraerse á la persecución del enemigo : unos momentos más y caerá en su poder. El joven ayudante que hacía algún tiempo sostenía los vacilantes pasos del general, le conduce cerca del tronco de un árbol que descubre, le hace subir á él, le carga á la espalda, y renovando el memorable rasgo del gran Tureña, que salvó así á un simple soldado

herido, tiene la inexpresable dicha de llevar al conde de San Gérán hasta la primera ambulancia, y de salvarle la libertad y la vida.

En la tarde misma de esta acción memorable, admirada por todos sus hermanos de armas, Arturo recibió la orden de presentarse en la tienda de campaña del general.

— Venga usted, mi digno amigo — le dijo el conde, — porque en lo sucesivo no puedo dar á usted otro nombre. ¿no me ha dicho usted que era huérfano, sin esperanza de una fortuna?

— Sí, general; pero cuando se tiene el honor de servir bajo vuestras órdenes, se encuentra á un padre y no se necesita nada.

— Yo tampoco tengo familia; no he contraído nunca la dulce unión del matrimonio, y no tengo la dicha de ser padre. Cuando usted combatía á mi lado, al mezclarse su sangre con la mía, encontré en usted á un verdadero hijo. Mientras el jefe supremo del Estado conceda á usted la honrosa distinción que merece, acepte usted esta prueba de mi eterno reconocimiento : es un auto en regla por el cual adopto á usted y le nombro único heredero de aquel á quien en lo sucesivo usted se servirá llamar únicamente padre.

A esas palabras, Arturo se arroja en los brazos del conde, respirando con dificultad, y le manifiesta por sus protestas y caricias, que es digno del honroso título que recibe.

En efecto, desde ese momento, el conde no cesó de encontrar en su hijo adoptivo todo lo que el amor filial puede inspirar á un hombre de honor, á un corazón generoso y sensible. No tardó en verle condecorado con la cruz de los valientes, y promovido algún tiempo después al grado de jefe de escuadrón. Parecía que cuanto más dignidades adquiría Arturo, más trataba de justificarlas con su genio y su valor. ¡ Cuántas veces no secundó al general en sus más brillantes hechos de armas ! ¡ Cuántas veces el escuadrón que comandaba no decidió por sí solo la victoria !...

Pero esa buena suerte no duró mucho : en un combate nocturno en donde el peligro aumenta en proporción del valor, el conde de San Gerán fué muerto por un casco de bomba y sólo pudo exclamar al morir en brazos de Arturo : Muero contento : dejo un hijo digno de mí.

La desesperación de Weymar fué indescriptible : ni esas últimas palabras consoladoras, ni una gran fortuna, ni la herencia de un bello nombre, no se presentaron á su espíritu para suavizar su dolor; no pensó más que en la pérdida que había sufrido, y á cada instante repetía : ¡ Ya no tengo padre! ¡ He perdido á mi bienhechor!... se engañaba : Poco tiempo después de la muerte del general, el mariscal que tenía el mando en jefe, le anunció que el jefe del Estado, aprobando la adopción del conde de San Gérán y deseando que ese gran nombre no se apagase en el ejército francés, nombraba á su hijo adoptivo, coronel del regimiento en donde había servido, y le otorgaba las mismas armas, calidades y prerrogativas de que el general gozaba. De ese modo, Arturo se convirtió en conde de San Gérán, y á los veinte y siete años, se vió coronel, oficial de la Legión de Honor y poseedor de una fortuna considerable.

Colmado de todos los favores que se pueden ambicionar, el joven conde no tuvo ningún orgullo ni vanidad. Siempre sencillo en sus gustos, siempre modesto, ocultaba bajo los más amables modales el valor é impetuosidad que le distinguían en el campo de batalla. De regreso á París, se apresuró á visitar la escuela de Saint-Cyr, que siempre consideró como su cuna, y al venerable jefe de esa institución, á quien llamaba su primer guía en la carrera del honor. Recibido en casa de la señora de Surville, parienta suya, mujer de raro mérito, encontró allí un gran número de jóvenes señoritas, entre las cuales formó el proyecto de elegir una esposa ; pero en el temor de extraviarse en tan importante elección, rogó á la señora de Surville le secundara con sus consejos y la gran costumbre de la sociedad que tenía :

— No quiero — la decía — tener por compañera á una de esas mujeres brillantes, cuyo único goce es presentarse con esplendor y rodearse únicamente de prestigio y opulencia ; no quiero una de esas coquetas imperiosas que sólo miran los sagrados lazos del himeneo como un vínculo de conveniencia, y que se imaginan que no se debe ejercer en ese altar más que un culto servil que satisfaga todos sus caprichos y se someta á ellos... Quisiera como esposa á una joven que, sin ser bella, fuese de rostro expresivo, de actitud modesta, de buena educación, pero sin pretensión, cuyas habilidades encanten sin

deslumbrar. Quisiera sobre todo, que la dulzura de su voz fuéese fiel intérprete de su alma ; y en fin, que fuese pobre y de una familia numerosa á fin de poder regar entre todos ellos una parte de los beneficios con que el cielo me ha colmado... Dígnese usted, ¡ oh mi valiosa amiga ! — añadía Arturo estrechando las manos de la señora de Surville, dígnese hacer que yo encuentre esa joven, quizá ideal, pero que debe existir en vuestro sexo, y habrá usted contribuido mucho á la felicidad de mi vida.

La señora de Surville en el deseo de hacer dos felices á la vez, buscó en su sociedad entre las jóvenes que parecían reunir, sino todas, al menos una parte de las cualidades que el conde deseaba. Primero le presentó á algunas, las cuales imaginándose ya que iban á pertenecer al joven coronel cuyo nombre, posición y fortuna halagaban su vanidad, dejaron traslucir el ardiente deseo de brillar y la ambición de tener un título y de presentarse en la corte. Arturo las juzgó de la primera ojeada, y las separó para siempre de la clase en donde se proponía hacer su elección. Por último, la señora de Surville logró reunir en su sociedad habitual, á tres jóvenes que parecieron llamar la atención del conde de San Gérán. La primera, llamada Adriana, hija única de la viuda de un médico célebre, unía al rostro más interesante una modestia y un tono de voz que revelaban la bondad de su corazón. Pero Arturo pronto observó que esa dulzura, que al principio agradaba tanto, la llevaba hasta el extremo del descuido é insipidez, lo cual anunciaba una fría indiferencia, y gran nulidad de carácter. La segunda, llamada Eufemia, huérfana y sobrina de uno de los primeros abogados de París, unía á todo el brillo de la belleza una gracia natural y la más afectuosa expresión, se adivinaba al verla un alma amorosa, franca y sensible; pero tan pronto como hablaba, el oído desencantaba á los ojos : una voz ronca y expresiones comunes, disipaban de repente la primera impresión favorable, y formaban una discordancia á la cual no era fácil acostumbrarse. Por último, la tercera, cuyo nombre era Elisca, hija de un famoso pintor de la escuela francesa, parecía mejor que las dos primeras por ese conjunto que lisonjea, interesa y seduce. Su rostro, sin ser perfecto, tenía indecible encanto; de estatura elevada, era majestuosa y de gracia imponente; el timbre de voz,

sin tener nada de seductor, llegaba á veces al corazón; pero una invencible petulancia y una manía de hablar que infaliblemente llegaba á la inconsecuencia, venían con frecuencia á alterar las buenas cualidades que distinguían á Elisca. Su corazón era excelente, sus intenciones siempre puras; y sin embargo se la podía tomar por una de esas atolondradas cuyas relaciones son peligrosas, ó por una entusiasta incapaz de ningún sentimiento duradero.

Precisamente cuando Elisca se proponía brillar y agradar, era cuando interesaba menos y perdía todos sus atractivos. Entonces su fisonomía tomaba una expresión desfavorable, la gracia y majestad de su estatura cambiaban de pronto en una actitud torpe y tiesa, y la voz se volvía tan agria y chillona, que fatigaba á todos aquellos que al principio habían tenido gusto de escucharla.

Sin duda todos esos defectos no habían escapado á la penetrante mirada de Arturo; pero sea que le pareciese fácil corregirlos, ó bien que creyese estaban compensados por mil amables cualidades, se notaba que trataba de combatir lo malo haciendo el elogio de lo bueno, y cada día aumentaba su cariño á Elisca. La señora de Surville, á quien el coronel no había podido ocultar su preferencia, que aún conservaba secreta, creyó no obstante, que era de su deber consultar primero con los padres de la joven. Estos manifestaron el más vivo deseo de ver á su hija unida á un hombre tan distinguido como Arturo; y, sin decir positivamente á ésta última, que el conde de San Gérán solicitaba su mano, la hicieron conocer que la distinguía, y que quizá tenía proyectos de matrimonio.

Elisca, á quien por su parte, el coronel había hecho una impresión bastante viva, no por su rango y fortuna, sino por esa alta reputación de valor que gana todos los corazones, alentada por el tácito deseo de sus padres, cuya vejez tanto anhelaba embellecer, puso todos los medios para acabar de fijar al conde y llevarle á que hiciese una declaración formal.

Así, entregándose á toda la vivacidad de su imaginación tanto como á la natural tendencia de su corazón, no cesó de recordar con entusiasmo cuán respetable y caro á la patria es el que tantas veces expone su vida para defenderla. Hacía

el elogio de todos los héroes de Francia, enumeraba con tanta elocuencia como fidelidad, todas las bellas acciones que transmiten sus nombres al templo de la memoria; en seguida con mucha habilidad, manifestaba la dicha de pertenecerles, de asociarse á sus peligros, á sus éxitos, de seguirles con el pensamiento al campo del honor, de invocar al cielo por su conservación, de oír á todo un pueblo y al soberano mismo, proclamar sus victorias, adherir á sus nombres la estimación de los contemporáneos y el recuerdo de la posteridad. Arturo al escucharla, no podía ocultar su sorpresa y arrobamiento; arrebatado por la claridad de los cuadros y por el impulso de la joven entusiasta, en su éxtasis no veía nada que pudiese compararse á la brillante Elisca.

— ¿Cómo es posible — se decía — resistir á esta imaginación tan fecunda y no ser arrastrado por esta alma de fuego que nos electriza, nos sorprende y nos encanta? ¡ Oh! ¡ qué bien merece ser la esposa de un guerrero!... Pero tan luego como la reflexión sucedía á ese momento de entusiasmo, no podía Arturo menos de observar, que este heroico calor era exagerado, que esos movimientos convulsivos, esos ojos brillantes, hacían daño á la gracia, herían la modestia, y que, en fin, esa voz penetrante y esa locuacidad, que apenas daba tiempo de respirar, no tenían ya esa dulzura encantadora, ese poder irresistible de la modestia, del pudor y de la timidez. Si la fría y descuidada Adriana no había podido penetrar hasta el corazón del coronel, tenía éste la sensación que Elisca se colocaba en él con demasiado estrépito y petulancia para poder permanecer mucho tiempo allí.

Así, el conde se encontró en una lucha muy cruel; y para estar en libertad de reflexionar maduramente sin deslumbrarse por la presencia de la seductora Elisca, que sin cesar redoblaba las citas históricas y los grandes sentimientos, se ausentó durante algunos días, pasándolos en una propiedad perteneciente á la señora de Surville en las cercanías de Ecouen. Esta dama que gozaba de una alta reputación, iba á sacar de la célebre casa de educación á una de las discípulas, llamada Nanina de Saint-Ange, la cual habiendo terminado su educación, debía regresar al lado de su madre que habitaba cerca de Angers. La señora de Surville antigua amiga de madama de Saint-Ange, se había encargado de recibir á su

querida Nanina al salir de Ecoeu, y de conducirla ella misma á la pequeña propiedad á donde se había retirado.

Nanina hija mayor de un oficial de ingenieros muerto en el campo de honor, era uno de esos seres, que al principio no llaman la menor atención, pero que ya no se pierden de vista tan pronto como se ha tomado uno la molestia de examinarlos. Nanina tenía diez y ocho años, de estatura mediana, pero bastante bien proporcionada; su modo de andar era tan sencillo y tan sin pretensión, que ninguna gracia notable se la observaba, pero tampoco el menor encogimiento. Todos sus movimientos eran naturales, y más bien indicaban desconfianza y timidez que deseo de agradar. Tenía la frente estrecha, la boca grande, pero con bonitos dientes, los ojos pequeños y siempre bajos, la tez sin frescura, parecía alterada por el trabajo : en una palabra, su rostro se componía de rasgos irregulares, los cuales, separadamente, eran desagradables, pero en su mirada había la fuerza de confesar que era fea.

Cuando la señora de Surville, á quien había acompañado el conde de San Gérán, fué por ella á Ecoeu y la recibió de la surintendente de esta casa, ésta, cuyo voto es un elogio, no pudo menos de estrechar á Nanina en sus brazos, y dijo con notable alteración de voz :

— Entrego á usted, señora, á una de mis más queridas discípulas; mucho me habría engañado si no hiciera la felicidad de sus padres, y no justificase en la sociedad la idea que se tiene de las hijas adoptivas del soberano...

La joven de Saint-Ange quiso responder; pero las lágrimas que derramaba en abundancia se lo impidieron. Después de haber besado las manos y recibido la bendición de la que, durante varios años, fué una madre para ella, siguió á la señora de Surville, que la misma tarde la condujo á París.

Arturo, que, á la primera ojeada, había considerado á esta joven como un ser común, poco á propósito para interesar, no pudo evitar el impresionarse de los adioses de madama la surintendente, y concibió por la pobre Nanina un primer sentimiento de estimación que no fué más que el preludio de todos los que ella debía hacerle sentir. Ella hizo el viaje de Ecoeu á París sin pronunciar una palabra. Se separaba de una célebre institución, de un guía tutelar, amables compañeras de un adolescente; y por grandes que fuesen sus

deseos de reunirse á una madre adorada y á su numerosa familia, no podía resistir al pesar de alejarse de la amistad y á la emoción del agradecimiento. Al bajar del carruaje, ella se apoyó en el brazo del coronel; y en ese momento, un sonrojo muy vivo, el temblor de la mano y los ojos bajos manifestaban el más sincero pudor. Al fin, al encontrarse en la habitación de la señora de Surville, se repuso poco á poco, y la más ingenua sonrisa vino á animar sus irregulares rasgos y á hacer brillar sus ojillos todavía llenos de lágrimas.

— De nada ha servido — la dijo Arturo — que la hayamos traído á usted á París, usted sigue siempre en Ecoen.

— ¿ Y cómo es posible olvidar jamás — le respondió Nanina — el lugar en donde hemos conocido los primeros desahogos de la amistad?

— ¡ Oh! ¡ qué voz! — dijo para sí el coronel — ¿ es un ángel el que acaba de hablar?... Se entabla la conversación; cada palabra de la interesante discípula, llena al conde de sorpresa, de respeto y de admiración. ¡ Tanta pureza de lenguaje, tanta instrucción oculta bajo una modestia tan grande! mostraba un profundo conocimiento de todo lo que se refiere al bien, y completa ignorancia de todo lo que se refiere al mal, y siempre ese tono de voz angelical que jamás iba más allá del tono de la candidez... ¡ Oh! ¡ si Nanina se hubiera atrevido á mirar al coronel al hablarle, éste habría quedado subyugado para siempre.

Entretanto, las tres jóvenes rivales informadas de la llegada de la señora de Surville, tuvieron la curiosidad de conocer á la discípula de Ecoen y juzgar por ella, de la educación tan afamada que se recibía en ese establecimiento. Al día siguiente mismo fueron á hacer una visita. Elisca unía á este deseo el anhelo más vivo todavía de ver al conde de San Gérán que creía haber seducido con sus encantos, y muy segura de haber deslumbrado con todas las riquezas de su imaginación; pero ese día no llegó él donde su parienta, y se pasó la velada en hacer un escrupuloso y detallado examen de la señorita de Saint-Ange. La primera impresión no fué desfavorable á Elisca. Su pequeña estatura, su rostro ajado, sus ojos hundidos, rojos aún por las lágrimas de la víspera, la sencillez de su vestido y de sus modales, no produjeron en

Adriana y Eufemia más que indiferencia : Elisca no vaciló en encontrarla detestable.

Algunos días después tuvo lugar la segunda entrevista. El coronel estuvo presente. Elisca, queriendo probar lo superior que era á la discípula de Ecoüen, la provocó en un tono que parecía decir : Tú eres muy poca cosa al lado mío. La humilde Nanina que apenas levantaba los ojos parecía responderla : — No me atrevo á hacer frente á usted. — Se ejecutó música. Adriana y Eufemia cantaron un dúo moderno en donde se encontraban muchas dificultades, muchos trinos y adornos, que se ha convenido en llamar la bella escuela : Elisca las acompañó con tanto gusto como aplomo; y después de ese trozo que ella llamaba exquisito, delicioso, divino, ejecutó una sonata del mismo género, en donde desarrolló todas las riquezas de la armonía, todos los recursos del instrumento que obedecía á la ligereza de sus dedos. Nanina, aturdida ella misma por una ejecución tan brillante, quiso excusarse de hacer que la oyeran ; pero temiendo que se atribuyera á amor propio el rehusarse á tocar, y además, obligada por las vivas sollicitaciones de la señora de Surville, se limitó á acompañarse en la partitura de *Ædipe y Colona*, canción tan expresiva, tan verdadera, y que comienza con estas palabras :

No me alejo de vos sin que mis lágrimas corran.

La analogía era tan patente, que Nanina al cantar esas palabras, no pudo evitar una emoción que se añadía á la indecible dulzura de su voz. No hizo ninguna improvisación, no se permitió cambiar una sola nota de esa perfecta composición ; pero cada modulación era tan vivamente sentida y expresada con tanta verdad, que todos los que en ese momento rodeaban á la interesante discípula, creyeron que se dirigía á las jóvenes compañeras de las que hacía poco se había separado, y no pudieron menos de mezclar sus lágrimas á las que ella derramaba.

— ¡ Qué natural es ese canto ! — dijo Arturo extasiado — para mí es mejor que todo ese lujo de dificultades y de trinos con que nuestra música moderna está infectada. Los trozos ejecutados por esas tres señoritas me han deslumbrado sin duda, me han encantado el oído ; pero el que acaba de hacer-

nos oir la señorita de Saint-Ange, me ha traído las lágrimas á los ojos, ha penetrado hasta el fondo de mi corazón...

Adriana y Eufemia con un ligero movimiento de cabeza, manifestaron una aprobación forzada. Elisca se sonrojó y guardó el más profundo y lúgubre silencio.

La señora de Surville que sabía que el conde reunía gran número de habilidades, le ruega les haga oír algo á su elección. El conde condesciende, y se dispone á cantar la gran canción de Aquiles, en *Iphigenia en Aulide* — de Gluck, cuya partitura se encontraba en el piano. Dirigiéndose entonces á Elisca, la invita á que se dignie acompañarle.

— ¡ Yo ! — contestó ella atolondradamente — no conozco esa música.

— Sin embargo, el modo brillante y sostenido con que usted ha hecho valer el talento de esas señoritas...

— ¡ Oh ! eso es diferente ; he ejecutado ese trozo tantas veces ; pero no estaría segura de poder acompañar á primera vista, sobre todo la música de Gluck... sin embargo, probemos.

Arturo comienza. Elisca, arrastrada por el deseo de unir su hábil acompañamiento á la voz del coronel, hace vanos esfuerzos por seguirle. Poco acostumbrada á ligar todo lo que compone una partitura, trunca unos pasajes, salta medidas enteras, y concluye por quedarse trabada, confesando con gran pesar, que no puede continuar.

— Si la señorita de Saint-Ange — dijo la señora de Surville — quisiera tener esa amabilidad, me han dicho que este año obtuvo el premio de acompañamiento.

— ¡ Oh ! señora, yo temblaría demasiado — contestó la tímida Nanina ; pero todo lo arriesgaré para no privar á esas señoritas del gusto de oír á M. de San Géran. Se sienta luego al piano, comienza por vacilar, como lo había dicho ; pero poco después, reuniendo todas sus fuerzas, acompaña al conde con un aplomo y un conocimiento tan perfecto del arte, que sorprende y encanta á todos los que la oyen. La misma Elisca no puede rehusarla un ligero tributo de elogios ; y el coronel, de quien ella había cubierto con destreza algunas faltas en el canto, que él había notado, no duda ya que la muy modesta Nanina es una hábil artista, la cual, en sus estudios, había tenido el buen sentido de preferir la ciencia al brillo.

En las diferentes reuniones que siguieron á ese primer día de triunfo, Nanina no cesó de ser superior por la ciencia y la expresión. En vano trataban de eclipsarla con una ejecución rica y complicada : tan pronto como cantaba embriagaba á todos los corazones ; cuando ejecutaba la partitura más moderna y más difícil, todos los votos se reunían á su favor.

Algún tiempo después, probó que no era la música el único arte que la era familiar. Ella había frecuentemente oído al coronel contar la muerte del general de San Gérán, y había observado que el coronel llevaba en el pecho suspendido con una delgada trenza de cabellos blancos, el retrato en miniatura de su padre adoptivo. Concibió el proyecto de hacer un diseño del instante memorable en que ese célebre guerrero expira en el campo de batalla, y componer un dibujo para la señora de Surville. Confió este proyecto á dicha señora y la suplicó decidiera á Arturo á que la confiara, por algunos días solamente, la imagen fiel del héroe que le había hecho su digno heredero, dándole por pretexto que deseaba tener una copia. El proyecto de petición fué ejecutado y Nanina se puso á trabajar.

Algunos días después, presentó á la señora de Surville la escena exacta de los últimos momentos del conde de San Gérán. Se le veía herido por un casco de bomba y caer expirando en los brazos de Arturo ; éste, con el uniforme de ayudante de campo. El general tenía los ojos fijos en él, y parecía proferir estas conmovedoras palabras escritas al pie del dibujo : *Muero contento : dejo un hijo digno de mí.* — Esas dos personas eran de un parecido tan perfecto, el lugar de la escena era tan semejante á la que el coronel había descrito tantas veces, todo estaba ejecutado con tanto gusto, expresión y fidelidad, que no podía uno menos de conmoverse al contemplar esta tierna é ingeniosa producción.

La señora de Surville, habiendo hecho poner un marco el dibujo de un modo análogo á la escena que representaba, quiso saber el efecto que produciría en Arturo. Un día que vino á verla en momentos en que Nanina estaba ocupada en su aposento preparándolo todo para marcharse, le dijo que deseaba consultarle sobre un dibujo cuyo asunto la interesaba muchísimo. Inmediatamente le puso á la vista la obra de la joven discípula de Ecoen, sin nombrarla.

El conde sorprendido, emocionado, transportado, cambia de color, y exclama llorando :

— ¡Es él! ¡ es él mismo!... soy yo en persona... me parece ver á mi bienhechor, á mi padre... creo oírle... todo el oro que poseo no bastaría para pagar ese cuadro.

— El autor sin embargo no aceptaría de usted más que un simple agradecimiento.

— ¿ Y quién es ese autor tan hábil para pintar la naturaleza, para interpretar todos sus matices?

— Allí lo tiene usted — le dijo la señora de Surville señalando á la señorita de Saint-Ange, que entraba en el salón.

— ¡ Cómo! — repuso Arturo lleno de asombro — ¡ tanto talento y tanta modestia! Pudiera ser que esa obra maestra...

— Por favor, señor, no califique usted así ese débil ensayo que he querido hacer para dejar á la amiga de mi familia un recuerdo de las bondades que ha tenido conmigo.

— Me sería muy grato sin duda, — añadió la señora de Surville; — pero mi buena Nanina, pido á usted permiso de obsequiarlo al conde de San Gérán, como el obsequio más precioso que pueda hacer la amistad.

— Jamás, no, jamás saldrá de mi aposento esa obra deliciosa : será mi guía, mi consuelo, mi más valioso tesoro ; y cada vez que le mire enternecido, podré decir : Sólo el conjunto de todas las virtudes reunidas pueden expresar con tanta fidelidad la beneficencia y el reconocimiento.

Nanina, por toda respuesta, se sonrojó ; y tomando el cuadro de manos de la señora de Surville, le entregó temblando al coronel, el cual la dijo con una emoción muy notable:

— Permitame, señorita la suplique que añada usted á ese doble obsequio de la amistad, lo que formará su más bello ornamento.

— ¿ Qué cosa, señor ?

— Es costumbre que el artista adorne con su nombre las producciones que declara suyas ! ¡ Oh ! ¡ qué caro me será el de usted ! escrito con su propia mano al pie de su obra !

— Arturo, usted me sorprende : usted no es ni pariente de la señorita de Saint-Ange ni amigo de su familia ¿ y no sería eso hasta cierto punto, herir las conveniencias que su nombre?

— Pero no es el nombre de Nanina de Saint-Ange el que me atrevo á pedir á la señorita que escriba al pie de ese dibujo.

— ¿Y qué nombre señor coronel? — preguntó sonriendo la joven discípula.

— Nanina de San Gérán — exclamó Arturo echándose á sus pies. — ¡ Al fin he encontrado este objeto ideal que el cielo ha formado para mi dicha! ¡ Oh! No se asuste usted de este desahogo de mi corazón que usted ha fijado para siempre. Sí, sencilla y modesta Nanina, es usted á quien elijo como compañera de mi vida, pronuncie usted una palabra, y yo la haré condesa de San Gérán.

— Yo, señor coronel, ¡ yo su esposa! ¡ oh! ¡ levántese usted, le suplico!

— A la señora de Surville, que aquí representa á la digna madre de usted, es á quien pido la mano de usted, á quien prometó rodear modesta Nanina, con toda la felicidad que merece.

— Dispense usted mi confusión, señor conde, semejante lenguaje es tan nuevo para mí... me encuentro muy honrada, sin duda... apenas tengo la fuerza de hablar.

— Repóngase usted, adorable Nanina.

— Adorable, dice usted : no olvide que soy fea.

— Nadie lo es con la expresión del rostro de usted.

— Que soy de corta estatura.

— ¡ El alma de usted es tan grande!

— No tengo ningún encanto.

— Y usted encanta á todo el mundo.

— En fin, que soy pobre.

— ¡ Pero tan rica de virtudes!

— De una numerosa familia.

— Tanto mejor.

— La mayor de siete hermanos, de los cuáles cinco varones de corta edad.

— Muy bien, seré para ellos lo que fué para mí el conde de San Gérán.

— Sepa usted que mi madre es enfermiza, acaecosa.

— Razón más para socorrerla. ¡ Oh! ¡ deseo que pronto la colmemos de nuestros cuidados y ternura!

— Usted me colona de tanto honor, de tantas bondades que ya no sé qué decir.

— Cuanto más habla usted, más firme estoy en mi resolución, más me hace usted bendecir mi elección. No son única-

mente sus habilidades las que me han sucedido, sino las cualidades de su alma, y especialmente su órgano fiel, esa voz tan dulce que parece bajar del cielo para anunciar la felicidad en la tierra; pero el colmo de mi dicha, es encontrar en usted una discípula de la casa de educación de Ecoeuen. ¡ Y qué arrobamiento más dulce puede sentir un militar, honrado con las bondades del soberano, que compartirlas con una de sus hijas adoptivas !

Esas últimas palabras de Arturo fueron pronunciadas con tanta franqueza y expresión, que Nanina se conmovió hasta llorar; y arrojándose en los brazos de la señora de Surville, que no estaba menos conmovida, la dijo :

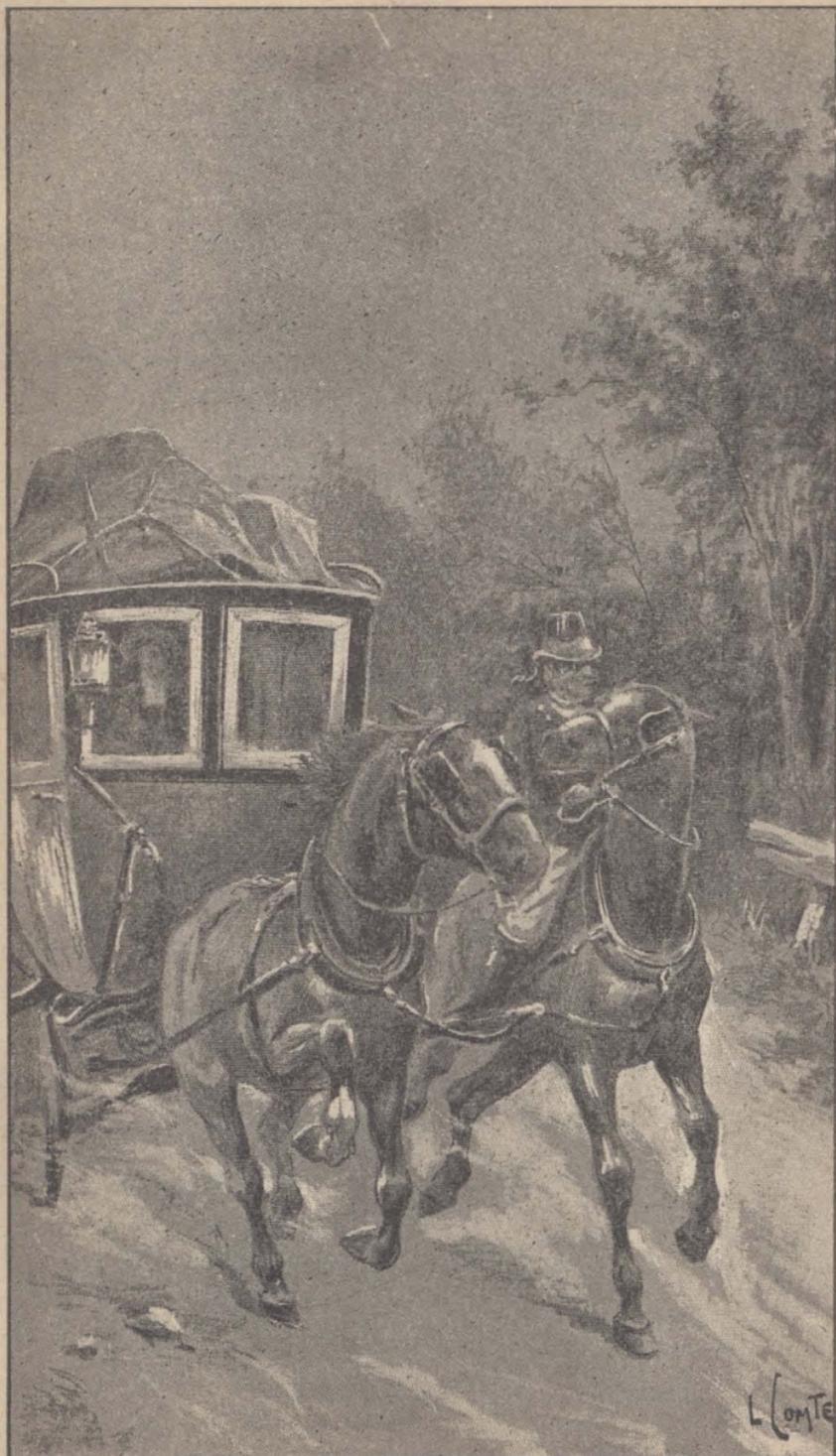
— ¡ Oh, guía querida ! ¡ oh, amiga mía ! me entrego á usted, dígame ¿ qué debo hacer ?

— Aceptar la mano del hombre más galante que jamás he conocido. Yo, más que ninguno, he sabido estudiar el corazón del coronel, y puedo responder por él.

Al día siguiente mismo, esta respetable dama escribió á la señora de Saint-Ange, la cual, pocos días después, envió su consentimiento para este feliz matrimonio, encargando á su amiga que la representase.

La boda se celebró sin pompa y sin brillo, como lo exigió Nanina, cuyo rango y opulencia no alteraron jamás la modesta sencillez. Su felicidad fué completa, tanto mayor, cuanto que se esparció en toda la familia. Todo el mundo aprobó esta unión. La misma Elisca que veía frustrados sus grandes proyectos, no pudo menos de aplaudir en secreto la elección del conde de San Gérán : y cuando supo por la señora de Surville que, sin ese entusiasmo y locuacidad fatigosa que cambiaban la natural dulzura de su voz, ella habría sido la condesa de San Gérán, hizo serias reflexiones, moderó por grados esa fogosidad que sin cesar la extraviaba, y se convenció que, la ventaja más grande de una mujer, el más poderoso atractivo que la somete todos los corazones y tiene más poder que las habilidades y talento, que la gracia y hasta que la misma belleza, es el encanto de la voz.

EL PRIMER PASO EN LA SOCIEDAD



.. y partió en carruaje de posta para Nimes, á donde llegó,
rica de talento y atractivos.

EL PRIMER PASO EN LA SOCIEDAD

M. de Merinval ejercía en Nimes la profesión de abogado, y se había gránjeado allí la estimación general y la más alta reputación. Entregado á esta honrosa carrera, contrajo muy tarde los lazos del himeneo, y hasta la edad de cincuenta años no conoció la dicha de ser padre. Tuvo una hija llamada Agatina, cuya educación, dirigida por una madre imperiosa y vana, desarrolló en su corazón tal orgullo, que ni el tiempo ni la reflexión pudieron desarraigar. Madama de Merinval se imaginaba que nada podía compararse al mérito de su esposo, y la riqueza, justo premio de los trabajos de éste último, no hacían más que aumentar cada día la tiesura de esa insensata mujer; había criado á su querida Agatina en la persuasión que estaba muy por encima de las más distinguidas señoritas de la ciudad, y no cesaba de repetirla que la hija de un célebre legista, y sobre todo opulento, merecía todos los homenajes y no debía devolver ninguno á nadie.

La joven Agatina, aunque de una sensibilidad natural que con frecuencia se traslucía á través de su ridícula vanidad, siguió demasiado bien los consejos de su orgullosa madre : no tardó en hacerse notar en toda la ciudad de Nimes, por su tono altanero, que con frecuencia llevaba hasta la impertinencia. Cuando entraba en alguna tertulia, se apoderaba siempre de uno de los primeros lugares, y paseaba la vista á su alrededor con tal aplomo y desdén que parecían indicar que debían todos considerarse honrados con su presencia. Cuando se presentaba en el teatro ó en un paseo público, su paso orgulloso, su actitud afectada, su voz elevada y su aspecto estirado, hacían ver que se creía igual á las personas

de alta posición y nacimiento; en una palabra, madama de Merinval había encontrado en Agatina, una imitadora de todas sus extravagancias. La hija era la viva imagen, la copia fiel de su madre.

En una ciudad de provincia en donde todo se clasifica según el nacimiento y la fortuna, no se pueden usurpar impunemente los derechos de aquellos que la situación general coloca sobre nosotros. Querer desafiar este uso, es un error que tarde ó temprano se paga con rudas experiencias. En vano cree una hacer inclinar la balanza á su capricho, la balanza que da á cada cual su peso cabal, la opinión pública que mantiene el equilibrio, siempre está presente.

Agatina tuvo que sufrir numerosas humillaciones. Más de una vez recibió lecciones que sin duda la habrían corregido, si extraviada constantemente por su madre, no hubiese mirado como una injusticia la línea de separación que los habitantes de Nimes, sin dejar de estimar á su respetable padre, trazaban siempre entre la hija de un legista y las de los primeros magistrados de la ciudad.

M. de Merinval, ocupado en importantes trabajos y confiando demasiado ciegamente á madama de Merinval la educación de su hija única, estuvo algún tiempo sin advertir las ridículas pretensiones de Agatina, entonces de edad de quince años. Informado, sin embargo por algunos verdaderos amigos del imperioso carácter que insensiblemente iba tomando la joven, y considerando como hombre de ingenio, que ese defecto no podría nunca ser destruído por su madre, para quien era una virtud, tomó la resolución de separarse de la joven orgullosa y ponerla en París en una casa de educación afamada, en donde reinaría la más perfecta igualdad.

Madama de Merinval sintió mucho separarse de Agatina; pero la idea que en París su hija adquiriría una dignidad más imponente aún, y que por su talento podría adquirir un verdadero derecho de hacerse distinguir, haciéndose superior á todas las señoritas de Nimes, la hizo consentir en su partida. Dió por razón á todos los que se sorprendían de ese viaje, que la educación de una ciudad de provincia, no podía convenir á la señorita de Merinval, y que, sólo la capital ofrecía los recursos necesarios para hacerla digna de los altos destinos que la fortuna y la celebridad de su padre la prometían.

M. de Merinval, que no tenía las mismas intenciones que su esposa, y cuyo único fin era destruir esa ridícula altivez que desagrada hasta en las personas cuyo elevado cargo podría servirle de excusa, condujo á Agatina, á una de las mejores casas de educación de París, en donde los principios establecidos y el gran número de discípulas debían producir el saludable efecto que esperaba. La nueva pensionista no tardó en sufrir viva sacudida. Sus grandes modales y su tono altanero, la atrajeron las más amargas burlas, y su voz imperiosa se vió pronto reducida al silencio. Allí no había más lugar de distinción que el concedido al mérito; allí, ninguna de esas atenciones lisonjeras, y siempre un servicio pagado con otro servicio; allí, sobre todo, ni alto nacimiento ni prerrogativas; la hija de un simple artesano tutea á la hija de un ministro; la opulenta heredera no posee nada más que la pobre huérfana; y los jóvenes corazones, arreglados así bajo el pie de la igualdad, no reciben más principalmente que lecciones de modestia, no ven más que motivos de emulación; no sienten más que movimientos de amistad franca y desinteresada y toman esa inapreciable costumbre de hacerse distinguir por lo que valen y no por el lugar que ocupan en la sociedad. ¡Feliz mansión de una institución bien dirigida! ¡ dulce época de la vida en la cual la ambición consiste en darse á querer, en donde el mérito está siempre seguro de ser recompensado! ¡Sagrado templo de la juventud, que no mancha ningún soplo impuro, ningún ojo profano; en donde los talentos son á la vez rivales y hermanos; en donde el pudor se une á la alegría; en donde la belleza naciente y las gracias enlazadas, encuentran la dicha en los juegos de la inocencia! ¡ quién podría conoceros sin experimentar un tierno y respetuoso interés! ¡ Y cuál es la mujer que educada en vuestro sagrado recinto, no conserve toda su vida el más delicioso recuerdo de él!

Agatina pasó algún tiempo sin poder acostumbrarse á esta nueva existencia. No se pasa fácilmente de una ciega presunción á la certeza que una es poca cosa, del placer de ser adulado al desagrado de las reconvenciones; del derecho de mandar, á la más humilde sumisión; pero como la nueva discípula tenía bastante buen sentido para comprender que una resistencia inútil no le acarrearía más que nuevos disgustos, fingió acos-

tumbrarse por grados á todos los reglamentos establecidos en la casa en donde su padre la había colocado, y pronto se hizo notar por una escrupulosa exactitud en cumplir con sus deberes, y por éxitos en varias materias. Por último logró granjearse la amistad de sus numerosas compañeras.

Pero como á los quince años, los defectos están, se puede decir, arraigados hasta cierto punto, y que sobre todo el orgullo acostumbrado desde la infancia, es difícil destruir, Agatina conservó siempre bajo la apariencia de la más dulce familiaridad, un recato muy notable con las discípulas que quedaban en la clase común : no trababa amistad más que con aquellas que se distinguían por su talento. Esta predilección producía una rivalidad que, al desarrollar las felices disposiciones que había recibido de la naturaleza, la condujo rápidamente á ese alto grado de perfección que le mereció los mayores elogios y la tierna afección de la mujer de mérito que dirigía su educación. Todo lo que se refiere á la instrucción la era familiar, y las artes de adorno que poseía, casi todas parecían no ser más que simple adorno de los profundos conocimientos que había adquirido. No se hablaba más que de Agatina en todas las casas de educación de París, que estaban en relaciones con la que educaba á Agatina. Cada año ganaba todas las coronas, y su orgullo natural, del cual no había ocultado más que las apariencias, encontraba en ello un alimento que no se la podía vituperar, puesto que era más que el justo premio de su trabajo y de su inteligencia.

Madama de Merinval que recibía en Nimes frecuentes felicitaciones por el éxito prodigioso de su hija, experimentaba un goce que sólo podía compararse á su vanidad. Poco después solicitó de su marido sacar á Agatina de su pensión, para que pudiese venir á hacer brillar su mérito y sus encantos en el país en donde había nacido, y establecerla ventajosamente. M. de Merinval, que unía á la más exquisita urbanidad el corazón del mejor de los padres, se dirigió en consecuencia á París á fin de asegurarse por sí mismo de si su hija había en efecto dominado ese orgullo insoportable que le había hecho sufrir tanto. Esta, impaciente por regresar al lado de su madre, que, en sus cartas, la extraviaba sin cesar, redobló su familiaridad con sus compañeras, y de deferencia y sumisión hacia la dama á quien había sido confiada : fingió con

tanto encanto y destreza, que todos, en esta casa tan justamente célebre, se apresuraron á hacer á M. de Merinval, el más lisonjero elogio de Agatina. Este dichoso padre, cediendo á las instancias de su hija tanto como á su inclinación natural, resolvió que saliera de la pensión en el acto. Ella dijo adiós con alguna emoción á aquellas de sus compañeras que lisonjeaban su orgullo, y fingió separarse de las otras con pesar. Después de haberse despedido de la respetable mujer, que, durante dos años había sido una madre para ella, permaneció algunos días en París para conocer todo lo que ofrece á la curiosidad de los amigos del arte, y partió en carruaje de posta para Nimes, á donde llegó rica de talento y atractivos, á la edad de diez y siete años, y ardientemente esperada por su madre, á la que Agatina vino á aumentar su extravagancia y orgullo.

Pocos días después de la llegada de Agatina, se iba á celebrar en el cabildo de Nimes, el nacimiento de un príncipe, amor y esperanza de los franceses. Todos los magistrados, militares y personajes notables de la ciudad, fueron invitados á esta fiesta, la cual debía también ser adornada con las mujeres más bellas y más distinguidas.

M. de Merinval, que pertenecía al cuerpo municipal, fué elegido como uno de los comisarios de esta imponente reunión. Todos, habiendo sabido el regreso de la bella Agatina, ardían de deseos de verla y de asegurarse si realmente merecía la alta reputación que había adquirido en París. Madama de Merinval, á quien el amor maternal trastornaba la cabeza, preparaba ya para su hija la *toilette* más resplandeciente y se disponía á reunir todo lo que el lujo y la opulencia pueden inventar. M. de Merinval se opuso formalmente á ese proyecto. Quiso que Agatina, presentándose con un traje análogo á su edad, no fuése señalada más que por una elegante sencillez; sostuvo que, su principal adorno debía ser su afabilidad, su gracia y la modestia de su actitud. Dirigiéndose en seguida á ella en particular, y designándola como el encanto y consuelo de su vejez, la dijo con el tono más penetrante :

— Pronto va á hacer dos años, hija mía, que tú saliste de esta ciudad en donde naciste. En esa época, un orgullo invencible, una presunción ridícula, haciéndote creer que estabas muy por encima de lo que realmente eres, de lo que yo soy,

te atraieron las burlas y el odio de todos nuestros habitantes. Ciego yo por mucho tiempo á causa de mi amor por ti, no pude arrancar al nacer ese peligroso vicio, que habría destruído para siempre mi felicidad y la tuya. Para lograrlo tuve que separarme de lo que más quiero en el mundo, y confiar lo que te faltaba de educación, á manos extrañas; el cielo me ha recompensado ese gran sacrificio : vuelves á tu patria, precedida de la más lisonjera reputación. Mañana te vas á presentar á los ojos de toda la ciudad, que te espera y te desea; mañana, querida Agatina, darás el primer paso en la sociedad... ¡Ah! si mis cuidados y mi ternura merecen de tu parte algún retorno, si ansías tanto como yo la estimación pública, preséntate en la fiesta que se prepara con la amable urbanidad, compañera inseparable del verdadero mérito; rescata, si es posible con todo el mundo, los errores de tu infancia, y haz que tenga yo la dicha de oír decir : Tan vana y ridícula fué antes, como modesta y sensata es ahora.

Agatina, enternecida en apariencia por esos consejos, y fingiendo estar convencida de su importancia, prometió á M. de Mérival conformarse fielmente con lo que él deseaba y mostrarse digna de ser hija suya. Se privó por tanto, con gran pesar, del rico adorno que su madre la destinaba, y se resignó á una *toilette* en la que con fingida sencillez, pudiese dejar ver la elegancia más completa. Habiendo llegado la hora de la reunión, Agatina se dirigió al cabildo con sus padres, en donde ya algunos habitantes se habían reunido. Tan luego como se presenta la rodean, la miran, observan su modo de andar, su actitud, no pierden ninguno de sus movimientos, escuchan la menor palabra que se escapa de sus labios. Fiel á su promesa, adelanta con los ojos bajos, habla temblando, se sonroja á cada elogio que la dirigen, y, llegando con su padre á uno de los lugares ocupados por jóvenes de clase inferior, produce general sorpresa, se eleva á medida que finge humillarse, y acaba por reunir en su favor todos los votos. La embriaguez de M. de Merival llega al colmo: las felicitaciones que llueven sobre él le llenan los ojos de lágrimas. Se acerca á su hija, la toma una mano que pone contra su corazón, y su mirada parece repetirla que ella es el encanto y consuelo de su vejez.

Después de un concierto celebrando el nacimiento del nuevo príncipe, para cuya conservación diez mil voces invocan al ser supremo, celébrase un magnífico baile que comienzan las cuatro primeras damas de la ciudad. Madama de Merinval manifiesta con desdeñosa sonrisa su sorpresa de ver que su hija no es una de las que abran el baile; pero poco después invitan á Agatina á que suceda á las cuatro primeras damas. Su noble y brillante modo de bailar, llama la atención de los inteligentes; su tono de candidez y de modestia, añade valor á sus encantos. Todos los jóvenes, entre los cuales se encuentran varios oficiales de diferentes armas, solicitan el honor de bailar con la recién llegada. Esta, comienza por aceptar á los bailarines cuyo talante indica una gran fortuna y una educación distinguida, y evita con destreza á todos aquellos que carecían á sus ojos de esas ventajas. Entre estos últimos, se presenta un joven caballero cuyo exterior modesto y la tímida emoción, ocultan á Agatina el mérito personal y el puesto que ocupa en la ciudad. Desairado primero por la señorita de Merinval, que se ha embriagado con los homenajes que la prodigan, y entregada más que nunca á su vanidad natural, el joven no se desanima, espera un momento favorable, y vuelve á invitarla por tercera vez, para un vals que va á comenzar. Nueva repulsa con un ligero movimiento de impaciencia. El desconocido se atreve á insistir...

— No, señor, me es imposible.

— La señorita, más que ninguna otra, debe excusar el empeño que se tiene de ser su pareja.

— Hay tantos que me han invitado, que me encuentro aturdida.

— Sin embargo, parece que la señorita no tiene compromiso para este vals.

— Es verdad, pero deseo descansar.

— No tengo ya nada que decir á eso.

A estas palabras el caballero la hace un respetuoso saludo que Agatina apenas contesta, y se retira sorprendido y confuso del tono brusco y de la mirada desdeñosa de la persona cuyo elogio resuena por todo el salón.

Por último comienza el vals. El desconocido se entregaba á todas sus reflexiones y sufría todavía, no de la repulsa que acababa de sufrir, sino de la manera de hacerla, prometiénd-

dose no volver á invitar jamás á la señorita de Merinval, por seductora que fuése; pero su sorpresa aumentó muchísimo, cuando pocos instantes después, la ve del brazo de un teniente de marina, disponiéndose á bailar con él. El desconocido se lanza al instante y dirigiéndose á Agatina la dice en un tono que no era el de la adulación ni de la timidez :

— Señorita, usted no puede bailar.

— ¿ Qué dice usted?—responde vivamente el teniente de marina.

— Tengo el honor de hacer observar á la señorita, que ella me había declarado que no tenía compromiso para este vals ¡ y así, su repulsa se vuelve un insulto, y no bailará !

— Pero caballero, usted toma un tono...

— Es el tono de un hombre de honor que no soporta ultrajes.

— Usted dirá todo lo que quiera; pero la señorita bailará.

— Ella es bien libre; pero no bailará más que conmigo.

— Yo le digo á usted que conmigo, ó yo haré danzar á usted.

— Jamás he rehusado esa clase de invitaciones, y le cito á usted para después del vals.

— Es terco ese caballero — dijo en voz baja el oficial de marina, haciendo dar algunos pasos á Agatina, la cual, temblando y sintiendo, pero demasiado tarde, toda la gravedad de su falta, se detiene, y suplica al oficial la conduzca á su lugar. En vano éste quiere continuar valsando con ella, á fin de desafiar á su adversario. Ella, pálida, extraviada, se separa de él bruscamente y va en busca de su padre, á fin de evitar el escándalo que teme. Apenas se ha alejado del teniente de marina, que éste sale á una seña que le hace el joven desconocido y desaparece. Agatina, con vacilantes pasos y el espíritu trastornado, tarda algún tiempo en encontrar á M. de Merinval, que, siendo uno de los comisarios de la fiesta, estaba en ese momento ocupado en dar algunas órdenes. Ella atraviesa la muchedumbre para llegar á él, le toma por el brazo y le dice con el delirio del dolor y del arrepentimiento :

— ¡ Venga usted, padre mío, venga á evitar una gran desgracia !

Inmediatamente le conduce fuera del baile, del lado por donde había visto salir á los dos rivales, y le cuenta lo que había sucedido. M. de Merinval, que participa del temor y sufrimiento de su hija, sale con ella, se informa con los diferentes guardianes que rodean el edificio, preguntándoles si no han visto pasar á dos hombres disputándose. No puede obtener ninguna indicación : vaga por un lado y por otro en los patios del cabildo. Pronto oye el ruido á lo lejos de dos espadas que chocan, llama; varios guardianes se presentan con hachones y se adelantan. Encuentran tendido en el suelo y anegado en sangre al joven desconocido, que había comenzado por herir á su adversario, pero no lo bastante para ponerle fuera de combate, y sucumbe víctima del orgullo de Agatina y del honor ultrajado. Esta, en los brazos de su padre, se entrega á todo su dolor y se apresura á socorrer al moribundo que los guardias han levantado para conducirlo á la habitación más cercana. Este dolor tan legítimo del padre y de la hija, redobra aún y se convierte en la más desgarradora desesperación, cuando M. de Merinval, al aproximarse, reconoce á la luz de los hachones, al herido que llevan casi expirando.

— ¡ Dios mío! — exclama con una voz que resuena por todas partes — ¡ es el hijo de Audicourt, uno de nuestros primeros magistrados, honor y esperanza de la familia más respetable!... ¡ Oh! hija mía ¡ qué enorme es tu falta! ¡ y qué caro costará á tu padre tu primer paso en la sociedad!

Agatina, agobiada por esos merecidos reproches, y por el desgarrador espectáculo que acaba de presenciar, lanza á su vez espantosos gritos y cae desmayada en los brazos de su padre. Con las pocas fuerzas que le quedan, M. de Merinval la conduce al primer carruaje que ve y con ella logra llegar á su habitación. Pronto se sabe por todo el lugar del baile que el hijo de M. de Audicourt ha sido herido mortalmente en un duelo originado por la imprudencia de la señorita de Merinval. La danza se suspende de pronto; todos se turban, se agitan : la consternación, los murmullos y los gemidos, suceden á la alegría y á los cantos de gozo. El venerable M. de Audicourt y su familia son sostenidos en los brazos de sus amigos. Buscan, invocan socorros, salen traspasados de dolor y bañados en lágrimas, para ir á donde estaba el herido, cuya vida se declara que está en el mayor peligro. Madama de Merin-

val se encuentra entonces rodeada por todos los que componen esta imponente asamblea. En vano trata de huir y librarse de todos los reproches con que la abruman. Su insolente orgullo experimenta al fin el justo castigo que merece. Todos la consideran como la primera causa de la desgracia acaecida. Uno decía :

— Ella es la que por su ridícula vanidad, ha corrompido la natural bondad de su hija.

Otro añadía :

— Queriendo elevar demasiado alto á su hija, ha destruído su felicidad para siempre, y la ha privado de la estimación que tenemos á su desgraciado padre.

Un tercero exclamaba :

— Ella nos responde con su cabeza de la vida del joven Audicourt. Desgraciada de ella si perdemos á ese joven que debía ser el honor de su país.

Mil voces gritaban :

— Que salga al instante de esta fiesta y que cese con su presencia de añadir desagrado al dolor que todos sentimos.

La orgullosa madama de Merinval no puede resistir á tan violento ataque. Y conociendo cuán justos y merecidos son los crueles reproches con que la abruman, se marcha fuera de sí, en medio de las rechiflas y vociferaciones.

La noche que pasó el joven herido fué tempestuosa ; el día que siguió fué aun peor. Durante tres días estuvo á la muerte. El pueblo de Nimes no cesaba de rodear la morada del presidente Audicourt : hombres, mujeres, ancianos y niños, invocaban al cielo por la salvación de ese hijo único ; todos juraban vengarle si sucumbía al peligro que le amenazaba.

M. de Merinval no solamente enviaba cada hora á informarse del estado del herido, sino que tuvo el valor de ir en persona durante la noche á la mansión de M. de Audicourt, y, dirigiéndose á éste con la franqueza y el impulso que inspira un profundo dolor, trató, no de excusar á Agatina, sino de convencer á ese respetable magistrado del sufrimiento que experimentaba :

— Tiene usted ese sufrimiento marcado en su rostro, — le respondió M. de Audicourt ; pero trate usted de ocultármelo, porque aumentaría el mío, y es bastante un padre desgraciado.

M. de Merinval, conmovido con esta sensible respuesta,

pidió por favor que le condujesen al lado del enfermo, á fin, dijo, de lavar con sus lágrimas la sangre que su hija había hecho derramar. Protestó que no sobrevivía si se le rehusaba este último consuelo. Fué pues preciso ceder á sus instancias. El mismo M. de Audicourt le condujo al lecho de su hijo, que, en aquel momento, atacado de violenta fiebre, no cesaba de repetir con una voz á veces débil, á veces exasperada :

— Fatal belleza, muero tu víctima... ¡Oh, mi padre!... ¡oh, mi familia! Y vosotros todos, habitantes de mi país, cuyo dolor ha penetrado hasta mí, dignaos perdonarla...

En seguida añadía con tono más expresivo :

— ¡Es tan linda!... ¡fué tan profunda la impresión que hizo en mí la primera mirada que la dirigía... ¡ Oh ! si su alma hubiera correspondido á su rostro celestial, siento que habría hecho todo lo posible por agradarla y hacerla mi esposa. ¡ Y por ella muero en la flor de mi edad, estimado, querido, destinado á seguir la noble carrera de mis antepasados!... ¡ Orgullo funesto ! ¡ desgraciada Agatina !... ¡ Oh, padre mío !... ¡ Oh, mi familia ! ¡ dignaos perdonarla !

Cada palabra que pronunciaba aquella boca que espiraba se grababa en el fondo del corazón de M. de Merival, que, besando varias veces las heladas manos del moribundo y bañándolas de lágrimas repetía sollozando: ¡Funesto orgullo ! ¡ desgraciada Agatina ! ¡ Oh padre mío, familia mía ! ¡ dignaos perdonarla !

— Abrumado por esta desgarradora escena, M. de Merival, no estando en estado de poder regresar á su casa, fué conducido á ella por uno de los criados de esta mansión, y se apresuró á repetir á su hija las propias palabras del joven Audicourt. ¿Cómo poder describir la impresión que hicieron en esta desgraciada?

— ¡Cómo!—se decía en un delirio casi tan fuerte como el del herido— yo había sido distinguida por el más modesto y más generoso de los hombres! Yo hubiera podido fijar su elección, y ser su esposa!... al dirigirse á mí, no era guiado más que por ese noble sentimiento, del que yo habría estado tan ufana ! ¡ Ah ! ¡ he hecho la desgracia de toda mi vida !

El estado del herido era cada día más alarmante; y á pesar de los auxilios del arte y de todos los cuidados que le rodeaban,

la muerte le arrebató á su familia, de la que era la única esperanza; á sus numerosos amigos, que le consideraban el modelo de todos ellos, y á todos los habitantes de Nimes, que en él amaban y veneraban las virtudes de su padre. El dolor de éste fué inexpresable. Toda la ciudad estuvo en tal consternación, que se habría dicho que había acaecido una desgracia pública. ¿ Pero quién podría pintar el dolor de Agatina, al saber que el joven Audicourt había cesado de vivir? En vano se quiso guardar el secreto : los murmullos é imprecaciones que se oían frente á la casa de M. de Merinval, la revelaron este horrible acontecimiento.

— ¡ Ya no existe! — se dijo en el desvarío de su desesperación — ¡y yo soy la causa de su muerte! ¡Oh! ¡qué horror debo inspirar á sus padres y á todos los habitantes de Nimes!... ¡ ya oigo sus gritos de venganza!... ¡ Ah! huyamos de esta ciudad que fué mi cuna! No podría dar un paso sin peligro ni soportar una mirada sin estremecerme.

Como la convulsión popular aumentaba hasta amenazar al mismo M. de Merinval, aprovechó una salida que tenía su casa del lado de las fortificaciones de Nimes, para huir á la caída de la tarde y llegar á un carruaje que había enviado del otro lado de las defensas de la ciudad. Agatina, apoyada en su padre andaba á pasos vacilantes; pero apenas estaban á media distancia del coche, cuando las campanas comenzaron á doblar resonando por toda la ciudad para anunciar la irreparable pérdida que había tenido. Ese ruido lúgubre, desgarrador, hizo espantosa impresión en el alma de Agatina : cada sonido que llegaba á sus oídos era una puñalada, y con inauditos esfuerzos pudo llegar con sus padres al coche que les esperaba, y les condujo á una habitación que poseían á algunas leguas de la ciudad.

Madama de Merinval cuyo carácter hasta entonces había sido inflexible, reconoció, pero demasiado tarde, el precipicio en donde su orgullo había sumergido á su hija. La fué preciso renunciar á sus proyectos ambiciosos y descender de las elevadas esperanzas que había concebido para establecer á su hija. M. de Merinval, que no podía ya presentarse ante el persidente Audicourt, en el cuerpo de abogados de Nimes, del que había sido por mucho tiempo honor y sostén, perdió á la vez la consideración pública, su posición y su fortuna.

Agatina, retirada en un campo solitario, no encontró modo de contraer un matrimonio adecuado. Limitó los goces que la quedaban en la tierra á cuidar la vejez de sus padres. No cesaba de contar este acontecimiento á todas las jóvenes que el acaso la presentaba, á fin, de probarlas que, lo que más especialmente contribuye á la felicidad ó á la desgracia de la vida, es el primer paso que se da en la sociedad.

—

LOS APUNTES DE FENELÓN



... descubre al pie de un plátano unos sencillos cuadernos ó apuntes.

LOS APUNTES DE FENELÓN

M. de Naze, uno de los más famosos libreros de París, cuya opulencia igualaba á su probidad, fué padre de una numerosa familia. Cuanto más aumentaba ésta, más celo desplegaba en su comercio. Y lo que siempre sucede en una casa en donde la industria y la actividad no permiten al vicio que penetre, todos los hijos de ese digno hombre se inclinaban al bien, y le rodeaban con esa inalterable felicidad que en vano se querrían comparar todos los goces de un seguidor.

Este excelente jefe de familia, no era solo en nombre del de sus hijos; los literatos le tenían una profunda estimación, lo cual al contrario de las picantes era también su más dulce recompensa. Como las composiciones semejantes a la mayor parte de sus colegas á reparar la injusta senty el talento de los que le precedieron. Por unanimidad gusto era hacer que obtuviese un premio que mostraba un verdadero les ofrecía, cuando el éxito del mismo Febo. En vano M. Naze allá de sus esperanzas. Él no le parecían nuevas, y que creía más que como el agente en parte; el Areópago literario, no y tirano. Así es que era él que le impresionaba, y no suponiendo en la literatura francesa un color moderno á antiguas poesías, esplendor, y que propiamente autor hijo legítimo de Apolo, y encargó

Su casa era donde se recibían las más honrosas felicitaciones. Camila con frecuencia esas reuniones no pudo resistir y concluyó por darse espíritu de sistema y parrejaros del comité la rodearon, príncipes, personajes de su perseverancia, y en seguida la que allí, más que en el ministerio de Instrucción no se habló nuestros usos y nuestra nación en los periódicos.

tocado someramente, y presentó de nuevo, siempre en nombre del tímido desconocido, sus nuevas producciones al temible comité. Esta vez tuvo el goce de oír decir, que no había defectos en la versificación; pero al mismo tiempo se declaró, que esta versificación, aunque correcta, era floja sin armonía ni imaginación. Se pretendió que esa persona anónima, parecía no estar dotada por la naturaleza para las musas, y que se le debía aplicar el siguiente verso de un gran poeta, cuyo fallo es irrevocable:

Para él Febo es sordo y Pegaso recula.

Este anatema tampoco intimidó á Camila; aunque habría asustado á otra cualquiera, y queriendo á todo precio pasar por mujer de ingenio poético, resolvió valerse de un medio que algunos llamados poetas emplean, los cuales, en la prisa de producir, no tienen escrúpulo de apropiarse el talento de otros. Nuestra joven musa se ocupó día y noche en recorrer las antiguas colecciones, las viejas crónicas, que se encontraban en el almacén de su padre, y, cuando descubría una idea nueva y brillante, la arreglaba á su modo, la refrendaba, ó más bien la desfiguraba con un estilo moderno, y en seguida la presentaba á sus inflexibles jueces, siempre en nombre del autor desconocido.

Estos, admirados de las ideas originales y de las picantes expresiones que se encontraban en las composiciones sometidas á su decisión, se apresuraron á reparar la injusta sentencia que habían pronunciado antes. Por unanimidad declararon que, el escrito anónimo mostraba un verdadero talento, una inspiración del mismo Febo. En vano M. Naze afirmaba que esas ideas no le parecían nuevas, y que creía haberlas visto en alguna parte; el Arcópago literario, no fijándose más que en lo que le impresionaba, y no suponiendo que fuese fácil dar un color moderno á antiguas poesías, proclamó al modesto autor hijo legítimo de Apolo, y encargó á Camila de transmitirle las más honrosas felicitaciones. Camila sintió tan vivo gozo, que no pudo resistir y concluyó por darse á conocer. Todos los parroquianos del comité la rodearon, alabaron su modestia, su perseverancia, y en seguida la admitieron en su consejo. En consecuencia no se habló más que del talento poético de M. Naze, y, aunque fuese una reputación que se había merecido en los periódicos,

citada como décima musa, proclamada émulo de Houdetot, de Salm, de Hautpoul, de Dufresnoy, los cuales prueban que las Gracias pueden unirse á las Musas, y mostrarse en el Parnaso con ellas.

Camila, deslumbrada por tan lisonjero triunfo, no se atrevía á examinar su conciencia sin confesarse que no era digna de él. Se pueden alucinar los ojos de un Areópago indulgente y crédulo, pero no es posible escapar á su propia conciencia. Ella se decía :

Sin embargo, se ha visto que los más brillantes genios toman ideas originales á sus predecesores. El mismo Corneille ha sacado el *Cid* de Guillén de Castro; Moliere encontró su *Anfitrión*, en Plauto, y se asegura, que madama Deshoulieres, no es enteramente el autor del encantador idilio dirigido á sus carneros. Rechacemos pues todo escrúpulo, y digamos como uno de esos grandes hombres á quien se acusaba de varias reminiscencias. « Tomo mi bien donde lo encuentro ».

M. Naze tenía en la aldea de Sceaux una casa deliciosa, en donde reunía á todos sus hijos y á sus numerosos amigos cada domingo. Esta casa lindaba con el inmenso parque, que entonces pertenecía, al duque de Penthièvre, tan conocido por su beneficencia y sencillez. El caballero de Florián, secretario de las órdenes del príncipe, tenía particular cariño á M. Naze; le había hecho editor de una parte de sus obras, las cuales colocan á Florián entre los más fecundos y amables literatos franceses. Frecuentemente iba por las mañanas á conversar con su librero, cuyo mérito sabía apreciar mejor que nadie, y el cual más de una vez le dió útiles consejos.

Camila, que encontraba en Florián la clase de talento que deseaba cultivar, sentía un indecible placer en consultarle sobre sus nuevas producciones. Este, que unía á esa simpática suavidad esparcida en sus obras, una mordacidad con frecuencia jovial en la conversación, cien veces quiso apartar á Camila de la manía de que se la tomara por un ingenio literario. La hizo ver todos los tormentos de los autores femeninos, los sarcasmos, las calumnias, los desdenes y el aislamiento que casi siempre encontraban. En seguida la hacía observar que sus hermanas mayores se empeñaban en hacer participar á sus maridos de la felicidad de que ellas gozaban; la invitaba á imitarlas, á preferir á las Musas el

dios del Himeneo, á no elegir como su Apolo más que á un buen esposo que la probara que, de todas las producciones de una mujer, la que la hace más dichosa y más querida es la reunión de bonitos niños, cuya charla es la elocuencia de la naturaleza, y cuyas inocentes caricias valen más que las patadas de Pegaso.

Camila estuvo lejos de escuchar tan prudentes consejos. Su amor propio y su entusiasmo, la extraviaron hasta el grado de hacerla creer que Florián, que se leía por todas partes con tanto gusto, estaba envidioso de las altas esperanzas que ella anunciaba, y que temía verla un día superarle en el Parnaso. Así es que, más que nunca se entregó á sus queridos estudios, aprovechó todas las ocasiones para que la citaran como una mujer célebre, y se ocupó sin descanso en merecer ese bello título.

Se presentó una circunstancia favorable. La fiesta del natalicio del respetable M. Naze estaba cerca : tenían costumbre ese día de representar en el campo que le pertenecía alguna comedia análoga, tributo de amistad de los literatos que más frecuentaban su casa. Camila hizo saber que esta vez ella se encargaba de la pieza. Por consiguiente, se puso á componer una pastoral, cuyos papeles debían ser ejecutados por los nietos de M. Naze entre los cuales había uno de ocho á diez años, que parecían muy inteligentes.

Pero esa clase de poesía, que con frecuencia no se aprecia en su justo valor, exige un verdadero talento, un alma expansiva, y sobre todo una ingenuidad desdeñada por la mayor parte de los jóvenes poetas, que se imaginan elevarse al cielo al primer vuelo. De modo que Camila tuvo las mayores dificultades para componer su pastoral, y jamás habría podido realizarlo sin los recursos que tenía en la biblioteca que se había formado. Provista de los suficientes materiales, entre los cuales no había más que hacer la debida elección para unirlos y adaptarlos á la circunstancia; con frecuencia iba á reflexionar sobre esta importante cuestión á la bella campaña que rodea á la aldea de Sceaux. Un día, como una semana antes de la fiesta de M. Naze, Camila recorría con una parte de su familia las avenidas de un bosque espacioso situado á una media legua de su habitación; habiéndose quedado sola detrás de todos, se ocupaba de su pastoral, anunciada con

tanto ruido en el país y esperada con impaciencia. Todos, al verla así entregada á sus vastas concepciones, no se atrevían á turbarla y se alejaban de ella para dejar un campo libre á su numen poético. Ella trataba, en la colección que había hecho, de formar una romanza muy ingenua para la mayor de sus sobrinas, bonita como un ángel, y debiendo representar el primer papel en la pastoral. Era el único trozo que la faltaba para terminar su obra; pero era preciso unir la candidez y la alegría, la gracia y la sencillez: se necesitaba entre otras cosas, encontrar ese giro feliz que va derecho la corazón sin golpearlo demasiado, y no emplear más que aquellas expresiones en las que el ingenio se oculta tras la sonrisa de la inocencia. Camila buscaba, se atormentaba, se afligía; nada más difícil que expresar con fidelidad la simple naturaleza... Al atravesar una calle de árboles separada de aquella en donde su familia la esperaba, descubre al pie de un plátano unos sencillos cuadernos ó apuntes que parecen entreabiertos, el lápiz que los cerraba no existía. Los recoge, busca en la primera hoja para saber á quien pueden pertenecer: ningún nombre ni el menor indicio. Recorre varias páginas de esa colección anónima, y lee algunas frases sueltas como ésta:

« Feliz el alma sensible para quien el aspecto de un campo risueño y el susurro de un manantial de agua pura, son placeres tan tiernos como el acto de una buena acción.

— ¡ Tener sólo para sí es no tener !

— ¿ Qué hacer siendo pobre, y sensible? No amar. ¡ Ah ! eso es peor !

— Dulce melancolía, las lágrimas que haces correr son para el alma sensible lo que para la flor el rocío. »

Por último, entre gran número de pensamientos por ese estilo, Camila ve en las últimas hojas tres cuartetos de un ritmo semejante, y cuyo estilo le parece tan dulce y tan ingenuo que los lee tres veces y siempre con nuevo gusto. Parecían el lenguaje de una joven pastorcilla que se expresaba así :

La atención de mi rebaño me ocupa por entero,
Sólo de mis corderos mi dicha toda pende,
Cuando para ellos encuentro cristalina fuente,
Si son dichosos, mi corazón nada más quiere.

Duermo la noche toda : y si el alba ya se anuncia,
Sin temor ni deseo veo que el día llega.
¡ Qué dulce el reposo es para mí ! No quiero conocer
A ese bello niño que lleva por nombre amor.

¡ Que los lobos y el amor se alejen de mi retiro !
Felicisimas ovejas, un solo perro os ampara.
¿ Y yo ? ¡ Ay ! sólo el cayado me defiende á mí,
Pero es bastante en la lucha contra un niño !

— ¡ Qué gracia y qué conmovedora sencillez ! — exclama Camila repitiendo los dos últimos versos de la tercera copla.

— Sí, así es como se expresa la naturaleza y como habla la inocencia. ¡ Oh ! si me atreviera á emplear esas tres bonitas cuartetas en mi pastorela... ¿ Por qué no ? esos apuntes no dicen á quien pertenecen ; la mano que trazó esos versos me es absolutamente desconocida ; quizá los han tomado de una de esas antiguas colecciones que ya se han vuelto propiedad pública ; me he encontrado un diamante, es preciso emplearlo.

— A esas palabras, Camila guarda los apuntes en su seno, y va á reunirse con su familia que la esperaba. Les informa que ya ha terminado su pastorela, y que sólo falta hacer una canción para la nueva romanza que acaba de componer.

Desde el día siguiente se comenzó á ensayar la obra maestra de la poetisa de Sceaux : se construyó un bonito teatro en los bosquecillos, que debían alumbrarse con farolillos de colores. Por último, el domingo siguiente á la hora indicada, se reunió la concurrencia más numerosa, en la que se distinguían muchos literatos. Una overtura, en la cual las flautas pastoriles y la ingenua alegría hacía ver que era obra de Dezède, inimitable en esa clase de composiciones, fué ejecutada por los más célebres artistas de la capital. Los nietos del dichoso M. Nazé, á quienes Camila había repetido tantas veces sus papeles, produjeron el efecto más completo ; todos hicieron valer con sus ingenuas gracias, hasta los menores detalles de la pastorela. Todos estaban sorprendidos, extasiados. Todos aplaudían con calor á los graciosos actorcillos, y se fijaban miradas satisfechas en Camila, que en su vida había experimentado un momento más delicioso. Uno de los literatos decía :

— ¡ Qué estilo tan puro y fácil !

Otro exclamaba :

— ¡ Qué coplas tan sin esfuerzo y tan bien manejadas !

Un tercero gritaba :

— ¡Cómo! ¡Qué fuertes y picantes pensamientos! ¡Bravo!
¡Bravísimo!

Llega por fin la romanza encontrada en los apuntes.

La niñita á quien su tía la había recomendado como el trozo más importante, canta primero la primera copla con encantadora expresión; pero á la segunda, el exceso de celo la hace perder la memoria y se detiene después de este verso :

Sin temor ni deseo, veo que el día llega.

Y repitiendo varias veces : *Cuado el alba se anuncia...*

iba á quedarse trabada, cuando Florián, impaciente sin duda de ver que el alba no acababa de asomar, y encontrándose colocado cerca del escenario, contiene una gran carcajada, y se contenta con apuntar á la pastorcilla ese segundo verso.

Duermo la noche toda ; cuando el alba se anuncia.

La pequeña actriz continúa. Los espectadores se imaginan que el apuntador, consultado por Camila, había retenido esa copla; pero ésta, no dudando ya que la romanza era de Florián mismo, y que él era el dueño de los apuntes que ella había encontrado, sintió una confusión que la costó disimular. Cuanto más la cubrían de elogios y de felicitaciones, más aumentaba su suplicio y la hacía reconocer la verdad de lo que Florián la había repetido tantas veces.

Sin embargo, ese literato, tan generoso como delicado, no quiso aumentar los tormentos de Camila divulgando el plagio que había hecho; hasta se apresuró á tranquilizarla diciendo á todo el mundo, después de la representación, que él había contribuído un poco á la romanza de la pastorcilla; pero, añadió, es el único trozo que yo conocía, todo lo demás me es enteramente desconocido, y toda la gloria pertenece á su interesante autor. Los aplausos redoblaron; y Camila, más confusa aún por la destreza y bondad de Florián, no pudo evitar una turbación, un sonrojo, que todos atribuyeron á modestia, lo que fué aprobado con nuevas aclamaciones.

Florián, sin embargo, quiso asegurarse de si la lección que Camila había recibido, producía en ella todo el efecto que él esperaba; así, mezclándose á la conversación general, hizo saber que, hacía algún tiempo al dar un paseo en el campo,

había perdido un libro de apuntes que sentía mucho, porque contenía varios fragmentos del poema pastoral de Galatea, en el que hacía varios meses trabajaba.

— Esos fragmentos — añadió no pueden ser de ninguna utilidad á la persona que los ha encontrado, y me comprometo á dar una recompensa importante á cualquiera que me los devuelva.

Al acabar estas últimas palabras, echó una ojeada á Camila, que la comprendió, prometiéndose restituírle las notas que deseaba. Retirada en su habitación, no pudo evitar volver á leer con nuevo interés mezclado de reconocimiento, todos esos pensamientos llenos de tan dulce moral, y que, en efecto, se encuentran en el precioso poema de Galatea. Cuando llegó á ese bõnito verso de la romanza en el que se había detenido la pastorcilla, y que Florián había apuntado con tanta naturalidad, no pudo contener un movimiento de cólera; pero al pensar con qué amabilidad el *Gessner* francés había sabido considerar su amor propio evitándola la afrenta que merecía, reflexionó, se armó de resolución, y desde la mañana siguiente, encargó á un enviado secretamente, de llevar sus apuntes á Florián, después de haber escrito con lápiz en la primera hoja lo siguiente :

« Envío á usted su tesoro, que tuve la tonta vanidad de querer apropiarme, el éxito que obtuve es obra de usted; es la última usurpación que haré. La lección que usted me ha dado no saldrá jamás de mi memoria ni de mi corazón. Renuncio para siempre á la manía de los versos... ¿ Será acaso preciso renunciar también á la estimación y amistad de usted?

CAMILA NAZE.

Florián no pudo evitar una viva emoción al leer esta retractación de una joven de cabeza exaltada, que él hacía volver á la razón. Ese éxito le convenció que, no es chocando contra el amor propio, sino tratándole con dulzura, como se puede hacerle conocer sus errores. Quiso ir él mismo á felicitar á Camila sobre la resolución que había tenido el valor de tomar y á tranquilizarla de los temores que le manifestaba. Aprovechó al discreto emisario que ella le había enviado para enviarla esta respuesta.

« Debo á usted, señorita, el goce más dulce que puede experi-

mentar un literato, el de salvar del ridículo á todas las virtudes reunidas que la belleza hace más bellas. ¡ Juzgue por eso, si usted puede temer perder mi cariño y estimación!... No lo olvide usted jamás, las Musas son viejas coquetas que sólo están bien entre los hombres : celosas de todas las mujeres, únicamente fingen concederlas algunos favores, pero para atormentarlas. Por eso es que con bastante frecuencia están reñidas con las gracias que á ellas prefieren la Verdad, por desnuda que esté y la hacen repetir este adagio que ofrezco á usted aquí como la recompensa prometida al que me devolviera mis apuntes.

Sin ingenio, la mujer bella y buena
Vale más que la mujer que suena.

EL CABALLERO DE FLORIAN.

LOS TRES GÉNEROS



... refugiado en casa de un antiguo criado de sus padres.

LOS TRES GÉNEROS

Tratar de todo por encima sin buscar la perfección, ni la menor utilidad, es la manía del día y el resultado de la educación moderna. No se encuentran en el mundo más que espíritus superficiales que charlan sobre todo asunto sin haber reflexionado en ninguno; cotorras de salón que van á contar en el uno lo que oyeron contar en el otro. Porque hicieron una romanza creen tener el genio de Gretry, la expresión de Mehul y la ciencia de Cherubini; porque se copió el cuadro de la *Transfiguración* de Rafael, creen rivalizar con Girard, Girodes y Guérin; porque hicieron el retrato de la hermanita ó del hermanito, creen rivalizar con madama Le Brun, Roberto Lefevre y Riesner; porque bosquejaron un paisaje, se creen rivales de Valenciennes, Demarne y Bertin; porque dibujaron algunas flores de campo se creen iguales á Van Spaendovick, Van Dael y Redouté; porque tuvieron la idea de escribir una inútil novela de doscientas páginas, se figuran ser tan célebres como las señoras Cottin, de Genlis y de Stael... La mayor parte de esas reputaciones de sociedad se parecen al plátano, que cambia cada año la corteza. No se fijan más que en la superficie, sólo tratan de llamar la atención al pasar, y al vano placer de brillar algunas horas, sacrifican los goces duraderos de un verdadero talento, y con frecuencia la dicha más cierta, más constante de la vida.

El conde Harcourt tenía tres hijas, que, desde su infancia, mostraron caracteres y gustos diferentes. La mayor, llamada Armada, se dedicaba á la pintura; la menor, cuyo nombre era Estela, cultivaba la música, y Telia, la más joven de las tres, queriendo poseer todos los talentos, no perfeccionaba ninguno.

— ¡Qué tontuna! — decía á sus dos hermanas;— cuando una tiene nuestro nombre y nuestra fortuna, ¡no familiarizarse con todas las artes! Armanda no sale de sus pinceles; Estela no tiene más gusto que por su piano; pero yo, que pretendo ensanchar el círculo de mis ideas, y aprovecharme de las felices disposiciones que he recibido de la naturaleza, cultivo á la vez la danza, la música, la pintura y las lenguas.

— Está muy bien — la respondía Armanda,— pero como cada una de esas artes exigiría por sí sola todos tus instantes, todas tus facultades, resulta que tú no conoces más que los preliminares de cada una; y exceptuando la danza, que en verdad posees con perfección, confiesa, mi buena Celia, que no sabes gran cosa.

— Yo caería muerta — respondía Celia con viveza — si me fuera preciso hacer como vosotras dos, y pasar días enteros sentada con el espíritu fijo siempre en el mismo asunto. Yo necesito movimiento, agitación, variedad; por eso sostengo que nada se puede comparar á la danza, especialmente al vals saltado : ¡qué placer rozar el suelo de un vasto salón, como el céfiro sobre la superficie de las ondas! ¡qué embriaguez se siente, al atrevesar los grupos que se han formado en nuestro paso, cuando una oye decir : ¡Cuánta gracia! ¡qué ligereza! ¡Cuánta decencia y abandono tienen todos sus movimientos! ¡qué divinos pies! ¡qué cabeza tan bien colocada! ¡se parece á Flora recorriendo el universo para anunciar la vuelta de la primavera! ó más bien *Atalanta* recogiendo las manzanas de oro del jardín de las Hespérides!

— Semejante triunfo es dulce sin duda — respondió Estela, que acababa de ejecutar una sonata larga y complicada; — pero cada género tiene sus goces. ¿ Hay nada más lisonjero, más embriagador, cuando en una gran reunión se presenta una, se sienta al piano, y oye repetir de boca en boca: Es Estela d'Harcourt, ¡talento de ejecución de primer orden!... Nos sentamos, y echando miradas alrededor que hacen creer que tenemos miedo y que pedimos indulgencia, tocamos el prelude : al punto reina el más profundo silencio en todo el auditorio. Todos se han quedado inmóviles y deteniendo, se diría, la respiración. Al más brillante prelude que hemos tocado de memoria sucede una científica sonata de Dussek, la *Naranja* ó las *Mariposas* de Steibelt, y las tonadas variadas

de Jadin. No saben qué preferir. ¡ Qué expresión! ¡ qué aplomo! ¡ qué mano tan brillante! — exclaman por todos lados — ni los mismos autores de esas divinas composiciones podrían ejecutarlas mejor! Nos levantamos, y mil bravos estallan; se disputan el conducirnos á nuestro lugar; todas las miradas están fijas en nosotras. La muchedumbre nos rodea, nos felicita y nos proclama un talento músico! ¿ Cómo es posible que semejante título no nos haga perder la cabeza?

— Comprendo — repuso Armanda — cuánto debéis gozar las dos de éxitos tan lisonjeros. En cuanto á mí, que al brillo prefiero una felicidad duradera, he elegido la pintura, porque da más goces reales. Ambas tenéis necesidad para brillar, del gran mundo y de numerosas reuniones ¡ yo, no tengo necesidad de nadie, nunca estoy más contenta que en la soledad. ¡ Qué felicidad poder trazar en la tela una escena conmovedora que hemos presenciado, un sitio campestre que nos trae un dulce recuerdo, los rasgos de una amiga, la flor que preferimos! No me hacen falta ni esos aplausos, casi siempre exagerados, ni esos elogios que la boca profiere y que el corazón desmiente: me basto á mí misma y, cuando estoy delante de mi humilde caballete, olvido al universo del que trazo una débil parte.

— ¡ Oh! — replica Celia — no podrás nunca probarme que los días enteros que pasas en tu pintura, sin *toilette*, siempre sentada y embadurnada de colores, puedan compararse á una velada de baile.

— Ni al más simple concierto — repuso Estela.

— Os engañáis, amigas mías; cuanto más pienso en mis ocupaciones y en las de ustedes, más me doy la enhorabuena de haberme entregado completamente á un arte que me hace estar contenta de mí misma, y que podría, en cualquiera circunstancia, volverse un recurso útil.

— ¡ Vaya! — respondió Celia haciendo una pirueta á compás, y tarareando una canción de la gavota — ¡ somos tan ricas y de gran nombre, que estamos destinadas á dar favores y no á recibirlos!

— Mi querida Celia, se han visto desgraciados que habían sido antes tan ricos como nosotras.

— Bueno, — repuso Estela — me parece que en ese caso, la música presenta tanta ayuda como la pintura.

— Sin duda, querida Estela, si en el arte que cultivas, no

preferieras la ejecución á la ciencia. Francamente, tu talento, aunque muy notable, no es más que el efecto de una rutina ejercitada: se limita á hacer oír cada nota después de haberla estudiado repitiéndola, á dar tal ó cual expresión á los diferentes pasajes que aprendes de memoria, y de los cuales haces perfectamente sentir todas las modulaciones, lo que produce esas notas, de las que expresas el valor sin conocer el origen. En una palabra, ignoras las primeras reglas de la armonía. ¡ Oh! si yo estuviera en tu lugar, querría, antes de seis meses, que me iniciaran en los secretos de la música, y leer á primera vista las partituras de Gluck, de Sacchino y de Gretry, como se leen las obras maestras de Corneille, de Racine y de Moliere. Una vez habiendo llegado á ese punto, asegurarías tu felicidad para toda la vida, te reservarías consuelos para la desgracia y recursos en la indigencia.

Las tres hermanas no cesaban de discutir así cuando estaban juntas. Estela, que no podía resistir á la fuerza de las razones de Armanda, trató varias veces de estudiar la armonía, y de no limitarse á la ejecución; pero la facilidad de brillar con la habilidad que ya se posee, hace tan fastidioso el estudio que exige un talento de que uno carece, que la joven artista, arrastrada por su gusto superficial, y seducida por los elogios que no cesaban de prodigarla, se contentó con llegar á ejecutar con la mayor perfección los trozos que se grababan en su memoria; pero no podía formar el menor acorde, ni leer á primera vista la partitura más fácil. En cuanto á Celia, que no comprendía cómo se dejaban cautivar por el estudio, y cuya divisa era tocar superficialmente á todo, no cesaba de burlarse de Armanda sobre su aplicación á la pintura, y trataba por todos los medios de distraerla del trabajo, que ésta abandonaba contra su voluntad. Con frecuencia prefería á las numerosas reuniones en casa del conde d'Harcourt, al teatro y hasta al paseo, el placer de volver á comenzar diez veces seguidas, el bosquejo de una cabeza de estilo antiguo, ó el de un paisaje de Claudio Lorrain ó de Ruydale. En una palabra, se había impuesto la obligación de entregarse por completo al arte que había elegido, y de llegar á tan alta perfección como sus facultades la permitieran. No tardó en obtener el justo premio de su trabajo y de su celo. Varios preciosos cuadros de fantasía, y sobre todo paisajes, que hizo exponer

en el salón ó galería de pinturas, conservando el anónimo, atraieron las miradas y obtuvieron elogios de los grandes maestros. Esta recompensa imparcial y secreta, fué para Armanda mil veces preferible á las aclamaciones reiteradas que sus dos hermanas obtenían en las reuniones brillantes de la capital.

Se acercaba, en Francia, esa época funesta que, cambiando el orden de sus destinos, destruyó tantas fortunas, segó á tantos inocentes, y eligió como víctimas á todos los que fueron señalados por su mérito ó por su nacimiento. El conde d'Arcourt ni su familia pudieron escapar á esta proscripción general. Fué conducido con sus tres hijas, primero al castillo de Saint-Germain, cerca del cual poseía tierras considerables. De allí, fué trasladado solo, á París, á una de esas prisiones de donde no se salía más que para ir á la muerte. Habiendo escapado como por milagro á los hombres crueles que le perseguían, se había refugiado en casa de un antiguo criado de sus padres llamado Antonio, que vivía en un pequeño aposento muy humilde en las riberas del río Marne. Allí recibió el conde durante unos dos años todas las atenciones y consuelos de la amistad. Ese viejo sirviente, habiendo perdido sus pequeñas economías, que había colocado en manos de un intrigante, se había dedicado al oficio de pescador, en los linderos del parque de Vincennes. Después de haber ayudado personalmente á que el conde se escapara de la prisión, le condujo á su cabaña, disfrazado con toscos vestidos, dándole el nombre de un pariente cuyo pasaporte había logrado conseguir, en el cual la filiación tenía algún parecido con el respetable M. d'Arcourt. Este, de gustos sencillos y costumbres campestres, de alma sumamente amorosa, y que, como justa reciprocidad, sentía el encanto del reconocimiento, no tuvo trabajo en acostumbrarse al nuevo género de vida que se le presentaba. Conocido en San-Maur como sobrino del padre Antonio, que todos estimaban, ayudaba al último en sus trabajos con el disfraz que había tomado, y pasaba con él días enteros, ya remando en el río Marne, ó sea preparando ó remendando redes de pescar. Hasta había adquirido reputación en ese oficio y pasaba por el mejor pescador de las cercanías. Al fin llegó á gustarle esta dichosa obscuridad, que, al mismo tiempo que le alejaba del peligro, le hacía sentir

por primera vez el goce del hombre que encuentra en su trabajo y en su fuerza la vida y la libertad. M. d'Harcourt habría de buena gana renunciado para siempre á la opulencia y á las grandezas con que había estado colmado, para pasar el resto de su vida ignorado bajo los sencillos vestidos de pescador, en la cabaña del padre Antonio, si hubiera tenido á su lado á sus hijas.

Armanda, Celia y Estela, habían quedado las tres en el castillo de Saint-Germain, en donde al principio las habían encerrado con su padre. Estuvieron en la más cruel inquietud sobre la suerte de éste, y hasta le creían víctima de sus perseguidores. Pero un día recibieron una esquela de letra suya, informándolas que todavía existía y que estaba en lugar seguro. El valiente Antonio, con el pretexto de asuntos de familia, había obtenido un pasaporte para Saint-Germain. Una vez allí, logró penetrar hasta la prisión de las tres hermanas, valiéndose de su avanzada edad y de su baja y obscura categoría. Las encontró reunidas en un viejo torreón cuyas ventanas daban al campo. Hasta entonces las habían proporcionado todo lo que necesitaban para vivir, y su juventud había desarmado el furor de sus tiranos. Las dejaban con vida sea por olvido ó por lástima.

¡ Qué alegría sintieron al saber todos los detalles que el padre Antonio se apresuró á darlas! No era posible que pudiese responder á tantas preguntas como le hacían á un tiempo. Estaba á la vez conmovido del agradecimiento que le manifestaban, y confuso de sus caricias. Por último, después de haber dado la esperanza á las pobres abandonadas, que volverían á ver á su padre, se separó de ellas y regresó á consolar al conde, repitiéndole todo lo que se había dicho y vuelto á decir, y haciéndole entrever también la dicha de reunirse y abrazar á sus hijas.

Pero todos los bienes de M. d'Arcourt habían sido confiscados y vendidos, y, mientras vivía al lado de Antonio, tan feliz como era posible separado de sus hijas, éstas, siempre encerradas, no existían más que con el único socorro que la juventud y el infortunio exigen. Les faltaban las cosas más necesarias de la vida. Entonces fué cuando se convencieron que los títulos y la opulencia, no siempre ponen al abrigo de la necesidad, y que la rueda de la fortuna, al elevar á los seres

más ignorados, baja con frecuencia á los que había hecho brillar en el puesto más elevado.

Estela se entregaba en vano á su habilidad de ejecución en el piano; los sonidos de este instrumento no hacían más que resonar en la bóveda impenetrable, bajo la cual estaban presas; y excepto Armanda, que siempre la escuchaba con gusto, nadie había allí para acompañarla ó aplaudirla. Celia, que constantemente pasaba de una ocupación á otra sin poder fijarse en nada, casi siempre se mantenía sentada en una actitud de pereza y fastidio; se dormía dejando caer á sus pies el libro del que solo había recorrido algunas páginas, mientras que Armanda, tranquila y atenta, bosquejaba á través de los barrotes de hierro de una ventana, uno de los bellos lugares de los alrededores de Sanit-Germain. Así es cómo las tres hermanas formaban con frecuencia la reunión de los tres géneros.

Se trató en el castillo de privar á Estela del instrumento que era su único consuelo; felizmente, los carceleros, siempre listos á aprovechar la ocasión del menor lucro, recibieron de Armanda algunas monedas de oro, para que no ejecutaran ese exceso de rigor. Armanda había imaginado aprovechar su talento para la pintura, que había llevado á la mayor perfección, para suavizar á sus carceleros, y conseguir así para ella y sus hermanas, todo lo que las hacía falta. Se puso en consecuencia, á componer varios cuadros de fantasía, á pintar varios paisajes que hacía vender en París valiéndose del portero de la prisión, al cual había convenido dar la mitad de lo que produjeran. Este, que encontraba ventajosa la venta de esas bonitas producciones, apresurábase á conseguir á la industriosa Armanda todo lo que necesitaba; y aunque no tenía ningún escrúpulo de engañarla sobre el verdadero precio de su trabajo, la entregaba sin embargo bastante dinero para endulzar el rigor de su suerte y poder dar á sus hermanas lo que debía agradarlas y distraerlas en su penoso cautiverio. Hizo comprar para Estela todá la nueva música que se publicaba, y que ésta se divertía en descifrar. Para Celia, compraba libros, tonadas de vals, telas; y para sí misma, figuras en relieve, estatuas estilo antiguo, bosquejos de líneas según los grandes maestros, y todo lo que podía dirigirla en sus trabajos. Poco á poco el alto del torreón que

ocupaban en el castillo de Saint-Germain y que no era más que un desván húmedo y sucio, fué cubierto con atributos de las bellas artes, y se volvió una especie de taller cuyos adornos hacían olvidar que era una prisión.

Estela y Celia no cesaban de manifestar á su hermana mayor toda su gratitud, y reconocían la ventaja de una habilidad llevada hasta la perfección. La primera decía :

— ¡ Oh ! si algún día llegamos á salir de este castillo, ¡ con qué constancia, con qué empeño, me entregaré al estudio de la armonía y de la composición !

— Ya que no podemos con nuestras habilidades — añadía la segunda — contribuir al alivio de nuestra suerte, debemos, mi buena Estela, trabajar día y noche con la aguja, á fin de ayudar á Armanda á proveer á las necesidades de nuestra existencia común.

— ¡ Oh ! dejadme — les respondía Armanda estrechándolas contra su corazón — dejadme gozar, en el cautiverio mismo de la dicha más dulce que he tenido en mi vida; lejos de entregaros á un fastidioso trabajo que necesitaríais aprender antes, permitidme que yo os proporcione lo que puede libraros de la indigencia y de la desgracia. Os pido perdón de ser la más feliz en este momento: pero quizá llegará vuestro turno.

De manera que, encargó al portero, al entregarle un gran paisaje que había terminado, de comprar el solfeo de Rodolphe y el tratado de Armonía de Catels para Estela; y para Celia, la gramática italiana y el diccionario de Veneroni. Entregando después esos diferentes objetos á cada una de sus hermanas, y animándolas con su ejemplo á perfeccionarse en las artes que habían adoptado, tuvo el gusto de facilitarlas que hicieran rápidos progresos, y que la desgracia y la esclavitud se convirtieran en un bien para ellas.

La Providencia, que siempre vela por los desgraciados, y que tarde ó temprano les tiende una mano protectora, permitió que la buena y generosa Armanda encontrase en el talento que poseía la más digna recompensa de su valor y resignación. El carcelero que tenía costumbre de proporcionarla todo lo que deseaba, vino un día á entregarla algunos pinceles y telas que había comprado en París en la tienda de un mercader de pinturas y cuadros. Al colocar una de esas

telas en el caballete, tan pronto como el guardián se marchó, Armanda advirtió esta inscripción escrita detrás y en la orilla de la tela : — *Fijaos en el mango del pincel más grueso.* — Sorprendida y temblando de emoción, miró con atención el pincel que la indicaban, y descubre que el mango formaba una especie de estuche. Le abre precipitadamente y encuentra una carta de su padre. A esta carta estaba unida una pequeña esquela que decía : Pon tu respuesta en el mango de este pincel. Di que no te conviene, y devuélvele sencillamente al carcelero que te lo trajo.

Armanda y sus hermanas se pasan de una á otra, besándolo, este escrito de la mano del más tierno padre, que las vuelve á tranquilizar sobre su suerte, y las pide informes sobre su cruel situación. Ellas se apresuran á contestar á todas sus preguntas, y encierran la carta común en el estuche, añadiendo esta respuesta á la esquela : « Os confiamos nuestro secreto y nuestra vida. No sabemos quien es usted ¡ pero el cielo, que oye nuestras plegarias, nos permitirá conocerle un día quizás. »

Armanda luego entregó al portero el famoso pincel. El mismo día éste fué á devolverle á París al mercader de cuadros el cual fingió hacer algunas dificultades para volverle á recibir, y entregó otro al temible Argos, que fué fielmente llevado á su querida prisionera, así llamaba á Armanda. Esta no pudo evitar preguntarle el nombre de la persona que le vendía las telas y pinturas. El carcelero contestó bruscamente :

— Es Bernard, el mercader de cuadros que vive en la plaza del Louvre. A él es á quien vendo todo lo que usted hace : ¡ oh ! es un inteligente; por eso le he prometido llevarle á él todos trabajos de usted. Regatea mucho, pero paga bien. Esas palabras fueron para la joven artista el rayo de luz que brilla después de una tempestad, sabía que ese Bernard era uno de los hombres más estimables. Se acordó que el conde d'Harcourt le había hecho importantes servicios, y ya no dudó que ese honrado mercader trataba de corresponder á los servicios recibidos. Refrenó toda la alegría que sentía, y concibió el proyecto de hacer llegar á Saint-Maur una de sus obras. Dijo pues á su guardián que lo más pronto posible le entregaría otro cuadro, del que esperaba, dijo con expresión seductora, obtener un muy buen precio.

Tan pronto como las tres hermanas se encontraron solas,

después de haber dado nuevas bendiciones al ingenioso Bernard, examinaron el último pincel que éste había entregado al portero, y encontraron en el mango, un estuche semejante al del primero. Aprovecharon esta dichosa idea para mantener correspondencia con su padre, el cual durante cerca de un año, se comunicó de este modo con sus hijas, á pesar de todos los Argos que las vigilaban.

Segura Armanda que el cuadro que proyectaba no saldría de las manos del buen M. Bernard, más que para pasar á las del conde d'Harcourt, se entregó á toda la fuerza de su imaginación y de su talento, para presentar á su padre la prenda más tierna de amor filial. Se retrató ella misma sentada en el antiguo torreón que habitaban, teniendo en la mano el retrato en miniatura de su padre adorado, y mirándole de un modo que manifestaba su dolor de verse separada de él. Estela y Celia también estaban retratadas cerca de ella y en la misma actitud. Esas tres encantadoras cabezas eran sumamente parecidas; tenían los ojos llenos de lágrimas; todos sus movimientos parecían verse y manifestar el mismo deseo. Se diría que se las oía pronunciar la misma oración. A fin de halagar al portero y de lisonjear en amor propio, Armanda tuvo la destreza de colocarle á un lado del cuadro, barriendo el triste calabozo de las tres desgraciadas, que él mira con un interés que no puede evitar. Se veía el caballete de la joven artista por un lado, y por el otro, el piano de Estela; en el frente estaba la mesa en que trabajaba Celia, con varios libros encima. Todo estaba ejecutado con tanto cuidado como verdad. Daba pena ver esos gruesos muros que separaban del mundo á las que debían ser su adorno. Se sufría de verlas abandonadas y se tomaba parte de sus sufrimientos. Parecía sentirse la humedad de esas oscuras bóvedas, de esos antiguos pilares carcomidos por el tiempo; pero un rayo de sol, penetrando á través de los barrotes de una ventana y alumbrando á las tres hermanas agrupadas así, parecía reanimarlas y anunciarlas el fin de sus desdichas.

—Tenga usted — dijo Armanda al portero al entregarle el cuadro — esto es lo mejor que he hecho. Sino me engaño, debemos sacar una buena suma de él.

—¡Es usted! — exclamó el carcelero — ¡son sus hermanas!... ¡Eh! ¡voto á tal! ¡allí estoy yo!... con el grueso gorro de

lana en la cabeza, la pipa en la boca, el manojito de llaves en la cintura, y luego esos ojos vigilantes al que nada escapa... ¡ Oh! ¡ qué parecido está!

— Diga usted al mercader — repuso Armanda — que son las tres hijas del conde d'Harcourt en la prisión, y estoy segura que ese cuadro, aunque hecho con bastante rapidez, nos producirá el doble de todos los que he pintado hasta hoy.

— ¡ Oh! déjeme usted á mí, conozco mi oficio.

Al decir esas palabras, sale, y tan pronto como pudo ausentarse, llevó esta tierna producción al buen Bernard, que con gran trabajo logra ocultar la emoción que siente y las lágrimas que le llenan los ojos; pero pronto volviendo á tomar un tono brusco y la indiferencia de un mercader que quiere comprar por nada, comienza por decir que él no compra nunca cuadros de familia.

— Pero ¡ voto á sanes! — repuso el carcelero — mire usted qué bonitas son esas tres cabezas, y qué expresión!... Y luego yo, que estoy allí plantado cerca de ellas para hacer que parezcan mejor. ¡ Un carcelero enternecido! eso es nuevo, nunca se ha visto, y no se podría pagar demasiado caro.

— Confieso — dijo el astuto Bernard — que usted sabe alabar lo que vende y que sólo usted puede decidirme á tomar ese cuadro... ¿ Cuánto quiere usted por él?

— ¡ Veinticinco luises! precio muy justo.

— ¡ Veinticinco luises! Sería demasiado si yo diera la mitad; y eso, se lo repito, sólo porque usted está en ese cuadro, que día vendrá en que hará honor á usted, y usted merece la estimación de todas las buenas gentes.

— Pues bien ¡ voto á sanes! Que sean cien escudos, pero al contado.

— Yo no compro nunca á crédito.

Bernard inmediatamente entrega cien escudos al carcelero, el cual comienza por tomar cien francos para él; y dividiendo el resto con Armanda, á quien jura y protesta que no ha vendido su obra más que por doscientos francos, resulta que ha tomado para sí los dos tercios de la suma.

Pero Armanda que no veía en esta pretendida venta más que la felicidad de dar á su padre una prueba conmovedora del amor de sus hijas, fingió quedar satisfecha del trato, dió las gracias al portero, y hasta habría entregado de buena

gana los cien francos al carcelero, si no hubiesen sido necesarios para la existencia de sus hermanas. Lo que ella había previsto no tardó en realizarse. El honrado mercader de cuadros corrió á llevar él mismo á Saint-Maur el que acababa de comprar. En ese momento, el conde d'Harcourt estaba pescando con su fiel Antonio. M. Bernard aprovechó su ausencia para darle una deliciosa sorpresa. Poniendo en el secreto á la anciana esposa de Antonio colocó el cuadro cerca de la cama del conde, atándole á un lienzo de madera de la casucha que habitaba; y como no tuvo tiempo de ponerle marco, le rodeó de rosas de lirios, y haciendo prometer á la mujer de Antonio, que no diría nada á M. d'Harcourt, regresó á París. A la caída del día regresa el conde con su fiel compañero después de una muy buena pesca. Habiendo concluido la ligera cena y terminado la conversación de costumbre, el conde toma una lámpara y pasa al humilde cuarto con la intención de entregarse á sus tristes pensamientos. ¡Quién podría describir su sorpresa y sobrecogimiento al descubrir el monumento de amor filial suspendido cerca de su cama! Da un penetrante grito, extiende los brazos hacia esa fiel imagen de todo lo que le queda en el mundo, y á través de las lágrimas que bañan su venerable rostro, no puede pronunciar más que estas palabras:

— ¡ Mis hijas!... ¡ mis queridas hijas!... A sus gritos llegan el viejo pescador y su esposa, que no pueden saciarse de contemplar ese espectáculo conmovedor, compadeciendo al conde de verse separado de tan preciosas criaturas.

— Me parece — exclama éste — que me están hablando, que me llaman... y ese marco de flores produce en mi alma una ilusión tan dulce!... Al ver esos lirios, creo ver á mis hijas; al respirar el perfume de esas rosas, me parece sentir su aliento, y esas miradas inmortales me dan la idea del tierno emblema del amor que me tienen... Estoy seguro que es Bernard... ¿y quién otro más que él, podría ser el intérprete de mis queridas hijas? sólo ese digno y excelente hombre podía haber concebido esta feliz idea: ¡ella añade valor al encanto de ese cuadro!

La mujer de Antonio no pudo guardar más tiempo el secreto, y confesó que en efecto, había sido M. Bernard. Pocos días después volvió éste con un magnífico marco que había mandado hacer, en el cual colocó el cuadro, que se colgó en el

mismo lugar. M. d'Harcourt, después de manifestar su vivo reconocimiento al discreto agente de sus hijas, le encargó las hiciera llegar una carta en donde las expresaba toda la felicidad que sus queridas imágenes le hacían sentir.

Hasta hoy — las decía — temía el instante en el que, al retirarme solo á mi humilde cuarto, me entregaba á todo el rigor de la suerte que nos separa ; pero ahora, suspendo con más alegría mi trabajo, y cuando presento una buena pesca al fiel Antonio, me retiro alegre á mi cabaña y corro á contemplaros, mis queridas hijas! No me separo de vosotras más que para ir á tomar un poco alimento, y luego vuelvo á conversar con vosotras, hasta que un dulce sueño viene á cerrar mis párpados. En la mañana, al despertarme, os doy los buenos días, con la dulce esperanza de regresar por la tarde á daros cuenta... ¡ Oh ! ¡ mi buena Armanda ! á ti debo esta felicidad indecible, este consuelo que me hace olvidar todos mis males. ¡ Quiera el cielo darte la justa recompensa !

En efecto, M. d'Harcourt no dejaba nunca, mañana y tarde de fijar su mirada en los retratos de sus tres hijas y de hablarlas como si hubiesen estado allí para escucharle. Cuando partía para la pesca, cubría con trapos viejos esa obra maestra de gracia y de expresión, para ocultarla á toda mirada indiscreta. Al volver del trabajo, se apresuraba á descubrir ese querido talismán, ante el cual nunca dejaba de permanecer mucho tiempo, conversando con sus hijas y manifestándolas su deseo de estrecharlas en sus brazos.

Ese deseo fué por fin realizado. El nebuloso horizonte que había cubierto á Francia de tempestades, comenzaba á aclararse.

Ya la justicia había vuelto á tomar su cuchilla y su balanza, que la anarquía le había arrebatado. A su aspecto, la envidia, el rapto y la impostura vieron terminar su execrable reinado, y á su vez, el terror huyó todo espantado. Cesaron las proscriciones y se abrieron las prisiones. El conde d'Harcourt, gracias al celo y á las solicitudes del infatigable Bernard, no tardó en obtener su libertad. El primer uso que hizo de ella, fué solicitar y obtener la de sus tres hijas, que él mismo fué á buscar al castillo de Saint-Germain, en donde habían estado encerradas cerca de dos años.

En presencia de sus generosos protectores, Bernard y el padre Antonio, tuvo lugar la primera entrevista con sus hijas

entrevista conmovedora y tan ardientemente deseada. El conde y sus hijas no se saciaban de verse, de abrazarse y de confundir sus tiernos desahogos.

Estela y Celia, que hacía más de un año se habían completamente entregado al estudio, podían ya desafiar á la suerte que las redujese á la miseria. Una de ellas decía :

— Ahora puedo acompañar en el piano toda clase de música y hasta puedo enseñar la armonía.

La otra decía :

— Poseo la lengua italiana hasta poder dar lecciones, y traducir el Taso ó Petrarca. Ya no temo que el infortunio me reduzca á no poder existir con mi trabajo.

— A vuestra hermana debéis — añadía el conde — esa preciosa ventaja. ¡Oh! mi querida Armanda, gozad de toda la felicidad que merecéis, y recapitulemos juntos lo que te ha producido tu talento : Consoló tu soledad y con frecuencia te ha hecho olvidar el cautiverio. Te ha salvado como á tus hermanas, de los horrores de la miseria. Ha engañado la vigilancia de tus guardianes y atravesado los muros de la prisión para presentar á tu desgraciado padre el más dulce consuelo que podía esperar. Ha proporcionado á M. Bernard la oportunidad de corresponder á los servicios que yo le había hecho; por último, nos pone para siempre al abrigo de la miseria en que nos hundan la usurpación de nuestros derechos y la pérdida de nuestra fortuna.

Esta pérdida sólo fué momentánea. M. d'Harcourt que no había salido de Francia, volvió á entrar en posesión de todos sus bienes. Se apresuró á asegurar al padre Antonio y á su mujer una renta que llenó su vejez de independencia, de comodidad y de dicha. En seguida entregó al generoso Bernard, todo lo que había pagado á los ávidos guardianes que le vendían los cuadros de Armanda, le obligó á que se quedara con la colección, no conservando él más que aquél que representaba á sus tres hijas en la prisión. Colocó este cuadro en su palacio de París, é hizo que al pie del marco se grabara esta inscripción.

Tener todos los conocimientos superficialmente no produce más que ignorancia. Elegir uno solo y llevarlo á la perfección es asegurarse el modo de encantar sus ocios, arrostrar los rigores del destino y hacer la felicidad de todo lo que nos rodea.

LA PRESUNCIÓN



¡Vamos, hija mía, tranquilízate, que mi presencia te dé calma!

LA PRESUNCIÓN

Nada es más ridículo que la manía de creerse superior á lo que uno es, de atribuirse un mérito que no existe, de persuadirse que todas las miradas están fijas en uno, de creerse dominador de todos los corazones; cuando apenas somos observados por las personas sensatas, y que las otras únicamente nos distinguen para burlarse, y nos señalan como objeto de risa y mofa de la sociedad.

Esta presunción tan común y tan variada, se encuentra en ambos sexos. Ved á ese joven en el jardín de las Tullerías, cuyo paso es grave y tranquilo, la cabeza erguida, fingiéndose corto de vista para no saludar á nadie, chocando con todos, y recogiendo por detrás los faldones de la levita para poner á la vista su desproporcionado busto, su gigantesca estatura y su delgada pierna : el imbécil cree reunir á la bella cabeza de Antinoo la imponente elegancia del Apolo de Belvedere. Escuchad en un salón á ese cancionero que repite la lánguida romanza *un ramillete á Cloris*; observad cómo gongoricea, con qué seguridad espera los aplausos, como cansado ya de elogios ! Por lo menos se imagina ser un Anacreonte, y se colocará como pretendiente al primer lugar vacante en la Academia. Ved la risible importancia de ese joven dependiente de oficina, que se encarga de vuestra solicitud, y os promete hacerla salir bien; veremos, dice con aplomo, arreglaremos eso lo mejor posible; y aunque no es más que simple copista de notas, se da la importancia de ministro.

Lo mismo sucede con las mujeres. La joven de quince años se cree un ser perfecto; se sorprende que no se la proponga

casamiento. La madre de familia envejecida, se cree todavía fresca, tan fresca como sus hijas y no deja de cubrirse la cabeza con un tocado de niña para ocultar sus canas. Examinad á esa joven que baila la gavota y hace que formen círculo á su alrededor los estudiantes en vacaciones ; está persuadida que reúne en su persona la gracia y perfección de madama Gardel, y la alegría y naturalidad de la señorita Chevigny. ¿ Oís, á esa joven discípula de pensión que viene por algunos días á casa de sus padres, rascar en la guitarra una de las bonitas romanzas de Plantade, y dejar extasiados de admiración á su padre, á su madre, á su abuela, á su tío abuelo y á sus tres tías? está convencida que al irresistible tono de voz de madama Branche une el método brillante y la encantadora garganta de madama Duret... Entrad á la tienda de perfumes de la más triste vendedora, ésta os dirá : « Nosotras del comercio.» Subid al almacén de un rico fabricante de sederías, su esposa os dirá que su marido hace negocios de banca. Presentaos en casa de un banquero, y encontraréis la etiqueta y el tono de un ministro. Parece que todos desconocen el lugar que ocupan en la rueda de la fortuna, y que, empeñados sin descanso en subir más alto, se creen sentados sobre los que ven sobre su cabeza.

M. Dumont, rico mercader de paños de la calle San Honoré, uno de los más honrados negociantes de París, tenía dos hijas á quienes quería con igual ternura; y éstas, habiendo llegado á esa edad en que las niñas comienzan á hacerse notar en el mundo, eran completamente diferentes. La mayor, llamada Armantina, se creía una Venus por su aspecto, una Hebé por su frescura y gracia, y la décima Musa por la ciencia y el talento. Cuando se presentaba en alguna tertulia ó en algún lugar público, bajaba siempre sus bellos ojos para evitar las miradas de los que se fijaban en ella. Cuando hablaba, creía que su voz llevaba al fondo de los corazones una emoción contra la cual era imposible resistir; y si por imprudencia ó distracción, echaba una sola ojeada á alguno, estaba convencida que éste quedaba al instante absorto de admiración si era hombre, y de envidia si era mujer. Así, todos sus movimientos eran estudiados, su manera de andar acompasada; al verla, se habría dicho que era una divinidad extraviada entre los mortales, y los perfumes de toda clase con que estaba

impregnada, anunciaban su presencia, como la ambrosía en los bosquecillos de Pafos indican el rastro de la reina de los Amores.

No sucedía lo mismo con su hermana menor, llamada María. Lejos de creerse superior á lo que valía, su modestia y su natural bondad la evitaban siempre apreciarse en su justo valor. Menos bella que Armantina, pero quizá más bonita, encontraba muy natural que su hermana obtuviese todas las preferencias, y que á su lado no se echara de ver á la sencilla María. Sus ojos eran menos bellos que los de Armantina, pero más expresivos; su actitud menos imponente, pero más natural; en una palabra, la mayor, parecía decir al mostrarse: ¡Admirad y prosternaos! La menor, andado humildemente á su lado, parecía decir al contrario: No hagáis caso de mí; no valgo la pena.

Ese notable contraste no se escapaba á los que frecuentaban la sociedad de M. Dumont, y producía en ellos un efecto muy diferente al que las dos hermanas se imaginaban. Armantina no era querida y todos se volvían locos por María; y sin embargo las dos reunían todas las cualidades de un excelente carácter natural; pero la ridícula presunción de la mayor engañaba de tal manera sobre su mérito, y hacía resaltar tan ventajosamente la amable sencillez de la menor, que por todas partes se apresuraban á hacer á ésta la más afectuosa acogida, mientras que apenas dirigían algunas palabras á su hermana.

Armantina, que no cesaba de engañarse sobre los sentimientos que inspiraba, no veía en esta indiferencia más que el temor respetuoso y el efecto de la emoción y de la sorpresa que sentían todos al aspecto de su belleza.

— ¿No has notado — decía á María con una dignidad completamente ingenua — no has observado cuando estamos juntas, con qué familiaridad te tratan, y con qué recato se dirigen á mí? No hay ningún hombre, sea joven ó viejo, presumido á modesto, á quien una sola de mis miradas no haga quedarse absorto y como estúpido de sorpresa y admiración.

— Es verdad — la respondía María con la mayor ingenuidad.

— Si mi sola vista produce en ellos ese efecto, juzga de la impresión que sienten cuando les hablo. Me miran, tratan de responderme sin poder, la voz no sale de sus labios.

— Sí, he visto á muchos acercarse á ti y retirarse sin decir nada. Pero querida Armantina, ¿ no crees como yo, que es pagar algo cara la ventaja de ser tan bella?

— ¿ Cómo así?

— Yo creo que es muy desagradable producir tanto efecto en las gentes, hasta al punto que no puedan aproximarse á nosotras.

— Convengo en ello, y á veces me aflijo de este imperio universal que involuntariamente ejerzo; pero ¿ hay algo más encantador que poder decir : « Me presento, todos quedan sobrecogidos y pierden la fuerza para dirigirme una palabra?

— A fe mía, yo prefiero que me hablen, que me respondan, y sobre todo, que conserven la suficiente razón para decirme esas cosas amables que la decencia permite : así es que más de una vez te he visto grave y silenciosa en medio de tus adoradores, de tus numerosos admiradores, mientras que yo reía con ellos, les respondía por ti. En tus ojos se pintaban la fatiga y el fastidio.

— Es decir, mi pobre María, que mientras yo reinaba tú te prodigabas.

— Bueno, reina cuanto quieras. Yo me divierto más y me respetan tanto como á ti. Si á eso llamas prodigarse, me resigno á ello.

— Estos debates que se renovaban con frecuencia entre las dos hermanas, no pudieron alterar nunca el tierno cariño que se tenían, ni cambiar la opinión que cada una de ellas tenía de la otra; Armantina, consideraba á María un ser obscuro, que cuando más podían observar un instante en la sociedad, debido á su ingenua charla y á su picante alegría, María, veía siempre en Armantina una perfecta belleza, una mujer consumada, á cuyo imperio era imposible resistir.

Varios acontecimientos confirmaron á las dos hermanas en la opinión que cada cual tenía. Un día M. Dumont, mucho más ocupado de su comercio que de la educación de sus hijas, por las cuales creía haber hecho bastante poniéndolas durante dos años en una casa de educación, las llevó á la Opera. Se daba una representación que atraía mucha gente; todos los palcos estaban tomados; no quedaba más lugar que en el anfiteatro.

Armantina y María fueron con su padre y se sentaron en

la primera fila junto á las lunetas. Apenas se habían sentado, todas las miradas se dirigieron á Armantina, que se había vestido con el mayor cuidado, y María la decía en voz baja:

— Ya ves cómo te miran. Todos los gemelos se dirigen á ti. Es verdad que nunca me habías parecido más bella que hoy.

— En efecto, creo que estoy haciendo sensación — la respondió Armantina sonriendo.

En momentos que hablaban así, vino á sentarse detrás de ellas un joven llamado Melcour, pariente de M. Dumont, de rostro agradable y que por su mérito se podía presagiar que llegaría á ocupar los más elevados puestos. Hacía algún tiempo que frecuentaba la casa de ese rico negociante tan asiduamente, que parecía indicar que tenía intenciones de matrimonio. Armantina no tenía la menor duda de ser ella la causa de las visitas del joven; y la buena y sencilla María se alegraba ya de poderle llamar un día su cuñado.

La representación comienza. Cerca de Armantina, que se había perfumado más que de costumbre, se encontraban dos damas muy bonitas y muy elegantes. Armantina estaba tan llena de ámbar, que ese olor, aumentado por el calor y por el gentío, se hacía insoportable, especialmente para las personas delicadas de nervios. Una de las vecinas de Armantina, después de haber luchado algún tiempo contra el ámbar que se exhalaba de ésta, se sintió tan descompuesta, que se vió obligada á retirarse diciendo.

— ¡ Qué suplicio ! ¡ es imposible resistir !

— ¿ De qué suplicio habla ? — preguntó la buena María á su hermana

— No es difícil de adivinar — la responde Armantina. — Ella vino aquí con la intención de hacerse observar, y viendo que todas las miradas se dirigen á mí, sin que ninguna se detenga en ella, la coqueta no ha podido resistir á ese suplicio.

— Sin embargo es muy bonita — repuso la crédula María; pero si quería brillar no debía haber venido á sentarse cerca de ti. M. Dumont, acostumbrado á los perfumes de Armantina, atribuyó la salida de la desconocida á alguna súbita indisposición; y Melcour que había oído la conversación de las dos hermanas, cuyo carácter estudiaba, le costó trabajo reprimir una carcajada.

El lugar de las dos fugitivas fué pronto ocupado por dos hombres, de los cuales uno condecorado con varias cruces, parecía ser un oficial general. Colocado muy cerca de la bella perfumada, tose, bosteza, toma polvos de tabaco, y poco á poco entra en una agitación muy notable. Por último, después de haber tratado de vencer el malestar que sentía, sale bruscamente diciendo al amigo que le acompañaba :

— Vámonos de aquí, siento que sería peligroso para mi salud quedarme más.

— ¿ Oyes? — dijo Armantina á María. ¿No explica eso con bastante claridad la turbación en que yo veía á ese militar?

— Nada resiste á tus encantos, y sometes hasta á los favoritos de la victoria.

M. Dumont creyó sencillamente que ese oficial quería hablar de la impresión que producía el rostro de Armantina. Y Melcour tuvo algo más trabajo de contener la risa.

Pero lo que puso el colmo á la alegría y al triunfo de la bella presuntuosa, fué que, como á media representación, un simpático joven que parecía convaleciente, se encontraba colocado en la fila de lunetas más cercana al anteafitro y precisamente á los pies de Armantina, á quien no cesaba de mirar en los entreactos y de hacer admirar á sus vecinos. El ámbar hizo en él un efecto de lo más terribles: habiendo de repente perdido el conocimiento, cayó desmayado en brazos de uno de sus amigos, que con la ayuda de varias personas le llevó al salón de descanso. El joven convaleciente tuvo un ataque de nervios tan violento, que fué preciso recurrir á las gentes del arte de curar, y en las lunetas se preguntaba si no habría un médico que pudiese ir á socorrer á tan interesante joven.

— ¡ Ay Dios mío! — dijo Armantina en voz baja á su hermana, — ¡ cuánto siento haberle causado tanto mal! pero también, ¿ porqué mirarme sin cesar?

— Todavía pase el hacer huir á los generales y á las mujeres bonitas, pero ¡ causar ataques de nervios á ese pobre joven! — la dijo María sonriendo — es hacerle pagar caro la felicidad de admirarte!

Esta vez Melcour no pudo contener una carcajada.

Algún tiempo después, M. Dumont llevó á sus hijas á la Opera-Cómica, en donde debía representar un actor muy apre-

ciado del público, en dos piezas diferentes, y cuyo nombre en el cartel atraía ordinariamente gran número de espectadores. M. Dumont, debido á la mucha concurrencia, tuvo que colocarse en una de las galerías muy cerca del escenario. Como esos lugares ponen muy en evidencia á las personas que los ocupan, Armantina sentada en la delantera, estaba encantada de poder mostrarse bien, y su inagotable presunción la hacía creer que haría los mismos estragos que en la Opera; pero como ese día no se había echado más que perfumes suaves y soportables, ni las mujeres que se encontraban cerca de ella, ni los jóvenes que la rodeaban, no parecieron atacados de la fuerte sensación que ella esperaba. Unicamente notó que la miraban con algún empeño; pero no hubo el menor ahogo, ni el más pequeño ataque de nervios, lo que hizo que dijera á María con inquietud :

— No creo estar hoy tan bien como de costumbre.

— En cuanto á mí, te encuentro tan bella como siempre.

— Sin embargo más se ocupan de la representación que de mí.

— ¿ Qué quieres? ¡ ese público es á veces tan extraño !

— ¿ No habrá algo desarreglado en mi tocado?

— Nada absolutamente.

— Tú me tranquilizas.

Cuando nuestra presuntuosa no podía encontrar por un lado el alimento que necesitaba, era raro que no lo buscase por otro. Armantina, vivamente picada de no producir en los espectadores más que un efecto ordinario, pronto encontró compensación por un acontecimiento bastante común entre los actores, cuya memoria está sobrecargada de un gran número de versos. Aquel á quien en justicia se puede llamar uno de los primeros ornamentos de la Opera-Cómica, representaba en ese momento el papel del amable atolondrado de la *Casa en venta*, en el cual todos los verdaderos inteligentes le han llamado *el inimitable*; la casualidad quiso que se equivocase varias veces, y que tuviese tan grandes distracciones, que el público no sabía qué pensar.

— Mucho temo ser la causa de eso — dijo Armantina á su hermana. ¿ No has observado cómo me miraba?

— Sí, — dijo María, — y eso en el mismo momento en que se equivocaba.

— Yo soy la causa de que se turbe, imposible dudar. Dame un velo; no traje el mío; ¡yo estaba tan lejos de creer que tendría necesidad de ponérmelo! dámele pronto, porque si el desgraciado vuelve á mirarme, está perdido.

A esas palabras, Armantina se apresura á ponerse el velo en medio de gran número de personas, que no saben á qué atribuir tan súbita precaución, lo cual hace que todas las miradas se fijen en ella, aumentado así su satisfacción. M. Dumont, no menos sorprendido que los demás, pregunta á su hija por qué se cubre con el velo en una galería en donde el calor sofoca.

— Ya se lo diré, padre mío; permítame que me limite á asegurar á usted que lo hago por prudencia y por necesidad.

— Sí, padre mío — añade María : sin esta precaución, quizá no vería usted el fin de la representación.

— No comprendo nada de ese misterio — contestó M. Dumont, — ustedes me lo explicarán.

Armantina permaneció velada hasta el fin de la pieza; y luego que el actor, que nada había advertido, se hubo retirado, dijo á su hermana quitándose el velo de la cara y llena de tierna compasión :

— ¡Qué turbado le puse! Mucho temo que no pueda seguir representando en la segunda pieza.

— Yo lo sentiría mucho — repuso María; dicen que es encantador cuando representa el *Prisionero*.

Poco después se levanta el telón, y se presenta el *encantador prisionero*. Inmediatamente la presuntuosa se cubre con su velo. Esto causa nueva sorpresa, que todo el mundo manifiesta con gritos y chistes. Melcour, colocado en la galería frente á ellas, se divierte mucho con los actos de Armantina, que cada cual interpreta á su modo, y cuyo verdadero motivo sólo él adivinaba.

Armantina continuó perfumándose más que nunca con los más fuertes perfumes, y se hizo notar á tal punto que la señalaban con el dedo, y todos huían al presentarse ella. Pero su presunción, siempre lista á aprovechar la primera circunstancia que podía alimentarla, hacía que en las numerosas deserciones que ocasionaba, no viera más que el efecto irresistible de sus encantos.

Melcour, que cada día frecuentaba con más constancia la

casa de M. Dumont, hizo que las dos hermanas sospecharan que trataba de aliarse á su familia.

— Hace algunos meses — dijo María — nos sigue por todas partes, en los paseos, en el teatro; es segurísimo que está enamorado de ti.

— En ese caso le compadezco, porque estoy lejos de aceptar sus homenajes : y sin embargo, siempre que nos encontramos juntos, le veo dispuesto á hacerme su declaración, á la cual no sabría qué contestar.

— A fe mía, que eres difícil de contentar. Melcour es perfecto, muy perfecto... ingenio, buen trato social, buena conducta, según dice mi padre; y en un puesto que conduce á los más elevados empleos.

— Convengo en ello, pero si prefiero á uno, ¿qué será de todos los otros?

— ¿Y es á causa de consideración hacia ellos por lo que piensas permanecer soltera?

— ¡ Ah ! ¡ mi querida María, qué cosa más cruel es hacer tantas víctimas á un tiempo !

— Pero en fin, ninguno de ellos se ha declarado todavía.

— No, positivamente no se han declarado, pero demasiado bien los comprendo, ¡desgraciados !

Al conversar así las dos hermanas, anuncian al señor auditor Melcour.

— ¡ Dios mío ! — exclama Armantina; — ¡viene á hacerme su declaración y á pedir mi mano !

— Y bien, es preciso recibirle con las consideraciones que merece.

— Dispénsenme ustedes bellas primas — dijo Melcour al entrar — si me atrevo á presentarme de este modo, pero vuestro padre me ha autorizado.

— Ya no hay duda — dijo Armantina á María, sentadas juntas en un canapé; — no me dejes sola, te lo suplico.

— Hace mucho tiempo — repuso Melcour dirigiéndose á Armantina — que vacilo informar á usted;... pero los sentimientos que usted me inspira, el temor de desagradarla.

— Homenajes como los de usted no pueden ofender nunca — le respondió Armantina con una emoción, mezclada de dignidad.

— Quizá, bella prima, me encontrará usted indiscreto,

temerario; pero la amistad con que el padre de usted me honra, me anima á dar un paso...

— Me gusta, M. Melcour, ver que usted siente toda la importancia...

— Vengo, pues, á confesar á usted, que, si sus encantos, sus gracias, y todas las cualidades que distinguen á usted, la hacen querida de la sociedad...

— ¿ Y bien ?

— No hacen más que aumentar el ridículo en que usted se pone.

— ¿ Cómo? — exclamó Armantina confusa y cambiando de tono.

— ¡ Qué declaración tan singular ! — dijo María, no menos admirada.

— Explíquese usted, señor.

— Yo estaba seguro que desagradaría á usted; pero debo arrostrarlo todo para cumplir con el más sagrado de los deberes. Sepa usted pues, que la costumbre que usted tiene de perfumarse al exceso, hace huir con pesar á todos los que se apresuran á rodear á usted y temen acercarse, aquellos mismos que desearían estar cerca. En una palabra, en todo París únicamente llaman á usted la *bella perfumada*.

— La verdad es que á veces te tomarían por una tienda de perfumes.

— No creo que eso haya podido llegar al grado de molestar á nadie.

— Usted no lo echa de ver : eso es lo que siempre digo defendiendo á usted; pero el otro día, nada menos, en la Opera, aquellas dos damas, aquel oficial general, aquel joven convaleciente...

— ¡ Cómo ! ¿ sería posible?

— Perdóneme usted, si destruyo gratas ilusiones; pero fué el ámbar que usted exhalaba con tanta fuerza, sí, el ámbar únicamente, el que ocasionó el desorden, que era permitido que usted atribuyese á otra causa. En cualquier lugar en donde usted se presente, es raro que no excite murmullos pronto contenidos por el interés que inspira la juventud, la belleza, pero que no obstante se propagan de manera á poner á usted en un ridículo inconcebible. En efecto, la rosa, reina de las flores, ¿ toma acaso perfumes extraños? — Suplico á usted

que no atribuya este consejo más que al sincero cariño que la tengo, y juzgue usted de lo que me cuesta, por el temor de ofender á aquella á quien pertenezco ya por los vínculos que... que me sería dulce estrechar más.

— Créame querido primo, que aprovecharé este importante aviso que usted me acaba de dar, y que, muy lejos de resentirme, de enojarme...

— ¡ Enojarte ! ¡ sería preciso ser muy ingrata ! Si mi primo tuviera la caridad de advertirme así de mis defectos, pronto mi corregiría... pero no me ama como á mi hermana.

Melcour no respondió á esta amable franqueza más que con un movimiento que se dibujó en todos sus rasgos; y después de haberse felicitado del paso que se había atrevido á dar, se despidió de las dos hermanas, dando las gracias á una de ellas, por la indulgencia con que se había dignado recibirle, y prometiendo á la otra, informarla de sus defectos tan pronto como pudiese descubrirlos.

Armantina, al abrir los ojos sobre los errores en donde su presunción la había arrojado, no dejó de ejercerla sobre el que acababa de hacérselos conocer. Y se repetía con inquietud:

— ¡ Vínculos que me sería tan dulce estrechar más !

— Nada más claro, él desea casarse contigo. Ha querido corregirte antes, eso es muy natural.

— ¡ Qué lástima que yo no sienta por él más que indiferencia ! Estimamos á nuestros censores; pero amarles es difícil.

— Yo me contentaría con ese censor. Tengo idea que me volvería perfecta. Algún tiempo después, M. Dumont al almorzar con sus hijas, las informó que el joven auditor le había declarado formalmente que deseaba ser su yerno, y que debía venir esa misma mañana á hacer su petición.

— Así, querida Armantina disponte á hacer tu felicidad y la suya. Precisamente, creo oír á Melcour; vamos, hija mía, tranquilízate, que mi presencia te dé calma; piensa en que te acercas al momento más importante de tu vida.

— ¡ Oh ! padre mío, me siento tan turbada !... Permítame que me retire unos instantes. María, te encargo que me reemplaces... Ya conoces mis sentimientos — la dijo aparte al salir. Háblale por mí, te ruego, y trata de calmar mi negativa.

Tan pronto como Melcour entró, María, tratando de excusar la súbita desaparición de Armantina, le dijo que el

motivo era la emoción que por pudor siempre se desea ocultar á la persona que la inspira, y añadió :

— Mi pobre hermana está tan sobrecogida, tiene tanta estimación por usted y tanta gratitud, que la cuesta más de lo que yo podría expresar á usted... en una palabra, ella me ha encargado de recibir de usted su declaración y contestar en su lugar.

— No podía haber elegido mejor, amable María, porque es á usted á quien vengo á pedir á su excelente padre.

— ¡Yo! — exclamo María sonrojándose y con voz alterada; — ¿ está usted seguro de lo que dice?

— ¡ Cómo! — dijo M. Dumont ¿ no es con Armantina con quien usted quiere casarse?

— No he dicho á usted, me parece, cuál de mis dos primas deseaba yo obtener.

— Es verdad. — Bien, María, responde.

— Dios mío, mi respuesta no será larga, si es cierto que mi primo no se burla de mí.

— ¡ Burlarme de usted, encantadora María! Usted me ha permitido indicarla los defectos que descubriera en usted : hay uno sobre el cual me atrevo á insistir seriamente.

— ¡ Oh! dígalo, trataré de corregirme ¿ Cuáles?

— El de no conocerse á sí misma, el de no apreciarse en lo que vale. Hace mucho tiempo que estudio su carácter de usted, que sigo sus pasos, que noto sus palabras, y jamás, no, jamás, he conocido un alma más amorosa, alegría más ingenua, naturalidad más seductora. Al hacer cada día el elogio de su hermana, sin saberlo hace usted su propio elogio, Sí, admirable criatura, usted será la mejor de las mujeres, y á sus pies juro hacer á usted la más feliz.

— ¡ Ah! que bien ha hecho usted de elegirme! Si usted hubiera elegido á mi hermana, yo estaba encargada por ella de rehusar, y en verdad no hubiera sabido de qué modo hacerlo.

— ¿ Armantina te había encargado de rehusar á Melcour y darle las gracias?

— Sí, padre mío, y eso, para no hacer tantas víctimas.

— ¡ Armantina, ¡ Armantina! — llamó, riendo M. Dumont, puedes mostrarte sin temor.

— Crea usted, señor Melcour, — dijo al entrar esta última — que el horrible mal que mi hermana acaba de hacer á usted..

— ¿Qué dice usted, bella prima? acaba al contrario de colmar todos mis deseos.

— ¡Qué oigo, María! yo te había rogado me parece...

— De rehusarle de tu parte; pero de mi parte...

— ¡Ja, ja, ja, — dijo M. Dumont riendo á carcajadas — ¡es una excelente jugada! Querida hija, nos habíamos equivocado: es á tu hermana á la que él prefiere. Debes conformarte y ceder alegremente tus derechos de hermana mayor!

— No es un sacrificio — dijo Armantina — puesto que asegura la felicidad de María.

— No esperaba menos de usted — respondió Melcour, — y de antemano siento un gran placer en dar á usted el dulce nombre de hermana. Pero ya que todo parece favorecer mis deseos, ¿me atreveré á rogar á usted de llegar al colmo y apresurar el día más hermoso de mi vida? Los deberes que me impone el cargo que se han dignado darme, pueden obligarme de un momento á otro á una larga ausencia; y si debo separarme de mi querida María, quisiera al ménos llevar el título de esposo.

— ¡Separarnos dice usted! ¿No sería en ese caso mi deber seguir á usted?

— Bueno — dijo M. Dumont — la dote está lista; el domingo, las amonestaciones, y dentro de ocho días, la boda. ¿Le conviene á usted?

— Es más pronto de lo que me atrevía á esperar; pero quizá mi querida futura encuentre ese plazo...

— ¡Temo tanto que usted reciba la orden de partir!

— ¡Hasta el jueves, pues, querido yerno! Tenemos todo el tiempo necesario para los preparativos. Créame que ese día no será tampoco para mí uno de los menos felices de mi vida.

El día del casamiento, toda la casa de M. Dumont resonó con los acentos de la más viva alegría. La boda fué brillante. Asistieron los parientes y los numerosos amigos de ambos esposos. María pareció más bonita, más interesante que nunca, y reunió todos los votos. Armantina, cuya bondad natural no la permitía envidiar á su hermana la felicidad que había encontrado, no pudo sin embargo dejar de ceder á su presunción habitual, viendo en todas las atenciones que la tributaban, como hermana de la desposada, un nuevo efecto del imperio que se imaginaba ejercer sobre todos los corazones.

Esta ilusión aumentó todavía más durante el baile que terminó este bello día. Todos los jóvenes que frecuentaban la casa de M. Dumont, se encontraban reunidos en ella. Varios entre ellos, que ya antes se habían divertido con las ridículas pretensiones de Armantina, observaban desde un rincón, en donde formaban un grupo, la actitud de la bella presuntuosa que, con los ojos bajos y respondiendo apenas, se condenaba al silencio y á la inmovilidad, por compasión á los que la rodeaban, y en el temor de agradar á todo el mundo acababa por no agradar á nadie.

Por último, el baile se abre con una contradanza, compuesta de la casada y de su marido, de Armantina, de sus dos más próximas parientes, jóvenes muy bonitas, y de tres jóvenes varones del grupo observador, elegidos por M. Dumont como amigos de Melcour y perteneciendo á su familia. Desde la primera figura, Armantina observa que su pareja evita darla la mano. Esta rareza, que sin duda habría ofendido á cualquiera otra, comenzó por sorprenderla; pero el bailarín continuando de este modo, el amor propio hace creer á la presuntuosa, que lo hace por prudencia, y para no tocar una mano imposible de obtener. En el segundo baile, no queda menos admirada Armantina, al ver á su caballero, el mejor danzante del baile, turbarse cada vez que baila con ella, errar todos los pasos, perder el compás y enredar la contradanza.

— Melcour le dice :

— ¿ Qué tienes Carlos?

— Nada, amigo mío, — responde dando un profundo suspiro.

— Otra víctima — se dijo Armantina;— si esto continúa me veré en la necesidad de abandonar la danza.

Por último, el joven colocado á su derecha, viéndose obligado á darla la mano al formar la gran cadena, se detiene, y en todos sus rasgos se nota la más viva alteración; ruega á uno de sus amigos que tome su lugar para concluir la contradanza.

— ¿ Se siente usted descompuesto, señor Gercourt? — le pregunta al momento María.

— No es nada, señora, no es nada; pero de repente he sentido tal deslumbramiento... ya comienza á disiparse.

— Esa una contradanza desafortunada — exclama riendo M. Dumont.

Armantina convencida que ella sola era la causa, sinceramente se aflige del poder de sus encantos. La buena María no fué menos crédula que su hermana, y Melcour, por ciertas señales que se hacían los tres danzantes, fué inducido á creer que se habían puesto de acuerdo para divertirse á costa de su cuñada.

Habiendo terminado la contradanza, Armantina fué á sentarse al lado de la casada, y la manifestó la dificultad en que se encontraba de producir semejante efecto en todo lo que se acercaba á ella.

— ¡Cómo es posible que Carlos el más brillante de nuestros danzantes, — dijo á María — no pueda dar un paso, cuando se encuentra enfrente de mí!... ¡que Dorsan tema darme la mano!... ¡y que ese desgraciado Gercour pierda la cabeza hasta el punto de no poder terminar la contradanza! Ya ves que tendré que renunciar al placer del baile, ¡y sin embargo, tú sabes qué furor tengo por la danza!

María la respondió :

— Bueno, ¿tenía yo razón de decirte que á menudo se paga caro la ventaja de ser bella? En verdad, hay instantes en que me sentiría dispuesta á afligirme de ello.

En momentos en que hablaban así, la orquesta comenzó á tocar un vals y un cuarto joven vino á invitar á Armantina á que lo bailara con él. Ella rehusa por lástima. El insiste.

— ¡Y qué! — la dijo María en voz baja; ¿rehusarías bailar cuando en el vals pareces tan bella y haces brillar tantas gracias?

— Es verdad, — respondió Armantina — que no cambiando de caballero, no haré más que una víctima.

Así es que acepta la mano del joven y el vals comienza; pero apenas han dado algunas vueltas, cuando su pareja, como atacado de súbita conmoción, se separa de ella, sale de las filas y se deja caer en un sofá quejándose de palpitations del corazón que apenas le permitían respirar. Muchos le rodean y tratan de socorrerle, mientras Armantina dice á su hermana :

— Ya lo ves, no hay nadie que pueda resistir, y aquí me tienes privada hasta del vals. Sin embargo, esta vez no dirán que son los fuertes perfumes que me echo lo que causan todo

ese desorden; porque desde el consejo que me dió tu marido ya no uso el menor perfume.

Esos diferentes acontecimientos produjeron viva sensación en el baile. M. Dumont, que no tenía costumbre de profundizar lo que pasaba, reía con ganas. En cuanto á Melcour, que no cesaba de observar á las dos jóvenes, estuvo completamente seguro de lo que sospechaba.

Pasaron varios días. La bonita señora Melcour, fastidiada de las reuniones y de las prolongadas comidas á causa de su casamiento, propuso una mañana á su padre y á su marido, ir á la Roca de Cancal á almorzar en familia.

— Es, — les dijo — el lugar de cita de nuestros mejores cancioneros y en donde se comen las mejores ostras que me gustan tanto. ¡ Oh! para mí es una fiesta esta pequeña excursión.

M. Dumont y Melcour, se apresuraron á aceptar la propuesta de María, y la condujeron acompañada de Armantina á la famosa Roca, en donde se instalaron en un gabinete contiguo á uno de los salones particulares. El almuerzo fué espléndido y muy alegre. La misma Armantina, que no temía hacer allí nuevas víctimas, fué muy jovial y sin pretensiones; pero al terminar este agradable almuerzo, oyeron en el salón separado de ellos solamente por un delgado tabique, las risas y las voces de una parte de los jóvenes que habían asistido al casamiento de María.

— Yo estaba muy seguro — decía Gercour — de ganar la apuesta que habíamos hecho de impedirle que bailara.

— Esa bella Armantina — añadía Carlos, — ¡ cuánto nos divierte!

— Ella se imagina — dijo Dorsan riendo á carcajadas — que no puede honrarnos con una sola mirada sin abrasarnos de amor.

— No puede nadie acercarse á ella — dijo otro — sin que al punto crea que la van á hacer una declaración.

— Creo haber representado bien mi papel de palpitaciones — exclamó el último que bailó con ella — ¡ con qué gracia me dejé caer en el sofá!

— ¡ Y yo! — repuso Dorsan — ¡ no atreverme á tocarla la punta de los dedos, y mirarla suspirando cuando estaba para soltar la risa!

— Y yo, señores, ¡y yo! — añadió Carlos — comprometer mi reputación de buen danzante, faltarme pasos, no llevar el compás... ¡yo, bailar sin compás!... ¡para hacerla creer que sus encantos me habían aterrado, fulminado!

— Habéis hecho vuestros papeles á las mil maravillas — se oyó decir á otro — y con gusto pagamos la apuesta.

— Esa belleza — añadió Dorsan — nos cree suspirando, sofocados, expirando de amor por ella, mientras tanto el vino de Ai y las ostras de Cancal nos vengan de sus rigores.

— ¡A la salud de la presuntuosa! — exclamaron todos á un tiempo. ¡Ojalá nos proporcione por mucho tiempo la oportunidad de reunirnos tan alegremente!

— ¡Ah! ¡pícaros! — dijo M. Dumont — ¡cómo se han burlado de ti!

— Son jóvenes locos que hay que excusar — añadió Melcour — no creen estar tan cerca de nosotros. Voy á hablarles y á poner fin á sus bromas...

— ¡No haga usted eso! — le dijo Armantina deteniéndole: me hacen un servicio mucho más grande de lo que se imaginan. Comienzo á ver hasta qué punto me engañaba... Cuando se da tanto lugar á la crítica, es preciso tener el valor de sufrirla. No les interrumpa usted, le ruego.

— Confiesen ustedes sin embargo — repuso Carlos — que es lástima que una joven tan bella, eche á perder con una tan risible presunción, la reunión de las cualidades más perfectas. Si no fuera más que una coqueta, yo no la defendería; pero confiesen ustedes que es la bondad de su corazón, sí, la bondad de su corazón, la que nos ha hecho ganar la apuesta; el temor de aumentar nuestro sufrimiento la ha privado de bailar con nosotros, y con frecuencia la impide dirigirnos la palabra ni la menor mirada.

— Es muy cierto que tiene un excelente carácter natural — dijo Gercour; pero ¿cómo quieren ustedes que no se ciegue hasta ese grado? Desde su infancia ha oído alabar su belleza. Habiendo perdido á su madre desde hace mucho tiempo, su educación ha sido dirigida por su padre, hombre caballeroso y amable, pero más ocupado de su comercio que de los defectos de sus hijos.

— Eso es verdad — dijo M. Dumont.

— Su hermana — añadió Dorzan, la mujercita más sim-

pática, es tan ingenua y tan deslumbrada sobre el mérito y la belleza de su hermana, que sin cesar la adula y la extravía.

— ¿ Oyes, María? — la dijo Armantina en el tono más conmovido y estrechándola la mano.

— ¡ Oh! — continuó Carlos — si alguien pudiera abrirla los ojos, y hacerla ver el ridículo en que se pone, estoy seguro que se volvería la más modesta y mejor de las mujeres, y entonces nuestros más sinceros homenajes reemplazarían las jugadas que la hacemos ¡ y confieso que la parte que yo tomo en ellas me hace experimentar algo de sufrimiento.

— Aprovecharé la lección — dijo Armantina á su padre, — y doy gracias á la casualidad que me hace conocer todá la verdad. Salgamos sin ruido, y dejemos á esos jóvenes que se entreguen á sus amables locuras...!No olvidaré jamás — añadió con expresión — que Carlos se ha dignado defenderme, y espero darle las gracias la primera vez que le vea.

En efecto, algunos días después, Carlos vino á visitar á los jóvenes casados. Le sorprendió el tono sencillo y modesto de Armantina, en la cual se había operado un notable cambio.

— ¡ Vea usted su obra —le dijo ella en el tono más tierno y afable.

— ¿ Mi obra dice usted? No comprendo.

— Sepa usted pues — añadió Melcour — que la casualidad nos ha hecho oír á ustedes cuatro, lo que dijeron en el almuerzo de la Roca de Candale.

— ¡ Es posible!... ¡ Ah, bella Armantina! debo ser á los ojos de usted...

— Objeto de mi eterno agradecimiento.

— Me confunde tanta generosidad. ¡ Cómo! ¿ podría usted perdonar á unos culpables alocados?...

— Es cierto — dijo M. Dumont — que se han alegrado mucho á costa tuya.

— Hay sin embargo uno que se ha dignado, él solo defenderme... Hasta confesó la pena que le daba, tomar parte en las bromas, á las cuales todo me dice que deberé mi felicidad.. ¡ Oh! ¡ Cómo podré jamás pagarle!

— Concediéndole la esperanza de obtener un día la mano de aquella á quien se atrevió á defender, y que, desde este momento, se vuelve á sus ojos la mujer más perfecta que existe

... Si usted no me hubiera corregido de mi presunción

podría quizá creerle; pero esperemos que el tiempo y la reflexión me hayan hecho enteramente digna de usted.

— ¡ Digna de mí ! — exclamó Carlos con la más viva emoción — en ese caso, no se puede demorar mi felicidad.

— Tiene razón — dijo M. Dumont en el colmo de la alegría hace mucho tiempo que su padre y yo proyectábamos esta alianza, y deseo se realice cuanto antes. Mi buena Armantina, tú no habrás cedido por mucho tiempo tu derecho de primogenitura.

— No seré la única feliz — dijo María estrechándola en sus brazos... Ya ves, querida Armantina, que á veces se puede amar á los censores.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD



... en donde aparece á sus ojos el pobre mozo de cordel...

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Si hay algo que pueda aumentar el brillo del nacimiento, el imperio de la belleza, es, según me parece, esa conmovedora sensibilidad hacia todos los desgraciados, que les consuela y les alivia, no por medio de encargados, con demasiada frecuencia infieles, sino recorriendo personalmente el lugar de la miseria, haciendo resonar nuestra voz en el corazón de los desventurados, y reanimándoles con nuestra presencia.

Tales son los actos de una joven princesa, que la admiración señala, que la gratitud bendice, pero el respeto no me permite aquí decir su nombre. Bella y graciosa, habría sido notada en una clase obscura; ha querido mostrarse digna de su alta posición; pensó que por encima del puesto supremo no había más que la virtud; pero en ella la virtud es tan modesta y se presenta bajo tantos aspectos amables, que á menudo la veneración que se debe á la princesa se confunde con el tierno interés que se siente por la mejor de las mujeres. Si por la noche su palacio es la reunión de la grandeza, de las artes y de la magnificencia, por la mañana es el asilo de todos los que tienen que pedir una gracia, que sostener á una familia, que defender una causa justa ó que proponer una buena obra.

Mientras que una multitud de cortesanos importunos esperan en el salón una audiencia ardientemente deseada, su alteza, retirada en el fondo de sus aposentos, habla con las personas encargadas de esparcir sus beneficios. Entrega á una de ellas una suma bastante fuerte, para impedir que un negociante, padre de familia, suspenda sus pagos y pierda su crédito; confía á otra la suerte de un sexagenario, en otro tiempo opulento, cuyos hijos han reducido á terribles apuros;

á una tercera, ordena que vaya á informar inmediatamente á una respetable madre, retirada en las cercanías de París, que sus dos hijos, oficiales de la guardia, salieron sanos y salvos del último combate, en donde hicieron prodigios de valor. Entrega á ésta, el nombramiento de una colocación que ha obtenido para un hombre de mérito cuya modestia ella ha vencido; á aquella la gracia para un inocente acusado por la impostura y condenado por la ignorancia ó la prevención; á todas, la orden terminante de cuidar estrictamente que no se encuentre un solo pobre pidiendo ayuda ni en los patios y puerta de su palacio, ni en la calle ni el barrio que ella habite, si es posible.

Después de haber despedido de este modo á todos esos agentes de su generosidad conocida, se ocupa largamente y con delicia, de todo el bien que hace en secreto. No ha elegido á ningún oficial de su palacio para esas importantes funciones. Tarde ó temprano podía ser conocido, ó quizá faltar á la discreción, en cuyo caso su satisfacción disminuiría de la mitad. Se confía en una de esas mujeres cuya verdadera piedad, empeño infatigable y tierna humildad, contribuyen especialmente al alivio de la humanidad que sufre, á la conservación de los artesanos útiles, á la educación de sus hijos, á los socorros de toda clase indispensables en las ciudades populosas; es una simple hermana de la caridad la que la princesa se asocia, por decir así, á sus beneficios particulares, se asocia á la hermana Agata, cuya inteligencia, celo y vivacidad, no pueden compararse más que á su amor á Dios y á la bondad de su corazón; á ésta, confía la princesa su tesoro más querido: la felicidad de hacer el bien sin ser conocida. Todas las otras personas á quienes dicha princesa ha dado sus diferentes órdenes, las han recibido de pie, con la más respetuosa sumisión; pero la hermana Agata, á pesar del sayal que la cubre, de su enorme *aureola*, de sus ordinarios zapatos de cuero y de su vestido enlodado, se ve obligada á sentarse al lado de su Alteza, en un rico canapé, y contarla hasta en los menores detalles, las incalculables correrías, las innumerables curaciones, las fervientes oraciones, los consejos, las limosnas y los consuelos que la ocupan cada día.

— ¡Oh! ¡qué paciencia, qué valor y qué resignación! — exclama la princesa estrechándola las manos — buenas

y respetables criaturas, humildes siervas de la religión, de la que sois uno de los más dignos apoyos, modestos ornamentos de nuestro sexo. ¡Cuánto derecho tenéis á nuestro reconocimiento! Cada paso que dáis queda marcado con un beneficio. Vuestra presencia en casa del pobre aleja de ella la desgracia y el sufrimiento. Sabéis á la vez reanimar al anciano, consolar á la viuda y acariciar al huérfano que vuestra piadosa conmiseración adopta. Por eso, cada vez que encuentro á una de vosotras trotando por las calles, abrumada de fatiga, bañada de sudor, calculando que un momento de retardo podría costar la vida al desgraciado que gime, me dan tentaciones de detener mi carruaje, de hacer subir á él á la caritativa hermana y de conducirla adonde la esperan con impaciencia la miseria y el dolor.

— ¡ Oh, Dios mío! — responde la hermana Agata, con los ojos llenos de lágrimas, enternecida y besando repetidas veces las manos de la princesa, — ¡ oh Dios mío! qué dulce, qué glorioso es para mí contribuir á todo el bien que Vuestra Alteza hace, el poder hablar tan libremente con ella sin temer fastidiarla con mi charla! Porque, ve usted, esta costumbre de aconsejar al uno, de dar ánimo al otro, de sermonear á éste, de distraer á aquél, todo eso da á la voz un desparpajo!... pero ¡ cómo callar estando al lado de Vuestra Alteza que me anima y se digna tratarme con tanta indulgencia! ¡ Ah! si usted ve en nosotras unas mujeres útiles y que quizá merezcan alguna estimación, yo veo en vuestra augusta persona un ángel bajado del cielo, á quien sin duda Dios habrá querido dar la forma de la más bella princesa, para ofrecer en la tierra el modelo de todas las virtudes.

— Dígame, hermana Agata, ¿ necesita usted hoy mucho dinero?

— Dios mío, no; me queda aún casi la mitad de las cien piezas de oro que usted se dignó confiarme el otro día.

— ¿ Las aprovecharemos tanto como las últimas?

— ¡ Oh! todo marcha á las mil maravillas. Primero, he empleado diez para pagar los seis últimos meses del aprendizaje de esa bonita huérfana que he puesto en casa de la vendedora de lienzos que provee á V. A. Esta está muy contenta de ella; y el cielo que parece bendecir vuestras buenas obras hará de ella una buena persona. Siempre me

exaspera preguntándome á quien debe su estado, su felicidad. —¿Qué te importa? la digo ¡conténtate con pedir á Dios que nos conserve largo tiempo la mano generosa que te protege... En seguida, llevé trescientos francos á ese buen viejo escultor por el trimestre de la pensión que le pagamos. Siempre mil preguntas como de costumbre, mil dificultades para recibirlos. « Pero hermana Agata, ya he dicho á usted que no recibiría más nada », me dice :

— ¿ Y con qué vivirá usted?

— Con mi trabajo.

— ¡ Usted olvida que está achacoso y que usted tiene setenta y cinco años.

— Pero repito que quiero conocer el origen de donde proviene lo que usted me trae con tanta regularidad.

— Usted no lo sabrá.

— Entonces, llévese su dinero.

— ¿ Acaso es mío para llevármelo?

Al acabar de decir eso le dejo el bolsillo encima de la mesa y salgo huyendo. ¡ Oh ! ¡ los artistas tienen un orgullo !

— Este tuvo una reputación merecida; pero la desgracia y la envidia de sus rivales... Es preciso no herir su delicadeza, ofenderle lo menos que usted pueda, hermana Agata. No todo es dar, hay que saber persuadir que acepten.

— ¡ Oh ! no tenga usted cuidado; he seducido al ama de llaves para que se interese por nosotras y sea de nuestro partido... En fin, he empleado de golpe veinticinco monedas de oro para salvar al joven más interesante !... Creo haber colocado bien el dinero de V. A. allí.

— ¿ Cómo?

— Diré pues á V. A. que al pasar la otra tarde por una casa de juego, oigo una voz quejumbrosa que decía : ¡ Desgraciado de mí !... ¡ pierdo á la vez el honor y la confianza de mi padre !... ¡ y podría yo sobrevivir !... Quiere huir, yo le detengo por la levita.

— Joven, ¿ á donde corre usted?

— Donde la desesperación me llama.

— Usted hablaba de su padre : en nombre de él le pregunto contésteme usted. ¿ Usted acaba de disipar en esta casa una suma que no le pertenecía?

— Es muy cierto; quinientos francos que fuí á recibir para mi padre y que la fatalidad me ha hecho perder..

— Ya están encontrados. Tome usted este bolsillo.

— ¡ Será posible que una simple hermana de la caridad!

— Usted bien comprende que no soy yo la que se los da, sino una mujer generosa, un ángel, de la que yo solo soy emisaria.

— ¡ Ah! quienquiera que sea, dígala usted que me devuelve el honor y la vida... Es la primera falta que cometo.

— Eso se conoce en sus remordimientos de usted.

— ¡ Será la última! se lo juro en nombre del cielo, que me salva en este momento por sus benéficas manos! — Al decir estas palabras me estrecha en sus brazos y me besa... Felizmente era de noche. En una palabra, se marcha y lleva á su padre el depósito que éste le había confiado... Mucho me engañaría si no hemos salvado del precipicio para siempre á ese joven desconocido, cuya voz tan dulce y sus bellos ojos llenos de lágrimas... ¡ Ah! ¡ Dios mío! ¡ qué lástima hubiera sido!... Es verdad que de un solo golpe nos cuesta quinientos francos.

— ¿ Y podían emplearse mejor? ¡ Ah! nunca tema usted ser pródiga en semejante circunstancia : la dulce emoción que siento ¿ no prueba que jamás se ha colocado dinero con mejores intereses? Dé usted, hermana Agata, dé siempre del mismo modo : al esparcir semejantes donativos no tema, no tema usted agotar el manantial. Bueno, pues, ya no tendré tan hermosos diamantes; mi equipaje será más sencillo, habrá menos estatuas en mis jardines...

— Pero la estatua de usted — repuso la hermana Agata — será levantada un día por la gratitud.

Tal era cada mañana la conversación de la princesa y de la hermana de caridad, la cual y sin esperar y hasta sin ser anunciada, tenía derecho de entrar en el palacio, en donde todos la tributaban respeto y atenciones. La bastaba mostrarse para atravesar todos los aposentos y llegar á donde se encontraba aquella cuyas virtudes y beneficios se sentía feliz y orgullosa de propagar.

Un día, esta princesa que amaba y protegía las artes se dirigía á uno de los conciertos tan afamados del Conservatorio de música. Se debía ejecutar la admirable cantata de Cherubini cuyos acentos melodiosos y tiernos parecen llevar la sombra de Haydn á la mansión de la inmortalidad. La *overtura del Jeune Henri*, de Mehul, que no se cansa uno de oír, y que por

si sola es un poema entero, cuya riqueza de detalles es tan grande como la verdad de la expresión; por último, el *O Salutaris* de Gossec, que, sin ayuda de ningún instrumento, sin orquesta, hace, con tres voces humanas, subir hasta el cielo la oración más dulce de los mortales. La elección de esos trozos tan brillantes y el talento de los discípulos que debían ejecutarlos, habían atraído un gran concurso de gente. La princesa, que había hecho tomar un palco, salió de su palacio, bastante retirado del Conservatorio, algo más tarde de lo que se proponía. Da orden á su cochero de marchar lo más rápidamente posible. Este, arrastrado por su celo, recorre la distancia con su habilidad acostumbrada y con la rapidez del rayo; atraviesa varias calles, evitando hasta los menores tropiezos; su voz de trueno que grita ¡Paso! y sobre todo la librea de la princesa, hacen que todos se hagan á un lado para dejar el camino libre; pero al cruzar la esquina de la calle Montmartre y de la calle Bergere, una de las ruedas golpea á un pobre mozo de cordel que llevaba un enorme fardo, le hiere el brazo y le derriba. Los gritos del herido y los del pueblo que le rodea, no detienen al cochero, que cree, que aumentando la velocidad no llegarían á oídos de la princesa; pero esta bienhechora de la humanidad lo ha oído todo. Tira del cordón para detener al cochero y le ordena regresar al lugar del accidente; manda á las gentes que la acompañan que pongan al herido en un coche de alquiler, el cual había perdido el conocimiento y de conducirlo á su casa; llamar al primer cirujano que encuentren; y después de reñir á su cochero, manifestándole el dolor que esto la causa, promete tener cuidado del desgraciado mozo de cordel, lo cual cambió en felicitaciones los murmullos que comenzaban á estallar en el pueblo.

Por mucho atractivo que tuviera el concierto, ella no pudo participar del encanto que ofrecía. Distraída y preocupada, no veía, no oía más que al pobre herido. Luego que las gentes que la acompañaban regresaron de casa del infeliz, ella se informó con interés del estado en que se encontraba, del lugar en donde vivía, del número de sus hijos, y sobre todo de la reputación que tenía en su barrio. Supo que se llamaba Miguel, que tenía cinco hijos de corta edad, que los sostenía con su trabajo y que gozaba de la reputación de hombre de bien.

Tan pronto como la princesa regresó á su palacio, se apresuró á enviar á uno de sus oficiales, para manifestar á ese digno hombre el gran pesar que ella sentía por el cruel accidente de que había sido víctima, y para entregarle el dinero necesario á fin de indemnizarle del tiempo que su herida le haría perder. Este oficial iba acompañado del cirujano de la princesa, personalmente, cuidó la herida del pobre mozo, y se apresuró á ir á asegurar á la princesa que no había fractura y que ocho días bastaban para que estuviese en estado de continuar su trabajo.

Sin embargo, la princesa, que sabía por experiencia que siempre tratan todos de lisonjear á los grandes y de callarles toda verdad que pueda afligirles, resolvió conocer el verdadero estado del herido.

En consecuencia, encargó á la hermana Agata que fuera á casa del herido guiada por su reconocida caridad, para ver por sí misma si los informes que la habían dado sobre el estado del enfermo eran exactos.

— Os lo recomiendo con preferencia á todo — la dijo la princesa — si encuentro gran placer en aliviar á los infortunados que no tienen más título que serlo, juzgad del vivo interés que tengo por ese digno padre de familia de cuyo dolor y sufrimiento soy la causa.

— Cuento V. A. con mis cuidados y empeño — respondió la hermana Agata — el pobre hombre, así lo espero, no se quejará mucho tiempo de su herida. Mañana por la mañana tendré el honor de venir á dar cuenta á V. A. del resultado de mi visita. Lo que hay de cierto es que, todos esos cocheros no hacen mucho caso de los pobres de á pie... yo misma muchas veces he estado á punto de ser aplastada... Pero olvido que mis enfermos me esperan, cuando una tiene la dicha de conversar con Vuestra Alteza... Mañana volveré á darla razón de todo.

En efecto, á la hora convenida, la hermana volvió, y lejos de tranquilizar á la princesa sobre la cura del mozo de cordel, la confesó que temía que hubiesen cerrado la llaga demasiado pronto, causando así un mal que quizá sería muy difícil curar.

— No soy — añadió — ni médico ni cirujano; pero una experiencia adquirida en cuarenta y cinco años de ejercicio, y mis ojos acostumbrados á ver males de toda especie, me

hacen creer que el pobre hombre no está fuera de peligro, y que como dice el proverbio, se ha encerrado al lobo en el aprisco.

La predicción de la hermana Agata se cumplió demasiado bien. Miguel, que tenía la sangre irritada por el exceso de trabajo, al cabo de algunos días vió abrirse su herida de nuevo, y la llaga empeoró tanto, que se habló de cortarle el brazo.

— ¡Mejor morir cien veces! — exclamó el desventurado; — cómo podría después de eso alimentar á mi mujer y á mis hijos. Ya sé que la princesa, cuyo carruaje me ha puesto en este estado, no me dejaría carecer de nada; pero ¡ voto á tal! digo que es muy duro para un hombre de corazón el vivir de caridad cuando está en edad y tiene fuerza y valor para no deber más que á sí mismo la existencia de su familia.

— Tiene usted razón, mi buen Miguel — le decía la hermana Agata, que le visitaba varias veces al día. — ¡ Cortarle á usted el brazo! ¡ Virgen santa! Sólo eso tienen en la boca : ¡ la amputación! ¡ la amputación! Y yo digo y sostengo, que es posible curar esa llaga ; así es como tratan de asustar á las pobres gentes, para darse tono después. La curación será larga, sin duda : ¡ que la voluntad de Dios se haga en todo! pero con cuidados y cierto bálsamo de mi invención que empleo en los casos graves... Calme usted su espanto. Dentro de poco tiempo vuelvo; y espero, con la ayuda de Dios... ¡ Cortar el brazo! — repetía al marcharse; ¡ cortar el brazo! jamás me lo perdonaría yo; y ese ángel de bondad que me envía, no se consolaría nunca durante su vida.

La hermana Agata se apresuró á poner en la llaga de Miguel un emplasto saludable, recomendándole que no se dejara curar más que por ella.

— Vendré diez veces al día si es preciso — decía al pobre herido, — pero secúndeme usted bien, armándose de paciencia y de valor, y respondió de usted.

— ¡ Oh! en cuanto á valor, ¡ no es eso lo que me falta, ¡ voto á sanes! pero por lo que hace á la paciencia, no estamos muy bien provistos. Por lo demás, puesto que usted responde de mí, ya estoy tranquilo, y como usted decía hace poco, ¡ que la voluntad de Dios se haga en todo!

Durante más de quince días que duraron las diferentes

curas y apósitos que le aplicó la hermana Agata, no cesó, en los informes que cada mañana daba á la princesa, de calmar sus temores sobre la situación del herido. Tuvo mucho cuidado de ocultarla que habían estado á punto de cortarle el brazo. El cirujano de Su Alteza, que al primer aspecto de la herida, juzgó que debía sanar pronto, y que no creyó necesario volver á visitar al enfermo, no pudo tampoco informar á la princesa de un acontecimiento que la habría desgarrado el corazón. Hasta después que el gran peligro cedió al celo y á la experiencia de la hermana Agata, ésta se atrevió á revelar á la princesa todo lo que había pasado. Por la emoción de Su Alteza, juzgó del dolor de que la había librado ocultándole todo lo que el pobre mozo había sufrido.

— ¡ Oh ! ¡ cuánto os agradezco ! — la dijo la princesa — de vuestra abnegación y sobre todo vuestra discreción ! Si el atolondramiento de mi cochero hubiese costado un brazo á ese pobre hombre, no me habría consolado nunca. Sin duda, yo habría podido indemnizarle con oro y asegurarle una suerte conveniente, lo mismo que á los suyos ; pero como él mismo os dijo, todo lo que poseo, no podría compensarle la indecible dicha de no deber su existencia más que á sí mismo. No os disimularé que me gusta esa altivez, y me da una idea muy ventajosa de ese buen hombre... Decidme, hermana Agata, ¿ no os hacéis acompañar en vuestras correrías, á veces, por una de vuestras jóvenes hermanas, á quien enseñáis todos los secretos de vuestra respetable orden ?

— Sin duda, princesa, ¡ envejecemos tan pronto en nuestro estado ! es preciso que dispongamos á nuestras novicias para que estén en condiciones de sucedernos.

— Pues bien, es necesario que me traigáis una cuanto antes podáis. Tendré gusto en estudiar su vestido su actitud, el lenguaje que emplea con vos.

— ¿ Acaso Vuestra Alteza — dijo riendo la hermana Agata — querría entrar de novicia con las hermanas de la caridad ?

— Tengo un proyecto ; tratad que la hermana que os acompañe sea poco más ó menos de mi edad, de mi estatura...

— Pero no del rostro de V. A., eso sería demasiado difícil encontrar ; aunque tengamos algunas muy bonitas, y hasta de distinguido nacimiento. Mañana mismo presentaré á V. A.

lo mejor que tenemos; pero será muy tímida y temblará ante V. A.

— Yo me encargo de tranquilizarla.

Al día siguiente, como á las diez, la hermana Agata volvió con una joven novicia, cuyo rostro y humilde actitud inspiraban el más tierno interés. Sus ojos bajos y su tímido paso, indicaban cuán emocionada estaba en presencia de la princesa; pero tan pronto como ésta la hubo dirigido algunas palabras, la dulzura de su voz y el encanto de sus modales dieron aplomo á la joven hermana, que ya no vió en S. A. más que una divinidad tutelar, cuyo mayor goce era socorrer á todos los desventurados.

¡ Oh, madre mía ! — dijo á la hermana Agata en voz baja, usted tenía mucha razón; es preciso ver de cerca á Su Alteza para formarse una idea exacta. ¡ Yo que creía que los grandes no se dignaban mostrar piedad ! ¡ Jamás he encontrado piedad más verdadera y ejemplar !

Mientras duró la conversación entre las dos hermanas, la princesa no cesaba de examinar con cuidado el tono, la actitud, los ademanes y el lenguaje de la bonita novicia. Dirigiéndose en seguida á la hermana Agata, la dijo al oído :

— ¿ A qué hora tiene usted costumbre de ir por la mañana á curar á nuestro pobre mozo ?

— Como á las ocho, princesa.

— Bueno, encuéntrese usted mañana á las siete en punto en mi cuarto de dormir ; daré las órdenes necesarias para que la dejen entrar á ese lugar. — Venga usted sola ¿ me entiende ?

— Sí, princesa.

— Y usted traerá un vestido completo de esta interesante novicia; pero se entiende completo, desde la aureola hasta el calzado.

— ¡ Ya adivino ! — exclamó en alta voz la hermana Agata — sí, he adivinado !

En su entusiasmo ya iba á revelar á la joven hermana todo el misterio; pero una seña de la princesa la obligó á callar y encerrar en su corazón la alegría y admiración que se veían en sus ojos y en todos sus movimientos.

— ¡ A las siete ! — la repitió la princesa, ¡ y sobre todo el vestido completo !

La hermana Agata, temiendo que su locuacidad natural

la hiciese traición, se contentó con besar con alegría y respeto la mano de Su Alteza, y salió con la joven novicia, que no podía dejar de asombrarse de la afectuosa acogida que se la había hecho.

Como lo había dicho, se dieron las órdenes necesarias á los lacayos de la princesa. Todos ellos, acostumbrados á ver á la hermana Agata entrar y salir á cada instante, se apresuraron á introducirla al día siguiente á la hora señalada. Luego que la buena hermana entró en el cuarto de dormir de la princesa, ésta se levanta, cierra ella misma todas las puertas, y quitándose los vestidos de dormir que la cubren, ruega á la hermana Agata que la vista de novicia.

— ¡ Virgen santa ! — dijo ésta al ponerla el vestido y el griñón ¡ bien había yo adivinado que Su Alteza se proponía acompañarme á casa de Miguel !

— Sí, madre mía — respondió la princesa en tono humilde, y copiando con exactitud á la novicia de la víspera.

— Mi toma de hábito no se hará con pompa, pero recibíendole de una mano como la de usted, me será más caro que todos los vestidos que el lujo ha inventado, y que uso siempre

— ¡ Puede V. A. rebajarse hasta el grado de ir en persona á visitar á un pobre mozo de cordel !

— ¡ Rebajarme, madre mía ! reparar personalmente el mal que he causado, no puede ser más que un deber. Los peligros que ha corrido y que quizá corra aún este excelente padre de familia, hace algún tiempo me han inspirado el vivo deseo de llevarle yo misma socorros y consuelo; pero he temido que mi presencia produjese en ese desgraciado una emoción demasiado fuerte, perjudicial á su curación; por eso resolví adoptar un disfraz favorable, y ninguno mejor que este hábito tan querido del pueblo, que solo ha sido llevado por la beneficencia y la piedad. ¡ Ah ! ¡ si todos los que llevan la desesperación á las familias honradas, tuviesen el valor de ver sus lágrimas, de oír sus gritos, habría menos egoistas sin piedad y más esperanza para el pobre.

— Es el mismo Dios el que habla por vuestra boca. Pero, dígame princesa, ¿ cómo vamos á salir de este palacio sin ser vistas? vos sois tan bella, hasta con ese humilde hábito, que temo os reconozcan.

— Todo lo he previsto, buena madre. Mis gentes saben

que usted está aquí y creen que permanecerá mucho tiempo. Saldremos por mi gabinete que da á los bosquecillos del jardín, en cuyo fondo hay una puertecilla que cae sobre los suburbios; tengo las llaves necesarias; no perdamos un minuto, partamos.

He allí á la princesa dando el brazo á la hermana Agata y recorriendo con ella el barrio de Saint-Honoré; pero apenas ha dado algunos pasos, cuando el grueso calzado de cuero que lleva en sus delicados pies, la hacen resbalar á cada instante y perder el equilibrio.

— Sosténgame usted bien — dijo en voz baja á la hermana; — yo no sabía que era tan difícil andar en el empedrado; toda la gente que choca contra nosotras, esos carruajes que parecen echársenos encima, esos arroyos que hay que atravesar y ese insoportable fango!... ¡ Oh! ¡ cómo compadezco á los infelices transeuntes!

Pero el brazo sólido de la hermana Agata y la costumbre que insensiblemente va tomando la princesa de llevar el sayal y los toscos zapatos de la orden, y sobre todo, el ardiente deseo de ver de cerca y por sí misma al herido, que se ha vuelto tan interesante á sus ojos, aumentan sus fuerzas y reaniman su valor.

Ya está en los bulevares, y entonces andando con menos esfuerzo, conversa con la hermana Agata que la dice sonriendo :

— Hemos olvidado, querida hermana, una cosa esencial : ¿qué nombre adoptará usted delante de esas pobres gentes que no deben conocerla?

— Y bien, usted me llamará hermana Santo Angel.

— ¡ Oh! ¡ Qué exacto es eso! Usted en efecto es un ángel, sí, un ángel de bondad, ante el cual yo quisiera poder prosternarme.

— Hable usted más bajo, madre mía, podrían oirla.

Conversando así, las] dos modestas hermanas entran en el arrabal Montmartre. Cuando llegan á la esquina de la calle Bergere, la princesa se detiene de repente y dice á su respetable guía :

— Allí, cerca de ese guardarruedas, fué herido ese desgraciado; me parece verle aún extendido en el empedrado y oírle dar penetrantes gritos...

Al hablar así, pasa cerca de ella un carruaje cuyas armas y librea conoce.

— ¡Qué singular encuentro! — dijo riendo á la hermana Agata! — es mi ayuda de cámara que se hace el gran señor y regresa del baile, en donde sin duda ha pasado toda la noche.

Apenas había dicho esas palabras, cuando el carruaje salpica y llena de lodo de pies á cabeza á la humilde hermana Santo Ángel, la cual, lejos de enfadarse, suelta una gran carcajada nada de acuerdo con sus austeros hábitos, lo que la hace notar su fiel guía, que no puede menos de decir en su éxtasis :

— ¡Qué contraste, Dios mío! el ayuda de cámara regresando de un lugar de diversión ricamente vestido, salpica á la princesa, que con el sayal, se dirige á pie al triste hogar del dolor!

Por último llegan á la calle de Petites-Ecuries; entran en una avenida larga y obscura, suben una escalera estrecha y empinada, que las conduce á un quinto piso, casi bajo las tejas, en donde aparece á sus ojos el pobre mozo de cordel, sentado en un viejo sillón, su esposa hilando al torno y sus hijos jugando á su alrededor.

— ¿ Es usted hermana Agata? Están dando las ocho; yo estaba seguro que usted no tardaría... ¡ Ah! ¡ voto á sanes! ¿qué nos trae usted ahí? ¿Será la virgen de San Sulpicio que usted habría tomado al pasar? He visto sin duda, bonitas hermanas en mi vida, pero nunca como esa.

— Bueno, bueno; no se trata de eso. ¿ Cómo está su herida?

— ¡ Oh! sufrimos menos, gracias á sus cuidados de usted y á su bálsamo; sin eso, no habría podido en toda mi vida estrechar en mis brazos á mis pobres criaturas.

— Es cierto — dijo la princesa con unción — que nuestra buena madre Agata hace diariamente maravillosas curas.

— ¡ Ah! ¡ voto á sanes! ¡ qué voz tan dulce! Esa joven hermana puede pedir á Dios cuanto la dé la gana, y estoy seguro que el Señor no tendría la fuerza de rehusarla nada.

— ¡ Ah! — responde la princesa juntando humildemente las manos y alzando los ojos al cielo, si es así, le pido ante todo que usted sane pronto... ¡ Ojalá pudiera yo apresurar la cura con mis cuidados y mi experiencia! pero es la primera vez que nuestra madre superiora me permite visitar á los

enfermos; así, no se admiren ustedes de mi turbación, y cortedad; y créanme, buenos amigos, que no es la vocación la que me hace falta.

— ¡ Oh, no, — responde con viveza la hermana Agata — no tenemos muchas novicias como la hermana Santo Ángel, y predigo, que más de un desventurado se acordará de ella... Pero pensemos en hacer la curación de la llaga.

— Buen hombre — repuso la princesa — apoye usted la mano en las mías... ¿ me permite usted, madre Agata?

— No sé, hermana; temo que el aspecto de una llaga, cosa que usted no está acostumbrada á ver...

Es preciso acostumbrarse á todo en el estado á que Dios nos llama, y espero que me hará al gracia de que yo pueda ayudarla, á fin de aprender pronto á curar yo misma á los pobres heridos... No tema usted nada, Miguel, apóyese en mí.

— ¡ Oh! ¡ qué piel tan fina y qué manos tan bonitas!

— Vamos, vamos — dijo la hermana Agata, levantando el apósito—no miréis con el rabillo del ojo á mi joven novicia... ¡Oh! ¡qué mejoría desde ayer! la llaga está casi cerrada, y al fin puedo anunciar á usted su cura.

— ¡ Ah! — dijo la princesa con un movimiento de alegría que no pudo disimular. ¡El señor ha atendido á mis ruegos!

— Bien la decía yo, que no podía negar á usted nada... Al fin podré continuar mi trabajo. No es, ¡ voto á sanes! que estemos necesitados; esa buena princesa que por poco me aplasta, no deja que me falte nada. Así es que, tan pronto como pueda salir, me dirijo á la calle donde vive, me planto en la puerta y me quedo allí hasta que tengamos la dicha de verla; y digo que es dicha, porque dicen que es más bella que un ángel. Detengo su carruaje y la digo : Yo soy Miguel, el mozo de cordel, que á fe de hombre de bien, no sé si ha sido desgracia ó felicidad tener el brazo roto. Doy gracias á Vuestra Alteza de los cuidados que me ha hecho dar, y ya no la pedimos más que dos cosas: la primera, recompensar á la hermana Agata...

— ¡ Recompensarme! No he hecho más que mi deber.

— ¡ Oh! no importa madre mía — dijo la hermana Santo Ángel tomándola la mano que apretó contra su corazón;— usted no escapará á la gratitud de la princesa.

— La segunda cosa—continuó Miguel,—es que me permita

ver á su cochero, y de decirle que usted me ha quitado la fuerza de tenerle mala voluntad; y á fin de concluir la disputa le llevo á la taberna de la esquina. Hace quince largos días que la hermana Agata me hace beber agua, ya es tiempo que yo me reponga.

En ese momento llaman á la puerta en la escalera, y repentinamente una voz fuerte y sonora pronuncia estas palabras :

— ¿ No es aquí donde vive un llamado Miguel, mozo de cordel? Es preciso que yo le vea, que le hable.

— Entre usted, señor, entre — dijo uno de los niños abriendo la puerta, aquí es.

— ¡ Cielos ! — dijo la princesa en voz baja á la hermana Agata — ¡ es mi cochero !

— Mantengámonos á un lado y póngase usted detrás de mí.

— Aquí ve usted, buen hombre á un cochero, muy afligido del estado en que ha puesto á usted.

— ¡ Ah ! usted es el que estuvo á punto de hacer pasar su coche por encima de mí ?

— Eso me ha atormentado bastante, y ya habría yo venido á ver á usted antes, si el cirujano de Su Alteza no me hubiera asegurado que la herida de usted era poca cosa; pero cuando estaba yo almorzando en el barrio aquí cerca, esta mañana, oigo decir que hace tres semanas usted está enfermo y que se ha tratado de cortarle el brazo... ¡ Oh ! ya no tuve tranquilidad : corro á buscar su casa, y vengo á manifestarle todo mi pesar, toda mi pena.

— ¡ Oh ! no hay que atormentarse tanto. Se acabó; la hermana Agata que está allí, me asegura que estoy radicalmente curado.

— ¡ La hermana Agata ! — dijo el cochero mirándola. ¡ Eh ! no me engaño, usted, buena señora, es la que va todos los días á ver á la princesa. Está misma mañana, como á las siete, vi que usted atravesaba los patios con un paquete bajo el brazo... ¡ Dios mío ! — exclamó involuntariamente, al mirar á la hermana Santo Ángel que en vano trataba de sustraerse á su vista. ¡ Es la princesa misma ! y al punto recula estupefacto de sorpresa, de respeto y de admiración.

— ¡ La princesa ! — repiten á un tiempo Miguel, su mujer y sus hijos.

— ¡ Será posible !

— Ya no es tiempo de ocultároslo — exclama á su vez la hermana Agata — sí, sí, es Su Alteza; es vuestra bienhechora, que se ha dignado acompañarme para visitar vuestra casa y ayudarme ella misma á curaros vuestra herida... ¡ Ah! cuando decía á V. A. — añadió echándose á los pies de la princesa — cuando decía á V. A. en los bulevares, en donde íbais tan modestamente al lado mío, que érais un ángel ante el cual yo tenía impaciencia de prosternarme, no me esperaba rendiros tan pronto ese justo homenaje.

— Levántese usted, mi buena madre. ¡Usted á mis pies! Venga más bien á mis brazos, ¿ no somos ambas hermanas de la caridad? Déjeme gozar, bajo este hábito, de la felicidad más grande que he sentido en mi vida... Levántense ustedes, mis buenos amigos — dijo en seguida á Miguel, que á ejemplo de la hermana Agata, se había precipitado, á pesar de su herida, á los pies de la princesa, con su esposa y sus hijos. Todos la besaban los pies, las manos, su sayal, y parecían arrebatados por la más viva emoción y contenidos por el más profundo respeto.

— ¡ Dios conserve á usted para nosotros y para todos los desgraciados! — la decían los niños del herido. — Me siento tan embargada de alegría — añadía la esposa — que apenas tenemos la fuerza de respirar.

— ¡ Y yo! — exclamaba Miguel — lloro, sí, á fe de hombre de bien, lloro como un niño!

— ¡ Qué espectáculo tan conmovedor! — repetía á su vez el cochero. — ¡ Oh! quien no había de sentirse feliz y orgulloso de pertenecer á Su Alteza!

— Champagne, puesto que tenéis gusto en pertenecerme, piensa bien y tened cuidado de ocultar á toda mi gente la escena que la casualidad os ha hecho presenciar : una sola palabra que digáis bastará para que no estéis á mi servicio

— Su Alteza puede estar segura de mi discreción.

— Y á vosotros, amigos míos, os recomiendo igualmente el mayor secreto sobre lo que acaba de pasar.

Lo prometemos á usted — respondieron la mujer de Miguel y sus hijos.

— En cuanto á mí — dijo el mozo de cordel — no me comprometo á nada. Es tan lindo, tan glorioso contarlo, que no respondo que en medio de mis camaradas cuando se nos

haya subido el vinito á la cabeza... y luego, eso no podría ignorarse entre el pueblo, que se imagina que los grandes sólo de ellos se ocupan.

— Bueno — dijo la princesa — venga usted á establecerse cerca de mi palacio. Le nombro calentador de aposentos, á su esposa la doy empleo en la ropa blanca, y colocaré á sus hijos de usted... Usted, madre Agata, deme el brazo y lleguemos humildemente á la puertecilla de mis jardines. Jamás olvidaré este día; quiero conservar este hábito toda mi vida, porque me une más que nunca á las hermanas de la caridad, y porque me ha hecho conocer que el encanto más dulce de la beneficencia, es ejercerla uno mismo.

LOS PELIGROS DE UNA AGUDEZA



Retírese usted, hija digna de semejante padre.

LOS PELIGROS DE UNA AGUDEZA

Demasiado frecuentemente se encuentran en la sociedad de esos espíritus dañinos que desgarran por instinto, muerden por costumbre, y que por decir una agudeza, es un juego para ellos hacer traición á la confianza, ultrajar á la amistad, criticar al poder, insultar al verdadero mérito. Las risas que provocan les impiden oír los murmullos del amor propio ofendido. El círculo de reidores que se forma alrededor de ellos no les permite darse cuenta de la venganza que les escucha y les hará pagar caro el triunfo de un instante, el odioso placer de atacar al talento y hasta al honor de los que no están allí para defenderse.

Con frecuencia he visto á esos grandes contadores de agudezas, ecos viles de la envidiosa medianía, cambiar de repente el lenguaje y la fisonomía al ver asomar á la persona que estaban desgarrando, y hacerle creer con hipócritas atenciones, que no era de ella de quien se atrevían á hablar. Otros he visto, tan viles como insolentes, desgarrar en su presencia á un sexo débil y tímido, gozar de su sufrimiento y de sus lágrimas, y manchar á la belleza, á la juventud y á la inocencia con la apestosa hiel que destilaba su impura boca. Por último, he visto á esos venenosos reptiles que llaman chistosos, á esos insaciables parásitos que se imaginan pagar la comida hablando mal de la casa en donde comieron la víspera, á esos pretendidos inteligentes cuyo único mérito consiste en anotar y recoger las agudezas que escuchan. A todos les he visto despedir por las personas imprudentes que les habían recibido. Esos individuos son despreciados por aquellos mismos á quienes

hacían reír y acaban por ser desenmascarados como plagarios, agentes de la intriga, falsos valientes, pregoneros de libelos, y hundidos en la nada de donde habían salido.

Florville, á sus talentos literarios unía un rostro espiritual y los modales de un hombre bien nacido; pero disminuía esas ventajas con una notable fatuidad, un tono decisivo y la más sardónica sonrisa. Como tenía buena memoria, la había llenado de epigramas conocidos, juegos de palabras á la moda y de esos retruécanos que diariamente desnaturalizan un idioma. Habiendo nacido pobre, y ahora devorado de ambición, creyó observar que para ascender no se necesitaba más que audacia y facilidad; que hablando en tono decisivo y arrogante de todo, se hacía creer á la muchedumbre que se tenía gran mérito; que criticando sin reserva las más estimadas producciones, se hacía sentir que era uno capaz de hacer mejores; que vituperando la conducta de los demás, se hacía ver que uno era irreprochable en la suya; y por último, que rebajando á los otros, empleando el sarcasmo y el ridículo, era el modo de elevarse sobre ellos.

Por este motivo Florville se había vuelto el espanto de los literatos y de los artistas que sometían al juicio del público el fruto de sus trabajos. Cuando se representaba una pieza nueva, Florville se colocaba en medio de las lunetas erigiéndose en Aristarco: y allí con su palabrería, con algunas expresiones brillantes dichas con habilidad, y con su imperturbable aplomo, lograba formar un Areópago á su alrededor cuyas opiniones presidía, y dirigía todos los movimientos; y sí, en el curso de la representación de una obra que quizá había costado dos años de trabajo á su autor, se oía una sola palabra equívoca que ofrecía la oportunidad de buscar y hacer un juego de palabras ó de repetir una agudeza, Florville la aprovechaba con cruel avidez, y, al placer de hacer reír á unos treinta locos ó ignorantes tontos, sacrificaba la reputación, la fortuna y con frecuencia la existencia del más estimable literato. Cuando se abría el salón de pinturas, Florville no dejaba de ir allá todas las mañanas, se fijaba en las producciones más notables, y, como nada hay perfecto en la naturaleza, encontraba siempre modo de ejercer su crítica sobre algunas ligeras imperfecciones, que irremediamente se mezclan á la belleza de un cuadro... Si en un paseo público

veía pasar á una joven graciosa y de lindo rostro, encontraba modo por medio de un chiste, de distraer á los que la admiraban, y hacía volver contra ella los primeros sentimientos que había inspirado. No había ninguna clase de la sociedad, ninguna nueva producción, ningún individuo distinguido por su mérito, por su posición ó por su opulencia que no diera lugar para que Florville encontrase modo de ejercer su censura y de colocar una agudeza denigrándoles.

El éxito que obtenía en esta odiosa conducta, fué, más de una vez, turbado por el resentimiento de los que eran objeto de sus chistes y agudezas. Había recibido fuertes lecciones que deberían haberle hecho más circunspecto; pero el deseo de pasar por hombre de ingenio, aun cuando no lo tuviese más que muy superficial, el placer de hacerse escuchar, de oír repetir sus chistes, de ser el dueño de la conversación, de dejar extáticos á los papanatas siempre listos á reír, todo eso era para Florville un goce al cual sacrificaba gustoso su tranquilidad, su fortuna y su vida. Se le vió poner en ridículo á sus protectores, á sus amigos, á sus parientes. Nada era sagrado para él : malquistar y censura era su más agradable pasatiempo ; y cuando al lanzar un epigrama oía decir : « ¡ Oh ! ¡ qué perverso es eso. » Se creía pertenecer á los hombres de genio y su triunfo le parecía completo.

Fácilmente se comprende, que, ese insaciable deseo de criticar y satirizar, hizo daño á su ascenso, y por mucho tiempo le impidió llegar al desahogo que ambicionaba. Frecuentemente trató de asirse á la rueda de la fortuna sin lograr el menor favor. Alternativamente fué preceptor, cancionista, periodista; en seguida le dió por ser autor; pero varios fracasos consecutivos le probaron que no era tan fácil igualar á aquellos mismos que había censurado. Viendo que el teatro no le era favorable, se hizo regente de la imprenta de un librero de nombre, y la casualidad habiéndole presentado la ocasión de corregir las pruebas de una obra importante sobre la diplomacia, se granjeó la estimación de su autor, ministro de Estado, hombre tan célebre por su mérito como por la posición que ocupaba. Este vió que Florville tenía talento y no pudo menos de ser seducido por la soltura y la gracia con que se expresaba. Le propuso que trabajara en su despacho, le ofreció su mesa, alojamiento en su palacio y buen sueldo.

He allí al satírico volviendo á la escena del mundo, en donde de nuevo ejerce la funesta costumbre de brillar por sus agudezas. Las primeras, sobre cosas vagas ó sobre personas desconocidas, hicieron reir al ministro de Estado, que no era enemigo de una alegría decente y medida; pero pronto observó que nada era sagrado para Florville, y que él mismo era objeto de sus burlas. Le advirtió que debía ser más circunspecto, y le hizo comprender que, semejante irregularidad acabaría por perderle y comprometer á aquellos que querrían protegerle.

Este saludable consejo, dado con franqueza y en tono firme, hizo gran efecto en el decidor de agudezas. Tenía entonces treinta y seis años de edad, y comenzaba á sentir la necesidad de hacerse estimar y tomar un estado que pudiese embellecer su existencia, y darle en su vejez los socorros y consuelos que le serían tan necesarios : haciendo pues un gran esfuerzo sobre sí mismo, y armándose de una resolución bien decidida, renunció con algún pesar, á los peligrosos placeres de la sátira, á la efímera gloria de algunas ocurrencias, y, perdiendo poco á poco la temible reputación que se había hecho, vió disminuir el número de sus enemigos.

El ministro de Estado, encantado del cambio que se había operado en Florville, aumentó diariamente su estimación por él, su confianza, y concluyó por nombrarle su secretario íntimo. Florville encontrándose en esa honrosa posición, en estado de hacer tanto bien como había dicho y hecho males, probó que, el amor propio y el deseo de brillar, ocultan á veces cualidades estimables, y que no siempre es intérprete del corazón. Florville aprovechó con embriaguez la ocasión de hacer todos los servicios que dependían de él. A su tono sardónico, y decisivo sucedió un lenguaje muy dulce y un aspecto muy modesto. Convencido por experiencia de lo mucho que una simple obra cuesta á su autor, decidía con indulgencia sobre las nuevas producciones; y sobre lo que se encontraba malo, guardaba un generoso silencio, y únicamente hablaba, cuando podía alabar con justicia. En una palabra, este espíritu satírico, ese crítico tan venenoso, este censor tan temible, se volvió el juez más imparcial, el más fiel partidario del verdadero mérito, y con frecuencia hasta el defensor indulgente, de lo que vituperaba una crítica demasiado austera.

No tardó en echar de ver que la estimación pública produce gozes más vivos y más duraderos, que esa falsa gloria, ese triunfo de un instante, que da en una reunión la reputación de chistoso. La amistad con que su protector le honraba, y los importantes servicios que diariamente hacía, le presentaron la oportunidad de servir á un hombre honrado y salvarle la fortuna y el honor. Este creyó darle la mayor recompensa concediéndole la mano de su hija, cuyo amable rostro y raras cualidades, presagiaban la más feliz unión. En efecto, Florville encontró en su esposa el modelo de todas las virtudes y su felicidad aumentó con el nacimiento de una hija, que se llamó Julia.

Los cuidados que exigía la infancia de esta hija querida, y después, los deberes que su educación reclamaba, empleaban y encantaban los instantes desocupados de Florville. Su amor á Julia era tanto más grande, cuanto que veía en ella su viva imagen : tenía rasgos distinguidos, la mirada viva y la risa sardónica de su padre. Este no tenía más que un deseo : que Julia pudiese reunir á todas esas ventajas el alma sensible, la tierna modestia y el angelical carácter de su madre; pero sus deseos se frustraron. La pequeña Florville temprano dió señales que tenía el espíritu cáustico y esa cruel manía de censurarlo todo, y que durante treinta años, había caracterizado á su padre. En vano éste trató de destruir por la raíz esa funesta inclinación que tantas tempestades le acumuló en su juventud y que preveía turbaría la de su hija. No lo consiguió nunca. Julia quiso hacerse notar en la sociedad con palabras picantes y amargas bromas, que aplicaba á todo lo que se presentaba á su vista ó á su imaginación. La brillante educación que recibió no produjo ningún cambio en su carácter tan pronunciado: hasta parecía que á medida que su carácter se desarrollaba, se volvía más satírico y mordaz. La señora Florville, cuya reserva é indulgencia contrastaban tan fuertemente con la índole de su hija, quiso aprovechar la ternura que inspiraba á ésta para desviarla de tan peligrosa inclinación; pero Julia, aunque la abrazaba y la prodigaba mil càrcias, no podía contenerse y profería expresiones más chistosas, más malignas unas que otras, y que con frecuencia llegaban hasta tocar á su propia madre. Esta, demasiado buena para prever los efectos de la

malignidad, tomó el partido de reir de los numerosos sarcasmos de su hija, y ya no los consideró más que como picardías que se excusan á la juventud. En cuanto á Forville, que había experimentado todos los males que produce la sátira, y que temió se acumulasen un día sobre su querida Julia, sentía un secreto dolor y consideraba esa desgracia como un justo castigo de todo el mal que en otro tiempo él había hecho.

Sin embargo, el rostro de Julia volviéndose cada día más interesante, su estatura más graciosa, y los talentos que poseía aumentando aún esas ventajas, fácilmente se perdonaban las malignidades que salían de tan bonita boca. ¡La juventud, y la belleza inspiran siempre tanta indulgencia! Florville, deslumbrado por su parte de todos los encantos de Julia, creyó notar que su hija se entregaba menos á sus sarcasmos acostumbrados, y se lisonjeó que quizá podría renunciar á ellos.

El ministro de Estado, cuya amistad él había adquirido, fué nombrado embajador en la corte de Sajonia, y se apresuró á informar á Florville, que, encontrándole digno de continuar á su lado con el cargo de secretario privado, se preparase á seguirle, y que contaba con su celo y discreción en las importantes operaciones que se le encargarian. Florville quedó tanto más lisonjeado de la confianza que le demostraba su protector, que se le abrió el camino de la fortuna y podía proporcionar á su hija la suerte más envidiable. Esta, que jamás se había separado de su padre á quien adoraba, obtuvo el permiso de acompañarle con su madre. Ambas se trasladaron á Dresde y se alojaron en el palacio del embajador. Julia, encontrándose en esta capital en medio de un pueblo nuevo para ella, y cuyas costumbres, acento de voz y lenguaje la parecían tan extraños, se entregó más que nunca á sus sarcasmos acostumbrados. En vano su padre la hizo ver que el puesto que él ocupaba debía hacerla más circunspecta; en vano la dijo que las damas alemanas, cuya nobleza remonta á los siglos más remotos, conservaban una dignidad que no permitía que se divirtiesen á costa de ellas. Julia no obedecía más que á su capricho, y cediendo al deseo de hacerse notar por sus águdezas, se burlaba de las primeras damas de la corte, criticaba su tocado lleno de ricos adornos, su actitud reservada, su etiqueta, y esa imponente altivez heredada

de sus antepasados. Al principio, los señores que la escuchaban se divertieron de las chanzas de la joven y bonita francesa, que consideraban como una amable aturdida; pero poco después, ellos mismos la aconsejaron que no se entregara con tanta frecuencia á su imaginación tan viva y brillante, y de tener cuidado sobre todo de no herir el amor propio ni de atacar la virtud de ninguna señora de la corte. El mismo consejo recibió Florville de su protector, el cual le hizo observar que, habiendo sido conocido en París por varios sajones como hombre de agudezas, no dejarían de atribuirle las de su hija, lo que le haría un inmenso perjuicio.

Lo que había previsto el embajador se realizó. Entre las mujeres más distinguidas de la corte de Sajonia, había una parienta del primer ministro, la duquesa de Clinancourt, de cuarenta años de edad, de majestuosa estatura, y que aún conservaba algunos restos de belleza. El embajador de Francia tenía cartas particulares de recomendación para la duquesa, que había vivido bastante tiempo en París. Recibió una muy honrosa acogida. Esta, en las visitas que hizo al embajador, no pareció hacer el menor caso de Florville, y cuando al atravesar los aposentos, divisaba á Julia al lado de su madre, no las hacía más que un saludo de protección como haciéndolas siempre sentir la distancia que las separaba de ella. Fué lo suficiente para que la joven satírica tomase á la duquesa aversión y la hiciese objeto de los más extravagantes sarcasmos. Supo que esta dama, que en otro tiempo había hecho un gran papel en la corte debido á su brillante belleza, comenzaba á ver disminuir el número de sus partidarios. Supo también que el cargo de dama de honor, que aún tenía, sólo se le conservaba por respeto á la memoria de su marido, y sobre todo por los vínculos de sangre que la unían al primer ministro.

Un día en que el embajador de Francia había reunido en una comida de etiqueta gran número de señores y de damas de la corte, en la tarde les dió un concierto en el que hizo ejecutar los trozos más notables de las óperas francesas. Julia, que á la más linda voz unía un gusto perfecto y un método brillante, cantó el bello aire de Alceste : *No, no es un sacrificio*, etc. y lo cantó con tanto sentimiento y talento, que produjo viva impresión en todo el auditorio. La duquesa

de Clinancourt, que había advertido varias veces que esta joven no tenía hacia ella esas respetuosas consideraciones que ella exgia de sus inferiores, fué la única que no pareció encantada de la cantatriz francesa, y conservando una evidente indiferencia, la llevó á tal grado que desaprobó la ejecución de Julia. Esta, vivamente ofendida, sólo pensó en vengarse. Pronto su imaginación ingeniosa y fecunda en agudezas, la sirvió á medida de sus deseos. Rodeada de un gran número de personas, algunas de las cuales tenían porqué quejarse del excesivo orgullo de la duquesa, recibía las más afectuosas felicitaciones. Todos la manifestaban el gran placer que habían tenido al oirla.

— ¡ Cuánto me satisfacen esos honrosos sufragios! Me consuelan de no haber podido obtener el de una persona que no ha temido desaprobarme en alta voz... Veo — añadió con amarga sonrisa, y parodiando el nombre de la duquesa — veo que es difícil contentar á madama Decline-en-cour (declina en Corte)...

A este chiste abrumador dicho con voz bastante elevada para ser oído por la duquesa, los señores que formaban círculo alrededor de la joven satírica, no pudieron contener la carcajada.

Todas las otras personas que componían esta numerosa tertulia, quisieron saber el motivo de las risas ; y el insolente retruécano de Madama *Decline-en-Cour*, pasando en voz baja de boca en boca, se esparció al día siguiente por toda la ciudad de Dresde, se volvió la agudeza por excelencia, y ya no se llamó á la duquesa más que Madama *Decline en-Cour*.

Esta, vana y vengativa, se había retirado del salón del embajador de Francia tan pronto como oyó este epígrama, tanto más cruel cuanto que pintaba á la vez la pérdida de su poder y la de su belleza. Ella, en su justo resentimiento, juró vengarse en Florville y en su imprudente hija.

Empleando el único poder que la quedaba sobre el primer ministro, le refirió hasta qué punto había sido ultrajada, y le pidió justicia. Pocos días después, el embajador de Francia, ignorando lo que había pasado en su palacio, se presentó en la corte : recibió del primer ministro una acogida fría y reservada. Se apresuró al día siguiente, á ir al palacio del

primer ministro, y no fué admitido. Sorprendido de una conducta tan extraña, escribió á dicho ministro pidiéndole explicaciones. Este le contestó :

— Usted me ha herido en lo que me es más caro : todo queda roto para siempre entre nosotros.

El embajador no sabiendo á qué atribuir tan violenta contestación, obtiene por fin la entrevista que exige, en la cual descubre el motivo demasiado legítimo del resentimiento de la duquesa.

— Si usted quiere — añadió el ministro — probarme que usted no ha tenido ninguna parte en el insulto que mi parienta ha recibido en casa de usted, despídale, que se marche á Francia dentro de dos días su impertinente secretario y toda su familia.

A ese precio lo olvido todo, bien convencido que usted sufre tanto como yo, del sangriento ultraje que se ha hecho á la duquesa.

— Usted será satisfecho — respondió el embajador — y encuentro que el castigo al cual se digna usted limitarse no es proporcionado al insulto.

Inmediatamente al llegar á su palacio, hace saber á Florville que ha cesado de estar á su servicio, y le ordena se marche á París dentro de veinticuatro horas.

— Y cuéntese usted entre los dichosos de quedar en paz á tan poca costa.

Florville, herido como por un rayo, pregunta temblando quien es el que le causa semejante desgracia.

— Usted puede preguntarlo á su imprudente hija ; su audacia y su malignidad, que recibió de usted con la vida, han estado á punto de romper los lazos sagrados de dos naciones hechas para estimarse... No busque usted excusas ; y si en veinticuatro horas usted está todavía en Dresde, no respondo de su libertad.

Florville, estupefacto, aniquilado, sale del despacho del embajador, y se apresura á ir á comunicar esas órdenes terribles á su esposa y á Julia. Esta, conociendo demasiado tarde, la enormidad de su falta, que pone en conocimiento de su padre, de pronto desaparece, sale del palacio, pálida, extraviada, recorre varias calles de la ciudad, llega al palacio

de la duquesa, en donde, después de reiterados ruegos y las más vivas súplicas, logra penetrar hasta la duquesa. Quiere aplacarla, implorándola en favor de su padre que va á perder el honor, su posición y su fortuna!

— Vos sola, señora, — añadió Julia bañada en lágrimas y echándose á sus pies — podéis salvarnos del resentimiento del señor embajador.

Mi padre es inocente; lo juro á vuestros pies que beso; ¡ mi padre es inocente!

— ¿ Usted me haría creer que el ultraje lanzado por usted no es una de las lindas agudezas de su padre M. de Florville? Le he conocido en París en donde era célebre por esa clase de ingenio, y sólo él puede haber imaginado una maldad imposible á la edad de usted, y que se atribuye para salvarle.

— Os afirmo, señora, en nombre de lo más sagrado, que el epigrama fué sólo mío.

— ¡ Y usted se atreve á ponerse en mi presencia! ¡ Ah! si á la edad de usted, su corazón y su lengua destilan tanto veneno, es un deber evitar los males que usted causará en la sociedad, impidiendo que usted se presente más en ella. Retírese usted, hija digna de semejante padre. No olvide usted que es en vano humillarse á los pies de la que no se temió ultrajar y que el amor propio ofendido no perdona jamás. Al decir esas palabras, la duquesa se retira á una pieza contigua, dejando á Julia prosternada, sin fuerzas para levantarse. Por último logra alejarse, é informa á sus padres del paso que ha dado y de que no les queda ninguna esperanza.

Florville, con la mirada fija y la muerte en el alma, resolvió marcharse la misma noche. Su ambición frustrada, el porvenir de miseria y abandono que se presentaba á su imaginación, el dolor de su esposa, la desesperación de su hija, que no cesaba de dar gritos desgarradores, exhalando expresiones de inútil arrepentimiento, todo afectó los órganos de este hombre vano é incapaz de resistir un revés tan grande. Al cabo de unos cuantos días de viaje, fué necesario detenerse en una pequeña aldea en las fronteras de Francia, y allí sin los auxilios del arte, le atacó una violenta fiebre que le hizo perecer en los brazos de su esposa y de su querida Julia. Esta, jamás quiso separarse de los restos de su adorado padre, cuya muerte ella había causado.

Se estableció con su madre en esta aldea, en donde pronto se vieron reducidas á vivir de su trabajo.

Julia tuvo un tormento más en el doloroso espectáculo de ver á la más tierna madre reducida á una espantosa miseria. El único alivio que esta desventurada pudo encontrar en sus penas fué llevar flores cada mañana á la obscura tumba de su desgraciado padre, en la cual, con mano trémula grabó este epitafio tan lacónico como conmovedor :

LOS PELIGROS DE UNA AGUDEZA.

LA ELECCIÓN DE UN ESPOSO



... ¿ Querrían ustedes honrarme visitando mis jardines ?

LA ELECCIÓN DE UN ESPOSO

Si la elección de una amiga contribuye al encanto de la existencia, el elegir un esposo es mucho más importante, puesto que hace la dicha ó la desgracia de toda la vida.

Los vínculos de la amistad pueden romperse, hasta pueden ser reemplazados por otros nuevos quizá más dulces; pero los lazos del himeneo son indisolubles y sólo la muerte puede destruirlos. La joven bien nacida no debe contraerlos sin antes decirse : Voy á encadenar mi suerte para siempre. El ser á quien la confío puede cambiarla á su capricho. La naturaleza, la ley, me someten á su autoridad, él será el árbitro soberano de mi reposo, de mi fortuna, de mi reputación. Ya no tengo más nombre que el suyo. Compartiré sus éxitos ó sus reveses, su gloria ó su deshonra, su tristeza ó su alegría, sus desvelos, sus trabajos, sus penas, sus placeres, en una palabra, toda su existencia.

Al hacer esas reflexiones, que naturalmente vienen al pensamiento ¿ cuál es la buena y virtuosa adolescente que no tome todas las precauciones, que no haga todas las pruebas necesarias para estar segura y averiguar el carácter, las costumbres, los hábitos, las afinidades de aquel que su corazón la señala como esposa? Quizá, al levantar la seductora máscara que le cubre, le encontrará indigno de ese título de esposo, que es á la vez el más caro y el más temible... ¡ Ah! qué bien merecen su suerte y son poco dignas de lástima, esas jóvenes insensatas, que, al entregarse sin reflexión al primer partido que lisonjea su vanidad, sólo contraen los sagrados vínculos del matrimonio para mostrarse en un elegante carruaje, hacer alarde de algunos brillantes, ó cubrirse con un chal de cachemira!

El puesto, la opulencia, un rostro amable y las seductoras exterioridades, no siempre son indicios ciertos de felicidad conyugal.

El hombre más encumbrado, puede verse en un instante precipitado en una condición obscura. El más opulento puede disipar toda su fortuna en locas empresas. Un bonito rostro y figura están casi siempre unidos á una gran fatuidad, á una pretensión que hace que el marido se ocupe mucho más de su persona que de su esposa. Los modales estudiados; el tono decisivo y ese aire de presunción y arrogancia, que hoy llaman buen tono, ordinariamente no indican más que un espíritu superficial, una orgullosa fatuidad. Pero el que no está colocado demasiado alto para temer la caída, ni demasiado bajo para no tener el derecho de elevarse; el hombre cuya fisonomía, sea cual fuere, revela ingenio, franqueza y bondad, cuya modesta sencillez y noble confianza prueban carácter y educación; el hombre que, por sus talentos y la costumbre del trabajo, sin ser rico no ha conocido la miseria y que puede decirse: «Sean cuales fueren los golpes de la suerte, encuentro recursos en mí mismo», éste es el esposo que se debe elegir, éste es el compañero fiel, el amigo seguro, el hombre útil, estimable y querido, que hará bendecir á toda hora los vínculos sagrados del himeneo, y cuya esposa, feliz y ufana de pertenecerle, se felicitará mientras viva, de haber sabido preferirle á todos los otros.

M. Auberton había sido, en su juventud, jefe de taller de una hilandería de algodón. Su celo, su asiduo trabajo, y los nuevos procedimientos inventados por él, tanto para perfeccionar el trabajo como para la economía de la fabricación, le dieron tal boga entre los más acreditados manufactureros de París, que aquel en cuya fábrica estaba empleado, le ofreció asociarle á su comercio. El joven Auberton trató de mostrarse digno de este favor, redoblando sus cuidados y esfuerzos para hacer prosperar la manufactura de su socio. Lo logró hasta tal punto, que éste creyó deber estrechar mejor los lazos que les unían proponiéndole por esposa á su sobrina y única heredera suya. Este himeneo colmó la felicidad de M. Auberton. Encontró en la joven esposa á una de esas mujeres cuyas sólidas cualidades contribuyen mucho á la prosperidad de una casa de comercio. Se la veía visitar todos los talleres,

llevar la correspondencia, estar presente al empaque de las mercaderías, cuidar, animar á los obreros, y limitar sus placeres á merecer la estimación y el cariño de cuantos la rodeaban. Rara vez se ponía diamantes, ú otros adornos de lujo. El adorno que más ambicionaba era socorrer á los obreros necesitados, consolar á los que tenían penas y dolores por la pérdida de algún ser querido, verse rodeada sin cesar, de un gran número de familias que ella favorecía.

La que reunía tantas cualidades preciosas, merecía ejercerlas en seres más allegados á ella que los desventurados de quienes era el apoyo. Tuvo cuatro hijas, cuya gentileza y buen natural, parecían ser la recompensa de todo el bien que hacía. Pero no gozó mucho tiempo de ese dulce premio de la mujer de bien. Murió en la flor de su edad, profundamente sentida por un esposo que no pudo consolarse de tan cruel separación, y que jamás quiso contraer nuevos vínculos.

M. Auberton, entregado por completo á la educación de sus hijas, cuyas inclinaciones y gustos variaban á medida que se iban desarrollando, recibió un nuevo golpe, por la muerte de su respetable socio, que le dejó único propietario de la hilandería inmensa que juntos habían hecho prosperar, y de una fortuna que aumentaba cada día.

Las señoritas Auberton, habiendo llegado á esa edad en que las jóvenes comienzan á hacerse notar en la sociedad, hicieron que insensiblemente su padre, que adoraba en ellas, fuése tomando un género de vida en conformidad con su riqueza. Deseoso de hacer brillar los diversos talentos de sus hijas, que habían todas recibido una brillante educación, reunía en su casa á los artistas de más nombre. El lujo, que poco á poco las jóvenes habían introducido en la casa paterna, las relaciones de M. Auberton en el extranjero, su inmenso crédito en la plaza de París, y sobre todo, la afabilidad de su carácter, atrajeron á su casa personas de todas las clases sociales, entre las cuales se presentaron varias que desearon obtener la mano de alguna de sus amables hijas. La mayor, llamada Eudoxia, y la segunda llamada Clementina, fueron solicitadas, la primera por el barón de Ostalis, chambelán de un príncipe extranjero; y la segunda por M. Dostange, hijo de uno de los más ricos banqueros de París. Esos dos partidos, lisonjaban igualmente la vanidad de las dos

hermanas. Eudoxia encontraba en el barón de Ostalis, un título honroso y la ventaja de mezclarse con los grandes. Clementina encontraba en el joven Dostange, la esperanza de ostentar el lujo de la mayor opulencia y ganar á sus hermanas.

En vano M. Auberton las hizo ver que únicamente las decidía el deseo de elevarse y de brillar al hacer su elección. En vano las manifestó todos los peligros, todos los males que produce una desmedida ambición. Eudoxia y Clementina se consideraban demasiado honradas con semejantes homenajes; estaban demasiado deslumbradas con las aparentes cualidades para no apresurarse á corresponder á sus deseos. El barón de Ostalis era uno de esos hombres de corte cuya actitud noble y modales imponentes mostraban á la primera ojeada el elevado nacimiento y la costumbre de la alta sociedad. El tono de protección que tomaba al hablar, las miradas desdeñosas que paseaba con indolencia, y la altivez que conservaba hasta para hecer la corte á la bella Eudoxia, todo encantaba á ésta y la hacía desear con impaciencia el momento en que sería proclamada señora baronesa de Ostalis. En cuanto á Clementina, se extasiaba cada vez que el joven Dostange la hablaba de sus caballos, de sus criados, de sus carruajes, de su trailla de galgos de caza, de los cuadros que compraba, de los brillantes que adquiría cada tres meses; la joven orgullosa se veía ya toda cubierta de ellos, y de antemano se disponía á secundar debidamente á su futuro esposo en su lujo y prodigalidad.

Las dos hermanas, encantadas y sonrojándose ya de su bajo origen, se unieron el mismo día á sus dos ilustres pretendientes sin inquietarse si podían simpatizar con ellos en gustos y en carácter; sin saber siquiera si ellas eran amadas, salieron de la casa paterna en donde no habían conocido más que la dicha, para lanzarse al torbellino de las grandezas y de la opulencia.

La tercera hija de M. Duberton, que se llamaba Georgina, estaba lejos de querer brillar por su situación ó por la riqueza; lo que pretendía era el ingenio, el estilo por excelencia.

— Dejo á las otras — decía — la tonta vanidad de tener título, ó el placer de amontonar y contar el oro : la verdadera felicidad, á mi modo de ver, consiste en una imaginación viva,

en esa frescura de ideas que da gracia á todo, en ese tacto delicado que nos eleva por encima de las almas comunes, y nos hace encontrar mil encantos renovándose sin cesar, allí mismo donde vegetan y languidecen todos esos seres apenas organizados, que maquinalmente siguen el camino abierto de la vida.

Georgina encontró todas esas cualidades que componen el género *delicioso*, en el elegante M. de Suzi, cuyo *exquisito* vestido, el desenfado de su paso, los delicados movimientos, la vista corta, la afectación y la amable impertinencia, mostraban al hombre á la moda y más buscado por todas las bonitas mujeres. Tenía siempre la boca entreabierta para hacer ver sus bellos dientes, esa boca que destilaba con inexpresable gracia todo ese pequeño veneno de la maldad, que le hacía tan encantador y tan temible. Se deslizaba por todas partes haciendo creer que se le deseaba. Conocía mejor que nadie, las relaciones, las rupturas, los diceres, las humoradas, los perros falderos perdidos, los canarios escapados, los ataques de nervios, las jaquecas, todo lo que incumbe á la coquetería y todas las anécdotas de la crónica del día. Poco instruido, pero con buena memoria, repetía con imponente aplomo, lo que había oído decir la víspera á hombres de mérito que había encontrado. Con una fortuna sumamente módica, tenía el secreto de formarse una bastante considerable empleando el sistema de entretener á sus acreedores con imperturbable destreza, y una gracia que le era particular. M. de Suzi era uno de esos egoistas, de esos buscadores de dote, de esos nuevos caballeros de industria, que, valiéndose de un nombre cuyo brillo se creen dispensados de sostener, viven á costa de los mismos de quienes se burlan, registrándoles los bolsillos, y riéndose de ellos mientras digieren la comida de su mesa; pero tan pronto como encuentran otro á quien engañar, no vuelven á verlos.

Atraído por el dote que M. Auberton daba á sus hijas, buscó todos los medios de agradar á Georgina. La halagó sus gustos, estudió sus inclinaciones, y logró ser preferido á los ventajosos partidos que solicitaban su mano.

Cegada por el oropel con que brillaba M. de Suzi, creía ver en él al fénix de los hombres amables. Se imaginaba que una vez casada con ese bello Celadón, adquiriría el estilo á

la moda por excelencia, y se volvería la mujer más distinguida de todo París. A pesar de las prudentes observaciones de su padre, sobre lo fatuo y lo escaso de fortuna de su pretendiente, que no tenía profesión, apoyo ni familia, la joven declaró que ningún otro tenía á sus ojos tanto mérito, tantos medios de llegar á todo, y que, la elección de esposo que ella había hecho, era irrevocable. Se casó pues con el brillante M. de Suzi, y el mismo día se trasladó al aposento de éste, situado en el primer piso, del bulevar de los Italianos, en donde encontró el más rico amueblado, una elegante carretela, dos fogosos caballos y criados con galones.

M. Auberton quedó solo acompañado únicamente de la más joven de sus hijas, llamada Gabriela, entonces de unos diez y ocho años de edad.

Las pérdidas considerables que ese digno padre de familia sufrió en su comercio, y que tuvo cuidado de que nadie sufriese, alteraron su salud paulatinamente lo mismo que su natural alegría. El lujo que sus tres hijas casadas ostentaban, el continuo torbellino en que vivían, causaron á ese buen padre un dolor mucho más profundo que el que secretamente sentía : tuvo el tormento de verse desatendido por sus hijas casadas. La baronesa de Ostalis, ocupada sin cesar de los deberes que la grandeza y la etiqueta imponen, olvidó el más sagrado de todos. Raras veces venía, y como á hurtadillas, á ver á M. Auberton; no le hablaba más que de los señores y de las damas de distinción cuya sociedad ella frecuentaba. Y cuando dirigía los ojos á esa hilandería en donde se había criado, se decía sonrojándose : « ¡ Quién creería que he nacido tan bajo !... »

Lo mismo sucedía con Madama Dostange : parecía que al venir á ver á su padre, cumplía con un penoso deber, y que desconocía en él al autor de sus días, al tierno apoyo de su infancia.

En cuanto á la señora Suzi, venía con más frecuencia, pero menos por amor filial que por necesidad de dinero, siempre escaso en medio de todos esos suntuosos muebles que aún se debían á los mercaderes que los habían fiado.

Mientras tanto Gabriela, cuya dulzura y sencillez resaltaban aún más con el tierno cariño que sentía hacia su padre, fué solicitada, lo mismo que sus hermanas, por numerosos preten-

dientes; pero ninguno fué de su gusto. Miraba el casamiento, no como un medio de mostrarse brillante en la sociedad, sino como un manantial de felicidad para ella y para el esposo de su elección. Adornada con todas las cualidades de su madre, cuya viva imagen era, consideraba un deber reemplazarla cerca de los numerosos obreros de la hilandería. La satisfacción que diariamente sentía en medio de todas esas gentes que ella hacía felices, la parecía preferible á los placeres inventados por el lujo y que la vanidad anhela. Además, se creía tan sumamente indispensable á su padre, que no podía encontrar en sí la fuerza de separarse de él. Cuando éste la empeñaba á que eligiera un esposo, con el cual, más que cualquiera otra, tenía la probabilidad de ser feliz, Gabriela se arrojaba en sus brazos y le decía derramando lágrimas :

— ¿ Y quién te cuidará en la vejez? ¿ Quién recibirá los desahogos de tu corazón? ¿ Quién te prodigará las caricias á las que por tanto tiempo te has acostumbrado? Privado de mi tierna madre, abandonado, se puede decir, de mis tres hermanas, que apenas te vienen á ver, no te queda más que tu Gabriela, ¿ y querrías separarte de ella?

— Sin embargo — la respondía M. Auberton con una emoción que ya no podía dominar — yo no debo consentir en que tú me sacrifiques tu derecho de amar y de ser amada. ¡ Vaya! ¿ cómo quieres, cuando tú me recuerdas tan á lo vivo á tu virtuosa madre, que yo te impida como ella, revivir en hijos que serán el consuelo y encanto de tu vejez? ¡ Oh, mi buena Gabriela, no me dejes morir sin conocer al que, después de mí, debe ser tu guía y protector!

— ¿ Y crees, padre mío, que sea tan fácil encontrarle? ¿ dónde quieres que le encuentre? ¿ Es entre las gentes de título, como Eudoxia, entre esas personas que creerán honrarme mucho, y que, tarde ó temprano, me harán sentir la distancia que me separa de ellos? ¿ Es como Clementina, entre los financieros opulentos, que me dirán haber hecho mi felicidad enriqueciéndome? Es, por último, como Georgina, entre esos elegantes del día, acostumbrados á no ocuparse más que en hacer deudas, y que sólo se casan por el dote prometido de antemano á sus acreedores? ¡ Oh! si un día encadenó mi libertad, si cediendo á tus deseos, eligiera yo un esposo, querría que tuviera una profesión útil al Estado; no le exigiría

más título que el de hombre de bien, sin otra fortuna que lo necesario para no sufrir necesidades, y que para llegar al desahogo, se viere obligado á cultivar los talentos recibidos de la naturaleza y de la educación. Sobre todo, quería que fuese ingenioso y de carácter decidido. El peor azote, á mi modo de ver, es pertenecer á un tonto, á un espíritu débil y tímido. Esto debe causar á su esposa un sufrimiento de todos los instantes, que ni la autoridad de que ella se apodera puede suavizar. ¡Ver humillar al que yo habría elegido para protegerme y ampararme!... ese sería un suplicio imposible de soportar... Querría además, que tuviera verdadera sensibilidad, y se rodeara de amigos, deseosos de la estimación pública y de adquirir celebridad, que fuese incapaz de ofender á nadie ni de sufrir un insulto; y que, lejos de regatear el dote de una esposa como se regatea el precio de una esclava, no buscara por dote más que las cualidades de una mujer honrada y la certeza de ser amado de ella... Ayúdame, padre mío, á encontrar un esposo con esas cualidades, y así, seremos dos para cuidarte y amarte.

— Es decir, mi buena Gabriela, que tú querías simplemente encontrar la perfección: ¡desgraciadamente, está lejos de existir entre los hombres! Créeme, no exijas demasiado, para encontrarte más dichosa. Comienza por ser amada; y cuando á esta certeza indispensable encuentres en el que tu corazón te señale, talento, buenas costumbres y el hábito del trabajo, haz por él lo que hizo por mí tu excelente madre: prefiérole, sin temor, á sus rivales.

Esas conversaciones entre el padre y la hija eran frecuentes, y siempre concluían por una mutua protesta de no separarse jamás. M. Auberton animaba á Gabriela á que eligiera un esposo, con tanto más empeño, cuanto que sentía que diariamente se le iban debilitando las fuerzas y que en su comercio sufría grandes pérdidas irreparables. Los altercados que le promovían ante los tribunales, las frecuentes bancarrotas que él sufría, le habían hecho conocer á un joven legista hacía ya algún tiempo, que señalaba su estreno en el banco de los abogados con éxitos brillantes. Se llamaba Franval, y toda su fortuna consistía en su bufete, que iba ya de día en día tomando importancia. Su rostro, sin ser perfecto, era expresivo; tenía una mirada viva y penetrante, la estatura

elevada, el paso firme, y los ademanes llenos de gracia; pero lo que daba á toda su persona un encanto irresistible, era su voz dulce y tan persuasiva, que todo lo que decía iba derecho al corazón. Altivo con los que se creían superiores á él, hacia sus iguales é inferiores era de la más tierna afabilidad. Siempre listo á defender al débil contra el poderoso, á desenmascarar la intriga y la mala fe, á las cuales jamás prestaba ayuda, había adquirido general estimación, y ya contaba con gran número de amigos. En una palabra, Franval, á los veinte y seis años, era colocado por la opinión pública en la categoría de los abogados destinados á la más elevada reputación.

Gabriela, en las diferentes entrevistas que Franval tuvo con M. Auberton, no tardó en observar en él las principales cualidades que deseaba encontrar en el marido que la suerte la destinare.

Ocultando esta primera impresión, estudió con el mayor cuidado el carácter del joven abogado, y se convenció completamente que encontraría en él toda la dicha que ambicionaba.

Se apresuró á comunicar á su padre lo que sentía, y le encargó que ante todo, se asegurase si Franval tenía la misma simpatía por ella.

M. Auberton encantado de esta feliz confidencia, probó á Franval con tanta más facilidad, que éste estaba lejos de pretender á la mano de Gabriela. Sin embargo, no cesaba de elogiarla y de felicitar de antemano al dichoso que poseyera semejante tesoro.

— Sólo en usted depende ser ese dichoso — le dijo un día Mr. Auberton estrechándola la mano.

— ¡ Yo, señor!... yo podría aspirar...

— Eso depende de una sola cosa; lisonjear y admirar á mi Gabriela, todo el mundo lo hace : sería preciso sentir por ella un cariño profundo, sincero, sin el cual sería inútil lisonjearse de poder hacerla feliz.

— Nadie, en ese caso, podría mejor que yo, asegurar á usted su felicidad — replicó Franval con una turbación y un tono de voz que claramente hacían ver lo que pasaba en su alma. Muchos otros sin duda habrán sido seducidos como yo por los encantos de su adorable hija de usted, pero quizá

nadie ha apreciado tan bien sus raras cualidades, y sino fuera la gran diferencia de fortuna que nos separa...

— Esa diferencia ya no existe — exclamó M. Auberton estrechándole en sus brazos. — Gabriela, por su parte, ha observado el mérito de usted; y puesto que usted la ama, puedo llamar á usted mi yerno.

Haciendo al momento venir á su hija, le presenta á Franval como su futuro esposo, y le propone acelerar su matrimonio, que colmaba el más ardiente de sus deseos. Inmediatamente da parte á su familia.

Tan pronto como las tres hermanas mayores de Gabriela, fueron informadas de esta proyectada unión, que las parece tan extraña y tan poco conforme con su posición social, llegan á casa de su padre, y le manifiestan su sorpresa de una alianza que se atreven á llamar desproporcionada.

— Con el dote que usted da á Gabriela, y con el título de hermana de la baronesa de Ostalis — dijo ésta — está en posición de casarse con un hombre de calidad.

— O con uno de los más ricos banqueros de París — dijo la señora Dostange.

— O bien con un hombre cuyo estilo, apostura y buen tono pudieran hacer ocupar á Gabriela un puesto distinguido en la sociedad — añadió Madama de Luzi.

— ¡ Ah! Dios mío, mis queridas hermanas, no deseo otro puesto ni otro título que el de esposa feliz.

— ¿ Puede una ser feliz en un estado obscuro? — respondieron á un tiempo las tres hermanas.

— La profesión del esposo que prefiero está lejos de ser obscura. Un abogado célebre no está por bajo de nadie.

— Tiene razón — dijo enfadado M. Auberton — y en cuanto á mí, hago más caso de un hábil legista que trabaja por el honor, por la fortuna y por el reposo de las familias, que de todos esos egoistas que sólo se ocupan de turbar á esas familias por la depravación de sus costumbres, ó de arruinarlas con una ridícula ostentación.

— Pero ¿ qué dirá el barón de Ostalis al saber que su cuñada se casa con un abogado?

— Dirá, hija mía que esa cuñada no ha tenido como tú, la tonta vanidad de elevarse por encima de la clase en que nació.

— ¿Y que diré yo á M. Dostange que te destinaba á uno de los más ricos banqueros de París, colega suyo?

— Le dirás que tengo miedo á la gran opulencia.

— Y á M. de Luzi, que ya creía tener el placer de instruir á Gabriela y de arrancarla á la obscuridad, ¿qué le responderé yo?

— Que hay que pagar sus deudas — contestó impaciente M. Auberton — antes de tener la impertinencia de criticar la conducta de los demás. Gabriela se casa para ella y no para ustedes. Ella ha sufrido demasiado de ver á su anciano padre desdeñado por los ilustres maridos de sus hermanas, para tratar de imitar á ustedes. El yerno que me da no se sonrojará al decir que Auberton el manufacturero, es su suegro; no verá con desprecio esta hilandería de algodón en la que he ganado en treinta años de trabajo, el dote que cada una de ustedes ha recibido. Y si no digo á Franval : Mi yerno el barón, mi yerno el financiero, mi yerno el ingenioso elegante, podré decir al recibir sus cuidados y consuelos : Mi querido hijo el abogado, el dichoso esposo de mi dichosa hija... ¡Ojalá pudiera decir otro tanto de ustedes!

Estas vigorosas palabras de M. Auberton, hicieron callar á las tres hermanas y las llenó de una confusión tanto más fuerte cuanto que se sentían culpables.

Su confusión era extremada; buscaban en vano un pretexto, una excusa, cuando el abogado Franval entró muy á propósito para hacer cambiar de conversación. Fácilmente comprendió que hablaban de su casamiento, que él bien sabía no era del gusto de las tres bellas damas. Pero deseando evitar toda explicación á este respecto, colmó á sus tres futuras cuñadas de tantas atenciones, las pidió con tanta gracia é ingenio el permiso de ser de su familia, que salieron de la casa algo menos mal dispuestas contra él, y subieron á sus carruajes diciendo : « En verdad es muy amable; ¡qué lástima que no sea más que un abogado! »

El día del casamiento vinieron llenas de diamantes de toda especie y vestidas con un lujo deslumbrador : pero sólo M. de Luzi las acompañó. El barón de Ostalis, no pudiendo condescender á hacer el papel de cuñado de un abogado, dió por pretexto su servicio cerca del príncipe del cual era chambelán. El banquero Dostange, que desdeñaba á todos aquellos

que no le igualaban en capital, se excusó diciendo que un asunto indispensable le obligaba á ausentarse de París.

Sin embargo, el casamiento de Gabriela y de Franval se celebró con todo el brillo de que era susceptible. Los nuevos casados habitaron la casa de M. Auberton, que cada día se felicitaba más de la elección que su hija había hecho. Pero viéndose víctima cada vez más, de la mala fe, y privado de las entradas de dinero indispensables para la marcha de su comercio, se vió obligado á vender su hilandería á fin de cumplir con sus compromisos, y se encontró reducido á no tener con qué atender á sus gastos de primera necesidad. Franval, que unía al dote de su esposa el producto de su talento, sintió gran felicidad de poder ofrecer á su generoso suegro una habitación cómoda en donde frecuentemente disputaba á su querida Gabriela, el gusto de llenar de cuidados, atenciones y ternura al padre de su esposa. Fué el único de sus yernos que se mostró digno de formar parte de la familia de este honorable anciano. El barón y el financiero parecían haberle olvidado por completo. Y el maravilloso Luzi, que durante la opulencia de M. Auberton, con tanta frecuencia le hacía visitas interesadas, no le había vuelto á ver desde que ese digno jefe de familia, después de haber dado tanto durante su vida, se veía obligado á recibir. Sus tres hijas mayores no obstante, venían á veces á presentarle sus respetos; pero lejos dar á su espíritu la calma que tanto necesitaba, no hacían más que aumentar sus tormentos, contándole cada una de ellas, los dolores que sufría. Madama de Ostalis se quejaba amargamente del orgullo y de los insultantes desdenes que la había visto reducida al dote que había recibido, sin esperanza de más.

La elegante Dostange, estaba con el corazón herido y atormentado, porque hacía ya seis meses que su marido la había retirado sus diamantes.

La deliciosa señora de Luzi, empezaba á descubrir que todo el mérito de su marido, consistía en hacer gastos muy superiores á sus recursos, y que habiendo perdido la esperanza de recibir por lo menos otra dote de su esposa, la trataba con acritud y diariamente la exponía á ser maltratada por sus numerosos acreedores.

— Entonces — exclamaba Gabriela apoyada tiernamente

en Franval — ¡yo soy la única feliz! — Oh amigo mío — decía á su esposo estrechándole en sus brazos — ¡qué bien te vengas de los que se atrevieron á desdeñarte, y sobre quienes te colocas diariamente muy alto.

— Y bien, señoras ambiciosas, — decía á su vez M. Auberton tomando la mano de Franval y apretándola contra su corazón — ¿ vituperarán ustedes á su hermana, de haber preferido á un simple abogado? ¿ y no cambiarían ustedes ahora el mejor de sus esposos por él?

El anciano iba á seguir haciéndolas amargas reconvenções, pero su yerno, queriendo evitar reproches al humillado orgullo de sus cuñadas, supo librarlas con destreza, y las manifestó tan tierno interés, que ellas se conmovieron hasta llorar, y no vieron en él más que á un amigo generoso, que ahora tenían gusto en llamar cuñado.

Pero la amable y tierna Gabriela fué turbada en la felicidad que sentía. M. Auberton, debilitado por la edad y por las penas secretas que pesaban sobre su corazón, murió rodeado de sus cuatro hijas, y del único yerno á quien llamó hijo. Su muerte despertó la avidez de algunos acreedores que no habían sido pagados en vida de ese digno anciano; quisieron turbar sus cenizas con demandas y amenazas. Franval consideró un deber pagarles y apaciguarles. Para esto empleó casi todo el dote que había recibido de su esposa. Encontró en la profesión que ejercía con éxito, una satisfacción tanto mayor, cuanto que sólo era fruto de su trabajo y de su reputación. En cuanto á sus cuñados, ninguno de ellos estuvo en estado de contribuir á este pago exigido por el honor, que la memoria de M. Auberton reclamaba.

El barón de Ostalis, aprovechando una declaración de guerra entre Francia y el príncipe á quien él servía, salió huyendo, y dejó á la desgraciada Eudoxia sin recursos y con un hijo, fruto de un himeneo desproporcionado. Poco después de esto, el financiero Dostange, sufriendo á su vez pérdidas inesperadas, pero demasiado fastuoso para decidirse á hacer reformas en sus locos gastos, sufrió una bancarrota que le obligó á huir de París, en donde dejó á su esposa, joven y bella aún, con dos niños de corta edad, los cuales fueron para su madre una carga tanto más pesada, cuanto que habían visto desde su cuna el brillo de la opulencia.

Por último, M. de Luzi, que, hacía mucho tiempo había devorado lo que Georgina había introducido en el matrimonio, tomó, con tanta insolencia como crueldad, el pretexto de la insolvencia momentánea de su suegro, para pedir el divorcio, y rompió todos los lazos que le unían á Georgina, en cinta de su primer hijo, que dió á luz algún tiempo después en medio de las lágrimas, del abandono y de la más horrible desesperación.

Entonces fué cuando Franval hizo conocer toda su grandeza de alma. Cuidados, diligencias, consuelos, socorros, todo lo prodigó á sus desgraciadas cuñadas, y únicamente se vengó del desprecio que ellas le habían manifestado, uniéndose á su esposa para aliviar su cruel situación. Habiendo llegado á ser, por este tiempo uno de los más célebres abogados de París, tenía una renta considerable, con la cual por su economía, había logrado reunir un capital de doscientos mil francos. Demasiado delicado, demasiado prudente, para arriesgar ese primer fruto de su trabajo en el agiotaje ó en la usura, creyó deber limitarse á comprar un terreno en la Brie, en las cercanías de Meaux.

No quiso primero dar parte de esta compra á su querida Gabriela, y con el pretexto de un importante negocio que le obligaba á ausentarse por algún tiempo, fué á su nueva propiedad, y sin perder un instante, hizo ejecutar todos los cambios y preparativos necesarios para llevar á cabo un proyecto que había concebido.

De regreso á París, informa á su esposa que tiene intención de vender su bufete, y de comprar en Brie una buena granja que estaba de venta. La propone ir juntos á verla. Para Gabriela fué una fiesta hacer ese pequeño viaje con su marido. Como á las diez de la mañana partieron. Era el mes de setiembre, precisamente día de Santa Gabriela, cumpleaños de la señora de Franval. Se detuvieron primero en la granja que dependía de la propiedad, cuya casa se distinguía cerca en la colina más risueña.

— ¡ Oh! ¡ qué habitación tan encantadora! — dijo la señora de Franval — ¡ qué felicidad vivir allí!

— Está también de venta — la dijo su marido — consiguiendo que la dieran á plazos, quizá podríamos adquirirla; vamos á verla.

— De buena gana, amigo mío, pero esa habitación sería demasiado grande para nosotros.

— Veámosla de todos modos — repuso Franval con indiferencia, nos servirá para hacer un paseo agradable.

Llegaron á la casa, el portero que estaba advertido, fingió no conocer á sus nuevos amos, y les recibió como á extranjeros que venían á ver si les convenía la propiedad. La señora Franval recorrió primero con su marido esta preciosa habitación. Todo la agrada, la seduce; pero ¡ cuál no sería su sorpresa, su pasmo, cuando, al entrar en el salón, ve el retrato de cuerpo entero de su respetable padre! La emoción que se apodera de ella, la impide al principio pronunciar una palabra; pero pronto tiene la explicación de este enigma : al conducirle su marido á un aposento contiguo al salón, reconoce su canastillo de boda, su estuche, su álbum de dibujos, y, en el fondo de su cama, un cuadro de fantasía representando á la sencilla y benéfica Gabriela en uno de los talleres de la hilandería de algodón, rodeada de los obreros más pobres, á quienes distribuye, en un riguroso invierno, el valor de sus joyas vendidas para socorrerles. El parecido era tal, el lugar de esta escena estaba trazado con tanta fidelidad, que al presentar á la vista de la señora Franval uno de sus más dulces recuerdos, no pudo contener las lágrimas, y dijo á su marido.

— No tenía necesidad de ese delicioso cuadro para amar esta habitación... porque bien veo que estamos en nuestra casa.

Inmediatamente, á una señal del amo, entran todos los sirvientes por diferentes puertas, y vienen á presentar á la señora de Franval sus respetos y á ofrecerle sus servicios. En seguida se la hizo recorrer el dormitorio de la casa. Encima de la primera puerta, leyó estas palabras : « *Aposento de Eudoxia.* »

Sobre otra puerta . « *Aposento de Clementina.* »

Y en la tercera, en el fondo del corredor : « *Aposento de Georgina.* »

— Ya ves Gabriela mía — la dijo Franval sonriendo — que esta habitación ya no es demasiado grande para nosotros.

— ¡ Oh ! ¡ hermano modelo ! ¡ el mejor de los hermanos ! — exclamó la señora de Franval arrojándose en sus brazos. Sólo tú eres capaz de vengarte así.

— Señora, caballero, — vino á decirles el jardinero, — ¿querrían ustedes honrarme visitando mis jardines?

— Sin duda, buen hombre — respondió Franval con viveza. Es preciso que usted muestre todo á la señora, todo, hasta los menores detalles.

Gabriela, conducida por su marido, recorre los bosquecillos, las huertas, los invernaderos, las praderas, los vergeles, en donde se encuentran todas las producciones necesarias para la vida; los adornos del arte unidos á la más rica agricultura. Pero ninguna de todas estas sorpresas puede compararse con la que tuvo al salir de un bosque de acacias que formaba espesa sombra, al divisar á sus tres hermanas reunidas bajo un delicioso follaje, rodeadas de sus niños.

Eudoxia estaba haciendo leer á su hijo de cinco años.

Clementina tejía una guirnalda de flores con sus dos niños sentados á sus pies.

Georgina, tenía los ojos fijos con ternura en su recién nacido, á quien amamantaba.

Esos diferentes grupos presentaban una unión tan perfecta, cada persona representaba una dicha y tranquilidad tan perfectas, que la señora de Franval, echándose en brazos de su marido, sobrecogida de sorpresa y de alegría, le dijo con ese tono que sale del corazón y que no se puede expresar :

— Te desafío á que puedas añadir nada á mi dicha...

Esas palabras pronunciadas con fuerza, atrajeron al instante á las tres hermanas y á sus niños, las cuales, con sus caricias y la expresión de la más viva gratitud, embellecen más aún ese delicioso cuadro. Gabriela las estrecha en sus brazos una tras otra, y en seguida á las tres juntas. Franval se encuentra también enlazado en sus brazos y cubierto de besos, llamándole amigo, bienhechor, padre. Y las cuatro hermanas reunidas así después de tantos desdenes, divisiones y desdichas, encuentran por último de nuevo los tiernos desahogos y la dulce unión de su infancia.

Franval informó á Gabriela del proyecto que había formado de reunir en esta propiedad á sus tres cuñadas, para quienes la permanencia en París se había vuelto tan penosa. La hace saber que, fastidiadas de la alta sociedad y decididas á dedicarse completamente á la educación de sus hijos, habían aceptado gustosas la propuesta de habitar juntos esta agra-

dable morada, y que se habían puesto de acuerdo con él para sorprender así á su buena y querida Gabriela.

— He elegido este hermoso día — añadió Franval — para esta reunión de familia, y he creído que no podía presentarte un ramillete con más bellas flores.

— ¡ Oh ! ¡ Tú eres el más delicado y el más noble de los hombres !... Jamás lo he visto tan claro como en este momento: Sí, ¡ de todos los favores con que el cielo puede colmar á una mujer, no hay ninguno comparable al de sentirse feliz y ufana con el esposo que ella ha elegido !

EL ÁRBOL DE CATINAT



Alrededor de este árbol venerado, hay un gran banco de madera.

EL ÁRBOL DE CATINAT

Hay en el castillo de San Gracián, situado en el lindo valle de Montmorency, un árbol plantado por la mano del mariscal de Catinat. Es un castaño, cuyo prodigioso grueso y las vastas ramas forman una sombra que cubre casi completamente el patio de honor en medio del cual se eleva majestuoso. Para conservar ese monumento, querido de todos los valientes y de los que se señalan por grandes servicios á la patria, se cubre con el mayor cuidado el nacimiento de cada rama de ese bello árbol, con hojas de palastro, para evitar que la lluvia penetre y poner la corteza al abrigo de todo daño. Así es que, á pesar de haber arrostrado el rigor de más de cien inviernos, parece estar aún en todo el vigor de la vegetación. En cada primavera se levanta su soberbia cima, dominando todos los arbustos que le rodean, del mismo modo que el grande hombre, llamado por los soldados franceses el *Padre Pensamiento*, dominaba con su prudencia y valor á todos los guerreros que tantas veces condujo á la victoria.

Alrededor de este árbol venerado, hay un gran banco de madera, en el cual se leen muchísimas inscripciones y nombres queridos á Francia. Ese banco sirve de cita á todos los habitantes del país. Los ancianos van en invierno á calentarse á los rayos del sol, conversando con gusto de los famosos combates de Staffarde y de Marsella, en los cuales Catinat se cubrió de gloria y transmitió su nombre á la posteridad. En los hermosos días, se reúnen allí los niños; y por la vivacidad de sus juegos y la alegría pintada en sus rostros, parecen, bajo

esta sombra tutelar, animados con las primeras impresiones del valor.

Con frecuencia también van allí por las mañanas, los amigos fieles, á desahogar sus corazones hablando de las virtudes privadas que caracterizaban á Catinat, citándole como el más perfecto modelo.

Esta propiedad, tan agradable por su situación y fertilidad como célebre por el recuerdo del héroe que se deleitaba en ella, pertenecía hace algunos años, al almirante Bruix, cuya memoria, honrada en la marina francesa, no es menos cara á las artes y á la amistad... Iba á pasar ordinariamente á San Gracián, todo el tiempo que podía sustraer de sus importantes funciones. Esa deliciosa morada, destinada sin duda á ser habitada por hombres distinguidos por su nacimiento y por su carácter afable, tenía tanto encanto para el almirante, que con pesar se alejaba de ella. Habitaba el cuarto de Catinat, cuyas ventanas están frente al bello árbol plantado por éste: dormía en la cama de estilo gótico en donde durante tanto tiempo reposó el mariscal; con gran placer religioso, se servía de todos los muebles que había usado ese grande hombre; y para recordarle completamente á los habitantes de San Gracián, no cesaba de hacer favores y de recibir en el castillo á todos los desventurados, que se apresuraba á socorrer á ejemplo del que se mostraba digno sucesor.

El almirante Bruix supo un día, por uno de sus jardineros, que hacía algún tiempo antes de salir el sol, se presentaba en la puerta del castillo, una joven velada, sencillamente vestida, acompañada de una anciana camarera que la esperaba en los corrales : que iba sola á sentarse bajo el árbol de Catinat, en donde, poniéndose de rodillas y levantando las manos al cielo, parecía dirigirle la más ferviente oración. El almirante, que unía al valor francés la amable galantería que parece completarle, vió una aventura romántica en este descubrimiento. Así, haciendo que su ayuda de cámara le despertase al día siguiente antes que saliera el sol, se mantuvo en la ventana mirando á través de la celosía, y pronto descubrió á la desconocida velada, que, en efecto, se adelantó hasta el árbol venerado, se sienta en el banco, sumida en profundas reflexiones; de repente se levanta como animada de la más viva inspiración.

Como hábil observador, advierte que, los movimientos y modo de andar de la suplicante, que en algunos minutos vuelve hacia la mujer que la esperaba, denotaban gracia, juventud, y hacen suponer que el velo que la cubre oculta un rostro encantador. Al día siguiente, el almirante hace que de nuevo le llamen, y haciendo centinela detrás de una gran caja que contenía un naranjo, espera á la misteriosa peregrina, la cual á la misma hora, va á prosternarse bajo el árbol y pronuncia estas palabras :

— ¡ Oh ! ¡ digno discípulo del gran Turena ! Te consagro al amigo de mi infancia, al esposo que mi corazón ha elegido ; dignaos, ¡ oh Catinat ! desde la dichosa mansión que habitas, velar por mi querido Federico ; guía sus pasos en el camino de la gloria, y haz que vuelva pronto á tejer con laureles las cadenas del himeneo. Dicho esto, la desconocida se levanta, y recogiendo una hoja del árbol, la moja con sus lágrimas, la coloca en su seno, y se aleja echando miradas enternecidas al monumento, del que parece separarse con pesar.

El almirante Bruix, que se había adelantado en silencio hasta el pie del árbol, cuyo tronco le ocultaba á la vista de la desconocida, no dejó de oír lo que había dicho con tanta expresión. Lejos de ver en ella á una aventurera, ya no dudó que sería la prometida de algún valiente, cuyo regreso ella esperaba impaciente. El delicioso timbre de su voz, la nobleza de su porte, y sobre todo la pureza de su lenguaje, hicieron suponer al almirante que era de buena familia y bien educada. Dió orden á uno de sus criados que siguiese á la linda velada, de lejos, y sin que ella pudiese notarlo, que observase bien el camino que tomaba y la casa que habitara. Fué informado que había tomado, con la camarera que la acompañaba, á lo largo del parque de San Gracián, y había entrado por la puertecita de un jardín que había en las orillas del estanque de Montmorency.

El mismo día, el Almirante tomó todos los informes necesarios. Averiguó que esta puertecita era del jardín de madama Vandeuil, viuda de un oficial de infantería, y con una hija única llamada Matilde ; que esta joven había sido educada en la aldea de San Gracián con el hijo de un hermano de armas de su padre, llamado Federico de Saint-Elme, que hacía dos años estaba en el ejército de Italia, y que debía

casarse con la joven tan pronto como ascendiera á oficial. Supo también que la interesante y fiel Matilde, la cual había recibido una herencia bastante considerable después de la partida de Federico, era solicitada por muy ventajosos partidos, pero que nada podía hacerla olvidar lo que había jurado á Federico. Había rehusado toda clase de compromisos. Por último supo que esta misma Matilde tan bella como modesta y constante, era la que venía todas las mañanas á invocar á la sombra de Catinat bajo el árbol en donde tantas veces había hecho á su querido Federico, el juramento de no amar ni pertenecer más que á él.

— Puesto que esta encantadora joven — se dijo el almirante — invoca la ayuda y apoyo de aquél á quien considero un deber reemplazar en este valle, debo velar sobre Federico, y me propongo emplear todo mi crédito para hacerle ascender pronto al grado que debe asegurar su felicidad y la de su fiel prometida.

Fué pues, á París pocos días después, y se informó personalmente en el ministerio de la guerra, del regimieinto en el que servía Federico de Saint-Elme, y cuál era el lugar de su residencia. Supo que era furriel en el 6º regimiento de dragones, que formaba parte de la segunda división del ejército de Italia. Inmediatamente escribió al coronel de ese regimiento, rogándole hiciera le pasaran los informes sobre la conducta del joven furriel, pidiendo para él todo el ascenso que pudiese merecer, y terminó su carta con la expresa invitación de callar á Federico el nombre de su protector. No tardó el almirante en recibir la respuesta del coronel, haciendo el más cumplido elogio de Saint-Elme. Estimado por sus jefes, amado por sus camaradas, no dejaba pasar ninguna ocasión de señalarse por un valor tanto más notable cuanto que tenía profundos conocimientos en la táctica militar. El coronel aseguraba al almirante Bruix, que Federico sería nombrado sargento de caballería á la primera promoción, y que se apresuraría á aprovechar la ocasión de hacerle subteniente tan pronto como los azares de la guerra y el orden de la disciplina se lo permitiesen. Al mismo tiempo le dió su palabra de no nombrarle á su joven protegido.

M. de Bruix, encantado de encontrar en Federico todas las cualidades de un valiente y de un militar instruído, se

prometió no perderle de vista un solo instante, y contribuir á su ascenso por todos los medios en su poder. En seguida, quiso asegurarse de los sentimientos de Matilde, y convencerse por sí mismo de su constancia.

Aprovechó las numerosas reuniones que se efectúan durante los hermosos días en el valle de Montmorency, para estudiar la conducta de esta joven. Comenzó por observar, que era insensible á los homenajes con que la asediaban, y le pareció notar, que, un sólo pensamiento ocupaba su alma. Dirigiéndose á ella con maña y con la costumbre que tenía de la alta sociedad, encontró en la joven la amable urbanidad que embellece, la candidez, ese tono lleno de gracia y esa noble seguridad que revelan un carácter franco y un espíritu cultivado; pero en medio de esas buenas cualidades, descubrió sin dificultad, una profunda melancolía que la ausencia de un ser amado inspira. Por último, queriendo continuar sus observaciones, fué á visitar como vecino, á madama de Vandeuil, que le recibió con todas las atenciones que en todo el valle le mostraban. Hizo rodar la conversación sobre la importancia y necesidad del matrimonio, describió la dificultad en que se encontraba una joven muy solicitada, para hacer una elección digna de ella. En seguida, dirigiéndose á Matilde con la galantería que le caracterizaba, la dijo :

— ¿Cómo usted, señorita, rodeada de tantos adoradores, podría distinguir al que más merece ser preferido á sus rivales?

— ¡ Oh ! — exclamó Matilde, dando un suspiro — no temo equivocarme; el medio más seguro, es no prendarse más que de aquel que se conoce desde la infancia, y no cambiar jamás por grandes y brillantes que sean las ventajas que se presenten.

Ahora el almirante, deseando llevar adelante su proyecto, hace saber á madama de Vandeuil que tiene encargo de aumentar aún más el número de pretendientes á la mano de su hija, y viene á pedirla en matrimonio para un oficial de marina, pariente suyo, joven que daba las más grandes esperanzas.

— Esa petición me honra tanto como me lisonjea — respondió madama de Vandeuil; pero es á mi hija á quien toca responder .

— El honor de pertenecer á un pariente de señor Almi-

rante — añadió Matilde — sería sin duda para mí el presagio de la más feliz unión; pero hace ya mucho tiempo que mi corazón ha elegido.

— Me permitiría usted, sin indiscreción, señorita, saber el nombre del que ha sido honrado por usted?

— Es el hijo de un hermano de armas de mi finado marido, — respondió madama de Vandeuil — el joven Federico de Saint-Elme, que en este momento está en el ejército.

— ¿ Y sin duda ocupa allí un grado distinguido?

— Lejos de eso, señor mariscal, mi ilustre pretendiente no es más que un furriel de dragones — contestó Matilde con amable sonrisa.

— Usted me sorprende, señorita; con tantos atractivos y la ventaja de la fortuna...

— Esa ventaja no me ha venido sino después de la ausencia de Federico; eso no ha podido hacer cambiar mis sentimientos; y si fuese preciso renunciar al amigo de mi infancia, á aquel á quien mi padre tantas veces llamó su hijo, preferiría volver á mi feliz obscuridad.

— Sin embargo, señorita, se necesita ocupar una posición en el mundo.

— Por ese motivo — repuso la señora de Vandeuil — no me he comprometido á casar á mi hija, más que cuando Federico sea oficial.

Comprendo que, inflamado con la esperanza de obtener la mano de la señorita, él hará prodigios de valor; pero no siempre se presenta la ocasión de hacerse notar, y quizá todavía pasará mucho tiempo...

— Pues bien, señor almirante, esperaré.

— ¡ Cómo ! ¿ Ningún otro partido que se presentase, podría hacer cambiar á usted de resolución?

— Juzgue usted hasta qué punto su resolución es irrevocable, cuando me hace renunciar á la alianza que usted se digna proponerme.

— Ya veo, señorita, que no me queda más que el deseo de ver á usted unida pronto al valiente joven que en todo parece ser digno de usted. M. de Bruix, convencido por este diálogo, de la gran constancia de Matilde, persuadido que eran indisolubles los lazos que la unían al joven Saint-Elme, volvió á solicitar al coronel de éste, que acelerase su ascenso.

Primero obtuvo que fuéase nombrado sargento de caballería. Esta noticia llegó á madama de Vandeuil, á quien Federico dirigía todas sus cartas para Matilde. Esta, en la embriaguez de su alegría, no cesaba de repetir :

— Ya no le falta más que un grado para que sea mi esposo.

Madama Vandeuil la propuso aprovechar esta ocasión para devolver su visita al almirante Bruix y comunicarle este feliz acontecimiento.

Bien lejos estaban ellas de sospechar que el dichoso acontecimiento había sido obtenido por este excelente hombre.

El almirante las recibió con la mayor afabilidad, y las dijo que, si el nuevo sargento de caballería, hubiese servido en la marina tan bien como en el ejército de Italia, él habría tenido el mayor gusto de hacerle nombrar al ascenso que debía colmar todos sus deseos. Al conversar así, el almirante propuso un paseo á las dos damas, y conduciéndolas del lado del árbol de Catinat, las invitó á descansar un momento bajo su sombra. Aceptaron.

Matilde no pudo evitar un sonrojo que daba más animación á sus rasgos.

— Aquí es — dijo madama de Vandeuil — en donde Federico y Matilde, niños aún, comenzaron á amarse. Sus inocentes juegos, sus mutuas inclinaciones, su amor, sus juramentos, todo ha sido obra mía.

— Sí — añadió Matilde con la mayor sencillez — en este banco, en este lugar que ocupo, Federico me decía, el día mismo de su partida :

— Para ser digno de ti, quiero seguir el ejemplo del héroe que parece cubrirnos con su sombra tutelar. ¡Ah! si durante mi ausencia diriges tus pasos algunas veces hacia este árbol protector, invoca en favor de tu amigo á los manes del grande hombre que él nos recuerda; y si llego á tener la dicha de hacer alguna bella acción, ven á darle las gracias, y dile que no se podía esperar menos de un hijo del valle, criado bajo el árbol de Catinat.

El almirante conoció por esas memorables palabras, el motivo secreto de la peregrinación que Matilde hacía cada mañana á ese querido monumento, y, ocultando con maña, que todo lo sabía, condujo á las dos señoras al parque de San Gracián, en donde Matilde encontraba á cada paso, las

huellas y el recuerdo del amado compañero de su infancia.

Pasaron varios meses. Habiendo vuelto á comenzar la guerra con más furor, Federico, obligado á seguir las diferentes marchas del ejército, estuvo bastante tiempo sin escribir á madama de Vandeuil, Matilde, atormentada por ese cruel silencio y por los nuevos peligros que amenazaban á su amigo, fué presa de tan profunda tristeza, que su madre se alarmó. Esta joven no tenía más consuelo que ir todas las mañanas al árbol, en donde sus oraciones cada día eran más largas y más fervientes.

Una noche, que ella leía á su madre un elogio del Mariscal de Catinat, y que tenía gusto de encontrar en la juventud de ese grande hombre, una analogía con la de Federico, llega una carta de éste, cuya letra al momento conoció. Madama de Vandeuil la abrió estremeciéndose y leyó estas palabras:

«Escribo á ustedes apresuradamente en el campo de batalla. La victoria de los franceses es completa, y yo acabo de ser nombrado subteniente. Puede ser que yo siga esta carta de cerca. ¡ Oh! ¡ usted á quien desde mi infancia he llamado con el dulce nombre de Madre, y tú, hermana mía, querida de mi corazón, mi adorada Matilde, heme aquí ya, digno de pertenecer á vuestra familia!

FEDERICO DE SAINT-ELME.

— ¡ Ya es oficial! — exclamó Matilde casi sofocada. — ¡ Es oficial! — repetía delirante á la anciana camarera y á todos los criados que se la acercaban. Amigos míos, pronto le vamos á ver... quizá siga de cerca á esta carta.

— ¡ Bueno y valiente Federico! — dijo madama de Vandeuil que estaba tan alegre como su hija — ya podré llamarle mi hijo! Es preciso dar parte al almirante de este acontecimiento. Nos ha mostrado demasiado interés para no ir nosotras mismas á darle la noticia. Ya es demasiado tarde para presentarnos en su palacio; pero mañana á la hora de su almuerzo.

— Sí, mamá, iremos las dos... y nos detendremos un instante en el árbol de Catinat.

Al día siguiente, madama de Vandeuil y su hija se dirigieron á casa de M. de Bruix, el cual fingió quedar muy sorprendido de esta nueva promoción, que él había solicitado

y de la cual el coronel acababa de informarle en aquel mismo instante.

Y bien, señor, — le dijo Matilde — muy segura estaba yo, que Federico no tardaría en ascender al grado de oficial.

— Ese ascenso tan rápido no puede deberlo más que á su mérito personal y á varias acciones de lucimiento —dijo el Almirante.— ¡ Oh ! ¡ Qué impaciencia tengo de oírse las referir todas. ¿ Pero cómo es posible que él pudiese seguir su carta de cerca ?

— Es que, según parece — respondió Bruix con intención — su coronel le habrá elegido, como oficial de ordenanza, para llevar á París la noticia de la victoria.

— ¡ Oh ! ¡ qué hombre tan amable es ese coronel !

— No es más que una suposición, señorita, no hay que contar mucho con esa agradable idea...

Cuando conversaban así, entra fuera de sí y sin aliento la anciana camarera de madama de Vandeuil, gritando desde la escalera :

— ¡ Señora ! ¡ señorita ! ¡ Ya llegó ! ¡ ya llegó !

— ¿ Será posible ? — exclamó Matilde en la más viva agitación.

— La digo á usted que le he visto... me permitió que le abrazara... Creo, Dios me perdone, que está ahora más bonito que cuando partió.

— ¡ Corramos, mamá, corramos !

— Pero, espérame, hija.

— Dudo, señora — la dijo el mariscal riendo — que usted pueda seguir á la señorita. Ella ya no nos ve ni nos oye... Pero dígnese usted aceptar mi brazo. Tomo parte en la alegría de ustedes, y ardo en deseos de conocer á ese feliz Federico.

Siguen los pasos de Matilde, que, arrastrada primero por el súbito impulso de su corazón, se había detenido sin embargo con la camarera en la puerta del jardín, reflexionando que, ni el pudor ni la decencia la permitían volver á ver á su pretendiente más que en presencia de su madre.

Sin embargo, Federico al divisarlas de lejos, corrió á su encuentro, estrecha en sus brazos á madama de Vandeuil, y la pide permiso para abrazar á Matilde. La emoción de ésta aumenta de tal modo que apenas puede sostenerse y, apoyán-

dose en el brazo de M. de Bruix, le dice señalando á Federico con noble orgullo :

— Y bien, señor almirante, ¿ está usted todavía sorprendido de mi constancia?

Al oír el título, Federico se adelanta con respeto y dice :

— Permítame, señor almirante, que me felicite de tener por testigo del más dulce momento de mi vida á uno de los primeros sostenes de la marina francesa.

— Créame usted caballero, que después de esas dos señoras nadie siente más gusto que yo de ver á usted.

— ¡ En menos de tres meses! — repetía Matilde con embriaguez — ¡ en menos de tres meses, de simple furriel llegar á subteniente!

— ¡ Y podía yo apresurarme menos á recoger laureles para merecer el premio que se me reservaba! pero ese título lo debo menos á algunos actos atrevidos tan comunes entre los franceses, que á las bondades de mi coronel, el cual sabiendo el motivo que me hacía desear volver á París, se dignó proponerme al general en jefe para traer los despachos. No, jamás se ha visto un interés más tierno; jamás se han prodigado más cuidados y estímulo; un padre no habría hecho más por un hijo.

— Ya veo — dijo el almirante para sí, — que mis cartas han hecho efecto.

— Pero — dijo madama de Vandeuil — ¿ podemos esperar, el tener á usted mucho tiempo entre nosotros, querido Federico.

— Lo más que he podido conseguir es un permiso de dos meses.

— Es muy poco — repuso involuntariamente Matilde.

— Razón más — dijo M. de Bruix, para apresurar el matrimonio de esa fiel pareja.

— Es mi más ardiente deseo — repuso madama de Vandeuil — y voy á ocuparme sin cesar, de los preparativos de ese hermoso día. ¿ Espero que el señor Almirante no nos rehusará honrarle con su presencia?

— Señora, lo considero un deber.

— Como por sus beneficios ha llegado usted á ser el padre de los habitantes de este valle — añadió Matilde en tono convincente — dígnese usted representar al que he perdido,

conduciéndome al altar. No me rehuse usted embellecer así el día más hermoso de mi vida.

— Acepto — dijo el almirante de un modo muy expresivo, besándola las manos. — Sí, bella Matilde, trataré de representar á su respetable padre.

— Pero, ante todo — dijo Federico — debo pedir una audiencia al ministro de la guerra para obtener su consentimiento.

— Es uno de mis amigos — contestó el almirante. Algunos asuntos particulares exigen mi presencia en París, y como llegando á todo correr de tan lejos, usted debe estar cansado, propongo á usted llevarle en mi carretela é introducirle yo mismo en el despacho del ministro.

— ¡ Cuán conmovido estoy, señor almirante, de todas las bondades de usted !

— Hasta mañana pues, á las nueve en punto.

A esas palabras, Bruix se retira, echando una ojeada de interés á tan encantadora pareja, muy satisfecho de ser el protector desconocido. A la hora convenida, vino á buscar á Federico y le condujo á París en su carruaje. Durante todo el camino no cesaron de hablar de Matilde. Federico no pudo menos de confesar, que había sufrido mucho debido á la fortuna que había recibido Matilde por el testamento de un pariente lejano, y que había creído que él, no teniendo más dote que su amor y su espada...

— Usted aún no conoce — le dijo Bruix — todo el valor del tesoro que le va á pertenecer. Yo mismo, ignorando los juramentos que ya os unían, quise, cuando usted estaba ausente, casar á la bella Matilde con uno de mis parientes, cuya posición en la marina es igual á su riqueza ; y ella me respondió que no había nada en el mundo que pudiese hacerla olvidar al amigo de su infancia.

— ¡ Oh ! — repuso Federico — ¡ qué culpable me siento por ese último rasgo ! ¡ Y jamás podré colmarla de toda la felicidad que merece ! Luego que llegaron á París, se dirigieron al ministro, por intervención del almirante, concedió al joven subteniente el permiso de casarse con la señorita de Vandeuil, y le entregó una suma de 6.000 francos como recompensa señalada por las acciones notables como la que había él hecho en la última campaña. El dichoso Federico,

al salir del despacho del ministro, corrió á comprar una canastilla de matrimonio, que llenó con todo lo que la moda y el buen gusto pueden inventar; y para sorprender mejor á su querida Matilde, pidió permiso al almirante de depositar esta canastilla en el castillo de San Gracián, hasta el día víspera de su casamiento. La señora de Vandeuil, que, por su lado había hecho los preparativos necesarios, decidió que esta unión se celebrase el siguiente martes. Invitó á toda su familia y á los principales habitantes del valle. Hasta quiso que todos los buenos agricultores de la aldea de San Gracián tomasen parte de la alegría de ese lindo día. Con este fin, hizo formar en sus jardines una larguísima y enorme tienda de campaña, en donde debía efectuarse el banquete de esas buenas gentes y el baile general. Matilde, que ayudaba á su madre en todos esos preparativos, con un gozo que en vano trataba de disimular, no esperaba de Federico ningún regalo de lujo. ¡ Cuál no fué su sorpresa, cuando, la víspera del casamiento, encontró en su aposento una cesta de raso blanco, en la que había bordadas con letras de oro, sus iniciales y las de su esposo! Se apresura á abrirla, y encuentra, un cachemira blanco, un medio velo de Inglaterra, un adorno de coral y una colección completa de todo lo que compone una *toilette*. En el fondo había un pequeño estuche de marroquí rojo guarnecido de terciopelo blanco, conteniendo un collar de dos hileras de perlas finas y un escudo de esmalte rodeado de brillantes, en medio del cual había escrita con letras de oro, la palabra *constancia*. Al momento lleva esta carta á su madre, y encontrando á Federico con ella, le dirige reconvencciones serias sobre su prodigalidad. El se excusa informándola de la honrosa recompensa que había recibido del ministro de la guerra, la cual — dijo — no podía ser mejor empleada.

— Si fueran solamente, algunos trapos de buen gusto — contestó Matilde — pase, ¡ pero un chal tan lujoso! ¿ Puede acaso Federico tratarme como á una de esas alocadas que sólo se casan para tener un chal de cachemira? ¡ Y luego, esos diamantes!

— ¿ Qué quieres decir? — respondió Federico sorprendido.

— Sí, la divisa de ese collar, no tenía necesidad de estar rodeada de diamantes para serme querida.

— Ese obsequio no es mío : lo confieso sin sonrojo, mis

escasos medios no habrían podido hacer ese gasto. Debe provenir del almirante Brúix á quien puse en el secreto, y en cuya casa ha permanecido la cesta desde que regresamos de París.

Al concluir esas palabras, entra el almirante. Matilde le manifiesta su sorpresa y confusión.

— ¿ No me ha elegido usted — le respondió este hombre afable — para *representar á su padre?*

Por último llega el ansiado día; era á mediados de Mayo; Federico se apresura, acompañado de los parientes de madama de Vandeuil, ir á buscar al almirante Bruix al castillo. Este, en gran uniforme y rodeado de varios alféreces de marina bajo sus órdenes, se deja conducir hacia la novia. Todos los habitantes de las aldeas de los contornos se habían reunido en la iglesia de San Gracián, á donde Matilde, más bella aún por la emoción, se dirige al lado del almirante. Federico, también en gran uniforme, da la mano á la señora de Vandeuil. Una gran comitiva de parientes, amigos y vecinos les siguen. El casamiento se celebra en medio de la general satisfacción de todos los concurrentes. Los nuevos esposos regresan á su casa y reciben las felicitaciones de cuantas personas se encuentran á su paso. Después de esos mutuos desahogos que el primer momento de una alianza inspira en las familias, pasaron todos á la sala en donde se había preparado el banquete, y ocuparon sus lugares en la mesa.

Matilde, colocada entre el almirante y su marido, encuentra bajo su servilleta un paquete sellado con la siguiente dirección:

A la señora de Saint-Elme.

Matilde se apresura á abrirle y lee este escrito, todo de letra del ministro de la guerra :

« Según el informe que se nos ha hecho de los honrosos servicios de Federico, de Saint-Elme, subteniente en el sexto regimiento de dragones y de varios hechos notables ejecutados por él, que le señalan como uno de los oficiales más distinguidos de su cuerpo, prorrogamos por cuatro meses, el permiso que su coronel le ha concedido; y á partir de esta fecha, le otorgamos un semestre completo de sueldo, para que se repose de las fatigas de la última campaña y goce en el seno de su familia, de la recompensa que se debe al mérito y al valor.

Matilde no pudo acabar de leer este escrito sin una viva alteración de sus facultades.

Federico, no menos conmovido que ella, salta de su silla exclamando con el impulso de la gratitud :

— ¡ Ese es otro beneficio del almirante !

— ¡ Usted no podría — le dijo Matilde — hacerse un regalo de boda más precioso que éste á mi corazón !

Al decir esas palabras, se levanta, lo mismo que Federico, y ambos estrechan en sus brazos al almirante Bruix, el cual, con los ojos llenos de lágrimas, repite á Matilde con la más tierna expresión :

— ¿ No me ha elegido usted para que represente á su padre ?

Después de un banquete que esta enternecedora escena había embellecido más, fueron á reunirse con los habitantes de la aldea, que esperaban á la casada para que abriera el baile. Así lo hizo con su marido. Inmediatamente se formaron todas las danzas, las cuales se prolongaron hasta muy tarde de la noche.

El almirante, que había regresado bastante temprano al castillo, sospechó que los recién casados irían en la mañana del día siguiente á hacer una peregrinación al árbol de Catinat.

Conocía demasiado á Matilde, para no estar seguro que contaría á Federico el voto que tantas veces había ella hecho en su ausencia.

Se hizo despertar antes que aclarase el día, tan pronto como el horizonte comienza á destacarse con los fuegos de la aurora, divisa, como había pensado, á la encantadora pareja adelantarse llena de respeto.

Matilde, apoyada en el brazo de Federico, le decía :

— Allí fué, amigo mío, donde hicimos nuestros primeros juramentos; ¡ qué dulce es para mí renovarlos bajo ese follaje !

— ¡ Cuántos hermosos días, querida Matilde, hemos pasado bajo esa sombra deliciosa ! ¡ pero ninguno como éste !

— Después de una separación tan larga y de tantos peligros que has corrido, ¡ puedo al fin verme al lado tuyo !

— ¡ Apresurémonos, mi tierna amiga, á ofrecer á ese monumento de nuestro primer amor, las acciones de gracias de dos corazones agradecidos !

— Al punto se descubre y coloca su casco en el banco.

Matilde también se quita el sombrero, y ambos cogidos del brazo y extendiendo el otro hacia el árbol, unen sus voces pronunciando estas plabars :

— ¡ Sombra de Catinat, recibe nuestros votos y nuestros homenajes !

Federico añade :

— Haz que á ejemplo tuyo, pueda yo ilustrar mi nombre y justificar la elección de mi adorada !

Matilde añade :

— Haz que mi esposo, después de recorrer tan honrosa carrera, venga, como tú, á envejecer á este lindo valle, estimado por su príncipe y amado de todos los felices que haya hecho !

— Cada vez que sea vencedor, te traeré mis laureles, y podré decir : « Catinat me inspiraba y he creído combatir bajo sus órdenes.

— Entonces, la más feliz de las esposas, formando una corona con las ramas de tu querido árbol, la colocará en la cabeza de su amado Federico.

— Y todos los días de nuestra vida...

— Sí, todos los días que el cielo nos dé.

— Vendremos juntos bajo esta sombra protectora de nuestra infancia...

— Que tantas veces fué mi refugio y mi consuelo...

— A honrar tu memoria.

— A darte las gracias.

— A bendecirte...

— Venid, hijos míos, venid... — dijo una voz que parecía salir del árbol.

Matilde y Federico, sorprendidos y sacados de repente de su éxtasis, miran alrededor y descubren al almirante Bruix, que se había adelantado oculto por las espesas ramas del castaño; el anciano participando de su embriaguez, les tendía los brazos á los cuales ambos se precipitaron.

— ¡ Cómo ! — le dijo Matilde — ¡ venir á sorprendernos tan temprano ! ¿ Quién ha podido informar á usted de que estábamos aquí ?

— ¡ Oh ! no es la primera vez — contestó el almirante — que os oigo dirigir vuestros votos á este árbol venerado. Por

usted misma, bella Matilde, he sabido su amor y el nombre de Federico.

— Ahora comprendo lo que mi coronel me repetía con frecuencia, diciéndome:

— Usted tiene un amigo poderoso, un diligente protector. Yo ignoraba quien podía ser: El es Matilde, ya no me cabe duda; sí, es el almirante, el que, conmovido por tus ruegos y tu sufrimiento, me ha favorecido con mis jefes en secreto, y me ha hecho ascender con tanta rapidez, destruyendo así la distancia que nos separaba.

— Sí, — exclamó Matilde, se lee en el rostro del almirante; lo ves en las lágrimas que brillan en sus ojos, en esa emoción que no puede dominar...

— Y bien, — les dijo éste volviendo á estrecharlos en su seno — sí, amante y fiel pareja, he querido hacer por vosotros lo que Catinat hubiera hecho si existiese aún, y así, he cumplido con el más sagrado de los deberes. ¿ No me ha elegido usted, Matilde, para representar á su padre?

— ¡ Sí, nuestro padre, nuestro amigo hasta la muerte! — exclamó Federico abrazándole de nuevo. — ¡ Oh! ¡ qué digno es usted de reemplazar en este valle al héroe benéfico cuya fiel imagen es usted!

— Ya no me sorprende — añadió Matilde, del tierno interés que usted me mostraba; pero ¿ á qué debo atribuir esas vivas instancias para que yo eligiera á otro? ¿ esa honrosa propuesta de emparentar con su familia de usted?

— Al deseo único de poner á prueba sus sentimientos de usted hacia el más dichoso de los hombres y el más digno de serlo. Sí, me atrevo á predecir que el esposo de usted... que mi amigo, llegará á ser uno de los más recomendables oficiales del ejército francés, y quizá otro Catinat. Entonces, mujer encantadora, usted podrá decir á las jóvenes en la edad de amar y de ser amadas:

— Imitad á la dichosa Matilde: que el brillo de las grandezas, las ventajas de la fortuna y los tormentos de la ausencia no puedan haceros faltar á la fe jurada bajo los auspicios de vuestros padres; y no olvidéis jamás que, si no hay perfecta felicidad sin el amor, tampoco hay verdadero amor sin la constancia.

EL GRITO DEL HONOR



Un hombre generoso ha hecho por mí, lo que yo he hecho por tantos otros.

EL GRITO DEL HONOR

Al ver lo que pasa en el mundo, se creería que el honor no es el mismo para todas las clases de la sociedad. Hay acción que apenas se nota y que nadie se atreve á vituperar en una posición elevada y que no es tolerada en la honrada medianía. Que un gran señor contraiga deudas, que un afamado banquero suspenda sus pagos, los dos volverán á levantarse de este descalabro, ambos volverán á presentarse en público con la cabeza erguida y la frente serena; pero que un simple artesano, un modesto mercader, deje de pagar un simple recibo de plazo vencido, que reclame una prórroga de algunos meses para satisfacer su deuda, se acaba su crédito, su comercio queda destruído. No estaba más que en dificultades pasajeras por fuerza mayor, pero se le considera insolvable; está perdido, deshonorado. Tendrá que cambiar de profesión y quizá hasta se expatriará, y el oprobio con que ha manchado su nombre redundará sobre sus hijos. Eso nos prueba que nada es más precioso que una reputación sin tacha, y que la probidad del modesto comerciante, estando constantemente expuesta á la vista de todos, no podría soportar el menor menoscabo sin perder su buen nombre.

M. Franville mercader de sederías al por menor habitaba la calle del Comercio, en Tours, un humilde alojamiento en donde, durante más de dos siglos, sus abuelos ejercieron el mismo negocio con tal probidad, que les granjeó la consideración de sus conciudadanos. Ese modesto negociante, nunca se había dejado seducir por las especulaciones arriesgadas, que aunque ofrezcan las probabilidades de hacer una fortuna pronta y fácil, pueden al mismo tiempo comprometer

el crédito, la confianza, y conducir á irreparables pérdidas. La ambición de M. Franville se limitaba á la esperanza de adquirir un día, por un asiduo trabajo, los goces de un honrado retiro, después de haber establecido á su hija única, de edad de catorce años, de rostro interesante y que sería más tarde el apoyo de su vejez.

Clementina, cuya educación había sido dirigida por su madre, mujer de distinguido mérito, no era de esas personas que, en cierto modo, se avergüenzan de la profesión de sus padres y desdeñan tomar parte en sus trabajos, cooperando así á la prosperidad de su casa. La joven Franville, vestida con el traje más sencillo, con delantal de tafetán negro, los cabellos en bandas partiendo de la frente y levantado por detrás con un peine de concha, pasaba la mayor parte del tiempo, en el mostrador, en donde vendía una vara de cinta, una simple madeja de seda, con tanto empeño y afabilidad, como si se tratara de una pieza entera de tela de Tours ó de seda. Tenía por principio que las pequeñas utilidades que se renuevan sin cesar, forman los capitales, y que nada se debe desdeñar en el comercio. Así es que, cuando diariamente, debido á su ingenua alegría y á su exquisita urbanidad, ella atraía á los parroquianos que venían en gran número á su tienda, se alegraba tanto como esas jóvenes elegantes, que ocupadas en un rico salón en ensayar la nueva romanza, durmiéndose al leer, echadas en un canapé, la obra instructiva que las han ordenado leer.

Pero bajo esta agradable sencillez, Clementina ocultaba un espíritu cultivado, un perfecto buen gusto, una imaginación viva y brillante y la delicadeza más escrupulosa. Descendiente de una familia de honrados mercaderes, que sucesivamente se habían transmitido una reputación sin mancha, la joven Franville se vanagloriaba de su origen, y creía tener tanto derecho á la consideración de las gentes sensatas, como esas señoritas nobles adornadas únicamente con el nombre de sus antepasados, ó esas hijas de ricos advenedizos que se imaginan ocultar su origen bajo las exterioridades deslumbradoras de la opulencia.

M. Franville, á ejemplo de sus padres, no emprendía nada que fuese superior á sus fuerzas. De manera que, jamás se le había notificado un sólo protesto; sus pagarés y sus letras

de cambio, se consideraban como dinero contante : se había pues colocado entre esos hombres de negocios leales y seguros, con los cuales se puede tratar con toda confianza, y cuya palabra se mira como un instrumento público auténtico.

Pero hay de esos acontecimientos, de esas tempestades públicas, que la mayor prudencia no puede prever ni arrostrar sus efectos. Francia, después de haber llevado sus armas victoriosas á casi todas las capitales de Europa, vió la suya invadida por una coalición que obligó al valor á ceder al mayor número. Esta súbita invasión, semejante á un torrente que se desborda, sumió á toda Francia en horrible estupor. Ni una operación cômmercial, todas las cajas cerradas, el crédito público anodadado.

El honrado Franville, á pesar de su perseverancia, experimentó por primera vez de su vida, grandes inquietudes. Varios créditos sobre los que contaba, no fueron pagados; hasta hubo algunos que se encontraron comprendidos en las bancarrotas que se declararon. Después de haber honrado varias letras que él había firmado, se encontró deudor de una letra de cambio de doce mil francos, que había endosado para servir á un amigo, víctima también de los acontecimientos. Este habiendo desaparecido hacía cinco días de su domicilio, dejó al honrado Franville como único responsable de esta deuda. Esta súbita desaparición de un amigo, padre de familia, atormentaba cruelmente al padre de Clementina, el cual sin decirle á cuanto ascendía la suma por la que había respondido, no pudo ocultarla que, aún reuniendo todo aquello de que podía disponer, le sería imposible pagar una letra que podían presentarle ese mismo día. Clementina, creyendo que esta letra no era de una suma muy considerable, propuso á su padre que vendiera todo lo que poseía, ofreciéndole añadir todas sus economías, que ascendían á unos seiscientos francos.

— Si eso no basta — añadió con ese impulso del honor y ese desahogo del alma más elevada, agrega el peine y el collar de oro que me diste el año pasado el día de mi santo, y este reloj guarnecido de piedras finas, que mi madrina me dejó al morir... Vaya, mi buen padre, aquí están también mis anillos, mis pendientes; todo eso separadamente, no es gran cosa; pero reuniendo todos esos objetos á los que tú usas, podrán sacarte de la dificultad pasajera que te aflige. Apre-

súrate para evitar la menor demanda, y sobre todo para salvarnos de la cruel humillación de un protesto : sería el primero en nuestra honorable familia, y siento que me causaría un mal que no podría soportar.

Franville olvidó un momento sus apuros con la dulce emoción que le hizo experimentar su querida Clementina. La estrechó en sus brazos, la tranquilizó por la certeza que tenía de encontrar en las cajas de algunos de sus colegas la suma que le era indispensable, y salió repentinamente, para ir á solicitar la ayuda de aquellos á quienes él había socorrido varias veces.

Pero encontró todas las bolsas cerradas; la amistad que parecía más sólida se había vuelto desconfiada, insensible. Hasta los usureros se mostraban sordos á los ruegos de los solicitantes; efecto común y funesto de los disturbios políticos.

Franville, después de haber sufrido la negativa de los unos y cansado la piedad de los otros, regresó á su casa indignado, anonadado, y creyendo que su hija no podía oírle, se deja caer en un asiento y exclama con voz desgarradora :

— ¡Entonces todo ha concluído!... Voy á ser depojado de la honrosa herencia que recibí de mis padres!... ¡ voy á perder al mismo tiempo mi crédito y mi honor!

— ¡ Perder el honor! — exclamó Clementina saliendo de un cuarto vecino : ¡ Perder el honor! ¡ Ah! ¡ mejor perder la vida! — Al pronunciar esas palabras, se arroja en los brazos de Franville, con los ojos fijos, la boca entreabierta, los miembros rígidos, las manos heladas; un horrible estupor se apodera de todos sus sentidos. En vano su padre la llama y la estrecha contra su seno : en vano su madre, atraída por los gritos, la prodiga todos los socorros que están en su poder y sostiene su cabeza extraviada, que cubre de besos. — Clementina no les oye y no responde á sus caricias más que con estas desgarradoras palabras : ¡ Mi padre deshonorado! ¡ Mi padre deshonorado!

En ese momento, Franville olvida la causa primera de su sufrimiento, para no ocuparse más que de su hija, y se arrepiente, pero demasiado tarde, de haberla impresionado tan vivamente la imaginación. Corre él mismo á traer al médico de su casa para obtener pronto socorros y evitar los graves accidentes de tan violento ataque; pero ese médico, muy en

boga, hacía diez días que se encontraba fuera de la ciudad en las tierras de un enfermo en muy grave estado, en peligro de muerte. El desgraciado padre, abrumado por ese nuevo contra-tiempo, regresa desesperado, cuando encuentra en la esquina de la calle que habitaba, al doctor Origet, casi octogenario, pero con suficientes fuerzas para visitar las casas de los enfermos pobres, de los cuales era á la vez el bienhechor y el médico.

Jamás la profunda ciencia estuvo unida á una filantropía más admirable; jamás la bondad de corazón estuvo embellecida con una más franca alegría, un espíritu más instruido, una agudeza más brillante. Era el médico de todas las clases de la sociedad; no prefería asistir al más opulento, excepto en el caso que estuviese más peligrosamente enfermo que el indigente, y siempre el venerable doctor, dejaba en casa del último lo que había recibido del primero. Por este motivo, después de medio siglo de estar ejerciendo el arte de curar, no había podido hacer más que muy módicas economías. Vivía modestamente encima de la tienda de un tratante en granos, y allí recibía indistintamente á todos los que reclamaban su asistencia. El que sufría encontraba en su casa un remedio para sus males; el afligido, era consolado; y el pobre socorrido con generosidad. Sus palabras eran un bálsamo eficaz, y su apretón de manos, se puede decir que inoculaba la virtud.

Franville aprovechó la oportunidad que una feliz casualidad le presentaba. Rogó al doctor Origet que fuera á socorrer á su querida Clementina; y éste, admirado de la alteración impresa en el rostro del honrado mercader, le sigue á su casa. A la primera mirada que echa á la enferma, observa que las arterias cerebrales habían sufrido una conmoción fuerte y súbita, lo cual podía producir una inflamación en el cerebro.

En ese mismo momento, la joven repite con una expresión desgarradora: — ¡ Mi padre deshonorado!... ¡ Perder el honor!... ¡ Ah! ¡ mejor morir!

Entonces Franville cree de su deber confiar al médico la cruel necesidad en que se encuentra de faltar á sus compromisos y la fatal imprudencia que cometió de revelar su situación á su hija.

— ¡ Cómo! — dijo Origet examinando con más atención

á la enferma: — ¡ Cómo! ¿ es eso lo que causa tan horrible desorden en todos sus sentidos, lo que produce ese grito tan lamentable del honor? ¡ Noble, criatura encantadora! ¡ qué cara te vuelves á mi corazón! ¡ y doy gracias al cielo que me haya conducido aquí para darte todos mis cuidados!... ¡ No hay un solo momento que perder! — añadió bruscamente: — me atrevo á responder de la vida de su hija; pero el menor retardo puede enajenar su razón para siempre... Tranquilícese usted sin embargo, y ante todo, envíe usted á buscar á la farmacia más próxima, la poción calmante cuya receta voy á escribir.

Inmediatamente escribe con precipitación una receta que el mismo Franville lleva á la farmacia. El venerable Origet permanece al lado de la querida enferma, cuyo pulso examina, lo mismo, que la respiración y todos sus movimientos. En seguida, con aparente indiferencia hace varias preguntas á la señora Franville. Por ella sabe que, debido á una letra de cambio de doce mil francos, endosada por pura cortesanía, y que debe ser presentada de un momento á otro, su marido se encuentra por primera vez, en la imposibilidad de no hacer honor á su firma.

— ¡ Cómo, señora! ¿ No tiene amigos su marido de usted? ¿ no conoce á algún honorable habitante de la ciudad que pudiera adelantarle esos doce mil francos?

— Es una suma bastante fuerte para el comercio modesto, señor doctor, y las circunstancias se han vuelto tan difíciles, que todas las bolsas se cierran, hasta aquellas de personas á quienes mi marido más de una vez abrió la suya. ¡ Oh! ¡ somos muy desgraciados!

Al decir esas palabras, regresa su esposo trayendo la poción calmante, de la cual el doctor quiere personalmente dar la primera cucharada á la enferma; pero el espasmo nervioso que siente, no permite que se la administre la menor bebida.

— Ya veo — dijo el doctor que hay que recurrir á un calmante más eficaz del que espero un feliz resultado... voy del mismo modo á escribir la receta; pero como contiene sustancias cuya dosis se debe aplicar con la mayor exactitud, y que en semejante caso, no me fío más que de mí mismo, voy á hacerla preparar por mi farmacéutico de confianza, cuyo nombre y señas se encuentran en este escrito, sírvase

usted enviar donde él dentro de una hora; y yo volveré á administrar á la interesante enferma el remedio que, á mi juicio, debe operar la cura. Tenga usted la bondad de preparar el buen efecto, tratando de hacerla tragar algunas gotas de la poción calmante, con la cual usted la remojará los labios á cada instante con una pluma. Sobre todo, no se asuste usted, y cuando su mirada se encuentre con la de su hija, muestre tranquilidad y seguridad! Háblela usted con frecuencia pronunciando su nombre; pero con dulzura y sin esfuerzo, y deje usted que la naturaleza obre. ¡Vamos, valor! tenga usted confianza en mí. Si es preciso pasaré toda la noche al lado de esta querida niña para seguir el efecto de mi remedio, de todos los enfermos que he asistido en mi larga carrera, ninguno me ha inspirado el interés y la viva emoción que siento en este momento.

En seguida, dobla la receta que acaba de escribir, la coloca sobre la chimenea y sale echando una nueva ojeada enternecida á la joven Clementina.

Sus padres siguieron punto por punto lo que el doctor había ordenado. Creyeron observar que el calmante, del cual la enferma había absorbido algunas gotas, apaciguaba un poco la irritación de nervios é iba calmando ese espantoso delirio que tanta inquietud les causaba. ¡ Con qué embriaguez ese desgraciado padre y esa tierna madre vieron brillar el primer rayo de esperanza! ¡ Con qué prontitud levantaron en sus brazos á su adorada hija, cuyo honroso sufrimiento aumentaba aun más su estimación y su amor! Clementina les reconoció un instante, y estrechó sus manos contra su corazón; pero pronto volvió á caer en un abatimiento menos doloroso, y pareció sumirse en un profundo sueño, que sus padres creyeron debían respetar.

Habiendo pasado la hora, Franville toma de la chimenea la segunda receta del médico; y disponiéndose á ir él mismo á la farmacia indicada de la confianza del doctor, despliega el papel, y lee las siguientes palabras :

Ruego á mi amigo M., notario en Tours, que entregue á M. Franville, mercader de sederías, los nueve mil francos que le confié. La presente esquela le servirá de recibo.

ORIGET, D.-M.

¡ Qué oigo! — exclama Madama Franville, con los ojos fijos en su marido y respirando apenas.

— ¡ No puedo volver de mi sorpresa! — dijo éste sobrecogido de alegría y admiración. ¿ Es esta entonces la receta eficaz en la que funda la cura de nuestra hija? ¡ Ah! ya no me admira la expresión que yo notaba en su rostro, cuando se fijaba en todos los movimientos de la enferma. — ¡ Con qué conmovedora sencillez colocó este escrito sobre la chimenea!... Sería un crimen no aprovechar esta generosidad : la certeza que tengo de devolver esta suma al doctor, no me permite vacilar. Corro donde el notario indicado, y no quitaré al mejor de los hombres la alegría de haber salvado el crédito y el honor á un comerciante padre de familia.

Al momento se dirige donde el notario, amigo del doctor, ya advertido por éste. Recibe los nueve mil francos, proponiéndose vender en el día diversos objetos para completar el montante de la letra de cambio.

Apenas de regreso á su casa, ve llegar gruñendo y sofocada á la vieja ama de llaves del médico, que, por orden de su amo, le entrega tres sacos de escudos. — Franville dijo :

— Ha querido adelantarme la suma completa, y veo que para sacarme completamente de apuros debe haber recurrido al bolsillo de sus amigos.

— ¿ Quién? ¿Él, tomar prestado? — repuso la anciana limpiándose el abundante sudor de la cara ;—sería la primera vez de su vida... No, no, me envió á vender donde un platero toda su modesta vajilla, sus dos cajitas de oro, el diamante que se pone en el dedo cuando vá á tomar el pulso á las bellas damas de la ciudad, y todo eso nos produjo el dinero que traigo á usted... ¡Pobre señor! no cesaba de decirme: Apresúrate Margarita, ve que se trata de salvar el honor de un hombre honrado, y la vida de la criatura más interesante... ¡ Así es que, ¡ sólo Dios sabe lo que he corrido!... Aquí están sus tres mil francos... y con lo poco que me queda, voy á comprar seis cubiertos y un cucharón de estaño, hasta que el señor doctor haya recibido de sus enfermos, á los cuales nunca pide nada; con qué volver á tener lo necesario.

Esa confesión de la anciana ama de llaves, y ese nuevo rasgo de filantropía, produjeron inexpresable sorpresa á Franville y á su esposa. Cuando todavía estaban conversando sobre

este hombre que cada paso lo marcaba con una buena acción, se presenta el tenedor de la letra de cambio, que Franville se apresura á pagar. Poco después llega el doctor con su expresión bondadosa acostumbrada; y de pronto se encuentra estrechado entre los brazos de esas dignas gentes, que en vano tratan de expresar lo que sienten.

— No se trata de todo eso — dijo el noble esculapio — no pensemos más que en hacer recobrar la razón á nuestra interesante víctima del honor. No he dejado un solo momento de pensar en ella; y lo que he hecho, no es más que un deber adherido á veces á mi profesión. Vuestra hija ha sido herida por una impresión moral; sólo puedo socorrerla con otra impresión que destruya la primera. La calma parece suceder en fin á la agitación que sentía — añadió examinándola — su sueño es profundo; es preciso aprovecharlo, para darla las dulces emociones que la preparo, y en ellas fundo toda mi esperanza.

Al decir eso, coloca á Franville de pie cerca de la enferma con la letra de cambio que acaba de pagar en la mano. En seguida, hace que madama Franville se siente cerca de su hija teniéndola una mano en las suyas, diciéndola que la mire con serenidad y confianza.

— Tan pronto como despierte señora, — añadió el hábil médico — háblela como si ella saliera de un sueño pacífico y natural; muéstrela usted la feliz seguridad que usted tiene cuando ella viene á darla los buenos días en la mañana; haga usted como si continuara una conversación momentáneamente interrumpida; pero pronuncie con mucha suavidad, imite usted el tono de su voz debilitada, y siga complaciente todas sus ideas; en una palabra, disipe usted con su influencia maternal, las horribles nubes que han obsurecido esa imaginación exaltada, herido esa alma tan noble y pura... Como yo no soy vuestro médico acostumbrado, y que en este caso, la menor sorpresa, el más ligero disturbio, podría ser nocivo, voy á mantenerme apartado y á seguir los efectos de este importante ensayo, en el cual la naturaleza debe ejercer un poder muy superior al que pudiera tener toda la Facultad.

Clementina no tardó en despertar. Comenzó por echar á su alrededor miradas aún inciertas; pero poco á poco el disturbio que la extravía parece disiparse, como la tempestad alejada

por un viento favorable. La palidez tan espantosa de sus labios es reemplazada por la viva carnación que antes tenía. En fin, con voz menos alterada, pronuncia estas palabras :

— ¡ Padre mío!... es á usted á quien vuelvo á ver... y usted mi tierna madre!... Pero ¿porqué se sonríe?... y ¿porqué esa alegría, cuando nuestro honor?...

— ¡ Se ha salvado, hija mía! — le contesta vivamente Franville, mostrándola la letra de cambio pagada. Un hombre generoso ha hecho por mí, lo que yo he hecho por tantos otros.

— ¿ Y quién es? — pregunta Clementina con una voz que se va animando.

— Esa persona, señorita, se dará á conocer cuando sea tiempo — la contestó el doctor presentándose á su vista con precaución. Baste con que usted sepa, que es un hábil especulador que jamás había colocado tan bien su dinero... Pero no pensemos más por ahora que en destruir por completo la viva conmoción que usted ha recibido. Solamente una gran calma puede disipar enteramente la debilidad que usted siente; y ruego á su señora madre conduzca á usted á su aposento. Mañana vendré temprano á continuar asistiendo á usted, y espero que pronto mis cuidados sean inútiles.

Al decir esas palabras sale después de haber estrechado la mano de Franville; y éste para no agitar la sensibilidad de Clementina, se vió obligado á guardar el secreto de lo que había hecho por ellos este amigo de la humanidad.

Pero Clementina, acostumbrada á desahogarse con sus padres, y que más de una vez había oído referir los rasgos de bondad del médico Origet, que había llegado á ser objeto de la veneración pública, adivinó fácilmente que él era el que había adelantado á su padre lo necesario para cumplir con sus compromisos. Los detalles que Madama de Franville dió á la joven convaleciente, la hicieron sentir una dulce satisfacción que acabó de restablecer la calma de sus sentidos.

¡ Con qué impaciencia esperó la visita del día siguiente! ¡ No veía las horas de manifestar al buen doctor su gratitud y su admiración! Vino temprano, y á la primera ojeada que echó á Clementina, dijo alegremente.

— Ya lo había previsto, nuestra querida enferma se ha salvado.

— Regocijese usted de su obra — le contestó la joven

apoderándose de una mano del venerable doctor, que besa con arrobamiento : ¿ Cómo es posible no volver á la vida, á la razón, con recetas como las que usted da?... Desde mi infancia había yo aprendido á honrar, á venerar á usted por lo que diariamente oía contar, pero ahora quiero consagrar á usted la vida que debo á su generosidad.

— ¡ Vaya ! — contesta el doctor. — ¿ Cómo es posible resistir al aspecto conmovedor de una joven á quien el honor de su padre interesa hasta el punto de exponer su vida? ¡ Ah ! goce usted del placer tan legítimo de haber conservado la antigua reputación de su casa, de ser ahora aun más querida de sus padres, si es posible, por esas virtudes hereditarias, por esa noble ambición de una probidad sin tacha, de la que usted ofrece tan bello ejemplo.

Al decir esas palabras se retira para ir á visitar á otros enfermos; pero al regresar á su humilde casa, cansado de sus correrías de la mañana, y preparándose á tomar la frugal comida que le esperaba, encuentra su vajilla que había hecho vender, lo mismo que las diferentes joyas de que se había despojado para socorrer á Flanville. Este se había apresurado á retirarlas de manos del platero, al que pronto entregó el precio. Poco tiempo después, pagó también los nueve mil francos que con tanta grandeza de alma, el doctor le había adelantado, y quiso añadir los intereses acostumbrados; pero éste se negó á recibirlos, diciendo que era prestar con usura el obligar á un hombre de bien. En seguida, dirigiéndose á Clementina, añadió :

— Yo soy, querida hija mía, el que debe agradecerte por haberte asistido : ¿ hay acaso en mi profesión goce más honroso y más vivo que el de conservar á la sociedad un ser como tú? ¡ Oh ! ¡ qué mujer de bien debes tú ser un día !

Esta predicción se realizó : la causa del peligro que Clementina había corrido, pronto se supo por toda la ciudad : ella despertó un interés general. Todos quisieron conocer á ese modelo de honor y de amor filial; todos encontraron que el encanto de su rostro y la modesta dignidad de toda su persona revelaban la elevación de su alma. Franville, más estimado que nunca, vió aumentar su crédito, su comercio se extendió, y poco después, ricos negociantes solicitaron la mano de su hija. Esta decidió su elección menos por el atractivo de la

opulencia, que con frecuencia engaña, que por lo que era de más valor á sus ojos : la certeza de una probidad sin tacha. Contrajo el casamiento más de acuerdo con sus dulces costumbres, con sus nobles sentimientos. Eligió al doctor Origet por primer testigo. Y como lo había previsto este hombre de bien, encontró en su matrimonio la paz del alma y una inalterable felicidad : digna recompensa de aquella que como hija, esposa y madre, no cesó nunca de ser fiel al grito sagrado del honor.

En el momento en que termino esta anécdota histórica, me informan que el doctor Origet acaba de concluir su larga y honrosa carrera. Después de haber legado á sus parientes, algunas módicas economías, ruega á los más acomodados habitantes de la ciudad de Tours, á quienes asistió como médico durante cincuenta años, sin cobrarles nada, de entregar lo que su conciencia les dicte, á la caja destinada al alivio de los pobres. Ese último rasgo de un alma entregada enteramente al amor de la humanidad, bastaría por sí solo para legitimar la alta consideración de que gozaba su autor, confirmada por los vivos lamentos y el profundo dolor de los que diariamente visitan la tumba en donde están sus venerados restos.

Se ha abierto una suscripción para levantar un monumento á este Esculapio de los pobres, á ese consolador de los afligidos, á ese amigo de todas las clases de la población, y me aseguran que ya este llamamiento á los que saben honrar el verdadero mérito, ha producido una suma suficiente para legar dignamente á la posteridad la memoria del mejor de los hombres. ¡ Cuán dulce es para mí, al terminar esta obra, depositar algunas flores en la tumba del doctor Origet ! Más de una vez debí á su profunda ciencia la vida de personas que me eran muy queridas ; y al ir á visitar las riberas del Loira, nunca dejé de ir á ver á ese venerable anciano, cuya conversación encantaba al sabio y al literato, cuya alegría cáustica sin ser ofensiva censuraba á los malos y á los tontos, con la fantasía imponente del hombre bueno é independiente, y cuya vida entera y sus últimas voluntades, dan una idea justa de las costumbres hereditarias y de la dulce filantropía que distinguen á los habitantes del bello país en donde nació.

CONCLUSIÓN

Creo, Flavia mía, haberte hecho recorrer los diferentes senderos que conducen á la época más importante de la vida, puesto que determina los gustos é inclinaciones, establece el carácter, funda la reputación en el mundo, y pronto encadena los destinos. He querido conducirte yo mismo por este camino difícil y peligroso, para hacerte observar todos los escollos que pueden presentarse bajo tus pasos, é indicarte al mismo tiempo, los más seguros medios de evitarlos. He creído poder librarte de la fatiga y fastidio del viaje al conversar contigo, haciendo fijar tus miradas en varios sitios notables, dirigiendo tu pensamiento y reflexión hacia unos cuadros cuyo encanto é interés, debían dejar en tu corazón un recuerdo indeleble.

Los *Consejos* del más elocuente moralista que sólo se expresa con sentencias, casi nunca tienen efecto en la adolescencia, cuya activa imaginación se desanima con su sequedad; pero cuando nuestros *Consejos* se apoyan en anécdotas y son consagrados por nombres queridos, se graban profundamente en el alma que los recibe; su atención es excitada por la curiosidad, se pone en lugar de los personajes que le presentan, y la lección se vuelve tanto más provechosa, cuanto que golpeando al parecer menos directamente, halaga al amor propio.

Por eso, al escribir estos *Consejos*, dictándote yo, te he visto más de una vez sonreír en el momento en que recordaban un defecto del que yo deseaba corregirte: entermecerte hasta llorar, cuando presentaban un rasgo conmovedor, una acción digna de alabanza que ya ardías por imitar. Yo no tenía

necesidad de decirte : Te pareces á tal ó cual personaje; esta anécdota te describe en todos tus rasgos. Tan pronto como yo me ponía á contar, tus ojos bajos, tu amable sonrojo, me probaban que yo había acertado, y la feliz prontitud con que ponías por escrito hasta la más austera reconvención, me daba la seguridad que, lejos de ofenderte, excitaba tu interés y me daba nuevo derecho á tu confianza.

En fin, has llegado á esa edad en la cual ha terminado la educación, en la que se comienza á figurar en la sociedad, en la que la joven se muestra tal como debe ser siempre; en una palabra, vas á cumplir tu décima octava primavera... Esta época, mi querida Flavia, la más brillante para una joven, es también la más peligrosa. Las atenciones llenas de adulación con que se ve abrumada, con frecuencia destruyen en ella la tierna candidez que hacía su mayor y más dulce encanto. Todos los ojos que se fijan en ella al presentarse por primera vez en la sociedad, la hacen tomar por admiración lo que no es más que simple curiosidad. La primera atención que ponen en ella, el primer silencio que se guarda cuando ella habla, y el círculo que se forma á su alrededor para escucharla, todo la convence que es superior á lo que creía ser. De allí se origina esa ciega presunción que conduce al ridículo, al funesto ataque de coquetería, que por sí solo destruye en un instante el fruto de los más tiernos cuidados y de la mejor dirigida educación.

Guárdate mucho, mi querida Flavia, de abusar del derecho de interesar y de agradar; no olvides que la feliz edad que da ese derecho, despierta la crítica y la envidia, y que á los diez y ocho años ya no hay que esperar indulgencia. No olvides que en esta época se pronuncia la opinión pública, y que, se puede decir, inscribe en su registro las cualidades y defectos cuya influencia se hace sentir en todo el resto de la vida. ¡ Que la modestia y discreción te hagan gozar en paz de las ventajas que la suerte te destina! No imites á esas jóvenes insensatas que, orgullosas de su primer éxito, deslumbradas por el incienso que las prodigan y que se desvanece como ligera sombra, se imaginan reunir todos los sufragios y se apresuran á presentarse á la gran luz... La flor primaveral, expuesta sin cesar á los rayos del sol, pierde su perfume antes del estío, se marchita y cae descolorida, mientras que la que florece lentamente al abrigo de un modesto follaje, conserva mucho

tiempo su frescura, y todavía encanta á los que la descubren al fin del otoño.

Perdóname, hija mía, esta digresión, y no la consideres más que como el impulso de un alma acostumbrada á desahogarse en la tuya... ó más bien, como la última lección de un padre que te adora. Dentro de poco, quizá, ya no me pertenecerás : el amor y el himeneo te harán oír una voz más elocuente que la mía, y te arrancarán de los brazos de tu primer amigo, para á su vez imponerte los deberes que yo tuve tanto gusto de cumplir hacia ti... ¡ Oh ! si mis cuidados y mi tierno cariño tienen algunos derechos en tu corazón, si mis *Consejos* son caros á tu recuerdo, si los miras como la égida paternal que, al proteger tu juventud, la puso al abrigo de todos los peligros y de la menor pena, prométeme, Flavia mía, leerlos de nuevo á veces; y para pagarme el justo salario que espero, haz que, aquel á quien debas asociar á tu suerte pueda á su vez, recorrerlos y decirse :

— Á esa obra debo una amiga segura, una amable compañera y la felicidad de mi vida.

ÍNDICE

Noticia de los editores	V
A los jóvenes lectores del <i>Domíngo de los Niños</i>	VII
A Madama Loiseau, antes señorita Mercier.....	XIX
Advertencia.....	XXI
El Padre Daniel.....	3
El ratón blanco.....	11
El Comité de las pastoras.....	17
El traje de tela de guingamp.....	25
El joven pescador ó las riberas del Loira.....	33
La boda de aldea.....	41
Recurso en sí mismo.....	51
La leche de burra.....	63
La barca de Saint-Cyr ó el gran perro de granja.....	71
El cuadro de Fenelón ó la selva de Villandry.....	81
El castillo de Chenonceaux ó los retratos históricos.....	89
Las dos huérfanas ó la discreción.....	99
El producto de una gavilla de trigo.....	107
Una madre.....	119
La cabaña de la viuda.....	129
Los Jardines de Vernou, ó la Cuenta cuentos.....	137
Los deberes de la hospitalidad.....	147
Miss <i>Tócalo-Todo</i>	157
La cantora velada.....	169
La primera comunión.....	181
La madrina.....	189
La profesora.....	207
La capilla de Rougemont, ó la joven hipócrita.....	217

El regreso al hogar.....	227
Los matices de la edad.....	247
La romanza de Dalayrac.....	253
El encanto de la voz.....	269
El primer paso en la sociedad.....	285
Los apuntes de Fenelón.....	299
Los tres géneros.....	311
La presunción.....	327
Las hermanas de la Caridad.....	347
Los peligros de una agudeza.....	365
La elección de un esposo.....	377
El árbol de Catinat.....	395
El grito del honor.....	313
Conclusión.....	425



4 30

0 30

M 122 papa

Imprimerie PIERRE LANDAIS, 16, passage des Petites-Ecuries, Paris.
